OBRAS, TOMO IX (1918-1919)

V. I. Lenin

Edición: Progreso, Moscú 1973.
Lengua: Castellano.
Digitalización: Koba.
Distribución: http://bolchetvo.blogspot.com/



Índice

PREFACIO.

En el presente volumen se incluyen trabajos escritos por Lenin entre octubre de 1918 y mayo de 1919.

Da comienzo al tomo el libro *La revolución proletaria y el renegado Kautsky,* en el que Lenin sometió a dura crítica la apostasía de Kautsky, el cual hizo traición al marxismo revolucionario, desvirtuando la doctrina de Marx de la revolución socialista y de la dictadura del proletariado. En este trabajo, basándose en la experiencia de la Revolución de Octubre en Rusia y del movimiento revolucionario en otros países, Lenin desarrolló la teoría marxista de la revolución socialista y mostró que la democracia socialista soviética es la democracia más amplia, una democracia de tipo superior a cualquier democracia burguesa.

La segunda mitad de 1918 fue uno de los períodos más difíciles y duros de la historia del Estado soviético. La República Soviética se vio envuelta en un cerco de fuego, rodeada de frentes y cortada de sus bases fundamentales de víveres, materias primas y combustibles. En la lucha contra la República de los Soviets se agruparon las fuerzas de los intervencionistas extranjeros y de la contrarrevolución interior.

La situación de la República Soviética se complicó sobre todo en el otoño de 1918. La victoria que por entonces alcanzó la Entente en la guerra imperialista mundial dejó a esta las manos libres para intensificar y ampliar la intervención militar contra el País de los Soviets. La burguesía de Alemania pretendía también aliarse a su reciente enemigo, la Entente, para luchar contra Rusia.

Lenin desenmascaraba constantemente la esencia rapaz del imperialismo y concedía gran importancia a que los trabajadores de los países capitalistas estuviesen bien informados de lo que pasaba en Rusia. La *Carta a los obreros de Europa y América* desempeñó un gran papel en el desarrollo del movimiento obrero y comunista de los países capitalistas y contribuyó a que se ampliara en estos países el movimiento de protesta contra la intervención armada de los imperialistas en la Rusia soviética.

En este tomo se incluyen asimismo artículos y discursos de Lenin sobre las tareas de los sindicatos en la sociedad constructora del socialismo, los discursos que él pronunció en el I Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú en 1919, en el Congreso de los Trabajadores de la Agricultura, donde Lenin explicó los problemas del paso de las pequeñas haciendas individuales al cultivo colectivo de la tierra, en el Congreso de Instrucción Extraescolar y en otras ocasiones.

En marzo de 1919 se celebró en Moscú el VIII Congreso del partido, en el que Lenin rindió cuenta de la labor del Comité Central y presentó un informe sobro el nuevo programa del partido y sobre el trabajo en el campo. En estos discursos Lenin hizo el balance del desarrollo del país en el año y medio de existencia del Poder soviético, desmenuzó los problemas de la política exterior del Gobierno soviético, basada en la lucha por la coexistencia pacífica, y explicó las tareas de la política interior. Tuvo singular trascendencia el planteamiento de la necesidad de una sólida alianza con los campesinos medios a fin de incorporarlos paulatina y metódicamente, como se indicaba en el proyecto de nuevo programa del partido, a la construcción del socialismo.

Ofrece sumo interés el artículo *Un saludo a los obreros húngaros,* dedicado a la conquista del poder por el proletariado de Hungría. Lenin muestra la peculiaridad del paso a la dictadura del proletariado en Hungría, recalca la necesidad de enfocar con espíritu creador el marxismo y aprovechar la experiencia soviética, teniendo en cuenta las condiciones concretas de este país, y previene a los comunistas húngaros contra la mera copia de la práctica del Poder soviético en Rusia. A la vez aconseja aplicar de manera consecuente las transformaciones más importantes que constituyen el fondo de la transición revolucionaria del capitalismo al socialismo.

Ese es, en lo fundamental, el contenido del presente volumen.

Todas las obras incluidas van en orden cronológico. Han sido traducidos de la 5ª edición en ruso de las *Obras Completas* de V. I. Lenin, preparada por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS, indicándose al pie de cada trabajo el tomo y las páginas correspondientes.

LA EDITORIAL

LA REVOLUCIÓN PROLETARIA Y EL RENEGADO KAUTSKY.

Prefacio.

El folleto de Kautsky *La dictadura del proletariado*, aparecido hace poco en Viena (Wien, 1918, Ignaz Brand, 63 págs.), constituye un ejemplo evidentísimo de la más completa y vergonzosa bancarrota de la II Internacional[1], de esa bancarrota que hace tiempo está en los labios de todos los socialistas honrados de todas las naciones. El problema de la revolución proletaria pasa ahora prácticamente a la orden del día en bastantes países. De ahí que sea imprescindible analizar los sofismas de Kautsky, propios de un renegado, y ver cómo éste abjura por completo del marxismo.

Pero, ante todo, hay que subrayar que quien escribe estas líneas ha tenido que indicar muchas veces, desde el mismo principio de la guerra, que Kautsky había roto con el marxismo. A ello estuvo consagrada una serie de artículos, publicados de 1914 a 1916 en *Sotsial-Demokrat* y *Kommunist*[2], que aparecían en el extranjero. Estos artículos han sido reunidos y publicados por el Soviet de Petrogrado así: G. Zinóviev y N. Lenin. *Contra la corriente*, Petrogrado, 1918 (550 págs.). En un folleto publicado en Ginebra en 1915, y traducido también entonces al alemán y al francés[3], decía yo del "kautskismo":

"Kautsky, la más destacada autoridad de la II Internacional, es el ejemplo más típico y vivo de cómo el reconocimiento verbal del marxismo ha llevado en la práctica a su transformación en "struvismo" o "brentanismo" (es decir, en una doctrina burguesa liberal que reconoce la lucha "de clase" no revolucionaria del proletariado, expresada claramente por el autor ruso Struve y el economista alemán Brentano). Plejánov nos da otro ejemplo de ello. Se despoja al marxismo, mediante sofismas evidentes, de su espíritu vivo y revolucionario, se admite del marxismo *todo menos* los medios revolucionarios de lucha y la prédica y preparación de los mismos, la educación de las masas en este sentido. Kautsky "concilia", faltando a todo principio, la idea fundamental del socialchovinismo, el reconocimiento de la defensa de la patria en la guerra actual, con una concesión diplomática y aparente a los izquierdistas, absteniéndose en la votación de los créditos de guerra, mostrando verbalmente su oposición, etc. Kautsky, que en 1909 escribió todo un libro acerca de la proximidad de una época de revoluciones y sobre la ligazón entre la guerra y la revolución; Kautsky, que en 1912 firmó el Manifiesto de Basilea[4], pidiendo que se aprovechase la futura guerra en interés de la revolución, ahora no cesa de justificar y ensalzar en todas formas el socialchovinismo y, del mismo modo que Plejánov, se une a la burguesía para burlarse de todo pensamiento acerca de la revolución, de todo paso hacia una lucha revolucionaria directa.

"La clase obrera no puede desempeñar su papel revolucionario en el mundo si no lleva una guerra implacable contra esa apostasía, contra esa falta de principios, contra esa actitud servil ante el oportunismo, contra ese envilecimiento teórico sin igual del marxismo. El kautskismo no es fortuito, sino un producto social de las contradicciones de la II Internacional, de la combinación de la fidelidad verbal al marxismo con la subordinación, de hecho, al oportunismo" (G. Zinóviev y N. Lenin. *El socialismo y la guerra*, Ginebra, 1915, págs. 13-14).

Prosigamos. En el libro *El imperialismo, etapa contemporánea del capitalismo*[5], escrito en 1916 (apareció en Petrogrado en 1917)[*], yo analicé detenidamente la falsedad teórica de todos los razonamientos de Kautsky sobre el imperialismo. Aduje allí la definición que da Kautsky del imperialismo: "El imperialismo es un producto del capitalismo industrial altamente desarrollado. Consiste en la tendencia de toda nación capitalista industrial a someter o anexionarse regiones *agrarias* (la cursiva es de Kautsky) más extensas cada vez, cualquiera que sea el origen étnico de sus habitantes"[**]. Hice ver que esta definición es falsa por completo, que está "adaptada" para encubrir las más hondas contradicciones del imperialismo y, luego, para conseguir la conciliación con el oportunismo. Presenté mi definición del imperialismo: "El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del

---

[*] Véase la presente edición, tomo 5. (*N. de la Edit.*)

[**] Véase la presente edición, tomo 5. (*N. de la Edit.*)

mundo por los trusts internacionales y ha terminado el reparto de toda la Tierra entre los países capitalistas más importantes"[***]. Demostré también que la crítica que Kautsky hace del imperialismo es incluso inferior a la crítica burguesa y pequeñoburguesa.

Finalmente, en agosto y septiembre de 1917, es decir, antes de la revolución proletaria de Rusia (25 de octubre, o sea, 7 de noviembre de 1917), escribí *El Estado y la revolución. La doctrina marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución*[*], folleto a parecido en Petrogrado a principios de 1918. En el capítulo VI de esa obra, que lleva por título *El envilecimiento del marxismo por los oportunistas*, presto una atención especial a Kautsky, demostrando que ha deformado por completo la doctrina de Marx, tratando de adaptada al oportunismo, que eso "es ya renunciar de hecho a la revolución, reconociéndola de palabra".

En el fondo, el error teórico fundamental de Kautsky en su folleto sobre la dictadura del proletariado consiste precisamente en esas deformaciones oportunistas de la doctrina de Marx sobre el Estado que he expuesto con detenimiento en mi folleto *El Estado y la revolución*.

Estas observaciones preliminares son necesarias porque prueban que acusé en público a Kautsky de ser un renegado *mucho antes* de que los bolcheviques tomaran el poder y de que eso les valiera el ser censurados por Kautsky.

Como ha hecho Kautsky de Marx un liberal adocenado.

El problema fundamental que Kautsky trata en su folleto es el del contenido esencial de la revolución proletaria, es decir, el de la dictadura del proletariado. Se trata de un problema de la mayor importancia para todos los países, sobre todo para los avanzados, sobre todo para los beligerantes, sobre todo en el momento actual. Puede afirmarse sin temor a exagerar que es el problema principal de toda la lucha de clase del proletariado. Por ello es imprescindible estudiarlo con atención.

Kautsky plantea el problema del modo siguiente: "La oposición de las dos corrientes socialistas" (es decir, los bolcheviques y los no bolcheviques) es "la oposición de dos métodos radicalmente distintos: el *democrático* y el *dictatorial*" (pág. 3).

Observemos de paso que, al llamar socialistas a los no bolcheviques de Rusia, es decir, a los mencheviques[6] y eseristas[7], Kautsky se guía por su *denominación*, es decir, por la palabra, y no por el *lugar* que *efectivamente* ocupan en la lucha del proletariado contra la burguesía. ¡Magnífico modo de concebir y aplicar el marxismo! Pero ya nos explayaremos en esto más adelante.

[***] Véase la presente edición, tomo 5. (*N. de la Edit.*)
[*] Véase la presente edición, tomo 7. (*N. de la Edit.*)

Fijémonos ahora en lo principal: en el gran descubrimiento que Kautsky ha hecho de la "radical oposición" de los "métodos democrático y dictatorial". Ese es el quid del problema. Esa es la esencia del folleto de Kautsky. Se trata de una confusión teórica tan monstruosa, de una apostasía tan completa del marxismo, que es preciso reconocer que Kautsky ha dejado muy atrás a Bernstein.

El problema de la dictadura del proletariado es el de la actitud del Estado proletario frente al Estado burgués, de la democracia proletaria frente a la democracia burguesa. Parece que está claro como la luz del día. ¡Pero Kautsky, como un profesor de liceo, momificado por la repetición de textos de historia, se vuelve tozudamente de espaldas al siglo XX, de cara al XVIII, y por centésima vez, en una larga sucesión de párrafos aburridos hasta lo infinito, sigue rumiando los viejos conceptos sobre la actitud de la democracia burguesa ante el absolutismo y el medievo!

¡En verdad, parece como si masticara sin muelas!

Porque eso significa no comprender en absoluto la relación que guardan las cosas. Porque sólo una sonrisa provoca ese afán de Kautsky de presentar las cosas como si hubiera gentes que predicasen "el desprecio a la democracia" (pág. 11), etc. Kautsky se ve obligado a oscurecer y embrollar el problema con tonterías como éstas, porque lo plantea al modo de los liberales, hablando de la democracia en general y no de la democracia *burguesa*; incluso evita este concepto exacto de clase y procura hablar de la democracia "presocialista". Nuestro charlatán ha llenado casi una tercera parte del folleto, 20 páginas de 63, de una palabrería que le resulta muy agradable a la burguesía, porque equivale a acicalar la democracia burguesa y dejar a oscuras el problema de la revolución proletaria.

Ahora bien, el folleto de Kautsky se titula *La dictadura del proletariado*. Todo el mundo sabe que ésta es precisamente la esencia de la doctrina de Marx. Y Kautsky, después de charlar sin entrar en el tema, tiene que citar las palabras de Marx sobre la dictadura del proletariado.

¡Lo que es una verdadera comedia es cómo lo ha hecho el "marxista" Kautsky! Escuchen:

"Ese punto de vista se apoya en una sola palabra de Marx" (Kautsky lo califica de desprecio a la democracia): así lo dice textualmente en la pág. 20. Y en la pág. 60 lo repite, llegando a decir que los bolcheviques "han recordado a tiempo una palabreja" (¡¡así como suena!! *des Wörtchens*) "sobre la dictadura del proletariado, que Marx empleó una vez en una carta de 1875".

Veamos la "palabreja" de Marx:

"Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de

transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado[8]".

En primer lugar, decir que es "una sola palabra", y hasta una "palabreja", este famoso razonamiento de Marx, que resume toda su doctrina revolucionaria, es burlarse del marxismo, es renegar plenamente de él. No se debe olvidar que Kautsky se sabe a Marx casi de memoria y que, a juzgar por todos sus escritos, tiene en su mesa de trabajo o en su cabeza una serie de cajones de fichero donde todo lo que Marx escribió está distribuido con el máximo orden y comodidad para citado cuando le viene a mano. Kautsky *no puede ignorar* que, tanto Marx como Engels, tanto en sus cartas como en las obras destinadas a la imprenta, hablaron *muchas veces* de la dictadura del proletariado, antes de la Comuna[9] y, sobre todo, después de ella. Kautsky no puede ignorar que la fórmula "dictadura del proletariado" no es sino un enunciado, más concreto en el plano histórico y más exacto en el terreno científico, de la misión del proletariado consistente en "destruir" la máquina estatal burguesa, misión de la que tanto Marx como Engels, teniendo en cuenta la experiencia de las revoluciones de 1848, y más aún la de 1871, hablan *durante cuarenta años*, desde 1852 hasta 1891.

¿Cómo explicar esta monstruosa deformación que del marxismo hace Kautsky, exegeta del marxismo? Si se busca la base filosófica de semejante fenómeno, todo se reduce a una sustitución de la dialéctica por el eclecticismo y la sofistería. Kautsky es gran maestro en esta clase de sustituciones. Si se pasa al terreno político práctico, todo se reduce a servilismo ante los oportunistas, es decir, al fin y al cabo, ante la burguesía. Haciendo progresos cada vez más rápidos desde que comenzó la guerra[10], Kautsky ha llegado al virtuosismo en este arte de ser marxista de palabra y lacayo de la burguesía de hecho.

Se convence uno más aún de ello, al ver la admirable "interpretación" que Kautsky da a la "palabreja" de Marx sobre la dictadura del proletariado. Escuchen:

> "Desgraciadamente, Marx no dejó explayado cómo concebía esta dictadura..." (Mentira completa de renegado, porque Marx y Engels se explayaron muchísimo en bastantes ocasiones, y Kautsky, exegeta del marxismo, da de lado esos pasajes.)"... Literalmente, la palabra dictadura significa supresión de la democracia. Pero, como es natural, tomada al pie de la letra, esta palabra significa también el poder personal de un solo individuo, no coartado por ley alguna. Poder personal que se diferencia del despotismo en que no se entiende como institución estatal permanente, sino como medida extrema de carácter transitorio.
>
> "La expresión "dictadura del proletariado", es decir, no la dictadura de una persona, sino de una clase, excluye ya que Marx, al utilizarla, entendiera literalmente la palabra dictadura.
>
> "No se refería en este caso *a una forma de gobierno*, sino *a un estado de cosas* que necesariamente habrá de darse en todas partes donde el proletariado conquiste el poder político. El hecho de que Marx mantuviera el punto de vista de que en Inglaterra y en Norteamérica la transición pueda transcurrir por vía pacífica, es decir, democrática, demuestra ya que entonces no se refería a las formas de gobierno" (pág. 20).

Hemos citado intencionadamente todo este razonamiento para que el lector pueda ver claros los procedimientos con que opera el "teórico" Kautsky.

Kautsky ha tenido a bien abordar el problema de manera que le permitiese empezar por la definición de la "*palabra*" dictadura.

Muy bien. Cada cual tiene perfecto derecho a abordar los problemas como quiera. Pero hay que distinguir entre el modo serio y honrado y el deshonesto de hacerlo. Quien quisiera tratar el problema con seriedad, abordándolo de ese modo, tendría que dar *su definición* de la "palabra". Entonces el problema quedaría clara y francamente planteado. Kautsky no lo hace. "Literalmente -escribe-, la palabra dictadura significa supresión de la democracia".

En primer lugar, esto no es una definición. Si a Kautsky le place eludir la definición del concepto de dictadura, ¿para qué eligió esa forma de abordar el problema?

En segundo lugar, esto es erróneo a todas luces. Es lógico que un liberal hable de "democracia" en términos generales. Un marxista no se olvidará nunca de preguntar: "¿Para qué clase?" Todo el mundo sabe, por ejemplo -y el "historiador" Kautsky lo sabe también-, que las insurrecciones e incluso las grandes conmociones de los esclavos en la antigüedad hacían ver inmediatamente la esencia del Estado de aquella edad como *dictadura de los esclavistas*. ¿Suprimía esta dictadura la democracia *entre* los esclavistas, *para* ellos? Todo el mundo sabe que no.

El "marxista" Kautsky ha dicho un absurdo monstruoso y una falsedad, porque "*se ha olvidado*" de la lucha de las clases...

Para transformar la afirmación liberal y falsa de Kautsky en afirmación marxista y verdadera, hay que decir: dictadura no significa por fuerza supresión de la democracia para la clase que la ejerce sobre las otras clases, pero sí significa necesariamente supresión (o una restricción esencialísima, que es también una forma de supresión) de la democracia para la clase sobre la cual o contra la cual se ejerce la dictadura.

Pero, por cierta que sea esta afirmación, no define la dictadura.

Examinemos la frase siguiente de Kautsky:

> "...Pero, como es natural, tomada al pie de la

letra, esta palabra significa también el poder personal de un solo individuo, no coartado por ley alguna..."

Como un cachorro ciego que mete la nariz al azar en todos los sitios, Kautsky ha tropezado aquí por casualidad con una idea atinada (que la dictadura es un poder no coartado por ley alguna), pero, *sin embargo*, *no ha dado* una definición de la dictadura y ha dicho, además, una falsedad histórica evidente: que la dictadura significa el poder de una sola persona. Esto es incluso inexacto desde el punto de vista gramatical" porque la dictadura puede ejercerla un grupo de personas, una oligarquía, una clase, etc.

Luego, Kautsky indica la diferencia que hay entre dictadura y despotismo, pero, aunque su afirmación es falsa a todas luces, no nos detendremos en ella, porque no tiene nada que ver con el problema que nos interesa. Conocida es la afición de Kautsky a volverse de espaldas al siglo XX, de cara al siglo XVIII, y del XVIII a la canosa antigüedad, y esperamos que, cuando el proletariado alemán implante la dictadura, tendrá en cuenta esta afición y lo nombrará, por ejemplo, profesor de historia de la edad antigua de un liceo. Rehuir una definición de la dictadura del proletariado, limitándose a lucubraciones sobre el despotismo, es o extrema necedad o muy torpe bellaquería.

¡En resumen, Kautsky, que se proponía hablar de dictadura, ha faltado a la verdad muchas veces y a sabiendas, pero no ha dado ninguna definición! Sin confiar en sus facultades intelectuales, hubiera podido recurrir a su memoria y sacar de los "cajones del fichero" todos los casos en que Marx ha hablado de la dictadura. Habría obtenido, de seguro, la definición siguiente, u otra que, en el fondo, coincidiría con ella:

La dictadura es un poder que se apoya directamente en la violencia y no está coartado por ley alguna.

La dictadura revolucionaria del proletariado es un poder conquistado y mantenido mediante la violencia ejercida por el proletariado sobre la burguesía, un poder no coartado por ley alguna.

Y esta sencilla verdad, verdad clara como la luz del día para todo obrero consciente (que pertenezca a la masa, y no al sector alto de la canalla pequeñoburguesa sobornada por los capitalistas, como son los socialimperialistas de todos los países), esta verdad evidente para todo explotado que lucha por su liberación, esta verdad indiscutible para todo marxista; ¡hay que "arrancársela en guerra" al sapientísimo señor Kautsky! ¿Cómo explicarlo? Por el espíritu de servilismo de que se han impregnado los jefes de la II Internacional, convertidos en despreciables sicofantes al servicio de la burguesía.

Kautsky ha empezado a amañar los términos, afirmando, cosa absurda a todas luces, que la palabra dictadura significa literalmente dictadura de una sola persona, y luego -¡apoyándose en ese amaño!- declara que, "por consiguiente", las palabras de Marx sobre la dictadura no tienen sentido literal (sino un sentido, según el cual dictadura no significa violencia revolucionaria, sino conquista "pacífica" de la mayoría bajo la "democracia", fíjense bien, burguesa).

Hay que distinguir, figúrense, entre "estado de cosas" y "forma de gobierno". ¡Distinción de maravillosa profundidad, lo mismo que si hiciéramos diferencias entre el "estado" de necedad de una persona que razona con poca inteligencia y la "forma" de sus necedades!

Kautsky *necesita* interpretar la dictadura como "situación de dominio" (es la expresión que emplea literalmente en la página siguiente, la 21), porque entonces *desaparece la violencia revolucionaria*, desaparece *la revolución violenta*. ¡El "estado de dominio" es el estado en que se halla cualquier mayoría bajo... la "democracia"! ¡Con este truco truhanesco, *la revolución desaparece* felizmente!

Pero el truco es demasiado burdo y no salvará a Kautsky. Que la dictadura presupone e implica un "estado" *de violencia revolucionaria* de una clase sobre otra, cosa desagradable para los renegados, es algo que cae de su peso. Distinguir entre "estado" y "forma de gobierno" es un absurdo que salta a la vista. Hablar en este caso de forma de gobierno es triplemente necio, porque cualquier niño sabe que monarquía y república son formas distintas de gobierno. Es necesario demostrar al señor Kautsky que estas dos formas de gobierno, como todas las "formas de gobierno" de transición bajo el capitalismo, no son sino variedades *del Estado burgués*, es decir, *de la dictadura de la burguesía*.

En fin, hablar de formas de gobierno es falsificar a Marx de manera no sólo necia, sino torpe, porque Marx, bien claramente, se refiere a la forma o tipo de *Estado*, y no a la forma de gobierno.

La revolución proletaria es imposible sin destruir violentamente la máquina del Estado burgués y sin sustituirla por otra nueva, que, según las palabras de Engels, "no es ya un Estado en el sentido propio de la palabra"[11].

Kautsky tiene que encubrir y tergiversar todo esto; lo exige su posición de renegado.

Vean a qué miserables subterfugios recurre.

Primer subterfugio: "...El hecho de que Marx mantuviera el punto de vista de que en Inglaterra y en Norteamérica la transición pueda transcurrir por vía pacífica, es decir, democrática, demuestra ya que entonces no se refería a las formas de gobierno..."

La forma de gobierno no tiene que ver con esto nada en absoluto, porque hay monarquías que no son típicas del *Estado* burgués, que se distinguen, por ejemplo, por la ausencia de militarismo, y hay repúblicas absolutamente típicas en este aspecto, por ejemplo, con militarismo y con burocracia. Esto es

un hecho político e histórico notorio, y Kautsky no conseguirá falsearlo.

Si Kautsky hubiera querido razonar seria y honradamente, se habría preguntado: ¿Hay leyes históricas que se refieran a la revolución y no tengan excepciones? La contestación habría sido: no, no existen tales leyes. Esas leyes se refieren tan sólo a lo típico, a lo que Marx llamó una vez "ideal", en el sentido de capitalismo medio, normal, típico.

Prosigamos. ¿Había entre 1870 y 1880 algo que hiciera de Inglaterra o de Norteamérica una excepción *en el sentido que examinamos*? Toda persona un poco familiarizada con lo que la ciencia pide en el terreno de los problemas históricos ve claro que es necesario hacer esta pregunta. No hacerla significa falsear la ciencia, significa jugar a los sofismas. Y una vez hecha la pregunta, la contestación no ofrece dudas: la dictadura revolucionaria del proletariado es *violencia* contra la burguesía; esta violencia se hace *particularmente* necesaria, según lo han explicado con todo detalle y múltiples veces Marx y Engels (principalmente en *La guerra civil en Francia* y en la introducción a esta obra), por la existencia *del militarismo y de la burocracia*. ¡Estas instituciones precisamente, en Inglaterra y en Norteamérica precisamente, y precisamente en el octavo decenio del siglo XIX, cuando Marx hizo su observación, *no existían*! (Aunque ahora existen tanto en el uno como en el otro país.)

¡Kautsky tiene que hacer literalmente trampas a cada paso para encubrir su apostasía!

Y fíjense cómo ha enseñado esta vez sin querer sus orejas asnales: ha escrito: ¡¡"por vía pacífica, *es decir*, *democrática*"!!

Al definir la dictadura, Kautsky ha hecho todos los esfuerzos posibles para ocultar al lector el rasgo fundamental de este concepto: *la violencia* revolucionaria. Y ahora sale a relucir la verdad: se trata de la oposición entre *revolución pacífica* y *revolución violenta*.

Ahí está el quid. Kautsky necesita todos los subterfugios, los sofismas y las falsificaciones truhanescas de que se vale para *ponerse a cubierto* de la revolución *violenta*, para ocultar que reniega de ella, que se pasa al lado de la política obrera *liberal*, es decir, al lado de la burguesía. Ahí está el quid.

El "historiador" Kautsky falsea la historia con tal cinismo que "olvida" lo fundamental: el capitalismo premonopolista -cuyo apogeo corresponde precisamente al octavo decenio del siglo XIX -, en virtud de sus rasgos *económicos* esenciales, que en Inglaterra y en Norteamérica se manifestaban de un modo típico en particular, se distinguía por un apego relativamente mayor a la paz y a la libertad. En cambio, el imperialismo, es decir, el capitalismo monopolista, que no alcanzó plena madurez hasta el siglo XX, atendidos sus rasgos *económicos* esenciales, se distingue por un apego mínimo a la paz y a la libertad, por un desarrollo máximo del militarismo en todas partes. "No ver" esto, hablando de lo típico o de lo probable que es una revolución pacífica o violenta, es caer tan bajo como el más adocenado lacayo de la burguesía.

Segundo subterfugio: La Comuna de París fue una dictadura del proletariado, pero elegida por sufragio *universal*, sin privar a la burguesía de su derecho al voto, es decir, "*por vía democrática*". Y concluye Kautsky, con aire de triunfo: "...La dictadura del proletariado era para Marx" (o según Marx) "un estado que resulta necesariamente de la democracia pura si el proletariado constituye la mayoría" (*bei übrwiegendem Proletariat*, pág. 21).

Este argumento de Kautsky es tan divertido que se ve uno en un verdadero *embarras de richesses* (perdido en medio de la abundancia... de objeciones). En primer lugar, es cosa sabida que la flor, el Estado Mayor, las capas altas de la burguesía huyeron de París a Versalles. En Versalles estaba el "socialista" Luis Blanc, lo cual demuestra, por cierto, que es falsa la afirmación de Kautsky de que en la Comuna participaron "todas las tendencias" del socialismo. ¿No es ridículo presentar como "democracia pura" con "sufragio universal" la división de los habitantes de París en dos campos beligerantes, en uno de los cuales estaba concentrada toda la burguesía combativa y activa en la política?

En segundo lugar, la Comuna luchó contra Versalles, como gobierno obrero de *Francia* contra el gobierno burgués. ¿A qué viene aquí eso de "democracia pura" y de "sufragio universal" cuando París decidía la suerte de Francia? Cuando Marx consideraba que la Comuna había cometido un error por no haberse incautado del banco, que pertenecía a toda Francia[12], ¿¿partía acaso de los principios y del ejercicio práctico de la "democracia pura"??

Bien se ve que Kautsky escribe en un país donde la policía prohíbe a la gente reírse "a coro", porque, de otro modo, la risa hubiera acabado con él.

En tercer lugar, me permitiré recordar con respeto al señor Kautsky, que se sabe de memoria a Marx y a Engels, el siguiente juicio de Engels sobre la Comuna, en cuanto a... la "democracia pura":

"¿No han visto nunca una revolución estos señores" (los antiautoritarios)? "Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria posible; es el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte con fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿Habría durado, acaso, un solo día la Comuna de París, de no haber empleado esta autoridad del pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberla utilizado lo

suficiente?"[13]

¡Ahí tienen la "democracia pura"! ¡Cómo se hubiera mofado Engels del vulgar pequeño burgués, del "socialdemócrata" (en el sentido que se daba en Francia a esta palabra por los años 40, y en el que se le da en toda Europa en 1914-1918) que hubiera tenido la ocurrencia de hablar en general de "democracia pura" en una sociedad dividida en clases!

Pero basta. Es imposible enumerar todos los absurdos a que llega Kautsky, porque cada una de sus frases es un abismo insondable de apostasía.

Marx y Engels analizaron con el mayor detenimiento la Comuna de París, demostrando que su mérito consistió en la tentativa de *destruir*, de *romper* "la máquina del Estado existente"[14]. Tanta importancia concedían Marx y Engels a esta conclusión que, en 1872, introdujeron *sólo* esa enmienda en el programa "envejecido" (en algunos de sus puntos) del *Manifiesto Comunista*[15]. Marx y Engels demostraron que la Comuna suprimía el ejército y la burocracia, suprimía *el parlamentarismo*, destruía "la excrecencia parasitaria que es el Estado", etc.; pero el sapientísimo Kautsky se encasqueta el gorro de dormir y repite los cuentos de la "democracia pura", relatados mil veces por los catedráticos liberales.

No sin razón dijo Rosa Luxemburgo el 4 de agosto de 1914 que la socialdemocracia alemana es ahora *un cadáver hediondo*[16].

Tercer subterfugio: "Si hablamos de la dictadura como forma de gobierno, no podemos hablar de dictadura de una clase. Porque una clase, como ya hemos anotado, sólo puede dominar, pero no gobernar..." Gobiernan "organizaciones" o "partidos".

¡Embrolla usted, embrolla usted de un modo atroz, señor "consejero del embrollo"! La dictadura no es una "forma de gobierno", eso es un absurdo ridículo. Marx no habla de "forma de gobierno", sino de forma o tipo de *Estado*, y eso es absolutamente distinto; lo que se dice, absolutamente distinto. Totalmente inexacto es también eso de que no puede gobernar *una clase*: semejante absurdo sólo puede pronunciarlo un "cretino parlamentario" que no ve nada más allá del parlamento burgués, que no advierte nada más que los "partidos gobernantes". Cualquier país europeo puede ofrecer a Kautsky ejemplos de gobierno ejercido por la *clase* dominante, por ejemplo, los terratenientes en la Edad Media, a pesar de su insuficiente organización.

Resumen. Kautsky ha desvirtuado del modo más inaudito el concepto de dictadura del proletariado, haciendo de Marx un liberal adocenado, es decir, se ha deslizado él mismo al nivel de un liberal que dice trivialidades acerca de la "democracia pura", embelleciendo y velando el contenido de clase de la democracia *burguesa* y rehuyendo más que nada *la violencia revolucionaria* por parte de la clase oprimida. Cuando Kautsky "interpreta" el concepto de "dictadura revolucionaria del proletariado" de tal modo que desaparece la violencia revolucionaria por parte de la clase oprimida, contra los opresores, bate el récord mundial de desvirtuación liberal de Marx. El renegado Bernstein no es más que un pobrecillo al lado del renegado Kautsky.

Democracia burguesa y democracia proletaria.

El problema que Kautsky embrolla de manera tan atroz se plantea en realidad así.

Si no es para mofarse del sentido común y de la historia, claro está que no se puede hablar de "democracia pura" mientras existan diferentes *clases*, y sólo puede hablarse de democracia *de clase*. (Digamos entre paréntesis que "democracia pura" es no sólo una frase de *ignorante* que no comprende ni la lucha de las clases ni la esencia del Estado, sino una frase completamente vacía, pues en la sociedad comunista, la democracia, modificándose y convirtiéndose en costumbre, *se extinguirá*, pero nunca será democracia "pura".)

La "democracia pura" es un embuste de liberal que embauca a los obreros. La historia conoce la democracia burguesa, que sucede al feudalismo, y la democracia proletaria, que sustituye a la burguesa.

Cuando Kautsky consagra casi decenas de páginas a "demostrar" la verdad de que la democracia burguesa es más progresiva que el medievo, de que el proletariado debe utilizarla sin falta en su lucha contra la burguesía, eso no es sino charlatanería liberal que embauca a los obreros. En la culta Alemania, lo mismo que en la inculta Rusia, se trata de una perogrullada. Lo que hace Kautsky es desorientar a los obreros, hablándoles con "docto" aire de Weitling, de los jesuitas del Paraguay y de otras muchas cosas para *pasar por alto* la esencia *burguesa* de la democracia contemporánea, es decir, de la democracia *capitalista*.

Kautsky toma del marxismo lo que pueden aceptar los liberales, lo que puede aceptar la burguesía (la crítica del medievo, el papel progresivo que desempeñan en la historia el capitalismo en general y la democracia capitalista en particular) y arroja por la borda, calla y oculta del marxismo lo *inadmisible* para la burguesía (la violencia revolucionaria del proletariado contra la burguesía para aniquilar a ésta). Por ello, dada su posición objetiva, sea cual fuere su convicción subjetiva, Kautsky resulta ser inevitablemente un lacayo de la burguesía.

La democracia burguesa, que constituye un gran progreso histórico en comparación con el medievo, sigue siendo siempre -y no puede menos de serlo bajo el capitalismo- estrecha, amputada, falsa, hipócrita, paraíso para los ricos y trampa y engaño para los explotados, para los pobres. Esta verdad, que

figura entre lo más esencial de la doctrina marxista, no la ha comprendido el "marxista" Kautsky. En este problema -fundamental- Kautsky ofrece "cosas agradables" a la burguesía, en lugar de una crítica científica de las condiciones que hacen de toda democracia burguesa una democracia para los ricos.

Comencemos por recordar al doctísimo señor Kautsky las declaraciones teóricas de Marx y Engels que nuestro exegeta, para vergüenza suya, "ha olvidado" (con objeto de complacer a la burguesía), y luego explicaremos las cosas del modo más popular.

No sólo el Estado antiguo y feudal, sino también "el moderno Estado representativo es un instrumento de que se sirve el capital para explotar el trabajo asalariado" (Engels, en su obra sobre el Estado)[17]. "Siendo el Estado una institución meramente transitoria, que se utiliza en la lucha, en la revolución, para someter por la violencia a los adversarios, es un puro absurdo hablar de un Estado popular libre: mientras el proletariado *necesite* del Estado, no será en beneficio de la libertad, sino para someter a sus adversarios, y tan pronto como pueda hablarse de libertad, el Estado, como tal, dejará de existir" (Engels, en su carta a Bebel del 28 de marzo de 1875). "El Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía" (Engels, en la introducción a *La guerra civil* de Marx)[18]. El sufragio universal es "el índice de la madurez de la clase obrera. *No puede llegar ni llegará nunca a más en el Estado actual*" (Engels, en su obra sobre el Estado[19]. El señor Kautsky rumia en forma extraordinariamente aburrida la primera parte de esta tesis, admisible para la burguesía. ¡En cambio, el renegado Kautsky pasa por alto la segunda, que hemos subrayado y que no es admisible para la burguesía!) "La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo... En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar (*ver-und zertreten*) al pueblo en el parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos con el fin de encontrar a obreros, capataces y contables para sus negocios" (Marx, en su obra sobre la Comuna de París *La guerra civil en Francia*)[20].

Cada una de estas tesis, perfectamente conocidas por el doctísimo señor Kautsky, lo abofetea y descubre toda su traición. En todo el folleto de Kautsky no hay ni gota de comprensión de estas verdades. ¡Es de pe a pa una burla del marxismo!

Tomemos las leyes fundamentales de los Estados contemporáneos, fíjense en cómo se gobiernan, en la libertad de reunión o de imprenta, en la "igualdad de los ciudadanos ante la ley", y se verá a cada paso la hipocresía de la democracia burguesa, que tan bien conoce todo obrero honrado y consciente. No hay ningún Estado, ni siquiera el más democrático, cuya Constitución no presente algún resquicio o salvedad que permita a la burguesía lanzar las tropas contra los obreros, declarar el estado de guerra, etc., "en caso de alteración del orden" y, en realidad, en caso de que la clase explotada "altere" su situación de esclava e intente hacer algo que no sea propio de esclavos. Kautsky acicala desvergonzadamente la democracia burguesa, callándose, por ejemplo, lo que los burgueses más democráticos y republicanos hacen en Norteamérica o en Suiza contra los obreros en huelga.

¡Oh, el sabio y docto Kautsky se lo calla! Este erudito político no comprende que silenciarlo es una villanía. Prefiere contar a los obreros cuentos de niños, como lo de que democracia significa "defensa de la minoría". ¡Resulta increíble, pero así es! En 1918 de la era cristiana, al quinto año de carnicería imperialista mundial y de estrangulamiento en todas las "democracias" del mundo de las minorías internacionalistas (es decir, de las que no han traicionado vilmente al socialismo, como han hecho los Renaudel y los Longuet, los Scheidemann y los Kautsky, los Hendersony los Webb, etc.), el sabio señor Kautsky entona sus melifluas loas a la "defensa de la minoría". Quien lo desee puede leerlo en la página 15 del folleto de Kautsky. Y en la página 16, tan docto... ejemplar les hablará ¡de los whigs y de los tories[21] ingleses del siglo XVIII!

¡Oh, erudición! ¡Oh, refinado servilismo ante la burguesía! ¡Oh, civilizada manera de reptar ante los capitalistas y lamerles las botas! Si yo fuera Krupp, Scheidemann, Clemenceau o Renaudel, le pagaría al señor Kautsky millones, le recompensaría con besos de Judas, lo elogiaría ante los obreros, recomendaría "la unidad del socialismo" con gentes tan "respetables" como él. ¿No es prestar lacayunos servicios a la burguesía eso de escribir folletos contra la dictadura del proletariado, traer a colación a los whigs y los tories ingleses del siglo XVIII, afirmar que democracia significa "defensa de la minoría" y guardar silencio sobre los *pogromos* desencadenados contra los internacionalistas en la "democrática" república de los Estados Unidos?

El sabio señor Kautsky "ha olvidado" -probablemente por casualidad…- una "pequeñez": que el partido dominante de una democracia burguesa sólo cede la defensa de la minoría a otro partido *burgués*, mientras que al proletariado, en todo problema *serio*, *profundo y fundamental*, en lugar de "defensa de la minoría" le tocan en suerte estados de guerra o pogromos. *Cuanto más desarrollada está la democracia, tanto más se acerca al pogromo o a la guerra civil en toda divergencia política peligrosa para la burguesía*. El sabio señor Kautsky podía haber advertido esta "ley" de la democracia burguesa en el caso Dreyfus[22] en la Francia republicana, en el

linchamiento de negros e internacionalistas en la democrática república de los Estados Unidos, en el ejemplo de Irlanda y de Ulster en la democrática Inglaterra[23], en la persecución de los bolcheviques y en la organización de pogromos contra ellos en abril de 1917 en la democrática república de Rusia. Pongo intencionadamente ejemplos que no corresponden sólo al período de guerra, sino también al anterior, al tiempo de paz. El melifluo señor Kautsky estima oportuno cerrar los ojos ante estos hechos del siglo XX y contar, en cambio, a los obreros cosas de admirable novedad, de extraordinario interés, de inusitado aleccionamiento e increíble enjundia sobre los whigs y los tories del siglo XVIII.

Tomemos el parlamento burgués. ¿Puede admitirse que el sabio Kautsky no haya oído decir nunca que los parlamentos burgueses se hallan *tanto más* sometidos a la Bolsa y a los banqueros *cuanto más* desarrollada está la democracia? Esto no quiere decir que no deba utilizarse el parlamentarismo burgués (y los bolcheviques lo han utilizado quizá con mayor éxito que ningún otro partido del mundo, porque en 1912-1914 habíamos conquistado toda la curia obrera de la cuarta Duma)[24]. Pero sí quiere decir que sólo un liberal puede olvidar, como lo hace Kautsky, *el carácter limitado y convencional en el plano histórico* que tiene el parlamentarismo burgués. En el más democrático Estado burgués, las masas oprimidas tropiezan a cada paso con una contradicción flagrante entre la igualdad *formal*, proclamada por la "democracia" de los capitalistas, y las mil limitaciones y tretas *reales* que convierten a los proletarios en *esclavos asalariados*. Esta contradicción es la que abre a las masas los ojos ante la podredumbre, la falsedad y la hipocresía del capitalismo. ¡Esta contradicción es la que los agitadores y los propagandistas del socialismo denuncian siempre ante las masas *a fin de prepararlas* para la revolución! Y cuando *ha comenzado* una era de revoluciones, Kautsky le vuelve la espalda y se dedica a ensalzar los encantos de la democracia burguesa *agonizante*.

La democracia proletaria, una de cuyas formas es el Poder soviético, ha imprimido un desarrollo y una extensión jamás vistas a la democracia para la inmensa mayoría de la población, para los explotados y los trabajadores. Escribir todo un folleto sobre la democracia, como lo hace Kautsky, que dedica dos páginas a la dictadura y decenas de páginas a la "democracia pura", y *no advertir* esto significa deformar por completo las cosas al modo liberal.

Tomemos la política exterior. En ningún Estado burgués, ni aun en el más democrático, se hace abiertamente. En todas partes se engaña a las masas; y en países democráticos como Francia, Suiza, Norteamérica e Inglaterra se engaña cien veces más y de un modo cien veces más refinado que en otros países. El Poder soviético ha arrancado a lo revolucionario el velo de misterio que cubría la política exterior. Kautsky no lo ha notado. Nada dice de ello, aunque en una época de guerras de rapiña y de tratados secretos para "repartirse las esferas de influencia" (es decir, de tratados en los que los bandoleros capitalistas proyectan el reparto del mundo) tiene una importancia *cardinal*, porque de eso depende la paz, la vida y la muerte de decenas de millones de seres humanos.

Tomemos la estructura del Estado. Kautsky se aferra a "minucias", incluso a que las elecciones son "indirectas" (en la Constitución soviética), pero no ve el fondo del problema. No nota que la máquina estatal, el aparato del Estado tiene una esencia *de clase*. En la democracia burguesa, valiéndose de mil ardides -tanto más ingeniosos y eficaces cuanto más desarrollada está la democracia "pura"-, los capitalistas *apartan* a las masas de la participación en el gobierno, de la libertad de reunión e imprenta, etc. El Poder soviético es el *primero* del mundo (mejor dicho, el segundo, porque la Comuna de París empezó a hacer lo mismo) que *incorpora* al gobierno a las masas, precisamente a las masas *explotadas*. Mil barreras *cierran* a las masas trabajadoras el paso al parlamento burgués (que *nunca resuelve* las cuestiones de mayor importancia dentro de la democracia burguesa: las resuelven la Bolsa y los bancos), y los obreros saben y sienten, ven y perciben perfectamente que el parlamento burgués es una institución *ajena*, *un instrumento de opresión* de los proletarios por la burguesía, la institución de una clase hostil, de la minoría de explotadores.

Los Soviets son la organización directa de los trabajadores y de las masas explotadas, a los que da toda clase de *facilidades* para organizar por sí mismos el Estado y gobernarlo de todos los modos posibles. Gracias a las grandes empresas, precisamente el proletariado de las ciudades, vanguardia de los trabajadores y de los explotados, tiene en este aspecto la ventaja de ser el más unido; a él le es más fácil que a otros elegir y controlar a los diputados. La organización soviética *facilita* automáticamente el agrupamiento de todos los trabajadores y explotados alrededor de su vanguardia, el proletariado. El viejo aparato burgués, la burocracia, los privilegios de la fortuna, de la instrucción burguesa, de las relaciones, etc. (privilegios de hecho, tanto más variados cuanto más desarrollada está la democracia burguesa), quedan descartados totalmente con la organización soviética. La libertad de imprenta deja de ser una farsa, porque se desposee a la burguesía de los talleres gráficos y del papel. Lo mismo sucede con los mejores edificios, con los palacios, villas, mansiones señoriales de campo, etc. El Poder soviético desposeyó inmediatamente a los explotadores de miles y miles de los mejores edificios, haciendo así *un millón de veces* más "democrático" el derecho de

reunión para las masas, ese derecho de reunión, sin el cual la democracia es un engaño. Las elecciones indirectas a los Soviets que no son locales hacen más fáciles los congresos de los Soviets, hacen que *toda* la administración sea menos costosa, más ágil, esté más al alcance de los obreros y de los campesinos en un período en que la vida se encuentra en efervescencia y es necesario que los electores puedan proceder con especial rapidez para revocar a su diputado local o enviarlo al Congreso general de los Soviets.

La democracia proletaria *es un millón de veces* más democrática que cualquier democracia burguesa. El Poder soviético es un millón de veces más democrático que la más democrática de las repúblicas burguesas.

Esto sólo podía no verlo un servidor consciente de la burguesía o un cadáver político, al que los polvorientos libros burgueses impiden ver la vida tal como es y que está impregnado hasta la médula de prejuicios democráticos burgueses, por lo que se ha convertido objetivamente en lacayo de la burguesía.

Esto sólo podía no verlo un hombre incapaz de *plantear la cuestión* desde el punto de vista de las clases *oprimidas*:

¿Hay un solo país en el mundo, entre los países burgueses más democráticos, donde el obrero *medio*, *de la masa*, *el bracero* medio, de la masa, o el semiproletario del campo en general (es decir, el hombre de la masa oprimida, de la inmensa mayoría de la población) goce, aunque sea aproximadamente, de la *libertad* de celebrar sus reuniones en los mejores edificios; de la *libertad* de disponer de las mayores imprentas y de las mejores reservas de papel para expresar sus ideas y defender sus intereses; de la *libertad* de enviar a hombres de su clase al gobierno y "organizar" el Estado, como sucede en la Rusia Soviética?

Es ridículo pensar que el señor Kautsky pueda hallar en ningún país ni siquiera a un obrero o un bracero entre mil, que, puesto al corriente, dude al contestar a esta pregunta. Instintivamente, sin oír más que las confesiones fragmentarias de la verdad que se les escapa a los periódicos burgueses, los obreros de todo el mundo simpatizan con la República de los Soviets porque ven en ella la democracia *proletaria*, *la democracia para los pobres*, y no una democracia para los ricos, como en realidad es toda democracia burguesa, incluso la mejor.

Nos gobiernan (y "organizan" nuestro Estado) funcionarios burgueses, parlamentarios burgueses y jueces burgueses. Esta es una verdad pura, evidente, indiscutible, que conocen por experiencia propia, que sienten y perciben todos los días decenas y centenares de millones de seres de las clases oprimidas de todos los países burgueses, incluso de los más democráticos.

En cambio, en Rusia se ha deshecho por completo el mecanismo burocrático, no dejando de él piedra sobre piedra, se ha dejado cesantes a todos los antiguos magistrados, se ha disuelto el parlamento burgués y se ha dado a los obreros y a los campesinos una representación *mucho más accesible*, *sus* Soviets han venido a ocupar el puesto de los funcionarios o *sus* Soviets han sido colocados por encima de los funcionarios, *sus* Soviets son los que eligen a los jueces. Este mero hecho basta para que todas las clases oprimidas proclamen que el Poder de los Soviets, o sea, esta forma de dictadura del proletariado, es un millón de veces más democrático que la más democrática de las repúblicas burguesas.

Kautsky no comprende esta verdad, inteligible y evidente para todo obrero, porque "ha olvidado", "ha perdido la costumbre" de preguntar: ¿democracia *para qué clase*? Razona desde el punto de vista de la democracia "pura" (es decir, ¿sin clases? o ¿al margen de las clases?). Argumenta como Shylock[25]: "una libra de carne", y sanseacabó. Igualdad de todos los ciudadanos; si no, no hay democracia.

Hemos de preguntar al sabio Kautsky, al "marxista" y "socialista" Kautsky:

¿Puede haber igualdad entre el explotado y el explotador?

Es monstruoso, es increíble que tengamos que hacer esta pregunta, al tratar de un libro del dirigente ideológico de la II Internacional. Pero, "a lo hecho, pecho". Puestos a escribir sobre Kautsky, hemos de explicar, pues, a este erudito por qué no puede haber igualdad entre el explotador y el explotado.

¿Puede haber igualdad entre el explotado y el explotador?

Kautsky argumenta así:

> (1) "Los explotadores han constituido siempre una pequeña minoría de la población" (pág. 14 del opúsculo de Kautsky).

Esto es una verdad indiscutible. ¿Cómo deberemos razonar, partiendo de ella? Podemos razonar como marxistas, como socialistas; entonces habremos de basarnos en la relación entre explotados y explotadores. Podemos razonar como liberales, como demócratas burgueses; entonces habremos de basarnos en la relación entre mayoría y minoría.

Si razonamos como marxistas, tendremos que decir: los explotadores transforman inevitablemente el Estado (porque se trata de la democracia, es decir, de una de las formas del Estado) en instrumento de dominio de su clase, de la clase de los explotadores, sobre los explotados. Por eso, aun el Estado democrático, mientras haya explotadores que dominen sobre una mayoría de explotados, será inevitablemente una democracia para los explotadores. El Estado de los explotados debe distinguirse por completo de él, debe ser la democracia para los explotados y *el sometimiento de los explotadores*; y el sometimiento de una clase

significa la desigualdad en detrimento suyo, su exclusión de la "democracia".

Si argumentamos como liberales, tendremos que decir: la mayoría decide y la minoría se somete. Los desobedientes son castigados. Y nada más. No hay por qué hablar del carácter de clase del Estado en general ni de la "democracia pura" en particular; no tiene nada que ver con la cuestión, porque la mayoría es la mayoría, y la minoría es la minoría. Una libra de carne es una libra de carne, y sanseacabó.

Kautsky razona exactamente así:

(2) "¿Qué motivos hay para que la dominación del proletariado tome o haya de tomar una forma que sea incompatible con la democracia?" (pág. 21). Después explica, con frases largas y redundantes, hasta con una cita de Marx y con estadísticas electorales de la Comuna de París, que el proletariado posee la mayoría. Conclusión: "Un régimen con tan hondas raíces en las masas no tiene motivo alguno para atentar contra la democracia. No siempre podrá abstenerse de la violencia cuando se haga uso de ella contra la democracia. Sólo con la violencia puede contestarse a la violencia. Pero un régimen que sabe que cuenta con las masas usará de ella únicamente para *defender* la democracia, y no para *suprimirla*. Cometería un verdadero suicidio si quisiera suprimir su base más segura, el sufragio universal, profunda fuente de poderosa autoridad moral" (pág. 22).

Como se ve, la relación entre explotados y explotadores ha desaparecido de la argumentación de Kautsky. No queda más que la mayoría en general, la minoría en general, la democracia en general, la "democracia pura", que ya conocemos.

¡Nótese que esto se dice *a propósito de la Comuna de París*! Para mayor evidencia, veamos lo que decían Marx y Engels de la dictadura *a propósito de la Comuna*:

Marx: "...Si los obreros sustituyen la dictadura de la clase burguesa con su dictadura revolucionaria... para vencer la resistencia de la burguesía..., dan al Estado una forma revolucionaria y transitoria..."[26]

Engels: "...El partido victorioso" (en la revolución) "si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿Habría durado, acaso, un solo día la Comuna de París, de no haber empleado esta autoridad del pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberla utilizado lo suficiente?.."[27]

Engels: "Siendo el Estado una institución meramente transitoria, que se utiliza en la lucha, en la revolución, para someter por la violencia a los adversarios, es un puro absurdo hablar de un Estado popular libre: mientras el proletariado necesite del Estado, no será en beneficio de la libertad, sino para someter a sus adversarios, y tan pronto como pueda hablarse de libertad, el Estado, como tal, dejará de existir..."[28]

Entre Kautsky, por un lado, y Marx y Engels, por otro, existe el mismo abismo que entre el cielo y la tierra, que entre un liberal y un revolucionario proletario. La democracia pura y sencillamente la "democracia" de que habla Kautsky no es más que una paráfrasis de ese mismo "Estado popular libre", es decir, *un puro absurdo*. Con la erudición de un doctísimo imbécil de gabinete, o con el candor de una niña de diez años, pregunta Kautsky: ¿Para qué ejercer la dictadura, si se tiene la mayoría? Marx y Engels lo explican:

- Para aplastar la resistencia de la burguesía,
- para inspirar temor a los reaccionarios,
- para mantener la autoridad del pueblo armado contra la burguesía,
- para que el proletariado pueda someter por la violencia a sus adversarios.

Kautsky no comprende estas explicaciones. Enamorado de la "pureza" de la democracia, no viendo su carácter burgués, sostiene "consecuentemente" que la mayoría, puesto que lo es, no tiene necesidad de "aplastar la resistencia" de la minoría, de "aplastarla por la fuerza"; sostiene que es suficiente reprimir los *casos* de violación de la democracia. ¡Enamorado de la "pureza" de la democracia, Kautsky incurre *por descuido* en ese pequeño error en que siempre incurren todos los demócratas burgueses; toma por igualdad real la igualdad formal (que no es más que mentira e hipocresía en el régimen capitalista)! ¡Nada menos!

El explotador no puede ser igual al explotado.

Esta verdad, por desagradable que le resulte a Kautsky, es lo más esencial del socialismo.

Otra verdad: No puede haber igualdad real, efectiva, mientras no se haya hecho totalmente imposible la explotación de una clase por otra.

Se puede derrotar de golpe a los explotadores con una insurrección victoriosa en la capital o una rebelión de las tropas. Pero, descontando casos muy raros y excepcionales, no se puede hacer desaparecer de golpe a los explotadores. No se puede expropiar de golpe a todos los terratenientes y capitalistas de un país de cierta extensión. Además, la expropiación por sí sola, como acto jurídico o político, no resuelve, ni mucho menos, el problema, porque es necesario *desalojar* de hecho a los terratenientes y capitalistas, *remplazarlos* de hecho en fábricas y fincas por la nueva administración obrera. No puede haber igualdad entre los explotadores, que durante largas generaciones se han distinguido por la instrucción, la riqueza y los hábitos adquiridos, y los explotados, que, incluso en las repúblicas burguesas más avanzadas y democráticas, constituyen, en su mayoría, una masa embrutecida, inculta, ignorante, atemorizada y dispersa. Durante mucho tiempo después de la revolución, los explotadores siguen conservando, de hecho, inevitablemente, tremendas

ventajas: conservan el dinero (no es posible suprimir el dinero de golpe), algunos que otros bienes muebles, con frecuencia valiosos; conservan las relaciones, los hábitos de organización y administración, el conocimiento de todos los "secretos" (costumbres, procedimientos, medios, posibilidades) de la administración; conservan una instrucción más elevada, sus estrechos lazos con el alto personal técnico (que vive a lo burgués y piensa en burgués); conservan (y esto es muy importante) una experiencia infinitamente superior en lo que respecta al arte militar, etc., etc.

Si los explotadores son derrotados solamente en un país -y éste es, naturalmente, el caso típico, pues la revolución simultánea en varios países constituye una rara excepción-, seguirán siendo, *no obstante*, *más fuertes* que las explotados, porque sus relaciones internacionales son poderosas. Además, una parte de los explotados, pertenecientes a las masas más atrasadas de campesinos medios, artesanos, etc., sigue y puede seguir a los explotadores, como lo han probado hasta ahora *todas* las revoluciones, incluso la Comuna (porque entre las tropas de Versalles había también proletarios, cosa que "ha olvidado" el doctísimo Kautsky).

Por tanto, suponer que en una revolución más o menos seria y profunda la solución del problema depende sencillamente de la actitud de la mayoría ante la minoría, es una estupidez inmensa, el más necio prejuicio de un liberal adocenado, *es engañar a las masas*, ocultarles a sabiendas la verdad histórica. Esta verdad histórica es la siguiente: en toda revolución profunda, la regla es que los explotadores, que durante bastantes años conservan de hecho sobre los explotados grandes ventajas, opongan una resistencia *larga*, *porfiada y desesperada*. Nunca -a no ser en la fantasía dulzona del melifluo tontaina de Kautsky- se someten los explotadores a la voluntad de la mayoría de los explotados sin haber puesto antes a prueba su superioridad en una desesperada batalla final, en una serie de batallas.

El paso del capitalismo al comunismo llena toda una época histórica. Mientras esta época histórica no finalice, los explotadores siguen inevitablemente abrigando esperanzas de restauración, *esperanzas* que se convierten en *tentativas* de restauración. Después de la primera derrota seria, los explotadores derrocados, que no esperaban su derrocamiento ni creían en él, que no aceptaban ni siquiera la idea de que pudiera producirse, se lanzan con energía decuplicada, con pasión furiosa y odio centuplicado a la lucha por la restitución del "paraíso" que les ha sido arrebatado, en defensa de sus familias, que antes disfrutaban de una vida tan dulce y a quienes la "chusma vil" condena a la ruina y a la miseria (o al trabajo "simple"...). Y detrás de los capitalistas explotadores sigue una gran masa de pequeña burguesía, de la que decenios de experiencia histórica en todos los países nos dicen que titubea y vacila, que hoy sigue al proletariado y mañana se asusta de las dificultades de la revolución, se deja llevar del pánico ante la primera derrota o semiderrota de los obreros, se pone nerviosa, se agita, lloriquea, se pasa de un campo a otro... lo mismo que nuestros mencheviques y eseristas.

¡¡Y en esas condiciones, en una época de lucha desesperada, aguda, cuando la historia pone a la orden del día problemas relacionados con la existencia misma de privilegios seculares y milenarios, se habla de mayoría y minoría, de democracia pura, de que no hace falta la dictadura, de igualdad entre explotadores y explotados!! ¡Qué abismo de estupidez y filisteísmo se necesita para ello!

Pero los decenios de un capitalismo relativamente "pacífico", que van de 1871 a 1914, han convertido a los partidos socialistas que se adaptan al oportunismo en establos de Augias de filisteísmo, de estrechez mental y apostasía...

* * *

El lector habrá advertido probablemente que Kautsky, en el precitado pasaje de su libro, habla de atentado contra el sufragio universal (al que califica, dicho sea entre paréntesis, de profunda fuente de poderosa autoridad moral, mientras que Engels, a propósito de la misma Comuna de París y del mismo problema de la dictadura, habla de la autoridad del pueblo armado contra la burguesía; resulta característico comparar las ideas que sobre la "autoridad" tienen un filisteo y un revolucionario...).

Es de advertir que el privar a los explotadores del derecho de voto es un problema *puramente ruso*, y no un problema de la dictadura del proletariado en general. Si Kautsky hubiera titulado, sin hipocresía, su folleto *Contra los bolcheviques*, el título correspondería al contenido, y Kautsky tendría entonces derecho a hablar directamente del derecho de sufragio. Pero Kautsky ha querido ser, ante todo, un "teórico". Ha titulado su folleto *La dictadura del proletariado en general*. De los Soviets y de Rusia habla especialmente sólo en la segunda parte del opúsculo, a partir del sexto apartado. En cambio, en la primera parte (que es de donde yo he tomado la cita), trata de la democracia y de la dictadura en general. Puesto a hablar del derecho electoral, Kautsky *se ha desenmascarado* como polemista contra los bolcheviques *sin un ápice de respeto por la teoría*. Porque la teoría, es decir, el estudio de los fundamentos generales de clase (y no específicos nacionales) de la democracia y de la dictadura, no debe tratar de un punto concreto, como es el derecho electoral, sino de todo el problema: ¿Puede *mantenerse* la democracia, tanto *para los ricos como para los explotadores*, en un período histórico en que se derriba a los explotadores, y su Estado es sustituido por el Estado de los explotados?

Así y sólo así es como puede plantear el problema un teórico.

Conocemos el ejemplo de la Comuna, conocemos todos los razonamientos de los fundadores del marxismo sobre ella y a propósito de ella. Apoyándome en esos datos, he analizado, por ejemplo, el problema de la democracia y de la dictadura en el folleto *El Estado y la revolución*, escrito antes de la Revolución de Octubre. Acerca de la restricción del derecho al sufragio no he dicho ni una palabra. Y ahora hay que afirmar que este problema es un asunto específico nacional, y no un problema general de la dictadura. Es un problema que se debe enfocar estudiando *las condiciones peculiares* de la revolución rusa, estudiando *su camino especial* de desarrollo. Esto es lo que me propongo hacer en las páginas siguientes. Pero sería un error asegurar por anticipado que las futuras revoluciones proletarias de Europa, todas o la mayor parte de ellas, originarán necesariamente una restricción del derecho de voto para la burguesía. Puede suceder así. Después de la guerra y de la experiencia de la revolución rusa, es probable que así suceda, pero no es indispensable para el ejercicio de la dictadura, no constituye un rasgo *imprescindible* del concepto lógico de dictadura, no es condición *indispensable* del concepto de dictadura en el terreno histórico y de clase.

Lo que es un rasgo indispensable, una condición imprescindible de la dictadura, es el requisito de reprimir por la fuerza a los explotadores como *clase*, y, por consiguiente, la *violación* de la "democracia pura", es decir, de la igualdad y de la libertad *con relación a esa clase*.

Así y sólo así es como puede plantearse el problema en el terreno teórico. Y Kautsky, al no hacerlo así, demuestra que no procede contra los bolcheviques como teórico, sino como un sicofante al servicio de los oportunistas y de la burguesía.

Determinar en qué países, en qué condiciones específicas nacionales de un capitalismo u otro se va a aplicar (de un modo exclusivo o preponderante) una restricción determinada, una violación de la democracia para los explotadores, es algo que depende de las particularidades nacionales de cada capitalismo, de cada revolución. El problema es distinto en el plano teórico y se formula así: ¿Es posible la dictadura del proletariado *sin violación de la democracia* respecto a la clase de los *explotadores*?

Kautsky ha eludido esta cuestión, la *única* esencial e importante en teoría. Cita toda clase de pasajes de Marx y de Engels *salvo los que* se refieren al problema que nos ocupa, que yo he citado más arriba.

Habla de todo lo que les conviene a los liberales y demócratas burgueses, de todo lo que admiten, de lo que no rebasa su ideario, pero no habla de lo principal: de que el proletariado no puede triunfar *sin vencer la resistencia* de la burguesía, *sin reprimir por la violencia a sus adversarios*; y donde hay "represión violenta", donde no hay "libertad", *no hay*, *desde luego*, *democracia*.

Esto no lo ha comprendido Kautsky.

* * *

Pasemos a la experiencia de la revolución rusa y a la divergencia entre los Soviets de diputados y la Asamblea Constituyente[29] que condujo a la disolución de ésta, privándose a la burguesía del derecho de sufragio.

Que no intenten los soviets convertirse en organizaciones estatales.

Los Soviets son la forma rusa de la dictadura del proletariado. Si el teórico marxista que escribe un trabajo sobre la dictadura del proletariado hubiera estudiado de veras este fenómeno (en lugar de repetir las lamentaciones pequeñoburguesas contra la dictadura, como hace Kautsky, entonando las coplas mencheviques), habría comenzado por dar una definición general de la dictadura, y después habría examinado su forma particular, nacional, los Soviets, analizándolos como una de las formas de la dictadura del proletariado.

Claro que nada serio puede esperarse de Kautsky después de su "reajuste" liberal de la doctrina de Marx sobre la dictadura. Pero es curioso en sumo grado ver cómo aborda el problema de los Soviets y cómo lo resuelve.

Los Soviets, escribe al recordar su aparición en 1905, crearon "una forma de organización proletaria que era la más universal (*umfassendste*) de todas, porque comprendía a todos los obreros asalariados" (pág. 31). En 1905 los Soviets no eran más que corporaciones locales; en 1917 se han convertido en una organización a escala de toda Rusia.

> "La organización soviética -prosigue Kautsky- tiene ahora ya una historia grande y gloriosa. La que le está reservada es aún más grande, y no sólo en Rusia. En todas partes se observa que contra las gigantescas fuerzas de que dispone el capital financiero en los sentidos económico y político, son insuficientes" (*versagen*: esta palabra alemana dice algo más que "insuficientes" y algo menos que "impotentes") "los antiguos métodos del proletariado en su lucha política y económica. No puede prescindirse de ellos; siguen siendo indispensables para tiempos normales, pero se les plantean de cuando en cuando problemas para cuya solución son impotentes, problemas en que el éxito se cifra tan sólo en la unión de todos los instrumentos políticos y económicos de la fuerza de la clase obrera" (pág. 32).

Sigue una disquisición en torno a la huelga de masas, después de lo cual afirma que "la burocracia de los sindicatos", tan necesaria como los sindicatos

mismos, "no es apta para dirigir las gigantescas batallas de las masas, que configuran a nuestra época más cada día..."

"...Así pues -concluye Kautsky-, la organización soviética es uno de los fenómenos más importantes de nuestra época. Promete adquirir una importancia decisiva en los grandes combates decisivos que se avecinan entre el capital y el trabajo.

Pero, ¿podemos exigir más a los Soviets? Los bolcheviques, que después de la Revolución de Noviembre (según el nuevo calendario; es decir, de Octubre, según el viejo calendario) de 1917 conquistaron con los socialistas-revolucionarios de izquierda la mayoría en los Soviets rusos de diputados obreros, después de la disolución de la Asamblea Constituyente han convertido el Soviet, que hasta entonces era *organización de combate* de una *clase*, en una *organización estatal*. Han suprimido la democracia, que el pueblo ruso conquistó en la Revolución de Marzo (según el nuevo calendario; de Febrero, según el viejo calendario). Consecuentemente, los bolcheviques han dejado de llamarse *socialdemócratas*. Se llaman *comunistas*" (pág. 33).

Quien conozca las publicaciones de los mencheviques rusos observará en el acto que Kautsky copia servilmente a Mártov, Axelrod, Shtein y compañía. "Servilmente" es la palabra, porque deforma los hechos hasta un punto grotesco en provecho de los prejuicios mencheviques. Por ejemplo, no se ha tomado la molestia de preguntar a sus informadores, al Shtein de Berlín o al Axelrod de Estocolmo, acerca del *momento* en que se planteó el cambio de nombre de los bolcheviques en comunistas y lo relativo al papel de los Soviets como organizaciones estatales. De haber solicitado estos datos, no habría escrito Kautsky unas líneas que mueven a risa, porque ambos asuntos los plantearon los bolcheviques *en abril de 1917*, por ejemplo, en mis "tesis" del 4 de abril de 1917[30], es decir, mucho antes de la Revolución de Octubre de 1917 (por no hablar ya de la disolución de la Constituyente el 5 de enero de 1918).

Pero el razonamiento de Kautsky, que he reproducido por entero, es el quid de todo el problema de los Soviets. El quid está precisamente en saber si los Soviets deben tender a convertirse en organizaciones de Estado (los bolcheviques lanzaron en abril de 1917 la consigna de "¡Todo el poder a los Soviets!"; y en la conferencia del partido bolchevique del mismo mes de abril de 1917 declararon que no les satisfacía una república parlamentaria burguesa, sino que reivindicaban una república de obreros y campesinos del tipo de la Comuna o del tipo de los Soviets); *o bien* los Soviets no han de seguir esa tendencia, no han de tomar el poder, no han de convertirse en organizaciones de Estado, sino que deben seguir siendo "organizaciones de combate" de una "clase" (según dijo Mártov, adecentando con estos inocentes deseos el hecho de que, bajo la dirección menchevique, los Soviets no eran más que *un instrumento de subordinación de los obreros a la burguesía*).

Kautsky repite servilmente las palabras de Mártov, tomando *fragmentos* de la controversia teórica de los bolcheviques con los mencheviques y proyectando estos fragmentos, sin crítica ni razón, sobre el terreno teórico general, sobre el terreno europeo general. El resultado es un embrollo capaz de provocar una risa homérica en todo obrero ruso consciente que llegase a conocer el citado razonamiento de Kautsky.

Con la misma risa acogerán a Kautsky todos los obreros europeos (a excepción de un puñado de empedernidos socialimperialistas) cuando les expliquemos de qué va.

Llevando con extraordinaria evidencia al absurdo el error de Mártov, Kautsky le ha prestado un flaco servicio. En efecto, veamos lo que le resulta a Kautsky.

Los Soviets abarcan a todos los obreros asalariados. Contra el capital financiero son insuficientes los antiguos métodos del proletariado en su lucha política y económica. Los Soviets están llamados a cumplir un papel importantísimo, y no sólo en Rusia. Cumplirán un papel decisivo en las grandes batallas decisivas entre el capital y el trabajo en Europa. Esto es lo que dice Kautsky.

Muy bien. ¿No deciden "las batallas decisivas entre el capital y el trabajo" cuál de estas dos clases se adueñará del poder político?

Nada de eso. Dios nos guarde.

En las batallas "decisivas", los Soviets, que abarcan a todos los obreros asalariados, ¡*no deben convertirse en una organización de Estado*!

Pero ¿qué es el Estado?

El Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra.

Por tanto, la clase oprimida, la vanguardia de todos los trabajadores y de todos los explotados en la sociedad actual debe lanzarse a "las batallas decisivas entre el capital y el trabajo", ¡*pero no debe tocar* la máquina de la que se sirve el capital para oprimir al trabajo! ¡*No debe romper* esa máquina! ¡*No debe emplear* su organización universal *para reprimir a los explotadores*!

¡Magnífico, admirable, señor Kautsky! "Nosotros" reconocemos la lucha de las clases como la reconocen todos los liberales, o sea, sin derribar a la burguesía...

Aquí es donde se hace patente la total ruptura de Kautsky tanto con el marxismo como con el socialismo. Esto es, de hecho, ¡pasarse al lado de la burguesía, que se halla dispuesta a admitir todo lo que se quiera menos la transformación de las

organizaciones de la clase que ella oprime en organizaciones de Estado. No hay ya medio de que Kautsky salve su posición, que todo lo concilia y que no tiene más que frases para sortear todas las profundas contradicciones.

Kautsky renuncia en absoluto a que el poder político pase a manos de la clase obrera o admite que la clase obrera se adueñe de la vieja máquina estatal, de la máquina burguesa, pero en modo alguno consiente que la rompa y la destruya para sustituida con una nueva, con la máquina proletaria. Se "interprete" o se "explique" de uno u otro modo el razonamiento de Kautsky, resulta evidente su ruptura con el marxismo y su paso al lado de la burguesía.

Al hablar, en el *Manifiesto Comunista*, del Estado que necesita la clase obrera triunfante, Marx escribía ya: "El Estado, es decir, el proletariado organizado como clase dominante"[31]. Y ahora, un hombre que pretende seguir siendo marxista declara que el proletariado totalmente organizado y en "lucha decisiva" contra el capital, *no debe* hacer de su organización de clase una organización de Estado. La "fe supersticiosa en el Estado", que, según escribía Engels en 1891 hablando de Alemania, "se ha trasplantado del campo filosófico a la conciencia general de la burguesía e incluso a la de muchos obreros"[32], es lo que en este caso ha puesto de manifiesto Kautsky. Luchad, obreros, "autoriza" nuestro filisteo (también lo "autoriza" el burgués, porque, de todos modos, los obreros luchan, y lo único que hace falta es buscar la manera de embotar el filo de su espada). ¡Luchad, pero *no os atreváis a vencer*! ¡No destruyáis la máquina del Estado burgués, no sustituyáis la "organización estatal" burguesa con la "organización estatal" proletaria!

Una persona que compartiera en serio la idea de Marx de que el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, que se hubiera parado a meditar algo sobre esta verdad, no habría podido llegar nunca al absurdo de decir que las organizaciones proletarias, capaces de vencer al capital financiero, no deben transformarse en organizaciones estatales. Eso es lo que revela al pequeño burgués, para el cual el Estado es, "a pesar de todo", una entidad situada a fin de cuentas al margen de las clases o por encima de las clases. En efecto, ¿por qué puede el proletariado, "*una sola clase*", hacer una guerra decisiva al capital, que no sólo domina sobre el proletariado, sino sobre el pueblo entero, sobre toda la pequeña burguesía, sobre todos los campesinos, y no puede, siendo "*una sola clase*", transformar su organización en organización estatal? Porque el pequeño burgués *teme* la lucha de las clases y no la lleva a término, *a lo más importante*.

Kautsky se ha hecho un lío completo y descubre la hilaza. Fíjense: él mismo ha reconocido que Europa se acerca a batallas decisivas entre el capital y el trabajo y que los antiguos métodos del proletariado en la lucha política y económica son insuficientes. Pero estos métodos consistían, precisamente, en utilizar la democracia *burguesa*. ¿Por tanto?..

Kautsky ha tenido miedo de llevar el razonamiento a sus últimas consecuencias y ver lo que de ello se deduce.

...Por tanto, sólo un reaccionario, enemigo de la clase obrera y lacayo de la burguesía, puede dedicarse ahora a pintar los encantos de la democracia burguesa y a cotorrear acerca de la democracia pura, de cara a un pasado ya caduco. La democracia burguesa fue progresista en comparación con la Edad Media, y había que utilizada. Pero ahora *es insuficiente* para la clase obrera. Ahora hay que mirar hacia adelante, y no hacia atrás, hay que ir a la sustitución de la democracia burguesa por la *proletaria*. Ha sido posible (y necesario) realizar *en el marco* del Estado democrático burgués el trabajo preparatorio de la revolución proletaria, la instrucción y formación del ejército proletario, pero encerrar al proletariado dentro de ese marco, cuando se ha llegado a las "batallas decisivas", es hacer traición a la causa proletaria, ser un renegado.

Kautsky ha metido la pata con mucha gracia, pues repite el argumento de Mártov ¡*sin ver* que Mártov apoya este argumento en *otro* que Kautsky no emplea! Mártov dice (y Kautsky lo repite) que Rusia no está todavía madura para el socialismo, de lo cual se deduce naturalmente que es aún pronto para convertir los Soviets, de instrumentos de combate, en organizaciones de Estado (léase: lo oportuno es transformar los Soviets, con ayuda de los jefes mencheviques, en órganos de *subordinación* de los obreros a la burguesía imperialista). Ahora bien, Kautsky *no puede* decir abiertamente que Europa no está madura para el socialismo. En 1909, cuando aún no era un renegado, escribió que no se debía tener miedo de una revolución *prematura*, que sería traidor quien renunciara a la revolución por miedo a la derrota. Kautsky no se atreve a retractarse *francamente*. Y resulta un absurdo que descubre por entero toda la necedad y la cobardía del pequeño burgués: por una parte, Europa está madura para el socialismo y va a las batallas decisivas entre el trabajo y el capital; pero, por otra parte, *la organización de combate* (es decir, la organización que se está formando, desarrollando y afianzando en la lucha), la organización del proletariado, vanguardia, organizador y jefe de los oprimidos, ¡no se debe convertir en organización estatal!

* * *

Desde el punto de vista práctico de la política, la idea de que los Soviets son necesarios como organización de combate, pero que no deben convertirse en organizaciones de Estado, es todavía infinitamente más absurda que desde el punto de

vista teórico. Incluso en tiempos de paz, sin situación revolucionaria, la lucha entre las masas obreras y los capitalistas, por ejemplo, la huelga de masas, origina en ambas partes formidable encono, extremo ardor en el combate, constantes manifestaciones de la burguesía en el sentido de que ella es y quiere seguir siendo "el ama de su casa", etc. Y en tiempos de revolución, cuando la vida política está en efervescencia, una organización como los Soviets, que abarca *a todos* los obreros de *todas* las industrias, y también *a todos* los soldados y a todos los trabajadores y pobres del campo, es una organización que, por sí misma, por el curso del combate, por la simple "lógica" de la ofensiva y de la defensiva, llega necesariamente a plantear el problema *de manera tajante*. Querer tomar una posición neutra, "conciliar" al proletariado con la burguesía es una necedad condenada a un fracaso lastimoso: esto fue lo que sucedió en Rusia con las prédicas de Mártov y otros mencheviques; esto es lo que inevitablemente sucederá en Alemania y en otros países si los Soviets se desarrollan con suficiente amplitud, si llegan a unirse y afianzarse. Decir a los Soviets que luchen, pero que no tomen todo el poder en sus manos, que no se transformen en organizaciones estatales, equivale a predicar la colaboración de las clases y la "paz social" entre el proletariado y la burguesía. Es ridículo pensar siquiera que, en una lucha encarnizada, semejante posición pueda conducir a algo que no sea una vergonzosa derrota. El eterno destino de Kautsky es nadar entre dos aguas. Hace como si en teoría no estuviera de acuerdo en nada con los oportunistas; pero, de hecho, *en la práctica*, está de acuerdo con ellos en todas las cuestiones esenciales (o sea, en todo lo que concierne a la revolución).

La asamblea constituyente y la republica soviética.

El problema de la Asamblea Constituyente y de su disolución por los bolcheviques es lo principal de todo el folleto de Kautsky. Y a él vuelve constantemente. Toda la obra del jefe ideológico de la II Internacional rebosa de alusiones a que los bolcheviques "han suprimido la democracia" (véase más arriba una de las citas de Kautsky). El problema, en efecto, tiene interés e importancia, porque la correlación entre democracia burguesa y democracia proletaria se plantea aquí *prácticamente* ante la revolución. Veamos cómo lo analiza nuestro "teórico marxista".

Kautsky cita mis *Tesis sobre la Asamblea Constituyente*, publicadas en *Pravda* del 26 de diciembre de 1917. Parece que no podía esperarse mejor prueba de seriedad por su parte, ya que aborda la cuestión con documentos en las manos. Pero veamos *cómo* cita Kautsky. No dice que las tesis eran 19, ni que en ellas se hablaba tanto de la relación entre una república burguesa ordinaria con Asamblea Constituyente y la República de los Soviets como de *la historia* de la divergencia entre la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado en nuestra revolución. Kautsky prescinde de todo esto y dice simplemente al lector que, entre estas tesis, "dos tienen particular importancia": una, que los eseristas se dividieron después de las elecciones a la Asamblea Constituyente, pero antes de reunirse ésta (no dice que esa tesis es la quinta); otra, que la República de los Soviets es, en general, una forma democrática superior a la Asamblea Constituyente (no dice que esa tesis es la tercera).

Y sólo de esa tercera tesis cita Kautsky por entero un fragmento, la afirmación siguiente:

"La República de los Soviets no es sólo una forma de tipo más elevado de instituciones democráticas (en comparación con la república burguesa *ordinaria* coronada por una Asamblea Constituyente), sino la única forma capaz de asegurar el tránsito menos doloroso* al socialismo" (Kautsky omite la palabra "ordinaria", y las palabras de introducción de la tesis: "Para la transición del régimen burgués al socialista, para la dictadura del proletariado").

Después de esta cita, Kautsky exclama con magnífica ironía:

> "Es de lamentar únicamente que llegasen a esa conclusión sólo al encontrarse en minoría en la Asamblea Constituyente. Nadie había pedido antes la Asamblea Constituyente con mayor empeño que Lenin".

¡Así lo dice textualmente en la página 31 de su libro!

¡Una verdadera joya! ¡¡Sólo un sicofante al servicio de la burguesía puede falsear tanto los hechos, para dar al lector la impresión de que los discursos de los bolcheviques sobre un tipo superior de Estado son una invención a la que sólo han recurrido *después* de haberse visto en minoría en la Asamblea Constituyente!! Una mentira tan vil sólo pudo decirla un canalla vendido a la burguesía, o lo que es absolutamente igual, que se ha fiado de P. Axelrod y encubre a sus informadores.

Porque todo el mundo sabe que el mismo día de mi llegada a Rusia, el 4 de abril de 1917, leí públicamente las tesis en que proclamaba la superioridad de un Estado del tipo de la Comuna sobre la república parlamentaria burguesa. Después

* Por cierto, Kautsky cita repetidas veces la expresión del tránsito "menos doloroso", por lo visto, con pretensiones de ironia. Pero como recurre a malas artes, algunas páginas más adelante hace una trampa y falsea la cita: ¡un paso "sin dolor"! Claro que con semejante sistema es fácil atribuir al adversario una insensatez. Esta falsificación permite, además, desentenderse del fondo del argumento: el tránsito menos doloroso al socialismo sólo es posible con la organización total de los pobres (los Soviets) y con la ayuda del poder central del Estado (el proletariado) a tal organización.

lo he vuelto a manifestar *repetidamente* en la prensa, por ejemplo, en un folleto sobre los partidos políticos, que se tradujo al inglés y fue publicado en Norteamérica en enero de 1918, en el *Evening Post*[33] de Nueva York. Es más, la conferencia del partido bolchevique, celebrada a fines de abril de 1917, adoptó una resolución, diciendo que la república de proletarios y campesinos es superior a la república parlamentaria burguesa, que esta última no podía satisfacer a nuestro partido y que el programa de éste debía modificarse en ese sentido[34].

¿Cómo calificar, después de esto, la ocurrencia de Kautsky, quien afirma a los lectores alemanes que yo exigía con el mayor empeño la convocatoria de la Asamblea Constituyente y que sólo al quedar los bolcheviques en minoría dentro de ella empecé a "menoscabar" el honor y la dignidad de esa Asamblea? ¿Cómo puede justificarse esta ocurrencia?[**] ¿No estaba Kautsky al corriente de los hechos? ¿Para qué, pues, se ha sentado a escribir sobre ellos? ¿Por qué no ha declarado lealmente: Yo, Kautsky, escribo, apoyándome en datos de los mencheviques Shtein, P. Axelrod y Cía? Con su pretensión de objetividad, quiere disimular su papel de criado de los mencheviques, ofendidos por su derrota.

Pero esto no es nada. Lo gordo viene después.

Admitamos que Kautsky no ha querido o no ha podido (??) recibir de sus informantes una traducción de las resoluciones de los bolcheviques y de sus declaraciones acerca de si les satisface la república democrática parlamentaria burguesa. Admitámoslo, aunque sea inverosímil. Pero Kautsky *menciona abiertamente* mis tesis del 26 de diciembre de 1917 en la pág. 30 de su libro.

¿Conoce Kautsky el texto completo de estas tesis o únicamente lo que le han traducido los Shtein, Axelrod y Cía? Kautsky cita la *tercera* tesis sobre la cuestión *fundamental* de si *antes* de las elecciones a la Asamblea Constituyente los bolcheviques comprendían y decían *al pueblo* que la República de los Soviets es superior a la república burguesa. *Pero Kautsky silencia la segunda tesis*.

Esta segunda tesis dice:

"La socialdemocracia revolucionaria, que reclamaba la convocatoria de la Asamblea Constituyente, *subrayó en repetidas ocasiones*, desde los primeros días de la revolución de 1917, que *la República de los Soviets es una forma de democracia superior a la república burguesa ordinaria con Asamblea Constituyente*". (Las cursivas son mías)

Para presentar a los bolcheviques como gente sin principios, como "oportunistas revolucionarios" (esta expresión se encuentra, no recuerdo con qué motivo, en un pasaje del libro de Kautsky), ¡el señor Kautsky *ha ocultado a los lectores alemanes* que las tesis hacen mención de "*repetidas*" declaraciones!

Tales son los pobres, míseros y despreciables procedimientos a que recurre el señor Kautsky. De este modo se desentiende de la cuestión *teórica*.

¿Es o no verdad que la república parlamentaria democrática burguesa es *inferior* a una república del tipo de la Comuna o de los Soviets? Este es el quid de la cuestión; pero Kautsky lo elude. Kautsky "ha olvidado" todo lo que Marx dice en su análisis de la Comuna de París. También "ha olvidado" la carta de Engels a Bebel del 28 de marzo de 1875, que expresa en forma bien evidente y comprensible la misma idea de Marx: "La Comuna no era ya un Estado en el sentido propio de la palabra".

Y ahí tenéis al teórico más eminente de la II Internacional, que, en un folleto que se refiere especialmente a *La dictadura del proletariado*, al tratar en particular de Rusia, donde se ha planteado muchas veces y sin ambages el problema de una forma de Estado superior a la república democrática burguesa, no habla de ello para nada. ¿En qué se diferencia esto, *de hecho*, del paso al lado de la burguesía?

(Digamos entre paréntesis que también en esto va Kautsky a la cola de los mencheviques rusos. Entre ellos sobran gentes que se saben "todas las citas" de Marx y Engels; pero ni un solo menchevique, de abril a octubre de 1917 y de octubre de 1917 a octubre de 1918, ha tratado *una sola vez* de analizar el problema de un Estado del tipo de la Comuna. Plejánov lo ha eludido también. *Por lo visto, no tuvieron más remedio que callar*.)

Claro que hablar de disolución de la Asamblea Constituyente con gentes que se llaman socialistas y marxistas, pero que en el problema *principal*, en el de un Estado del tipo de la Comuna, se pasan en realidad a la burguesía, sería echar margaritas a puercos. Bastará imprimir como anexo de este folleto mis tesis completas sobre la Asamblea Constituyente. Por ellas verá el lector que la cuestión se planteó el 26 de diciembre de 1917 desde el punto de vista teórico, histórico, político y práctico.

Aunque Kautsky, como teórico, ha renegado por completo del marxismo, hubiera podido analizar como historiador la lucha de los Soviets contra la Asamblea Constituyente. Muchos de sus trabajos nos dicen que Kautsky *sabía* ser historiador marxista, y *esos* trabajos quedarán como patrimonio perdurable del proletariado, a pesar de haberles seguido la apostasía de su autor. Pero en este punto Kautsky, también como historiador, *se vuelve de espaldas* a la verdad, cierra los ojos ante hechos *notorios*, se conduce como un sicofante. *Quiere* presentar a los bolcheviques como gentes sin principios y relata cómo intentaron *atenuar* su conflicto con la Asamblea Constituyente antes de disolverla. No hay absolutamente nada de malo en ello, de nada tenemos

** A propósito: ¡hay muchos de estos embustes mencheviques en el folleto de Kautsky! Es un libelo de un menchevique enfurecido.

que desdecirnos. Publico íntegras las tesis, y en ellas digo con claridad meridiana: Señores pequeños burgueses vacilantes que os habéis atrincherado en la Asamblea Constituyente, aceptad la dictadura del proletariado o triunfaremos sobre vosotros "por vía revolucionaria" (tesis 18 y 19).

Así es cómo ha procedido y procederá siempre el proletariado verdaderamente revolucionario con respecto a la pequeña burguesía vacilante.

Kautsky adopta en la cuestión de la Asamblea Constituyente una actitud formalista. En mis tesis he dicho clara y reiteradamente que los intereses de la revolución están por encima de los derechos formales de la Asamblea Constituyente (véanse las tesis 16 y 17). El punto de vista democrático formal es precisamente el del demócrata *burgués*, que no admite la supremacía de los intereses del proletariado y de la lucha proletaria de clase. Como historiador, Kautsky no hubiera podido menos de reconocer que los parlamentos burgueses son órganos de una u otra clase. Pero ahora (para su inmunda abjuración de la revolución), Kautsky ha tenido que olvidar el marxismo, y *no se pregunta* de qué *clase* era órgano la Asamblea Constituyente en Rusia. No analiza las circunstancias concretas, no quiere ver los hechos, nada dice a los lectores alemanes de que mis tesis contienen, no sólo un estudio teórico del carácter limitado de la democracia burguesa (tesis 1-3), no sólo las condiciones concretas, en virtud de las cuales las listas de los partidos, compuestas a mediados de octubre de 1917, no respondían a la realidad en diciembre de 1917 (tesis 4-6), sino también *la historia de la lucha de las clases y de la guerra civil* de octubre a diciembre de 1917 (tesis 7-15). De esta historia concreta dedujimos (tesis 14) que la consigna de "Todo el poder a la Asamblea Constituyente" se había convertido *de hecho* en la consigna de los democonstitucionalistas[35], las huestes de Kaledin y sus secuaces.

El historiador Kautsky no lo ve. El historiador Kautsky jamás ha oído decir que el sufragio universal da lugar a veces a parlamentos pequeñoburgueses y a veces a parlamentos reaccionarios y contrarrevolucionarios. Kautsky, historiador marxista, no ha oído decir que una cosa es la forma de las elecciones, la forma de la democracia, y otra el contenido de clase de una institución determinada. Este problema del contenido de clase de la Asamblea Constituyente está claramente planteado y resuelto en mis tesis. Puede ser que mi solución no sea atinada. Nada nos agradaría tanto como una crítica marxista de nuestro análisis. En lugar de escribir frases absolutamente necias (hay muchas en Kautsky) acerca de que hay quien impide criticar el bolchevismo, Kautsky hubiera debido realizar esta crítica. Pero el asunto es que la crítica brilla en él por su ausencia. *Ni* siquiera *plantea el problema* de un análisis de los Soviets, por una parte, y de la Constituyente, por otra, desde el punto de vista de clase. Y por ello *es imposible* discutir con Kautsky, y sólo cabe *demostrar* a los lectores por qué no puede dársele otro nombre que el de renegado.

La divergencia entre los Soviets y la Asamblea Constituyente tiene su historia, que no podría dar de lado un historiador, aun cuando no se colocara en el punto de vista de la lucha de las clases. Tampoco ha querido Kautsky tocar esta historia de los hechos. Ha ocultado a los lectores alemanes el hecho notorio (que ahora sólo ocultan los mencheviques empedernidos) de que los Soviets, también bajo la dominación menchevique, es decir, desde fines de febrero hasta octubre de 1917, divergían de las instituciones del "Estado" (es decir, burguesas). En el fondo, Kautsky adopta una actitud de conciliación, de conformismo, de colaboración entre el proletariado y la burguesía; por mucho que Kautsky lo niegue, este punto de vista es un hecho que confirma todo su folleto. La afirmación de que no se debía disolver la Asamblea Constituyente quiere decir que no se debía llevar a su término la lucha contra la burguesía, que no se la debía derribar y que el proletariado hubiera debido conciliarse con la burguesía.

¿Por qué no dice Kautsky que los mencheviques se dedicaron a esta labor poco honrosa de febrero a octubre de 1917 sin conseguir nada? Si era posible conciliar a la burguesía con el proletariado, ¿por qué no se consiguió la conciliación bajo el dominio menchevique, por qué se mantenía la burguesía apartada de los Soviets y se decía (lo decían los mencheviques) que los Soviets eran la "democracia revolucionaria", y la burguesía, los "elementos restringidos"?

Kautsky oculta a los lectores alemanes que precisamente los mencheviques, en la "época" de su dominio (de febrero a octubre de 1917), calificaban a los Soviets de democracia revolucionaria, reconociendo *así* su superioridad sobre todas las demás instituciones. Sólo a esta ocultación se debe que, tal como lo presenta el historiador Kautsky, la divergencia entre los Soviets y la burguesía sea algo sin historia, que se ha producido de la noche a la mañana, inopinadamente, sin motivos, a causa de la mala conducta de los bolcheviques. En realidad, *más de medio año* (lapso inmenso para una revolución) *de experiencia* de conformismo menchevique, de tentativas de conciliar al proletariado con la burguesía, es lo que convenció al pueblo de la inutilidad de estas tentativas, lo que apartó de los mencheviques al proletariado.

Kautsky reconoce que los Soviets son una magnífica organización de combate del proletariado, con un gran porvenir. Pero si es así, toda la posición de Kautsky se desmorona como un castillo de naipes o como una ilusión pequeñoburguesa de que se puede evitar la encarnizada lucha entre el proletariado y la

burguesía. Porque la revolución toda no es más que una lucha continua, y además desesperada, y el proletariado es la clase de vanguardia de *todos* los oprimidos, el foco y el centro de todas las aspiraciones de todos los oprimidos a su emancipación. Los Soviets -órgano de lucha de las masas oprimidas- reflejaban y expresaban, como es natural, de manera incomparablemente más rápida, completa y fiel, que hubiera podido hacerlo cualquier otra institución, el sentir y los cambios de opinión de esas masas (ésta es, por cierto, una de las razones de que la democracia soviética sea un tipo superior de democracia).

Del 28 de febrero (viejo calendario) al 25 de octubre de 1917, los Soviets consiguieron convocar dos congresos de toda Rusia con representantes de la inmensa mayoría de la población del país, de todos los obreros y soldados y de siete u ocho décimas partes de los campesinos, sin contar un sinnúmero de congresos locales, distritales, urbanos, provinciales y regionales. Durante este período, la burguesía no pudo convocar ni una sola institución que representara una mayoría (excepción hecha de la Conferencia Democrática[36] manifiestamente falsificada, que era una mofa y que suscitó la cólera del proletariado). La Asamblea Constituyente reflejó *el mismo* sentir de las masas, *el mismo* agrupamiento político que el Primer Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en junio. En el momento de reunirse la Asamblea Constituyente (enero de 1918), se habían celebrado los Congresos Segundo (octubre de 1917) y Tercero (enero de de 1918) de los Soviets; los dos *demostraron con mucha claridad* que las masas se habían radicalizado, que eran más revolucionarias, que habían vuelto la espalda a mencheviques y eseristas, que se habían pasado al lado de los bolcheviques, *es decir*, que repudiaron la dirección pequeñoburguesa, la ilusión de un acuerdo con la burguesía, y optaron por la lucha revolucionaria del proletariado para derribar a la burguesía.

Por consiguiente, la sola *historia externa* de los Soviets demuestra ya lo inevitable de la disolución de la Asamblea Constituyente y *el carácter reaccionario* de ésta. Pero Kautsky se aferra a su "consigna": ¡perezca la revolución, triunfe la burguesía sobre el proletariado con tal de que prospere la "democracia pura"! *Fiat justitia, pereat mundus!* (¡Hágase justicia, aunque perezca el mundo!)

He aquí un breve resumen de los congresos de los Soviets de toda Rusia en la historia de la revolución rusa:

Congresos de los Soviets de toda Rusia	Total de delegados	Número de bolcheviques	% de. bolcheviques
Primero (3-VI-1917)	790	103	13%
Segundo (25-X-1917)	675	343	51%
Tercero (10-1-1918)	710	434	61%
Cuarto (14-III-1918)	1.232	795	64%
Quinto (4-VII-1918)	1.164	773	66%

Basta lanzar una ojeada a estas cifras para comprender que los argumentos a favor de la Asamblea Constituyente o los discursos de quienes (como Kautsky) dicen que los bolcheviques no representan a la mayoría de la población mueven en nuestro país sólo a risa.

La constitución soviética.

Como ya he señalado, la privación del derecho de sufragio a la burguesía no constituye un rasgo obligatorio e indispensable de la dictadura del proletariado. Los bolcheviques de Rusia, que habían proclamado la consigna de tal dictadura mucho antes de Octubre, tampoco hablaban de privar de derechos electorales a los explotadores. *Este rasgo* de la dictadura no procede "del plan" de ningún partido, sino que *ha surgido* por sí mismo en el curso de la lucha. El historiador Kautsky, claro, no lo ha notado. No comprende que la burguesía, cuando en los Soviets dominaban aún los mencheviques (partidarios de la conciliación con la burguesía), se había apartado por propia iniciativa de los Soviets, los boicoteaba, se oponía a ellos e intrigaba contra ellos. Los Soviets surgieron sin Constitución alguna y subsistieron *más de un año* (desde la primavera de 1917 hasta el verano de 1918) sin Constitución alguna. El enfurecimiento de la burguesía contra la organización de los oprimidos, organización independiente y omnipotente (pues abarca a todos), la lucha más desvergonzada, más egoísta y más vil de la burguesía contra los Soviets y, en fin, la complicidad manifiesta de la burguesía (desde los democonstitucionalistas hasta los eseristas de derecha, desde Miliukov hasta Kerenski) en la korniloviada[37] fue lo que *preparó* la exclusión formal de la burguesía del seno de los Soviets.

Kautsky ha oído hablar del complot de Kornílov, pero tiene un desprecio olímpico por los hechos históricos y el curso y las formas de la lucha, que determinan las *formas* de la dictadura: ¿qué tienen que ver, en efecto, los hechos si se trata de la democracia "pura"? Debido a esto, la "crítica" de Kautsky, dirigida contra la privación de derechos electorales a la burguesía, se distingue por una... melosa ingenuidad que sería enternecedora en un niño, pero que produce náuseas, tratándose de un hombre a quien todavía no se ha declarado oficialmente cretino.

"...Si, con el sufragio universal, los capitalistas hubieran quedado reducidos a una minoría insignificante, les habría costado menos resignarse con su suerte" (pág. 33)... ¿Verdad que es encantador? El inteligente Kautsky ha visto muchas veces en la historia, y por experiencia de la vida cotidiana los conoce muy bien, a terratenientes y capitalistas que conceden beligerancia a la voluntad de la mayoría de los oprimidos. El inteligente Kautsky se mantiene firme en el punto de vista de la "oposición", es decir, en el punto de vista de la lucha parlamentaria. Así lo dice textualmente, "oposición" (pág. 34 y otras muchas).

¡Oh, sabio historiador y político! Sepa usted que "oposición" es un concepto de lucha pacífica y exclusivamente parlamentaria, es decir, una noción que responde a una situación no revolucionaria, *a la ausencia de revolución*. En la revolución nos encontramos con un enemigo que es implacable en la guerra civil; ninguna jeremiada reaccionaria de pequeño burgués, temeroso de esa guerra, como lo es también Kautsky, hará cambiar en nada este hecho. Es ridículo enfocar desde el punto de vista de la "oposición" los problemas de una guerra civil implacable cuando la burguesía está dispuesta a cometer todos los crímenes -el ejemplo de los versalleses[38] y sus tratos con Bismarck dicen bastante a todo el que no vea la historia como el Petrushka de Gógol[39]-, cuando la burguesía llama en su auxilio a Estados extranjeros e intriga con ellos contra la revolución. Lo mismo que Kautsky, "consejero del embrollo", el proletariado revolucionario debe encasquetarse el gorro de dormir y conceptuar de simple "oposición" legal a esta burguesía que organiza revueltas contrarrevolucionarias como las de Dútov, Krasnov y los checoslovacos[40] y prodiga millones a los saboteadores. ¡Qué profundidad de pensamiento!

Lo único que a Kautsky le interesa es el aspecto formal y jurídico del asunto, de modo que al leer sus razonamientos sobre la Constitución soviética no podemos menos de recordar las palabras de Bebel de que los jurisconsultos son gente reaccionaria hasta la médula. "En realidad -escribe Kautsky- no se puede privar de derechos únicamente a los capitalistas. ¿Qué es el capitalista en sentido jurídico? ¿Un hombre que posee bienes? Incluso en un país tan adelantado en el terreno económico, como Alemania, cuyo proletariado es tan numeroso, la instauración de una república soviética privaría de derechos políticos a grandes masas. En 1907, el número de personas (comprendidas sus familias) ocupadas en los tres grandes grupos -agricultura, industria y comercio- ascendía en el Imperio alemán a unos 35 millones de empleados y obreros asalariados y 17 millones de productores independientes. Por tanto, el partido puede muy bien ser mayoría entre los obreros asalariados, pero minoría en la población" (pág. 33).

Típico modo de razonar de Kautsky. ¿No es esto una lamentación contrarrevolucionaria de burgués? ¿Por qué ha incluido usted, señor Kautsky, a todos los "productores independientes" en la categoría de personas desprovistas de derechos, cuando sabe muy bien que la inmensa mayoría de los campesinos rusos no emplean obreros asalariados y, por tanto, no se les priva de derechos? ¿No es ésta una falsificación?

¿Por qué usted, sabio economista, no ha reproducido datos que conoce perfectamente y que figuran en la misma estadística alemana de 1907 sobre el trabajo asalariado en los diversos grupos de explotaciones agrícolas? ¿Por qué no ha citado usted esos datos a los obreros alemanes, lectores de su folleto, y así verían *cuántos explotadores* hay, y los pocos que son en el total de los "propietarios rurales" de la estadística alemana?

Porque su apostasía lo ha convertido en un simple sicofante al servicio de la burguesía.

El capitalista, vean ustedes, es un concepto jurídico impreciso, y Kautsky dedica unas cuantas páginas a fulminar la "arbitrariedad" de la Constitución soviética. El "concienzudo erudito" concede a la burguesía inglesa el derecho de componer y perfeccionar durante siglos una Constitución burguesa nueva (nueva para la Edad Media); pero a nosotros, los obreros y campesinos de Rusia, este representante de una ciencia servil no nos otorga plazo alguno. A nosotros nos exige una Constitución ultimada hasta el más pequeño detalle en unos cuantos meses...

…¡"Arbitrariedad"! Juzguen qué abismo del más vil servilismo ante la burguesía y de la más estúpida pedantería descubre *semejante* reproche. Los jurisconsultos de los países capitalistas, burgueses hasta la médula y reaccionarios en su mayoría, han dedicado siglos o decenios a redactar las más minuciosas reglas, a escribir decenas y centenares de volúmenes de leyes y comentarios para *oprimir* al obrero, para atar de pies y manos *al pobre*, para oponer mil argucias y trabas al simple trabajador del pueblo, ¡ah, pero los liberales burgueses y el señor Kautsky no ven en ello ninguna "arbitrariedad"! ¡No ven más que "orden" y "legislación"! Allí todo está meditado y prescrito para "exprimir" lo más posible al pobre. Allí hay millares de abogados y funcionarios burgueses (de los que Kautsky no habla en absoluto, seguramente porque Marx concedía muchísima importancia precisamente a la *destrucción* de la máquina burocrática...); millares de abogados y funcionarios que saben interpretar las leyes de manera que el obrero y el campesino medio no consigan atravesar nunca las alambradas que sus preceptos levantan. Eso no es "arbitrariedad" de la burguesía, eso no es una dictadura de viles y ávidos explotadores que han chupado hasta la saciedad sangre del pueblo, nada de eso. Es la "democracia pura", que cada día va haciéndose más y más pura.

Pero cuando las clases trabajadoras y explotadas, aisladas por la guerra imperialista de sus hermanos extranjeros, crean por primera vez en la historia *sus* Soviets, incorporan a la vida política *a las masas* que la burguesía oprimía, embrutecía y embotaba; cuando comienzan a construir *ellas mismas* un Estado *nuevo*, proletario; cuando, en el ardor de una lucha encarnizada, en el fuego de la guerra civil, comienzan a *esbozar* los principios fundamentales de un Estado *sin explotadores*, ¡todos los canallas de la burguesía, toda la banda de vampiros con su acólito Kautsky, claman contra la "arbitrariedad"! En efecto, ¿cómo pueden esos ignorantes, esos obreros y campesinos, esa "chusma", interpretar sus leyes? ¿Dónde van a adquirir el sentido de la justicia esos simples trabajadores, sin los consejos de abogados cultos, de escritores burgueses, de los Kautsky y de los sabios funcionarios de antaño?

El señor Kautsky cita las siguientes palabras de mi discurso del 28 de abril de 1918[41]: "... Las masas determinan ellas mismas la forma y la fecha de las elecciones..." Y el "demócrata puro" Kautsky concluye:

> "...De modo que, por lo visto, cada asamblea de electores puede determinar cómo guste el procedimiento de las elecciones. La arbitrariedad y la posibilidad de deshacerse de los elementos de oposición molestos, en el seno del mismo proletariado, se multiplicarían de esa manera en sumo grado" (pág. 37).

¿En qué se distingue eso de los discursos de un coolí de la pluma vendido a los capitalistas, que clama porque en una huelga la masa sojuzga a los obreros aplicados que "desean trabajar"? ¿Por qué *no* es una arbitrariedad que los funcionarios *burgueses* determinen el procedimiento de las elecciones en la democracia burguesa "pura"? ¿Por qué el sentido de justicia *de las masas que se han levantado para luchar* contra sus explotadores seculares, de las masas a las que instruye y templa esta lucha desesperada, ha de ser inferior al de *un puñado* de funcionarios, intelectuales y abogados nutridos de prejuicios *burgueses*?

Kautsky es un verdadero socialista, no se ponga en duda la sinceridad de este venerable padre de familia, de este honradísimo ciudadano. Es partidario ardiente y convencido de la victoria de los obreros, de la revolución proletaria. Su único deseo sería que *primero*, *antes* del movimiento de las masas, *antes* de su furiosa lucha contra los explotadores y obligatoriamente *sin* guerra civil, los melifluos intelectuales pequeñoburgueses y filisteos, encasquetado el gorro de dormir, compusieran unos moderados y precisos *estatutos del desarrollo de la revolución*...

Con profunda indignación moral refiere nuestro doctísimo Judas Golovliov[42] a los obreros alemanes que el 14 de junio de 1918, el Comité Ejecutivo Central de los Soviets de toda Rusia acordó expulsar de los Soviets a los representantes del partido eserista de derecha y de los mencheviques. "Esta medida -escribe el Judas Kautsky, enardecido por noble indignación- no va dirigida contra personas determinadas que hayan cometido determinados actos punibles... La Constitución de la República Soviética no dice ni una palabra de la inmunidad de los diputados a los Soviets. No son determinadas *personas*, sino determinados *partidos* a los que, en este caso, se expulsa de los Soviets" (pág. 37).

Sí, eso es, en efecto, horrible, es apartarse de un modo intolerable de la democracia pura, conforme a cuyas normas hará la revolución nuestro revolucionario Judas Kautsky. Nosotros, los bolcheviques rusos, debimos haber empezado por prometer la inmunidad a los Sávinkov y compañía, a los Liberdán[43], Potrésov (los "activistas"[44]) y compañía y después redactar un código penal por el que se declarará "punible" la participación en la campaña contrarrevolucionaria de los checoslovacos, o la alianza con los imperialistas alemanes en Ucrania o en Georgia *contra* los obreros de su país; sólo *después*, en virtud de este código penal, hubiéramos estado facultados, según la "democracia pura", para expulsar de los Soviets a "determinadas personas". Se sobrentiende que los checoslovacos, que recibían dinero de los capitalistas anglo-franceses por mediación de los Sávinkov, Potrésov y Liberdán (o gracias a su propaganda), lo mismo que los Krasnov, que han recibido proyectiles de los alemanes por mediación de los mencheviques de Ucrania y de Tiflis, se habrían estado quietos hasta que nosotros hubiésemos redactado nuestro código penal en la forma debida y, como los más puros demócratas, se habrían limitado a un papel de "oposición"...

La misma indignación moral siente Kautsky ante el hecho de que la Constitución soviética priva de los derechos electorales a los que "emplean obreros asalariados con fines de lucro". "Un obrero de la industria doméstica o un pequeño patrono con un oficial -escribe Kautsky- puede vivir y sentir como verdadero proletario y no tiene derecho a votar" (pág. 36).

¡Qué desviación de la "democracia pura"! ¡Qué injusticia! Bien es verdad que, hasta ahora, todos los marxistas suponían, y lo confirmaban con miles de hechos, que los pequeños patronos son los más crueles y mezquinos explotadores de los obreros asalariados; pero el Judas Kautsky no habla, naturalmente, de la *clase* de los pequeños patronos (¿quién habrá ideado la funesta teoría de la lucha de las clases?), sino de individuos, de explotadores que "viven y sienten como verdaderos proletarios". La famosa "Inés la ahorrativa", a la que se creía muerta hace tiempo, ha resucitado de la pluma de Kautsky. Inventó a esta Inés la ahorrativa y la puso en boga en

las publicaciones alemanas hace algunos decenios un demócrata "puro", el burgués Eugenio Richter, quien predijo infinitos males como consecuencia de la dictadura del proletariado, de la confiscación del capital de los explotadores, y preguntó con aire inocente qué significaba un capitalista en el sentido jurídico. Ponía el ejemplo de una costurera pobre y ahorrativa ("Inés la ahorrativa"), a la que los malos "dictadores del proletariado" arrebataban los últimos céntimos. Hubo un tiempo en que toda la socialdemocracia alemana se reía de esta "Inés la ahorrativa" del demócrata puro Eugenio Richter. Pero de eso hace ya mucho, tanto que data de los tiempos en que aún vivía Bebel y decía francamente esta verdad: en nuestro partido hay muchos nacional-liberales[45]. De eso hace ya tanto tiempo que fue cuando Kautsky aún no era renegado.

Y ahora, "Inés la ahorrativa" ha resucitado en la persona del "pequeño patrono con un solo oficial, que vive y siente como un verdadero proletario". Los malvados bolcheviques se portan mal con él, le privan del derecho a votar. Verdad es que "cada asamblea de electores", según dice el mismo Kautsky, puede en la República Soviética admitir a un pobre artesano relacionado, por ejemplo, con una fábrica, si por excepción no es un explotador, *si en realidad* "vive y siente como un verdadero proletario". Pero ¿puede uno fiarse del conocimiento de la vida, del sentido de justicia de una asamblea de simples obreros de una fábrica mal organizada y que procede (¡horror!) sin estatutos? ¿No está claro, acaso, que vale más conceder derechos electorales *a todos* los explotadores, *a todos* los que emplean obreros asalariados, que correr el riesgo de que los trabajadores traten mal a "Inés la ahorrativa" y al "pequeño artesano que vive y siente como un proletario"?

* * *

Dejemos a los despreciables canallas de la apostasía, alentados por los aplausos de los burgueses y de los socialchovinistas*, que vilipendien nuestra Constitución soviética porque priva a los explotadores del derecho de sufragio. Tanto mejor, porque así se hará más rápida y profunda la escisión entre los obreros revolucionarios de Europa, de un lado, y los Scheidemann y Kautsky, Renaudel y Longuet, Henderson y Ramsay MacDonald, los viejos jefes y viejos traidores del socialismo, de otro.

Las masas de las clases oprimidas, los jefes conscientes y honrados del proletariado revolucionario estarán con nosotros. Bastará dar a conocer a estos proletarios y a estas masas nuestra Constitución soviética para que digan en seguida: Esos son de verdad *gente nuestra*, ése es un verdadero partido obrero, un verdadero gobierno obrero. Porque no engaña a los obreros con palabrería acerca de reformas, como *nos han engañado todos los jefes mencionados*, sino que lucha en serio contra los explotadores, lleva a cabo en serio la revolución, combate *en realidad* por la plena emancipación de los obreros.

Si los Soviets, después de un año de "práctica", privan a los explotadores del derecho al sufragio, *esto quiere decir* que los Soviets son de veras organizaciones de las masas oprimidas, y no de los socialimperialistas ni de los socialpacifistas vendidos a la burguesía. *Si* estos Soviets han privado a los explotadores del derecho de sufragio, *eso quiere decir* que los Soviets no son órganos de conciliación pequeñoburguesa con los capitalistas, no son órganos de charlatanería parlamentaria (de los Kautsky, Longuet y MacDonald), sino órganos del proletariado verdaderamente revolucionario que sostiene una lucha a muerte contra los explotadores.

"Aquí casi no se conoce el opúsculo de Kautsky," me ha escrito desde Berlín uno de estos días (hoy estamos a 30 de octubre) un camarada bien informado. Yo aconsejaría a nuestros embajadores en Alemania y Suiza que no escatimaran recursos para comprar ese libro y *distribuirlo gratis* entre los obreros conscientes, para enterrar en el fango, a la socialdemocracia "europea" -léase imperialista y reformista-, esa socialdemocracia que desde hace tiempo es un "cadáver hediondo".

* * *

Al final de su libro, en las páginas 61 y 63, el señor Kautsky deplora amargamente que "la nueva teoría" (que es como llama al bolchevismo, temiendo abordar el análisis que Marx y Engels hicieron de la Comuna de París) "encuentre partidarios incluso en viejas democracias como Suiza". "Es incomprensible", para Kautsky, "que acepten esta teoría los socialdemócratas alemanes".

Al revés, es muy comprensible, porque después de las serias lecciones de la guerra, tanto los Scheidemann como los Kautsky repugnan a las masas revolucionarias.

¡"Nosotros", que hemos propugnado siempre la democracia -escribe Kautsky-, vamos de pronto a renunciar a ella!

"Nosotros", los oportunistas de la socialdemocracia, hemos estado siempre contra la dictadura del proletariado, y los Kolb y Cía. lo dijeron francamente *hace mucha*. Kautsky lo sabe, y en, vano cree que conseguirá ocultar a los lectores un hecho tan evidente como su "vuelta al seno" de los Bernstein y los Kolb.

"Nosotros", los marxistas revolucionarios, no

* Acabo de leer en el editorial de la *Gaceta de Francfort*[46] del 22 de octubre de 1918 (núm. 293) un resumen estusiasta del folleto de Kautsky. El periódico de los bolsistas está encantado. ¡Cómo no! Y un camarada de Berlín me escribe que *Vorwärts*[47], el periódico de los Scheidemann, ha declarado en un artículo especial que suscribe casi todas las líneas de Kautsky. ¡Lo felicitamos, lo felicitamos!

hemos hecho nunca un fetiche de la democracia "pura" (burguesa). Se sabe que Plejánov era en 1903 un marxista revolucionario (antes de su lamentable viraje, que hizo de él un Scheidemann ruso). Y Plejánov dijo entonces, en el congreso del partido en que se adoptó el programa, que, si era necesario, el proletariado privaría de derechos electorales a los capitalistas en la revolución, *disolvería cualquier parlamento* si éste resultaba ser contrarrevolucionario. Tal es el único punto de vista que corresponde al marxismo; así puede verlo cualquiera, siquiera sea por las manifestaciones de Marx y Engels que he citado antes. Es un corolario evidente de todos los fundamentos del marxismo.

"Nosotros", los marxistas revolucionarios, no hemos dirigido al pueblo los discursos que gustaban de pronunciar los kautskianos de todas las naciones en sus funciones de lacayos de la burguesía, adaptándose al parlamentarismo burgués, disimulando el carácter *burgués* de la democracia contemporánea y reclamando tan sólo *su* ampliación, *su* aplicación completa.

"Nosotros" hemos dicho a la burguesía: Vosotros, explotadores e hipócritas, habláis de democracia y, al mismo tiempo, levantáis a cada paso millares de obstáculos para impedir que *las masas oprimidas* participen en la vida política. Os tomamos por la palabra y exigimos, en beneficio de estas masas, que ampliéis *vuestra* democracia burguesa, *a fin de preparar a las masas para la revolución* que os derribará a vosotros, los explotadores. Y si vosotros, los explotadores, intentáis hacer frente a nuestra revolución proletaria, os aplastaremos implacablemente, os privaremos de derechos, es más: no os daremos pan, porque en nuestra república proletaria los explotadores carecerán de derechos, se verán privados del fuego y del agua, porque somos socialistas de verdad, y no como los Scheidemann y los Kautsky.

Así es como hemos hablado y hablaremos "nosotros", los marxistas revolucionarios, y por ello las masas oprimidas estarán a favor nuestro y con nosotros, mientras que los Scheidemann y los Kautsky irán a parar al basurero de los renegados.

¿Qué es el internacionalismo?

Kautsky se cree y proclama internacionalista con la mayor convicción. Califica de "socialistas gubernamentales" a los Scheidemann. En la defensa que hace de los mencheviques (él no dice francamente que se solidariza con ellos, pero aplica todas sus ideas), Kautsky ha demostrado con extraordinaria evidencia la calidad de su "internacionalismo". Y como Kautsky no está solo, sino que representa una corriente[48] nacida inexorablemente en el ambiente de la II Internacional (Longuet en Francia, Turati en Italia, Nobs, Grimm, Graber y Naine en Suiza, Ramsa y MacDonald en Inglaterra, etc.), es instructivo detenerse en el "internacionalismo" de Kautsky.

Después de subrayar que los mencheviques estuvieron también en Zimmerwald[49] (diploma, sin duda, pero... un poco deteriorado), Kautsky traza el siguiente cuadro de las ideas de los mencheviques, con los cuales se muestra de acuerdo:

"...Los mencheviques deseaban la paz universal. Querían que todos los beligerantes aceptasen la consigna de "sin anexiones ni contribuciones". Mientras esto no se consiguiera, el ejército ruso, según ellos, debía mantenerse en disposición de combate. En cambio, los bolcheviques exigían la paz inmediata a toda costa, estaban dispuestos a concertar una paz por separado en caso de necesidad; procuraban imponerla por la fuerza, aumentando la desorganización del ejército, que ya de por sí era grande" (pág. 27). Según Kautsky, los bolcheviques no debieron tomar el poder, sino contentarse con la Constituyente.

Así pues, el internacionalismo de Kautsky y de los mencheviques consiste en lo siguiente: exigir reformas del gobierno burgués imperialista, pero continuar sosteniéndolo, continuar sosteniendo la guerra dirigida por este gobierno hasta que todos los beligerantes hayan aceptado la consigna de "sin anexiones ni contribuciones". Esta idea la han expresado muchas veces Turati, los kautskianos (Haase y otros) y Longuet y Cía., los cuales manifestaron que estaban *por* la "defensa de la patria".

Desde el punto de vista teórico, eso supone total incapacidad de separarse de los socialchovinistas y un completo embrollo en el problema de la defensa de la patria. Desde el punto de vista político, sustituir el internacionalismo por un nacionalismo pequeñoburgués y pasarse al lado del reformismo, renegar de la revolución.

Reconocer la "defensa de la patria" es, desde el punto de vista del proletariado, justificar esta guerra, legitimarla. Y como la guerra sigue siendo imperialista (tanto bajo la monarquía como bajo la república), lo mismo si los ejércitos adversarios están en un momento dado en territorio propio como si se encuentran en territorio extranjero, reconocer la defensa de la patria es, *de hecho*, apoyar a la burguesía imperialista y depredadora, hacer traición completa al socialismo. En Rusia, con Kerenski, con una república democrática burguesa, la guerra seguía siendo imperialista porque la hacía la burguesía como clase dominante (y la guerra es "continuación de la política"); con particular evidencia han demostrado el carácter imperialista de la guerra los tratados secretos que sobre el reparto del mundo y el pillaje de otros países había concertado el ex zar con los capitalistas de Inglaterra y Francia.

Les mencheviques engañaban miserablemente al pueblo, diciendo que se trataba de una guerra

defensiva o revolucionaria; y Kautsky, al aprobar la política de los mencheviques, aprueba que se engañe al pueblo, aprueba el papel de los pequeños burgueses, quienes, para complacer al capital, embaucan a los obreros y los atan al carro del imperialismo. Kautsky mantiene una política pequeñoburguesa, filistea típica, imaginándose (e inculcando a las masas esa idea absurda) que el *lanzar una consigna* cambia las cosas. Toda la historia de la democracia burguesa pone al desnudo esta ilusión: para engañar al pueblo, los demócratas burgueses han lanzado y lanzan siempre todas las "consignas" que se quiera. El problema consiste en *comprobar* su sinceridad, en confrontar las palabras con los *hechos*, en no contentarse con *frases* idealistas o vanilocuentes, sino en ver *la realidad de clase*. La guerra imperialista no deja de serlo cuando los charlatanes o los pequeños burgueses filisteos lanzan una "consigna" dulzona, sino únicamente cuando la clase que dirige la guerra imperialista y está ligada a ella con millones de hilos (incluso de maromas) de carácter económico, es en realidad *derribada* y sustituida en el poder por la clase verdaderamente revolucionaria, el proletariado. *De otro modo es imposible librarse de una guerra imperialista, así como de una paz imperialista, depredadora*.

Al aprobar la política exterior de los mencheviques, al calificarla de internacionalista y zimmerwaldiana, Kautsky pone al descubierto, primero, toda la podredumbre de la mayoría oportunista de Zimmerwald (¡por algo nos separamos inmediatamente nosotros, la izquierda de Zimmerwald, de dicha mayoría!), y, segundo -y esto es lo principal-, pasa del punto de vista proletario al pequeñoburgués, de la posición revolucionaria a la reformista.

El proletariado lucha para derribar a la burguesía imperialista mediante la revolución; la pequeña burguesía propugna el "perfeccionamiento" reformista del imperialismo, la adaptación a él, *sometiéndose* a él. Cuando Kautsky era todavía marxista, por ejemplo, en 1909, al escribir *El camino al poder*, defendía precisamente la idea de que la revolución era inevitable en caso de guerra, hablaba de la proximidad de *una era de revoluciones*. El Manifiesto de Basilea de 1912 habla clara y terminantemente de *la revolución proletaria* derivada de la guerra imperialista entre los grupos alemán e inglés, que fue precisamente la que estalló en 1914. Y en 1918, cuando han comenzado las revoluciones derivadas de la guerra, en vez de explicar su carácter inevitable, en vez de meditar y concebir hasta el fin la táctica *revolucionaria*, los medios y los procedimientos de prepararse para la revolución, Kautsky se dedica a llamar internacionalismo a la táctica reformista de los mencheviques. ¿No es esto una apostasía?

Kautsky elogia a los mencheviques porque insistieron en que se mantuviera el ejército en disposición de combate. Censura a los bolcheviques el haber acentuado la "desorganización del ejército", que ya de por si era grande. Esto significa elogiar el reformismo y la subordinación a la burguesía imperialista, censurar la revolución y renegar de ella, porque mantener bajo Kerenski la disposición de combate significaba y era conservar el ejército con mandos *burgueses* (aun cuando fuesen republicanos). Todo el mundo sabe -y el curso de los acontecimientos lo ha demostrado con evidencia- que el ejército republicano conservaba el espíritu *kornilovista*, pues los mandos eran kornilovistas. La oficialidad burguesa no podía menos de ser kornilovista, de tender al imperialismo, al sojuzgamiento violento del proletariado. La táctica de los mencheviques se reducía *en la práctica* a dejar intactas todas las bases de la guerra imperialista, todas las bases de la dictadura *burguesa*, arreglando detalles de poca monta y componiendo pequeños defectos ("reformas").

Y a la inversa. Sin "desorganización"' del ejército no se ha producido ni puede producirse ninguna gran revolución. Porque el ejército es el instrumento más anquilosado en que se apoya el viejo régimen, el baluarte más anquilosado de la disciplina burguesa y de la dominación del capital, del mantenimiento y la formación de la mansedumbre servil de los trabajadores ante el capital y la sumisión de ellos a éste. La contrarrevolución no ha tolerado ni pudo tolerar jamás que junto al ejército existieran obreros armados. En Francia -escribió Engels-, los obreros siguieron armados después de cada revolución; "por eso, el desarme de los obreros era el primer mandamiento de los burgueses que se hallaban al frente del Estado"[50]. Los obreros armados eran el embrión de un ejército *nuevo*, la célula orgánica de un *nuevo* régimen social. Aplastar esta célula, impedir su crecimiento era el primer mandamiento de la burguesía. El primer mandamiento de toda revolución triunfante -Marx y Engels lo han subrayado muchas veces- ha sido deshacer el viejo ejército, disolverlo y remplazarlo con un ejército nuevo[51]. La clase social nueva que se alza a la conquista del poder, jamás ha podido ni puede ahora conseguir ese poder ni afianzarse en él sin descomponer por completo el antiguo ejército ("desorganización", claman con este motivo los pequeños burgueses reaccionarios o sencillamente cobardes); sin pasar por un período sembrado de dificultades y pruebas, falto de todo ejército (la Gran Revolución Francesa pasó también por ese período terrible); sin formar poco a poco, en dura guerra civil, el nuevo ejército, la nueva disciplina, la nueva organización militar de una nueva clase. El historiador Kautsky lo comprendía antes. El renegado Kautsky lo ha olvidado.

¿Con qué derecho llama Kautsky "socialistas gubernamentales" a los Scheidemann, cuando él mismo *aprueba* la táctica de los mencheviques en la revolución rusa? Los mencheviques, que apoyaban a Kerenski y entraron a formar parte de su ministerio, eran igualmente socialistas gubernamentales. Kautsky en modo alguno podrá rehuir esta conclusión, si es que intenta referirse a la clase dominante que hace la guerra imperialista. Pero rehúye hablar de *la clase dominante*, problema obligatorio para un marxista, porque sólo el plantearlo bastaría para desenmascarar a un renegado.

Los kautskianos de Alemania, los longuetistas de Francia y Turati y Cía. de Italia, razonan del modo siguiente: el socialismo presume la igualdad y la libertad de las naciones, su libre determinación; *por tanto*, cuando nuestro país es atacado o invadido por tropas enemigas, los socialistas tienen el derecho y el deber de defender la patria. Pero este razonamiento es, desde el punto de vista teórico, una burla completa del socialismo o un vil subterfugio, y en el terreno práctico de la política coincide con el de un patán de supina ignorancia que no sabe pensar siquiera ni en el carácter social de la guerra, en su carácter de clase, ni en las tareas de un partido revolucionario durante una guerra reaccionaria.

El socialismo se opone a la violencia ejercida contra las naciones. Esto es indiscutible. Pero el socialismo se opone en general a la violencia ejercida contra el hombre; sin embargo, excepto los anarquistas cristianos y los seguidores de Tolstói[52], nadie ha deducido todavía de ello que el socialismo se oponga a la violencia *revolucionaria*. Por tanto, hablar de "violencia" en general, sin distinguir las condiciones que diferencian la violencia reaccionaria de la revolucionaria, es equipararse a un filisteo que reniega de la revolución o bien, sencillamente, engañarse uno mismo y engañar a los demás con sofismas.

Otro tanto puede afirmarse de la violencia ejercida contra las naciones. Toda guerra es violencia contra naciones, pero ello no obsta para que los socialistas estén *a favor* de la guerra revolucionaria. El carácter de clase de una guerra es lo fundamental que se plantea un socialista (si no es un renegado). La guerra imperialista de 1914-1918 es una guerra entre dos grupos de la burguesía imperialista que se disputan el reparto del mundo, el reparto del botín, que quieren expoliar y ahogar a las naciones pequeñas y débiles. Así es como calificó la guerra el Manifiesto de Basilea de 1912, y los hechos han confirmado esa calificación. Quien se aparte de este punto de vista sobre la guerra no es socialista.

Si un alemán del tiempo de Guillermo II o un francés del tiempo de Clemenceau dice: "Como socialista, tengo el derecho y el deber de defender mi patria si el enemigo la invade", no razona como socialista, como internacionalista, como proletario revolucionario, sino como *pequeño burgués nacionalista*. Porque en este razonamiento desaparece la lucha revolucionaria de clase del obrero contra el capital, desaparece la apreciación de toda la guerra en conjunto, desde el punto de vista de la burguesía mundial y del proletariado mundial, es decir, desaparece el internacionalismo y no queda sino un nacionalismo deplorable y rutinario. Se agravia a mi país, lo demás no me importa: a esto se reduce tal razonamiento, y en ello reside su estrechez nacionalista y pequeñoburguesa. Es como si alguien razonara así en relación con la violencia individual contra una persona: "el socialismo se opone a la violencia; por eso, yo prefiero hacer traición antes que ir a la cárcel".

El francés, alemán o italiano que dice: "el socialismo condena la violencia ejercida contra las naciones, y *por eso* yo me defiendo contra el enemigo que invade mi país", *traiciona* al socialismo y al internacionalismo. Ese hombre no *ve más* que su "país", coloca por encima de todo a "su"... *burguesía*, sin pensar en los *vínculos internacionales* que hacen imperialista la guerra, que hacen de *su* burguesía un eslabón de la cadena del bandidaje imperialista.

Todos los pequeños burgueses y todos los patanes sandios e ignorantes razonan exactamente igual que los renegados -kautskianos, longuetistas, Turati y Cía.-, o sea: el enemigo está en mi país, lo demás no me importa[*].

El socialista, el proletario revolucionario, el internacionalista razona de otra manera: el carácter de la guerra (cómo es, reaccionaria o revolucionaria) no depende de quién haya atacado ni del territorio en que esté el "enemigo", sino *de la clase* que sostiene la guerra y de la política continuada por esa guerra concreta. Si se trata de una guerra imperialista reaccionaria, es decir, de una guerra entre dos grupos mundiales de la burguesía imperialista, despótica, expoliadora y reaccionaria, toda burguesía (incluso la de un pequeño país) se hace cómplice de la rapiña, y yo, representante del proletariado revolucionario, tengo el deber de preparar *la revolución proletaria mundial* como *única* salvación de los horrores de la matanza mundial. No debo razonar desde el punto de vista de "mi" país (porque ésta es la manera de

[*] Los socialchovinistas (los Scheidemann, los Renaudel, los Henderson, los Gompers y Cía.) no quieren oír hablar de la "Internacional" durante la guerra. Consideran a los enemigos de "*su*" burguesía "traidores"... al socialismo. *Preconizan* la política de conquistas de *su* burguesía. Los socialpacifistas (es decir, socialistas de palabra y pacifistas pequeñoburgueses de hecho) expresan todo género de sentimientos "internacionalistas", protestan contra las anexiones, etc.; pero, *de hecho*, continúan *apoyando a su* burguesía imperialista. No es grande la diferencia existente entre los dos tipos, algo así como entre un capitalista que pronuncia discursos atrabiliarios y otro que los pronuncia melifluos.

razonar del pequeño burgués nacionalista, desgraciado cretino que no comprende que es un juguete en manos de la burguesía imperialista), sino desde el punto de vista de *mi participación* en la preparación, propaganda y acercamiento de la revolución proletaria mundial.

Eso es internacionalismo, ése es el deber del internacionalista, del obrero revolucionario, del verdadero socialista. Ese es el *abecé* que "olvida" el renegado Kautsky. Pero su apostasía se hace más evidente aún cuando, después de dar el visto bueno a la táctica de los nacionalistas pequeñoburgueses (mencheviques en Rusia, longuetistas en Francia, Turati en Italia, Haase y Cía. en Alemania), pasa a criticar la táctica bolchevique. Veamos esta crítica:

> "La revolución bolchevique se basaba en la hipótesis de que sería el punto de partida para la revolución general europea, de que la osada iniciativa de Rusia incitaría a todos los proletarios de Europa a levantarse.
>
> Partiendo de este supuesto, poco importaban, naturalmente, las formas que pudiera tomar la paz separada rusa, los sacrificios y las pérdidas territoriales (literalmente, mutilaciones, *Verstümmelungen*) que trajera al pueblo ruso, la interpretación que diera a la libre determinación de las naciones. Entonces carecía también de importancia si Rusia era o no capaz de defenderse. Desde este punto de vista, la revolución europea era la mejor defensa de la revolución rusa y debía dar a todos los pueblos del antiguo territorio ruso una verdadera y completa autodeterminación.
>
> La revolución en Europa, que debía instaurar y afianzar allí el socialismo, tenía que servir también para apartar los obstáculos que el atraso económico del país ponía a la realización de una producción socialista en Rusia.
>
> Todo esto era muy lógico y bien fundado, siempre que se admitiera una hipótesis fundamental: la revolución rusa tiene que desencadenar indefectiblemente la europea. Pero, ¿y en el caso de que no suceda así?
>
> Hasta hoy no se ha confirmado esta hipótesis. Y ahora se acusa a los proletarios de Europa de haber abandonado y traicionado a la revolución rusa. Es una acusación contra desconocidos, porque ¿a quién puede hacerse responsable de la conducta del proletariado europeo?" (pág. 28).

Y Kautsky machaca sobre esto, añadiendo que Marx, Engels y Bebel se equivocaron más de una vez en lo que respecta al estallido de la revolución que esperaban, pero que nunca basaron su táctica en la espera de la revolución "*a fecha fija*" (pág. 29), mientras que, según él, los bolcheviques "lo han jugado todo a la carta de la revolución general europea".

Hemos reproducido expresamente una cita tan larga para que el lector pueda ver con qué "habilidad" falsifica Kautsky el marxismo, sustituyéndolo con una trivial y reaccionaria concepción filistea.

Primero, atribuir al adversario una evidente necedad luego refutarla es procedimiento de personas no muy inteligentes. Hubiera sido una tontería indiscutible por parte de los bolcheviques fundar su táctica en la espera de la revolución *a fecha fija* en otros países. Pero el partido bolchevique no la hizo: en mi carta a los obreros norteamericanos (20 de agosto de 1918)* yo la descarto abiertamente, diciendo que contamos con la revolución en Norteamérica, pero no para una fecha determinada. En mi polémica con los eseristas de izquierda[53] y los "comunistas de izquierda"[54] (de enero a marzo de 1918) he expuesto repetidas veces la misma idea. Kautsky recurre a una pequeña... a una pequeñísima treta, fundando en ella su crítica del bolchevismo. Kautsky mete en un mismo saco la táctica que cuenta con la revolución europea para una fecha más o menos próxima, pero no fija, y la táctica que espera la revolución europea a fecha fija. ¡Una pequeña, una pequeñísima adulteración!

La segunda táctica es una estupidez. La primera *es obligatoria* para el marxista, para todo proletario revolucionario y para todo internacionalista; *obligatoria*, porque es la única que tiene en cuenta acertadamente, como lo exige el marxismo, la situación objetiva resultante de la guerra en todos los países de Europa, la única que responde a las tareas internacionales del proletariado.

¡Tras de sustituir el gran problema de los principios de la táctica revolucionaria en general por la mezquina cuestión del error que hubieran podido cometer los revolucionarios bolcheviques, pero que no han cometido, Kautsky ha renegado sin el menor tropiezo de la táctica revolucionaria en general!

Renegado en política, en teoría no *sabe ni plantear el problema* de las premisas objetivas de la táctica revolucionaria.

Y aquí hemos llegado al segundo punto.

Segundo, todo marxista debe contar con la revolución europea si es que existe *una situación revolucionaria*. Es el abecé del marxismo que la táctica del proletariado socialista no puede ser la misma cuando se encuentra ante una situación revolucionaria y cuando ésta no existe.

Si Kautsky se hubiera planteado esta cuestión, obligatoria para todo marxista, habría visto que la respuesta iba indudablemente contra él. Mucho antes de la guerra, todos los marxistas, todos los socialistas estaban de acuerdo en que la conflagración europea daría lugar a una situación revolucionaria. Kautsky lo admitía clara y terminantemente cuando aún no era renegado, tanto en 1902 (*La revolución social*) como en 1909 (El camino al poder). El Manifiesto de Basilea lo reconoció en nombre de toda la II

* Véase la presente edición, tomo 8. (*N. de la Edit.*)

Internacional: ¡Por algo los socialchovinistas y los kautskianos (los "centristas", gentes que vacilan entre los revolucionarios y los oportunistas) de todos los países temen como al fuego las correspondientes declaraciones del Manifiesto de Basilea!

Por tanto, el esperar una situación revolucionaria en Europa no era un arrebato de los bolcheviques, sino la *opinión general* de todos los marxistas. Cuando Kautsky se desentiende de esta verdad indiscutible, diciendo que los bolcheviques "han creído siempre en el poder omnímodo de la violencia y de la voluntad", eso no es más que una frase vacía que *encubre* la huida, la vergonzosa huida de Kautsky el planteamiento del problema de la situación revolucionaria.

Prosigamos. ¿Estamos o no en presencia de una situación revolucionaria? Tampoco esto ha sabido plantearlo Kautsky. Responden a esta pregunta hechos de orden económico: el hambre y la ruina, a que en todas partes ha dado lugar la guerra, implican una situación revolucionaria. Responden también a esa pregunta hechos de carácter político: desde 1915 se observa ya en *todos* los países un claro proceso de escisión en los viejos y podridos partidos socialistas, un proceso en virtud del cual las *masas* del proletariado *se separan* de los jefes socialchovinistas para orientarse hacia la izquierda, hacia las ideas y tendencias revolucionarias, hacia los dirigentes revolucionarios.

El 5 de agosto de 1918, cuando Kautsky escribía su folleto, sólo a un hombre que temiera la revolución y la traicionara se le podían escapar esos hechos. Ahora, a fines de octubre de 1918, la revolución avanza ante los ojos de todos, y con gran rapidez, en *una serie* de países de Europa. ¡¡El "revolucionario" Kautsky, que quiere continuar pasando por marxista, resulta un filisteo miope que, como los filisteos de 1847, de los que se burlaba Marx, no ha visto la revolución que se aproxima!!

Hemos llegado al tercer punto.

Tercero, ¿cuáles son las particularidades de la táctica revolucionaria, aceptando que existe en Europa una situación revolucionaria? Kautsky, convertido en renegado, tiene miedo de plantearse esta cuestión, que es obligatoria para todo marxista. Razona como un típico pequeño burgués filisteo o como un campesino ignorante: ¿ha estallado o no "la revolución general europea"? ¡Si ha estallado, *también él* está dispuesto a hacerse revolucionario! ¡Pero en ese caso -hacemos notar nosotros- cualquier canalla (como los granujas que se cuelan a veces entre los bolcheviques victoriosos) se declarará revolucionario!

¡En caso contrario, Kautsky vuelve la espalda a la revolución! Ni por asomo comprende una verdad: lo que distingue al marxista revolucionario del pequeño burgués y del filisteo es el saber *predicar* a las masas ignorantes la necesidad de la revolución que madura, *demostrar* que es inevitable, *explicar* que es útil para el pueblo, *preparar* para ella al proletariado y a todas las masas trabajadoras y explotadas.

Kautsky ha atribuido a los bolcheviques la insensatez de que lo habían jugado todo a una carta, esperando que la revolución europea se produciría a fecha fija. Esta insensatez se ha vuelto contra Kautsky, porque resulta, según él mismo, que ¡la táctica de los bolcheviques habría sido justa si la revolución hubiera estallado en Europa el 5 de agosto de 1918! Esta es la fecha que pone Kautsky a su folleto. ¡Y cuando algunas semanas después de ese 5 de agosto se ha visto con claridad meridiana que la revolución se avecina en una serie de países europeos, toda la apostasía de Kautsky, toda su falsificación del marxismo, toda su incapacidad para razonar como revolucionario e incluso plantear las cuestiones a lo revolucionario aparecieron en todo su esplendor!

Acusar de traición a los proletarios de Europa – escribe Kautsky- es acusar a desconocidos.

¡Se equivoca usted, señor Kautsky! Mírese al espejo y verá a los "desconocidos" contra quienes va dirigida la acusación. Kautsky se hace el ingenuo, finge no comprender *quién* lanza la acusación ni qué *sentido* tiene. En realidad, sabe perfectamente que esta acusación la han lanzado y la lanzan los socialistas de "izquierda" alemanes, los espartaquistas[55], Liebknecht; y sus amigos. Esta acusación expresa *la clara conciencia* de que el proletariado alemán incurrió en una traición con respecto a la revolución rusa (e internacional) al aplastar a Finlandia, Ucrania, Letonia y Estlandia. Esta acusación va dirigida, ante todo y sobre todo, no contra la *masa*, siempre oprimida, sino contra los jefes que, como Scheidemann y Kautsky, no *han cumplido* con su deber de agitación revolucionaria, de propaganda revolucionaria, de trabajo revolucionario entre las masas para superar la inercia de éstas; contra los jefe cuya actuación *contradecía* de hecho los instintos y las aspiraciones revolucionarias siempre latentes en la entraña de la masa de una clase oprimida. Los Scheidemann han traicionado franca, grosera y cínicamente al proletariado, la mayor parte de las veces por motivos egoístas y se han pasado al campo de la burguesía. Los kautskianos y longuetistas han hecho lo mismo titubeando, vacilando, mirando cobardemente a los que eran en aquel momento fuertes. Durante la guerra, Kautsky, con todos sus escritos no ha hecho más que *apagar* el espíritu revolucionario en vez de mantenerlo y fomentarlo.

¡Como un monumento del beotismo pequeñoburgués del jefe "medio" de la socialdemocracia oficial alemana quedará en la historia el que Kautsky no comprenda siquiera el gigantesco valor *teórico* y la importancia aún más grande que para la agitación y la propaganda tiene

esta "acusación" de que los proletarios de Europa han traicionado a la revolución rusa! ¡Kautsky no comprende que esta "acusación", bajo el régimen de censura del "imperio" alemán, es casi la única forma en que los socialistas alemanes que no han traicionado al socialismo, Liebknecht y sus amigos, expresan *su llamamiento a los obreros alemanes* para que derriben a los Scheidemann y a los Kautsky, aparten a tales "jefes" y se desembaracen de sus prédicas, que les embotan y envilecen; para que se levanten a *pesar* de ellos, *sin* ellos y por encima de ellos, hacia la revolución, *a la revolución*!

Kautsky no lo comprende. ¿Cómo puede comprender, pues, la táctica de los bolcheviques? ¿Cómo puede esperarse que un hombre que reniega de la revolución en general, sopese y aprecie las condiciones del desarrollo de la revolución en uno de los casos más "difíciles"?

La táctica de los bolcheviques era acertada, era la *única* táctica internacionalista, porque no se basaba en un temor cobarde a la revolución mundial, en una "falta de fe" filistea en ella, en su deseo estrechamente nacionalista de defender a "su" patria (la patria de su burguesía), desentendiéndose del resto; estaba basada en *una apreciación* acertada (antes de la guerra y de la apostasía de los socialchovinistas y socialpacifistas, todo el mundo la admitía) de la situación revolucionaria europea. Esta táctica era la única internacionalista, porque llevaba a cabo el máximo de lo realizable en un solo país *para* desarrollar, apoyar y despertar la revolución *en todos los países*. Esa táctica ha quedado probada por un éxito enorme, porque el bolchevismo (y no debido a los méritos de los bolcheviques rusos, sino en virtud de la profundísima simpatía que por doquier sienten las *masas* por una táctica verdaderamente revolucionaria) se ha hecho *mundial*, ha dado una idea, una teoría, un programa y una táctica que se diferencian concreta y prácticamente del socialchovinismo y del socialpacifismo. El bolchevismo *ha rematado* a la vieja Internacional podrida de los Scheidemann y los Kautsky, de los Renaudel y los Longuet, de los Henderson y los MacDonald que ahora se atropellaran unos a otros, soñando con la "unidad" y resucitando un cadáver. El bolchevismo *ha creado* la base ideológica y táctica de la III Internacional, verdaderamente proletaria y comunista, que tiene en cuenta tanto las conquistas del tiempo de paz como la experiencia de *la era de revoluciones que ha comenzado*.

El bolchevismo ha popularizado en el mundo entero la idea de la "dictadura del proletariado", ha traducido estas palabras primero del latín al ruso y después a *todas* las lenguas del mundo, mostrando con el ejemplo *del Poder soviético* que los obreros y los campesinos pobres, *incluso* en un país atrasado, incluso los de menor experiencia, los menos instruidos y menos habituados a la organización, *han podido*, durante un año entero, rodeados de gigantescas dificultades, luchando contra los explotadores (a los que apoyaba la burguesía de *todo* el mundo), mantener el poder de los trabajadores, crear una democracia infinitamente más elevada y amplia que todas las democracias anteriores en el mundo, *iniciar* el trabajo fecundo de decenas de millones de obreros y campesinos para la realización práctica del socialismo.

El bolchevismo ha favorecido en la práctica el desarrollo de la revolución proletaria en Europa y América como ningún otro partido en ningún otro país lo había hecho hasta ahora. Al mismo tiempo que los obreros de todo el mundo comprenden con mayor claridad cada día que la táctica de los Scheidemann y de los Kautsky no libraba de la guerra imperialista ni de la esclavitud asalariada bajo el poder de la burguesía imperialista, que esta táctica no sirve de modelo para todos los países, las masas proletarias del mundo entero comprenden cada día con mayor claridad que el bolchevismo ha señalado el camino certero para salvarse de los horrores de la guerra y del imperialismo, que el bolchevismo *sirve de modelo de táctica para todos*.

La revolución proletaria madura ante los ojos de todos, no sólo en Europa entera, sino en el mundo, y la victoria del proletariado en Rusia la ha favorecido, acelerado y sostenido. ¿Que todo esto no basta para el triunfo completo del socialismo? Desde luego, no basta. Un solo país no puede hacer más. Pero, gracias al Poder soviético, este país ha hecho tanto, sin embargo, él solo que incluso si mañana el Poder soviético ruso fuera aplastado por el imperialismo mundial, por una coalición, supongamos, entre el imperialismo alemán y el anglo-francés, incluso en este caso, el peor de los peores, la táctica bolchevique habría prestado un servicio extraordinario al socialismo y habría apoyado el desarrollo de la invencible revolución mundial.

Servilismo ante la burguesía disfrazado de "análisis económico".

Como ya hemos dicho, si el título del libro de Kautsky correspondiera al contenido, no debería llamarse *La dictadura del proletariado*, sino *Paráfrasis de las invectivas burguesas a los bolcheviques*.

Nuestro teórico vuelve a dar pábulo a las viejas "teorías" de los mencheviques sobre el carácter burgués de la revolución rusa, es decir, la antigua deformación que del marxismo hacían los mencheviques (¡y que Kautsky *rechazó* en 1905!). Por fastidiosa que sea esta cuestión para los marxistas rusos, tendremos que detenernos en ella.

La revolución rusa es una revolución burguesa, decían todos los marxistas de Rusia antes de 1905. Los mencheviques, sustituyendo el marxismo por el liberalismo, deducían de ahí: por tanto, el

proletariado no debe ir más allá de lo aceptable para la burguesía, debe seguir una política de conciliación con ella. Los bolcheviques decían que esto era una teoría liberal burguesa. La burguesía tiende a transformar el Estado al modo burgués, *reformista*, no revolucionario, conservando en lo posible la monarquía, la propiedad de los terratenientes, etc. El proletariado debe llevar a término la revolución democrática burguesa, sin permitir que lo "ate" el reformismo de la burguesía. Los bolcheviques formulaban del modo siguiente la correlación de fuerzas *de las diversas clases* en la revolución burguesa: el proletariado se gana a los campesinos, neutraliza a la burguesía liberal y suprime totalmente la monarquía, las instituciones medievales y la gran propiedad terrateniente.

El carácter burgués de la revolución lo revela la alianza del proletariado con los campesinos *en general*, porque los campesinos, en su conjunto, son pequeños productores que tienen por base la producción mercantil. Además, añadían ya entonces los bolcheviques, al ganarse *a todo el semiproletariado* (a todos los trabajadores y explotados), el proletariado neutraliza a los campesinos medios y *derroca* a la burguesía: en esto consiste la revolución socialista, a diferencia de la revolución democrática burguesa (véase mi folleto de 1905 *Dos tácticas*[*], reimpreso en la recopilación *En doce años*, San Petersburgo, 1907).

Kautsky tomó indirectamente parte en esta discusión en 1905[56], cuando, consultado por Plejánov, entonces menchevique, se pronunció en el fondo *contra* él, lo que originó entonces singulares burlas de la prensa bolchevique. Ahora no dice Kautsky *ni una palabra* de los antiguos debates (¡teme que lo desenmascaren sus propias declaraciones!). Y así deja al lector alemán absolutamente imposibilitado para comprender el fondo del problema. El señor Kautsky *no podía* decir a los obreros alemanes en 1918 que en 1905 él era partidario de la alianza de los obreros con los campesinos, y no con la burguesía liberal, no podía decirles en qué condiciones propugnaba esta alianza, ni el programa que él proyectaba para esta alianza.

Kautsky da marcha atrás, y, aparentando hacer un "análisis económico", propugna ahora, con frases altaneras sobre el "materialismo histórico", la subordinación de los obreros a la burguesía, repitiendo machaconamente, respaldándose en citas del menchevique Máslov, las viejas concepciones liberales de los mencheviques; ¡estas citas le sirven para demostrar una idea nueva sobre el atraso de Rusia, de cuya idea nueva se saca una conclusión vieja, diciendo, poco más o menos, que en una revolución burguesa no se puede ir más allá que la burguesía! ¡Y esto, a pesar de todo lo que tienen dicho Marx y Engels al comparar la revolución burguesa de 1789-1793 en Francia con la revolución burguesa de Alemania en 1848![57]

Antes de pasar al "argumento" de más peso y a lo principal del "análisis económico" de Kautsky, observemos la curiosa confusión de ideas o la ligereza del autor que denotan ya las primeras frases:

"La base económica de Rusia -perora nuestro "teórico"- es hasta ahora la agricultura, y, concretamente, la pequeña producción campesina. De ella viven cerca de las cuatro quintas partes, quizá hasta las cinco sextas partes de la población" (pág. 45). Primero, ¿ha pensado usted, respetable teórico, cuántos explotadores puede haber entre esta masa de pequeños productores? Naturalmente, una décima parte a lo sumo; y en las ciudades, menos aún, porque allí está más desarrollada la gran producción. Ponga usted incluso una cifra elevada hasta lo inverosímil, suponga usted que una quinta parte de los pequeños productores son explotadores que pierden el derecho electoral. Y aun así verá usted que ese 66 % de bolcheviques del V Congreso de los Soviets representaba *a la mayoría de la población*. A ello debe añadirse, además, que un número muy importante de eseristas de izquierda fueron siempre partidarios del Poder soviético, es decir, en principio, *todos* los eseristas de izquierda estaban por el Poder soviético, y cuando una parte de ellos se lanzó a la aventurera revuelta de julio de 1918, de su antiguo partido se desgajaron dos partidos nuevos, el de los "comunistas populistas" y el de los "comunistas revolucionarios" (constituidos por destacados eseristas de izquierda, a los que ya el antiguo partido había elevado a los puestos más importantes del Estado, perteneciendo al primero, por ejemplo, Zax, y al segundo Kolegáev). Por consiguiente, el mismo Kautsky ha refutado -¡sin querer!- la ridícula leyenda de que con los bolcheviques está la minoría de la población.

Segundo: ¿Ha pensado usted, amable teórico, que el pequeño productor campesino vacila *inevitablemente* entre el proletariado y la burguesía? Esta verdad marxista, confirmada por toda la historia contemporánea de Europa, la "ha olvidado" Kautsky muy a tiempo, porque ¡hace trizas toda la "teoría" menchevique que él reproduce! Sin "olvidarla", no habría podido negar la necesidad de la dictadura del proletariado en un país donde predominan los pequeños productores campesinos.

Examinemos lo principal del "análisis económico" de nuestro teórico.

Que el Poder soviético es una dictadura no hay quien lo discuta, dice Kautsky. "Pero ¿es la dictadura del *proletariado*?" (pág. 34).

> "Según la Constitución soviética, los campesinos son la mayoría de la población y tienen derecho a participar en las actividades legislativas y administrativas. Lo que se nos presenta como dictadura del proletariado, si se

[*] Véase la presente edición, tomo 3. (*N. de la Edit.*)

realiza de un modo consecuente, y si, hablando en general, una clase pudiera ejercer directamente la dictadura, cosa que sólo puede hacer un partido, resultaría ser una dictadura de los campesinos" (pág. 35).

Y encantado de tan profundo e ingenioso razonamiento, el bueno de Kautsky intenta ironizar: "Resulta como si la realización menos dolorosa del socialismo estuviese asegurada cuando se confía a los campesinos" (pág. 35).

Con gran lujo de pormenores y citas eruditas en grado extraordinario del semiliberal Máslov, prueba nuestro teórico una idea nueva: los campesinos están interesados en que el precio de los cereales sea elevado, y el salario de los obreros de las ciudades bajo, etc., etc. Estas ideas nuevas, dicho sea de paso, están expuestas de manera tanto más fastidiosa cuanto menos atención se concede a los fenómenos verdaderamente nuevos de la posguerra, por ejemplo, al hecho de que los campesinos piden, a cambio de los cereales, mercancías y no dinero, que los campesinos están faltos de aperos y no pueden conseguirlos en la cantidad debida a precio alguno. De esto volveremos a tratar en especial más adelante.

Así pues, Kautsky acusa a los bolcheviques, al partido del proletariado, de haber puesto la dictadura, la tarea de realizar el socialismo, en manos de los campesinos pequeñoburgueses. ¡Muy bien, señor Kautsky! ¿Cuál debería ser, a su ilustrado juicio, la actitud del partido proletario ante los campesinos pequeñoburgueses?

Nuestro teórico prefiere callar sobre esto, probablemente recordando el refrán: "La palabra es plata, pero el silencio es oro". Mas lo delata el razonamiento siguiente:

"En los primeros tiempos de la República Soviética, los Soviets campesinos eran organizaciones de los *campesinos* en general. Ahora, esta República proclama que los Soviets son organizaciones de proletarios y de campesinos *pobres*. Los campesinos acomodados pierden el derecho de participar en la elección de los Soviets. El campesino pobre es considerado aquí un producto constante y masivo de la reforma agraria socialista de la "dictadura del proletariado"" (pág. 48).

¡Qué fulminante ironía! En Rusia puede oírse en boca de cualquier burgués: todos ellos se refocilan y ríen de que la República Soviética reconozca francamente la existencia de campesinos pobres. Se burlan del socialismo. Están en su derecho. Pero el "socialista" que se ríe de que, después de una guerra de cuatro años, extraordinariamente ruinosa, haya todavía en nuestro país -y los habrá para largo- campesinos pobres, ha podido nacer sólo en un ambiente de apostasía en masa.

Pero hay más:

"...La República Soviética interviene en las relaciones entre campesinos ricos y pobres, mas no mediante una nueva distribución de las tierras. Para evitar que los habitantes de las ciudades carezcan de pan, se envían al campo destacamentos de obreros armados que hacen a los campesinos ricos entregar sus sobrantes de cereales. Una parte de estos cereales se da a los habitantes de las ciudades, y otra a los campesinos más pobres" (pág. 48).

Naturalmente, el socialista y marxista Kautsky se indigna profundamente ante la idea de que tal medida pueda rebasar los alrededores de las grandes ciudades (y en Rusia se extiende a todo el país). El socialista y marxista Kautsky observa sentenciosamente, con inimitable, con incomparable, con admirable flema (o cerrazón) de filisteo: "...Estas (expropiaciones de los campesinos acomodados) introducen un nuevo elemento de perturbación y de guerra civil en el proceso de la producción..." (¡la guerra civil trasplantada al "proceso de la producción" es ya una cosa sobrenatural!) "...que requiere imperiosamente, para su saneamiento, tranquilidad y seguridad" (pág. 49).

Sí, sí, la tranquilidad y seguridad de los explotadores y de los que especulan con los cereales, esconden sus excedentes, sabotean la ley sobre el monopolio cerealista y condenan al hambre a la población de las ciudades, debe, naturalmente, arrancar suspiros y lágrimas al marxista y socialista Kautsky. Todos nosotros somos socialistas y marxistas e internacionalistas, gritan a coro los señores Kautsky, Enrique Weber (Viena), Longuet (París), MacDonald (Londres), etc.; todos estamos por la revolución de la clase obrera, pero... ¡pero a condición de no perturbar la tranquilidad ni la seguridad de los especuladores de cereales! Y encubrimos este inmundo servilismo ante los capitalistas con alusiones "marxistas" al "proceso de la producción"... Si esto es marxismo, ¿qué será servilismo ante la burguesía?

Veamos lo que le resulta a nuestro teórico. Acusa a los bolcheviques de hacer pasar una dictadura de los campesinos por la dictadura del proletariado. Al mismo tiempo, nos acusa de llevar la guerra civil al campo (nosotros lo tenemos por *un mérito* nuestro), de enviar al campo destacamentos de obreros armados que proclaman públicamente que ejercen "la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres", ayudan a éstos y expropian a los especuladores, a los campesinos ricos, los sobrantes de cereales que ellos esconden a despecho de lo dispuesto por la ley sobre el monopolio del trigo.

Por una parte, nuestro teórico marxista se muestra partidario de la democracia pura, partidario de que la clase revolucionaria, dirigente de los trabajadores y explotados, se someta a la mayoría de la población (incluyendo, por consiguiente, a los explotadores). Por otra parte, explica contra nosotros que la

revolución tiene necesariamente un carácter burgués, porque los campesinos, en su conjunto, se mantienen en un terreno de relaciones sociales burguesas; ¡y al mismo tiempo tiene la pretensión de que propugna el punto de vista proletario, de clase, marxista!

En vez de "análisis económico", esto es un lío y un enredo de primer orden. En lugar de marxismo, fragmentos de doctrinas liberales y prédica del servilismo ante la burguesía y los kulaks.

En 1905, los bolcheviques pusieron ya totalmente en claro el problema que Kautsky embrollaba. Sí, nuestra revolución es burguesa *mientras marchamos con todos* los campesinos. Teníamos una idea clarísima de esto y lo hemos dicho cientos y miles de veces desde 1905; nunca hemos intentado saltarnos ni abolir con decretos esta etapa necesaria del proceso histórico. Los esfuerzos de Kautsky de emplear este punto como "prueba" contra nosotros no prueban sino el lío que él se ha hecho y su temor a recordar lo que él mismo escribió en 1905, cuando aún no era un renegado.

Pero desde *abril* de 1917, mucho antes de la Revolución de Octubre, de que tomásemos el poder, dijimos abiertamente y explicamos al pueblo que ahora la revolución no podía detenerse en esta etapa, pues el país había seguido adelante, el capitalismo había seguido avanzando, la ruina había alcanzado proporciones nunca vistas, lo cual *habría de exigir* (quisiérase o no) que marchásemos *hacia el socialismo*, pues *no cabía* avanzar de otro modo, salvar de otro modo al país, agotado por la guerra, y aliviar de otro modo los sufrimientos de los trabajadores y explotados.

Ocurrió, en efecto, tal y como nosotros dijimos. La marcha de la revolución ha confirmado la certidumbre de nuestro razonamiento. *Al principio*, del brazo de "todos" los campesinos contra la monarquía, contra los terratenientes, contra lo medieval (y en este sentido, la revolución sigue siendo burguesa, democrática burguesa). *Después*, del brazo de los campesinos pobres, del brazo del semiproletariado, del brazo de todos los explotados, *contra el capitalismo*, incluidos los ricachos del campo, los kulaks y los especuladores, y, en este sentido, la revolución se convierte en *socialista*. Querer levantar una muralla china artificial entre ambas revoluciones, separar la una de la otra por algo *que no sea* el grado de preparación del proletariado y el grado de su unión con los campesinos pobres es la mayor tergiversación del marxismo, es vulgarizarlo, remplazarlo por el liberalismo. Sería hacer pasar de contrabando, mediante citas seudocientíficas sobre el carácter progresivo de la burguesía en comparación con lo medieval, una defensa reaccionaria de la burguesía frente al proletariado socialista.

Los Soviets son, por cierto, un tipo y una forma muy superior de democracia porque, al aunar e incorporar a la política *a la masa de obreros y campesinos*, son el barómetro más próximo al "pueblo" (en el sentido en que Marx hablaba en 1871 de verdadera revolución popular)[58], el barómetro más sensible del desarrollo y aumento de la madurez política y de clase de las masas. La Constitución soviética no se ha escrito según un "plan", no ha sido compuesta en despachos ni impuesta a los trabajadores por los jurisconsultos burgueses. No, esa Constitución *ha surgido* del proceso de desarrollo de *la lucha de las clases*, a medida que maduraban *las contradicciones entre ellas*. Así lo demuestran hechos que Kautsky se ve obligado a reconocer.

Al principio, los Soviets agrupaban a los campesinos en su totalidad. La falta de desarrollo, el atraso y la ignorancia de los campesinos pobres ponían la dirección en manos de los kulaks, de los ricos, de los capitalistas y de los intelectuales pequeñoburgueses. Fue la época de hegemonía de la pequeña burguesía, de los mencheviques y los socialistas-revolucionarios (sólo memos o renegados como Kautsky pueden creer que unos y otros sean socialistas). La pequeña burguesía vacilaba por fuerza, sin poderlo evitar, entre la dictadura de la burguesía (Kerenski, Kornílov, Sávinkov) y la dictadura del proletariado, porque es incapaz de toda acción independiente, atendidos los caracteres esenciales de su situación económica. Dicho sea de paso, Kautsky reniega totalmente del marxismo cuando, en su análisis de la revolución rusa, sale del paso con la noción jurídica y formal de "democracia", que sirve a la burguesía para encubrir su dominación y engañar a las masas, *olvidando* que "democracia" quiere decir, de hecho, unas veces *dictadura de la burguesía*, y otras reformismo impotente de la pequeña burguesía que se somete a esa dictadura, etc. Según Kautsky, resulta que en un país capitalista había partidos burgueses, había un partido proletario que llevaba tras de sí a la mayoría del proletariado, a su masa (los bolcheviques), pero *no había* partidos pequeñoburgueses. ¡Los mencheviques y eseristas no tenían *raíces de clase*, raíces pequeñoburguesas!

Las vacilaciones de la pequeña burguesía, de los mencheviques y eseristas, han instruido a las masas y han apartado de tales "dirigentes" a su inmensa mayoría, a todas las "capas bajas", a todos los proletarios y semiproletarios. Los bolcheviques lograron prevalecer en los Soviets (hacia octubre de 1917 en Petrogrado y Moscú), y entre los eseristas y mencheviques aumentó la escisión.

El triunfo de la revolución bolchevique significaba el final de las vacilaciones, la destrucción completa de la monarquía y de la propiedad latifundista (antes de la Revolución de Octubre *no había sido destruida*). Nosotros llevamos *a término* la revolución *burguesa*. Los campesinos estaban a nuestro lado *en su totalidad*. Su antagonismo respecto al proletariado socialista no podía

manifestarse inmediatamente. Los Soviets agrupaban a los campesinos *en general*. La división de la masa campesina en clases no estaba todavía madura, no se había exteriorizado aún.

Este proceso fue desplegándose en el verano y el otoño de 1918. La insurrección contrarrevolucionaria del cuerpo de ejército checoslovaco despertó a los kulaks, que desencadenaron en Rusia una ola de revueltas. No han sido los libros ni los periódicos, *sino la vida* la que ha hecho ver a los campesinos pobres la incompatibilidad de sus intereses con los de los kulaks, de los ricachos, de la burguesía rural. Los "eseristas de izquierda", como todo partido pequeñoburgués, reflejaban las oscilaciones de las masas, y en el verano de 1918 se escindieron: una parte de ellos hizo causa común con los checoslovacos (insurrección de Moscú, cuando Proshián, habiéndose apoderado -¡durante una hora!- del telégrafo, anunció a Rusia la caída de los bolcheviques; luego vino la traición de Muraviov, jefe del ejército destinado a combatir contra el cuerpo de ejército checoslovaco, etc.). Otra parte, señalada más arriba, siguió con los bolcheviques.

La agravación de la crisis del abastecimiento de las ciudades imponía de manera más tajante cada día el monopolio cerealista (¡"olvidado" por el teórico Kautsky en su análisis económico, que repite con machaconería cosas archisabidas y leídas hace diez años en Máslov!).

El viejo Estado, el Estado de los terratenientes y burgueses, incluso el Estado democrático republicano, enviaba al campo destacamentos armados que se encontraban de hecho a disposición de la burguesía. ¡El señor Kautsky no lo sabe! ¡No ve en ello, Dios nos libre, "dictadura de la burguesía"! ¡Es "democracia pura", sobre todo si lo aprueba el parlamento burgués! ¡De que Avxéntiev y S. Máslov, con los Kerenski, Tsereteli y demás elementos eseristas y mencheviques encarcelaban durante el verano y el otoño de 1917 a los miembros de los comités agrarios, de eso "no ha oído hablar" Kautsky, eso lo silencia Kautsky!

Todo se reduce a que el Estado burgués, que ejerce la dictadura de la burguesía mediante la república democrática, no puede confesar al pueblo que sirve a la burguesía, no puede decir la verdad y tiene que recurrir a la doblez.

En cambio, el Estado del tipo de la Comuna, el Estado soviético dice francamente y en público al pueblo la *verdad*, declarando que es la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres, atrayéndose con esta verdad a decenas y decenas de millones de nuevos ciudadanos que viven en la ignorancia en cualquier república democrática y son incorporados por los Soviets a la política, *a la democracia*, a la administración del Estado. La República Soviética envía al campo destacamentos de obreros armados, en primer lugar a los más avanzados, a los de las capitales. Estos obreros llevan el socialismo al campo, ponen de su lado a los campesinos pobres, los organizan e instruyen y les ayudan a *aplastar la resistencia de la burguesía*.

Cuantos están al corriente de la situación y han visitado el campo dicen que solamente en el verano y el otoño de 1918 ha llegado a *éste* la Revolución "de Octubre" (es decir, la revolución proletaria). Se produce un viraje. A la ola de revueltas de kulaks sigue un movimiento ascensional de los campesinos pobres, un crecimiento de los "comités de campesinos pobres"[59]. En el ejército aumenta el número de comisarios procedentes de los obreros, el número de oficiales y de jefes de división y de cuerpo de ejército procedentes de los obreros. Mientras que el tontaina de Kautsky, asustado por la crisis de julio (de 1918)[60] y los alaridos de la burguesía, corre tras ella servilmente y escribe todo un folleto del que emana la convicción de que los campesinos están a punto de derribar a los bolcheviques, mientras que este tontaina ve en la defección de los eseristas de izquierda una "reducción" (pág. 37) del círculo de los que sostienen a los bolcheviques, en ese momento *se extiende inmensamente* el círculo *verdadero* de los partidarios del bolchevismo, porque decenas y decenas de millones de campesinos pobres despiertan a una vida política *independiente*, emancipándose de la tutela e influencia de los kulaks y de la burguesía rural.

Hemos perdido a unos centenares de eseristas de izquierda, de intelectuales sin carácter y de campesinos ricos, pero hemos conquistado a millones de campesinos pobres*.

Un año después de la revolución proletaria en las capitales[61], bajo su influencia y con su ayuda, ha llegado la revolución proletaria a los rincones más remotos del campo, afianzando definitivamente el Poder soviético y el bolchevismo, demostrando definitivamente que no hay dentro del país fuerzas que se le opongan.

Después de haber culminado la revolución democrática burguesa con todos los campesinos, el proletariado de Rusia pasó definitivamente a la revolución socialista cuando hubo logrado escindir el campo, cuando se hubo ganado a los proletarios y semiproletarios del campo, cuando supo unidos contra los kulaks y la burguesía, incluida la burguesía campesina.

Si el proletariado bolchevique de las capitales y de los grandes centros industriales no hubiera sabido agrupar alrededor suyo a los campesinos pobres contra los campesinos ricos, se habría demostrado que Rusia "no había sazonado" para la revolución

* En el VI Congreso de los Soviets (del 6 al 9 de noviembre de 1918) hubo 967 delegados con voz y voto, 950 de los cuales eran bolcheviques, y 351 con voz pero sin voto, 335 de los cuales eran bolcheviques. Por tanto, hubo un 97% del bolcheviques.

socialista; el campesinado habría seguido siendo "un todo", es decir, habría seguido sujeto a la dirección económica, política y espiritual de los kulaks, los ricachos y la burguesía, y la revolución no habría rebasado el marco democrático burgués. (Pero ni aun esto, dicho sea entre paréntesis, habría demostrado que el proletariado no debía tomar el poder, porque sólo él ha llevado efectivamente a término la revolución democrática burguesa, sólo él ha hecho algo serio para acercar la revolución proletaria mundial, sólo él ha creado el Estado soviético, que es, después de la Comuna, el segundo paso hacia el Estado socialista.)

Por otra parte, si el proletariado bolchevique hubiera intentado "decretar" la guerra civil o la "instauración del socialismo" en el campo inmediatamente, en octubre o noviembre de 1917, sin haber sabido aguardar la disociación de los campesinos en clases, sin haber sabido *preparar* ni realizar esta disociación, si hubiese querido prescindir del bloque (alianza) temporal con todos los campesinos, sin hacer ciertas concesiones al campesino medio, etc., esto habría sido una desvirtuación *blanquista*[62] del marxismo; *una minoría* habría intentado imponer su voluntad a la mayoría, se habría llegado a un absurdo teórico, a no comprender que la revolución de todos los campesinos es *todavía* una revolución burguesa y que *sin una serie de transiciones*, de *etapas transitorias*, no se puede hacer de ella una revolución socialista en un país atrasado.

Kautsky lo ha confundido *todo* en un problema político y teórico de la mayor trascendencia y, en la práctica, ha demostrado ser un simple lacayo de la burguesía que clama contra la dictadura del proletariado.

* * *

Idéntica o mayor es la confusión que Kautsky ha llevado a otro problema de capital interés e importancia: el de si ha sido bien planteada en principio y luego convenientemente puesta en práctica la labor *legislativa* de la República Soviética en cuanto a la transformación agraria, transformación socialista dificilísima y de máxima importancia al mismo tiempo. Quedaríamos infinitamente agradecidos a todo marxista del Occidente de Europa que, después de leer aunque sólo fueran los documentos más importantes, hiciera la *crítica* de nuestra política, porque de este modo nos ayudaría extraordinariamente y ayudaría a la revolución que está madurando en todo el mundo. Pero, en lugar de crítica, Kautsky nos ofrece una confusión teórica increíble que convierte el marxismo en liberalismo, y, de hecho, no es sino un cúmulo de diatribas filisteas, vacías y rabiosas, contra los bolcheviques. Juzgue el lector:

"No se podrá mantener la gran propiedad agraria a causa de la revolución. Esto se vio claro desde el primer instante. No había más remedio que entregarla a la población campesina..." (No es exacto, señor Kautsky: usted pone lo que está "claro" para usted en lugar de la actitud de las diversas clases frente al problema. La historia de la revolución ha demostrado que el gobierno de coalición de burgueses con pequeños burgueses, mencheviques y eseristas seguía una política de mantener la gran propiedad agraria. La mejor prueba está en la ley de S. Máslov y en las detenciones de los miembros de los comités agrarios[63]. Sin la dictadura del proletariado, la "población campesina" no habría vencido nunca al terrateniente unido al capitalista.)

"...Pero en cuanto a las formas en que esto se había de hacer, no existía unidad de criterio. Eran concebibles diferentes soluciones..." (Kautsky se preocupa, ante todo, de la "unidad" de los "socialistas", sean quienes sean los que se llamen así. Pero olvida que las clases fundamentales de la sociedad capitalista deben llegar a soluciones diferentes.) "...Desde el punto de vista del socialismo, la solución más racional hubiera sido transformar las grandes empresas en propiedades del Estado y confiar a los campesinos, que hasta entonces habían estado trabajando en ellas como obreros asalariados, el cultivo de las grandes propiedades agrícolas en forma cooperativa. Pero esta solución supone la existencia de unos obreros agrícolas como los que no existen en Rusia. Otra solución hubiera sido transferir al Estado la gran propiedad agraria, dividiéndola en pequeños lotes, que se concederían en arriendo a los campesinos que tengan poca tierra. De esta manera se habría realizado siquiera algo de socialismo..."

Kautsky, como siempre, sale del paso con el consabido estribillo: por una parte, no se puede menos de confesar, por otra, hay que reconocer. *Yuxtapone* soluciones diferentes sin pararse en la única idea real, en la única idea marxista: ¿cuáles deben ser las *transiciones* del capitalismo al comunismo en determinadas condiciones *particulares*? En Rusia hay obreros agrícolas asalariados, pero pocos; y Kautsky no alude siquiera a la cuestión, que el Poder soviético *ha planteado*, de cómo pasar al cultivo en comunas y en cooperativas. Pero lo más curioso es que Kautsky quiere ver "algo de socialismo" en el arrendamiento de pequeños terrenos. Esto no es, en el fondo, más que una consigna *pequeñoburguesa* y no tiene *nada* "de socialismo". Si el "Estado" que da en arriendo las tierras *no* es un Estado del tipo de la Comuna, sino una república burguesa parlamentaria (y esto es lo que supone siempre Kautsky), el arrendamiento de la tierra por pequeñas parcelas será una típica *reforma liberal*.

Nada dice Kautsky de que el Poder soviético ha abolido *toda* propiedad de la tierra. Peor aún: baraja los datos de manera increíble y cita decretos del

Poder soviético, omitiendo en ellos lo esencial.

Después de declarar que "la pequeña producción aspira a la propiedad privada absoluta de los medios de producción", que la Constituyente hubiera sido "la única autoridad" capaz de impedir el reparto (afirmación que provocará una carcajada en Rusia, porque todo el mundo sabe que los obreros y campesinos sólo reconocen la autoridad de los Soviets, mientras la Constituyente se ha hecho consigna de los checoslovacos y de los terratenientes), Kautsky continúa:

> "Uno de los primeros decretos del Gobierno soviético dice: 1. La gran propiedad terrateniente queda inmediatamente abolida sin indemnización alguna. 2. Los dominios de los terratenientes y todas las tierras de la familia imperial, de los conventos y de la Iglesia, con todo su ganado de labor y aperos de labranza, dependencias y todo cuanto hay en ellas pasan a disposición de los comités agrarios subdistritales de los Soviets de diputados campesinos de distrito hasta que la Asamblea Constituyente decida el problema de la tierra".

Kautsky *no cita más que estos dos puntos* y concluye:

> "La alusión a la Constituyente ha quedado en letra muerta. De hecho, los campesinos de los distintos subdistritos han podido hacer con la tierra lo que han querido" (pág. 47).

¡Ahí tenéis unas muestras de la "crítica" de Kautsky! ¡Ahí tenéis un trabajo "científico" que parece más que nada una falsificación! ¡Se induce al lector alemán a creer que los bolcheviques han capitulado ante los campesinos en cuanto a la propiedad privada de la tierra y les han dejado hacer ("en los distintos subdistritos") lo que quieren!

En realidad, el decreto que cita Kautsky, el primer decreto, promulgado el 26 de octubre de 1917 (viejo calendario), consta de cinco artículos, y no de dos; *más* los ocho artículos del "mandato"[64], del que se dice, encima, que "debe servir de norma de conducta".

El tercer artículo del decreto señala que las haciendas pasan "*al pueblo*" y que es obligatorio hacer "el inventario exacto de todos los bienes confiscados" e "instalar una protección revolucionaria de lo más rigurosa". Y el mandato señala que "el derecho de propiedad privada de la tierra queda abolido para siempre", que "las fincas de alto nivel de cultivo" "*no deben ser repartidas*", que "todo el ganado de labor, aperos de labranza y dependencias de las tierras confiscadas pasan al usufructo exclusivo del Estado o de las comunidades, según sean la superficie y la importancia de estas tierras, sin indemnización", que "toda la tierra se incluye en el fondo agrario nacional".

Más tarde, al mismo tiempo que se disolvió la Asamblea Constituyente (5 de en enero de 1918), el III Congreso de los Soviets aprobó "*Declaración de los derechos* del pueblo trabajador y explotado", que ahora es parte de la Ley Fundamental de la República Soviética. Su artículo II, párrafo 1, dice que "queda abolida la propiedad privada de la tierra", y que "las fincas y empresas agrícolas modelo se declaran patrimonio nacional".

Por tanto, la alusión a la Asamblea Constituyente *no* quedó en letra muerta, porque otra institución nacional representativa, muchísimo más autorizada para los campesinos, se ha encargado de resolver el problema agrario.

Luego, el 6 (19) de febrero de 1918 se promulgó la ley de socialización de la tierra, que confirma una vez más la abolición de toda propiedad de la tierra, poniéndola, con todo el ganado de labor y los aperos de labranza de *las explotaciones privadas*, a disposición de las autoridades soviéticas, ba*jo el control del Poder soviético federal*; plantea como objetivo de esta gestión

> "el fomento de la hacienda colectiva en la agricultura, por ser la más ventajosa desde el punto de vista del ahorro de trabajo y productos, a expensas de las haciendas individuales, a fin de pasar a la hacienda agrícola socialista" (art. 11, punto e).

Al instituir el usufructo *igualitario* de la tierra, la ley dice acerca del problema fundamental de "quién tiene derecho a cultivar la tierra":

> (Art. 20). "En la República Federativa Soviética de Rusia pueden cultivar terrenos para cubrir demandas públicas y personales: A) Con fines culturales y docentes: 1) El Estado, representado por los órganos del Poder soviético (federal, regional, provincial, distrital, subdistrital y rural). 2) Las organizaciones sociales (bajo el control y con permiso del Poder soviético local). B) Para el laboreo: 3) Las comunas agrícolas. 4) Las cooperativas agrícolas. 5) Las asociaciones rurales. 6) Familias e individuos por separado..."

El lector puede ver que Kautsky ha desvirtuado totalmente la cuestión, presentando al lector alemán de una manera falsa por completo la política y la legislación agraria del Estado proletario de Rusia.

¡Kautsky ni siquiera ha sabido plantear los problemas importantes, fundamentales desde el punto de vista teórico!

Estos problemas son los siguientes:

(1) El usufructo igualitario de la tierra y

(2) la nacionalización de la tierra: relación de una medida y otra ante el socialismo en general y ante el paso del capitalismo al comunismo en particular.

(3) Cultivo socializado, de la tierra como transición del pequeño cultivo fragmentado al gran cultivo socializado; ¿corresponde la forma en que ha sido planteado este problema en la legislación soviética a los postulados del socialismo?

Sobre el primer problema es preciso dejar

sentados, ante todo, los dos hechos siguientes, que son fundamentales: (a) Teniendo ya en cuenta la experiencia de 1905 (mencionaré, por ejemplo, mi obra acerca del problema agrario en la primera revolución rusa[65]), los bolcheviques señalaban la importancia que, desde el punto de vista democrático progresista y democrático revolucionario, tenía la consigna de igualitarismo, y en 1917, *antes* de la Revolución de Octubre, también hablaron de ello con absoluta claridad. (b) Al hacer aprobar la ley de socialización de la tierra -"alma" de la cual es la consigna del usufructo igualitario del suelo-, los bolcheviques declararon del modo más preciso y concreto: esta idea no es nuestra, nosotros no estamos conformes con esta consigna, pero creemos nuestro deber hacerla aprobar, porque así lo pide la inmensa mayoría de los campesinos. Y la idea y las reivindicaciones de una mayoría de trabajadores deben ser *superadas por ellos mismos*; no es posible "abolir" semejantes reivindicaciones ni "saltar" por encima de ellas. Nosotros, los bolcheviques, *ayudaremos* a los campesinos a superar las consignas pequeñoburguesas, *a pasar* con las mayores rapidez y facilidad posibles de esas consignas a consignas socialistas.

Un teórico marxista que quisiera servir a la revolución obrera, haciendo un análisis científico de ella, debería decir, primero, si es verdad que la idea del usufructo igualitario de la tierra tiene trascendencia democrática revolucionaria, la de llevar a término la revolución democrática burguesa. Segundo, debería decir si han procedido bien los bolcheviques, al lograr que se apruebe con sus votos (y acatar con la mayor lealtad) la ley pequeñoburguesa del usufructo igualitario.

¡Kautsky no ha podido *notar* siquiera dónde está, en teoría, el quid de la cuestión!

Kautsky jamás hubiera conseguido refutar que la idea del usufructo igualitario tiene un alcance progresista y revolucionario en una revolución democrática burguesa. Esta revolución no puede ir más allá. Al llegar a su término, descubre con *tanta más claridad*, *rapidez y facilidad* a las masas la *insuficiencia* de las soluciones democráticas burguesas, la necesidad de rebasarlas y de pasar al *socialismo*.

Los campesinos que han derrocado el zarismo y a los terratenientes sueñan con el usufructo igualitario, y no hay fuerza que pueda impedírselo, una vez libres de los terratenientes y del Estado republicano, parlamentario *burgués*. Los proletarios dicen a los campesinos: nosotros os ayudaremos a llegar al capitalismo "ideal", porque el usufructo igualitario de la tierra es la idealización del capitalismo desde el punto de vista del pequeño productor. Pero, al mismo tiempo, os señalaremos la deficiencia de este sistema, la necesidad de pasar al cultivo social de la tierra.

¡Sería interesante ver qué intentaría Kautsky para refutar que *esa* manera de dirigir el proletariado la lucha de los campesinos es acertada!

Kautsky ha preferido eludir el problema...

Además, ha engañado sin más ni más a los lectores alemanes, ocultándoles que *en la ley* de la tierra el Poder soviético da preferencia *explícita* a las comunas y a las cooperativas, colocándolas en primer plano.

¡Con todos los campesinos hasta el fin de la revolución democrática burguesa! Con los campesinos pobres, proletarios y semiproletarios, ¡adelante, hacia la revolución socialista! Esta era la política de los bolcheviques, y era la única política marxista.

¡Pero Kautsky se embrolla, no acertando a plantear ni un solo problema! Por una parte, *no se atreve* a decir que los proletarios debieron haber discrepado de los campesinos en el problema del usufructo igualitario, porque comprende lo absurdo de semejante discrepancia (por lo demás, en 1905, antes de ser renegado, propugnaba clara y explícitamente la alianza de los obreros y los campesinos, de la que hacía depender el triunfo de la revolución). Por otra parte, cita con simpatía las vulgaridades liberales del menchevique Máslov, que "demuestra" lo utópico y reaccionario de la igualdad pequeñoburguesa *desde el punto de vista del socialismo* y pasa en silencio lo progresista y revolucionario de la lucha pequeñoburguesa por la igualdad, por el usufructo igualitario, *desde el punto de vista de la revolución democrática burguesa*.

Kautsky se ha armado un lío sin fin: nótese que el Kautsky de 1918 *insiste* en el carácter *burgués* de la revolución rusa. El Kautsky de 1918 exige: ¡No os salgáis de ese marco! ¡¡Y este mismo Kautsky ve "algo *de socialismo*" (para la revolución *burguesa*) en la reforma *pequeñoburguesa* que entrega a los campesinos *pobres* en arriendo pequeños trozos de tierra (es decir, en la aproximación al usufructo igualitario)!!

¡Que lo entienda quien pueda!

Por si fuera poco, Kautsky muestra una incapacidad filistea para tener en cuenta la política real de un partido determinado. Cita *frases* del menchevique Máslov, *sin querer ver* la política *real* del partido menchevique en 1917, que, en "coalición" con los terratenientes y los democonstitucionalistas, propugnaba de hecho *una reforma agraria liberal y el acuerdo con los terratenientes* (lo prueban las detenciones de miembros de los comités agrarios y el proyecto de ley de S. Máslov).

Kautsky no ha visto que las frases de P. Máslov acerca del carácter reaccionario y utópico de la igualdad pequeñoburguesa encubren de hecho la política menchevique de *conciliación* de campesinos y terratenientes (es decir, el engaño de aquéllos por éstos), en lugar del derrocamiento *revolucionario* de los terratenientes por los campesinos.

¡Buen "marxista" está hecho Kautsky!

Los bolcheviques precisamente son los que han tenido muy en cuenta la diferencia que hay entre revolución democrática burguesa y revolución socialista: al llevar la primera a término, abrían las puertas para el paso a la segunda. Esta es la única política revolucionaria y la única política marxista.

En vano repite Kautsky las sosas chanzas de los liberales: "Nunca ni en parte alguna han pasado los pequeños campesinos a la producción colectiva movidos por la persuasión teórica" (pág. 50).

¡Qué ingenioso!

Nunca ni en parte alguna han estado los pequeños campesinos de un gran país bajo la influencia de un Estado proletario.

Nunca ni en parte alguna han llegado los pequeños campesinos a una lucha de clase abierta contra los campesinos ricos, hasta la guerra civil entre unos y otros, *con la circunstancia* de estar sostenidos los pobres por la propaganda, la política y la ayuda económica y militar del poder político proletario.

Nunca ni en parte alguna se han enriquecido tanto los especuladores y ricachos a consecuencia de una guerra, ni se ha arruinado de tal modo la masa campesina.

Kautsky repite antiguallas, repite machaconamente cosas viejas, temiendo pensar siquiera en las nuevas tareas de la dictadura del proletariado.

Y si los campesinos, querido Kautsky, *no tienen bastantes* aperos para la pequeña producción, y el Estado proletario les *ayuda* a conseguir máquinas para cultivar el suelo en régimen colectivo, ¿será eso "persuasión teórica"?

Pasemos al problema de la nacionalización de la tierra. Nuestros populistas, y entre ellos todos los eseristas de izquierda, niegan que la medida que nosotros hemos llevado a la práctica sea la nacionalización de la tierra. Se equivocan desde el punto de vista teórico. Puesto que no hemos rebasado el marco de la producción mercantil y del capitalismo, la abolición de la propiedad privada de la tierra es su nacionalización. La palabra "socialización" no expresa más que una tendencia, un deseo, una preparación del tránsito al socialismo.

¿Cuál debe ser, pues, la actitud de los marxistas respecto a la nacionalización de la tierra?

Tampoco esta vez sabe Kautsky plantear siquiera el problema teórico, o -lo que es peor- lo elude intencionadamente, aunque por las publicaciones rusas se sabe que conoce las viejas discusiones de los marxistas rusos sobre la nacionalización de la tierra, sobre su municipalización (entrega de las grandes fincas a los organismos de administración autónoma local) y sobre su reparto.

Kautsky se mofa abiertamente del marxismo cuando dice que el paso de las grandes propiedades a manos del Estado y su arrendamiento en pequeños lotes a los campesinos que tengan poca tierra realizaría "algo de socialismo". Y a hemos dicho que no hay en ello nada de socialismo. Más aún: no hay ni siquiera revolución *democrática burguesa* llevada a término. Kautsky ha tenido la gran desgracia de fiarse de los mencheviques. De ello resulta un hecho curioso: Kautsky, que defiende el carácter burgués de nuestra revolución, que reprocha a los bolcheviques su ocurrencia de emprender el camino que lleva al socialismo, ¡presenta *él mismo* una reforma liberal como socialismo, *sin llevar esta reforma* hasta la supresión completa de todos los elementos medievales en las relaciones de propiedad agraria! Resulta que Kautsky, lo mismo que sus consejeros mencheviques, defiende a la burguesía liberal, temerosa de la revolución, en lugar de defender una revolución democrática burguesa consecuente.

En efecto, ¿por qué hacer propiedad del Estado únicamente las grandes fincas y no todas las tierras? La burguesía liberal llega así al máximo en el mantenimiento de lo viejo (es decir, una revolución de mínima consecuencia) y deja en pie las máximas facilidades para volver a ello. La burguesía radical, es decir, la que quiere llevar a término la revolución burguesa, lanza la consigna de *nacionalización de la tierra*.

Kautsky, que en tiempos muy remotos, hace casi veinte años, escribió una magnífica obra marxista sobre el problema agrario, no puede ignorar lo que indicara Marx: La nacionalización de la tierra es precisamente una consigna *consecuente de la burguesía*[66]. Kautsky no puede ignorar la polémica entre Marx y Rodbertus y las notables explicaciones de Marx en *Teorías de la plusvalía*, donde muestra con particular evidencia el valor revolucionario que la nacionalización de la tierra tiene desde el punto de vista democrático burgués.

El menchevique P. Máslov, a quien con tan mala fortuna ha elegido Kautsky para consejero, negaba que los campesinos rusos pudieran aceptar la nacionalización de toda la tierra (incluida la de ellos). Este punto de vista estaba relacionado en cierto grado con su "original" teoría (repetición de lo dicho por los críticos burgueses de Marx), que negaba la renta absoluta y aceptaba la "ley" (o el "hecho", según decía Máslov) "de la fertilidad decreciente del suelo".

En realidad, la revolución de 1905 puso ya de manifiesto que la inmensa mayoría de los campesinos de Rusia, tanto miembros de las comunidades como propietarios de sus parcelas[67], deseaban la nacionalización de toda la tierra. La revolución de 1917 ha venido a confirmarlo y, después de pasar el poder a manos del proletariado, lo ha convertido en realidad. Los bolcheviques han guardado fidelidad al marxismo, no intentando (a pesar de que Kautsky nos acusa de ello sin asomo de pruebas) "saltar" por encima de la revolución

democrática burguesa. Los bolcheviques han empezado por ayudar a los ideólogos democráticos burgueses de los campesinos que eran más radicales, más revolucionarios, que estaban más cerca del proletariado, es decir, a los eseristas de izquierda, a realizar lo que era de hecho la nacionalización de la tierra. La propiedad privada de la tierra fue abolida en Rusia el 26 de octubre de 1917, es decir, desde el primer día de la revolución proletaria, socialista.

De ese modo se ha creado una base, la más perfecta desde el punto de vista del desarrollo del capitalismo (Kautsky no podrá negarlo sin romper con Marx), y, al mismo tiempo, el régimen agrario *más flexible* para el paso al socialismo. Desde el punto de vista democrático burgués, los campesinos revolucionarios de Rusia *no pueden ir más lejos*: *no puede haber* nada "más ideal", desde este punto de vista, que la nacionalización de la tierra y la igualdad de su usufructo, ni nada "más radical" (desde el mismo punto de vista). Justamente los bolcheviques, únicamente los bolcheviques, y sólo en virtud del triunfo de la revolución *proletaria*, son los que han ayudado a los campesinos a llevar de veras a término la revolución democrática burguesa. Y sólo de este modo han hecho lo máximo para facilitar y apresurar el paso a la revolución socialista.

Por ello puede juzgarse de la increíble confusión que ofrece a sus lectores Kautsky cuando acusa a los bolcheviques de no comprender el carácter burgués de la revolución y se aparta él mismo del marxismo hasta el punto *de callar* lo de la nacionalización de la tierra y presentar la reforma agraria liberal, la menos revolucionaria (desde el punto de vista burgués), como ¡"algo de socialismo"!

Con ello nos acercamos al tercero de los problemas planteados antes: ¿Hasta qué punto ha tenido en cuenta la dictadura del proletariado en Rusia la necesidad de pasar al cultivo colectivo de la tierra? Kautsky vuelve a incurrir a este respecto en algo que se parece mucho a una falsificación: ¡se limita a citar las "tesis" de un bolchevique, en las que se trata de la tarea del paso al cultivo colectivo de la tierra! Después de haber citado una de estas tesis, nuestro "teórico" exclama en tono triunfal:

> "Con declarar que una cosa determinada es una tarea, ésta, por desgracia, no se cumple. La agricultura colectiva en Rusia está por ahora condenada a quedarse en el papel. Nunca ni en parte alguna han pasado los pequeños campesinos a la producción colectiva movidos por la persuasión teórica" (pág. 50).

Nunca ni en parte alguna ha caído un autor tan bajo de hacer un escamoteo literario como Kautsky. Cita las "tesis", pero no dice ni una palabra de la *ley* del Poder soviético. ¡Habla de "persuasión teórica" y no dice ni una palabra del poder estatal proletario que tiene en sus manos las fábricas y las mercancías! Todo lo que en 1899 escribía el marxista Kautsky en el *Problema agrario* sobre los medios de que dispone el Estado proletario para hacer pasar paulatinamente a los pequeños campesinos al socialismo, lo olvida el renegado Kautsky en 1918.

Claro que unos centenares de comunas agrícolas y explotaciones soviéticas apoyadas por el Estado (es decir, de grandes haciendas cultivadas por cooperativas obreras, a expensas del Estado), representan muy poco. Pero ¿puede llamarse "crítica" la actitud de Kautsky, que elude este hecho?

La nacionalización de la tierra, obra en Rusia de la dictadura del proletariado, constituyó la mejor garantía de que la revolución democrática burguesa fuese llevada a su término, incluso en el caso de que una victoria de la contrarrevolución hiciera retroceder de la nacionalización al reparto (caso que analizo especialmente en mí libro sobre el programa agrario de los marxistas en la revolución de 1905). Además, la nacionalización de la tierra ha ofrecido al Estado proletario las máximas posibilidades para pasar al socialismo en la agricultura.

En resumen: Kautsky nos ofrece, en teoría, una confusión increíble, abjurando por completo del marxismo; en la práctica vemos su servilismo ante la burguesía y el reformismo burgués. ¡Buena crítica, en verdad!

* * *

Kautsky inicia su "análisis económico" de la industria con el magnífico razonamiento que sigue:

Rusia tiene una gran industria capitalista. ¿Sería factible montar con ella la producción socialista? "Podría pensarse, así si el socialismo consistiera en que los obreros de las distintas minas y fábricas las toman en propiedad" (literalmente: se las apropian) "llevando a cabo la producción en cada una de ellas por separado" (pág. 52). "Precisamente hoy, el 5 de agosto, fecha en que escribo estas líneas -añade Kautsky-, llegan de Moscú noticias sobre un discurso pronunciado por Lenin el 2 de agosto y en el cual, según comunican, ha dicho: "Los obreros tienen firmemente las fábricas en sus manos; los campesinos no devolverán la tierra a los terratenientes". El lema de "la fábrica para los obrero, la tierra para los campesinos", no ha sido hasta ahora un lema socialdemócrata, sino anarcosindicalista" (págs. 52-53).

Hemos citado por entero este razonamiento para que los obreros rusos, que estimaban antes a Kautsky, y con razón, vean por sí mismos cómo procede este tránsfuga que se ha pasado a la burguesía.

¡Quién se lo iba a imaginar! El 5 de agosto, cuando existía ya un sinnúmero de decretos sobre la nacionalización de las fábricas en Rusia, no "apropiándose", además, los obreros, de ninguna de ellas, puesto que todas pasaron a ser propiedad de la República, el 5 de agosto Kautsky, interpretando con manifiesta superchería una frase de un discurso mío,

trata de imbuir a los lectores alemanes la idea de que ¡en Rusia se entregan las fábricas a los obreros de cada empresa! ¡Y después, en decenas y decenas de renglones, repite machacón eso de que las fábricas no deben entregarse por separado a los obreros!

Esto no es crítica, sino un procedimiento de lacayo de la burguesía, al que los capitalistas pagan para que calumnie a la revolución obrera.

Las fábricas tienen que pasar a manos del Estado, de las comunidades o de las cooperativas de consumo, repite una y otra vez Kautsky, y por fin añade:

"Este es el camino que se ha intentado emprender ahora en Rusia..." ¡¡Ahora!! ¿Qué quiere decir esto? ¿En agosto? Pero ¿no pudo encargar Kautsky a sus Shtein, Axelrod o demás amigos de la burguesía rusa que le tradujeran siquiera algún decreto sobre las fábricas?

> "...No se ve aún hasta dónde se ha llegado en este sentido. En todo caso, este aspecto de la República Soviética presenta para nosotros el máximo interés, pero sigue enteramente en las tinieblas. No faltan decretos..." (¡Por eso no quiere ver Kautsky su *contenido* o lo oculta a sus lectores!) "pero faltan noticias fidedignas sobre el efecto de tales decretos. La producción socialista es imposible sin una estadística completa, detallada, segura y rápida. Hasta ahora, la República Soviética no ha podido crearla. Lo que sabemos de sus medidas económicas es en extremo contradictorio, y resulta imposible comprobarlo. Esto es también uno de los resultados de la dictadura y del aplastamiento de la democracia. No hay libertad de imprenta ni de palabra..." (pág. 53).

¡Así se escribe la historia! En la "libre" prensa de los capitalistas y los partidarios de Dútov hubiera encontrado Kautsky datos sobre las fábricas que han pasado a manos de los obreros... ¡Es en verdad magnífico este "serio erudito" que se coloca por encima de las clases! Kautsky no quiere ni rozar siquiera ninguno de los innumerables hechos demostrativos de que las fábricas se entregan *únicamente* a la República, de que de ellas dispone un órgano del Poder soviético, el Consejo Superior de Economía Nacional, compuesto principalmente por delegados de los sindicatos obreros. Con el necio empecinamiento del hombre enfundado[68] repite a porfía: que me den una democracia pacífica, sin guerra civil, sin dictadura, con buenas estadísticas (la República Soviética ha creado un departamento de estadística, llevando a él a los elementos más competentes de Rusia, pero claro que una estadística ideal no puede conseguirse en seguida). En pocas palabras: lo que pretende Kautsky es revolución sin revolución, sin lucha enconada, sin violencias. Es como pedir huelgas sin apasionada lucha entre obreros y patronos. ¡A ver quién distingue entre semejante "socialista" y un adocenado burócrata liberal!

Y basándose en semejantes "datos", es decir, rehuyendo intencionadamente, con pleno desprecio, los numerosísimos hechos, Kautsky "concluye":

> "Es dudoso que, en lo que se refiere a verdaderas conquistas prácticas, y no a decretos, haya conseguido el proletariado ruso con la República Soviética más de lo que hubiese obtenido de la Asamblea Constituyente, en la cual, lo mismo que en los Soviets, predominaban los socialistas, aunque de un matiz distinto" (pág. 58).

¿Verdad que es una joya? Aconsejamos a los partidarios de Kautsky que difundan ampliamente entre los obreros rusos estas palabras, porque Kautsky no podía haber dado mejor prueba acreditativa de su caída política. ¡Kerenski era también "socialista", camaradas obreros, sólo que "de un matiz distinto"! ¡El historiador Kautsky se contenta con un nombre, con un calificativo del que se "apropiaron" los eseristas de derecha y los mencheviques! Pero el historiador Kautsky no quiere ni oír hablar de los hechos demostrativos de que, bajo Kerenski, mencheviques y eseristas de derecha apoyaban la política imperialista y el pillaje de la burguesía, y silencia discreto que la Asamblea Constituyente daba la mayoría a esos campeones de la guerra imperialista y de la dictadura burguesa. ¡Y esto se llama "análisis económico"!...

Para terminar, otra muestra de "análisis económico":

> "...A los nueve meses de existencia, en lugar de haber extendido el bienestar general, la República Soviética se ve obligada a explicar a qué se debe la miseria general" (pág. 41).

Los democonstitucionalistas nos tienen acostumbrados a semejantes razonamientos. Todos los lacayos de la burguesía razonan en Rusia así: Dadnos a los nueve meses el bienestar general; después de cuatro años de guerra destructora, con una ayuda múltiple del capital extranjero a la burguesía de Rusia, para que ésta siga el sabotaje y las insurrecciones. *En la práctica* no queda lo que se dice ninguna diferencia, ni asomo de diferencia entre Kautsky y el burgués contrarrevolucionario. Melifluos discursos disfrazados de "socialismo" que repiten lo que brutalmente, sin ambages ni adornos, dicen en Rusia los secuaces de Kornílov, de Dútov y Krasnov.

* * *

Las líneas que preceden fueron escritas el 9 de noviembre de 1918. Esta madrugada han llegado de Alemania noticias que anuncian el comienzo victorioso de la revolución, primero en Kiel y otras ciudades del Norte y del litoral, donde el poder ha pasado a los Soviets de diputados obreros y soldados, y luego en Berlín, donde también ha pasado el poder

a manos de un Soviet.

Huelga la conclusión que me quedaba por escribir para el folleto sobre Kautsky y la revolución proletaria.

N. Lenin

10 de noviembre de 1918.

Anexo I

Tesis sobre la asamblea constituyente.

Anexo II

Un nuevo libro de Vandervelde sobre el estado.

Sólo después de haber leído el libro de Kautsky ha llegado a mis manos el de Vandervelde: *El socialismo contra el Estado* (París, 1918), Aun sin quererlo, se impone la comparación de ambos libros. Kautsky es el guía ideológico de la II Internacional (11:89-1914). Vandervelde, su representante oficial, como presidente que es del Buró Socialista Internacional. Los dos simbolizan la plena bancarrota de la II Internacional, los dos encubren "hábilmente" con palabrejas marxistas, con toda la destreza de duchos periodistas, esa bancarrota, su propio fracaso y su paso al lado de la burguesía. Uno nos muestra con particular evidencia lo típico del oportunismo alemán que, pesado y teorizante, falsifica burdamente el marxismo, amputándole todo lo que la burguesía no puede aceptar. El segundo es una figura típica de la variedad latina -hasta cierto punto podría decirse euroccidental (es decir, de la Europa situada al oeste de Alemania)- del oportunismo dominante, variedad más flexible, menos pesada, que falsifica el marxismo de un modo más sutil, sirviéndose del mismo procedimiento esencial.

Los dos tergiversan de raíz tanto la doctrina de Marx sobre el Estado como la de la dictadura del proletariado, dedicándose Vandervelde más bien al primer problema, y Kautsky al segundo. Los dos velan el nexo estrechísimo e indisoluble que liga ambos problemas. Los dos son revolucionarios y marxistas de palabra, y renegados que hacen todo lo posible por desentenderse de la revolución en la práctica. Ni uno ni otro tienen ni sombra de lo que impregna todas las obras de Marx y Engels, de lo que distingue al socialismo verdadero de su caricatura burguesa: el aclarar las tareas de la revolución, *diferenciándolas* de las tareas de la reforma, diferenciando la táctica revolucionaria de la táctica reformista, diferenciando el papel del proletariado *en la destrucción* del sistema, orden de cosas o régimen de la esclavitud asalariada, del papel del proletariado de las "grandes" potencias que comparte con la burguesía una pequeña porción de sus superganancias y superbotín imperialistas.

Veamos unos cuantos argumentos de los más esenciales de Vandervelde para respaldar el aserto.

Vandervelde cita a Marx y Engels con extraordinario celo, como Kautsky. Y como Kautsky, cita de Marx y Engels todo lo que se quiera *menos* lo que la burguesía en modo alguno puede aceptar, lo que distingue al revolucionario del reformista. Todo lo que se quiera de la conquista del poder político por el proletariado, porque eso lo ha circunscrito ya la práctica a un marco exclusivamente parlamentario. Pero *ni una palabra* de que Marx y Engels, después de la experiencia de la Comuna, creyeron necesario completar el *Manifiesto Comunista*, parcialmente anticuado, explicando una verdad: ¡la clase obrera no puede adueñarse simplemente de la máquina estatal existente, tiene que *destruirla*! Vandervelde, lo mismo que Kautsky, como si se hubieran puesto de acuerdo, guarda completo silencio acerca de lo más esencial de la *experiencia* de la revolución proletaria, lo que distingue a la revolución del proletariado de las reformas de la burguesía.

Lo mismo que Kautsky, Vandervelde habla de la dictadura del proletariado para desentenderse de ella. Kautsky lo hace, valiéndose de burdas falsificaciones. Vandervelde hace lo mismo con más sutilidad. En el apartado respectivo, el 4, *La conquista del poder político por el proletariado*, dedica el punto "b" al problema de la "dictadura colectiva del proletariado", "cita" a Marx y Engels (repito que omitiendo lo más importante, lo que se refiere a la *destrucción* de la vieja máquina estatal democrática burguesa) y concluye:

> "...Tal es, en efecto, la idea que suele tenerse de la revolución social en los medios socialistas: una nueva Comuna, esta vez triunfante no en un punto, sino en los principales centros del mundo capitalista.
>
> Hipótesis, pero hipótesis que no tiene nada de improbable en estos tiempos en que se ve ya que la posguerra conocerá en muchos países antagonismos de las clases y convulsiones sociales jamás vistos.
>
> Sólo que, si el fracaso de la Comuna de París, por no hablar de las dificultades de la revolución rusa, demuestra algo, es que no se puede acabar con el régimen capitalista mientras el proletariado no se prepara lo suficiente para ejercer el poder que las circunstancias hayan podido poner en sus manos" (pág. 73).

¡Y ni una palabra más sobre el fondo del asunto!

¡Así son los jefes y representantes de la II Internacional! En 1912 suscriben el Manifiesto de Basilea, en el que hablan francamente de la relación que guardan la guerra que estalló en 1914 y la revolución proletaria y *amenazan* abiertamente con ésta. Pero cuando la guerra llegó, y se dio una situación revolucionaria, esos Kautsky y Vandervelde empezaron a desentenderse de la revolución. Fíjense bien: ¡la revolución del tipo de la Comuna no es más que una hipótesis que no tiene nada de improbable! Esto guarda una analogía completa con el razonamiento de Kautsky sobre el

posible papel de los Soviets en Europa.

Pero así razona cualquier *liberal* culto, que, indudablemente, admitirá ahora que una nueva Comuna "no tiene nada de improbable", que los Soviets tienen reservado un gran papel, etc. El revolucionario proletario se distingue del liberal en que, como teórico, analiza el nuevo valor *estatal* de la Comuna y de los Soviets. Vandervelde calla todo lo que sobre este tema exponen detenidamente Marx y Engels al analizar la experiencia de la Comuna.

Como práctico, como político, un marxista debería aclarar que sólo traidores al socialismo podrían actualmente eludir el explicar que es imprescindible la revolución proletaria (del tipo de la Comuna, del tipo de los Soviets o, supongamos, de un tercer tipo), que es imprescindible prepararse para ella, hacer entre las masas propaganda para la revolución, rebatir los prejuicios pequeñoburgueses contra ella, etc.

Nada parecido hacen ni Kautsky ni Vandervelde, puesto que son traidores al socialismo que quieren conservar entre los obreros su reputación de socialistas y marxistas.

Veamos cómo se plantea teóricamente el problema.

Incluso en la república democrática, el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra. Kautsky sabe esta verdad, la admite, la comparte, pero... elude el problema más esencial: a qué clase, por qué y con qué medios tiene que someter el proletariado cuando conquiste el Estado proletario.

Vandervelde sabe, admite, comparte y cita esta tesis fundamental del marxismo (pág. 72 de su libro), pero... ¡¡pero no dice ni una palabra de un tema tan "desagradable" (para los señores capitalistas) como es *el aplastamiento de la resistencia de los explotadores*!!

Vandervelde, lo mismo que Kautsky, elude totalmente este tema "desagradable". Por ello son renegados.

Lo mismo que Kautsky, Vandervelde es gran maestro en el arte de sustituir la dialéctica con el eclecticismo. Por una parte, no se puede menos de confesar, por otra, hay que reconocer. De una parte, puede entenderse por Estado el "conjunto de una nación" (véase el diccionario de Littré, obra sabia, ni que decir tiene, pág. 87 en Vandervelde); de otra parte, puede entenderse por Estado el "gobierno" (ibídem). Vandervelde copia este docto tópico, aprobándolo, *junto* a citas de Marx.

El sentido marxista de la palabra "Estado" se diferencia del corriente -escribe Vandervelde-; por ello son posibles los "malentendidos". "El Estado, en Marx y Engels, no es Estado en sentido amplio, no es el Estado como órgano de gobierno, representante de los intereses generales de la sociedad (*intérets généraux de la société*). Es el Estado poder, el Estado órgano de autoridad, el Estado instrumento de la dominación de una clase sobre otra" (págs. 75-76 en Vandervelde).

De la destrucción del Estado hablan Marx y Engels tan sólo en el segundo sentido. "...Afirmaciones demasiado absolutas correrían el riesgo de ser inexactas. Entre el Estado capitalista, fundado en la dominación exclusiva de una clase, y el Estado proletario, que persigue la supresión de las clases, hay muchos grados intermedios" (pág. 156).

Ahí tenéis la "manera" de Vandervelde, que apenas si se distingue de la de Kautsky y que en realidad es idéntica a ella. La dialéctica niega las verdades absolutas, explicando cómo de un contrario se pasa a otro y el significado de las crisis en la historia. El ecléctico no quiere afirmaciones "demasiado absolutas" para pasar de contrabando su deseo pequeñoburgués y filisteo de sustituir la revolución por los "*grados intermedios*".

Los Kautsky y los Vandervelde silencian que el grado intermedio entre el Estado órgano de dominación de la clase capitalista y el Estado órgano de dominación del proletariado es precisamente la *revolución*, la cual consiste en *derribar* a la burguesía y *romper*, destruir *su* máquina estatal.

Los Kautsky y los Vandervelde ocultan que a la dictadura de la burguesía tiene que suceder la dictadura de *una* clase, del proletariado, que a los "grados intermedios" de la revolución sucederán "los grados intermedios" de la extinción paulatina del Estado proletario.

Por ello son renegados políticos.

En esto estriba, en los aspectos teórico y filosófico, la sustitución de la dialéctica por el eclecticismo y la sofistería. La dialéctica es concreta y revolucionaria, distingue el "tránsito" de la dictadura de una clase a la de otra clase del "tránsito" del Estado proletario democrático al no Estado ("extinción del Estado"). ¡El eclecticismo y la sofistería de los Kautsky y los Vandervelde borran, para complacer a la burguesía, todo lo concreto y exacto de la lucha de las clases, sustituyéndolo por el concepto general de "tránsito", en el que puede esconderse (y en el que *las nueve décimas partes de los socialdemócratas* oficiales de nuestra época *esconden*) la apostasía de la revolución!

Vandervelde, como ecléctico y sofista, tiene más arte y más sutileza que Kautsky, porque con la *frase* "transición del Estado en sentido estricto al Estado en sentido amplio" pueden eludirse absolutamente todos los problemas de la revolución, toda diferencia entre revolución y reforma, incluso la diferencia entre un marxista y un liberal. En efecto, ¿a qué burgués culto de Europa se le ocurrirá negar "en general" los "grados intermedios" en este sentido "general"?

"Coincidimos con Guesde -escribe Vandervelde- en que es imposible socializar los medios de producción y cambio sin que se hayan

cumplido previamente las dos condiciones siguientes:

"1. La transformación del Estado actual, órgano de dominación de una clase sobre otra, en lo que Menger llama Estado popular del trabajo, mediante la conquista del poder político por el proletariado.

"2. La separación del Estado, órgano de autoridad, del Estado, órgano de gobierno, o, empleando la expresión de Saint-Simon, la separación del gobierno de los hombres de la administración de las cosas (pag. 89).

Eso lo escribe Vandervelde con cursiva, subrayando especialmente la importancia de tales planteamientos. ¡Pero eso no es sino el más puro embrollo ecléctico, una ruptura completa con el marxismo! Porque, el "Estado popular del trabajo" no es más que una paráfrasis del viejo "Estado popular libre" de que hacían gala los socialdemócratas alemanes en los años 70 y que Engels condenaba como un absurdo[69]. La expresión "Estado popular del trabajo" es una frase digna de un demócrata pequeñoburgués (por el estilo de nuestros eseristas de izquierda), una frase que sustituye los conceptos de clase con conceptos al margen de *las clases*. Vandervelde equipara la conquista del poder político *por el proletariado* (por una *clase*) y el Estado "popular", sin ver la confusión que de ello resulta. A Kautsky, con su "democracia pura", le resulta la misma confusión, el mismo desconocimiento antirrevolucionario y pequeñoburgués de las tareas de la revolución de clase, de la dictadura de clase, proletaria, del Estado de clase (proletario).

Prosigamos. El gobierno de los hombres desaparecerá y dará paso a la administración de las cosas tan sólo cuando se haya extinguido *todo* Estado. Con este porvenir relativamente lejano, Vandervelde vela, deja a oscuras, la tarea *inmediata*: *el derrocamiento* de la burguesía.

Este proceder es también servilismo ante la burguesía liberal. El liberal no tiene inconveniente en hablar de lo que sucederá cuando no haya que gobernar a los hombres. ¿Por qué no dedicarse a tan inofensivos sueños? Pero no digamos nada de que el proletariado tiene que aplastar la resistencia de la burguesía, que se opone a su expropiación. Así lo exige el interés de clase de la burguesía.

El socialismo contra el Estado. Esto es una reverencia de Vandervelde al proletariado. No es difícil inclinarse para saludar, todo político "demócrata" sabe inclinarse ante sus electores. Pero tras la "reverencia" viene el contenido antirrevolucionario y antiproletario.

Vandervelde refiere con pormenores a Ostrogorski[70], acerca del sinfín de engaños, violencias, sobornos, mentiras hipocresías y opresión de los pobres que enmascara el rostro civilizado, pulcro y peripuesto de la democracia burguesa contemporánea. Pero de ello no saca consecuencia alguna, no advierte que la democracia burguesa aplasta a las masas trabajadoras y explotadas, *mientras que la democracia proletaria* tendrá que *aplastar a la burguesía*. Kautsky y Vandervelde están ciegos ante ello. El interés de clase de la burguesía, a la que siguen estos pequeñoburgueses traidores al marxismo, *exige* que se eluda este problema, que se calle o se niegue francamente la necesidad de tal sometimiento.

Eclecticismo pequeñoburgués contra marxismo, sofistería contra dialéctica, reformismo filisteo contra revolución proletaria. Así debería titularse el libro de Vandervelde.

Escrito entre octubre y la primera década de noviembre de 1918; el Anexo II fue escrito después del 10 de noviembre de 1918. Publicado en volumen aparte por la Editorial "Kommunist", de Moscú, en 1918.

T. 37, págs. 235-338.

DISCURSO EN EL III CONGRESO DE LAS COOPERATIVAS OBRERAS.

El 9 de diciembre de 1919.

(*Clamorosos aplausos*.) Camaradas: Las cooperativas obreras tienen planteadas hoy tareas de carácter económico y político de extraordinaria importancia. Unas y otras están hoy indisolublemente ligadas entre sí en el sentido de la lucha económica y política. En cuanto a las tareas inmediatas de las cooperativas, quiero destacar el significado de la "conciliación con las cooperativas". La conciliación tan debatida últimamente en la prensa es muy distinta de la conciliación con la burguesía, que no es más que una traición. La conciliación que estamos tratando ahora es de un tipo muy singular. Hay una inmensa diferencia entre la conciliación del Gobierno soviético con Alemania, que tuvo sus resultados, y la conciliación -nociva y funesta en grado superlativo para el país- de la clase obrera con la burguesía. Hablo de la completa traición tanto a la lucha de clase del proletariado como a los principios básicos del socialismo que implica la segunda conciliación. Para los socialistas, que se plantean de manera concreta la tarea de luchar contra la burguesía y el capital, la diferencia es patente de por sí.

Todos nosotros sabemos de sobra que en nuestra lucha de clase puede haber una sola alternativa: reconocer o el poder del capital o el de la clase obrera. Sabemos que todas las tentativas de los partidos pequeñoburgueses de hacer y aplicar su propia política en el país están condenadas de antemano a un completo fracaso. Hemos visto claramente y sufrido varias tentativas de tales o cuales partidos y grupos pequeñoburgueses de aplicar su política y nos hemos convencido de que todas esas tentativas de las fuerzas intermedias han de malograrse sin falta. Debido a unas condiciones muy concretas, sólo dos fuerzas centrales, que radican en polos diametralmente opuestos, pueden implantar su dominación en Rusia y virar su destino en una u otra dirección. Diré más aún: está dando forma y gobernando a todo el mundo la una o la otra de estas dos fuerzas centrales. Respecto a Rusia, puedo afirmar sin titubeos que, por unas u otras condiciones económicas específicas de la vida, sólo una de estas dos fuerzas puede encabezar el movimiento. Las restantes fuerzas, las intermedias, son muchas, pero jamás podrán tener importancia decisiva en la vida del país.

Hoy día, al Poder soviético se le plantea el problema de conciliar a las cooperativas con él mismo. En abril dejamos los objetivos que nos habíamos propuesto e hicimos una concesión. Es natural que, en un país donde se suprimen todas las clases, no puede haber cooperativas de clases, pero, repito, las condiciones del momento exigían cierta dilación y la otorgamos por unos meses. Ahora bien, todos sabemos que el poder existente en el país jamás abandonará la posición que ahora ocupa. Tuvimos que hacer esa concesión porque entonces estábamos solos en el mundo y por las dificultades que teníamos en nuestro trabajo. En virtud de las tareas económicas que el proletariado había asumido, tuvimos que transigir con ciertas costumbres de los sectores pequeñoburgueses y conservarlas. Aquí se trata principalmente de que debemos lograr, por el medio que sea, encauzar y coordinar la actividad de toda la masa de trabajadores y explotados. Debemos recordar siempre qué nos exige el proletariado. El poder del pueblo debe tomar en consideración que los distintos sectores de la pequeña burguesía se unirán más cada día a la clase obrera gobernante cuando la vida les demuestre por último que no hay otra opción, que se han defraudado definitivamente todas las esperanzas de encontrar un tercer camino para resolver el problema de quién va a asumir la dirección del Estado. Todas las bellas consignas de acato de la voluntad del pueblo, Asamblea Constituyente, etc., que eran el embozo de todas las medidas a medias, fueron barridas tan pronto como se dejó oír la verdadera voluntad del pueblo. Vosotros mismos veis lo que ha pasado, que todas esas consignas, consignas de las medidas a medias, saltaron hechas añicos. Ahora vemos que eso pasa no sólo en Rusia, sino a escala de toda la revolución mundial.

Quiero enseñaros qué diferencia hay entre la conciliación que despertó un odio tan espantoso en toda la clase obrera y la conciliación que hoy reclamamos, el pacto con todos los pequeños campesinos, con toda la pequeña burguesía. Cuando concertamos la paz de Brest[71], cuando aceptamos las duras condiciones del tratado, se nos decía que no había ni podía haber esperanzas en la revolución

mundial. Estábamos completamente solos en el mundo. Sabemos que, a causa de ese tratado, muchos partidos nos volvieron la espalda y se pusieron de parte de la burguesía. Por aquellos días tuvimos que soportar pruebas terribles de todo tipo. Unos meses después la vida demostró que no había ni podía haber otra opción, que no había términos medios.

Cuando estalló en Alemania la revolución, quedó claro para todos que la revolución avanzaba por el mundo entero, ¡que Inglaterra, Francia y Norteamérica marchaban también por el mismo camino, por nuestro camino! Cuando nuestros sectores democráticos pequeñoburgueses siguieron en pos de sus protectores, no comprendían adónde los llevaban, no comprendían que los llevaban por el camino capitalista. En el ejemplo de la revolución alemana vemos hoy que esos representantes y protectores de la democracia, esos Wilson y Cía. imponen a una nación vencida tratados peores que el impuesto a nosotros en Brest. Hoy vemos claro que, en virtud de lo que está ocurriendo en Occidente y del cambio de la situación, la demagogia internacional está en bancarrota. Ahora se ve a las claras la fisonomía de cada nación. Ahora las caretas han sido arrancadas, y los rudos golpes del pesado ariete de la historia universal no han dejado en pie ni una ilusión.

Es natural que, ante esos elementos vacilantes que siempre se presentan en los períodos de transición, el Poder soviético tenga que poner todo su peso y toda su influencia en el cumplimiento de las tareas planteadas hoy, tareas que nos sirven de apoyo para aplicar la política que emprendimos ya en abril. Entonces aplazamos por algún tiempo la conquista de los objetivos propuestos e hicimos sin tapujos y a sabiendas varias concesiones.

Aquí se ha preguntado en qué preciso tramo del camino nos encontramos. Europa entera ve hoy claro que con nuestra revolución no se hace ya ningún experimento, y las naciones civilizadas que la forman han cambiado de actitud con nosotros. Han comprendido que, en este sentido, estamos realizando una obra nueva y colosal, que en esta empresa tropezamos con dificultades inmensas porque hemos estado casi todo el tiempo completamente solos y totalmente olvidados por todo el proletariado internacional. En este sentido hemos incurrido en numerosos errores de bulto que no ocultamos en absoluto. Está claro que habíamos de esforzarnos por unir a toda la población y no sembrar ninguna discordia, y si no lo hemos hecho hasta ahora, algún día tendremos que empezar. Ya hemos fundido numerosas entidades. Ahora debemos llevar a cabo la fusión de las cooperativas obreras y los organismos de los Soviets. Desde abril del año en curso venimos realizando una labor de organización para empezar a obrar, basándonos en la experiencia, y poner en juego el acervo de fuerzas sociales y políticas que hemos atesorado. Hemos empezado a organizar el abastecimiento de víveres y la distribución de artículos entre toda la población, y lo hemos hecho comprobando cada paso, pues en un país como el nuestro, atrasado en el aspecto económico, es dificilísimo llevar a cabo esa organización. Empezamos a concertar convenios con las cooperativas desde abril, y el decreto promulgado sobre la fusión total y la organización del abastecimiento de víveres y la distribución de artículos persigue ese mismo fin. Sabemos que los roces aludidos por el orador que me ha precedido, refiriéndose a Petrogrado, existen casi en todas partes. También sabemos que esos roces son inevitables por completo, pues llega la hora del encuentro y fusión de dos organismos totalmente distintos. Pero sabemos, sin embargo, que no hay quien lo eluda y que hemos de pasar por ello. De igual manera debéis comprender vosotros que la prolongada resistencia de las cooperativas obreras ha dado lugar a que el Poder soviético acabe por desconfiar de ellas, y la desconfianza es muy legítima.

Decís que queréis independencia. Es muy natural que se desconfíe de quienquiera que presente esta reivindicación. Si os quejáis de los roces y queréis libraras de ellos, lo primero que debéis hacer es despediros de la idea de independencia, pues quien la reclama cuando todos nos esforzamos por lograr una fusión mayor, es ya un adversario del Poder soviético. Esos roces empezarán a desaparecer tan pronto como las cooperativas obreras se fundan con toda claridad, honradez y franqueza con el Poder soviético. De sobra sé que, cuando dos grupos se funden, al principio hay algunas asperezas en su funcionamiento. Pero luego, cuando el grupo fusionado se gana la confianza del fusionante, los roces van desapareciendo poco a poco. Ahora bien, si estos dos grupos siguen divididos, son posibles los roces constantes entre ellos. Lo único que no entiendo es qué tiene que ver ahí la independencia, pues todos estamos de acuerdo en que, tanto en el terreno del abastecimiento como en el de la distribución, toda la sociedad debe ser una gran cooperativa única. Todos convenimos en que las cooperativas son una conquista del socialismo. Por eso cuesta tanto lograr las conquistas socialistas. Por eso es tan difícil triunfar. El capitalismo dividió intencionadamente a la población. Esa división tiene que desaparecer definitiva e irrevocablemente, y toda la sociedad ha de convertirse en una sola cooperativa de trabajadores. No puede ni debe hablarse de independencia alguna de grupos aislados.

La creación de esa cooperativa de toda la sociedad a la que acabo de referirme es tarea de la victoria del socialismo. Por ello decimos que, cualesquiera que sean las discrepancias que tengamos en cuestiones secundarias, jamás nos conciliaremos con el

capitalismo ni daremos un paso que nos aleje de los principios de nuestra lucha. El pacto que concertaremos con algunos sectores de las clases sociales no lo es con la burguesía ni con el capital, sino con algunos contingentes de obreros y demócratas. No debemos temer este pacto, porque todas las discordias existentes entre dichos sectores desaparecerán por completo y sin dejar rastro en el fuego de la revolución. Lo único que se necesita ahora es que haya unánime deseo de ingresar con el corazón en la mano en esa cooperativa de toda la sociedad. Debe fundirse todo lo que hasta ahora han hecho el Poder soviético y las cooperativas. Ese es el fondo del último decreto promulgado por el Poder soviético. En ese sentido han obrado en muchos sitios los representantes del Poder soviético sin esperar la promulgación de nuestros decretos. La obra colosal que han hecho las cooperativas debe fundirse sin falta con la inmensa obra realizada por el Poder soviético. Todos los sectores de la población que luchan por su libertad deben fundirse en una organización fuerte y única. Sabemos que hemos incurrido en muchos errores, sobre todo durante los primeros meses que siguieron a la Revolución de Octubre. Pero de aquí en adelante procuraremos que haya completas unidad y armonía entre la población. Para ello hace falta que todo esté supeditado al Poder soviético y se desvanezcan lo antes posible todas las ilusiones de "independencia", ya sea para algunos sectores como para las cooperativas obreras. Esta esperanza de "independencia" puede existir sólo donde aún se abrigan esperanzas de algún retorno al pasado.

Antes, los pueblos de Occidente nos tenían a nosotros y tenían todo nuestro movimiento revolucionario por algo raro. Decían: dejemos que el pueblo se entretenga, ya veremos qué resulta de todo eso... ¡Qué raro es el pueblo ruso!... Y hete ahí a ese "raro pueblo ruso" enseñando al mundo entero lo que significa "entretenerse". (*Aplausos*.)

Hoy día, cuando ha comenzado la revolución en Alemania, un cónsul extranjero ha dicho a Zinóviev: "Aún no se sabe quién ha sacado más provecho de la paz de Brest, ustedes o nosotros".

Ha dicho eso porque todos dicen lo mismo. Todos han visto que eso no es más que el comienzo de la gran revolución mundial. Y el comienzo de esa gran revolución lo hemos puesto nosotros, el atrasado y "raro" pueblo ruso... Hay que decir que la historia lleva caminos raros: concede a un país atrasado el honor de marchar a la cabeza de un gran movimiento mundial. Este movimiento lo ve y lo comprende la burguesía del mundo entero. El incendio se ha propagado a Alemania, Bélgica, Suiza y Holanda.

Ese movimiento se extiende con más fuerza cada día, y cada día se desarrolla y robustece el Gobierno revolucionario de los Soviets. Por eso, la burguesía enfoca ahora de un modo distinto por completo los problemas. Por eso no se puede ni hablar de independencia de los diversos partidos cuando el hacha está alzada sobre el capitalismo mundial. El mayor ejemplo nos lo ofrece Norteamérica. Norteamérica es uno de los países más democráticos, una inmensa república democrática y social. ¿Dónde, pues, si no es en ese país que goza de todos los derechos electorales, de todos los derechos de un Estado libre, deben dirimirse adecuadamente todas las cuestiones de Derecho? Sin embargo, sabemos lo que en esa república democrática se ha hecho a un sacerdote: lo untaron con pez y le pegaron una paliza tan tremenda que empaparon el polvo con su sangre. Eso ha ocurrido en un país libre, en una república democrática. Y eso han podido tolerarlo los Wilson y Cía., esos tigres "humanos", esos tigres "filántropos". ¿Y qué hacen ahora esos Wilson a Alemania, un país vencido? ¡Mirad qué escenas de las relaciones imperantes en el mundo se descubren a nuestra vista! Las escenas que nos brindan el contenido de lo que los Wilson proponen a sus amigos son un millón, un billón de veces más convincentes. Los Wilson arreglarían nuestros asuntos en un dos por tres. Esos señores, esos multimillonarios libres, esa gente, "la más humana" del mundo, sabría quitar en un periquete a sus amigos la costumbre, no ya de hablar de "independencia", sino incluso de pensar en ella. Os pondrían de modo tajante y concreto ante el dilema: o estáis por el régimen capitalista o estáis por los Soviets. Os habrían dicho: debéis obrar así porque os lo sugerimos nosotros, vuestros amigos ingleses y norteamericanos, los Wilson, y vuestros amigos franceses, los Clemenceau.

Por eso no podéis tener absolutamente ninguna esperanza de que sea posible mantener la menor independencia. No la habrá, y pensar en ella sería pensar en lo excusado. Cuando, por una parte, se plantea de manera concreta el problema de conservar la propiedad de uno, y, por otra, el proletariado encuentra su camino, no puede haber término medio. La vida debe entrelazar fuertemente sus ramas o con el capital o, más aún, con la República Soviética. Está clarísimo para todos que el socialismo ha entrado en la fase de su realización. Está claro para todos que no se pueden defender o sustentar por completo los planteamientos pequeñoburgueses si se concede el derecho de sufragio a toda la población. Es posible que los Wilson alimenten esas esperanzas; mejor dicho, no que alimenten esperanzas, sino que se esfuercen por embellecer sus propios fines, propagando esas ilusiones; pero debo decir que ahora no hay tantos que se crean esos cuentos; y si los hay, son rarezas históricas, curiosidades de museo. (*Aplausos*.)

Debo decir que las discrepancias que desde un comienzo tenéis respecto al mantenimiento de la "independencia" de las cooperativas no son sino pujos que acabarán sin esperanza alguna de solución

positiva. Esa lucha no es seria y está en pugna con los principios de la democracia. Por más que eso no debe extrañar, pues los Wilson también son "demócratas". Afirman que no les queda por hacer más que una unificación, ya que poseen tantos dólares que pueden comprar a toda Rusia, a toda la India, a todo el mundo. Wilson encabeza esa compañía; tienen los bolsillos repletos de dólares, y eso es lo que les permite hablar de la compra de Rusia, de la India y de todo lo demás. Pero se olvidan de que, a escala internacional, los planteamientos fundamentales se deciden de manera distinta por completo, se olvidan de que sus planteamientos no pueden causar impresión más que en cierto medio, en cierto sector. Se olvidan de que las resoluciones que aprueba todos los días la clase más poderosa del mundo, y que sin duda aprobará por unanimidad nuestro congreso, saludan la dictadura del proletariado, y sólo del proletariado, en el mundo entero. Al aprobar esta resolución, nuestro congreso ha emprendido un camino desde el que no queda ni puede quedar ningún puente a esa "independencia" que hoy debatimos aquí. Sabéis que Carlos Liebknecht no sólo está de manera bien definida en contra del campesinado pequeñoburgués, sino también en contra de las cooperativas. Sabéis que Scheidemann y Cía. lo tratan por eso de soñador y fanático; sin embargo, vosotros le habéis enviado un saludo, lo mismo que a MacLean. Al expresar esa solidaridad con grandes dirigentes del movimiento internacional, habéis quemado todas vuestras naves. Debéis manteneros firmes en vuestras posiciones, ya que ahora no sólo os defendéis vosotros mismos, no sólo defendéis vuestros derechos, sino también los de Liebknecht y MacLean. He oído muchas veces a los mencheviques rusos condenar los compromisos, lanzar rayos y centellas contra quienes mantenían negociaciones con los lacayos del káiser. De eso han pecado no sólo los mencheviques rusos. Todo el mundo nos ha señalado con el dedo, calificándonos severamente de "conciliadores". Pero ahora, cuando ha comenzado la revolución mundial, ahora, cuando ellos se ven obligados a conversar con los Haase y los Kautsky, tenemos derecho a decir, caracterizando nuestra postura con un buen proverbio ruso: "Apartémonos y veamos lo bien sentados que estamos"...

Conocemos nuestras deficiencias, y señalarlas es fácil. Pero, desde fuera, las cosas parecen distintas de como son en realidad. Sabéis que hubo momentos cuando en los otros partidos no quedaba quien no condenara nuestro comportamiento y nuestra política; y ahora conocemos a partidos enteros que se vienen con nosotros, que quieren trabajar con nosotros[72]. La rueda del movimiento revolucionario mundial ha girado de modo que ahora no nos intimida absolutamente ninguna conciliación. Creo que nuestro congreso también hallará su salida acertada de la situación que se ha creado. Esa salida es únicamente la fusión de las cooperativas y el Poder de los Soviets. Sabéis que Inglaterra, Francia, Norteamérica y España conceptuaban de experimento nuestra actuación; pero ahora la conceptúan de otro modo: miran si todo marcha bien en sus propios Estados. Claro que, desde el punto de vista físico, material, financiero, son mucho más fuertes que nosotros; pero sabemos que, a pesar de su brillo exterior, se están pudriendo por dentro; hoy son más fuertes que nosotros, lo mismo que lo era Alemania cuando concertamos la paz de Brest. ¿Y qué vemos ahora? En aquel momento todos se apartaron de nosotros. Pero ahora, con cada mes de lucha por el afianzamiento de la República de los Soviets, no sólo nos defendemos nosotros mismos, sino que defendemos también la obra emprendida por Liebknecht y MacLean; vemos que Inglaterra, Francia, Norteamérica y España se contagian de la misma enfermedad, se inflaman con el mismo fuego que Alemania, con el fuego de la lucha general, universal de la clase obrera contra el imperialismo. (*Prolongados aplausos*.)

Publicado íntegramente en 1919 en el folleto "Discursos de V. Lenin, V. Miliutin y V. Noguín en el III Congreso de las Cooperativas Obreras".
T. 37, págs. 342-351.

DISCURSO EN EL I CONGRESO NACIONAL DE LAS SECCIONES AGRARIAS, DE LOS COMITÉS DE CAMPESINOS POBRES Y DE LAS COMUNAS.

El 11 de diciembre de 1918.

(*Clamorosos aplausos que se transforman en ovación. Todos se ponen en pie*). Camaradas: La propia composición de este congreso muestra, a mi parecer, las importantes transformaciones que hemos hecho y el gran paso que hemos dado nosotros, la República Soviética, en la edificación socialista, sobre todo en la esfera de las relaciones agrícolas, que son las más importantes en nuestro país. El presente congreso agrupa a representantes de las secciones agrarias, de los comités de campesinos pobres y de las comunas agrícolas, y este agrupamiento prueba que nuestra revolución ha avanzado mucho en el breve plazo de un año en la transformación de las relaciones más difíciles de modificar, las relaciones que fueron el mayor freno para la causa del socialismo en todas las revoluciones precedentes y que es necesario transformar más a fondo para asegurar la victoria del socialismo.

La primera etapa, la primera fase del desarrollo de nuestra revolución, a raíz de Octubre, estuvo dedicada principalmente a vencer al enemigo común de todo el campesinado, a los terratenientes.

Todos sabéis perfectamente, camaradas, que la revolución de febrero -que fue una revolución burguesa, una revolución de conciliadores- prometió ya a los campesinos esa victoria sobre los terratenientes y no cumplió su promesa. Sólo la Revolución de Octubre, sólo la victoria de la clase obrera en las ciudades, sólo el Poder soviético permitió liberar de verdad a toda Rusia, del uno al otro confín, de la llaga que suponía la herencia del viejo régimen de la servidumbre, la vieja explotación feudal, la propiedad agraria terrateniente y la opresión del campesinado en su conjunto, de todos los campesinos sin excepción, por los terratenientes.

Para esta lucha contra los terratenientes no podían menos de alzarse, y se alzaron en efecto, todos los campesinos. Esta lucha unió a los campesinos trabajadores pobres, que no viven de la explotación de trabajo ajeno. Esta lucha unió también a la parte más acomodada e incluso más rica del campesinado, que no puede pasar sin trabajo asalariado.

Mientras nuestra revolución se dedicó a cumplir esta tarea, mientras hubimos de poner en tensión todas las fuerzas para que el poder de los terratenientes fuera barrido de verdad y destruido definitivamente por el movimiento independiente de los campesinos, con ayuda del movimiento de los obreros de la ciudad, la revolución siguió siendo una revolución campesina general, por lo cual no podía rebasar el marco burgués.

En esa etapa, la revolución no lesionaba aún al enemigo más fuerte y moderno de todos los trabajadores: el capital. Amenazaba, por tanto, acabar en unas medias tintas como la mayoría de las revoluciones de Europa Occidental, donde, merced a la alianza temporal de los obreros de las ciudades y de todo el campesinado, se conseguía derrocar la monarquía, barrer los vestigios de la Edad Media, barrer más o menos hasta el fin la propiedad agraria terrateniente o el poder de los terratenientes, pero jamás se lograba socavar las bases mismas del poder del capital.

Y es precisamente esa obra, mucho más importante y difícil, la que ha empezado a realizar nuestra revolución desde el verano y el otoño del año en curso. La ola de insurrecciones contrarrevolucionarias que se levantó el verano pasado, cuando todo lo que existía de explotador y opresor en la vida rusa se sumó a la campaña que los imperialistas de Europa Occidental y sus mercenarios, los del cuerpo de ejército checoslovaco, emprendieron contra Rusia, esa ola despertó nuevas tendencias y una vida nueva en el campo.

Todas esas insurrecciones unieron de hecho, en la lucha desesperada contra el Poder soviético, a los imperialistas europeos, a sus mercenarios, los del cuerpo de ejército checoslovaco, y a cuanto aún se mantenía en Rusia al lado de los terratenientes y los capitalistas. Y tras ellos se sublevaron todos los kulaks del campo.

El campo ha dejado de estar unido. En ese mismo campo, que luchó como un solo hombre contra los terratenientes, se han formado dos bandos: el bando de los campesinos trabajadores pobres, que siguen avanzando con paso firme al lado de los obreros hacia el socialismo y pasan de la lucha contra los terratenientes a la lucha contra el capital, contra el poder del dinero, contra los intentos de los kulaks de

hacer que la gran transformación agraria redunde en su provecho, y el bando de los campesinos acomodados. Al apartar para siempre de la revolución a las clases poseedoras y explotadoras, esta lucha llevó por entero nuestra revolución a la vía socialista por la que quiso encarrilarla en Octubre con firmeza y decisión la clase obrera de las ciudades, pero por la que no podrá encauzarla jamás con garantía de victoria si no encuentra apoyo consciente, firme y unánime en el campo.

Esa es la trascendencia de la revolución registrada este verano y este otoño en los más apartados confines de la Rusia agraria; una revolución sin estruendo, una revolución que no ha sido tan visible ni ha saltado tanto a la vista de todos como la Revolución de Octubre del año pasado, pero que tiene un alcance de profundidad e importancia incomparablemente mayores.

La formación de los comités de campesinos pobres en el campo fue un viraje y mostró que la clase obrera de las ciudades, unida desde Octubre a todo el campesinado para derrotar al enemigo principal de la Rusia libre, trabajadora y socialista, para derrotar a los terratenientes, pasaba de esta tarea a otra mucho más difícil, superior en el plano histórico y socialista de verdad: llevar también al campo la lucha socialista consciente, despertar asimismo en el campo la conciencia. La gran transformación agraria -la proclamación, en Octubre, de que se abolía la propiedad privada de la tierra, la proclamación de que la tierra se socializaba- habría quedado ineludiblemente en el papel si los obreros de las ciudades no hubieran despertado a la vida al proletariado agrícola, a los pobres del campo, al campesinado trabajador, que constituye la inmensa mayoría y que, con el campesino medio, no explota trabajo ajeno, no está interesado en la explotación y, por ello, es capaz de pasar, y ahora ha pasado, de la lucha conjunta contra los terratenientes a la lucha proletaria general contra el capital, contra el poder de los explotadores, los cuales se apoyan en la fuerza del dinero, en la fuerza de los bienes muebles, y que, después de limpiar a Rusia de terratenientes, ha pasado a establecer el régimen socialista.

Este paso, camaradas, era el más difícil. Cuantos dudaban del carácter socialista de nuestra revolución nos auguraban un fracaso ineludible en este paso, y de él depende ahora toda la obra socialista en el campo. La constitución de los comités de campesinos pobres, que se han propagado en vasta red por toda Rusia, y su transformación, ya iniciada en parte, en Soviets rurales de diputados con plenitud de poderes, llamados a aplicar en el campo los principios fundamentales de la edificación soviética -del poder de los trabajadores- son la auténtica garantía de que no nos limitaremos en nuestra labor a lo que se limitaron las revoluciones democráticas burguesas corrientes en los países euroccidentales. Después de haber acabado con la monarquía y con el poder medieval de los terratenientes, pasamos ahora a la verdadera edificación socialista. En el campo, esta obra es la más difícil, pero, al mismo tiempo, la más importante. Es la obra más grata. Si se ha conseguido en el campo despertar la conciencia de la parte trabajadora del campesinado; si ésta, en virtud precisamente de la ola de insurrecciones capitalistas, se ha desligado para siempre de los intereses de la clase capitalista; si el campesinado trabajador se funde cada vez más con los obreros de las ciudades en los comités de campesinos pobres y en los Soviets en proceso de transformación: si todo eso es así, nosotros vemos en ello la única garantía -y, al mismo tiempo, la garantía más segura y, sin duda, firme- de que hoy la obra de la edificación socialista se ha consolidado más en Rusia. Ahora ha arraigado también en la enorme masa de la población rural que se dedica a la agricultura.

No cabe duda de que la edificación socialista es una tarea muy difícil en un país campesino como Rusia. No cabe duda de que ha sido relativamente fácil barrer a enemigos como el zarismo, el poder de los terratenientes y la propiedad agraria terrateniente. Ha sido posible cumplir esta tarea en unos cuantos días en el centro y en unas cuantas semanas en todo el país; mas, por su propia esencia, la tarea que abordamos ahora puede cumplirse sólo mediante un trabajo de ahínco y duración extraordinarios. En este terreno deberemos luchar paso a paso, pulgada a pulgada; habrá que alcanzar en dura lid las conquistas de la nueva Rusia, de la Rusia socialista; habrá que batallar por el laboreo colectivo de la tierra.

Y se comprende de por sí que una transformación tan radical como el paso de las pequeñas haciendas campesinas individuales al laboreo colectivo de la tierra requiere mucho tiempo y en modo alguno puede hacerse de golpe y porrazo.

Sabemos muy bien que en los países de pequeñas haciendas campesinas es imposible el paso al socialismo sin toda una serie de etapas graduales previas. Comprendiéndolo así, la Revolución de Octubre sólo se impuso por primera tarea barrer y destruir el poder terrateniente. La ley básica de socialización de la tierra, promulgada en febrero por decisión unánime, como sabéis, de los comunistas y de los que participaban con ellos en el Poder soviético sin compartir su punto de vista, expresa, al mismo tiempo, la voluntad y la conciencia de la inmensa mayoría de los campesinos y demuestra que la clase obrera y el Partido Comunista obrero comprenden cuál es su misión y marchan hacia la nueva obra socialista con tesón y paciencia, haciendo transiciones graduales, despertando la conciencia de la parte trabajadora del campesinado y avanzando sólo en la medida en que se despierta esa conciencia, en la medida en que el campesinado ingresa en sus

organizaciones independientes.

Sabemos muy bien que transformaciones tan grandiosas de la vida de decenas de millones de seres como el paso de la pequeña hacienda campesina individual al laboreo colectivo de la tierra, que llegan hasta los cimientos más hondos de la vida, sólo pueden realizarse con un trabajo prolongado y cuando, en general, la necesidad misma obliga al hombre a rehacer su vida.

Y después de una guerra larga y atroz en todo el orbe vemos claramente el comienzo de la revolución socialista en el mundo entero. Esta necesidad ha surgido incluso para los países más atrasados, diciendo a todos y cada uno con lenguaje imperioso, independientemente de los puntos de vista teóricos o de las doctrinas socialistas que profese, que no se puede seguir viviendo como antes.

Cuando el país ha sufrido una ruina y una bancarrota tan gigantescas; cuando vemos que esa bancarrota se extiende a todo el mundo, que las conquistas de la cultura, de la ciencia y de la técnica, logradas por la humanidad a lo largo de los siglos, han sido arrolladas en cuatro años por esa guerra criminal, devastadora y rapaz, y que toda Europa, y no sólo Rusia, retorna al salvajismo, las más vastas masas -y en particular, el campesinado, que tal vez sea el que más ha sufrido de esa guerra- comprenden perfectamente que es necesario hacer esfuerzos extraordinarios, que es preciso poner en tensión todas las fuerzas para librarse de esta herencia de la maldita guerra, culpable de tanta ruina y miseria. Es imposible seguir viviendo como antes, como vivíamos en los tiempos prebélicos, y no puede tolerarse por más tiempo esa dilapidación de fuerzas y trabajo humanos que lleva implícita la pequeña hacienda campesina individual. Si se pasara de esta pequeña hacienda fraccionada a la hacienda colectiva, se duplicaría o triplicaría el rendimiento del trabajo, se ahorraría la mitad o las dos terceras partes de trabajo humano para la agricultura y para la actividad económica del hombre.

La ruina que nos ha dejado en herencia la guerra en modo alguno permite restablecer la pequeña hacienda campesina de antaño. Porque no se trata sólo de que la guerra ha despertado a la masa de campesinos, de que les ha mostrado las maravillas de la técnica existentes en la actualidad y su empleo para el exterminio de los hombres; se trata además de que la guerra ha inducido la idea de que las maravillas de la técnica deben ser utilizadas, ante todo, para transformar la rama de la producción más atrasada, la más popular, la que tiene ocupadas a mayor número de personas: la agricultura. Aparte de que les han despertado esa conciencia, los hombres se han convencido, con los monstruosos horrores de la guerra moderna, de cuán grandes son las fuerzas creadas por la técnica contemporánea y de cómo se malgastan esas fuerzas en la guerra más horrenda y descabellada; se han convencido también de que el único medio para salvarse de esos horrores está en esas mismas fuerzas de la técnica. Tenemos la obligación y el deber de orientar esas fuerzas para que discurra por nuevos cauces la rama más atrasada de la producción, la agricultura, para rehacerla y, de ocupación inconsciente, ejercida a la antigua, convertirla en una ocupación basada en la ciencia y en las conquistas de la técnica. La guerra ha despertado esta conciencia en un grado inconmensurablemente mayor de lo que podemos juzgar cada uno de nosotros. Pero, además de despertar esa con ciencia, la guerra ha excluido también la posibilidad de restablecer la producción a la antigua.

Se equivocan -y cada día ven más claro su error- quienes sueñan con la posibilidad de volver, después de esta guerra, a la situación existente antes de la conflagración, de restablecer el sistema y la organización de la economía según los viejos métodos. La guerra ha provocado una ruina tan espantosa que muchas pequeñas haciendas individuales de nuestro país no tienen ahora ni ganado de labor ni aperos. No podemos tolerar por más tiempo semejante dilapidación del trabajo del pueblo. Los campesinos pobres, los campesinos trabajadores, que son quienes más sacrificios han hecho por la revolución y quienes más han sufrido a causa de la guerra, no han expropiado a los terratenientes para que la tierra vaya a parar a manos de los nuevos kulaks. La propia vida plantea ahora de plano a estos campesinos trabajadores la tarea de pasar al laboreo colectivo de la tierra como único medio para restablecer la cultura hoy arrasada y destruida por la guerra, como único medio para salir de la ignorancia, la opresión y el abatimiento a que fue condenada por el capitalismo toda la masa de población rural; de la ignorancia y del abatimiento que permitieron a los capitalistas abrumar durante cuatro años a la humanidad con la guerra; de esa ignorancia y ese abatimiento que han decidido desterrar hoy, cueste lo que cueste, con energía y pasión revolucionarias, todos los trabajadores de todos los países.

Ahí tenéis, camaradas, las condiciones que se han tenido que crear a escala mundial para que se planteara a la orden del día -y en Rusia ha sido planteado así- el problema de esta reforma dificilísima, que es al mismo tiempo la principal reforma socialista, de esta transformación socialista, la más importante y radical. La organización de comités de campesinos pobres y el presente congreso conjunto de las secciones agrarias, los comités de campesinos pobres y las comunas agrícolas nos prueban, en relación con la lucha sostenida en el campo durante el verano y el otoño de este año, que se ha despertado la conciencia en las más vastas masas de campesinos trabajadores y que la tendencia

a implantar el laboreo colectivo de la tierra existe en el seno del propio campesinado, entre la mayoría de los campesinos trabajadores. Claro que, y lo repito, debemos abordar esta transformación, la más importante de todas, de manera paulatina. En este terreno no puede hacerse nada al instante, pero debo recordaros que también en la ley básica de socialización de la tierra, predeterminada ya al día siguiente de la Revolución del 25 de Octubre, en la primera sesión del primer órgano de Poder soviético: el II Congreso de los Soviets de toda Rusia, se promulgó una ley que proclamaba no sólo la abolición para siempre de la propiedad privada de la tierra, no sólo la abolición de la propiedad terrateniente, sino también, entre otras cosas, que los bienes, el ganado de labor y los aperos que pasaban a manos del pueblo y de las haciendas basadas en el trabajo personal debían convertirse asimismo en patrimonio social, debían dejar de ser también propiedad privada de haciendas particulares; pues bien, el artículo 11 de la ley de socialización de la tierra, aprobada en febrero de 1918, ley que aclara el problema fundamental de qué objetivos nos planteamos ahora, de qué tareas queremos cumplir en lo que se refiere al régimen de posesión de la tierra y de qué medidas exhortamos a adoptar en este terreno a los partidarios del Poder soviético, a los campesinos trabajadores, dice que esa tarea consiste en fomentar la hacienda colectiva en la agricultura por ser la más ventajosa desde el punto de vista del ahorro de trabajo y productos, a expensas de las haciendas individuales, con el fin de pasar a la hacienda agrícola socialista.

Camaradas: Cuando aprobamos esa ley, no había, ni mucho menos, completas unanimidad y concordia entre los comunistas y otros partidos. Por el contrario, promulgamos esa ley cuando en el Gobierno soviético íbamos unidos los comunistas y el partido de los eseristas de izquierda, que no compartía los puntos de vista comunistas. Y, a pesar de ello, llegamos a un acuerdo unánime, que nos sirve de base también ahora, teniendo presente, lo repetiré una vez más, que el paso de las haciendas individuales al laboreo colectivo de la tierra no puede realizarse de golpe, que la lucha que se entabló en las ciudades planteaba la cuestión de una manera más sencilla. En las ciudades había un capitalista frente a mil obreros, y no costó gran trabajo deshacerse de él. En cambio, la lucha entablada en el campo era mucho más complicada. En un principio fue el ataque general de los campesinos contra los terratenientes; en un principio fue la destrucción completa del poder de los terratenientes, de forma que no pudiera resurgir; después, la lucha en el seno del campesinado, en el que se restablecieron los nuevos capitalistas personificados en los kulaks, personificados en los explotadores y los especuladores que aprovechaban los excedentes de cereales para lucrarse a costa de la población hambrienta, no agrícola, de Rusia. Era inminente una nueva lucha, y vosotros sabéis que, en el verano del año en curso, esa lucha llevó al estallido de toda una serie de insurrecciones. Por lo que se refiere a los kulaks, no decimos que deban ser privados de todas sus propiedades, como los terratenientes capitalistas. Decimos que debe ser aplastada la resistencia de los kulaks a la aplicación de las medidas necesarias, como, por ejemplo, el monopolio del trigo, que los kulaks no acatan para lucrarse mediante la venta de los excedentes de grano a precios de especulación, mientras que los obreros y los campesinos de las zonas no agrícolas pasan un hambre espantosa. En este terreno, nuestra política ha sostenido siempre una lucha tan implacable como la desplegada contra los terratenientes y los capitalistas. Pero quedaba, además, la actitud de la parte más pobre del campesinado trabajador ante los campesinos medios. Por lo que se refiere a estos últimos, nuestra política ha sido siempre de alianza con ellos. El campesino medio en modo alguno es enemigo de las instituciones soviéticas, ni enemigo del proletariado, ni enemigo del socialismo. Vacilará, naturalmente, y accederá a pasar al socialismo sólo cuando vea un ejemplo palmario, un ejemplo convincente de verdad de que ese paso es necesario. Como es lógico, al campesino medio no se le puede convencer con razonamientos teóricos o discursos propagandísticos -no confiamos en ello-, pero lo convencerá el ejemplo y la cohesión de la parte trabajadora del campesinado. Lo convencerá la alianza de este campesinado trabajador con el proletariado, y, en este terreno, ciframos nuestras esperanzas en una labor persuasiva larga y paulatina, en una serie de medidas de transición que pongan en práctica el acuerdo de la parte proletaria, socialista, de la población, el acuerdo de los comunistas -que sostienen una lucha decidida contra todas las formas del capital- con los campesinos medios.

Y teniendo en cuenta estas circunstancias, teniendo en cuenta que en el campo nos hallamos ante una tarea incomparablemente más difícil, planteamos la cuestión de la misma manera que se plantea en la ley de socialización de la tierra. Sabéis que en esa ley se proclama la abolición de la propiedad privada de la tierra y el reparto igualitario de la misma, sabéis también que así comenzamos a aplicar esa ley y que así la hemos aplicado en la mayoría de las localidades campesinas. Mas, a la vez, por acuerdo unánime y general de los comunistas y de los que no compartían entonces los puntos de vista del comunismo, en la ley figura el precepto que os acabo de leer y que proclama que nuestra tarea común, nuestro objetivo común es pasar a la hacienda agrícola socialista, a la agricultura colectiva, al laboreo colectivo de la tierra. Cuanto más avanza el período de construcción, más claro

ven los campesinos establecidos ya en la tierra y los ex prisioneros de guerra -que vuelven, extenuados y atormentados, del cautiverio por centenares de miles y millones-, más y más claro ven la gigantesca magnitud de la labor que debemos realizar para restablecer la economía, para sacar definitivamente a los campesinos del viejo estado de abandono, opresión e ignorancia; más claro ven que la única salida verdaderamente segura y capaz de incorporar a la masa campesina a la vida cultural, verdaderamente capaz de colocarla en la misma situación que el resto de los ciudadanos es el laboreo colectivo de la tierra. Y a eso tiende continuamente ahora el Poder soviético con sus medidas graduales. En aras de ese laboreo colectivo de la tierra se organizan comunas y haciendas soviéticas. El significado de semejantes haciendas se explica en la ley de socialización de la tierra. En la parte de esta ley, donde se dice quién puede gozar del usufructo de la tierra, veréis figurar entre los derechos habientes, personas e instituciones, primero, al Estado; segundo, a las organizaciones sociales; tercero, a las comunas agrícolas y, cuarto, a las cooperativas agrícolas. Vuelvo a recordaros que estos preceptos fundamentales de la ley de socialización de la tierra se adoptaron cuando el Partido Comunista hacía no sólo su voluntad, sino también, y a sabiendas, concesiones a quienes expresaban de una u otra manera la conciencia y la voluntad de los campesinos medios. Hemos hecho y hacemos concesiones de ese género. Hemos concluido y concluimos acuerdos de esa naturaleza porque es imposible pasar de golpe a esa forma colectiva de posesión de la tierra, al laboreo colectivo de ésta, a las haciendas soviéticas, a las comunas. En esta cuestión es imprescindible la influencia tenaz y perseverante del Poder soviético, que ha asignado 1.000 millones de rublos para mejorar la agricultura, a condición de que se pase al laboreo colectivo de la tierra. Esta ley prueba que queremos influir en la masa de los campesinos medios, ante todo, mediante el ejemplo, mediante su incorporación al mejoramiento de la agricultura, y que confiamos únicamente en el efecto gradual de tales medidas para lograr esta profunda e importantísima revolución en la economía de la Rusia agrícola.

La unión de los comités de campesinos pobres, de las comunas agrícolas y de las secciones agrarias que vemos en el presente congreso muestra y nos da plena seguridad en que, con esta transición al laboreo colectivo de la tierra, la cuestión se plantea con acierto, a verdadera escala socialista. Con esta labor constante y regular ha de elevarse el rendimiento del trabajo. Para ello debemos aplicar los métodos agrícolas óptimos e incorporar a esta obra a los especialistas en agronomía de Rusia para poder aprovechar todas las haciendas mejor organizadas, que venían sirviendo hasta ahora sólo como fuente de enriquecimiento de unos cuantos individuos, como fuente del resurgimiento del capitalismo, de un nuevo yugo, de una nueva servidumbre de los obreros asalariados, y que ahora, con la ley de socialización y con la abolición absoluta de la propiedad privada de la tierra, deben servir de fuente de conocimientos agrícolas, de cultura y aumento de la productividad para los millones de trabajadores. En esta alianza de los obreros de la ciudad y los campesinos trabajadores, en esta formación de comités de campesinos pobres y en su transformación en instituciones soviéticas reside la garantía de que la Rusia agrícola ha emprendido ahora la senda que siguen uno tras otro, después de nosotros, pero con mayor seguridad que nosotros, los Estados de Europa Occidental. Para esos países ha sido mucho más difícil comenzar la revolución, ya que tenían por enemigo a una clase capitalista culta y unida, y no a la putrefacta autocracia. Pero vosotros sabéis que esa revolución ha empezado, que la revolución no se ha circunscrito a las fronteras de Rusia, que nuestra esperanza principal, nuestro pilar fundamental es el proletariado del oeste de Europa, de los países más avanzados, que este apoyo principal de la revolución mundial se ha puesto en movimiento, y estamos firmemente convencidos -el desarrollo de la revolución alemana lo demuestra en la práctica- de que, en dichos países, el paso a la economía socialista, el empleo de los métodos y la maquinaria agrícola más modernos, así como la más rápida unión de la población trabajadora del campo se efectuarán con mayor celeridad y menor dificultad que en nuestro país.

Hoy, los campesinos trabajadores rusos pueden estar seguros de que, aliados con los obreros de la ciudad, aliados con los proletarios socialistas del mundo entero, vencerán todas las adversidades, todos los ataques de los imperialistas y llevarán a cabo una obra sin la que es imposible emancipar a los trabajadores: el laboreo colectivo de la tierra, la transición gradual, pero constante, de las pequeñas haciendas individuales al laboreo colectivo de la tierra. (*Clamorosos y prolongados aplausos*.)

Publicado el 14 de diciembre de 1918 en el núm. 272 de "Pravda".
T. 37, págs. 352-364.

ESBOZO DE REGLAMENTO PARA DIRIGIR LAS INSTITUCIONES SOVIÉTICAS.

1

La discusión y solución colectivas de todos los problemas relativos a la dirección de las instituciones soviéticas deben ir acompañadas de la especificación, con toda exactitud, de la *responsabilidad* de *cada uno* de los que desempeñan cualquier cargo soviético por el *cumplimiento* de funciones *concretas*, delimitadas con claridad y sin ambigüedades, y tareas *prácticas*.

La observancia de esta regla, sin la cual es imposible llevar un auténtico control y seleccionar a las personas más adecuadas para cada cargo o trabajo, debe ser, en adelante, *absolutamente obligatoria*.

Por eso todos los organismos colegiados soviéticos y todas las instituciones soviéticas, sin excepción, deberán:

1) dar inmediatamente una disposición sobre el reparto equitativo de funciones y responsabilidades entre todos los componentes del consejo colegiado o funcionarios;

2) determinar en seguida con la mayor exactitud la responsabilidad de todos los que cumplen encargos del género que sea, sobre todo relativos al acopio y distribución rápidos y adecuados de materiales y productos.

La observancia de esta regla, obligatoria para todas las instituciones soviéticas, lo es sobre todo para los consejos de economía nacional y secciones de economía de los comités ejecutivos locales, distritales, urbanos, etc. Estas secciones y estos consejos de economía deben nombrar sin tardanza a las personas que han de asumir la responsabilidad por el acopio rápido y adecuado de *cada una* de las materias primas y de cada uno de los productos que la población necesita.

Todas las instituciones dirigentes soviéticas, como son los comités ejecutivos, los Soviets provinciales, urbanos, etc. de diputados procederán sin demora a reorganizar su trabajo de manera que se ponga en primer orden el control efectivo del cumplimiento real de las disposiciones de las autoridades centrales y de los organismos locales. Las funciones de otro tipo se encomendarán, siempre que ello sea posible, a comisiones auxiliares integradas por un número reducido de miembros de la institución de que se trate.

2

Para poner coto al papeleo y descubrir mejor los abusos, así como para desenmascarar y destituir a los funcionarios deshonestos que se han infiltrado en las instituciones soviéticas,

se adoptan las siguientes reglas:

Se deberán colocar en lugar visible de todas las instituciones soviéticas, dentro y fuera de sus locales, para que los puedan ver todos sin necesidad de pases, los horarios y días de audiencia para el público. Las salas de audiencia para el público deben tener libre acceso, sin pases de ningún tipo en absoluto.

En todas las instituciones soviéticas debe haber libros de registro en los que se anotará con la mayor concisión el nombre de cada solicitante, el fondo de su petición y adónde ha pasado la instancia.

Los domingos y días de fiesta debe haber horas de audiencia.

Los funcionarios de los organismos de Control del Estado podrán asistir a todas las audiencias y están obligados a hacerlo de tiempo en tiempo, durante las horas de visita, así como a revisar los libros de registro y levantar acta de su visita, de la revisión del libro y de las respuestas del público a sus preguntas.

Los Comisariados de Trabajo, Justicia y Control del Estado abrirán en todas partes oficinas de información, con horario anunciado de consulta y acceso libre, gratuito y sin pases para todos, siendo obligatorio su funcionamiento los domingos. Dichas oficinas de información estarán obligadas no sólo a dar respuesta oral o escrita a todas las preguntas, sino también a escribir gratis las solicitudes de los analfabetos o incapaces de exponer con claridad su caso. Será obligatorio que en estas oficinas participen militantes de todos los partidos representados en los Soviets, así como miembros de los partidos que no entran en el gobierno, de los sindicatos sin filiación política y de las uniones de intelectuales sin partido.

3

La defensa de la República Soviética exige de manera imperiosa la mayor economía de fuerzas y el máximo rendimiento en el trabajo del pueblo.

Con este objeto se dispone -en primer orden a

todas las instituciones soviéticas, haciéndolo luego extensivo a todas las empresas y consejos colegiados- que:

1. Cada sección más o menos independiente de todas las instituciones soviéticas sin excepción deberá presentar en el plazo de tres días al comité ejecutivo local (y en Moscú, al Comisariado del Pueblo de Justicia también) una breve información sobre lo siguiente: a) nombre de la entidad; b) nombre de la sección; c) carácter de su labor, descrita con la mayor concisión; d) enumeración de subsecciones, negociados u otras oficinas; e) número de empleados de cada sexo; f) volumen de trabajo en la manera que pueda expresarse, por ejemplo, número de expedientes, magnitud de la correspondencia e índices semejantes.

Los comités ejecutivos locales (y en Moscú, el CE del Soviet de Diputados, de acuerdo con el Comisariado del Pueblo de Justicia y el Presídium del CEC) procederán inmediatamente a: 1) tomar medidas para comprobar si las reglas antes expuestas se observan debida y oportunamente; 2) hacer en el término de una semana, a contar desde el momento de recibir la información mencionada, un plan para coordinar, agrupar y *fundir* los negociados que tramitan expedientes similares u homogéneos.

Las comisiones designadas por las instituciones arriba mencionadas para cumplir esta tarea estarán compuestas de representantes de los Comisariados del Interior, Justicia, Control del Estado y Trabajo, así como de otros también, en caso de necesidad, y deberán presentar *semanalmente* al Consejo de Comisarios del Pueblo y al Presídium del CEC informes concisos de lo que se ha hecho para fusionar negociados homogéneos y para ahorrar trabajo.

2. En todas las ciudades donde existan secretarías o negociados homogéneos centrales, regionales, urbanos, provinciales o distritales, la instancia superior constituirá inmediatamente comisiones con el objeto de coordinar y unir a todas esas instancias y economizar el máximo de fuerzas; además, estas comisiones se regirán, ateniéndose a las reglas y plazos indicados en el artículo 1.

3. A esas mismas comisiones (arts. 1 y 2), y con el mismo fundamento, se encarga la adopción de medidas urgentes para remplazar en todo lo posible el trabajo masculino por el trabajo femenino y hacer listas de los hombres que puedan pasar a trabajar en el ejército o para el ejército, así como a desempeñar otras funciones de carácter ejecutivo y práctico, pero no oficinesco.

4. Se encomienda a esas mismas comisiones (arts. 1 y 2), de acuerdo con las organizaciones locales del PCR, que hagan cambios de personal de manera que los militantes del PCR (con antigüedad mínima de dos años) ejerzan sólo cargos de dirección y responsabilidad, los otros cargos podrán desempeñarlos miembros de otros partidos o personas sin filiación política con el fin de librar al mayor número posible de militantes del PCR para el ejercicio de otras funciones.

Escrito el 12 de diciembre de 1918. Publicado por primera vez en 1928, en la "Recopilación Leninista", t. VIII.

T. 37, págs. 365-368.

DISCURSO EN LA CONFERENCIA OBRERA DEL BARRIO DE PRESNIA.

El 14 de diciembre de 1918.

Camaradas: Permitidme que hable de algunos de los problemas planteados para hoy. El primero es el de la situación internacional; y el segundo, el de nuestra actitud con los partidos demócratas pequeñoburgueses.

Quisiera decir unas palabras sobre la situación internacional. Sabéis que el imperialismo angloamericano y francés ha declarado en la actualidad una gran campaña contra la República Soviética de Rusia. Los imperialistas de estos países hacen propaganda contra Rusia entre sus obreros, y en esa propaganda acusan a los bolcheviques de que se apoyan en la minoría y no respetan a la mayoría. Puesto que la inmensa mayoría de los periódicos de Francia e Inglaterra pertenece a la burguesía, esas patrañas contra el Gobierno soviético se divulgan allí con rapidez y sin obstáculos. Por eso no vale la pena preocuparse de ese cuento tan ridículo y absurdo de que los bolcheviques se apoyan en Rusia en la minoría de la población. Es un cuento tan absurdo para todos los que ven lo que pasa en nuestro país que no merece siquiera que lo desmientan, que no llama siquiera la atención. Pero cuando uno lee periódicos de Inglaterra, Francia y Norteamérica -a propósito sea dicho, sólo nos llegan diarios burgueses-, puede convencerse de que la burguesía sigue divulgando esos embustes.

Entre nosotros, los únicos privados del derecho electoral y de participar o influir en la vida política del país son los explotadores, los que no viven de su trabajo, sino explotando a otros. Hay muy pocos de ésos en el total de la población. Podéis haceros una idea de la gente que explota trabajo asalariado en las ciudades. La propiedad privada de la tierra ya no existe; los terratenientes han sido despojados de sus fincas y, en cuanto a los quiñoneros[73] que ya expoliaban a los campesinos durante la gobernación de Stolypin, han sido despojados de sus tierras; el número de los que explotan trabajo ajeno en el campo es también insignificante. Pero el Gobierno soviético no les dice que los priva del derecho electoral. Les dice que reconocerá el derecho de participar en la administración pública a todo el que esté dispuesto a dejar de explotar trabajo ajeno. Si quiere ser obrero, con mil amores; si quiere ser explotador, no sólo no le daremos paso ni lo elegiremos, sino que tampoco le permitiremos que coma a costa del trabajo ajeno.

Pues bien, por esta base de nuestra Constitución se ve ya que el Poder soviético se apoya en quienes trabajan, y a ellos les otorga el derecho de organizar la vida pública; se ve que se apoya en la inmensa mayoría, en la mayoría aplastante de la población. Cada congreso de los Soviets -y hasta ahora ha habido seis- nos demuestra que los representantes de los obreros, de los campesinos y de los soldados rojos, los representantes de la mayoría de la población que vive de su propio trabajo, y no del trabajo ajeno, constituyen la base, más sólida cada día, del Poder soviético. El I Congreso de los Soviets se celebró en junio de 1917, cuando Rusia era una república burguesa y hacía una guerra imperialista; se celebró en ese mismo mes de junio de 1917 en que Kerenski lanzó las tropas a la ofensiva y sacrificó millones de vidas en las batallas. En ese congreso, los comunistas, o bolcheviques, éramos sólo el 13 por ciento, es decir, la séptima parte. En el II Congreso de los Soviets, que dio comienzo al poder de los obreros y los campesinos, los bolcheviques éramos ya el 51 por ciento, la mitad; y en el V Congreso, que se celebró en julio del corriente, los bolcheviques éramos el 66 por ciento. Fue entonces cuando los eseristas de izquierda, al ver con qué rapidez crecía y se desarrollaba el bolchevismo, se embarcaron en una aventura que tuvo por resultado su división completa. De esa escisión surgieron tres partidos distintos, el último de los cuales -el de los comunistas populistas- se pasó a los bolcheviques, y toda una serie de dirigentes tan destacados como Kolegáev también se pasó.

En el VI Congreso de los Soviets, los bolcheviques han constituido el 97 por ciento, es decir, prácticamente, todos los representantes de los obreros y campesinos de toda Rusia. Esto muestra cómo se va agrupando hoy la inmensa mayoría de los trabajadores en torno al Poder soviético y hasta qué punto son ridículos y absurdos el cuento y la afirmación de la burguesía de que los bolcheviques se apoyan sólo en la minoría de la población. La burguesía miente de ese modo porque nos quiere hacer pagar la deuda de 17.000 millones que contrajo

el gobierno zarista con los capitalistas, esa deuda de 17.000 millones que nosotros hemos anulado y que no reconocemos. (No pensamos pagar por los gobernantes anteriores. Admitimos que la deuda se contrajo, pero decimos: muy bien, ustedes contrajeron la deuda, pues ajusten la cuenta entre ustedes.) Los aliados quieren endosarnos la deuda y restablecer el poder de los terratenientes y del zar. Sabemos lo que han hecho en Arjánguelsk, Samara y Siberia, donde hasta los mencheviques y los eseristas de derecha -que después del Tratado de Paz de Brest se hicieron enemigos nuestros y creían que nuestra esperanza en el estallido de la revolución en Alemania quedaría defraudada- se han convencido ahora de que los disuelven a ellos mismos y de que, con la ayuda de las tropas inglesas y checoslovacas, se restablece a los terratenientes y la propiedad privada.

A pesar de que los periódicos ingleses y franceses ocultan la verdad, ésta se va abriendo camino en sus países. Los obreros sienten y comprenden que la revolución de Rusia es suya, es una revolución de obreros, una revolución socialista. Incluso en Francia e Inglaterra vemos ahora un movimiento obrero que lanza las consignas de "¡Fuera de Rusia las tropas!" y "¡Quien haga la guerra a Rusia es un criminal!" Recientemente se ha celebrado en el salón Albert Hall de Londres un mitin socialista, y, según las noticias recibidas, pese a todos los esfuerzos del Gobierno inglés por interceptarlas, los reunidos han planteado la reivindicación de "¡Fuera de Rusia las tropas!", y todos los dirigentes obreros han afirmado que la política del Gobierno inglés es una política de expoliación y violencia. También nos ha llegado la noticia de que MacLean -antes maestro de escuela en Escocia- llamó a los obreros de los principales distritos industriales de Inglaterra a que declarasen la huelga, por tratarse esta guerra de una guerra de rapiña. Con ese motivo, fue encarcelado; luego volvieron a detenerlo; pero cuando en Europa ha estallado el movimiento revolucionario, ha sido puesto en libertad, y él ha presentado su candidatura para diputado al Parlamento por Glasgow, una de las mayores ciudades del norte de Inglaterra y Escocia. Esto demuestra que el movimiento obrero inglés y sus reivindicaciones revolucionarias adquieren más fuerza cada día. El Gobierno inglés se vio obligado a poner en libertad a MacLean, su enemigo más encarnizado, que se llama a sí mismo bolchevique inglés.

En Francia, donde los obreros siguen aún imbuidos de chovinismo y donde todavía se piensa que la guerra se hace sólo en defensa de la patria, se acrecientan los estados de ánimo revolucionarios. Ahora, cuando Inglaterra y Francia han vencido a los alemanes, vosotros sabéis que les han impuesto unas condiciones cien veces más duras que las de la paz de Brest. Hoy, la revolución en Europa se ha hecho realidad. Los aliados, que se jactaban de que liberaban a Alemania del káiser y del militarismo, han caído tan bajo que llegan a desempeñar el papel que desempeñaron las tropas rusas en tiempos de Nicolás I, cuando Rusia era un país de ignorantes, cuando Nicolás I mandó a las tropas rusas a sofocar la revolución húngara. Eso ocurrió hace más de sesenta años, bajo el viejo régimen de la servidumbre. Y hoy, la libre Inglaterra y otros países se han convertido en verdugos y se creen que pueden sofocar la revolución y acallar la verdad. Pero esta verdad saltará todas las barreras, tanto en Francia como en Inglaterra, y los obreros comprenderán que han sido engañados y embarcados en una guerra para saquear a otro país, y no para liberar a Francia o a Inglaterra. Hoy nos enteramos de que en el Partido Socialista Francés[74], que antes apoyaba la defensa de la patria, hay personas que simpatizan fervorosamente con la República Soviética y protestan contra la intervención armada en Rusia.

Por otra parte, el imperialismo anglo-francés amenaza con atacar a Rusia y apoya a los Krasnov y los Dútov, apoya la restauración de la monarquía en Rusia y cree que puede engañar a un pueblo libre. Sabemos que, desde el punto de vista militar, los imperialistas son más fuertes que nosotros. Hace mucho que lo sabemos y que lo hemos dicho. Hemos recabado la ayuda de todos al Ejército Rojo para defendernos y repeler a los saqueadores y bandidos. Pero cuando se nos dice: "Como el imperialismo anglo-francés es más fuerte, nuestra causa está perdida", respondemos: "Recordad la paz de Brest. ¿Acaso no gritaba entonces toda la burguesía de nuestro país que los bolcheviques habíamos vendido Rusia a los alemanes? ¿No se gritaba entonces que los bolcheviques, al confiar en la revolución alemana, confiaban en una visión, en una fantasía?" El resultado ha sido que el imperialismo alemán, entonces mucho más fuerte que nosotros y con todas las posibilidades de saquear a Rusia, porque no teníamos ejército, y el viejo ejército no podía ni sabía combatir ya porque los hombres estaban tan agotados por la guerra que ya no tenían fuerzas para combatir, y quienes estén enterados de lo que pasaba entonces comprenderán que no podíamos defendernos en absoluto y, por lo tanto, podía caer todo el poder de Rusia en manos de las fieras del káiser alemán; pues bien, pasados unos meses, los alemanes se atascaron tanto en esta Rusia y encontraron en ella tanta resistencia y tanta agitación entre los soldados alemanes que ahora, según me ha dicho Zinóviev, presidente de la Comuna Septentrional de Petrogrado, cuando los representantes de Alemania huían de Rusia, el cónsul alemán le declaró: "En efecto, aún no se sabe quién ha sacado más provecho, ustedes o nosotros". Veía que los soldados alemanes, muchísimo más fuertes que nosotros, se habían contagiado de la enfermedad del bolchevismo, y

Alemania está hoy envuelta en la revolución y allí se lucha por el poder de los Soviets. El Tratado de Paz de Brest, calificado de plena bancarrota de los bolcheviques, ha resultado ser sólo una transición a la posibilidad de crear ahora el Ejército Rojo, después de habernos afianzado. Entretanto, las tropas alemanas se han contagiado de bolchevismo, y sus victorias aparentes han resultado ser sólo un paso hacia la derrota completa del imperialismo alemán, un peldaño de paso a la ampliación y desarrollo de la revolución mundial.

Durante el período de la paz de Brest estábamos solos. Toda Europa tenía la revolución rusa por un fenómeno excepcional; creía que nuestra revolución era una "revolución asiática" que se había iniciado con tanta rapidez y había derrocado al zar porque Rusia era un país atrasado, y que pasó tan pronto a confiscar la propiedad privada y a la revolución socialista en virtud de su atraso. Eso creía Europa. Pero olvidaba que la revolución rusa había tenido otra causa, y es que para Rusia no había otra salida. La guerra había originado tanta ruina y miseria por doquier, había agotado tanto al pueblo y a los soldados, los cuales vieron que los habían estado engañando tanto tiempo, que a Rusia no le quedaba más que una salida: la revolución.

A los alemanes se les decía que había que defenderse de la invasión rusa; pero ahora cada día que pasa queda más desenmascarada esa mentira. Los capitalistas y los generales de Alemania siguieron enviando tropas contra Rusia incluso cuando ésta era ya un país socialista. Entonces justamente es cuando hasta el soldado alemán más ignorante vio claro que lo habían venido engañando y mandando a la guerra durante los cuatro años que ésta duró para que los capitalistas alemanes pudieran saquear a Rusia. La misma causa que provocó el hundimiento del imperialismo alemán y el estallido de la revolución en Alemania aproxima de día en día y de hora en hora la revolución en Francia, Inglaterra y otros países. Estábamos solos. Ahora no lo estamos. Ahora ha estallado la revolución en Berlín, Austria y Hungría; incluso en Suiza, Holanda y Dinamarca, países libres que no se vieron complicados en la guerra, el movimiento revolucionario crece, y los obreros exigen que se constituyan los Soviets. Ahora resulta que no hay otra salida. La revolución madura en todo el mundo. Nosotros hemos sido los primeros y debemos defender la revolución hasta que nos alcancen nuestros aliados, los obreros de todos los países de Europa. Y estos aliados estarán más cerca de nosotros cuanto más se extralimiten sus gobiernos.

Cuando, en el período de la paz de Brest, los alemanes se creían los amos, en realidad estaban a un paso del desastre. Y al imponerles ahora Francia e Inglaterra unas condiciones de paz mucho más duras y humillantes que las que nos impuso entonces Alemania, se encuentran al borde del precipicio. Por mucho que mientan, ahora se encuentran a unos pasos de su ruina. Les asusta esa ruina y, cada día que pasa, quedan más desenmascaradas sus mentiras. Nosotros afirmamos que por más que estos imperialistas mientan en sus periódicos, nuestra causa es sólida, mucho más sólida que la de ellos, pues se apoya en la conciencia de las masas obreras de todos los países; esta conciencia se formó durante la guerra, que tuvo cuatro años anegado en sangre al mundo. Después de esta guerra no subsistirán los antiguos gobiernos. Los viejos gobiernos dicen ahora que están contra el bolchevismo mundial. Los obreros saben qué está ocurriendo en Rusia: que se persigue a los terratenientes y a los capitalistas, y éstos llaman en su auxilio a soldados mercenarios del extranjero. Ahora la situación está clara para todos; la comprenden los obreros del mundo entero, y pese al salvajismo y la saña de los imperialistas, los combatimos con valentía, convencidos de que cada paso que den dentro de Rusia será un paso hacia su hundimiento y que les va a suceder lo mismo que a las tropas alemanas, que de Ucrania se llevaron el bolchevismo ruso en vez de trigo.

En Rusia el poder es de los trabajadores, y si éstos no lo sostienen en sus manos, nadie podrá curar jamás las heridas causadas por esta guerra sangrienta y abrumadora. Dejar el poder a los antiguos capitalistas significaría descargar todo el peso de la guerra sobre las espaldas de la clase de los trabajadores para que pagasen ellos toda la contribución que les impusieran por esta guerra.

Inglaterra, Norteamérica y el Japón riñen hoy por ver qué parte se lleva cada cual del botín saqueado. Ahora está ya repartido todo. Wilson es el presidente de la república más democrática del mundo. Y ¿qué dice? En ese país, muchedumbres chovinistas matan a tiros en medio de la calle a quien pronuncia una sola palabra a favor de la paz. A un sacerdote que jamás ha sido revolucionario, lo han sacado a rastras a la calle y le han pegado una paliza hasta hacerle sangrar por el mero hecho de predicar la paz. Allí donde reina el terror más feroz, el ejército sirve hoy para estrangular la revolución, para amenazar con aplastar la revolución alemana. En Alemania, la revolución comenzó hace muy poco, tan sólo un mes, y el dilema allí más candente es el de Asamblea Constituyente o Poder de los Soviets. Allí toda la burguesía está por la Asamblea Constituyente, y otro tanto puede afirmarse de todos los socialistas que se hicieron lacayos del kaiser y no se atrevieron a comenzar la guerra revolucionaria. Toda Alemania está dividida en dos campos. Los socialistas son hoy partidarios de la Asamblea Constituyente; pero Carlos Liebknecht, que se ha pasado tres años en la cárcel, está, como Rosa Luxemburgo, a la cabeza de *La Bandera Roja*[75]. Ayer recibimos en Moscú un ejemplar de este periódico; ha llegado a nuestras

manos después de grandes dificultades y peripecias. Podréis ver en él una serie de artículos escritos por dirigentes de la revolución, en los que todos ellos hablan del engaño del pueblo por la burguesía. La voluntad de Alemania estaba en manos de los capitalistas, que no publicaban más que sus periódicos; pero he ahí a *La Bandera Roja* diciendo que únicamente las masas obreras tienen derecho a gozar del patrimonio nacional. Ahora, aunque ha transcurrido sólo un mes desde el comienzo de la revolución en Alemania, todo el país está dividido en dos campos. Todos los socialistas traidores gritan que son partidarios de la Asamblea Constituyente; y los socialistas, los verdaderos socialistas, los socialistas honrados afirman: "Todos nosotros estamos en pro del poder de los obreros y de los soldados". No dicen "en pro de los campesinos" porque una parte considerable de los campesinos alemanes contrata asimismo a obreros; pero dicen: "en pro de los obreros y de los soldados". Dicen: "en pro de los pequeños campesinos". El Poder de los Soviets es ya allí una forma de gobierno.

El Poder soviético es un poder universal. Viene a sustituir al viejo Estado burgués; la república y no sólo la monarquía, si deja a los capitalistas que conserven sus bienes -las fábricas, los talleres, los bancos, las imprentas-, es una forma de saqueo burgués del pueblo. Y los bolcheviques tenían razón cuando decían que la revolución mundial estaba en crecimiento. La revolución mundial se desarrolla de distinta manera en los diferentes países. Transcurre siempre durante largo tiempo y es dura. Mal socialista es el que crea que los capitalistas renunciarán al punto a sus derechos sin resistir. El mundo no ha dado todavía a capitalistas tan bondadosos, no. El socialismo puede desarrollarse sólo en lucha contra el capitalismo. Aún no ha existido nunca una clase dominante que cediera sus posiciones sin lucha. Los capitalistas saben qué es el bolchevismo. Antes decían: "la mentecatez rusa y el atraso ruso están haciendo allí jugarretas de las que no resultará nada. Los bolcheviques van en Rusia tras visiones procedentes del otro mundo". Pero esos mismos señores capitalistas ven hoy que esta revolución es un incendio mundial y que únicamente el poder de los trabajadores puede salir vencedor. Ahora estamos pasando a organizar los comités de campesinos pobres. En Alemania, la inmensa mayoría de la población rural son braceros o pequeños campesinos. Los grandes campesinos son las más de las veces en Alemania algo así como terratenientes.

Ayer, el gobierno suizo expulsó del país a nuestro representante en Suiza, y nosotros conocemos la causa. Sabemos que los imperialistas franceses e ingleses temen los telegramas que nos enviaba todos los días, en los que nos informaba de los mítines que se vienen celebrando en Londres, donde los obreros ingleses clamaban: "¡Fuera de Rusia las tropas inglesas!" Nos enviaba noticias de Francia también. Se dice que los imperialistas presentaron un ultimátum a los representantes de Rusia. Los representantes del Gobierno soviético han sido expulsados también de Suecia y deberán regresar a Rusia. Pero aún es demasiado pronto para que canten victoria. Es una victoria barata. Ese paso aún no conduce a nada. Por más que los "aliados" oculten la verdad y quieran engañar al pueblo, por mucho que se empeñen en librarse de los representantes de la Rusia soviética, el pueblo acabará por enterarse de toda la verdad.

Y elevamos ante vosotros nuestro clamor: ¡dar con todas las fuerzas enérgica réplica a los "aliados" y apoyar al Ejército Rojo! Se comprenderá todo lo que nos pasaba cuando no teníamos Ejército Rojo. Pero ahora vemos que el Ejército Rojo se va fortaleciendo y pugna por la victoria. Frente a nuestro ejército están las tropas inglesas. Y nuestro ejército cuenta con mandos sacados ayer mismo de la clase obrera y que sólo ayer acabaron por primera vez los cursillos de preparación militar. Tenemos una serie de testimonios de que cuando hacemos prisioneros y les damos a leer la Constitución de nuestra república en inglés, se dicen: "Nos han engañado. El Poder soviético no es lo que creíamos, el Poder soviético es el poder de los trabajadores". Y nosotros les respondemos: "Sí, camaradas, combatimos no sólo en pro de la Rusia Soviética; peleamos por el poder de los obreros y de los trabajadores de todo el mundo". Mientras nosotros contenemos la embestida del imperialismo, se fortalece la revolución en Alemania. Se fortalece también en todos los demás países. Por eso, como quiera que se la denomine en Europa, la revolución, esta revolución mundial se alza cual alta es, y el imperialismo internacional se hundirá. Por difícil que sea nuestra situación, nos da la seguridad de que no luchamos por una causa justa nosotros solos, de que tenemos aliados, y estos aliados son los obreros de cada país.

Camaradas, después de estas observaciones sobre nuestra situación internacional quiero decir unas palabras sobre otros problemas. Quiero hablar de los partidos pequeñoburgueses. Estos partidos se consideraban a sí mismos socialistas, pero no lo son. Sabemos perfectamente que instituciones como los bancos, las cajas y las sociedades mutualistas en el capitalismo son denominadas de "autoayuda", pero eso no es así en absoluto; en realidad, con esa denominación se encubre el latrocinio. Esos partidos, esos señores mencheviques y eseristas de derecha que parecían estar con el pueblo, resultó que, cuando la clase obrera rusa rechazaba los ataques de Krasnov (que fue detenido por nuestras tropas y, lamentablemente, puesto en libertad debido a la excesiva buena fe de los petrogradenses), se pasaron

al lado de la burguesía. Esos partidos de la pequeña burguesía nunca saben con quién ir: con los capitalistas o con los obreros; los componen personas que viven con la esperanza de hacerse ricos algún día. Ven continuamente que la mayoría de pequeños propietarios que los rodean viven mal y que todos son pueblo trabajador. Pues bien, estos partidos pequeñoburgueses, que están dispersos por todo el mundo, han comenzado a vacilar. Eso no es nuevo. Siempre han vacilado y lo mismo les sucede en nuestro país. Cuando concertamos el Tratado de Paz de Brest -fue el período más duro de nuestra revolución, pues no teníamos ejército y nos vimos forzados a firmarlo, pero diciéndonos: no abandonaremos ni por un instante nuestra labor socialista-, todos ellos nos dieron la espalda. Olvidaron que Rusia hacía sacrificios supremos en aras de la revolución socialista, y ellos se pasaron al bando de los defensores de la Asamblea Constituyente; han aparecido partidarios de ésta en Samara y en Siberia. Y ahora los tiran de allí y les hacen ver que no hay más opción que entre el poder de los terratenientes y el poder de los bolcheviques. Que no puede haber ningún término medio. O el poder de los opresores o el poder de los oprimidos. Los campesinos pobres pueden seguirnos únicamente a nosotros. Y nos seguirán sólo cuando vean que no tenemos miramientos con el viejo régimen y que todo lo que hacemos va en beneficio del pueblo. El pueblo ha podido apoyar durante un año, a pesar de las terribles condiciones y del hambre, sólo a un poder así de los Soviets. Los obreros y los campesinos saben que, por más dura que sea la guerra, el gobierno obrero y campesino hará todo cuanto pueda contra los explotadores capitalistas para que todo el peso de la guerra recaiga sobre las espaldas de esos señores y no sobre las de los obreros. Y el pueblo viene apoyando ya durante más de un año el poder obrero y campesino.

Hoy día, cuando ha estallado la revolución alemana, los mencheviques y los eseristas empiezan a dar un viraje. Los mejores de ellos anhelaban el socialismo. Pero creían que los bolcheviques iban en pos de visiones, de una fantasía, y ahora se han convencido de que los bolcheviques esperaban una realidad viva, y no el fruto de una fantasía. Ven que la revolución mundial ha comenzado y se extiende por todo el mundo; y los mejores de entre los mencheviques y los eseristas empiezan a arrepentirse de sus errores y a comprender que el Poder soviético no es sólo ruso, sino un poder universal de los obreros, y que no hay Asamblea Constituyente que pueda arreglar las cosas.

Inglaterra, Francia y Norteamérica saben que hoy, después de haber estallado la revolución mundial, no tienen enemigos exteriores. El enemigo está dentro de cada país. Nos encontramos ante un nuevo viraje, en el que los mencheviques y los eseristas de derecha han empezado a vacilar, y los mejores de ellos se sienten atraídos por los bolcheviques y ven que, por mucho que aquellos juren fidelidad a la Asamblea Constituyente, están del lado de los blancos. El problema está hoy planteado así en todo el mundo: o el Poder soviético o el poder de los bandidos que han sacrificado en esta guerra a diez millones de hombres y mutilado a veinte millones, y que siguen saqueando hasta la fecha a otros países.

Este es, camaradas, el problema que hace vacilar a la democracia pequeñoburguesa. Sabemos que estos partidos han vacilado siempre y nunca dejarán de vacilar. La mayoría de la gente saca sus convicciones de la vida, no da crédito a lo que pone en los libros ni a las palabras que se dicen. Aseveramos al campesino medio que no es enemigo nuestro y que no tenemos motivo para meternos con él. Si algún Soviet local hace algo en perjuicio del campesino medio, y éste se siente herido, es preciso disolver ese Soviet, pues no sabe obrar como es debido. La democracia pequeñoburguesa, de las clases medias, vacilará siempre. Y si ha vacilado, inclinándose como un péndulo hacia nosotros, debemos prestarle nuestro apoyo. Les decimos: "Si ustedes se proponen malograr nuestro trabajo, no los queremos; pero si quieren ayudarnos, los aceptamos". Los mencheviques forman distintos grupos; tienen el grupo de los "activistas" (partidarios de la acción), término derivado del latín que cobija a todos los que han afirmado: "No basta con criticar; hay que contribuir con la acción". Nosotros dijimos que lucharíamos contra el cuerpo de ejército checoslovaco y seríamos implacables con quienes le prestasen ayuda; pero hay que admitir a los que ven sus errores y ser condescendientes con ellos. Las clases medias, los que se encuentran entre el obrero y el capitalista, vacilarán siempre. Creían que el Poder soviético no duraría mucho. Pero, en realidad, ha ocurrido de otra manera. El imperialismo europeo no puede abatir nuestro poder. Hoy la revolución se extiende por todo el mundo, y nosotros invitamos a los que antes vacilaban, y ahora han visto y comprendido su error, a que se vengan con nosotros; no les volveremos la espalda. Debemos atender sobre todo a que estas gentes, quienesquiera que fuesen antes, vacilaran o no, si hoy están sinceramente con nosotros, que vengan a nuestro lado. Hoy somos lo bastante fuertes para no temer a nadie. Los digeriremos a todos. Ellos son los que no pueden digerirnos a nosotros. No olvidéis que las vacilaciones de esos partidos son inevitables. Hoy el péndulo oscila a un lado, y mañana al otro. Nosotros no podemos dejar de ser el partido proletario de los obreros y de los oprimidos; pero hoy gobernamos a toda Rusia y tenemos por únicos enemigos a los que viven del trabajo ajeno; los demás no son enemigos nuestros. Son sólo vacilantes. Pero los vacilantes aún no son enemigos.

Hablemos ahora de otro problema, el del abastecimiento. Como sabéis todos, la situación del abastecimiento, que había mejorado algo en el otoño, vuelve a empeorar. La gente pasa hambre de nuevo, y en la primavera empeorarán más aún las cosas. Nuestro transporte ferroviario es hoy un desastre. Por si eso fuera poco, está muy recargado de prisioneros que regresan a su patria. De Alemania huyen ahora a Rusia dos millones de personas. Estos dos millones están deshechos, agotados por completo. Han pasado más hambre que nadie. No son ya seres humanos; son sombras, esqueletos. El estado desastroso de nuestro transporte se debe más aún a la guerra intestina. No tenemos locomotoras ni vagones. La situación del abastecimiento es más grave cada día. Pues bien, ante la gravedad de las cosas, el Consejo de Comisarios del Pueblo ha dicho que si ahora tenemos un ejército y una disciplina forjada por las células del partido, que existen en cada regimiento -y ahora la mayoría de los mandos procede de los obreros, no son "hijitos de papás"; si estos mandos han comprendido que la clase obrera debe dar gente para gobernar el Estado y para formar oficiales rojos-, el ejército socialista será socialista de verdad con mandos renovados por la incorporación de oficiales rojos. Sabemos que el viraje se está dando ya. Que tenemos ejército, y en el ejército una disciplina nueva, mantenida por las células del partido, por los obreros y los comisarios que han ido por centenares de miles al frente y han explicado a los obreros y a los campesinos por qué estamos en guerra. Por eso ha cambiado nuestro ejército. Y por eso el cambio ha sido tan radical. Los periódicos ingleses informan que las tropas de Inglaterra se enfrentan ahora en Rusia con un enemigo de importancia.

Todos sabemos perfectamente lo mal que funciona nuestro organismo del abastecimiento. En él se han infiltrado ciertos grupos de individuos que engañaban, engañan y roban. Sabemos también que todos los ferroviarios de la masa obrera que cargan con todo el peso del trabajo están con el Poder soviético. Pero los que mandan en ellos están a favor del viejo régimen y sabotean el trabajo o ejercen sus funciones a regañadientes. Camaradas, sabéis que esta guerra es una guerra revolucionaria. Para triunfar en ella deben ponerse en pie todas las fuerzas populares del país. El país entero debe transformarse en un campamento revolucionario. ¡Todos deben aportar su ayuda! Esta ayuda no consiste sólo en que todos vayan al frente, sino en que gobierne la clase de nuestro Estado que conduce a todos a la liberación y sostiene el Poder soviético, pues nadie más que ella tiene derecho a hacerlo. Sabemos cuán difícil es, pues la clase obrera ha estado mucho tiempo inhabilitada para gobernar y también alejada de la instrucción; sabemos cuán difícil le es aprenderlo todo de golpe. Aun así, lo ha conseguido en el terreno militar, el más difícil y peligroso de todos. La clase obrera consciente debe ayudarnos a hacer otro tanto en los terrenos del abastecimiento y del transporte por ferrocarril. Todo ferroviario y todo el que se ocupe del abastecimiento debe considerarse soldado al pie del cañón, y no olvidar que está en guerra contra el hambre. Debe abandonar sus viejas costumbres burocráticas. El otro día promulgamos el decreto de fundación de las comisiones obreras de inspección del abastecimiento. Nos decimos que para hacer que las cosas cambien de raíz entre el personal de los ferrocarriles y lograr que sea algo así como el Ejército Rojo se necesita la participación de los obreros. Exhortad a vuestros hombres. Organizad cursillos, enseñadles y nombradlos comisarios. Sólo ellos, si nos proporcionan la gente que necesitamos, podrán hacer del ejército de viejos funcionarios una especie de ejército rojo socialista en el sector del abastecimiento, un ejército dirigido por obreros que operará de buen grado, y no por temor al palo, igual que luchan y mueren en el frente los oficiales rojos, conscientes de entregar la vida por una república socialista.

Publicado íntegro por primera vez en el tomo 28 de la 4ª edición de las "Obras" de V. I. Lenin, en 1950. En forma de breve información periodística se publicó el 18 de diciembre de 1918 en el núm. 275 de "Pravda".

T. 37, págs. 370-383.

"DEMOCRACIA" Y DICTADURA.

Los escasos números de *La Bandera Roja*, de Berlín, y de *La Llamada* (*Der Weckruf*)[76], de Viena (órgano del Partido Comunista de Austria alemana), que han llegado a Moscú nos muestran que los traidores al socialismo, que apoyaban la guerra de los tiburones imperialistas, todos esos Scheidemann y Ebert, Austerlitz y Renner, son tratados como se merecen por los verdaderos representantes de los proletarios revolucionarios de Alemania y Austria. Nosotros aplaudimos calurosamente a ambos periódicos, que evidencian la vitalidad y el desarrollo de la III Internacional.

Por lo visto, el problema principal de la revolución, tanto en Alemania como en Austria, es hoy el de qué preferir: ¿Asamblea Constituyente o Poder de los Soviets? Todos los representantes de la II Internacional, de la Internacional en bancarrota, desde Scheidemann hasta Kautsky, se manifiestan a favor de la Asamblea y denominan su punto de vista defensa de la "democracia" (Kautsky ha llegado a hablar incluso de "democracia pura"), en oposición a la dictadura. He analizado detenidamente las ideas de Kautsky en el folleto *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, que acaba de publicarse en Moscú y en Petrogrado. Trataré de exponer con brevedad la esencia de la cuestión litigiosa que, prácticamente, está hoy a la orden del día en todos los países capitalistas adelantados.

Los Scheidemann y los Kautsky hablan de "democracia pura" o de "democracia" en general para engañar a las masas y ocultarles el carácter *burgués* de la democracia *contemporánea*. ¡Que la burguesía continúe manteniendo en sus manos todo el mecanismo del poder del Estado, que un puñado de explotadores continúe utilizando la vieja máquina burguesa del Estado! Como es lógico, a la burguesía le gusta calificar de "libres", "iguales", "democráticas" y "universales" las elecciones celebradas en tales condiciones, pues esas palabras sirven para ocultar la verdad, para ocultar que la propiedad de los medios de producción y el poder político siguen en manos de los explotadores y que, por eso, no se puede hablar siquiera de libertad efectiva, de igualdad efectiva para los explotados, es decir, para la inmensa mayoría de la población. Para la burguesía es conveniente e imprescindible ocultar al pueblo el carácter *burgués* de la democracia contemporánea, presentarla como democracia en general o como "democracia pura", y los Scheidemann y los Kautsky también, al repetirlo, abandonan *de hecho* el punto de vista del proletariado y se pasan al lado de la burguesía.

Marx y Engels, cuando firmaron juntos por última vez el prefacio del *Manifiesto Comunista* (fue en 1872), consideraron necesario señalar de manera especial a los obreros que el proletariado no puede limitarse a tomar posesión de la máquina estatal existente (es decir, burguesa) y ponerla en marcha para sus propios fines, sino que debe destruirla, demolerla. El renegado Kautsky escribió todo un folleto sobre *La dictadura del proletariado*, ocultando a los obreros este importantísimo axioma marxista, adulterando la esencia del marxismo; y, naturalmente, las loas que los señores Scheidemann y Cía. prodigaron a ese folleto fueron plenamente merecidas, como loas de agentes de la burguesía a un hombre que se pasa al lado de ésta.

Hablar de democracia pura, de democracia en general, de igualdad, de libertad, de universalidad, cuando los obreros y todos los trabajadores están hambrientos, desnudos, arruinados y torturados no sólo por la esclavitud asalariada capitalista, sino también por una guerra de rapiña que dura cuatro años, mientras los capitalistas y los especuladores continúan poseyendo la "propiedad" robada y la máquina "existente" del Estado, es burlarse de los trabajadores y los explotados. Eso está en pugna con los axiomas fundamentales del marxismo, que enseña a los obreros: debéis utilizar la democracia burguesa, inmenso progreso histórico en comparación con el feudalismo, pero no olvidéis ni un solo instante el carácter burgués de esa "democracia", su carácter convencional y limitado en el plano histórico, no compartáis la ¡"fe supersticiosa" en el "Estado", no olvidéis que incluso en la república más democrática, y no sólo en las monarquías, el Estado no es sino una máquina para la opresión de una clase por otra.

La burguesía se ve obligada a mentir hipócritamente y a llamar "poder de todo el pueblo", democracia en general o democracia pura a la república democrática (*burguesa*), que es, de hecho, la dictadura de la burguesía, la dictadura de los

explotadores sobre las masas trabajadoras. Los Scheidemann y los Kautsky, los Austerlitz y los Renner (ahora, desgraciadamente, con la ayuda de Federico Adler) apoyan esta falsedad y esta hipocresía. Pero los marxistas, los comunistas, la desenmascaran y dicen sin tapujos a los obreros y a las masas trabajadoras la pura verdad: de hecho, la república democrática, la Asamblea Constituyente, las elecciones populares, etc., etc., son la dictadura de la burguesía, y para liberar al trabajo de la opresión del capital no hay más camino que la sustitución de esa dictadura por la *dictadura del proletariado*. Sólo la dictadura del proletariado puede liberar a la humanidad del yugo del capital, de la mentira, de la falsedad, de la hipocresía de la democracia burguesa, de esa democracia *para los ricos*, y establecer la democracia *para los pobres*, es decir, hacer los beneficios de la democracia patrimonio *efectivo* de los obreros y los campesinos pobres, pues ahora (incluso en la república -*burguesa*- más democrática) esos beneficios son, de hecho, inasequibles para la inmensa mayoría de los trabajadores.

Tomemos, por ejemplo, la libertad de reunión y la libertad de imprenta. Los Scheidemann y los Kautsky, los Austerlitz y los Renner aseguran a los obreros que las actuales elecciones a la Asamblea Constituyente en Alemania y en Austria se efectúan "democráticamente". Eso es una mentira, pues, *de hecho*, los capitalistas, los explotadores, los terratenientes, los especuladores poseen las nueve décimas partes de los mejores edificios aptos para celebrar reuniones y las nueve décimas partes de las reservas de papel, de las imprentas, etc. El obrero en la ciudad, el bracero y el jornalero en el campo son puestos, *de hecho*, al margen de la democracia tanto por ese "derecho sagrado de la propiedad" (defendido por los señores Kautsky y Renner, a los que, desgraciadamente, se ha pasado Federico Adler) como por la máquina burguesa del poder estatal, es decir, por los funcionarios burgueses, los jueces burgueses, etc. La actual "libertad de reunión e imprenta" en la república "democrática" (democrática burguesa) alemana es una mentira y una hipocresía, porque, *de hecho*, es *la libertad de los ricos* para comprar y sobornar la prensa, *la libertad de los ricos* para embriagar al pueblo con el apestoso aguardiente de las mentiras de la prensa burguesa, *la libertad de los ricos* para tener "en propiedad" las mansiones señoriales, los mejores edificios, etc. La dictadura del proletariado *quitará* a los capitalistas, en beneficio de los trabajadores, las mansiones señoriales, los mejores edificios, las imprentas, los almacenes de papel.

Eso será la sustitución de la democracia "de todo el pueblo", de la democracia "pura", por la "dictadura de una sola clase", vociferan los Scheidemann y los Kautsky, los Austerlitz y los Renner (al unísono con sus correligionarios de otros países, los Gompers, los Henderson, los Renaudel, los Vandervelde y Cía.).

No es cierto, respondemos nosotros. Será la sustitución de la dictadura efectiva de la burguesía (dictadura que encubren hipócritamente con formas de república democrática burguesa) por la dictadura del proletariado. Será la sustitución de la democracia para los ricos por la democracia para los pobres. Será la sustitución de la libertad de reunión y de imprenta para la minoría, para los explotadores, por la libertad de reunión y de imprenta para la *mayoría* de la población, para los trabajadores. Será *una ampliación* gigantesca, de importancia histórica mundial, de la democracia, su conversión de mentira en verdad, la liberación de la humanidad de las cadenas del capital, que *deforma* y merma toda democracia *burguesa*, incluso la más "democrática" y republicana. Será la sustitución del Estado burgués por el Estado *proletario*, sustitución que es el único camino hacia la extinción absoluta del Estado.

¿Por qué no se puede alcanzar ese fin sin la dictadura de una sola clase? ¿Por qué no se puede pasar directamente a la democracia "pura"? - preguntan los hipócritas amigos de la burguesía o los ingenuos pequeños burgueses y filisteos, embaucados por ella.

Nosotros respondemos: porque en toda sociedad capitalista únicamente pueden tener una importancia decisiva la burguesía o el proletariado, y los pequeños propietarios son inevitablemente vacilantes, impotentes y necios soñadores que aspiran a la democracia "pura", es decir, a la democracia al margen de las clases o por encima de ellas. Porque de una sociedad en que una clase oprime a otra no se puede salir si no es mediante la dictadura de la clase oprimida. Porque vencer a la burguesía, derrocarla, sólo puede el proletariado, por ser la única clase unida y "adiestrada" por el capitalismo y ser capaz de arrastrar tras de sí -o, por lo menos, de "neutralizar"- a la masa vacilante de los trabajadores que viven a lo pequeñoburgués. Porque sólo empalagosos pequeños burgueses y filisteos pueden soñar, engañándose a sí mismos y engañando a los obreros, con derrocar la opresión del capital sin un largo y difícil *aplastamiento de la resistencia* de los explotadores. En Alemania y en Austria esa resistencia aún no se ha desplegado abiertamente, porque no ha empezado todavía la expropiación de los expropiadores. Esa resistencia será desesperada, rabiosa, cuando empiece dicha expropiación. Al ocultarse eso a sí mismos y ocultarlo a los obreros, los Scheidemann y los Kautsky, los Austerlitz y los Renner traicionan los intereses del proletariado, pasan, en el momento más decisivo, de la posición de la lucha de clase y del derrocamiento del yugo de la burguesía a la posición del acuerdo del proletariado con la burguesía, a la posición de la "paz social" o conciliación de los explotadores con los explotados.

Las revoluciones son las locomotoras de la historia, dijo Carlos Marx[77]. Las revoluciones enseñan con rapidez. Los obreros de las ciudades, los braceros de las aldeas de Alemania y Austria comprenderán en seguida la traición hecha a la causa del socialismo por los Scheidemann y los Kautsky, los Austerlitz y los Renner. El proletariado echará por la borda a esos "socialtraidores", socialistas de palabra y traidores al socialismo de hecho, del mismo modo que echó por la borda en Rusia a idénticos pequeños burgueses y filisteos, a los mencheviques y los "socialistas-revolucionarios". El proletariado verá -y tanto antes, cuanto mayor sea el dominio de los mencionados "jefes"- que el camino al socialismo puede abrirlo únicamente la sustitución del Estado burgués, aunque sea la república burguesa más democrática, por un Estado del tipo de la Comuna de París (del que tanto habló Marx, tergiversado y traicionado por los Scheidemann y los Kautsky) o por un Estado del tipo de los Soviets. La dictadura del proletariado librará a la humanidad del yugo del capital y de las guerras.

Moscú, 23 de diciembre de 1918.

Publicado el 3 de enero de 1919 en el núm. 2 de "Pravda".

T. 37, págs. 388-393.

DISCURSO EN EL II CONGRESO NACIONAL DE LOS CONSEJOS DE ECONOMÍA.

El 25 de diciembre de 1918.

(*Ovación.*) Camaradas: Permitidme que diga ante todo algunas palabras sobre la situación internacional de la República Soviética. Claro que todos sabéis que lo principal en este sentido es la victoria de los imperialistas ingleses, franceses y norteamericanos y las tentativas que hacen por adueñarse definitivamente del mundo entero y, sobre todo, por hundir a la Rusia Soviética.

Sabéis que, al comenzar la Revolución de Octubre, no sólo la mayor parte de la burguesía de Europa Occidental, sino también cierto sector de la burguesía de Rusia creían que lo sobrevenido en nuestro país era una especie de experimento socialista sin trascendencia seria ni enjundiosa desde el punto de vista universal. Los burgueses de singulares desfachatez y miopía sostenían a menudo que los experimentos comunistas de Rusia no podían producir sino gozo al imperialismo alemán. Por desgracia, había gente que se dejaba cegar por esas diatribas y, entre otras cosas, enjuiciaba con ese criterio las condiciones de dureza y violencia increíbles del Tratado de Paz de Brest. En realidad, esa gente incitaba a sabiendas y sin querer el patriotismo de clase pequeñoburgués y evaluaba la situación, que iba de mal en peor, desde el punto de vista de que el enemigo principal era el imperialismo alemán y de que esa paz impuesta por la violencia en condiciones de inaudita expoliación era un triunfo del imperialismo alemán, y no desde el punto de vista de su trascendencia universal ni del transcurso de los acontecimientos a escala mundial.

En efecto, si examinamos los acontecimientos de ese período en lo tocante a la situación de Rusia, peores condiciones no se pueden ni imaginar. Sin embargo, unos meses después, cuando los alemanes conquistaban Ucrania y se jactaban ante la burguesía alemana, y aún más ante el proletariado alemán, de que había llegado el momento de cosechar los frutos de la política imperialista, y de que en Ucrania obtendrían todo cuanto Alemania necesitaba, se vio lo absurdas que eran las deducciones de los imperialistas alemanes. Su evaluación de los acontecimientos era de lo más estrecha y miope.

Mas no tardó en quedar claro que asistía la razón sólo a quienes examinaban los acontecimientos desde el punto de vista de su impacto en el desarrollo de la revolución mundial. Justamente el ejemplo de Ucrania, que padeció inauditos sufrimientos, ha mostrado que el único juicio certero de lo que ocurría era el basado en el estudio y la atenta observación de la marcha de la revolución proletaria internacional. El imperialismo ha sido arrinconado por las masas trabajadoras, que habían sido puestas ya en una situación de gravedad insoportable. Ahora vemos que ha sido uno de los eslabones del proceso de incremento de la revolución mundial.

Los imperialistas alemanes han podido sacar de Ucrania muchos menos bienes materiales de los que esperaban. Entre tanto, esa transformación de la guerra en una manifiesta expoliación corrompió a todo el ejército alemán, y el contacto con la Rusia Soviética introdujo en este ejército de trabajadores alemanes esa descomposición que se ha dejado notar unos meses después. Y ahora, cuando el imperialismo angloamericano es más insolente aún y se siente el dueño y señor de la situación, al que nadie puede oponer resistencia, no cerramos los ojos ante el estado de suma gravedad en que nos encontramos. Las potencias de la Entente[78] han ido más allá de lo que permite la política burguesa, se han extralimitado igual que se extralimitaron los imperialistas alemanes en febrero y marzo de 1918, al concluir el Tratado de Paz de Brest. La misma causa que dio lugar al hundimiento del imperialismo alemán vuelve a perfilarse con nitidez ante el imperialismo anglo-francés. Este ha impuesto a Alemania condiciones de paz mucho peores y más duras que las que nos impuso Alemania, al concertar la paz de Brest. Con ello, el imperialismo anglo-francés ha rebasado ese límite que será funesto para él en lo sucesivo, pues una vez cruzado ese límite, el imperialismo pierde la esperanza de mantener sojuzgadas a las masas trabajadoras.

A pesar del griterío de los chovinistas con motivo de su victoria y del descalabro de Alemania, a pesar de que la guerra aún no ha terminado oficialmente, vemos ya en Francia e Inglaterra síntomas de un crecimiento extraordinario del movimiento obrero y de cambio de actitud de políticos que antes eran chovinistas y ahora se oponen a las tentativas de sus respectivos gobiernos de intervenir en los asuntos de

Rusia. Si junto a esto ponemos las noticias aparecidas últimamente en los periódicos acerca de que los soldados ingleses y norteamericanos han empezado a confraternizar con los nuestros y si recordamos que los ejércitos imperialistas están formados por ciudadanos sometidos a engaño y amenazas, podremos admitir que la Rusia Soviética pisa terreno bastante firme. Teniendo presente este cuadro general de la guerra y la revolución mundiales, nos sentimos muy tranquilos, tenemos una seguridad absoluta en el futuro y afirmamos que el imperialismo anglo-francés ha ido tan lejos que ha rebasado todos los límites de una paz alcanzable para los imperialistas, que corre peligro de un desastre completo.

Las potencias de la Entente, que continúan la guerra imperialista, se han planteado el objetivo de sofocar la revolución y apoderarse de todos los países del mundo y repartírselos; pero, aunque Inglaterra y Norteamérica han estado mucho más al margen de los horrores de la guerra que Alemania, y aunque su burguesía, agrupada en organizaciones democráticas, es mucho más perspicaz que la alemana, los imperialistas ingleses y norteamericanos han perdido la cabeza, y ahora, en virtud de las condiciones objetivas, se ven obligados a acometer una obra que está por encima de sus fuerzas. Se ven obligados a mantener tropas para apaciguar y reprimir.

No obstante, las condiciones en que nos encontramos exigen que pongamos nuestras fuerzas en máxima tensión. Y debemos seguir concediendo a cada mes más valor que antes a un decenio, puesto que hacemos cien veces más: no nos limitamos a defender la República rusa; estamos realizando una magna obra para el proletariado mundial. La preparación de un plan de organización y el establecimiento de nuestras relaciones generales requieren de nosotros gran tensión e inmenso trabajo.

Pasando al problema de nuestras tareas inmediatas, debo decir que ya hemos hecho lo esencial y, en el período transcurrido entre el primero[79] y el segundo Congresos de los Consejos de Economía Nacional, hemos trazado el tipo fundamental de los trabajos. Hemos compuesto con la colaboración de los sindicatos y colocado sobre sólida base un plan general de dirección de la industria, de las empresas nacionalizadas y de sectores completos de la industria. Por otra parte, seguiremos combatiendo como hasta ahora todas las tendencias sindicalistas, separatistas, localistas y regionalistas, que perjudican nuestra causa.

El estado de guerra hace recaer sobre nosotros una responsabilidad especial y nos impone duras tareas. La dirección colegiada debe ejercerse con la participación de los sindicatos. Los consejos colegiados son necesarios, pero no deben convertirse en trabas de la ejecución de la obra práctica. Y cuando, entre otras cosas, he tenido ahora ocasión de ver cómo cumplen nuestras empresas las tareas económicas, salta a la vista sobre todo que la parte ejecutiva de nuestra labor, dependiente de un debate colectivo, frena a veces su cumplimiento. El paso de la ejecución colectiva a la responsabilidad personal es la tarea del día.

Exigiremos de manera categórica que todos los Consejos de Economía Nacional, direcciones generales y centros administrativos cuiden de que el sistema de dirección colegiada no se reduzca a hablar por hablar, a escribir resoluciones, a componer planes y manifestar favoritismos regionales. Eso es intolerable[*]. Exigiremos de manera categórica que todos los miembros de los consejos de economía nacional, de las direcciones generales y centros administrativos sepan de qué rama estricta de la economía responden. Cuando recibimos noticias de que hay materia prima disponible, pero los encargados de ella no saben cuánta ni cómo contarla; cuando nos llegan quejas de que hay almacenes llenos de mercancías, pero cerrados con llave, mientras los campesinos reclaman, y reclaman con justicia, el intercambio de mercancías y se niegan a entregar el trigo y el centeno a cambio de billetes desvalorizados, debemos saber qué miembro de qué consejo colegiado se dedica al papeleo y decir que él es quien responde del papeleo y quien asume la responsabilidad desde el punto de vista defensivo, es decir, de que será detenido en el acto y procesado en consejo de guerra, aunque sea miembro del sindicato más importante y de la dirección general más importante. Esa persona debe responder de la medida en que se hayan puesto en práctica las cosas más simples y elementales, como la cuenta de los artículos almacenados y el aprovechamiento

[*] En la información periodística publicada el 26 de diciembre de 1918 en el ném. 42 de *Ekonomíscheskaya Zhizn*, el texto comprendido entre las palabras "El paso de la ejecución colectiva" y "Eso es intolerable" se expone como sigue: "La tarea del día es pasar, en el terreno ejecutivo, de la responsabilidad colectiva a la responsabilidad unipersonal. Lo que vemos hoy día, como ha dicho con mucho tino el camarada Krasin, es un atasco en toda Rusia. Perdemos demasiado tiempo en palabras estériles que redundan en perjuicio de la causa común. Por ejemplo, ahora tenemos suficientes pellicos y no sólo para el ejército, sino también para los ferroviarios, que trabajan en condiciones de crudeza insoportable, y no reciben esas prendas de abrigo porque no se ha organizado su registro y envío.
A partir de hoy exigiremos de manera categórica a los consejos de economía nacional, a las direcciones generales y a los centros administrativos que el sistema de dirección colegiada no degenere en prácticas de hablar por hablar, escribir resoluciones, hacer planes y manifestar favoritismos regionales. El gobierno exige categóricamente el envío de pellicos, y de los centros regionales se reciben contestaciones evasivas de que ese asunto ya lo han tratado y siguen teniendo su opinión peculiar al respecto. Eso es intolerable". (*N. de la Edit.*)

adecuado que se les dé. El cumplimiento de tareas tan elementales como éstas es el que más nos cuesta en la mayoría de los casos.

Desde el punto de vista histórico, eso no debe causal ningún recelo, pues al emprender una obra de formas nuevas y desconocidas hasta ese momento, hay que emplear cierto tiempo en trazar un plan general de organización que se desplegará luego, en el proceso de trabajo. Al contrario, lo que debe extrañar es lo mucho que se ha hecho en esta esfera en tan poco tiempo. Pero, desde el punto de vista militar y socialista, cuando el proletariado nos exige el máximo de energía para que haya trigo y zamarras, para que los obreros no sientan tanto la falta de calzado, de comestibles y otras cosas, hay que triplicar y aun decuplicar el intercambio de mercancías. Este aspecto del problema debe ser una de las tareas inmediatas de los consejos de economía nacional.

Necesitamos la labor práctica de personas que asuman la responsabilidad del intercambio del trigo y otros cereales por mercancías, que estén al tanto de que el trigo no quede almacenado, de que en cada almacén se lleve no sólo la cuenta de las existencias de materia prima, sino que ésta no se guarde allí sin salida y que se coadyuve de verdad en la esfera de la producción.

En cuanto a las cooperativas, también se las debe abordar desde el lado práctico. Cuando oigo a miembros de los consejos de economía decir que las cooperativas son cosa de mercaderes, que quienes las componen son mencheviques y guardias blancos y que, por lo tanto, debemos apartarnos de ellas cuanto más, mejor, afirmo que esa gente muestra una ignorancia completa del problema. No comprenden en absoluto cuál es la tarea del momento, pues, en lugar de reconocer que los buenos cooperativistas son gente entendida, los tienen por partidarios de los guardias blancos. Afirmo que se meten donde no los llaman: para cazar a los guardias blancos tenemos las comisiones extraordinarias, y a ellas hay que dejarles que cumplan con su cometido. Por lo que respecta a las cooperativas, son el único organismo creado por la sociedad capitalista que debemos aprovechar. Por eso reprimiremos con el rigor implacable del estado de guerra todo intento de sustituir la acción con disquisiciones personificadoras de la miopía, la más burda estupidez y la autosuficiencia intelectualoide. (*Clamorosos aplausos*.)

Si pasado un año, las cosas siguen mal hasta la fecha, si seguimos discutiendo planes, mientras se nos plantean tareas prácticas, y el país reclama pan, calzado de fieltro y oportuna distribución de las materias primas, son intolerables el papeleo y la farragosa tramitación oficinesca, así como la intromisión en asuntos de incumbencia ajena.

Entre nuestro personal haya veces elementos que se inclinan por los guardias blancos; pero si funciona el control comunista en todas nuestras instituciones, esos elementos no podrán alcanzar peso político ni desempeñar cargos directivos. De eso no hay ni que hablar. Pero nos hacen falta como funcionarios con práctica y no tenemos por qué temerlos. No dudo de que los comunistas son gentes de la mejor ni de que entre ellos hay excelentes organizadores; pero para obtener organizadores de este tipo en número considerable se necesitan años y años, y nosotros no podemos esperar.

Ahora podemos sacar los funcionarios que necesitamos de entre la burguesía, de entre los especialistas e intelectuales. Y preguntaremos a todos los camaradas que trabajan en los consejos de economía: ¿qué habéis hecho, señores, para incorporar al trabajo a la gente con experiencia? ¿Qué medidas habéis tomado para atraer a los especialistas, a los dependientes de comercio, a los cooperativistas burgueses competentes que han de trabajar para vosotros tan bien como lo hicieran para unos Kolupáiev y Razuváiev[80] cualesquiera? Ya va siendo hora de abandonar los viejos prejuicios y de llamar a todos los especialistas que nos hacen falta para nuestro trabajo. Esto deben saberlo todas nuestras administraciones colegiadas, todos nuestros funcionarios comunistas. En esa actitud ante la obra emprendida está la garantía del éxito.

Ya hemos hablado bastante y de todo lo habido y por haber; es hora de que pasemos a la labor práctica que puede sacar a nuestro país del círculo cerrado en que lo meten los imperialistas. Este es el punto de vista que debe tener todo el personal de los Soviets y de las cooperativas. ¡Necesitamos obrar y más obrar! El proletariado perderá mucho si no sabe utilizar el poder, después de haberlo tomado, si no sabe plantear el problema en la práctica y resolverlo de manera práctica. Ya es hora de abandonar el prejuicio de que nadie más que los comunistas -entre quienes hay sin duda gente magnífica- pueden llevar a cabo un trabajo concreto. Ya es hora de que se abandone este prejuicio: necesitamos a funcionarios diligentes que sepan lo que se llevan entre manos, y nosotros debemos incorporarlos a todos al trabajo.

El capitalismo nos ha dejado una herencia inmensa, nos ha dejado a sus mejores especialistas, que debemos utilizar sin falta y en proporciones masivas, poniéndolos a todos en juego. No tenemos absolutamente nada de tiempo para preparar a especialistas entre nuestros comunistas, porque ahora todo estriba en la labor práctica, en los resultados prácticos.

Hay que hacer de manera que cada miembro de los Consejos colegiados, cada miembro de las instituciones de responsabilidad se haga cargo de una tarea determinada y se responsabilice por completo de ella. Es indispensable que todo el que se haga cargo de una rama determinada, responda de todo, tanto de la producción como de la distribución. Debo

deciros que la situación de nuestra República Soviética es tal que, si distribuimos bien el trigo y los otros artículos, podremos sostenernos muchísimo tiempo. Mas para ello hay que aplicar sin falta una política acertada de ruptura decisiva con toda práctica burocrática. Hay que obrar con rapidez y energía, hay que nombrar a personas concretas para cada trabajo concreto de responsabilidad y lograr que todos sepan con exactitud cuál es su función y respondan concretamente de ella, que respondan de ella con la cabeza. Esa es la política que aplicamos en el Consejo de Comisarios del Pueblo y en el Consejo de Defensa, y a esa política hay que supeditar toda la actividad de los consejos de economía y de las cooperativas. Por ese derrotero debe ir la política del proletariado.

Hay que hacer de manera que el engranaje del intercambio de mercancías funcione sin fallar. En ello estriba ahora todo el problema, y en esta esfera nos aguarda un gran trabajo. Para concluir, os llamo a todos con insistencia a abordar ese trabajo. (*Prolongados aplausos*.)

Publicado íntegro por primera vez en 1919 en el libro "II Congreso Nacional de los Consejos de Economía. Actas taquigráficas".

T. 37, págs. 394-401.

SOBRE LAS TAREAS DE LOS SINDICATOS.

I

Cada una de las tesis de Tomski, Radus-Zenkóvich y Noguín expresan el punto de vista de su "especialidad" respectiva, a saber, del dirigente de los sindicatos, del Comisariado y de las cooperativas con cajas de seguros.

Por eso, cada grupo de tesis adolece de unilateralidad por la manera de recalcar uno de los aspectos de la cuestión y de velar y oscurecer los problemas fundamentales sujetos a principios.

El planteamiento adecuado de estos problemas fundamentales del movimiento sindical de nuestros días y de su actitud ante el Poder soviético requiere sobre todo que se tengan en cuenta con acierto las peculiaridades del momento *actual*, *concreto*, en el tránsito del capitalismo al socialismo.

Los tres autores han destacado poco o casi no han destacado este aspecto esencial de la cuestión.

II

La peculiaridad principal del momento presente, en el aspecto que estamos examinando, es la siguiente:

El Poder soviético, como dictadura del proletariado, ha triunfado tanto entre las masas proletarias de la ciudad como entre los campesinos pobres; pero aún está lejos de abarcar con la propaganda comunista y con una organización sólida a todas las profesiones y a toda la masa de semiproletarios.

De ahí la importancia especial, exclusiva en el momento presente, que reviste el desplegar una intensa propaganda y una vasta labor de organización, por una parte, con el fin de extender nuestra influencia a los sectores de obreros y empleados *menos soviéticos* (es decir, que están más lejos de aceptar en su totalidad la plataforma soviética) y de supeditarlos al movimiento general del proletariado; y, por otra, con el fin de despertar el interés ideológico, poner en pie y unir mediante la organización a los sectores y elementos menos desarrollados del proletariado y del semiproletariado, como son, por ejemplo, los peones, el personal de servicio doméstico en las ciudades, los semiproletarios del campo, etc.

La segunda peculiaridad fundamental de este momento consiste en que la edificación de la sociedad socialista en nuestro país está ya en marcha, es decir, no sólo se ha presentado como tarea y como objetivo práctico inmediato, sino que ha creado una serie de importantes organismos de esta edificación (por ejemplo, los consejos económicos), ha adquirido cierta práctica de conexión de los mismos con las organizaciones de masas (sindicatos, cooperativas) y ha acumulado cierta experiencia práctica. A la vez, aún no se ha dado cima, ni mucho menos, a la edificación, no ha terminado ésta, quedan todavía muchas lagunas, no se ha asegurado aún lo más esencial (por ejemplo, el acopio y la distribución acertada de cereales, la obtención y distribución de combustible) y es todavía insuficiente en sumo grado la participación de las grandes masas trabajadoras en esta edificación.

III

De esa situación se desprenden las siguientes tareas de los sindicatos en el momento que estamos atravesando.

No cabe ni hablar siquiera de "neutralidad" de los sindicatos. Toda propaganda de la neutralidad es o bien un encubrimiento hipócrita del espíritu contrarrevolucionario o bien una manifestación de total inconsciencia.

Ahora somos lo bastante fuertes en el núcleo fundamental del movimiento sindical para poder subordinar a nuestra influencia y a la disciplina general proletaria tanto a los elementos no comunistas, atrasados o pasivos, dentro de los sindicatos, como a los sectores de trabajadores que en algunos aspectos siguen siendo pequeñoburgueses.

Por eso, la tarea principal no estriba hoy en romper la resistencia de un enemigo fuerte, pues ya no existe ese enemigo entre las masas del proletariado y del semiproletariado en la Rusia Soviética, sino en superar con una labor tesonera, perseverante y más amplia de instrucción y de organización los prejuicios de determinados sectores pequeñoburgueses del proletariado y del semiproletariado, en ampliar de continuo la base del Poder soviético, que todavía no es lo suficientemente extensa (es decir, aumentar el número de obreros y

de campesinos pobres que participen de modo directo en la administración pública), en instruir a los sectores atrasados de los trabajadores (no sólo con libros, conferencias y periódicos, sino mediante la participación práctica en la administración) y en buscar *nuevas formas orgánicas* tanto para estas nuevas tareas del movimiento sindical en general como para atraer a las masas incomparablemente más numerosas del semiproletariado, a los campesinos pobres, pongamos por caso.

Por ejemplo, incorporar *a todos* los miembros de los sindicatos a la administración pública mediante el nombramiento de comisarios, la participación en grupos volantes de control, etc., etc. Incorporar al personal de servicio doméstico, primero, a la labor de las cooperativas, al abastecimiento público, al control de la producción de artículos de uso y consumo, etc., y, más tarde, a un trabajo de mayor responsabilidad y menor "estrechez", observando, claro está, la debida gradación.

Incorporar a los "especialistas" a la gestión pública al lado de los obreros e inspeccionar su labor.

Las formas transitorias requieren más amplitud en el terreno de la organización. Por ejemplo, los comités de campesinos pobres en las zonas rurales desempeñan un papel gigantesco. Cabe temer que su fusión con los Soviets conduzca en algunos sitios a dejar a las *masas* semiproletarias *fuera* de la organización permanente. No se puede renunciar a la tarea de organizar a los campesinos pobres so pretexto de que no son obreros asalariados. Se puede y se debe buscar, buscar y buscar nuevas formas, aunque sólo sea, por ejemplo, fundando sindicatos de campesinos pobres (que pueden ser esos mismos comités de campesinos pobres), como sindicatos de los campesinos *más pobres*, (a) no interesados en la especulación del trigo ni en los precios altos del mismo, (b) que aspiran a mejorar sus condiciones de vida con medidas generales para todos, (c) que aspiran a intensificar el laboreo colectivo de la tierra, (d) que buscan la alianza permanente con los obreros de la ciudad, etc.

Ese sindicato de campesinos pobres podría constituir una *sección especial* del Consejo de los Sindicatos de toda Rusia para que no se impusiera sobre los elementos netamente proletarios. La forma se puede modificar y se debe buscar en correspondencia con la práctica, con la nueva tarea de abarcar a nuevos tipos sociales de transición (los campesinos pobres no forman parte del proletariado, y ahora ni siquiera del semiproletariado, pero *son los que* más cerca están del semiproletariado, por cuanto aún no ha desaparecido el capitalismo, y al mismo tiempo *son los que* más simpatizan con la idea del paso al socialismo)...

(*Aquí se interrumpe el manuscrito*.)

Escrito en diciembre de 1918 y primera mitad de enero de 1919. Publicado por primera vez en 1933, en la "Recopilación Leninista", t. XXIV.

T. 37, págs. 403-406.

UNA PEQUEÑA ILUSTRACIÓN PARA ACLARAR GRANDES PROBLEMAS.

El camarada Sosnovski, director de *Btednotá*[81], me ha traído un libro magnífico. Hay que darlo a conocer al mayor número posible de obreros y campesinos. De él hay que sacar enseñanzas de lo más serias sobre las cuestiones primordiales de la edificación socialista, explicadas maravillosamente con ejemplos vivos. Es el libro del camarada Alexandr Todorski *Un año con el fusil y el arado*, editado en la ciudad de Vesiegonsk por el Comité Ejecutivo del distrito con motivo del aniversario de la Revolución de Octubre.

El autor describe la experiencia de un año de labor de los dirigentes que organizaron el Poder soviético en el distrito de Vesiegonsk: primero, la guerra civil, la sublevación de los kulaks locales y su aplastamiento; después, el "ordenamiento pacífico de la vida". La descripción del curso de la revolución en este distrito perdido es en ese libro tan sencilla y tan viva a la vez que, referirla, no significaría sino debilitar la impresión que produce su lectura. Hay que difundir ese libro con la mayor amplitud y expresar el deseo de que describan su experiencia cuantos más militantes mejor de los que han trabajado entre las masas y con las masas, en la entraña misma de la vida. La publicación de varios centenares o, al menos, de unas cuantas decenas de las mejores descripciones, las más verídicas, las más sencillas y ricas por su valioso contenido concreto sería infinitamente más útil para la causa del socialismo que numerosos escritos publicados en periódicos, revistas y libros por literatos patentados, a los que, en muchos casos, el papel les impide ver la vida.

Tomaré un pequeño ejemplo del relato del camarada A. Todorski. En él se trata de no dejar "desocupadas" las "manos comerciales" y de estimuladas a "ponerse a trabajar".

> "...Con este fin se hizo comparecer al Comité Ejecutivo a tres enérgicos y dinámicos jóvenes industriales: E. Efrémov, A. Lóguinov y N. Kozlov, los cuales, amenazados de encarcelamiento y confiscación de todos sus bienes, accedieron a montar una serrería y una curtiduría de pieles de becerro, a lo que ellos procedieron inmediatamente.
>
> "El Poder soviético no se equivocó en la elección de las personas idóneas, y hay que decir en honor de los industriales que fueron casi los primeros en comprender que no trataban con "huéspedes casuales por dos semanas", sino con verdaderos dueños que sujetaban el poder con mano firme.
>
> "Después de haber comprendido eso bien, empezaron a poner en ejecución con energía las disposiciones del Comité Ejecutivo, y hoy día Vesiegonsk cuenta ya con una serrería que funciona a pleno rendimiento, satisface todas las necesidades de la población local y, además, cumple encargos para el ferrocarril en construcción.
>
> "En cuanto a la curtiduría, el local está ya instalado y ahora se procede al montaje del motor, de los tambores y de las otras máquinas llegadas de Moscú; dentro de mes y medio o dos meses, Vesiegonsk tendrá cuero de becerro de fabricación propia.
>
> "El montaje de dos fábricas soviéticas por manos "no soviéticas" es un buen ejemplo de cómo se debe luchar contra la clase que nos es hostil.
>
> "Dar en los nudillos a los explotadores, impedirles que nos perjudiquen o "acabar con ellos" no es más que la mitad de la obra. Habremos cumplido bien con nuestro cometido cuando les hagamos trabajar y ayudemos a mejorar la vida nueva y consolidar el Poder soviético mediante lo hecho con sus manos".

Habría que grabar en placas este magnífico y acertadísimo razonamiento y ponerlo en lugar visible en todos los consejos de economía nacional, en todos los organismos de abastecimiento, en todas las fábricas, en las secciones agrarias, etc. Porque lo que han comprendido los camaradas de Vesiegonsk, rincón perdido, se obstinan en no comprenderlo muchos funcionarios soviéticos de las capitales. No es raro encontrar a un intelectual o a un obrero adicto a los Soviets, a un comunista que tuerce desdeñosamente el gesto cuando oye hablar de las cooperativas y declara con sumo empaque y no menos necedad que en ellas no hay manos soviéticas, que las integran burgueses, tenderos, mencheviques, y que, en tal lugar y en tal momento, los

cooperativistas encubrieron con sus operaciones financieras una ayuda a los guardias blancos; que el mecanismo del aprovisionamiento y distribución de nuestra República socialista deben constituirlo manos limpias, manos soviéticas.

Ese razonamiento es típico en el sentido de que la verdad va tan entrelazada con la mentira que resulta la deformación más peligrosa de las tareas del comunismo, y eso infiere un daño insondable a nuestra causa.

Si, las cooperativas son un mecanismo de la sociedad burguesa nacido en un ambiente de "chalaneo" que ha formado a sus dirigentes en el espíritu de la política burguesa y de la concepción burguesa del mundo, un mecanismo que, por esa razón, proporciona un elevado porcentaje de guardias blancos o de cómplices de los guardias blancos. Eso es indiscutible. Pero lo peor es cuando se empiezan a sacar conclusiones estúpidas de una verdad indiscutible, simplificándola y aplicándola torpemente. No podemos construir el comunismo más que con los materiales que ha creado el capitalismo, más que con ese mecanismo culto que se ha formado en un ambiente burgués, y, por ello -cuando se habla del material humano como parte de ese mecanismo culto-, está necesariamente impregnado de psicología burguesa. En eso reside la dificultad de la edificación de la sociedad comunista, pero eso es también la garantía de la posibilidad y del éxito de dicha edificación. Lo que distingue al marxismo del viejo socialismo utópico es que este último quería construir la nueva sociedad, no con la masa de material humano engendrada por el capitalismo expoliador, inmundo, sangriento de los tenderos, sino con seres extraordinariamente virtuosos criados en estufas e invernaderos especiales. Esta idea ridícula hace reír hoy a todos y es abandonada por todos, pero no todos quieren o no todos saben meditar la doctrina opuesta, el marxismo, meditar cómo se puede (y se debe) construir el comunismo con una masa de material humano viciado por siglos y milenios de esclavitud, de servidumbre, de capitalismo, de pequeña producción de cada cual por su lado, viciado por la guerra de todos contra todos para conquistar un puestecito en el mercado, para vender a mayor precio los productos o el trabajo.

Las cooperativas son un mecanismo burgués. De ello se desprende que no son merecedoras de confianza *política*; pero en modo alguno que se pueda renunciar a utilizarlas con fines de administración y edificación. La desconfianza política hace que no se deba encomendar a gente no soviética puestos de responsabilidad *política*. Hace que las comisiones extraordinarias vigilen atentamente a los individuos de las clases, sectores o grupos que se inclinan por el régimen de los guardias blancos. (A este respecto, dicho sea entre paréntesis, no es, ni mucho menos, forzoso decir las necedades que ha escrito en su revista *Krasni Terror*, publicada en Kazán, el camarada Lacis, uno de los mejores comunistas, un comunista probado, el cual quería decir que terror rojo es aplastar por la violencia a los explotadores que tratan de restaurar su dominación, y en vez de ello escribió en la pág. 2 del núm. 1 de su revista: "No busquéis (!!?) en el sumario pruebas acusatorias de si se ha sublevado contra los Soviets arma en mano o de palabra".)

La desconfianza política que se tiene de los individuos de la administración burguesa es lógica y necesaria. La renuncia a utilizarlos para administrar y ordenar la economía es la mayor de las necedades y causa un daño inmenso al comunismo. Quien quisiera recomendar a un menchevique como socialista, o como dirigente político, o incluso como consejero político, cometería un error enorme pues la historia de la revolución en Rusia ha probado definitivamente que los mencheviques (y los socialistas-revolucionarios) no son socialistas, sino demócratas pequeñoburgueses, capaces, a cada agravación seria de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, de ponerse al lado de la *burguesía*. Pero la democracia pequeñoburguesa no es una formación política casual, no es una excepción cualquiera, sino un producto *necesario* del capitalismo, y, por cierto, los "abastecedores" de esa democracia no son solamente los viejos campesinos medios, precapitalistas, reaccionarios en el terreno de la economía, sino también las cooperativas, esas instituciones capitalistas cultas, surgidas del gran capitalismo, los intelectuales, etc. Hasta en la atrasada Rusia surgieron al lado de los Kolupáiev y los Razuváiev capitalistas que sabían poner a su servicio a los intelectuales cultos, mencheviques, eseristas y sin partido. ¿Seremos más tontos que esos capitalistas y no vamos a utilizar ese "material de construcción" para edificar la Rusia comunista?

Escrito a fines de 1918 o comienzos de 1919. Publicado por primera vez el 7 de noviembre de 1926 en el núm. 268 de "Pravda".
T. 37, págs. 407-411.

DISCURSO EN LA SESIÓN CONJUNTA DEL CEC DE TODA RUSIA, EL SOVIET DE MOSCÚ Y EL CONGRESO NACIONAL DE LOS SINDICATOS.

El 17 de junio de 1919.

(*Clamorosa ovación*.) Camaradas: Permitidme que comience mi intervención por una breve referencia de los hechos principales que han marcado nuestra política de abastecimiento de víveres. Creo que estas breves referencias serán de utilidad no sólo para enjuiciar debidamente la importancia de la disposición que hoy proponemos aprobar al CEC de toda Rusia. También serán de utilidad para evaluar toda nuestra política de abastecimiento de víveres en general y el papel que hoy, ante el difícil viraje que se aproxima, corresponde a los representantes del proletariado organizado, vanguardia y puntal maestro de la Rusia soviética y de la revolución socialista.

Camaradas, nuestra política de abastecimiento se caracteriza por tres actos principales que se nos presentan por orden cronológico de la siguiente manera: primero, la disposición de crear los comités de campesinos pobres fue un paso que constituía toda la base de nuestra política de abastecimiento y, a la vez, el punto del viraje de importancia gigantesca en toda la marcha del desarrollo y en el régimen de nuestra revolución. Con ese paso cruzamos la frontera que separa la revolución burguesa de la revolución socialista, pues la simple victoria de la clase obrera en las ciudades y la mera transferencia de todas las fábricas al Estado proletario no habrían sido suficientes para sentar y consolidar las bases de orden socialista si, en vez de montar en el campo también un puntal verdaderamente proletario para nosotros, hubiéramos erigido uno campesino general. En octubre tuvimos que limitarnos a unir el proletariado con los campesinos como un todo y en general; gracias a esta alianza pudimos demoler rápidamente la propiedad terrateniente y barrerla de la faz de la tierra. Pero sólo cuando pasamos a organizar a los campesinos pobres, a los proletarios y a los semiproletarios del campo, se pudo concertar la sólida alianza de las masas trabajadoras del proletariado de la ciudad y el proletariado del campo. Sólo entonces pudo hacerse la guerra de verdad a los kulaks y a la burguesía rural. Este paso radical en nuestra política de abastecimiento de víveres sigue siendo el acto cardinal de toda nuestra política de abastecimiento.

El segundo paso, tal vez de menor importancia, fue el decreto, adoptado a iniciativa y con la participación de representantes nuestros, sobre el aprovechamiento de las cooperativas. En este punto llegamos a la conclusión de que debíamos aprovechar el mecanismo creado por las cooperativas y por toda la sociedad capitalista, mecanismo que en Rusia, por razones comprensibles, era más débil que en Europa Occidental. A este respecto incurrimos en muchos errores y dejamos mucho por hacer no sólo en el campo, sino en las ciudades y en los grandes centros proletarios. Aquí tropezamos con incomprensiones, incapacidad, prejuicios y tradiciones que nos apartan de las cooperativas. Es completamente lógico que en las altas esferas de las cooperativas haya muchos elementos no proletarios; debemos combatir a esta gente capaz de pasarse al campo de la burguesía, a los elementos contrarrevolucionarios y sus maquinaciones, conservando a la vez la administración, el mecanismo cooperativista -que es también herencia del capitalismo-, ese mecanismo de distribución entre millones de personas sin el cual no es posible construir el socialismo con algún éxito. En este sentido, el Comisariado de Abastecimiento tiene trazada una política certera, pero aún no la hemos puntualizado del todo, y los planteamientos que hoy proponemos al Comité Ejecutivo Central de toda Rusia en nombre del grupo comunista son otro paso adelante en esa dirección e insisten en que se aproveche la administración cooperativista. Debemos saber cómo combatir a los elementos indeseables de las altas esferas cooperativistas -contamos con suficiente fuerza y poder para ello, pues sería ridículo creer que pueden oponer resistencia seria-, debemos saber desplegar esa lucha y aprovechar sin falta la administración cooperativista para no dilapidar nuestras fuerzas, para poder aglutinar esa administración con el fin de que los comunistas apliquen sus fuerzas no sólo al trabajo político, sino también al de organización, utilizando en el aspecto técnico la administración preparada para esa función, la administración cooperativista.

El tercer paso en nuestra política de abastecimiento es la formación de organizaciones

obreras de abastecimiento de víveres. En este plano se os plantea a los trabajadores de los organismos de abastecimiento de víveres una tarea de importancia. El camino que hemos emprendido es el que debemos seguir y tenemos que esforzarnos porque lo emprendan todos los comisariados. Esta es una medida de importancia social y de clase en general, y no sólo en lo que se refiere al abastecimiento de víveres. Para que la revolución socialista se afiance, debe subir al poder una clase nueva. Sabemos que el poder gobernante en Rusia hasta 1861[82] fue el de los terratenientes feudales. Sabemos que, desde entonces, el poder que gobernó fue, en suma y en general, el de la burguesía, el del sector acaudalado. Ahora la revolución socialista se consolidará sólo en la medida en que sepamos elevar a la nueva clase, el proletariado, al gobierno, en la medida en que sepamos hacer que el proletariado gobierne a Rusia; en que sepamos hacer que este gobierno sea el tránsito a la iniciación de todos los trabajadores en el arte de gobernar el Estado, iniciación que no se adquirirá en libros, ni en periódicos, ni en folletos o discursos, sino en la práctica, a fin de que todos puedan probar su capacidad para ello.

Esta es, camaradas, la etapa principal de nuestra política de abastecimiento de víveres que, a la vez, implica también el carácter mismo de su estructura. Se debe decir que a nuestros camaradas responsables del abastecimiento de víveres se les plantea una tarea de lo más peliaguda. Se comprende que el hambre es la más cruel y espantosa de las calamidades; que todo desorden en esta esfera despierta naturalmente en las masas la impaciencia, la ira y la indignación, porque no hay manera de soportar esa calamidad. Se comprende también que al Comisariado de Abastecimiento se le plantea el problema más difícil. Sabéis perfectamente, sobre todo lo saben los camaradas de los sindicatos, cuánto desbarajuste y desorden reina en la administración de las grandes empresas y en la contabilidad de su producción. No obstante, eso es mil veces más fácil que llevar la cuenta de los víveres acopiados por millones de campesinos; y no hay otra alternativa. La escasez de productos en el país es grande. No hay bastantes para alimentar a todos.

¿Qué significa el aserto de que algunos productos los tenemos contados? Significa que si los repartiéramos ahora entre toda la población, si cada campesino hiciera entrega de toda su producción, si todos redujéramos el consumo a un nivel algo inferior al de la saciedad -porque no hay bastante para saciar a todos-, si cada campesino accediera voluntariamente a reducir su consumo a un nivel algo inferior al de la saciedad y entregase íntegramente al Estado lo demás, y si distribuyéramos todo eso bien, nos mantendríamos a ración reducida, pero sin pasar hambre. Es claro que si nos proponemos ese objetivo, con el desbarajuste que tenemos y con nuestra incapacidad a escala nacional, será imposible logrado por vía normal, pues sólo ahora vamos adquiriendo capacidad, antes no teníamos de dónde sacarla. Si hay insuficientes alimentos, eso quiere decir... ¿qué quiere decir? Quiere decir que si se autoriza la libertad de comercio cuando escasean productos de los cuales depende la vida o la muerte de la población, se dará lugar a una especulación desenfrenada, y los precios subirán, hasta alcanzar el denominado precio de monopolio o de hambre, y sólo minorías encumbradas con ingresos considerablemente superiores al promedio general podrán satisfacer sus necesidades a precios tan escandalosos, en tanto que la inmensa mayoría del pueblo pasará hambre. Eso es lo que sucede cuando en un país hay escasez de alimentos, cuando un país pasa hambre. Rusia está sitiada desde que los imperialistas la atacaron. No pueden descubrir ante todo el mundo cuáles son sus planes de saqueo, pero eso no significa, como ha dicho con razón el camarada Kámenev, que le haya llegado el fin a su intervención. Somos un país cercado, una fortaleza sitiada. Dentro de esta fortaleza sitiada las privaciones son inevitables, y por eso la tarea del Comisariado de Abastecimiento es la tarea de organización más difícil de todos los comisariados.

Hoy, nuestro enemigo es, si nos referimos al del interior, no tanto el capitalista o el terrateniente, minoría explotadora fácil de vencer y que ha sido vencida, como los especuladores y los burócratas; y todo campesino es, por su condición, un especulador cuando se le presenta la oportunidad de enriquecerse y aprovecharse de la desesperante necesidad y del hambre atroz que hay en las ciudades y en algunas aldeas. Y vosotros sabéis muy bien, sobre todo los camaradas de los sindicatos, que el afán, la tendencia a especular también se ve en los centros fabriles, cuando ciertas mercancías no se pueden conseguir o escasean, y todos los que llegan a conseguirlas tratan de acapararlas y lucrarse con ellas. Si tolerásemos la libertad de comercio, los precios ascenderían a niveles altísimos, inalcanzables para las grandes masas de la población.

Esa es la situación existente, camaradas; por eso hay entre las masas poco desarrolladas, entre las masas demasiado cansadas y atormentadas por el hambre y los sufrimientos, una tendencia o una sensación indefinida de enojo e ira contra los camaradas que trabajan en el abastecimiento de víveres. Esas son gentes que no saben pensar, que no ven más allá de sus narices; les parece que quizás pudieran conseguirse alimentos; han oído decir que aquí o allá hay comestibles, que acullá los han conseguido algunos, pero no son capaces de calcular si hay suficientes para 10 millones de personas y cuánto se necesita para alimentar a tanta gente. Se imaginan que quienes trabajan en el abastecimiento de víveres les ponen trabas y les crean dificultades.

No comprenden que quienes trabajan en el abastecimiento de víveres proceden como administradores ahorrativos y sensatos cuando afirman que si se observa la mayor severidad y la máxima organización, en el mejor de los casos nos sostendremos con una norma inferior a la de saciedad, pero sin llegar a pasar hambre. Esa es la situación por la que atraviesa el país, porque hemos quedado aislados de los más grandes centros abastecedores de alimentos -Siberia, la zona del Donets-; tenemos cortado el abastecimiento de combustible, de materias primas y de todo cereal para la población y para la industria, y sin este abastecimiento el país está condenado a pasar tormentos exasperantes.

Los camaradas dedicados al abastecimiento de víveres proceden como administradores sensatos que dicen: debemos estar unidos, y sólo entonces podremos sostenernos, mediante las acciones constantes, contra las tentativas de obrar cada uno por su lado y el deseo de pagar lo que sea, sin reparar en nada, con tal de saciarse. No debemos pensar y obrar cada uno por nuestro lado, pues eso es la muerte; debemos combatir esas tendencias y costumbres, que nos ha dejado a todos nosotros, a los millones de trabajadores, la economía privada capitalista, el sistema de trabajo para el mercado: "venderé y obtendré mi parte; cuanto más produzca, menos hambre pasaré yo, y más hambre pasarán los demás". Esa es la maldita herencia de la propiedad privada que dejaba pasar hambre a la gente incluso cuando en el país había abundancia de alimentos, cuando una minoría insignificante se enriquecía con la abundancia y con la miseria, mientras el pueblo sufría increíbles calamidades y perecía en la guerra. Esta es, camaradas, la situación en que se encuentra nuestra política de abastecimiento de víveres. Esta es la ley económica que versa: cuando hay escasez de alimentos, cada paso hacia la denominada libertad de comercio da lugar a una especulación desenfrenada. Por eso, todo lo que se hable de la libertad de comercio, todas las tentativas de sacar a colación la libertad de comercio son el mayor de los males, un descenso, un paso atrás en la labor de construcción del socialismo que el Comisariado de Abastecimiento viene realizando con dificultades inverosímiles, luchando contra los millones de especuladores que nos han dejado el capitalismo y la vieja costumbre pequeñoburguesa de la propiedad privada: "cada uno para sí y Dios para todos"; si no vencemos este mal, no podremos construir el socialismo.

Sólo la unidad, sólo la unión más estrecha que se logra en la vida diaria y en una labor tan cotidiana que es donde más difícil resulta lograda -en el reparto de la rebanada de pan, cuando el pan escasea-, nos permitirá construir realmente el socialismo. Sabemos que no es obra que pueda hacerse en un año, que la gente que ha padecido tanta hambre está muy impaciente y reclama que desistamos, al menos de tiempo en tiempo, de esta política de abastecimiento, que es la única justa. Y tenemos que desistir de tarde en tarde, pero sin abandonarla del todo, y no nos desviaremos de ella.

Esa era la situación, camaradas, que nos obligó hace seis meses, cuando la crisis del abastecimiento alcanzó su punto culminante, cuando no teníamos ningunas reservas y cuando las victorias del cuerpo de ejército checoslovaco nos habían arrebatado la mayor parte de la región del Volga, hubimos de transigir con el pud y medio de víveres[83]. Esa medida nos costó una gran batalla, una encarnizada batalla, pues la situación de ambas partes era muy difícil. Quienes trabajaban en el abastecimiento de víveres decían: sí, las cosas van mal, pero no se debe tolerar que empeoren. Aliviar la situación de unos pocos durante una semana significaría agravar las condiciones de millones de personas. Los otros decían: reclamáis una organización ideal a un pueblo exhausto y atormentado por el hambre; exigís lo imposible; debéis aliviar algo la situación, aunque ello estropee la política general por algún tiempo. Esta medida dará nuevos ánimos a la gente, y eso es la principal. Esa era la situación en que nos encontrábamos cuando propusimos permitir el transporte individual del pud y medio de comestibles. Esa era la situación general, esencial, cardinal; y cuando se hizo insostenible, tuvimos que abandonarla para dar al menos algún alivio temporal y mantener el ánimo y la moral. Esa situación se repite hoy, cuando estamos en lo último, cuando ya hemos pasado los seis meses fáciles y entramos en los seis meses duros. Para mostrároslo de manera palpable os diré que durante el primer semestre de 1918 el Comisariado de Abastecimiento acopió veintiocho millones de puds; y en el segundo, sesenta y siete millones, es decir, dos veces y media más. Ahí tenéis una situación en la que se ve con claridad que el primer semestre implica una escasez muy perentoria y grave mientras que el segundo, gracias a la cosecha, nos brinda la oportunidad de mejorar. Ahora, en 1919, el éxito de nuestras organizaciones de abastecimiento de víveres es inmenso, gracias fundamentalmente a los comités de campesinos pobres en las aldeas y a los inspectores obreros de abastecimiento en las ciudades, y nos ha permitido aumentar en dos veces y media los acopios. Pero ese éxito del primer año de nuestro trabajo, periodo en que debía construirse un nuevo edificio y ensayarse nuevos métodos, no aseguraba ni podía asegurar provisiones para todo el año, aunque nos concedió seis meses de tregua, que está tocando a su fin y dando paso al segundo semestre, el más difícil y más duro de todos. Tendremos que poner en juego todos nuestros recursos para ayudar a los obreros, para asegurarles una corta tregua, para mejorar su situación en lo que podamos. Se comprende que el

Presídium del Soviet de Moscú y su presidente, Kámenev, insistieran tanto en que formuláramos nuestra política con la mayor claridad posible e hiciéramos una diferencia bien manifiesta entre los productos alimenticios monopolizados y los no monopolizados de manera que podamos lograr algunos resultados, aunque sólo sean temporales, a fin de que los obreros de las ciudades y zonas no agrícolas tengan al menos un pequeño respiro y cobren nuevos ánimos y energías, tan necesarios en estos momentos, pues nos encontramos en vísperas de un semestre duro, si bien hay síntomas de que en el campo de los imperialistas se debilitan las fuerzas y los ataques contra nosotros.

Indudablemente, el camarada Kámenev ha mencionado aquí no sólo síntomas, sino también hechos demostrativos de que, a pesar de las duras pruebas y reveses que sufrimos en Perm, el Ejército Rojo se va formando con sólida base, puede vencer y vencerá. Pero el semestre en que entramos es el más grave. Por eso hay que hacer desde el comienzo mismo todo lo posible y necesario para aliviar la situación y aplicar con claridad nuestra política de abastecimiento de víveres, lo cual constituye nuestra tarea más urgente. Los comunistas batallamos igualmente entre nosotros a propósito del pud y medio, y esa batalla ha sido enconada en algunos momentos, pero no nos ha debilitado; antes al contrario, ha contribuido a hacernos más exigentes y cautos en el examen de nuestra política, al lanzarnos recriminaciones mutuas; pero tomamos una resolución que se aprueba con rapidez y por unanimidad y que en este difícil momento, cuando entramos en un nuevo y angustioso semestre, exige que nos preguntemos una y otra vez por qué se ha creado una situación que nos obliga más y más a movilizar y poner en máxima tensión todas nuestras fuerzas.

El año transcurrido ha sido de una dureza excepcional, y el semestre en que nos encontramos lo es más aún. Pero cada semestre que pasa después de la revolución alemana y después del comienzo de la efervescencia en Inglaterra y Francia nos aproxima a la victoria, y no sólo de la revolución rusa, sino también de la revolución mundial. Esa es la situación actual, y hemos decidido presentar un proyecto de reglas fundamentales de la política de abastecimiento, cuya aprobación solicitaremos al CEC de toda Rusia a fin de que los encargados del abastecimiento puedan transformarlas inmediatamente en los decretos respectivos, y nosotros -los del centro, los obreros de las ciudades y de las zonas no agrícolas- podamos multiplicar nuestros esfuerzos, pues sólo en ellos está la garantía de nuestro triunfo, de que, aunque hagamos algunas concesiones transitorias, imprescindibles ante el agotamiento y el hambre, defenderemos las bases de nuestra política comunista de abastecimiento y las mantendremos incólumes hasta que llegue el momento de la victoria definitiva y universal del comunismo. Os leeré ahora, punto por punto, la propuesta que el grupo comunista del CEC de toda Rusia somete al examen de éste:

"La sesión conjunta del CEC de toda Rusia, del Congreso Nacional de los Sindicatos, del Soviet de Moscú y de representantes de comités de fábrica y taller y de los sindicatos de la ciudad de Moscú aprueba las siguientes reglas fundamentales de la política de abastecimiento de víveres y encomienda al Comisariado del Pueblo de Abastecimiento que redacte con la mayor urgencia los decretos, ateniéndose a este reglamento.

"1. Se reafirma que la política soviética de abastecimiento de víveres es acertada e inmutable y consiste en:

"a) llevar la cuenta y hacer la distribución estatal conforme al principio de clase;

"b) monopolizar los principales productos alimenticios;

"c) pasar el abastecimiento de víveres de manos privadas a manos del Estado.

"2. Si no se aplica constantemente el monopolio estatal ya decretado de los principales artículos alimenticios (pan, azúcar, té y sal), y el Estado no acopia en masa a precios fijos los otros productos alimenticios de mayor importancia (carne, pescado de mar, aceite de cáñamo, de girasol y de linaza, grasas animales, exceptuada la manteca de vaca, y patatas), será imposible asegurar en las condiciones actuales el abastecimiento normal de víveres para la población; por otra parte, el mencionado acopio en masa a precios fijos es sólo una medida preparatoria para implantar asimismo el monopolio estatal de dichos productos alimenticios, lo cual será tarea inmediata del Comisariado del Pueblo de Abastecimiento.

"No se permite a nadie más que a los organismos estatales de abastecimiento el acopio y el transporte de todos los productos enumerados, excepción hecha de las patatas. El derecho de acopio de patatas en grandes cantidades a precios oficiales de tasa se concede, además de a los organismos estatales, a las organizaciones obreras, a los sindicatos y a las cooperativas.

"3. Como medida provisional, se concede a las organizaciones obreras y a las cooperativas el derecho de acopio de los productos alimenticios no enumerados en el punto 2.

"4. En el ejercicio de este derecho, los organismos locales de abastecimiento de víveres están obligados a ayudar a las organizaciones acopiadoras".

Camaradas, es posible que, desde el punto de vista

de las viejas costumbres y de la vieja noción de sistema estatal, os extrañen las palabras "están obligados" a acatar el decreto. Quizás os preguntéis si van tan mal las cosas en la República Soviética que es preciso obligar a la gente a acatar la voluntad del CEC de toda Rusia. Pues sí, camaradas, es preciso obligar, y vale más confesarlo abiertamente que esconder la cabeza debajo del ala e imaginarse que todo va a pedir de boca. Que nuestros camaradas representantes del CEC de toda Rusia y delegados al Congreso Nacional de los Sindicatos recuerden bien lo que hablan entre ellos, con cuánto acierto cumplen todo lo decretado hace tiempo en materia de contabilidad adecuada de los productos alimenticios y entrega total al Estado de los productos que no deben dejarse para el intercambio; y cuando no hay intercambio de mercancías, los campesinos dicen que no nos entregarán nada por los *kérenkis*[84]. Si recordáis esto cuando habláis mano a mano entre vosotros y os fijáis en la cantidad de disposiciones del poder central que no se cumplen, otorgaréis que es preferible decir la verdad y admitir que sobre nuestros organismos locales se debe ejercer una coacción permanente e implacable. (*Aplausos*.) Esta precisa sesión -donde se ha reunido el CEC de toda Rusia, nuestro organismo supremo, con los organismos del Congreso Nacional de los Sindicatos, que tiene aquí la representación más numerosa, cosa de la mayor importancia en estos momentos-, y estos camaradas de suma autoridad deben declarar con firmeza aquí precisamente, y hacerlo llegar al plano local, que los organismos locales deben acostumbrarse a que debemos ejercer sobre ellos coacción para que apliquen de manera consecuente la política central. Eso resulta muy difícil, y es natural que muchos millones de personas, habituadas a ver en el poder central a ladrones, terratenientes y explotadores, desconfíen de él. Pero hay que vencer esa desconfianza, pues si no se vence, no podremos construir el socialismo, porque construir el socialismo es montar un sistema de economía centralizada, un sistema de economía dirigida desde el centro, y eso sólo puede hacerlo el proletariado, que está educado en este espíritu por la fábrica y por la vida. Sólo él es capaz de hacerlo. La lucha contra las tendencias localistas, contra las costumbres del pequeño propietario es dura. Sabemos que eso no se puede hacer de golpe, pero jamás nos cansaremos de instar a los representantes del proletariado a que repitan esta verdad y la pongan en práctica, porque de otro modo es imposible construir el socialismo.

Más adelante, el punto cuarto versa:

> "Se declaran libres por completo el transporte de dichos productos y su venta en el mercado. Ningún destacamento de retención, fielato o guardia, etc., podrá entorpecer el transporte y la venta libre de los productos mencionados en bazares, mercados, desde los carros, etc.".

Camaradas, este punto es de singular importancia. El camarada Kámenev ha logrado recoger en él muchas cosas que, como es natural, no cumplíamos con la premura de nuestro trabajo, puesto que nuestro Comisariado de Abastecimiento y otros comisariados tienen que amontonar una disposición sobre otra, merced a lo cual, a los organismos locales les resulta muy difícil orientarse en todo eso. Nos acusan de apresuramiento en promulgar decretos; pero ¿qué podemos hacer si nos meten prisa los ataques del imperialismo, si nos obliga a apresurarnos el peor de los males imaginables, la falta de pan y de combustible? Y como eso es así, tenemos que poner en juego todos los recursos para aclarar nuestras tareas, para explicar errores particulares, y por eso es tan importante delimitar con precisión y claridad la divisoria ya lograda con esta lucha. Para lograr eso en proporciones mucho mayores tenemos que asegurarnos ahora de que los organismos locales no se permitan obrar por su cuenta y riesgo, ni se permitan alegar en su favor que han recordado el decreto de ayer, pero han olvidado el de hoy. Debemos cerciorarnos de que saben con exactitud y claridad absolutas qué productos alimenticios son monopolio del Estado y cuáles pueden transportarse y venderse libremente, o sea, todo menos lo enumerado específicamente en los puntos 1 y 2. Que esto sea del dominio público, que quienes regresan a sus lugares lo comuniquen a los demás, que hagan lo que les impone su condición de funcionarios oficiales, que lleven copia de los decretos correspondientes, que se van a redactar, para que en los pueblos los acaten y apliquen a rajatabla, para que las disposiciones del poder central se cumplan en realidad y se acabe con la indecisión que había antes. Luego, las últimas palabras del punto cuatro versan:

> "Nota: En lo que se refiere a huevos y manteca de vaca, esta disposición rige sólo para los distritos donde el Comisariado de Abastecimiento no acopia estos productos en grandes cantidades".

Camaradas, voy a dar ahora una lectura somera de los restantes artículos del decreto. Como no tengo posibilidad de pormenorizar ni veo la necesidad de hacerlo, ya que me seguirán en el uso de la palabra varios compañeros más, entre ellos algunos más competentes que yo, recalcaré únicamente lo que considero necesario en especial. Leeré en forma sucinta las reglas fundamentales que proponemos aprobar al CEC de toda Rusia y encomendaremos al Consejo de Comisarios del Pueblo y demás autoridades de la República Soviética que las hagan decretos y los lleven a la práctica en forma absoluta y obligatoria. (*Aplausos*.)

> "5. Con objeto de acrecentar el acopio de productos y lograr una mayor eficiencia en el cumplimiento de tareas sueltas, se pone en vigor el principio de contingentación y acopio de los productos no monopolizados y un sistema de

primas para las cooperativas y los otros organismos encargados del acopio de productos, tanto monopolizados como no monopolizados, para el Estado.

"Medidas de organización tendentes a renovar los organismos de abastecimiento y reforzar la participación de los obreros en ellos:

"a) vasta aplicación de la inspección obrera de abastecimiento, haciendo extensivas sus funciones al control del cumplimiento de los decretos del 10/XII por parte de los organismos de abastecimiento de víveres y del acopio de productos alimenticios no monopolizados;

"b) inmediata puesta en funciones de la inspección obrera en todos los organismos de abastecimiento de víveres locales, haciéndola extensiva a los departamentos del Comisariado de Abastecimiento con objeto de combatir con energía los métodos burocráticos y el papeleo oficinesco;

"c) fortalecimiento de los vínculos con las organizaciones obreras -sindicatos y cooperativas obreras-, mediante la vigorización consecutiva de los organismos locales, valiéndose para ello de las fuerzas existentes entre los activistas de las precitadas organizaciones;

"d) a fin de preparar entre los obreros a funcionarios prácticos en problemas de abastecimiento y capaces de ocupar cargos de responsabilidad, se establecerá, en todos los organismos e instituciones centrales y locales, un sistema de prácticas de adiestramiento.

"6. En los trabajos de acopio y distribución de comestibles se aprovechará al máximo la administración de las cooperativas. Se nombrará a representantes de responsabilidad de los organismos estatales de suministro para que sean incluidos en la administración de las cooperativas a fin de controlar y coordinar las actividades de éstas con la política de abastecimiento del gobierno".

Dicho sea de paso, ésta es una de las formas de combatir a los elementos de las alturas cooperativistas; pero sería un error de bulto, y sin duda fatal para nuestro trabajo, menospreciar la administración cooperativa en su conjunto, rechazarla con desdén o altivez, diciendo que montaréis otra nueva, que de la existente no tenéis por qué ocuparos, que de eso pueden ocuparse los comunistas nada más. Debemos aprovechar el personal que tenemos a mano; el socialismo no se puede construir si no utilizamos lo que nos ha dejado el capitalismo. Es preciso utilizar todos los valores culturales que el capitalismo ha creado contra nosotros. En ello estriba la dificultad del socialismo, en que hay que construirlo con materiales fabricados por nuestros adversarios; pero sólo en ello está la posibilidad del socialismo; en teoría lo sabemos todos, y desde que hemos vencido este año, nos hemos convencido en la práctica de que el socialismo sólo se puede construir con lo que el capitalismo creó contra nosotros y de que nosotros debemos utilizar todo eso para construir y consolidar el socialismo.

El siguiente artículo, el séptimo, versa:

"7. El control del cumplimiento de las reglas de transporte de los productos y de la estricta aplicación del monopolio sobre los víveres se encomendará a los obreros que contarán con el soporte de destacamentos armados organizados por el Comisariado de Abastecimiento.

"Deberán suprimirse inmediatamente todos los destacamentos obstaculizadores de la especulación de víveres que no sean del Comisariado de Abastecimiento y de los comités provinciales de abastecimiento. Los destacamentos de dichos comisariado y comités provinciales de abastecimiento se irán disolviendo en la medida que se formen los respectivos organismos de inspectores obreros en plano local".

He agotado mi turno, camaradas, y me permitiré señalar sólo que en estos últimos artículos están las bases principales de lo que constituye el espíritu de nuestra política de abastecimiento de víveres y de toda la política soviética. Ya he dicho que estamos en tiempos difíciles, que se ha iniciado un semestre más duro, que se ha acabado la tregua en cuanto al abastecimiento de víveres y ha comenzado el período más difícil. Cada vez que el Poder soviético tropieza con dificultades en la dificilísima obra de construir el socialismo, sabe que tiene una sola forma de combatirlas: apelar a los obreros, a sectores cada vez más amplios de obreros. Ya he dicho que el socialismo no podrá construirse hasta que afronten la obra de organizar por sí mismas el Estado y la nueva vida económica masas diez y cien veces más vastas. Nuestros trabajadores del abastecimiento de víveres están ya, según sus informes, en una etapa en que no menos de la tercera parte de los miembros de los comités distritales de abastecimiento son obreros, principalmente obreros de Petrogrado, Moscú e Ivánovo-Voznesensk, la flor de nuestro ejército proletario. Eso está bien, pero es poco; necesitamos que sean los dos tercios, y debemos trabajar más y más. Como sabéis, los sectores avanzados de los obreros han asumido ya la administración pública y comenzado a organizar una nueva vida. Sabemos que debemos ir más abajo, calar más hondo e incorporar sin temor a más y más sectores. Aún no están instruidos, incurrirán sin falta en errores, pero eso no nos asusta. Sabemos que eso nos proporcionará personal joven y nos recompensará con creces, dándonos a decenas de fuerzas jóvenes, más lozanas. No tenemos otras fuentes de donde sacar fuerzas. Tenemos que caminar siempre sólo adelante, tomar al tuntún a obreros jóvenes y poner a representantes

del proletariado en cargos de mayor responsabilidad cada día.

La actual crisis de abastecimiento se debe a que ha empezado un semestre más difícil. Se debe también al estado del transporte. Como ya he dicho, en la segunda mitad de 1918 acopiamos sesenta y siete millones y medio de puds de cereales, pero no pudimos transportar veinte millones de ellos. La última crisis desesperante de Petrogrado se explica porque nuestras reservas están detenidas en el ferrocarril Volga- Bugulmá y no podemos traerlas de allí. Los ferrocarriles están en una situación desastrosa; el desgaste del material rodante es tan horrendo porque ningún país ha pasado por una prueba tan dura como Rusia, dado el atraso general y que en la organización de los ferroviarios no tenemos masas proletarias tan cohesionadas. Aprovechando esta reunión, querríamos pediros, camaradas, que hagáis comprender a las masas que necesitamos a más y más obreros para el abastecimiento y para el transporte a fin de que nos ayuden con su experiencia. Ponedlos a trabajar, atended a los principiantes, y ellos harán mucho más que las organizaciones de antes. ¡Todos a las tareas del abastecimiento y del transporte! Que toda organización, sea de la rama que quiera, haga un recuento de sus fuerzas y diga si hemos tomado a bastante gente y si hemos hecho todo lo necesario para enviar a comisarios como los que enviamos al ejército. Los obreros desfallecen por la alimentación insuficiente. Debemos enviar a nuestra mejor gente a esos trabajos para que desempeñen cargos de responsabilidad en el ejército, en el abastecimiento y en el transporte. A esto puede dedicarse cualquiera, incluso los que no son especialistas. En el transporte se necesita a veces la ayuda de un camarada del partido, la influencia de un proletario firme de ideas que haya pasado buena escuela, que influya en los sectores menos proletarios de los empleados de los ferrocarriles mediante el control y la inspección. Camaradas, repito una vez más esta consigna: "¡Todos a las tareas del abastecimiento y del transporte!" En esto debemos hacer lo mismo que hemos hecho en el ejército, a donde enviamos a comisarios políticos y logramos lo que nos habíamos propuesto. ¡Estoy seguro de que también ahora, durante este duro semestre, venceremos el hambre y el desbarajuste!

Publicado íntegramente por primera vez en el tomo XXIII de las ediciones 2ª y 3ª de las "Obras" de V. I. Lenin, en 1929. Una breve información periodística se publicó el 18 de enero de 1919 en el núm. 12 de "Pravda" y en el núm. 12 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".

T. 37, págs. 412-427.

DISCURSO EN EL II CONGRESO NACIONAL DE LOS MAESTROS INTERNACIONALISTAS.

El 18 de enero de 1919.

(*Clamorosos aplausos que se transforman en ovación*.) Camaradas: Permitidme que salude a vuestro congreso en nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo. Al magisterio se le plantean hoy tareas de singular importancia, y confío en que después del año vivido, después de la lucha desplegada entre los maestros, entre los que se pusieron desde el comienzo al lado del Poder soviético, al lado de la pugna en pro de la revolución socialista, y la parte del magisterio que seguía hasta entonces apoyando al viejo régimen y cautiva de los viejos prejuicios de que la enseñanza puede continuar ejerciéndose en el terreno del viejo régimen, después del año de lucha y de lo que ha ocurrido en las relaciones internacionales creo que ahora esa lucha debe acabar y está acabando ya. No cabe duda de que la inmensa mayoría de los maestros afines a la clase obrera y a los campesinos trabajadores se ha convencido ahora de lo hondo que han calado las raíces de la revolución socialista y de que ésta se propaga inevitablemente al mundo entero. Creo que la inmensa mayoría de los maestros se pasará ahora, con sinceridad indudable, al lado del poder de los trabajadores y explotados en la lucha por la revolución socialista, en la lucha contra esa parte del magisterio que, afincada hasta hoy en los viejos prejuicios burgueses, en el viejo régimen y en las viejas hipocresías, se imaginaba que podía conservar algo de ese régimen.

Una de esas hipocresías burguesas es la persuasión de que la escuela puede mantenerse al margen de la política. Sabéis perfectamente cuán falsa es esa persuasión. La burguesía, que defendía ese principio, puso por sí misma su propia política burguesa en el centro del sistema de enseñanza y trató de reducir ésta a la formación de servidores dóciles y cumplidores de la burguesía, trató de reducir de arriba abajo incluso la enseñanza general a la formación de lacayos dóciles y cumplidores de la burguesía, a la formación de esclavos y ejecutores de la voluntad del capital, sin preocuparse jamás de hacer de la escuela un instrumento de educación de la personalidad del hombre. Hoy queda claro para todos que eso puede hacerlo sólo la escuela socialista, indisolublemente vinculada a todos los trabajadores y explotados y afincada a conciencia en la plataforma soviética.

La reforma de la escuela, claro está, es cosa difícil. Y, por supuesto, se ha incurrido y se sigue incurriendo en errores, se continúa intentando tergiversar el principio de la vinculación de la escuela a la política y dar a este principio una interpretación burda y monstruosa, cuando se procura inculcar torpemente esta política a la joven generación que se ha de preparar. Y no cabe duda de que tendremos que combatir siempre esa burda aplicación de dicho principio fundamental; pero hoy la tarea principal de la parte del magisterio que se ha adherido a la Internacional, que se ha puesto al lado del Poder soviético es preocuparse de fundar un sindicato más amplio de trabajadores de la enseñanza que abarque en lo posible a todos los maestros.

Vuestro sindicato, que es un sindicato de internacionalistas, no tiene cabida para el viejo sindicato del magisterio que defendía los prejuicios burgueses, mostraba incomprensión y propugnaba hasta el último grado esos mismos privilegios incluso mucho más que los otros sindicatos de trabajadores de las altas esferas que se formaron en los mismos albores de la revolución de 1917 y que nosotros hemos combatido en todos los terrenos. Creo que vuestro sindicato internacionalista puede convertirse perfectamente en un sindicato único de trabajadores de la enseñanza que se sume, lo mismo que los demás sindicatos -y esto lo demuestra con singular brillo el II Congreso Nacional de los Sindicatos-, a la plataforma del Poder soviético. La tarea planteada a los maestros es inabarcable. Para cumplirla, habrá que luchar también contra los restos de negligencia y fraccionamiento que nos dejó la pasada revolución.

Hablemos a continuación de la propaganda y la agitación. Es muy natural que, dada la desconfianza que nos han dejado del magisterio los sabotajes y los prejuicios de la parte burguesa del mismo, habituada a pensar que únicamente los ricos pueden recibir una buena instrucción y que para la mayoría de los trabajadores es suficiente la preparación de buenos criados y buenos obreros, en modo alguno la de verdaderos dueños de la vida, quede ahora el fraccionamiento en todas las esferas de la propaganda y la instrucción pública. Ello condena a

una parte de los maestros a una esfera estrecha, a la esfera de la presunta enseñanza, y nos impide crear un mecanismo único y completo en el que entren y colaboren con nosotros todas las fuerzas del saber. Y lo conseguiremos por cuanto romperemos con los viejos prejuicios burgueses; ahí está la tarea de vuestro sindicato, que consiste en incorporar a vuestra familia a las mayores masas del magisterio, en educar a los sectores más atrasados del magisterio, en subordinados a la política general del proletariado y agruparlos en una organización común.

En la situación que se ha creado ahora en nuestro país, cuando se aclaran con precisión todos los problemas de la guerra civil y cuando la marcha de las cosas obliga a los demócratas pequeñoburgueses a pasarse al lado del Poder soviético, pues se han convencido de que cualquier otro camino que tomen los llevará, aunque ellos no quieran, a defender a los guardias blancos y al imperialismo internacional; pues bien, en esa situación, sobre del magisterio recae la magna tarea de agruparse en un sindicato. Cuando al mundo entero se le plantea una sola tarea fundamental, la salida es: o reacción extrema, dictadura militar y fusilamientos -de lo cual recibimos noticias palmarias de Berlín-, o esa reacción desenfrenada de los capitalistas desaforados, que sienten que esta guerra de cuatro años no puede quedar impune y por eso están dispuestos a todo para seguir anegando la tierra en sangre de los trabajadores, o bien la victoria total de los trabajadores en la revolución socialista. No existen hoy términos medios. Por ello, los maestros que desde el comienzo mismo se adhirieron a la Internacional y que hoy comprenden con claridad que sus adversarios entre los maestros del bando contrario no pueden oponer una resistencia seria, deben emprender el camino de una actividad más amplia. Vuestra organización debe convertirse ahora en un amplio sindicato de trabajadores de la enseñanza que abarque a una gran cantidad de maestros, en un sindicato que se sitúe con decisión en la plataforma soviética y pise el terreno de la lucha por el socialismo mediante la dictadura del proletariado.

Esta es precisamente la fórmula aprobada por el II Congreso de los Sindicatos que se está celebrando estos días. El II Congreso de los Sindicatos exige que todos los que se dedican a una profesión determinada, a un tipo de actividad determinada, se agrupen en un sindicato único; pero al mismo tiempo declara que el movimiento sindical no puede estar separado de las tareas fundamentales de la lucha por liberar el trabajo del yugo del capital. Por eso pueden incluirse con plenitud de derechos en los sindicatos sólo las organizaciones de ramos profesionales que admiten la lucha revolucionaria de clase en pro del socialismo, valiéndose de la dictadura del proletariado. Vuestra organización es de ese tipo. Si adoptáis esa postura, tendréis asegurado el éxito en la obra de ganaros a la gran masa del magisterio y de lograr que los conocimientos y las ciencias dejen de ser patrimonio de los privilegiados, dejen de ser un medio para fortalecer la posición de los ricos y los explotadores y se conviertan en instrumento de la emancipación de los trabajadores y explotados. Permitidme, camaradas, que os desee éxitos de toda clase en vuestra empresa.

Publicado íntegro por primera vez en 1926 en el tomo XX, parte II, de las "Obras escogidas de N. Lenin (V. Uliánov)". Se publicó una breve información periodística el 19 de enero de 1919 en el núm. 13 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".

T. 37, págs. 430-433.

INFORME PRESENTADO AL II CONGRESO NACIONAL DE LOS SINDICATOS.

El 20 de enero de 1919.

(*Clamorosos y prolongados aplausos*.) Camaradas: Os ruego que me disculpéis, pues, debido a una pequeña indisposición, hoy tendré que limitarme a pronunciar un breve discurso sobre el problema que tenéis planteado: las tareas de los sindicatos.

La resolución que se os ofrece la propone al Congreso de los Sindicatos el grupo comunista, que la ha estudiado minuciosamente. Como ya está impresa, supongo que la conocerán todos los presentes, y yo me permitiré detenerme sólo en dos puntos principales que, a juicio mío, son los más importantes de los que, hablando en general, aborda esta resolución.

Creo que el primero de estos puntos, de carácter negativo, por así decir, es la declaración hecha con motivo de la consigna de unidad o independencia del movimiento sindical, de esa consigna que el punto 3 de la resolución califica de haber llevado en la práctica a la lucha abierta contra el Poder soviético a los grupos que se atenían a ella, tentativa que ha dejado a estos grupos fuera de las filas de la clase obrera.

Creo, camaradas, que esta famosa consigna de independencia merece atención no sólo desde el punto de vista sindical. A juicio mío, la lucha que hoy llena el mundo y se encona a ojos vistas con inaudita rapidez en torno al dilema de dictadura del proletariado o dictadura de la burguesía se comprenderá adecuadamente, se tendrá en cuenta con tino y podrá brindar a la clase obrera, a sus representantes conscientes, la posibilidad de participar en ella con acierto sólo si se comprende que esa consigna de independencia es un autoengaño para unos y un engaño para otros. Querría señalar ante todo, aunque sea brevemente, hasta qué punto es errónea en teoría y está por debajo de toda crítica, desde el punto de vista teórico, esa consigna.

Camaradas, el último suceso de Alemania, el brutal y traicionero asesinato de Liebknecht y Luxemburgo, no es sólo el más dramático y trágico de la revolución que comienza en Alemania. Proyecta, además, una luz de extraordinario brillo sobre el planteamiento de los problemas de la lucha contemporánea en las actuales tendencias de las diversas convicciones políticas y en los diversos sistemas teóricos de nuestros días. En Alemania es precisamente donde más se ha hablado, aunque sólo sea, por ejemplo, de la famosa democracia, de las consignas de democracia en general y de las consignas de independencia de la clase obrera con relación al poder del Estado. Estas consignas, que tal vez parezcan desligadas a primera vista, guardan en realidad muy estrecha conexión. Están estrechamente vinculadas porque evidencian que hasta ahora, pese a la inmensa experiencia que el proletariado ha reunido en su lucha de clase, los prejuicios pequeñoburgueses son aún muy fuertes; porque evidencian que hasta hoy la lucha de clase sólo se admite a cada paso de boca para afuera, según la expresión alemana, sin penetrar ni en la mente ni en el corazón de quienes la mencionan. En efecto, si recordamos, aunque sólo sea el abecé de la economía política que aprendimos en *El Capital* de Marx, la teoría de la lucha de las clases que todos aceptamos sin reservas, ¿cómo se puede hablar de democracia en general o de independencia cuando hoy se ha exacerbado y extendido tanto la lucha, cuando está claro que la revolución socialista se ha puesto a la orden del día en todo el mundo y cuando eso resalta con evidencia en la práctica de los países más democráticos? Quienes piensen así demuestran que, en cuanto a la teoría de la economía política, no han comprendido una sola página de *El Capital* de Marx, hoy acatado sin excepción por todos los socialistas de todos los países.

Pero, en realidad, aunque acatan esa obra, ahora que casi han llegado a la lucha principal a la que condujo *El Capital* de Marx, abandonan esta lucha entre las clases y se imaginan que puede haber una democracia al margen o por encima de las clases, que la democracia en la sociedad contemporánea, mientras los capitalistas conserven su propiedad, puede ser otra, una democracia no burguesa, es decir, una dictadura burguesa disfrazada con falsos e hipócritas rótulos democráticos. Fue desde esa misma Alemania desde donde nos han llegado hace poco voces diciendo que allí es posible, e incluso tal vez probable, que la dictadura del proletariado no rebase el marco de la democracia, que allí se pondrá en práctica la democracia. Ha sido allí precisamente,

donde personas que tienen la pretensión de ser maestros del marxismo, personas que como Kautsky, que desde 1889 hasta 1914 fueron los ideólogos de toda la II Internacional, han enarbolado la bandera de la democracia y no comprenden que mientras la propiedad esté en manos de los capitalistas la democracia no será más que una pantalla falaz por completo de la dictadura de la burguesía. No comprenden que no puede ni hablarse de emancipar el trabajo del yugo del capital mientras no se arranque esa falaz pantalla, mientras no planteemos el problema como siempre nos enseñó Marx, como nos han enseñado a plantearlo la lucha cotidiana del proletariado, cada huelga y cada enconamiento de la lucha sindical: que mientras la propiedad siga estando en manos de los capitalistas, toda democracia será sólo una pantalla falaz de la dictadura de la burguesía. Todo lo que se diga del sufragio universal, del acato de la voluntad del pueblo, de la igualdad de los electores será un burdo engaño, porque no puede haber igualdad entre los explotadores y los explotados, entre los dueños del capital y la propiedad y los modernos esclavos asalariados.

Es claro que, en comparación con el zarismo, con la autocracia, la monarquía y todos los residuos del feudalismo, la democracia burguesa es un progreso inmenso en el plano histórico. Es claro que debemos aprovecharla, y mientras la lucha de la clase obrera por todo el poder no se ponga a la orden del día, estamos obligados a utilizar las formas de la democracia burguesa. Pero la realidad es que hemos llegado justamente a ese momento decisivo de la lucha a escala internacional, y el problema ahora es si podrán los capitalistas sujetar en su poder los medios de producción y, sobre todo, la propiedad de los instrumentos de producción. Y eso quiere decir que ellos preparan nuevas guerras. La guerra imperialista nos ha mostrado con claridad meridiana que la propiedad capitalista está vinculada a esa matanza de pueblos y condujo a ella de manera incontenible y constante. Siendo así las cosas, todo cuanto se diga de que la democracia expresa la voluntad de todo el pueblo es un engaño palmario para todos, no es otra cosa que el privilegio de los capitalistas y los ricos para embaucar a los sectores más atrasados de trabajadores, tanto con su prensa, que sigue en manos de los propietarios, como con todos los otros medios de influencia política.

No hay ni puede haber más que una alternativa: o dictadura de la burguesía encubierta con asambleas constituyentes, con sistemas electorales de todo tipo, democracia y demás engaños burgueses que se emplean para deslumbrar a bobos y de los que sólo pueden hacer gala hoy quienes han renegado por completo y en todo del marxismo y del socialismo; o dictadura del proletariado para aplastar con mano de hierro a la burguesía que azuza a los elementos más inconscientes contra los mejores líderes del proletariado mundial. Esta dictadura significa la victoria del proletariado para reprimir a la burguesía, que ahora opone la más rabiosa resistencia al proletariado, que se hace tanto más furiosa cuanto más claro percibe que el problema lo han planteado las masas. Pues hasta ahora, en la gran mayoría de los casos, tenía el descontento y la indignación de los obreros por expresión temporal de malestar. Los capitalistas ingleses, por ejemplo, que quizás sean los más expertos en embaucar a los obreros en los problemas políticos y los mejor instruidos y organizados en el aspecto político, siguen conceptuando hasta hoy a cada paso que la guerra, claro está, ha despertado descontento, y este descontento origina y seguirá originando disturbios obreros, pero aún no han dicho que hoy de lo que se trata es de quién encabezará el Estado, en manos de quién estará el poder del Estado y si los señores capitalistas conservarán la propiedad. Entre tanto, los acontecimientos han evidenciado que ese problema precisamente es el que se ha puesto sin duda a la orden del día no sólo en Rusia, sino en toda una serie de países euroccidentales, y no sólo tan siquiera de los que participaron en la guerra, sino también de los neutrales, de los que sufrieron relativamente menos las consecuencias, como Suiza y Holanda.

La burguesía se ha educado y ha educado a las masas, más que nada, en el espíritu del parlamentarismo burgués. Sin embargo, es evidente que en las masas ha madurado un movimiento soviético, un movimiento por el Poder soviético. El movimiento soviético ha dejado de ser la forma rusa del poder del proletariado para hacerse la posición del proletariado internacional en su lucha por el poder, es el segundo paso en el desarrollo mundial de la revolución socialista. El primer paso fue la Comuna de París, la cual demostró que la clase obrera no puede llegar al socialismo por otra vía que no sea la de la dictadura, sometiendo por la fuerza a los explotadores. Lo primero que demostró la Comuna de París es que la clase obrera no puede llegar al socialismo por el conducto del viejo Estado parlamentario democrático burgués, sino sólo por el de un Estado de nuevo tipo que habrá de destruir de arriba abajo el parlamentarismo y la burocracia.

El segundo paso, desde el punto de vista del desarrollo mundial de la revolución socialista, ha sido el Poder soviético, que, si bien fue tenido en un principio, y se podía, e incluso se debía tener por un fenómeno exclusivamente ruso, si no se abandonaba el terreno de los hechos, hoy los acontecimientos han mostrado que no es un fenómeno sólo ruso, sino también una forma internacional de lucha del proletariado, han mostrado que las guerras, al barajar a las masas proletarias y semiproletarias, han dado a éstas una organización nueva, evidentemente opuesta al imperialismo rapaz, a la clase capitalista que obtiene ganancias fabulosas, sin precedente antes de

la guerra, y han creado por doquier esas nuevas organizaciones de lucha de las masas, las organizaciones del proletariado, para derrocar el poder de la burguesía.

No todos comprendían, cuando surgieron los Soviets, este significado suyo. No todos lo comprenden ni siquiera hoy. Pero nosotros, los que vimos en 1905 los embriones de estos Soviets, y pasamos después de la revolución de febrero de 1917 un largo período de vacilaciones y titubeos entre la organización soviética de las masas y la ideología pequeñoburguesa, conciliadora y traicionera, tenemos un cuadro más claro que la luz del sol. Ese cuadro lo tenemos delante mismo de nosotros, y abordamos el problema desde su punto de vista, desde el punto de vista de la marcha más amplia y profunda cada día de la lucha del proletariado por el poder del Estado, contra la propiedad capitalista. Y desde ese punto de vista, ¿qué valen todas las invocaciones a la democracia y todas las frases sobre "independencia" y demás cosas por el estilo que desvían constantemente a cierta posición al margen de las clases, puesto que sabemos que en la sociedad capitalista domina la burguesía, que la sociedad capitalista nace precisamente del poder de la burguesía en las esferas política y económica? O poder del proletariado o dictadura de la burguesía, no hay término medio que pueda ser perdurable en problemas de alguna seriedad. Y quien hable de independencia, quien hable de democracia en general, presupone consciente o inconscientemente algún término medio, algo que está entre las clases o por encima de las clases. Y en todos los casos, es una ilusión, es un engaño, es encubrir que mientras subsista el poder de los capitalistas, mientras los capitalistas conserven la propiedad de los medios de producción, la democracia puede ser menos amplia o más amplia, civilizada, etc., pero en realidad sigue siendo la dictadura de la burguesía, y de cada gran contradicción brota con mayor claridad, con mayor evidencia, la guerra civil.

Cuanto más próximas a la democracia son las formas políticas de Francia, tanto antes se desprende la guerra civil de casos como el de Dreyfus. Cuanto más amplia es la democracia en Norteamérica, con su proletariado, sus internacionalistas e incluso sus meros pacifistas, tanto antes se dan casos de linchamiento y estallidos de guerra civil. El significado de eso lo vemos tanto más claro hoy, cuando la primera semana de libertad y democracia burguesas en Alemania ha dado lugar al más rabioso estallido de la guerra civil, estallido mucho más violento y mucho más furioso que en nuestro país. Y quien juzgue de esos estallidos desde el punto de vista de si se conoce o no el juicio de tales o cuales partidos, quien los juzgue sólo por el asesinato de Liebknecht y Luxemburgo, se distingue por su ceguera y su cobardía intelectuales y no quiere comprender que esos estallidos son los de una guerra civil incontenible, una guerra civil que dimana de manera incontenible de todas las contradicciones del capitalismo. No hay ni puede haber términos medios. Todo lo que se diga de independencia o democracia en general, cualquiera que sea la salsa con que se condimente, es el mayor de los engaños, la mayor traición al socialismo. Y si la propaganda teórica de los bolcheviques, que son ahora los fundadores efectivos de la Internacional; si las enseñanzas teóricas de los bolcheviques sobre la guerra civil no han llegado muy lejos y han sido interceptadas con demasiada frecuencia por la censura y las medidas de contención castrenses de los Estados imperialistas, hoy no son ya la propaganda ni la teoría, sino los hechos de la guerra civil los que alcanzan tanta mayor violencia cuanto más vieja es y más perdura la democracia en los Estados euroccidentales. Estos hechos se abrirán paso a las mentes más cerradas y embotadas. De los que hablan de democracia en general y de independencia puede afirmarse hoy que son unos fósiles.

No obstante, teniendo en cuenta las duras condiciones de la lucha, entre las que surgió y se desarrolló el movimiento sindical de Rusia hace tan poco tiempo -y hoy ha adquirido un desarrollo casi total- debemos lanzar de paso una mirada retrospectiva y recordar el ayer. A juicio mío, esas evocaciones son tanto más necesarias por cuanto el movimiento sindical, precisamente como movimiento sindical, ha de sufrir un cambio muy brusco en el período en que ha comenzado la revolución socialista mundial.

En este movimiento sindical ha sido donde los ideólogos de la burguesía han intentado muchas veces sacar ganancia a río revuelto. Han procurado independizar de la lucha política la lucha económica, que es la base del movimiento sindical. Entretanto, es precisamente ahora, sobre todo después de la revolución política que ha entregado el poder al proletariado, cuando los sindicatos, la organización más amplia del proletariado a escala de clase, deben desempeñar en realidad un papel muy importante y ocupar la situación más céntrica en la política, deben convertirse, en cierto sentido, en el órgano político principal, pues todos los viejos conceptos y categorías de esta política han sido refutados e invertidos por la revolución política que ha entregado el poder al proletariado. El viejo Estado, tal y como lo habían constituido, incluso las mejores y más democráticas de las repúblicas burguesas, nunca fue ni pudo ser, lo repito, otra cosa que la dictadura de la burguesía, es decir, de los dueños de las fábricas, de los instrumentos de producción, de la tierra, de los ferrocarriles, en suma, de todos los recursos materiales, de todos los instrumentos de trabajo sin cuya posesión el trabajo sigue en la esclavitud.

Por eso justamente, cuando el poder político ha

pasado a manos del proletariado, los sindicatos han tenido que asumir cada vez más la función de artífices de la política de la clase obrera, la función de personas cuya organización de clase está llamada a remplazar a la anterior clase explotadora, después de haber dado al traste con todos los viejos prejuicios y tradiciones de la vieja ciencia que decía al proletariado por boca de un sabio: ocúpate de tus problemas económicos, que de los políticos se ocupará el partido de la burguesía. Toda esta prédica ha resultado ser un arma directa en manos de la clase de los explotadores y sus verdugos para aplastar al proletariado, que empieza a sublevarse y luchar en todas partes.

Y en este punto, camaradas, a los sindicatos se les plantea un problema totalmente nuevo en su trabajo de organización estatal, el problema de su "estatificación", como se ha denominado en la resolución propuesta por el grupo de los comunistas. Ahí es donde los sindicatos deben meditar más que nada en una de las más profundas y conocidas máximas de los fundadores del comunismo contemporáneo: "cuanto más amplia y profunda sea la revolución que se opera en la sociedad, tanto mayor debe ser el número de personas que la hacen, que son sus artífices en el verdadero sentido de la palabra"[85]. Tomemos la vieja sociedad feudal de la nobleza. Hacer en ella revoluciones, mientras se tratara sólo de arrancar el poder a un grupo de nobles o señores feudales y entregado a otro, era de una facilidad que movía a risa. Tomemos la sociedad burguesa, que se jacta del sufragio universal. En realidad, como sabemos, ese sufragio universal, todo ese mecanismo se trueca en un engaño ya que hasta en los países más avanzados, cultos y democráticos, la inmensa mayoría de los trabajadores está oprimida y aplastada por las galeras capitalistas, de manera que, en realidad, no participa ni puede participar en la política. Y ahora comienza por primera vez en la historia de la humanidad una revolución que puede conducir a la victoria total del socialismo, pero sólo con la condición de que nuevas e inmensas multitudes afronten la tarea de gobernar por su cuenta. La revolución socialista no significa un cambio en la forma del Estado, ni la sustitución de la monarquía por la república, ni nuevas elecciones que presuponen que todos son absolutamente "iguales", pero, en realidad, no son más que un hábil enmascaramiento que encubre el hecho de que unos son poseedores y otros desposeídos. Desde el punto de vista de la gente de la sociedad burguesa, como quiera que hay "democracia", y en las elecciones participan capitalistas y proletarios, eso es "voluntad del pueblo", eso es "igualdad", eso es la expresión de su deseo. Sabemos que estas palabras constituyen un burdo engaño que sólo sirve para encubrir a verdugos y asesinos como Ebert y Scheidemann. En la sociedad burguesa, las multitudes trabajadoras están gobernadas por la burguesía mediante formas más o menos democráticas; están gobernadas por una minoría, los poseedores, los que participan de la propiedad capitalista y han transformado la enseñanza y la ciencia, ese baluarte supremo y flor de la civilización capitalista, en un instrumento de explotación, en un monopolio para tener en la esclavitud a la inmensa mayoría del pueblo. La revolución que hemos iniciado, que venimos haciendo ya durante dos años y que estamos firmemente resueltos a llevar hasta el fin (*aplausos*), es posible y factible sólo a condición de que logremos entregar el poder a la clase nueva, a condición de que la burguesía, los esclavistas capitalistas, los intelectuales burgueses, los representantes de todos los poseedores, de todos los propietarios, sean reemplazados de abajo arriba por la nueva clase en todas las esferas de gobierno, en toda la organización estatal, en toda la dirección de la nueva vida. (*Aplausos*)

Esta es la tarea que hoy tenemos planteada. La revolución socialista podrá consolidarse sólo cuando esa nueva clase aprenda a gobernar, y no en los libros, ni en los mítines o discursos, sino en la práctica, sólo cuando incorpore a esa tarea a las mayores multitudes de trabajadores, sólo cuando elabore formas que permitan a todos los trabajadores adaptarse con facilidad a la obra de gobernar el Estado y crear el nuevo orden estatal; sólo con esa condición no puede menos de consolidarse la revolución. Y si esta condición existe, constituirá una fuerza que barrerá al capitalismo y todas sus reminiscencias como pajuelas o polvo.

Desde el punto de vista de clase, y hablando en términos generales, esa es la tarea que tenemos planteada como condición para la victoria de la revolución socialista, tarea que está vinculada de manera tan íntima y directa a la tarea de las organizaciones que, incluso en la sociedad capitalista, procuraban desplegar la lucha más amplia de las masas para destruir dicha sociedad. Y las organizaciones más amplias que existían entonces eran los sindicatos. Ahora, aunque por la forma siguen siendo organizaciones independientes, pueden y deben, como se expresa en uno de los enunciados de la resolución que se os ha propuesto, participar con energía en las labores del Poder soviético, trabajando directamente en todos los organismos gubernamentales, organizando un control masivo de sus actividades, etc., y creando nuevos organismos de contabilidad, control y regulación de toda la producción y distribución, apoyados en la iniciativa organizada de las propias masas multitudinarias e interesadas de los trabajadores.

Ni en los mejores casos ni en los países más adelantados de la sociedad capitalista, tras decenios y a veces incluso siglos de desarrollo de la civilización y la cultura, jamás ocurrió en la democracia burguesa

que los sindicatos abarcaran a más de la quinta parte de los asalariados. Participaba en ellos una pequeña cúspide, de la cual sólo una minoría insignificante era seducida y sobornada por los capitalistas a fin de que ocuparan en esa sociedad un lugar como dirigentes obreros. Los socialistas norteamericanos llamaron a esa gente "lugartenientes obreros de la clase capitalista". En ese país de la cultura burguesa más libre, en esa república, la más democrática de las repúblicas burguesas, fue donde vieron mejor ese papel de las cúspides insignificantes del proletariado que se ponían en realidad al servicio de la burguesía, que la sustituían, se dejaban sobornar y comprar por ella y formaron esa legión de socialpatriotas y defensistas que tienen a Ebert y Scheidemann por paladines a perpetuidad.

La situación que tenemos ahora, camaradas, es distinta. Los sindicatos pueden comenzar a organizar de manera nueva la economía a escala nacional, apoyándose en lo creado por la cultura capitalista y la producción capitalista, construyendo el socialismo con esa precisa base material, con esa gran producción que nos subyugaba, que fue creada contra nosotros, que fue forjada para oprimir infinitamente a las masas obreras, pero que las agrupaba y cohesionaba, creando así la vanguardia de la nueva sociedad, vanguardia que después de la Revolución de Octubre, después de haber tomado el poder el proletariado, comenzó a cumplir su verdadero cometido: educar a las masas trabajadoras y explotadas, incorporarlas a la gestión pública, a dirigir la producción sin funcionarios, sin burguesía, sin capitalistas. Por eso en la resolución que os proponemos se rechaza todo plan burgués y toda esa palabrería traicionera. Por eso se afirma en ella que es ineludible estatificar los sindicatos. A la vez, da un paso adelante. Ahora no planteamos ya sólo en teoría la estatificación de los sindicatos. Gracias a Dios, ya salimos de la fase de plantear esos problemas sólo como tema de discusiones teóricas. Quizás incluso hayamos tenido tiempo de olvidar días en que solíamos planteamos esas discusiones libres sobre puros temas teóricos. Esos tiempos caducaron hace mucho, y hoy planteamos dichos problemas, respaldándonos en el año de experiencia de los sindicatos, los cuales, en su papel de organizadores de la producción, han creado organismos como el Consejo Superior de Economía Nacional que en esta labor de increíble dificultad han incurrido en numerosos errores, y siguen incurriendo constantemente en ellos, por supuesto, sin hacer caso de las malévolas risitas de la burguesía, que dice: ahí tenéis, los proletarios han decidido edificarlo ellos mismos todo, y ya veis, han cometido un montón de errores.

La burguesía se imagina que cuando recibió el poder de manos de los zares y los nobles, no se equivocó nunca. Se figura que la reforma de 1861, que era un remiendo del edificio de la servidumbre y dejaba una inmensidad de rentas y poder en manos de los señores feudales, se realizó sin dificultades y no fue seguida de varios decenios de caos en Rusia. No hay un solo país en el mundo donde los señores de la nobleza no se burlaran de la burguesía advenediza y de gente de origen plebeyo cuando comenzaron a gobernar el Estado.

Se comprende por sí solo que hoy toda la flor y nata, mejor dicho, la flor infecunda de la intelectualidad burguesa, se burle también de cada uno de los errores en que incurre el nuevo poder, sobre todo cuando, debido a la rabiosa resistencia de los explotadores y a la cruzada de la alianza internacional de los explotadores contra Rusia, uno de los países más débiles y menos preparados, la nueva clase, la alianza de los trabajadores, ha tenido que hacer su revolución con una celeridad vertiginosa, en unas condiciones en las que se podía pensar no tanto en allanar el curso de la revolución como en sostenerse hasta que empezara a despertar el proletariado de Europa Occidental. Y hemos cumplido la tarea. En este sentido, camaradas, podemos decir ya que hemos tenido mucha más fortuna que los hombres de la Revolución Francesa, la cual fue derrotada por una alianza de países monárquicos y atrasados, y que, personificada por el poder de los sectores ínfimos de la burguesía de entonces, se sostuvo un año sin promover en seguida un movimiento homogéneo en otros países. Sin embargo, hizo tanto para la burguesía, para la democracia burguesa, que todo el desarrollo de toda la humanidad civilizada a lo largo del siglo XIX proviene de la Gran Revolución Francesa, a ella se lo debe todo.

Nosotros hemos tenido mucha más fortuna. En el año transcurrido hemos hecho por el nuevo régimen proletario muchísimo más de lo que hicieron en igual lapso los revolucionarios de entonces por el desarrollo de la democracia burguesa; y lo hemos hecho de manera que hoy ya el movimiento de Rusia, comenzado en virtud de una concurrencia singular de circunstancias y de condiciones especiales que colocaron a Rusia entre dos gigantes imperialistas del mundo civilizado contemporáneo, y no en virtud de méritos nuestros, ese movimiento y el triunfo del Poder soviético durante el último año han logrado que el propio movimiento haya llegado a ser internacional, que se haya constituido la Internacional Comunista y se hayan desmoronado las consignas y los ideales de la vieja democracia burguesa, y hoy no queda en parte alguna del mundo un solo político consciente, sea del partido que quiera, que no vea que la revolución socialista mundial ha comenzado, que ya está en marcha. (*Aplausos*.)

Camaradas, al hablar de lo mucho que nos hemos alejado del planteamiento teórico del problema para

pasar a su solución práctica, me he desviado un tanto del tema. Tenemos un año de experiencia que nos ha dado hoy ya muchísimos más éxitos para la victoria del proletariado y de su revolución de lo que dio a fines del siglo antepasado un año de dictadura de la democracia burguesa para la victoria de ésta en todo el mundo. Además, en este año hemos adquirido una experiencia práctica inmensa que nos permite, si no calcular con absoluta precisión cada uno de nuestros pasos, planear al menos el ritmo de desarrollo, la velocidad del mismo, ver las dificultades reales y dar los pasos concretos que nos conducirán de una victoria parcial a otra en el derrocamiento de la burguesía.

Al volver la mirada hacia atrás, vemos cuáles son los errores que debemos corregir, vemos claramente qué debemos construir y cómo hacerlo en adelante. Por eso nuestra resolución no se limita a proclamar la necesidad de estatificar los sindicatos ni a proclamar por principio la dictadura del proletariado y la necesidad de que marchemos, como se afirma en un pasaje de la resolución, "inevitablemente a la fusión de las organizaciones sindicales con los organismos del poder estatal". Eso lo sabíamos ya en teoría, lo enunciamos ya antes de Octubre y debimos haberlo enunciado antes aún. Pero eso es poco. El quid del asunto no es el mismo de antes para un partido que acomete de lleno la construcción práctica del socialismo, ni para sindicatos que ya han creado órganos de dirección de la industria a escala de toda Rusia y de todo el Estado, que han constituido ya el Consejo Superior de Economía Nacional y que han adquirido miles de elementos de su propia experiencia de organización al precio de miles de errores.

Ahora ya no podemos limitarnos a proclamar la dictadura del proletariado. Son ineludibles la estatificación de los sindicatos, la fusión de éstos con los órganos del poder del Estado, el paso íntegro de la obra de organizar la gran producción a manos de los sindicatos. Pero todo eso aún es poco.

Debemos tener asimismo en cuenta nuestra experiencia práctica para enjuiciar el momento actual, el más próximo. Ese es ahora el quid de la cuestión para nosotros. Y ese momento aborda la resolución cuando dice que si los sindicatos intentaran ahora asumir por propia iniciativa funciones de poder estatal, no resultaría más que un batiburrillo. Ya hemos sufrido bastante las consecuencias de tal batiburrillo. Hemos pugnado mucho contra los residuos del maldito régimen burgués, contra los afanes de pequeño propietario, afanes que no sabría calificar si de anarquistas o egoístas, que están muy arraigados aún entre los obreros también.

Ninguna muralla china ha separado jamás de la vieja sociedad a los obreros, que conservan mucho de la psicología tradicional de la sociedad capitalista. Los obreros están construyendo una nueva sociedad sin haberse transformado en hombres nuevos y limpios del lodo del viejo mundo, hundidos hasta las rodillas en ese lodo. Lo único que podemos hacer es soñar en limpiarnos ese lodo. Sería la mayor utopía creer que eso puede lograrse de golpe. Sería una utopía que, en la práctica, alejaría el reino del socialismo hasta los cielos.

No, no es así como abordamos la construcción del socialismo. La abordamos, pisando aún el terreno de la sociedad capitalista, luchando contra todas las debilidades y deficiencias que tienen también los trabajadores y que tiran del proletariado hacia abajo. En esta lucha hay muchos o inveterados hábitos y costumbres separatistas de pequeño propietario y aún se palpa el ambiente del viejo lema: "Cada uno para sí y Dios para todos". De eso había más que suficiente en cada sindicato, en cada fábrica, que se preocupaba a cada paso de sí misma y dejaba el resto al cuidado de Dios y de la jefatura. Todo eso lo hemos visto y lo hemos experimentado en nuestra propia carne. Nos ha costado tantos errores, tantos y tan graves, que ahora tomamos en consideración esta experiencia y decimos a nuestros camaradas: os prevenimos de la manera más resuelta contra toda acción que emprendáis por vuestra cuenta en ese terreno. Y recalcamos que eso no será la construcción del socialismo, que eso será dejarnos llevar todos por las debilidades del capitalismo.

Ya hemos aprendido a tener en cuenta toda la dificultad de la tarea que se nos plantea. Estamos en el mismo centro de los trabajos de construcción del socialismo y, desde el punto de vista de este centro de los trabajos, impugnamos toda acción por cuenta de uno en este campo. Los obreros conscientes deben estar prevenidos contra estas acciones por cuenta propia. Hay que decirles que no podemos fundir ahora, de golpe y porrazo, los sindicatos con los órganos del poder estatal. Sería un error. El problema no se plantea así.

Sabemos ahora que el proletariado ha destacado a varios miles, y tal vez a varias decenas de miles, de proletarios para la gestión del Estado. Sabemos que la nueva clase, el proletariado, cuenta hoy con representantes suyos en cada dominio de la administración pública, en cada sector de empresa socializada o en proceso de socialización, o en la esfera de la economía. Esto lo sabe el proletariado. Ha emprendido esta obra en la práctica y ahora ve que es preciso continuar por este mismo camino, que es preciso dar aún no pocos pasos antes de que se pueda decir: los sindicatos de los trabajadores se han fusionado definitivamente con todo el mecanismo del Estado. Esto ocurrirá cuando los obreros tomen de manera definitiva en sus manos los órganos de coerción de una clase sobre otra. Y se llegará a eso, lo sabemos.

Ahora queremos fijar toda vuestra atención en la

obra práctica inmediata. Es necesario ampliar más y más la participación de los propios trabajadores en la dirección de la economía y en el montaje de la nueva producción. Si no cumplimos esta tarea, si no convertimos los sindicatos en organismos de educación de masas diez veces más amplias, para que participen directamente en la administración pública, no llevaremos hasta el fin la obra de la edificación comunista. Esto lo vemos con claridad. Esto se dice en nuestra resolución y en esto último quisiera yo que centraseis, sobre todo, vuestra atención.

Debido a la grandiosa revolución que se ha operado en la historia, al tomar el proletariado en sus manos el poder del Estado, los sindicatos están dando el más profundo viraje en toda su actividad. Pasan a ser los principales artífices de la nueva sociedad, porque sólo las masas multitudinarias pueden ser las creadoras de esta sociedad. Mientras que en la época de la servidumbre de la gleba el número de estos creadores se contaba por centenares, y mientras en la época del capitalismo edificaron el Estado miles o decenas de miles de personas, ahora la revolución socialista sólo puede ser llevada a cabo con la participación práctica, activa y directa de decenas de millones de personas en la administración pública. Llevamos esa dirección, pero aún no hemos llegado a eso.

Los sindicatos deben saber que, al lado de las tareas planteadas en parte, y superadas ya en parte, tareas que, aun cuando sigan estando a la orden del día, no pueden dejar de ser tareas menudas para nosotros, al lado de estas tareas de contabilidad, establecimiento de normas y unificación de organizaciones se plantea una tarea mayor y más importante: la de "enseñar a las masas, y no por medio de libros, conferencias y mítines, sino en la experiencia, a administrar y hacer las cosas de manera que sea cada vez más numerosa la capa avanzada que el proletariado ha destacado de su seno a los puestos de dirección y de organización, que vengan a remplazarla nuevos y nuevos sectores obreros, que este nuevo sector se multiplique por diez. Esta tarea parece inmensa y ardua. Pero si pensamos en la rapidez con que la experiencia de la revolución ha permitido cumplir las tareas más inmensas planteadas a partir de Octubre y cómo anhelan adquirir conocimientos los sectores trabajadores para los que estos conocimientos eran antes inasequibles e innecesarios, si pensamos en esto, la tarea dejará de parecernos inabarcable.

Veremos que podemos cumplir este cometido, que podemos enseñar a las masas trabajadoras incomparablemente mayores una obra como la de dirigir el Estado y la industria, que podemos desplegar el trabajo práctico, destruir lo que durante siglos y decenios se ha venido inculcando a las masas obreras: el funesto prejuicio de que la dirección del Estado es obra de unos privilegiados, el prejuicio de que se trata de un arte especial. Eso no es verdad. Cometeremos inevitablemente errores, pero de cada error aprenderán ahora no ya unos grupos de estudiantes que sigan un curso teórico cualquiera de administración pública, sino millones de trabajadores que sentirán en su propia carne las consecuencias de cada falta y verán ellos mismos que tienen planteadas las impostergables tareas de llevar la cuenta y distribuir los productos y de elevar el rendimiento del trabajo, que comprobarán por propia experiencia que el poder está en sus manos, que nadie les ayudará si no se ayudan ellos mismos: tal es la nueva psicología que se está formando en la clase obrera, tal es la nueva tarea de colosal trascendencia histórica que se alza ante el proletariado y de la que deben tomar conciencia ante todo los sindicatos y los dirigentes del movimiento sindical. Los sindicatos no son sólo profesionales. Son profesionales hoy en tanto en cuanto están en el único marco posible, ligado con el viejo capitalismo, y engloban al mayor número de trabajadores. Y su misión consiste en poner en movimiento a estos millones y decenas de millones de trabajadores, elevándolos de una actividad simple a otra superior, sin cesar nunca de promover nuevos sectores de la reserva de las masas trabajadoras y sin dejar en ningún momento de propulsarlos con miras al cumplimiento de las tareas más difíciles; educar, por lo tanto, a masas cada vez más amplias con vistas a la gestión pública, fundirse con la lucha del proletariado, que ha asumido las funciones de la dictadura y la ejerce ahora ante todo el mundo, atrayendo cada día en todos los países a nuevos destacamentos de obreros industriales y de socialistas, que ayer toleraban aún las directrices de los socialtraidores y socialdefensistas y hoy se colocan cada día más bajo la bandera del comunismo y de la Internacional Comunista.

Sostener esta bandera y, a la vez, ampliar constantemente las filas de los constructores del socialismo, recordar que las tareas de los sindicatos consisten en ser los artífices de la nueva vida, en ser los educadores de nuevos millones y decenas de millones de seres que aprendan por propia experiencia a no cometer errores y a desechar los viejos prejuicios, que aprendan por propia experiencia a dirigir el Estado y la producción: sólo en esto reside la garantía infalible de que la causa del socialismo venza por completo, excluyendo toda posibilidad de retroceso.

Información periodística publicada el 21 de enero en el núm. 14 de "Ekonomícheskaya Zhizn" y el 22, 24 y 25 de enero de 1919 en los núms. 15, 16 y 17 de "Pravda".

T. 37, págs. 435-453.

CARTA A LOS OBREROS DE EUROPA Y AMÉRICA.

Camaradas: Al final de la carta que escribí a los obreros norteamericanos el 20 de agosto de 1918, decía que nos encontramos como si estuviéramos en una fortaleza sitiada en tanto no nos llegue la ayuda de otros destacamentos de la revolución socialista mundial*. Los obreros -añadía yo- rompen con sus socialtraidores: los Gompers y los Renner. Los obreros se van acercando con paso lento, pero firme, hacia la táctica comunista y bolchevique.

Desde que escribí esas palabras han pasado menos de cinco meses, y he de decir que, en virtud del paso de los obreros de los distintos países al lado del comunismo y del bolchevismo, la revolución proletaria mundial ha madurado en este período con extraordinaria rapidez.

Entonces, el 20 de agosto de 1918, nuestro partido, el partido bolchevique, era el único que había roto de manera decidida con la vieja Internacional, con la II Internacional de los años 1889-1914, que tan vergonzosa bancarrota sufriera durante la guerra imperialista de 1914-1918. Nuestro partido fue el único que pasó del todo a un nuevo camino y abandonó a los socialistas y la socialdemocracia, cubiertos de oprobio por su alianza con la rapaz burguesía, para abrazar el comunismo; el único que abandonó el reformismo pequeñoburgués y el oportunismo, de los que estaban y están impregnados los partidos socialdemócratas y los partidos socialistas oficiales para adoptar una táctica verdaderamente proletaria, verdaderamente revolucionaria.

Hoy, 12 de enero de 1919, vemos ya muchos partidos comunistas proletarios, y no sólo en lo que fuera el imperio de los zares, como es el caso de Letonia, Finlandia y Polonia, sino en Europa Occidental, en Austria, en Hungría, en Holanda y, finalmente, en Alemania. Hoy, cuando la Liga Espartaco alemana, con jefes tan famosos y conocidos en todo el mundo, con partidarios tan fieles de la clase obrera como Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin y Francisco Mehring, ha roto definitivamente toda relación con los socialistas del tipo de Scheidemann y de Südekum, esos socialchovinistas (socialistas de palabra y chovinistas de hecho) que se han cubierto para siempre de vergüenza, aliándose con la rapaz burguesía imperialista de Alemania y con Guillermo II; hoy, cuando la Liga Espartaco se ha intitulado Partido Comunista de Alemania, es ya *un hecho la fundación* de la III Internacional, de la *Internacional Comunista*, verdaderamente proletaria, verdaderamente internacionalista, verdaderamente revolucionaria. Formalmente, esta fundación no ha sido refrendada aún, pero, de hecho, la III Internacional existe ya.

Ahora, ningún obrero consciente, ningún socialista sincero puede menos de ver qué traición tan vil al socialismo perpetraron quienes, como los mencheviques y los "socialistas-revolucionarios" en Rusia, como los Scheidemann y los Südekum en Alemania, como los Renaudel y los Vandervelde en Francia, como los Henderson y los Webb en Inglaterra y los Gompers y Cía. en Norteamérica, apoyaban a "su" burguesía en la guerra de 1914-1918. Esta guerra se desenmascaró por entero como una guerra imperialista, como una guerra reaccionaria, como una guerra de rapiña tanto por parte de Alemania como por parte de los capitalistas de Inglaterra, Francia, Italia y Norteamérica, que empiezan ahora a pelearse por el reparto del botín robado, por el reparto de Turquía, de Rusia, de las colonias de África y de la Polinesia, por el reparto de los Balcanes, etc., etc. Las habladurías hipócritas de Wilson y de los "wilsonistas" acerca de la "democracia" y la "liga de naciones" quedan desenmascaradas con asombrosa rapidez cuando vemos la ocupación de la margen izquierda del Rin por la burguesía francesa, la ocupación de Turquía (Siria y Mesopotamia) y parte de Rusia (Siberia, Arjánguelsk, Bakú, Krasnovodsk, Ashjabad, etc., etc.) por los capitalistas franceses, ingleses y norteamericanos, cuando vemos el incremento que toma la hostilidad, a causa del reparto del botín robado, entre Italia y Francia, entre Francia e Inglaterra, entre Inglaterra y Norteamérica y entre Norteamérica y el Japón.

Al lado de los "socialistas" cobardes, vacilantes, impregnados hasta la médula de los prejuicios de la democracia burguesa, de esos "socialistas" que ayer defendían a "sus" gobiernos imperialistas y hoy se limitan a hacer "protestas" platónicas contra la

* Véase la presente edición, tomo 8. (*N. de la Edit.*)

intervención armada en Rusia; al lado de esos "socialistas", aumenta en los países de la Entente el número de personas que siguen el camino comunista, el camino de MacLean, Debs, Loriot, Lazzari y Serrati; aumenta el número de personas que han comprendido que sólo el derrocamiento de la burguesía y la destrucción de los parlamentos burgueses, que sólo el Poder soviético y la dictadura del proletariado pueden aplastar el imperialismo y asegurar la victoria del socialismo, asegurar una paz duradera.

Entonces, el 20 de agosto de 1918, la revolución proletaria estaba circunscrita a Rusia, y el "Poder soviético", es decir, *todo* el Poder del Estado en manos de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, parecía aún (y en realidad lo era) una institución exclusivamente rusa.

Hoy, 12 de enero de 1919, vemos un poderoso movimiento "soviético" no sólo en territorios que formaron parte del que fue imperio del zar, como es el caso de Letonia, Polonia y Ucrania, sino también en los países de Europa Occidental, tanto en los países neutrales (Suiza, Holanda, Noruega) como en los que han sufrido la guerra (Austria, Alemania). La revolución en Alemania -uno de los países capitalistas más adelantados y, por ello, importante y característico en particular- ha tomado desde el comienzo mismo formas "soviéticas". Todo el desarrollo de la revolución alemana y, sobre todo, la lucha de los "espartaquistas", es decir, de los verdaderos y únicos representantes del proletariado, contra la alianza de la canalla traidora -los Scheidemann y los Südekum- con la burguesía, demuestran claramente cómo *ha planteado* la historia la cuestión en lo que respecta a Alemania.

"Poder soviético" o parlamento burgués, sea cual fuere su rótulo (Asamblea "Nacional" o "Constituyente").

Así está planteada la cuestión *por la historia en el mundo entero*. Ahora esto puede y debe afirmarse, sin temor a pecar de exagerados.

El "Poder soviético" es el segundo paso, o la segunda etapa, de trascendencia histórica mundial, en el desarrollo de la dictadura del proletariado. El primer paso fue la Comuna de París. El análisis genial del contenido e importancia de la Comuna, hecho por Marx en su obra *La guerra civil en Francia*, demostró que la Comuna había creado *un nuevo tipo* de Estado, *el Estado proletario*. Todo Estado, comprendida la república más democrática, no es sino una máquina para el aplastamiento de una clase por otra. El Estado proletario es una máquina para el aplastamiento de la burguesía por el proletariado, y ese aplastamiento es necesario debido a la resistencia furiosa, desesperada, que le ofrecen, sin detenerse ante nada, los terratenientes y capitalistas, toda la burguesía y todos sus lacayos, todos los explotadores, cuando comienza su derrocamiento, cuando comienza la expropiación de los expropiadores.

El parlamento burgués, aun el más democrático de la más democrática república, en la que se mantiene la propiedad de los capitalistas y el poder de éstos, es una máquina para el aplastamiento de millones de trabajadores por un puñado de explotadores. Los socialistas, que luchan por liberar a los trabajadores de la explotación, hubimos de utilizar los parlamentos burgueses como una tribuna, como una base para hacer propaganda y agitación, como una base para organizar, *mientras nuestra lucha se circunscribía al marco del régimen burgués*. Ahora, cuando la historia universal ha puesto a la orden del día la cuestión de destruir todo ese régimen, de derrocar y aplastar a los explotadores, de pasar del capitalismo al socialismo, circunscribirse al parlamentarismo burgués, circunscribirse a la democracia burguesa, pintar esta democracia de color de rosa, como "democracia" en general, velar su carácter *burgués*, olvidar que el sufragio universal será una de las armas del Estado burgués mientras exista la propiedad de los capitalistas significa traicionar ignominiosamente al proletariado, pasarse al lado de su enemigo de clase, de la burguesía, ser un traidor y un renegado.

Las tres tendencias del socialismo mundial, de las cuales viene hablando sin cansarse la prensa bolchevique desde 1915, aparecen ahora con singular nitidez ante nosotros, a la luz de la lucha sangrienta y la guerra civil empeñadas en Alemania.

Carlos Liebknecht: este nombre lo conocen los obreros de todos los países. Por doquier, sobre todo en los países de la Entente, este nombre es símbolo de la fidelidad de un jefe a los intereses del proletariado, de fidelidad a la revolución socialista. Este nombre es símbolo de una lucha verdaderamente sincera, de una lucha verdaderamente abnegada, de una lucha implacable contra el capitalismo. Este nombre es símbolo de una lucha inconciliable contra el imperialismo, y no de palabra, sino de hecho, de una lucha abnegada en el preciso momento en que al país "propio" se le suben a la cabeza los humos de las victorias imperialistas. Con Liebknecht y los "espartaquistas" está todo lo que queda de honrado y de verdaderamente revolucionario entre los socialistas de Alemania, todo lo mejor y lo más convencido del proletariado, todas las masas explotadas, posesas de indignación y más dispuestas cada día a lanzarse a la revolución.

Contra Liebknecht actúan los Scheidemann, Südekum y toda esa banda de despreciables lacayos del káiser y de la burguesía. Son unos traidores al socialismo iguales que los Gompers y los Víctor Berger, los Henderson y los Webb, los Renaudel y los Vandervelde. Me refiero a esa cúspide de obreros comprados por la burguesía a quienes nosotros, los bolcheviques, llamábamos (aplicándolo a los

Südekum rusos, a los mencheviques) "agentes de la burguesía en el movimiento obrero" y a quienes los mejores socialistas de Norteamérica han bautizado con el nombre, extraordinariamente expresivo y profundamente atinado, de "*labor lieutenants of the capitalist class*", "lugartenientes obreros de la clase capitalista". Este es el *novísimo*, "moderne", *tipo* de traición al socialismo, pues en todos los países civilizados, adelantados, la burguesía saquea -bien mediante la opresión colonial o bien sacando "ventajas" financieras de pueblos débiles, formalmente independientes- a una población que supera en muchas veces a la del país "propio". De ahí la posibilidad económica para la burguesía imperialista de obtener "superbeneficios" y destinar parte de ellos a comprar a cierta capa superior del proletariado y convertirla en pequeña burguesía reformista, oportunista, temerosa de la revolución.

Entre los espartaquistas y los scheidemannistas se encuentran los "kautskianos", los vacilantes y veleidosos correligionarios de Kautsky, "independientes" de palabra y *dependientes* de hecho, por entero y en todo, hoy de la burguesía y de los scheidemannistas y mañana de los espartaquistas. Siguen en parte a los primeros y en parte a los segundos, son gente sin ideas, sin carácter, sin política propia, sin honor, sin conciencia; son la plasmación viva del desconcierto de los filisteos, partidarios de palabra de la revolución socialista e incapaces de hecho de comprenderla, cuando ésta ha empezado ya, y que defienden como renegados la "democracia" en general, es decir, defienden *de hecho* la democracia *burguesa*.

En cada país capitalista todo obrero capaz de pensar podrá percibir -en la nueva situación creada por las condiciones nacionales e históricas- estas mismas tres corrientes fundamentales entre los socialistas y entre los sindicalistas, pues la guerra imperialista y el comienzo de la revolución proletaria mundial originan en el mundo entero corrientes ideológicas y políticas homogéneas.

* * *

Las líneas que preceden fueron escritas antes del bestial y abyecto asesinato de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo por el gobierno Ebert-Scheidemann. Estos verdugos, llevados de su servilismo ante la burguesía, han permitido que los guardias blancos alemanes, cancerberos de la sagrada propiedad capitalista, linchasen a Rosa Luxemburgo y matasen a tiros por la espalda a Carlos Liebknecht, con el pretexto, a todas luces falso, de que intentó "fugarse" (el zarismo ruso, al anegar en sangre la revolución de 1905, recurrió muchas veces a semejantes asesinatos con el mismo e igualmente falso pretexto de la "fuga" de los detenidos). Y, al mismo tiempo, esos verdugos encubren a los guardias blancos con la autoridad de un gobierno que proclaman inocente en todo y ¡situado por encima de las clases! No hay palabras que puedan expresar toda la ignominia y toda la vileza de esos crímenes, perpetrados por hombres que se dicen socialistas. Por lo visto, la historia ha elegido un camino en el que el papel de los "lugartenientes obreros de la clase capitalista" debe ser llevado al "grado extremo" de la ferocidad, de la ignominia y de la vileza. ¡Que los simplones kautskianos hablen en su periódico *Freiheit*[86] de un "tribunal" de representantes de "todos" los partidos "socialistas" (estos hombres con alma de lacayos siguen llamando socialistas a los verdugos como Scheidemann)! Estos campeones de la necedad filistea y de la cobardía pequeñoburguesa ni siquiera comprenden que un tribunal es un órgano del poder estatal y que la lucha y la guerra civil en Alemania se libran, precisamente, por ver en manos de quién queda el poder: en manos de la burguesía, a la que "servirán" los Scheidemann como verdugos y pogromistas y los Kautsky como glorificadores de la "democracia pura", o en manos del proletariado, que derrocará a los explotadores capitalistas y aplastará su resistencia.

La sangre de las mejores figuras de la Internacional proletaria del mundo, de jefes inolvidables de la revolución socialista mundial templará a nuevas y nuevas masas obreras, animándolas a una lucha a muerte. Y esta lucha ha de llevar a la victoria. En el verano de 1917, nosotros pasamos en Rusia por las "jornadas de julio"[87], cuando los Scheidemann rusos, los mencheviques y los eseristas, encubrían también "con la autoridad del gobierno" la "victoria" de los guardias blancos sobre los bolcheviques; cuando los cosacos lincharon en las calles de Petrogrado al obrero Vóinov por difundir octavillas bolcheviques. Nosotros sabemos por experiencia lo pronto que estas "victorias" de la burguesía y sus lacayos curan a las masas de toda ilusión en la democracia burguesa, en las "elecciones universales", etc., etc.

* * *

Entre la burguesía y entre los gobiernos de la Entente se observan ahora ciertas vacilaciones. Parte de ellos ven que comienza ya la descomposición de las tropas de los aliados que ayudan en Rusia a los guardias blancos, que sirven a la más negra reacción monárquica y terrateniente; ven que persistir en la intervención armada y en sus intentos de vencer a Rusia -lo que requiere, por largo plazo, un ejército de ocupación de un millón de hombres- es el camino más seguro para llevar con la mayor rapidez la revolución proletaria a los países de la Entente. El ejemplo de las tropas de ocupación alemanas en Ucrania es bastante convincente.

Otra parte de la burguesía de los países de la Entente sigue propugnando la intervención armada en Rusia, el "cerco económico" (Clemenceau) y la estrangulación de la República Soviética. Toda la prensa al servicio de esta burguesía, es decir, la

mayoría de los diarios de Inglaterra y de Francia, comprados por los capitalistas, augura un rápido hundimiento del Poder soviético, pinta los horrores del hambre en Rusia, miente hablando de "desórdenes" y de la "flojedad" del Gobierno soviético. Las tropas de los guardias blancos, de los terratenientes y los capitalistas, a las que la Entente ayuda con oficiales y proyectiles, con dinero y destacamentos auxiliares, están cortando el centro y el norte de Rusia, donde reina el hambre, de Siberia y del Don, las regiones más ricas en trigo.

Los sufrimientos de los obreros hambrientos de Petrogrado y Moscú, de Ivánovo-Voznesensk y otros centros obreros del país son verdaderamente grandes. Las masas obreras no soportarían nunca tales sufrimientos, ni el suplicio del hambre a que las somete la intervención armada de la Entente (intervención encubierta muchas veces con hipócritas promesas de no enviar "sus" tropas, al tiempo que siguen enviando "negros" y, además, proyectiles, dinero y oficiales), si no comprendieran que defienden la causa del socialismo en Rusia y en el mundo entero.

Las tropas "aliadas" y de los guardias blancos tienen en sus manos Arjánguelsk, Perm, Oremburgo, Rostov del Don, Bakú y Ashjabad, pero el "movimiento soviético" ha ganado Riga y Járkov. Letonia y Ucrania se están transformando en Repúblicas Soviéticas. Los obreros ven que no hacen en vano tan grandes sacrificios, que la victoria del Poder soviético avanza y se amplía, se extiende y se fortalece en el mundo entero. Cada mes de dura lucha y de ingentes sacrificios robustece la causa del Poder soviético en todo el mundo y debilita a sus enemigos, a los explotadores.

Los explotadores tienen aún bastantes fuerzas en sus manos para asesinar y linchar a los mejores jefes de la revolución proletaria mundial, para hacer más dolorosos los sacrificios y las torturas de los obreros en los países y regiones que han ocupado o que están conquistando. Pero los explotadores del mundo entero no tienen fuerza suficiente para impedir la victoria de la revolución proletaria mundial, que trae a la humanidad la liberación del yugo del capital, la liberación del eterno peligro de nuevas guerras imperialistas, inevitables bajo el capitalismo.

21 de enero de 1919.

N. Lenin.

Publicado el 24 de enero de 1919 en el núm. 16 de "Pravda" y en el núm. 16 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".

T. 37, págs. 454-462.

I CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA.

1. Discurso de apertura del congreso, pronunciado el 2 de marzo.

Por encargo del Comité Central del Partido Comunista de Rusia declaro inaugurado el primer congreso comunista internacional. Ante todo, ruego a todos los presentes que honremos la memoria de los mejores representantes de la III Internacional, de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, poniéndonos en pie. (*Todos se ponen en pie*.)

Camaradas: Nuestra asamblea tiene una gran trascendencia histórica universal. Es una prueba del fracaso de todas las ilusiones puestas en la democracia burguesa. Pues la guerra civil es un hecho no sólo en Rusia, sino en los países capitalistas más desarrollados de Europa, como Alemania, por ejemplo.

La burguesía tiene un miedo vesánico al creciente movimiento revolucionario del proletariado. Esto se comprenderá si tenemos presente que el curso de los acontecimientos que siguieron a la guerra imperialista coadyuva de manera indefectible al movimiento revolucionario del proletariado, que la revolución mundial comienza y se intensifica en todos los países.

El pueblo ve la grandeza y el alcance de la lucha empeñada en nuestros días. Hace falta sólo encontrar la forma práctica que permita al proletariado ejercer su dominio. Esa forma es el sistema soviético con la dictadura del proletariado. ¡La dictadura del proletariado!, palabras que eran hasta la fecha latín para las masas. Merced a la propagación del sistema de los Soviets por todo el mundo, este latín se ha traducido a todas las lenguas modernas; las masas obreras han dado con la forma práctica de la dictadura. Las grandes masas obreras la comprenden gracias al Poder soviético instaurado en Rusia, gracias a los espartaquistas de Alemania y a organizaciones análogas de otros países, como los *Shop Stewards Committees* en Inglaterra[88], por ejemplo. Todo esto es demostración de que se ha encontrado la forma revolucionaria de la dictadura del proletariado, de que el proletariado está ahora en condiciones de ejercer en la práctica su dominio.

Camaradas, creo que, después de los sucesos de Rusia y después de la lucha de enero en Alemania, es de singular importancia señalar que también en otros países se abre camino a la vida y adquiere dominio la novísima forma del movimiento del proletariado. Hoy, por ejemplo, he leído en un periódico antisocialista un comunicado telegráfico de que el Gobierno inglés ha concedido audiencia al Soviet de diputados obreros de Birmingham y se ha manifestado dispuesto a reconocer los Soviets como organizaciones económicas[89]. El sistema soviético ha vencido no sólo en la atrasada Rusia, sino en Alemania, el país más desarrollado de Europa, y en Inglaterra, el país capitalista más viejo.

Siga la burguesía cometiendo ferocidades, asesine aún a millares de obreros, que la victoria será nuestra; la victoria de la revolución comunista mundial es segura.

Camaradas, al saludaros cordialmente en nombre del Comité Central del Partido Comunista de Rusia, propongo que pasemos a elegir la presidencia. Ruego que deis nombres.

Publicado en 1920 en el libro "Der I Kongress der Kommunistischen Internationale, Protokoll". Petrogrado.

2. Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado, presentados el 4 de marzo.

1. El desarrollo del movimiento revolucionario del proletariado en todos los países ha originado forcejeos convulsivos entre la burguesía y sus agentes en las organizaciones obreras para hallar argumentos ideológicos y políticos en defensa de la dominación de los explotadores. Entro esos argumentos se esgrime sobre todo la condena de la dictadura y la defensa de la democracia. La falsedad y la hipocresía de este argumento, repetido de mil maneras en la prensa capitalista y en la Conferencia de la Internacional amarilla de Berna[90], celebrada en febrero de 1919, son evidentes para todos los que no quieren hacer traición a los principios fundamentales del socialismo.

2. Ese argumento opera ante todo con los conceptos de "democracia en general" y "dictadura en general", sin mencionar siquiera la clase de que se trata. Ese planteamiento del problema al margen de las clases o por encima de las clases, hecho

presuntamente desde el punto de vista de todo el pueblo, es un escarnio directo de la teoría principal del socialismo, a saber, de la teoría de la lucha entre las clases, teoría que reconocen de palabra y olvidan en la práctica los socialistas que se han pasado al lado de la burguesía. Pues en ningún país capitalista civilizado existe "democracia en general", sino únicamente democracia burguesa, y de lo que se trata no es de la "dictadura en general", sino de la dictadura de la clase oprimida, es decir, del proletariado, sobre los opresores y los explotadores, es decir, sobre la burguesía, con el fin de vencer la resistencia que los explotadores oponen en la lucha por su dominación.

3. La historia enseña que ninguna clase oprimida llegó ni pudo llegar a dominar sin un período de dictadura, es decir, sin conquistar el poder político y aplastar por la fuerza la resistencia más desesperada y más rabiosa que, sin detenerse ante ningún crimen, siempre han opuesto los explotadores. La burguesía, cuya dominación defienden hoy los socialistas, al impugnar la "dictadura en general" y desgañitarse abogando en pro de la "democracia en general", conquistó el poder en los países adelantados mediante una serie de insurrecciones y guerras civiles, aplastando por la violencia a los reyes, a los señores feudales, a los esclavistas y sus tentativas de restauración. En sus libros y folletos, en las resoluciones de sus congresos y en sus discursos de agitación, los socialistas de todos los países han explicado miles y millones de veces al pueblo el carácter de clase de esas revoluciones burguesas, de esa dictadura burguesa. Por eso, la defensa encubierta que hoy hacen de la democracia burguesa con sus discursos sobre la "democracia en general" y los alaridos y voces que hoy lanzan contra la dictadura del proletariado, haciendo creer que van dirigidos contra la "dictadura en general", son una franca traición al socialismo, el paso virtual al lado de la burguesía, la negación del derecho del proletariado a su revolución, a la revolución proletaria, la defensa del reformismo burgués en un período histórico en el que dicho reformismo ha fracasado en todo el mundo y en el que la guerra ha creado una situación revolucionaria.

4. Al explicar el carácter de clase de la civilización burguesa, de la democracia burguesa, del parlamentarismo burgués, todos los socialistas han expresado la idea formulada con la máxima precisión científica por Marx y Engels cuando dijeron que la república burguesa, aun la más democrática, no os más que una máquina para la opresión de la clase obrera por la burguesía, de la masa de los trabajadores por un puñado de capitalistas[91]. No hay ni un solo revolucionario, ni un solo marxista de los que hoy vociferan contra la dictadura y claman a favor de la democracia que no haya jurado y perjurado ante los obreros que reconoce esa máxima fundamental del socialismo; pero ahora, cuando el proletariado revolucionario empieza a agitarse y a ponerse en movimiento para destruir esa máquina de opresión y para conquistar la dictadura proletaria, esos traidores al socialismo presentan las cosas como si la burguesía hubiera ofrendado a los trabajadores la "democracia pura", como si la burguesía hubiera renunciado a la resistencia y estuviese dispuesta a someterse a la mayoría de los trabajadores, como si en la república democrática no hubiera habido y no hubiese máquina estatal alguna para la opresión del trabajo por el capital.

5. La Comuna de París, honrada de palabra por cuantos se las dan de socialistas, porque saben que las masas obreras simpatizan con ella ardiente y sinceramente, mostró con particular evidencia el convencionalismo histórico y el valor limitado del parlamentarismo burgués y de la democracia burguesa, instituciones progresistas en alto grado en comparación con el medievo, pero que exigen de manera indefectible un cambio radical en la época de la revolución proletaria. Precisamente Marx, que aquilató mejor que nadie la trascendencia histórica de la Comuna, mostró, al analizarla, el carácter explotador de la democracia burguesa y del parlamentarismo burgués, bajo los cuales las clases oprimidas obtienen el derecho a decidir una vez en varios años qué miembros de las clases poseedoras han de "representar y aplastar" *(ver-und zertreten)* al pueblo en el Parlamento[92]. Justamente ahora, cuando el movimiento soviético, que se extiende a todo el mundo, lleva adelante a la vista de todos la causa de la Comuna, los traidores al socialismo olvidan la experiencia concreta y las enseñanzas concretas de la Comuna de París, repitiendo la vieja cantilena burguesa de la "democracia en general". La Comuna fue una institución no parlamentaria.

6. La importancia de la Comuna consiste, además, en que intentó destruir, demoler hasta los cimientos la máquina del Estado burgués, los cuerpos burocrático, judicial, militar y policíaco, sustituyéndolos con una autogestión de las masas obreras desconocedora de la división entre el poder legislativo y el ejecutivo. Todas las repúblicas democráticas burguesas contemporáneas, incluida la alemana, denominada por los traidores al socialismo, haciendo burla de la verdad, república proletaria, conservan esa máquina estatal. Por tanto, se confirma una y otra vez con toda evidencia que los gritos en defensa de la "democracia en general" son de hecho defensa de la burguesía y de sus privilegios de explotadora.

7. La "libertad de reunión" puede ser tomada como modelo de las reivindicaciones de la "democracia pura". Todo obrero consciente que no haya roto con su clase comprenderá en seguida que sería absurdo prometer la libertad de reunión a los explotadores en un período y en una situación en que

ellos se resisten a su derrocamiento y defienden sus privilegios. Ni en la Inglaterra de 1649 ni en la Francia de 1793 dio la burguesía, cuando era revolucionaria, "libertad de reunión" a los monárquicos y a los nobles, que llamaban en su ayuda a tropas extranjeras y "se reunían" para organizar intentonas de restauración. Si la burguesía de hoy, reaccionaria ya desde hace mucho tiempo, exige del proletariado que garantice de antemano la "libertad de reunión" para los explotadores, a despecho de la resistencia que los capitalistas opongan a su expropiación, los obreros no podrán sino reírse del fariseísmo de la burguesía.

Por otra parte, los obreros saben perfectamente que la "libertad de reunión" es, incluso en la república burguesa más democrática, una frase vacía, ya que los ricos tienen a su disposición todos los mejores locales públicos y privados, así como suficiente tiempo libre para sus reuniones y la protección de éstas por las autoridades burguesas. Los proletarios de la ciudad y el campo, así como los pequeños campesinos, es decir, la mayoría gigantesca de la población, no cuentan ni con lo primero, ni con lo segundo, ni con lo tercero. Mientras las cosas marchen así, la "igualdad", es decir, la "democracia pura", es un engaño. Para conquistar la verdadera igualdad, para que haya democracia de verdad para los trabajadores es preciso quitar primero a los explotadores todos los locales públicos y sus lujosas mansiones, hay que dar primero asueto a los trabajadores, hace falta que la libertad de sus reuniones esté protegida por obreros armados, y no por señoritos de la nobleza ni hijos de capitalistas con graduación militar al mando de soldados embrutecidos.

Sólo después de tal cambio se podrá hablar de libertad de reunión e igualdad sin mofarse de los obreros, de los trabajadores, de los pobres. Pero ese cambio sólo puede realizarlo la vanguardia de los trabajadores, el proletariado, que derroca a los explotadores, a la burguesía.

8. La "libertad de imprenta" es asimismo una de las principales consignas de la "democracia pura". Y de nuevo son los obreros quienes saben, y los socialistas de todos los países lo han reconocido millones de veces, que esa libertad será un engaño mientras las mejores imprentas y las mayores reservas de papel se hallen en manos de los capitalistas y mientras exista el poder del capital sobre la prensa, poder que se manifiesta en todo el mundo con tanta mayor claridad, nitidez y cinismo cuan lo más desarrollados estén la democracia y el régimen republicano, como ocurre, por ejemplo, en Norteamérica. A fin de conquistar la igualdad efectiva y la verdadera democracia para los trabajadores, para los obreros y los campesinos, hay que quitar primero al capital la posibilidad de contratar a escritores, comprar editoriales y sobornar periódicos, y para ello es necesario derrocar el yugo del capital, derrocar a los explotadores y aplastar su resistencia. Los capitalistas siempre han llamado "libertad" a la libertad de lucro para los ricos, a la libertad de morirse de hambre para los obreros. Los capitalistas llaman libertad de imprenta a la libertad de soborno de la prensa por los ricos, a la libertad de utilizar la riqueza para fabricar y falsear la llamada opinión pública. Los defensores de la "democracia pura" vuelven a manifestarse prácticamente en este caso como defensores del más inmundo y venal sistema de dominio de los ricos sobre los medios de ilustración de las masas, resultan ser burladores del pueblo que lo distraen con frases plausibles, bellas y falsas de cabo a rabo de la histórica tarea concreta de librar a la prensa del yugo del capital. Libertad e igualdad verdaderas serán el orden de cosas que están instaurando los comunistas, y en él será imposible enriquecerse a costa de otros, no habrá posibilidad objetiva de someter directa o indirectamente la prensa al poder del dinero, no habrá obstáculo para que cada trabajador (o grupo de trabajadores, sea cual fuere su número) posea y ejerza el derecho igual de utilizar las imprentas y el papel, que pertenecerán a la sociedad.

9. La historia de los siglos XIX y XX nos mostró ya antes de la guerra qué es de hecho la cacareada "democracia pura" bajo el capitalismo. Los marxistas han dicho siempre que cuanto más desarrollada y más "pura" es la democracia, tanto más descubierta, enconada e implacable se hace la lucha de las clases, con tanta mayor "pureza" oprimen el yugo del capital y la dictadura de la burguesía. El caso Dreyfus en la Francia republicana, las sangrientas represalias de los destacamentos mercenarios, armados por los capitalistas, contra los huelguistas en la libre y democrática república de Norteamérica son hechos que, como miles de otros análogos, exhiben la verdad que la burguesía trata en vano de ocultar, o sea, que en las repúblicas más democráticas imperan en la práctica el terror y la dictadura de la burguesía, que se manifiestan abiertamente toda vez que a los explotadores empieza a parecerles ver tambalearse el poder del capital.

10. La guerra imperialista do 1914-1918 ha revelado definitivamente hasta a los obreros atrasados el verdadero carácter de la democracia burguesa, que es, hasta en las repúblicas más libres, una dictadura de la burguesía. En aras del enriquecimiento del grupo alemán o inglés de millonarios y multimillonarios perecieron decenas de millones de hombres, y en las repúblicas más libres se instauró la dictadura militar de la burguesía. Esta dictadura militar sigue en pie en los países de la Entente incluso después de la derrota de Alemania. Precisamente la guerra es lo que más ha abierto los ojos a los trabajadores, ha arrancado las falsas flores a la democracia burguesa y ha mostrado al pueblo

cuán hondo ha sido el abismo de la especulación y el lucro durante la guerra y con motivo de la guerra. La burguesía hizo esa guerra en nombre de "la libertad y la igualdad", y en el mismo nombre de "la libertad y la igualdad" han amasado riquezas inauditas los mercaderes de la guerra. Ningún esfuerzo de la Internacional amarilla de Berna podrá ocultar a las masas el carácter explotador, hoy definitivamente desenmascarado, de la libertad burguesa, de la igualdad burguesa, de la democracia burguesa.

11. En Alemania, el país capitalista más desarrollado del continente europeo, los primeros meses de plena libertad republicana, traída por la derrota de la Alemania imperialista, han mostrado a los obreros alemanes y a todo el mundo cuál es la verdadera esencia de clase de la república democrática burguesa. El asesinato de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo es un acontecimiento de importancia histórica mundial no sólo porque han perecido trágicamente los dos jefes mejores y brillantísimas personalidades de la Internacional Comunista, Internacional verdaderamente proletaria, sino también porque se ha descubierto hasta el fin la esencia de clase de un Estado adelantado de Europa, de un Estado -puede afirmarse sin temor a exagerar- adelantado a escala mundial. El hecho de que unos detenidos, es decir, gente que el poder del Estado toma bajo su custodia, hayan podido ser asesinados impunemente por militares y capitalistas, siendo el gobierno de los socialpatriotas, tiene por consecuencia que la república democrática en que ha sido posible tal cosa es una dictadura de la burguesía. La gente que expresa su indignación por el asesinato de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, pero no comprende esa verdad, descubre con ello su torpeza o su hipocresía. La "libertad" en una de las repúblicas más libres y adelantadas del mundo, en la república alemana, es la libertad de asesinar impunemente a los jefes del proletariado detenidos. Y no puede ser de otro modo mientras subsista el capitalismo, pues el desarrollo de la democracia no embota, sino que agudiza la lucha de las clases, la cual ha alcanzado, en virtud de todos los resultados e influjos de la guerra y sus consecuencias, el punto de ebullición.

Hoy se deporta, persigue y encarcela a los bolcheviques en todo el mundo, como ha ocurrido en Suiza, una de las repúblicas burguesas más libres, en Norteamérica, donde se organizan pogromos contra ellos, etc. Desde el punto de vista do la "democracia en general" o de la "democracia pura", es verdaderamente ridículo que países adelantados, civilizados, democráticos, armados hasta los dientes, teman la presencia en ellos de un puñado de personas de la atrasada, hambrienta y arruinada Rusia, tildada de salvaje, criminal, etc. en las decenas de millones de ejemplares de los periódicos burgueses. Está claro que la situación social que ha podido dar lugar a tan flagrante contradicción es, de hecho, la dictadura de la burguesía.

12. Con tal estado de cosas, la dictadura del proletariado es no sólo legítima por completo como medio para derrocar a los explotadores y aplastar su resistencia, sino también absolutamente necesaria para toda la masa trabajadora como única defensa contra la dictadura de la burguesía, que ha llevado a la guerra y está gestando nuevas contiendas.

Lo principal que no comprenden los socialistas y constituye su miopía teórica, su cautiverio de los prejuicios burgueses y su traición política al proletariado es que, en la sociedad capitalista, cuando la lucha de las clases implícita en ella se encona de manera algo seria, no puede haber por medio nada que no sea la dictadura de la burguesía o la dictadura del proletariado. Todo sueño en una tercera solución es un reaccionario gimoteo de pequeño burgués. Así lo evidencian tanto la experiencia de más de cien años de desarrollo de la democracia burguesa y del movimiento obrero en todos los países adelantados como, particularmente, la experiencia del último lustro. Así lo testifica también toda la ciencia de la economía política, todo el contenido del marxismo, que pone en claro la indefectibilidad económica de la dictadura de la burguesía en toda economía mercantil, dictadura que nadie puede sustituir excepto la clase que está siendo desarrollada, multiplicada, agrupada y fortalecida por el propio desarrollo del capitalismo, es decir, la clase de los proletarios.

13. Otro error teórico y político de los socialistas consiste en que no comprenden que las formas de la democracia han ido cambiando inevitablemente en el transcurso de los milenios, empezando por sus gérmenes en la antigüedad, a medida que una clase dominante iba siendo sustituida por otra. En las antiguas repúblicas de Grecia, en las ciudades del medievo, en los países capitalistas adelantados la democracia presenta distintas formas y se aplica en grado distinto. Sería una solemne necedad creer que la revolución más profunda de la historia de la humanidad, el paso del poder de manos de la minoría explotadora a manos de la mayoría explotada -paso que se registra por primera vez en el mundo- puede producirse en el viejo marco de la vieja democracia burguesa, parlamentaria, sin los cambios más radicales, sin croar nuevas formas de democracia, nuevas instituciones que materialicen las nuevas condiciones de su aplicación, etc.

14. Lo que tiene de común la dictadura del proletariado con la dictadura de las otras clases es que está motivada, como cualquier otra dictadura, por la necesidad de aplastar a viva fuerza la resistencia de la clase que pierde la dominación política. La diferencia radical entre la dictadura del proletariado y la dictadura de las otras clases -la dictadura de los terratenientes en la Edad Media, la

dictadura de la burguesía en todos los países capitalistas civilizados- consiste en que la dictadura de los terratenientes y la burguesía ha sido el aplastamiento por la violencia de la resistencia de la inmensa mayoría de la población, concretamente de los trabajadores. La dictadura del proletariado, por el contrario, es el aplastamiento por la violencia de la resistencia que ofrecen los explotadores, es decir, la minoría Ínfima de la población, los terratenientes y los capitalistas.

De ahí dimana, a su vez, que la dictadura del proletariado no sólo debía acarrear inevitablemente un cambio de las formas y las instituciones de la democracia, hablando en general, sino precisamente un cambio que diese una extensión aún no vista en el mundo al goce efectivo de la democracia por los hombres que el capitalismo oprimiera, por las clases trabajadoras.

En efecto, esa forma de la dictadura del proletariado que ha sido forjada ya en la práctica -el Poder soviético en Rusia, el *Râte-System* en Alemania, los *Shop Stewards Committees* y otras instituciones análogas a los Soviets en otros países- significa y es precisamente para las clases trabajadoras, o sea, para la inmensa mayoría de la población, una posibilidad efectiva, real, de gozar de las libertades y los derechos democráticos, posibilidad que nunca existió, ni siquiera aproximadamente, en las repúblicas burguesas mejores y más democráticas.

La esencia del Poder soviético consiste en que la base permanente y única de toda la potestad, de toda la máquina del Estado es la organización masiva precisamente de las clases oprimidas antes por el capitalismo, es decir, de los obreros y los semiproletarios (los campesinos que no explotan trabajo ajeno y que recurren constantemente a la venta, aunque sólo sea en parte, de su fuerza de trabajo). Precisamente las masas que, aun siendo iguales en derechos ante la ley, hasta en las repúblicas burguesas más democráticas, se han visto apartadas, en realidad, por medio de mil procedimientos y artimañas, de la participación en la vida política y del goce de los derechos y libertades democráticos, son hoy las que tienen necesariamente una participación constante y, además, decisiva en la dirección democrática del Estado.

15. La igualdad de los ciudadanos, independientemente de su sexo, religión, raza y nacionalidad , que la democracia burguesa ha prometido siempre y en todas partes, pero que no ha dado en ningún sitio ni ha podido dar, debido a la dominación del capitalismo, la otorga en el acto y por completo el Poder soviético, o sea, la dictadura del proletariado, pues eso puede hacerlo únicamente el poder de los obreros, que no están interesados en la propiedad privada de los medios de producción ni en la lucha por repartirlos una y otra voz.

16. La vieja democracia, es decir, la democracia burguesa, y el parlamentarismo estaban organizados de manera que fueran precisamente las masas trabajadoras las que se vieran más apartadas que nadie del gobierno. El Poder soviético, es decir, la dictadura del proletariado está, por el contrario, organizado de manera que aproxima las masas trabajadoras al gobierno. El mismo fin persigue la unión del poder legislativo y el poder ejecutivo en la organización soviética del Estado y la sustitución de las circunscripciones electorales territoriales por las de entidades de producción, como son las fábricas.

17. El ejército ha sido un cuerpo de opresión no sólo en las monarquías. Sigue siendo lo mismo en todas las repúblicas burguesas, incluso en las más democráticas. Sólo el Poder soviético, organización estatal permanente de las mismas clases oprimidas antes por el capitalismo, está en condiciones de acabar con la subordinación del ejército al mando burgués y de fundir en realidad al proletariado con el ejército, de llevar efectivamente a cabo el armamento del proletariado y el desarme de la burguesía, sin lo que es imposible la victoria del socialismo.

18. La organización soviética del Estado está adaptada al papel dirigente del proletariado, la clase más concentrada e ilustrada por el capitalismo. La experiencia de todas las revoluciones y de todos los movimientos de las clases oprimidas, así como la experiencia del movimiento socialista mundial, nos enseñan que sólo el proletariado es capaz de reunir y llevar en pos de sí a los sectores dispersos y atrasados de la población trabajadora y explotada.

19. Sólo la organización soviética del Estado puede en realidad demoler de golpe y destruir definitivamente la vieja máquina, es decir, la máquina burocrática y judicial burguesa que se ha mantenido y debía inevitablemente mantenerse bajo el capitalismo, incluso en las repúblicas más democráticas, siendo, en efecto, la mayor traba que se podía poner a la democracia para los obreros y los trabajadores. La Comuna de París dio el primer paso de importancia histórica mundial por ese camino; y el Poder soviético, el segundo.

20. La destrucción del poder del Estado es un fin que se plantearon todos los socialistas, entre ellos, y a la cabeza de ellos, Marx. La verdadera democracia, es decir, la igualdad y la libertad, es irrealizable si no se alcanza ese fin. Pero a él sólo lleva prácticamente la democracia soviética, o proletaria, pues, al hacer que las organizaciones de masas de los trabajadores participen con carácter permanente e ineludible en la gestión pública, empieza a preparar en seguida la extinción completa de todo Estado.

21. La bancarrota absoluta de los socialistas que se han reunido en Berna, su absoluta incomprensión de la nueva democracia, es decir, de la democracia proletaria, se ve sobre todo en lo que sigue. El 10 de febrero de 1919, Branting clausuró en Berna la

Conferencia de la Internacional amarilla. El 11 de febrero del mismo año, *Die Freiheit,* periódico que editan en Berlín los adeptos de dicha Internacional, publicó un llamamiento del partido de los "independientes"[93] al proletariado. En este llamamiento se reconoce el carácter burgués del gobierno Scheidemann, se reprocha a éste el deseo de anular los Soviets, a los que se llama *Trüger und Schiitzer der Revolution* -portadores y defensores de la revolución- y se propone legalizar los Soviets, concederles derechos estatales y el de suspender las decisiones de la Asamblea Nacional, sometiendo los asuntos públicos a votación de todo el pueblo.

Esa propuesta es la plena bancarrota ideológica de los teóricos que defendían la democracia y no comprendían su carácter burgués. La ridícula tentativa de unir el sistema de los Soviets, es decir, la dictadura del proletariado, con la Asamblea Nacional, o sea, la dictadura de la burguesía, desenmascara por completo la indigencia mental de los socialistas y los socialdemócratas amarillos, su carácter político reaccionario, propio de pequeños burgueses, y sus cobardes concesiones a la fuerza, en crecimiento incontenible, de la nueva democracia, de la democracia proletaria.

22. Al condenar el bolchevismo, la mayoría de la Internacional amarilla de Berna, que no se ha atrevido a votar formalmente la correspondiente resolución por miedo a las masas obreras, ha procedido con acierto desde el punto de vista de clase. Precisamente esta mayoría se solidariza por entero con los mencheviques y los socialistas-revolucionarios rusos y con los Scheidemann en Alemania. Cuando los mencheviques y los socialistas-revolucionarios rusos se quejan de que los bolcheviques los persiguen, intentan ocultar que eso ocurre porque participan en la guerra civil al lado de la burguesía, contra el proletariado. De la misma manera, los Scheidemann y su partido han demostrado ya en Alemania que participan lo mismo en la guerra civil al lado de la burguesía, contra los obreros.

Es completamente natural, por ello, que la mayoría de los hombres de la Internacional amarilla de Berna se haya pronunciado en pro de condenar a los bolcheviques. Eso no ha sido una defensa de la "democracia pura", sino la autodefensa de gentes que saben y perciben que en la guerra civil están al lado de la burguesía, en contra del proletariado.

Por eso, desde el punto de vista de clase, no puede menos de tenerse por acertada la decisión de la mayoría de la Internacional amarilla. El proletariado debe mirar sin temor cara a cara a la verdad y sacar de ello todas las conclusiones políticas pertinentes.

Camaradas, quisiera añadir algo más a los dos últimos puntos. Creo que los camaradas que deben informarnos de la Conferencia de Berna[94] nos hablarán de ello con mayor detalle.

En toda la Conferencia de Berna no se ha dicho ni una sola palabra sobre la importancia del Poder soviético. En Rusia llevarnos ya dos años discutiendo esta cuestión. En la conferencia del partido celebrada en abril de 1917, planteamos ya en teoría y en política la cuestión "¿Qué es el Poder soviético, cuál es su contenido, en qué consiste su importancia histórica?" Llevamos casi dos años discutiendo esta cuestión, y en el congreso de nuestro partido hemos adoptado una resolución sobre ello[95].

El *Freiheit* berlinés publicó el 11 de febrero un llamamiento al proletariado alemán, firmado no sólo por los líderes de los socialdemócratas independientes de Alemania, sino también por todos los miembros de su minoría parlamentaria. En agosto de 1918, el mayor teórico de dichos independientes, Kautsky, declaró en su folleto *La dictadura del proletariado* que era partidario de la democracia *y* de los organismos soviéticos, pero que los Soviets debían tener únicamente un carácter de gestión económica y en modo alguno debían reconocerse corno organizaciones estatales. Kautsky repite lo mismo en los números de *Freiheit* del 11 de noviembre y del 12 de enero. El 9 de febrero apareció un artículo de Rodolfo Hilferding, también considerado gran autoridad teórica de la II Internacional. Hilferding propone unir el sistema de los Soviets con la Asamblea Nacional por vía jurídica, mediante la legislación del Estado. Eso ocurrió el 9 de febrero. El 11 del mismo mes, dicha propuesta fue aceptada por todo el partido de los independientes y publicada en forma de llamamiento.

A pesar de que la Asamblea Nacional existe ya, incluso después de que la "democracia pura" es ya un hecho y de que los mayores teóricos de los socialdemócratas independientes han declarado que las organizaciones soviéticas no deben ser organizaciones estatales, a pesar de todo eso ¡vuelven a vacilar! Ello demuestra que, en realidad, esos señores no han comprendido nada del nuevo movimiento ni de las condiciones de su lucha. Demuestra otra cosa, además: que debe haber condiciones, causas que motiven esa vacilación. Después de todos esos acontecimientos, después de casi dos años de revolución triunfante en Rusia, cuando se nos ofrecen resoluciones como las adoptadas en la Conferencia de Berna, en las que no se dice nada de los Soviets ni de su importancia; cuando vemos que en esa conferencia ningún delegado ha dicho siquiera una palabra sobre el particular en sus discursos, podemos afirmar con sobrada razón que, como socialistas y como teóricos, todos esos señores han muerto para nosotros.

Pero, en la práctica, desde el punto de vista de la política, eso es, camaradas, una demostración de que entre las masas se está produciendo un gran cambio, pues, de otro modo, esos independientes, que estaban en teoría y por principio contra estas organizaciones

estatales, no hubieran propuesto de buenas a primeras una necedad como eso de unir "pacíficamente" la Asamblea Nacional con el sistema de los Soviets, es decir, unir la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado. Somos testigos de que todos ellos están en bancarrota como socialistas y como teóricos y del enorme cambio que se está produciendo en las masas. ¡Las masas atrasadas del proletariado alemán se acercan a nosotros, se han venido con nosotros! Por tanto, la importancia del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, lo mejor de la Conferencia de Berna, es, desde el punto de vista de la teoría y del socialismo, igual a cero; sin embargo, continúa teniendo cierta importancia, y consiste ésta en que esos elementos vacilantes nos sirven de indicador del estado de ánimo de los sectores atrasados del proletariado. En ello reside, a mi entender, la grandísima importancia histórica de esa conferencia. Nosotros hemos visto algo parecido en nuestra revolución. Nuestros mencheviques recorrieron casi exactamente el mismo camino de desarrollo que los teóricos de los independientes en Alemania. Al principio, cuando tenían la mayoría en los Soviets, se pronunciaban por éstos. Entonces sólo se oían gritos de "¡Vivan los Soviets!", "¡Por los Soviets!", "¡Los Soviets son la democracia revolucionaria!" Cuando los bolcheviques conquistamos la mayoría en los Soviets, ellos entonaron otras coplas, diciendo que los Soviets no debían existir paralelamente a la Asamblea Constituyente; y distintos teóricos mencheviques hacían propuestas casi idénticas, como la de unir el sistema de los Soviets con la Asamblea Constituyente e incluirlos en la organización estatal. Esto evidencia una vez más que el curso general de la revolución proletaria es igual en todo el mundo. Primero, la formación espontánea de los Soviets; luego, su propagación y desarrollo; más tarde se plantea prácticamente la cuestión: Soviets, o Asamblea Nacional, o Asamblea Constituyente, o parlamentarismo burgués; completo desconcierto entre los jefes y, por último, la revolución proletaria. Pero yo creo que después de casi dos años de revolución no debemos plantear la cuestión así, sino que debemos tornar acuerdos concretos, ya que la propagación del sistema de los Soviets es para nosotros, y sobre todo para la mayoría de los países de Europa Occidental, la más importante de las tareas.

Quisiera citar aquí una sola resolución, la de los mencheviques. Pedí al camarada Obolenski que la tradujera al alemán. Me prometió que lo haría, pero, desgraciadamente, no está aquí. Trataré de reproducirla de memoria, pues no tengo el texto íntegro.

A un extranjero que no haya oído nada de bolchevismo le será muy difícil hacerse una idea de nuestras cuestiones litigiosas. Todo lo que afirman los bolcheviques lo discuten los mencheviques, y viceversa. Naturalmente, en tiempos de lucha no puede ser de otro modo, por ello es de suma importancia que la última conferencia del partido de los mencheviques, celebrada en diciembre de 1918, aprobara una extensa y detallada resolución, que fue publicada íntegra en el periódico menchevique *Gazeta Pechátnikov*[96]. En esa resolución, los propios mencheviques exponen concisamente la historia de la lucha entre las clases y de la guerra civil. La resolución dice que ellos condenan a los grupos de su partido que están aliados a las clases poseedoras en los Urales y en el Sur, en Crimea y Georgia, y se enumeran todas estas zonas. Ahora la resolución condena a los grupos del partido menchevique que, aliados a las clases poseedoras, han luchado contra el Poder soviético; el último punto condena también a los que se han pasado a los comunistas. De ahí se desprende que los mencheviques se ven obligados a confesar que en su partido no hay unidad y que están unos al lado de la burguesía y otros al lado del proletariado. La mayor parte de los mencheviques se pasó al lado de la burguesía, y durante la guerra civil combatió contra nosotros. Naturalmente, nosotros perseguimos a los mencheviques, e incluso los fusilamos, cuando participan en la guerra que se nos hace, combaten contra nuestro Ejército Rojo y fusilan a nuestros jefes militares rojos. A la guerra de la burguesía respondimos con la guerra del proletariado: no puede haber otra salida. Así pues, desde el punto de vista político, todo eso no es más que hipocresía menchevique. Desde el punto de vista de la historia no se comprende cómo en la Conferencia de Berna, hombres que oficialmente no han sido declarados dementes, pudieron, por encargo de los mencheviques y los socialistas-revolucionarios, hablar de la lucha de los bolcheviques contra ellos, pero silenciar que ellos luchan al lado de la burguesía contra el proletariado.

Todos ellos nos atacan encarnizadamente, pues nosotros los perseguimos. Eso es cierto. ¡Pero no dicen ni una sola palabra de la participación que tuvieron en la guerra civil! Creo que debo proporcionar para el acta el texto íntegro de la resolución, y ruego a los camaradas extranjeros que le presten atención, pues es un documento histórico que plantea con acierto el problema y ofrece los mejores elementos de juicio para apreciar la disensión entre las tendencias "socialistas" existentes en Rusia. Entre el proletariado y la burguesía hay gente que tan pronto se inclina a un lado como al otro; así ha sido siempre en todas las revoluciones, y es absolutamente imposible que entre el proletariado y la burguesía, que forman en la sociedad capitalista dos campos hostiles, no existan capas intermedias. La existencia de esos elementos vacilantes es inevitable desde el punto de vista histórico y, por desgracia, esos elementos, que no saben ellos

mismos al lado de quién van a luchar mañana, seguirán existiendo mucho tiempo todavía.

Quiero hacer una propuesta práctica, consistente en que aprobemos una resolución en la que deben señalarse especialmente tres puntos.

Primero: Una de las tareas más importantes para los camaradas de los países de Europa Occidental consiste en aclarar a las masas la significación, la importancia y la necesidad del sistema de los Soviets. Se ve que este problema no se comprende lo suficiente. Si bien es verdad que Kautsky e Hilferding han fracasado como teóricos, los últimos artículos publicados en *Freiheit* demuestran, sin embargo, que reflejan fielmente el estado de ánimo de los sectores atrasados del proletariado alemán. En Rusia pasó lo mismo: en los primeros ocho meses de la revolución rusa, el problema de la organización soviética se discutió muchísimo, y para los obreros no estaba claro en qué consistía el nuevo sistema ni si se podría formar el Estado con los Soviets. Nosotros no avanzamos en nuestra revolución por el camino de la teoría, sino por el de la práctica. El problema de la Asamblea Constituyente, por ejemplo, no lo planteábamos antes en teoría ni decíamos que no reconocíamos esta institución. No decidimos disolverla hasta más tarde, cuando los Soviets se hubieron extendido por todo el país y hubieron conquistado el poder político. Ahora vemos que en Hungría y Suiza se plantea el mismo problema de manera mucho más acuciante[97]. Por una parte, eso está muy bien, pues nos da firme seguridad en que la revolución avanza con más rapidez en los países de Europa Occidental y nos traerá grandes victorias. Por otra parte, ello entraña cierto peligro, y es el de que la lucha se despliegue con tanta impetuosidad que la conciencia de las masas obreras se rezague de ese desarrollo. La importancia del sistema de los Soviets sigue incluso hoy sin estar clara para grandes masas de obreros alemanes avezados en la política, pues han sido educados en el espíritu del parlamentarismo y en los prejuicios burgueses.

Segundo: Sobre la propagación del sistema de los Soviets. Las noticias de la rapidez con que se propaga la idea de los Soviets en Alemania e incluso en Inglaterra son para nosotros una importantísima prueba de que la revolución proletaria vencerá. Su marcha puede ser detenida únicamente por breve tiempo. Otra cosa es cuando los camaradas Albert y Platten nos comunican que entre los obreros agrícolas y los pequeños campesinos de las aldeas de su país apenas si hay Soviets. He leído en *Rote Fahne*[98] un artículo contra los Soviets campesinos, pero, con mucho acierto, a favor de los Soviets de obreros agrícolas y campesinos pobres. La burguesía y sus lacayos, como Scheidemann y Cía., han lanzado ya la consigna de los Soviets campesinos. Pero nosotros necesitamos sólo Soviets de obreros agrícolas y campesinos pobres. Por desgracia, de los informes de los camaradas Albert, Platten y otros colegimos que, a excepción de Hungría, se hace muy poco para propagar el sistema soviético en el campo. Tal vez resida en ello el peligro, aún real y bastante grande, de que el proletariado alemán no pueda conquistar una victoria segura. La victoria podrá considerarse garantizada únicamente cuando no sólo estén organizados los obreros de la ciudad, sino también los proletarios del campo, y además, organizados no como antes, en sindicatos y cooperativas, sino en Soviets. A nosotros nos fue más fácil conseguir la victoria porque en octubre de 1917 marchábamos con el campesinado, con todo el campesinado. En este sentido, nuestra revolución era entonces burguesa. El primer paso de nuestro gobierno proletario fue reconocer en una ley que promulgó al día siguiente de la revolución, el 26 de octubre de 1917 (según el viejo calendario), las viejas reivindicaciones de todo el campesinado, expresadas ya bajo Kerenski por los Soviets campesinos y las asambleas rurales. En eso consistía nuestra fuerza, por eso nos fue tan fácil conquistar una mayoría aplastante. Para el campo, nuestra revolución continuaba siendo una revolución burguesa. Y sólo más tarde, al cabo de seis meses, nos vimos obligados, en el marco de la organización del Estado, a comenzar en las aldeas la lucha de clase, a instituir en cada aldea comités de campesinos pobres, de semiproletarios, y a luchar sistemáticamente contra la burguesía rural. En Rusia eso fue inevitable, dado su atraso. En Europa Occidental, las cosas se producirán de modo diferente, y por eso debemos hacer hincapié en que es absolutamente necesario propagar el sistema de los Soviets en formas adecuadas, quizás nuevas, también entre la población rural.

Tercero: Debemos decir que la conquista de una mayoría comunista en los Soviets constituye la tarea fundamental en todos los países donde el Poder soviético aún no ha vencido. Nuestra comisión redactora de las resoluciones discutió ayer este problema. Quizás otros camaradas hablen todavía de ello, pero yo quisiera proponer que estos tres puntos se adopten como resolución especial. Naturalmente, no estamos en condiciones de prescribir el camino que ha de seguir el desarrollo. Es muy probable que la revolución empiece muy pronto en muchos países euroccidentales, pero nosotros, la parte organizada de la clase obrera, el partido, tendemos y debemos tender a lograr la mayoría en los Soviets. Entonces estará garantizada nuestra victoria y no habrá fuerza capaz de emprender nada contra la revolución comunista. De otro modo, la victoria no se conseguirá con tanta facilidad ni será duradera. Así pues, yo quisiera proponer que se aprueben estos tres puntos como resolución especial.

Publicado el 6 de marzo de 1919 en el núm. 51

del periódico "Pravda" y en el núm. 51 del periódico "Izvestia del CEC de toda Rusia".

3. Resolución para las tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado.

Basándose en estas tesis y en los informes de los delegados de los diversos países, el congreso de la Internacional Comunista declara que la tarea principal de los partidos comunistas en todos los países donde aún no existe el Poder soviético estriba en lo siguiente:

1) Explicar a las grandes masas de la clase obrera la trascendencia histórica y la necesidad política e histórica de la nueva democracia, la democracia proletaria, que debe ser puesta en el lugar de la democracia burguesa y el parlamentarismo.

2) Propagar y organizar los Soviets entre los obreros de todas las industrias, entre los soldados del ejército y los marinos de la Flota, así como entre los obreros agrícolas y los campesinos pobres.

3) Constituir dentro de los Soviets una sólida mayoría comunista.

Publicado el 11 de marzo de 1919 en el núm. 54 del periódico "Pravda".

4. Discurso de clausura del congreso, pronunciado el 6 de marzo.

Hemos logrado reunirnos, pese a todos los impedimentos y persecuciones de la policía, y hemos podido tornar importantes acuerdos en breve plazo y sin discrepancias sustanciales sobre todos los problemas palpitantes de la actual época revolucionaria merced a que, con sus acciones, las masas proletarias del mundo entero habían puesto prácticamente todos estos problemas a la orden del día y comenzado a resolverlos.

Aquí hemos tenido sólo que refrendar lo que las masas habían conquistado ya en su lucha revolucionaria.

El movimiento en pro de los Soviets se propaga más y más no sólo en los países del Este de Europa, sino en los del Oeste también, no sólo en las naciones vencidas, sino en las vencedoras también, como Inglaterra, por ejemplo; este movimiento no es otra cosa que un movimiento que se propone crear una democracia nueva, la democracia proletaria, y constituye el paso adelante de mayor importancia hacia la dictadura del proletariado, hacia la victoria completa del comunismo.

No importa que la burguesía del mundo entero siga enfureciéndose, que expulse, encarcele e incluso asesine a los espartaquistas y a los bolcheviques, pues ya no le valdrá de nada. Eso servirá únicamente para aleccionar a las masas, para librarlas de los viejos prejuicios democráticos burgueses y templarlas en la lucha. La victoria de la revolución proletaria en todo el mundo es segura. La fundación de la República Soviética internacional es inminente. (*Clamorosos aplausos*.)

Publicado íntegro en 1920 en el libro "Der I Kongress der Kommunistischen Internationale, Protokoll", Petrogrado. Una breve información periodística se publicó el 7 de marzo de 1919 en el núm. 52 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".

T. 37, págs. 487-511.

LO CONQUISTADO Y LO REFRENDADO.

Es sólido en una revolución únicamente lo que han conquistado las masas proletarias, y sólo merece ser refrendado en sus anales lo que queda realmente conquistado en firme.

La fundación de la III Internacional, de la Internacional Comunista, que ha tenido lugar en Moscú el 2 de marzo de 1919, ha sido la refrendación de lo conquistado no sólo por las masas proletarias rusas, por las de todos los pueblos de Rusia, sino también por las de Alemania, Austria, Hungría, Finlandia, Suiza, en una palabra, por las masas proletarias de todo el mundo.

Y precisamente por eso, la fundación de la III Internacional, de la Internacional Comunista, es obra sólida.

Hace cuatro meses no podía afirmarse todavía que el Poder soviético, que la forma soviética de Estado fuera una conquista de valor internacional. Algo había en ella, y algo esencial, que no pertenecía exclusivamente a Rusia, sino a todos los países capitalistas. Pero no se podía aún decir, antes de la comprobación práctica, qué cambios había de introducir el desarrollo ulterior de la revolución mundial, ni la profundidad y la trascendencia de estos cambios.

La revolución alemana ha ofrecido esta comprobación. Un país capitalista avanzado -tras uno de los más atrasados- ha demostrado a todo el mundo, en un breve período de tiempo, en poco más de cien días, no sólo las mismas fuerzas fundamentales de la revolución, no sólo la misma orientación principal, sino la misma forma básica de la nueva democracia, de la democracia proletaria: los Soviets.

Paralelamente, en Inglaterra, país vencedor, el país que tiene más colonias, el país que durante más tiempo ha sido y ha servido de modelo de "paz social", el país del más antiguo capitalismo, vemos con qué amplitud, fuerza incontenible, ímpetu y pujanza se extienden los Soviets y las nuevas formas soviéticas de la lucha proletaria de masas: los *Shop Stewards Committees,* los comités de delegados de fábrica.

En Norteamérica, el país capitalista más poderoso y más joven, los Soviets gozan de una profunda simpatía entre las masas obreras.

El hielo se ha puesto en movimiento.

Los Soviets han triunfado en todo el mundo.

Han triunfado, ante todo y sobre todo, en el sentido de que se han granjeado la simpatía de las masas proletarias. Esto es lo más importante. La burguesía imperialista no podrá arrebatar a las masas esta conquista, por brutal que sea su furia y por muchas persecuciones que desencadene y asesinatos que perpetre de bolcheviques. Cuanto más bárbara sea la ferocidad de la burguesía "democrática", con mayor firmeza anidarán estas conquistas en el corazón de las masas proletarias, en su espíritu, en su conciencia, en su heroica voluntad de luchar.

El hielo se ha puesto en movimiento.

Y esto explica que la conferencia comunista internacional que se ha celebrado en Moscú, y de la que ha surgido la III Internacional, haya transcurrido sin obstáculos, con tanta facilidad, con un espíritu de decisión tan sereno y tan resuelto.

Hemos refrendado lo que ya está conquistado. Hemos trasladado al papel lo que ha arraigado fuertemente en la conciencia de las masas. Todos sabían, más aún, todos veían, sentían y palpaban, basándose cada uno en la experiencia de su propio país, que había empezado a bullir un nuevo movimiento proletario, sin precedente en el mundo por su fuerza y profundidad, que no cabe en ninguno de los viejos marcos y que no podrán frenar los grandes maestros de la politiquería mezquina, ni los Lloyd George y los Wilson, representantes del capitalismo "democrático" angloamericano con habilidad y experiencia universales, ni los bribones de siete suelas Henderson, Renaudel, Branting y demás prohombres del socialchovinismo.

El nuevo movimiento va hacia la dictadura del proletariado, a pesar de todas las vacilaciones, a pesar de las tremendas derrotas, a pesar del inaudito e increíble caos "ruso" (si se juzga por las apariencias, de puertas afuera), marcha hacia el *Poder soviético* con la fuerza arrolladora de un torrente de millones y decenas de millones de proletarios.

Esto es lo que hemos refrendado. En nuestros informes y discursos, en nuestras tesis y resoluciones, hemos recogido lo ya conquistado.

La teoría del marxismo, iluminada por los rayos brillantes de la nueva experiencia de los obreros

revolucionarios -experiencia de riqueza universal-, nos ha ayudado a comprender la lógica de los acontecimientos actuales. Esta teoría ayudará a los proletarios de todo el mundo, que combaten por la abolición de la esclavitud asalariada capitalista, a adquirir una conciencia más clara de los objetivos de su lucha, a marchar con paso más firme por la ruta ya perfilada, a conquistar la victoria con mayor seguridad y solidez y a afianzarla.

La fundación de la III Internacional, de la Internacional Comunista, significa que hemos llegado a los umbrales de la República Internacional de los Soviets, a los umbrales de la victoria del comunismo en el mundo entero.

5 de marzo de 1919.

Publicado el 6 de marzo de 1919 en el mimo 51 de "Pravda".

T. 37, págs. 512-514.

ACERCA DE LA FUNDACIÓN DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA.

Discurso pronunciado en la sesión solemne conjunta del CEC de toda Rusia, del soviet de Moscú, del comité de Moscú del PC(b) de Rusia, del consejo central de los sindicatos de toda Rusia, de los sindicatos y de los comités de fábrica de Moscú, celebrada en homenaje a la fundación de la Internacional Comunista el 6 de marzo de 1919.

(*Clamorosa ovación.*) Camaradas: No hemos conseguido reunir en el I Congreso de la Internacional Comunista a representantes de todos los países donde hay amigos de los más fieles de esta organización, donde hay obreros que simpatizan por entero con nosotros. Permitidme, pues, empezar por una breve cita demostrativa de que tenemos realmente muchos más amigos de los que vemos, de los que sabemos y de los que hemos logrado reunir aquí, en Moscú, a despecho de todas las persecuciones, a pesar de la unión de la burguesía de todo el mundo, que parece omnipotente. Estas persecuciones han llegado a tal punto que se ha procurado cercamos con una especie de muralla china, y los bolcheviques de las repúblicas más libres del mundo son deportados por decenas y docenas, como si se temiera que diez o doce bolcheviques fueran capaces de contaminar a todo el mundo; pero nosotros sabemos que este temor es ridículo, pues han contagiado ya a todo el mundo, pues la lucha de los obreros rusos ha hecho ya que las masas obreras de todos los países sepan que aquí, en Rusia, se decide la suerte de la revolución universal.

Camaradas, he aquí en mis manos el periódico francés *L'Humanité*[99], que por su tendencia corresponde más a nuestros mencheviques o eseristas de derecha. Durante la guerra, este periódico hostigaba de la manera más implacable a cuantos compartían nuestros puntos de vista. Ahora defiende a quienes estuvieron al lado de la burguesía de sus países durante la guerra. Pues bien, este periódico dice el 13 de enero de 1919 que en París se ha celebrado una reunión inmensa, según él mismo reconoce, de los activistas del partido y de los sindicatos obreros de la federación del Sena, es decir, del departamento más próximo a París, centro del movimiento proletario y de toda la política de Francia. En esta reunión ha hablado, en primer lugar, Bracke, socialista que mantuvo durante toda la guerra la misma posición que nuestros mencheviques y defensistas de derecha. Ha estado ahora más manso que un cordero. ¡No ha pronunciado una palabra sobre ninguna cuestión candente! Ha terminado diciendo que está contra la intervención del gobierno de su país en la lucha del proletariado de otros países. Sus palabras se han perdido entre los aplausos. Luego ha hablado uno de sus correligionarios, un tal Pierre Laval. Ha tratado de la desmovilización, la cuestión más candente de Francia en la actualidad, país que ha sufrido quizá más víctimas en esta criminal guerra que cualquier otro. Y este país ve ahora que se aplaza, se frena la desmovilización, que no hay deseos de llevarla a cabo y que se está preparando otra nueva guerra que exigirá, sin duda, más víctimas a los obreros franceses para que los capitalistas franceses o los ingleses saquen aún más botín. Pues bien, este periódico declara que la multitud ha escuchado a ese orador, pero sus declaraciones hostiles al bolchevismo han promovido tales protestas, han promovido tal excitación que no se ha podido seguir la reunión. Después de eso, el ciudadano Pierre Renaudel no ha podido obtener la palabra, y la reunión ha terminado por una breve alocución del ciudadano Péricat. Este es uno de los pocos representantes del movimiento obrero francés que simpatiza con nosotros en lo fundamental. Así pues, el periódico se ha visto forzado a reconocer que los asistentes a la reunión impidieron hablar a un orador en cuanto abrió la boca contra los bolcheviques.

Camaradas, en esta ocasión no hemos podido recibir a ningún delegado venido directamente de Francia, y a costa de grandes esfuerzos ha llegado hasta nosotros sólo un francés, el camarada Guilbeaux. (*Clamorosos aplausos.*) Hará uso de la palabra hoy. Ha permanecido varios meses en las cárceles de Suiza, de esta república libre, y lo acusaban de tener relaciones con Lenin y de preparar la revolución en Suiza. Lo han conducido a través de Alemania escoltado por gendarmes y oficiales, temerosos, por lo visto, de que se le cayera una cerilla que prendiera fuego a toda Alemania. Pero Alemania arde sin necesidad de esa cerilla. Y en Francia, corno vemos, hay también simpatizantes con el movimiento bolchevique. Las masas francesas son,

tal vez, de las más experimentadas, de las más educadas en política, de las más vivas y sensibles. No permiten a un orador que tome una nota falsa en una asamblea popular, lo interrumpen. Y aún ha salido bien librado, pues, con el temperamento francés, ¡podían haberlo echado de la tribuna! Por eso, cuando un periódico hostil a nosotros reconoce lo que ha sucedido en esta gran reunión, decimos: el proletariado francés está con nosotros.

Citaré otro breve pasaje de un periódico italiano. Procuran tenernos tan aislados de todo el mundo que es rarísimo el que recibamos periódicos socialistas de otros países. Nos ha llegado como una rareza un número de *Avanti!*[100], órgano del Partido Socialista Italiano, que estuvo presente en Zímmerwald, luchó contra la guerra y ha adoptado ahora una resolución, por la que se niega a asistir al congreso de los amarillos de Berna, al congreso de la vieja Internacional, en el que participan individuos que han contribuido con sus gobiernos a prolongar esta guerra criminal. *Avanti!* aparece hasta la fecha sometido a rigurosa censura. Pero en este número, que nos ha llegado por casualidad, he leído una crónica de la vida del partido en cierto lugarejo llamado Cavriago -debe ser un rincón muy perdido, pues no está en el mapa-, y resulta que los obreros, reunidos allí, han aprobado una resolución de simpatía con su periódico por su inconciliabilidad, y declaran que aprueban a los espartaquistas alemanes -y luego siguen unas palabras que, aun estando en italiano , se entienden en todo el mundo: *"Sovietisti russi"-,* saludan a los "sovietistas" rusos y expresan su deseo de que el programa de los revolucionarios rusos y alemanes se adopte en todo el mundo y sirva para llevar hasta el fin la lucha contra la burguesía y el dominio militar. Pues bien, cuando uno lee una resolución así de un villorrio italiano cualquiera, puede decirse con pleno derecho: las masas italianas están a nuestro lado, las masas italianas han comprendido qué son los "sovietistas" rusos, qué es el programa de los "sovietistas" rusos y de los espartaquistas alemanes. ¡Y eso que entonces carecíamos de tal programa! No teníamos ningún programa común con los espartaquistas alemanes, y los obreros italianos rechazan todo cuanto ven en la prensa burguesa de su país, que, sobornada por los millonarios y los multimillonarios, difunde en millones de ejemplares calumnias contra nosotros. No ha engañado a los obreros italianos. Estos han comprendido qué son los espartaquistas y los "sovietistas" y han dicho que simpatizan con su programa, cuando este programa aún no existía. Por eso ha sido tan fácil nuestra tarea en este congreso. No hemos tenido que hacer sino asentar como programa lo que estaba ya sellado en la conciencia y en los corazones hasta de los obreros de un rincón perdido, obreros aislados de nosotros por cordones policíacos y militares. He ahí por qué hemos logrado con tanta facilidad y unanimidad tan completa llegar a un acuerdo común en todas las cuestiones principales, y estamos totalmente seguros de que estos acuerdos tendrán poderosa repercusión en el proletariado de todos los países.

El movimiento de los Soviets, camaradas, es la forma conquistada en Rusia, la forma que hoy se extiende por el mundo entero, que sólo con su nombre ofrece a los obreros todo un programa. Camaradas, confío en que nosotros, a quienes ha tocado en suerte la gran felicidad de desarrollar la forma soviética hasta la victoria, no caeremos en la situación de gentes que puedan ser tachadas de engreídos.

Camaradas, sabemos perfectamente que hemos sido los primeros en participar en la revolución proletaria soviética no porque hayamos estado preparados igual o mejor que otros obreros, sino porque estábamos peor preparados. Esta circunstancia precisamente ha sido motivo de que frente a nosotros estuviese el adversario más salvaje, más podrido; esta circunstancia precisamente ha hecho que la revolución adquiera trascendencia en el exterior. Pero sabemos también que los Soviets siguen existiendo en nuestro país hasta la fecha, que pugnan contra dificultades gigantescas, debidas al insuficiente nivel cultural y al abrumador peso que hemos debido soportar durante más de un año nosotros, que nos hemos mantenido en nuestros puestos solos, cercados por todos lados de enemigos y castigados, lo sabéis muy bien, por inverosímiles tormentos, por el hambre y atroces sufrimientos.

Camaradas, quienes directa o indirectamente se ponen al lado de la burguesía, procuran dirigirse a menudo a los obreros y llenarlos de indignación, aludiendo los penosos sufrimientos que soportan ahora los obreros. Pero nosotros les decimos: sí, estos sufrimientos son penosos, y no os lo ocultamos. Así se lo decimos a los obreros, y ellos lo saben muy bien por experiencia propia. Veis que luchamos no sólo por la victoria del socialismo para nosotros, no sólo porque nuestros hijos recuerden a los capitalistas y los terratenientes como monstruos prehistóricos; luchamos por que los obreros de todo el mundo venzan al lado de nosotros.

Y este I Congreso de la Internacional Comunista, que ha consignado que los Soviets conquistan la simpatía de los obreros en todo el mundo, nos muestra que la causa de la victoria de la revolución comunista internacional está asegurada. (*Aplausos*.) La burguesía seguirá enfureciéndose en varios países, no hace más que empezar a preparar en ellos la muerte de los mejores hombres, de los mejores representantes del socialismo, como lo demuestra el atroz asesinato de Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht por los guardias blancos. Sacrificios así son inevitables. No buscamos entendimientos con la burguesía, vamos a la lucha final y decisiva contra

ella; pero sabemos que tras los sacrificios, tormentos y calamidades de la guerra -cuando las masas de todo el mundo pugnan por la desmovilización, se sienten engañadas, comprenden cuán inverosímil es el peso de las contribuciones que han volcado sobre ellas los capitalistas, inmoladores de decenas de millones de seres humanos por ver quién recibiría más ganancias-, ¡ha pasado ya la hora del dominio de estos bandidos!

Ahora, cuando la palabra "Soviet" la entienden todos, la victoria de la revolución comunista es segura. Los camaradas presentes en esta sala han visto cómo se ha fundado la primera República Soviética, ven ahora cómo se ha fundado la III Internacional, la Internacional Comunista (*Aplausos*), verán todos cómo se fundará la República Federativa Mundial de los Soviets. (*Aplausos*)

El 7 de marzo de 1919 se publicaron informaciones periodísticas en el núm. 52 de "Pravda" y en el núm. 52 de "Izvestia del CEC de toda Rusia". Publicado íntegramente en mayo de 1919, en el folleto "Sesión solemne conjunta del CEC de toda Rusia, del Soviet de Diputados Obreros y Soldados Rojos de Moscú, del Comité de Moscú del PCR, del Consejo de los Sindicatos de toda Rusia y de los comités de fábrica de Moscú celebrada en homenaje a la fundación de la internacional Comunista".

T. 37, págs. 515-520.

SESIÓN DEL SOVIET DE PETROGRADO.

12 de marzo de 1919.

1. Informe sobre la política exterior e interior del consejo de comisarios del pueblo.

Breve información periodística.

(*La aparición del camarada Lenin en la tribuna es acogida con una clamorosa ovación. Todos se ponen de pie*.) Esta sala, dice el camarada Lenin, me recuerda la primera vez que hablé en una reunión del Soviet de Petrogrado, en el que entonces dominaban aún los mencheviques y los eseristas. Nos hemos olvidado demasiado pronto de un pasado reciente. Pero ahora, la marcha que lleva el desarrollo de la revolución en otros países nos refresca en la memoria lo que hemos vivido hace poco. Antes suponíamos que en Occidente, donde las contradicciones entre las clases están más exacerbadas debido al mayor desarrollo del capitalismo, la revolución seguiría un camino algo distinto que en Rusia, y el poder pasaría allí en seguida de la burguesía al proletariado. Sin embargo, lo que está ocurriendo ahora en Alemania demuestra lo contrario. La burguesía alemana, que se ha unido para hacer frente a las masas proletarias, que alzan cabeza, extrae su fuerza de la mayor experiencia que posee la burguesía occidental y combate de manera sistemática al proletariado. Las masas revolucionarias alemanas, por el contrario, no poseen aún la suficiente experiencia, que sólo podrán adquirir en el transcurso de la lucha. Todos recordamos la revolución de 1905, cuando el proletariado de Rusia se lanzó a la lucha sin ninguna experiencia previa. En la revolución actual, en cambio, hemos tenido presente y utilizado la experiencia que nos proporcionó la revolución de 1905.

Lenin hace a continuación un resumen de la actividad del Consejo de Comisarios del Pueblo. Rememora el primer período de la revolución, cuando las masas aún no sabían qué hacer ni contaban con centros de dirección lo bastante fuertes y prestigiosos.

Sabíamos muy bien, continúa Lenin, que para tener éxito en la lucha iniciada necesitábamos aglutinar lo más posible a todas las masas explotadas y a todos los elementos trabajadores del país, y por ello no podía menos de planteársenos el problema de las formas de organización. Recordando perfectamente el papel que los Soviets habían tenido en 1905, los hemos resucitado por ser el instrumento más idóneo para unir a los trabajadores y su lucha contra los explotadores. Hasta que estalló la revolución en Alemania, sostuvimos siempre que los Soviets eran los órganos más adecuados para Rusia. Entonces no podíamos afirmar que serían válidos en la misma medida para Occidente; pero la vida ha demostrado que lo son. Vemos ahora que los Soviets son cada vez más populares en Occidente y que por ellos se lucha no sólo en Europa, sino también en América. Los Soviets van surgiendo en todas partes y, tarde o temprano, tomarán el poder en sus manos.

América, donde se constituyen ahora los Soviets, está pasando por momentos muy interesantes. Es posible que allí el movimiento no vaya por el mismo cauce que en nuestro país, pero lo importante es que la forma soviética de organización ha ganado allí también gran popularidad. Esta forma de organización proletaria ha desplazado actualmente todas las demás. Los anarquistas, que estaban en contra de todo poder, han aceptado la forma soviética del mismo, después de haberla conocido. Con lo cual no han dejado piedra sobre piedra de la teoría del anarquismo que niega toda forma de poder, cualquiera que sea. Hace dos años predominaba en los Soviets la idea conciliadora de la colaboración con la burguesía. Hubo de pasar cierto tiempo para que sé barriera de la mentalidad de las masas esa vieja basura que impedía comprender lo que ocurría. Y ello podía lograrse únicamente con la labor práctica de los Soviets encauzada a organizar el Estado. En la misma situación se encuentran ahora también las masas obreras de Alemania, y es necesario quitarles de la cabeza esa misma basura vieja, aunque allí el proceso transcurre en formas más acusadas, implacables y cruentas que en Rusia.

Me he desviado algo del tema que me pidió tratar el Presídium del Soviet de Petrogrado, pero era necesario hacerlo.

Sólo valorando el papel de los Soviets a escala de la revolución mundial podemos comprender la labor del Consejo de Comisarios del Pueblo durante el año transcurrido. Los pormenores cotidianos de tipo administrativo y los inevitables problemas particulares en la labor de organización nos desvían a

menudo y nos hacen olvidar la gran causa de la revolución mundial. Y sólo evaluando el papel de los Soviets a escala mundial podemos comprender con acierto las minucias de nuestra vida interna y regularlas oportunamente. Los ilustres inspectores de Berna[101] dicen que somos partidarios de la táctica de la violencia; pero, a la vez que dicen eso, cierran por completo los ojos para no ver lo que hace en sus países la burguesía, la cual gobierna exclusivamente con el método de la violencia.

Antes de adoptar la forma soviética de gobierno, hubo un período de varios meses durante los cuales las masas se prepararon para esta forma nueva, aún no vista, de gobierno. Hicimos trizas con tesón al gobierno de Kerenski; obligamos al Gobierno Provisional a cambiar con frecuencia de ministros a diestra y siniestra, de arriba abajo, demostrando definitivamente con ello a las masas la incapacidad de la pandilla de conciliadores burgueses para gobernar el país, pandilla que reclamaba por entonces el derecho al poder, y sólo después de eso tomamos el poder en nuestras manos.

La cuestión es mucho más complicada a escala mundial, pues la violencia revolucionaria a solas no basta, tiene que ir precedida de un trabajo preparatorio, como el que realizamos nosotros, sólo que, naturalmente, durante un período algo más prolongado. El Tratado de Paz de Brest dio mucho que hablar en su tiempo, y ciertos señores decidieron aprovechar para sus fines demagógicos este paso del Poder soviético, llamándolo conciliación. Pero si llamamos a esto conciliación, habría que conceptuar también de conciliación con el zar nuestra entrada en la Duma de Estado, cuando lo hicimos para minarla desde dentro. Concertamos el Tratado de Brest en espera de que se diesen en Alemania las condiciones interiores precisas que provocarían el derrocamiento de Guillermo, y ello prueba cuán atinados fueron nuestros cálculos.

En los países de la Entente se registra un despertar de las masas que los gobiernos de éstas procuran impedir por todos los medios. Con ese objeto se intenta desviar la atención de las masas, inconscientes aún, hacia el "patriotismo". Se las alimenta con promesas, se las seduce con las ventajas de una paz victoriosa, prometiéndoseles un sinfín de venturas para después de firmada la paz. Se las nutre con ilusiones. Pero de lo atinado del cálculo de que estas ilusiones se cumplan puede juzgarse por una conversación que he tenido hace poco con un norteamericano, comerciante sensato, deseoso de hacer negocio y muy alejado de nuestros intereses. He aquí cómo caracteriza este comerciante la situación de Francia: el Gobierno francés promete a las masas el oro y el moro que supone obtendrá de los alemanes; pero será preciso que los alemanes tengan con qué pagar, pues de donde no hay no se puede sacar; y todas las ilusiones cifradas en la conclusión de una paz ventajosa con Alemania entrarán en quiebra, pues la paz que se concierte lo será de quiebra. De ello se percatan hasta los enemigos de la revolución, los cuales no ven otra salida de la situación actual que el derrocamiento del capitalismo. A este respecto es característico el estado de ánimo de la muchedumbre parisiense, la más solícita y sensible. Ahora no deja abrir la boca a quienes hablan contra los bolcheviques, en tanto que hace medio año prestaba oído a los que echaban pestes de ellos. La burguesía nos ha hecho un gran servicio en la propaganda de nuestras ideas. Los ataques que nos dirige han hecho pensar y recapacitar a las masas, en consecuencia de lo cual, las masas de París que piensan han llegado a la conclusión de que si la burguesía odia tanto a los bolcheviques es porque los bolcheviques saben combatirla. La Entente tiene ahora puesta la atención en nosotros y quiere pagar con dinero de nuestro bolsillo las cuentas que le presentan. Debemos tomar en consideración que tenemos delante a un enemigo poderoso que nos aventaja en el terreno militar, pero no por mucho tiempo. Llegará el desengaño de la victoria, que traerá como resultado el fracaso completo de todas las maquinaciones de los "aliados", si ellos no se pelean antes entre sí. Ahora pasan hambre todos los países, y no hay victoria que acabe con ella. Afrontamos complejas tareas planteadas por la política exterior. En este campo contamos con la experiencia de la paz de Brest, el paso más importante dado por el Consejo de Comisarios del Pueblo en materia de política exterior. Dicha paz fue concertada con un enemigo mucho más poderoso que nosotros en el terreno militar, y ello provocó discrepancias incluso en nuestros medios, pero no podía ser otro el primer paso del Estado proletario, rodeado por todas partes de fieras imperialistas. La paz de Brest minó las fuerzas de nuestro poderoso enemigo. Después de habernos impuesto condiciones expoliadoras, Alemania no tardó en caer, y lo mismo debe esperarse en otros países también, máxime que en todas partes vemos que los ejércitos se descomponen.

Hay que recordar el período en que la descomposición de nuestro ejército se explicaba por la impaciencia de los rusos; pero ahora resulta que ésa es la suerte de todos los países que marchan por el camino de la revolución. El descarado robo a que ahora se entregan los gobiernos "democráticos" en París abre los ojos a las masas, tanto más que las discordias motivadas por el reparto del botín, que a menudo se convierten en serias disputas, han dejado de ser un secreto[102]. A pesar de las desfavorables condiciones en que ha de vivir la Rusia soviética, contamos con una ventaja que el propio periódico burgués *Times*[103] se encarga de recalcar. En un artículo de su comentarista militar, este periódico señala el rápido proceso de descomposición que se

advierte en los ejércitos de todos los países, excepto en Rusia. Según el *Times,* Rusia es el único país donde el ejército, lejos de desmoronarse, se consolida. Este es uno de los aspectos esenciales de nuestro desarrollo durante el año transcurrido. Estarnos rodeados de enemigos por todas partes, nos defendemos y vamos reconquistando palmo a palmo el territorio de la Rusia Soviética, y cada mes de lucha nos acerca más y más a la revolución mundial. Hemos sido los primeros del mundo en conquistar el poder, y ahora gobiernan en nuestro país los Soviets de trabajadores. ¿Podremos sostenernos en el poder? Si no podemos, eso significará que, desde el punto de vista histórico, no fe justifica que hayamos tornado el poder. Pero hoy podemos sentirnos ya orgullosos de haber soportado esta prueba y de haber salvaguardado el poder de los trabajadores, pese a las incalculables penurias.

A continuación, el camarada Lenin habla de los especialistas.

Algunos camaradas nuestros, dice, se indignan de que al mando del Ejército Rojo haya viejos oficiales y otros que sirvieron al zar. Es natural que este problema adquiera singular importancia al organizarse el Ejército Rojo y que el éxito de esta empresa dependa del acertado planteamiento del problema. La cuestión de los especialistas debe tratarse con mayor amplitud. Debemos aprovecharlos en todas las esferas de organización donde, como es natural, no podemos valernos con nuestras fuerzas por carecer de la experiencia y la preparación científica de los viejos especialistas burgueses. No somos utopistas para creer que la Rusia socialista puede construirse con ciertas gentes nuevas; utilizamos el material que nos ha dejado el viejo mundo capitalista. Ponemos a la gente de antes en las nuevas condiciones, la rodeamos del control adecuado, la sometemos a la atenta vigilancia del proletariado y la obligamos a realizar el trabajo que necesitamos. Sólo así es posible construir. Si no sois capaces de levantar el edificio con los materiales que nos dejó el mundo burgués, no lo construiréis en general y no seréis comunistas, sino unos charlatanes vacíos. Para construir el socialismo, debemos utilizar plenamente la ciencia, la técnica y, en general, todo lo que nos ha legado la Rusia capitalista. Claro está que en este camino tropezaremos con grandes dificultades. Los errores son inevitables. En todas partes hay tránsfugas y saboteadores contumaces. Contra ellos se precisaba ante todo la violencia. Pero después debemos utilizar el peso moral del proletariado, la fuerza de la organización y la disciplina. No hay por qué desechar a los especialistas que nos son de utilidad. Lo que se debe hacer es colocarlos dentro de ciertos límites que permitan al proletariado controlarlos. Es preciso encomendarles una labor y vigilarlos atentamente, colocando por encima de ellos a comisarios nuestros para que desbaraten sus designios contrarrevolucionarios. Y al paso, debemos aprender de ellos. Aun con todo eso, no debemos hacer la menor concesión política a estos señores, cuyos servicios utilizamos dondequiera que sea posible. Lo hemos logrado ya en parte. Del aplastamiento de los capitalistas hemos pasado a la etapa de utilizar sus servicios, y tal vez sea ésta una de las conquistas más importantes que alcanzamos este año en el terreno del desarrollo interno.

Uno de los más serios problemas de nuestro desarrollo cultural es el del campo. El Poder soviético presupone el apoyo más amplio de los trabajadores. A esto se ha reducido toda la política que hemos aplicado durante este período en el campo. Era necesario unir a los proletarios de la ciudad con los pobres del campo, y así lo hemos hecho. Ahora los unen con los más estrechos nexos miles de hilos invisibles. Como en todas partes, aquí tropezamos también con grandes dificultades, pues los campesinos están acostumbrados a sentirse propietarios independientes. Están acostumbrados a vender libremente su cereal, y todos ellos tienen eso por un derecho inalienable. Ahora se precisa un esfuerzo ímprobo para convencerlos definitivamente de que sólo organizando la economía de manera comunista se podrá hacer frente a la ruina que nos ha dejado la guerra. En estas lides hay que obrar con la persuasión y no con la violencia. Claro está que también entre los campesinos tenernos enemigos declarados, los kulaks; pero la inmensa mayoría de los campesinos pobres y de los campesinos medios cercanos a ellos están con nosotros. Contra los kulaks, enemigos jurados nuestros, sólo tenernos un arma: la violencia. Cuando comenzamos a aplicar nuestra política de abastecimiento de víveres, basada en el principio de que los campesinos debían entregar sus excedentes a los hambrientos, hubo quienes comenzaron a gritar a los campesinos: "¡Os están saqueando!". Eran los enemigos jurados de los campesinos, de los obreros y del comunismo, enemigos disfrazados de mencheviques, de eseristas de izquierda o de cualquier otra manera bufonesca; y nosotros seguiremos tratándolos igual que hasta ahora.

Publicado el 14 de marzo de 1919 en el núm. 58 de "Stévernaya Kommuna".

2. Respuesta a las preguntas escritas.

Camaradas: Quiero ahora contestar a las preguntas escritas, dos de las cuales no están muy claras. A pesar de todo, una de ellas contiene, al parecer, dos ideas fundamentales. La primera es que el autor de la nota no está de acuerdo con los bolcheviques, los cuales se extralimitan, a juicio suyo, y él simpatiza con los mencheviques, pues son partidarios del avance gradual. La segunda encierra

una pregunta sobre las insurrecciones campesinas.

Por cuanto a la primera pregunta, debo decir que, puestos a acusar a los bolcheviques, hay que mencionar en qué se han extralimitado y qué tiene de bueno el avance gradual. Lo fundamental que nos separaba de los mencheviques era que nosotros insistíamos en la entrega de todo el poder a los Soviets, y nos extralimitamos tanto que en octubre del año antepasado lo tomamos. Y los mencheviques exigían que se avanzara poco a poco, pues no querían esa toma del poder. Por ejemplo, el conocido socialista Kautsky, que simpatiza con los mencheviques, escribió en un folleto, en agosto de 1918, que los bolcheviques no debían tomar el poder, pues no podrían sostenerse en él, sucumbirían y, con ello, destruirían a todo el partido. A mí me parece que este punto de vista ha sido refutado por la marcha de los acontecimientos, razón por la cual no vale la pena detenerse en él, sobre todo si no hay objeciones claras que hacer. En Alemania, Kautsky insistía en la democracia, en la Asamblea Constituyente. Los mencheviques alemanes y los nuestros decían que no se debía entregar el poder a los Soviets. En Alemania se reunió la Asamblea Constituyente, y en enero y marzo estalló una serie de insurrecciones obreras formidables, una guerra civil que ha tenido por resultado la propuesta de los mencheviques alemanes, dirigidos por Hilferding, hecha en artículos recientes, de unir la Asamblea Constituyente con los Soviets de manera que se otorgue al Comité Central de los Soviets el derecho de poner el veto a las decisiones de la Asamblea Constituyente, y someter los problemas a plebiscito. Esto evidencia que los mencheviques alemanes, incluso los mejores de ellos, han caído en la más completa confusión. La idea de unir la Asamblea Constituyente con los Soviets, de unir la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado puede sólo hacer reír.

En cuanto a las rebeliones campesinas, ya se había hecho otra pregunta sobre lo mismo. Claro está que ha habido y sigue habiendo rebeliones de kulaks. Durante el verano del año pasado hubo toda una serie de ellas. El kulak es nuestro enemigo inconciliable. En esta cuestión no ha y que confiar en nada más que en su aplastamiento. El campesino medio es otra cosa, no es enemigo nuestro. No es verdad que en Rusia haya habido rebeliones campesinas en las que participaran muchísimos campesinos, y no kulaks. A los kulaks se adhiere alguna aldea o subdistrito, pero no ha habido bajo el Poder soviético rebeliones que abarcasen a todos los campesinos de Rusia. Ha habido rebeliones de kulaks, y seguirá habiéndolas con un gobierno que obliga a vender a precio de tasa todo el trigo sobrante a los hambrientos. Estas rebeliones son inevitables porque el kulak, que acapara grandes reservas de trigo, puede venderlo a varios cientos de rublos el pud, y todos sabemos a qué precios venden estos acaparadores. Si diésemos a los kulaks esa libertad, el rico, que tiene reservas secretas de papel moneda, de *kérenkis,* comería hasta la saciedad, mientras que la mayoría de la gente que nada esconde pasaría hambre. Por eso no cerramos los ojos ante el hecho de que las rebeliones de los kulaks contra el Poder soviético son inevitables. Cuando el poder estaba en manos de los capitalistas, las sublevaciones obreras contra aquéllos y las sublevaciones campesinas contra los terratenientes eran inevitables. Ahora que los terratenientes y los capitalistas han sido aplastados, las rebeliones de los kulaks estallarán más de tarde en tarde. Hay que elegir. Y si alguien quiere que todo marche bien, sin rebeliones algunas, y que los ricos nos sirvan en bandeja su declaración de amor y la promesa de entregarnos sus excedentes por las buenas, yo creo que no se le puede tomar en serio.

Hay otra pregunta escrita poco clara, que dice así: ¿cómo proceder cuando los obreros, soliviantados por los llamamientos de los eseristas contra la escasez de víveres, se niegan a trabajar, se declaran en huelga y se oponen al Poder soviético? Claro está que yo no espero que todos los obreros sin excepción apoyen al Poder soviético. Cuando los obreros de París se sublevaron en 1871, no fueron pocos los obreros de otras ciudades que lucharon contra ellos en las filas de las tropas de los guardias blancos y contribuyeron a aplastar a los parisienses, lo cual no impidió a los socialistas conscientes afirmar que los federados de París representaban a todo el proletariado, es decir, a lo mejor y más honrado de él; en las filas de los guardias blancos luchaban sólo sectores atrasados de obreros. También entre nosotros hay obreros inconscientes y atrasados que no han entendido aún lo que es el Poder soviético; y nosotros nos esforzamos por instruirlos. Ningún otro gobierno dio tanto para las asambleas permanentes de masas de obreros como los Soviets; que conceden a todo representante de una fábrica un puesto en el instituto del Estado. Incorporamos en la medida de lo posible a los obreros a la elaboración de la política del Estado; en el capitalismo, incluso con régimen republicano, los obreros estaban excluidos de ello; el Poder soviético los incorpora con todas sus fuerzas, pero algunos seguirán todavía bastante tiempo inclinándose por el pasado.

Habrá muy pocos entre vosotros, quizás algunos contados, que recuerden el régimen de la servidumbre; sólo pueden recordarlo los ancianos; pero sí habrá quienes recuerden la situación de hace unos treinta o cuarenta años. Quienes han estado en el campo saben que hace unos treinta años se podía encontrar en los pueblos a ancianos que decían: "En el régimen de la servidumbre se vivía mejor, había más orden, se exigía más, no se vestía a las mujeres con lujo". Si ahora leemos a Gleb Uspenskí, a quien vamos a levantar un monumento, pues ha sido uno de

los mejores escritores que han descrito la vida de los campesinos, podemos encontrar descripciones de las décadas del ochenta y noventa de viejos campesinos de buena fe, y a veces sencillamente de personas de edad avanzada que decían que bajo el régimen de la servidumbre se vivía mejor. Cuando se derriba un viejo orden social, éste no puede ser destruido de golpe en la mente de todos los seres humanos y siempre queda a quien le tira el pasado.

Algunos obreros, como los tipógrafos, por ejemplo, dicen que en el capitalismo se vivía bien, pues se publicaban muchos periódicos, mientras que ahora hay pocos; que entonces ganaban bastante y por eso no quieren el socialismo. Antes había muchas industrias que dependían de las clases ricas o que existían por la producción ele artículos de lujo. En las grandes ciudades había bajo el capitalismo muchos obreros que vivían ele la producción de artículos de lujo. En la República Soviética tendremos que dejar temporalmente sin trabajo a estos obreros. Les diremos: "Haced otro trabajo de utilidad". Y el obrero de esas industrias dirá: "Yo hacia un trabajo fino, era joyero; mi trabajo era limpio, y lo hacía para señores distinguidos; ahora han venido esos patanes de mujiks y han echado con cajas destempladas a los señores distinguidos: quiero que vuelva el capitalismo". La gente de ese tipo seguirá predicando que debemos volver al capitalismo, o, como dicen los mencheviques, avanzar hacia un capitalismo sano y hacia una democracia sana. Habrá varios centenares de obreros que digan: "Nosotros vivíamos bien bajo el capitalismo sano". Pero los que vivían bien bajo el capitalismo eran una ínfima minoría; y nosotros defendemos los intereses de la mayoría, que vivía mal bajo el capitalismo. (*Aplausos*.) El capitalismo sano llevó a la matanza mundial en los países más libres. No puede haber capitalismo sano; lo hay como el que existe en la república norteamericana, la más libre, culta, rica y adelantada en el aspecto técnico; y ese capitalismo democrático, el más republicano, llevó a la escabechina universal más espantosa en aras del saqueo de todo el mundo. De quince millones de obreros encontraréis en el país unos cuantos millares que vivían bien bajo el capitalismo. En los países ricos hay más obreros de ésos porque han trabajado para mayor número de millonarios y multimillonarios. Han estado al servicio de este puñado de magnates y recibido de ellos salarios altos en especial. Si tomáis a varios centenares de millonarios ingleses, veréis que han amasado miles de millones porque han saqueado a la India y a toda una serie de colonias. No les costaba nada hacer una dádiva a diez o veinte mil obreros, pagarles salarios el doble o más altos que los usuales para que les trabajaran bien. Leí en cierta ocasión un relato sobre las memorias de un peluquero norteamericano a quien un multimillonario pagaba un dólar diario para que lo afeitara. Y este peluquero escribió todo un libro en el que ensalzaba al multimillonario y su maravillosa vida. Por una visita matutina de una hora a su alteza financiera, recibía un dólar diario, quedaba satisfecho y no quería nada más que el capitalismo. Debemos estar en guardia contra tales argumentos. La inmensa mayoría de los obreros no se hallaba en esa situación. Nosotros, los comunistas del mundo entero, defendemos los intereses de la inmensa mayoría de los trabajadores, en tanto que los capitalistas han sobornado con salarios elevados a una minoría insignificante de trabajadores y los han convertido en fieles servidores del capital. Lo mismo que en el régimen de la servidumbre había gente, campesinos, que decían a los terratenientes: "Somos esclavos suyos (y eso después de recibir la libertad), no nos iremos de su lado". ¿Eran muchos? No, una ínfima minoría. ¿Y podría por este solo hecho negarse que existía una lucha contra el régimen de la servidumbre? Claro está que no. Pues bien, tampoco ahora se puedo negar el comunismo apelando a la minoría de obreros que percibían magníficos salarios en los periódicos burgueses, en la producción de artículos de lujo o por sus servicios personales a los multimillonarios.

Paso ahora a las preguntas expuestas en términos claros; ante todo, a la que se refiere a las concesiones en general, y en particular a la concesión para el Gran Ferrocarril del Norte[104]. Se dice que eso significa permitir a las fieras que se lleven la riqueza del pueblo. A eso respondo que el problema está aquí muy relacionado con los especialistas burgueses y con el problema del imperialismo mundial. ¿Podemos aplastar al imperialismo mundial ahora mismo? Si pudiéramos, estaríamos obligados a hacerlo; pero bien sabéis que no podemos hacerlo ahora, lo mismo que tampoco podíamos derrocar a Kerenski en el mes de marzo de 1917; teníamos que aguardar que se desarrollaran los Soviets, afanarnos en ello, y no lanzarnos inmediatamente a la insurrección contra Kerenski, Lo mismo pasa hoy: ¿es acaso posible una guerra ofensiva contra el imperialismo mundial? Claro está que no. Si fuésemos más fuertes, si obtuviésemos mañana mucho trigo, tuviésemos artefactos técnicos y demás, no permitiríamos a los Scheidemann que diezmaran a los espartaquistas, sino que los derribaríamos. Pero eso ahora es una fantasía inoportuna, pues nuestro país solo no puede derribar el imperialismo mundial, mientras otros países están en un período en el que no hay mayoría soviética, y en muchas naciones apenas comienzan a surgir los Soviets; por eso tenemos que hacer una concesión a los imperialistas. Hoy no podemos construir ferrocarriles a gran escala, y Dios quiera que podamos reparar los existentes. Andamos escasos de cereales y combustible, nos faltan locomotoras, hay varios millones de puds de cereal amontonado en la línea férrea Volga-Bugulrná, y no podemos traerlo. Hace unos días

hemos decidido en el Consejo de Comisarios del Pueblo enviar a representantes con plenos poderes para traer de allí ese cereal. Mientras el pueblo pasa hambre en Petrogrado y Moscú, millones de puds de trigo están allí amontonados, y no los podemos traer por falta de locomotoras y combustible. En esas condiciones decimos que vale más pagar un tributo a los capitalistas extranjeros, pero que construyan ferrocarriles. No pereceremos por ese tributo; y si no ponemos orden en el transporte ferroviario, podemos perecer, porque el pueblo pasa hambre; por sufrido que sea el obrero ruso, el aguante tiene un límite. Por eso estamos obligados a tomar medidas para mejorar el movimiento ferroviario, aunque sea al precio de un tributo al capitalismo. Esté bien o mal, hoy por hoy no tenemos otra opción. Mientras no derroquemos definitivamente el capitalismo mundial, por pagarle un tributo no hundiremos al Poder soviético. Hemos pagado en oro a los imperialistas alemanes porque nos obligaban a hacerlo las cláusulas del Tratado de Brest, y ahora los países de la Entente les arrebatan ese oro: el bandolero vencedor despoja al bandolero vencido. Ahora decimos que mientras no triunfe el movimiento mundial del proletariado, tendremos que luchar o pagar tributo a estos bandidos, y no creemos que haya nada de malo en ello. Mientras pagábamos tributo a los bandoleros alemanes, y les entregamos varios centenares de millones, fortalecimos nuestro Ejército Rojo, y ahora a los bandoleros alemanes no les ha quedado nada. Otro tanto les sucederá a los demás bandoleros imperialistas. (*Aplausos*.)

El camarada que hace esa pregunta añade que estuvo detenido cuatro días por haberse opuesto a que se arruinara a los campesinos medios, quiere saber qué es el campesino medio y alega una serie de rebeliones campesinas. Claro es que si se detuvo a este camarada por haber protestado contra medidas que arruinaban a los campesinos medios, no cabe duda de que se obró mal y, a juzgar por la rapidez con que fue puesto en libertad, supongo que alguien -el mismo que lo detuvo u otro representante del Poder soviético- se convenció de que la detención era errónea. Ahora hablaré del campesino medio. Se distingue del kulak en que no recurre a la explotación de trabajo ajeno. El kulak roba dinero y trabajo de otros. Los campesinos pobres, los semiproletarios, son los que sufren esa explotación; el campesino medio es el que no explota a otros, el que vive de su propia hacienda, tiene aproximadamente el cereal necesario para vivir, pero no llega a kulak ni puede ser incluido entre los pobres. Esos campesinos vacilan entre nosotros y los kulaks. Un pequeño número de ellos, si les sonríe la fortuna, pueden llegar a ser kulaks, por eso tienden hacia ellos, pero la mayoría jamás podrán ser kulaks. Y si los socialistas y comunistas saben hablar con tiento a los campesinos medios, les demostrarán que el Poder soviético les reporta más ventajas que cualquier otro poder, pues los demás oprimen y aplastan al campesino medio. Pero el campesino medio vacila. Hoy está con nosotros, y mañana con otro poder; una parte está con nosotros, otra parte con la burguesía. Y en el programa que aprobaremos dentro de unos días nos manifestamos en contra de toda violencia con los campesinos medios. Esto es lo que declara nuestro partido. Si hay detenciones, las censuramos y enmendaremos. Estamos por el empleo de la violencia contra el kulak, pero en lo tocante al campesino medio, estamos contra la violencia. A éste le decimos: si te pones al lado del Poder soviético, no queremos meterte a la fuerza en la comuna; nunca hemos forzado a los campesinos a entrar en las comunas, ni hay decreto alguno que lo imponga. Si eso ocurre en algún sitio, es un abuso que le cuesta a los responsables el cargo y el ser procesados. Este problema es muy importante. El campesino medio se halla entre dos campos. Pero nuestra política aquí es clarísima, camaradas: estamos en contra de que se haga violencia al campesino medio y en pro de que se llegue a un acuerdo con él, de que se le hagan concesiones. El campesino medio puede venir y vendrá al comunismo poco a poco. Hasta un la república capitalista más libre el campesino medio está amenazado por el capital, que lo aplasta y oprime de una u otra manera.

En otra nota me preguntan qué opino de la Flota del Báltico. No he estudiado este problema y no puedo contestar ahora; quizás esté explicado por completo en el discurso del camarada delegado de la Flota.

Otra pregunta se refiere a que en los pueblos hay mucha roña, burocracia y porquería y debe combatirse todo eso. No tiene vuelta de hoja. Cuando la Revolución de Octubre barrió a los viejos burócratas, lo hizo porque creó los Soviets. Quitó a los viejos jueces y puso el tribunal del pueblo. Pero los juicios podían simplificarse; para ello no era preciso conocer las viejas leyes, bastaba con guiarse meramente por el sentido de la justicia. Era fácil acabar con los métodos burocráticos en la administración de la justicia. En otras esferas resultaba mucho más difícil hacerlo. Expulsamos a los viejos burócratas, pero han vuelto; se autodenominan "comunistas" cuando apenas si saben deletrear esta palabra; se ponen una divisa roja en el ojal y se cuelan a una sinecura. ¿Qué hacer contra eso? Luchar y luchar sin desmayo contra osa basura; barrerla y tirarla de dondequiera que se infiltre; limpiar, expulsar, vigilar y estar al tanto, de lo que se encargarán los obreros comunistas y los campesinos bien conocidos desde antaño. Tengo aquí, además, otra pregunta, una nota en la que se dice que no reporta nada bueno el dar preferencias a los miembros del partido, porque entonces medran los granujas. Esto, camaradas, se combate y seguirá combatiéndose. En el congreso del partido hemos

aprobado una resolución de no admitir a los delegados que militen menos de un año en el partido; y en lo sucesivo adoptaremos medidas de esto tipo. Cuando un partido está en el poder, en un principio hay que dar preferencia a sus miembros. Supongamos que se presentan dos individuos, uno de los cuales saca su carnet de afiliado al partido y dice que es comunista, el otro no tiene carnet., y los dos son igualmente desconocidos; es natural que en tal caso se dé preferencia al miembro del partido, al que enseña el carnet. ¿Cómo distinguir si alguien milita verdaderamente en el partido por convicción o por conveniencia? Hay que asentar en el carnet la fecha de ingreso en el partido, no entregar el carnet hasta que el pretendiente pase una prueba, saque enseñanzas, etc.

Hay, además, una nota sobre el impuesto revolucionario[105], en la que se dice que abruma al campesino medio. Sobre esto hemos celebrado una sesión especial; había muchas quejas y, para comprobarlas, se hizo lo siguiente: tenemos una Dirección Central de Estadística, en la que trabajan los mejores especialistas de Rusia en la materia, la mayoría de los cuales son eseristas de derecha, mencheviques y hasta democonstitucionalistas; entre ellos son pocos los comunistas, los bolcheviques, pues éstos se ocupaban más de luchar contra el zarismo que de estudios prácticos. Por lo que he podido observar, estos especialistas trabajan bien, lo que, claro está, no quiere decir que no haya que luchar contra algunos de ellos. Les encargamos una investigación de ensayo de varios subdistritos para ver cómo han distribuido el impuesto revolucionaría entre sí los campesinos. Las quejas son muchísimas; claro que si nos fijamos en que llegan unas mil de todo el país, vemos que es una cifra insignificante para toda Rusia; mil quejas entre varios millones de haciendas no es nada; si al Comité Ejecutivo Central acuden a quejarse tres personas cada día, sumarán noventa quejas al cabo del mes, y la impresión que se produce es de que estamos agobiados por las quejas. Para comprobarlo, decidimos llevar a cabo una investigación de varios subdistritos y recibimos una respuesta exacta en el informe de Popov, que luego repetimos en una sesión del Comité Ejecutivo Central en presencia de obreros. Este informe ha evidenciado que en la mayoría de los casos los campesinos distribuyen justamente el impuesto. El Poder soviético reclama que los campesinos pobres no paguen nada, que los campesinos medios abonen una suma moderada, y los campesinos ricos desembolsen mucho; claro está que no es posible determinar con exactitud quién es campesino rico y quién pobre, y hay errores; pero en su mayoría, los campesinos reparten bien el impuesto. Y así debe ser. (*Aplausos*.) Claro que ha habido errores. Por ejemplo, un pequeño empleado ferroviario se quejaba de que la cuantía que le había impuesto el comité domiciliario era injusta. Lo comunicó a las autoridades soviéticas. Entonces se dijo: hay que hacer un registro en su casa, pues se dedica a la especulación. Y le encontraron varios sacos con un millón de *kérenkis.* Mientras no encontremos el modo de cambiar los billetes viejos por otros nuevos, seguirán sucediendo estas cosas. Cuando sustituyamos estos papeles por otros nuevos, se quitará la careta a todos los especuladores. Todos tendrán que cambiar los billetes viejos por los nuevos. (*Clamorosos aplausos*.) A quien declare una cantidad pequeña de dinero, la que necesita un obrero para vivir, le daremos rublo por rublo; lo mismo haremos con quien declare, digamos, mil o dos mil rublos. A quien declare más, le daremos una parte al contado, y el resto se lo apuntaremos en una cartilla: ¡que espere! (*Aplausos*.) Para poder hacer eso, hay que preparar los nuevos billetes. De los viejos tenemos aproximadamente 60.000 millones. Para canjearlos, no se necesita una cantidad tan grande de los nuevos, pero los especialistas calculan que harán falta no menos de 20.000 millones de rublos nuevos. Contamos ya con 17.000 millones. (*Aplausos*.) Y en el Consejo de Comisarios del Pueblo se ha planteado la cuestión de preparar pronto hasta el fin esta medida, que asestará un golpe a los especuladores. Esta medida desenmascarará a quienes ocultan los *kérenkis,* Pero su puesta en práctica requiere una gran organización; no se trata de una medida fácil de aplicar.

En otra nota se pregunta cómo va la siembra, pues es difícil obtener semilla suficiente, lo cual, claro, es verdad. Se ha instituido un Comité de Tierra de Sembradío. Y adjunto al Comisariado de Agricultura se ha instituido por decreto del Poder soviético un Comité Obrero que se constituirá de acuerdo con los sindicatos y se cuidará de que las tierras no estén baldías, de que todos los terrenos baldíos de los terratenientes sean entregados a los obreros. Hay una disposición de que si el campesino no ocupa la tierra, el Estado se encargará de aprovecharla. Es cierto que no hay bastante semilla. Ahí se precisa que los campesinos pobres denuncien a los kulaks que esconden los excedentes de cereal y no los entregan para semilla. El kulak está interesado en esconder estas reservas para sacar mil rublos por cada pud en los meses de hambre, y no le importa que el trigo quede sin sembrar y que con ello perjudique a miles de obreros. Es un enemigo del pueblo y hay que desenmascararlo.

Otra pregunta es sobre los sueldos: al especialista se le pagan 3.000 rublos; y él pasa de un trabajo a otro, y no es fácil encontrarlo. De los especialistas diré que son gentes que conocen la ciencia y la técnica burguesas corno no puede conocerlas la inmensa mayoría de los obreros y campesinos; necesitamos a estos especialistas, opinamos que es imposible implantar ahora la igualdad completa de

remuneración y somos partidarios de pagarles más de 3.000 rublos. Incluso si tuviésemos que pagar varios millones al año en sueldos, no sería mucho si, a cambio de ello, aprendiésemos a trabajar bien. No vemos otra manera de arreglar las cosas para que trabajen de buen grado y no por miedo al palo; y mientras escaseen los especialistas, no podemos renunciar a pagarles sueldos elevados. No hace mucho, tuve una conversación sobre el particular con Shmidt, Comisario de Trabajo; él está de acuerdo con nuestra política y agregó que antes, en el capitalismo, el salario de un peón era de 25 rublos mensuales, mientras que un buen especialista no ganaba menos de 500 rublos al mes, lo que supone una diferencia de 1 a 20; en la actualidad, los salarios más bajos son de 600 rublos, y los especialistas ganan 3.000, lo que hace una diferencia de 1 a 5. Por tanto, hemos hecho mucho para nivelar los salarios bajos y los sueldos altos, y seguiremos avanzando por el camino emprendido. Mas, por ahora, no podemos igualar la remuneración, y mientras haya pocos especialistas, no podremos renunciar a elevarles los sueldos. Afirmamos que vale más pagar un millón o hasta mil millones más al año con tal de aprovechar a todos los especialistas disponibles, pues lo que enseñarán a los obreros y campesinos vale más que esos mil millones.

Luego hay una pregunta sobre las comunas agrícolas y si se puede dejar en ellas a los ex terratenientes. Eso depende de qué terrateniente fuese. No ha habido ningún decreto que prohíba a los terratenientes entrar en las comunas. Claro que se desconfía de los terratenientes, pues oprimieron durante siglos a los campesinos, y éstos los odian; pero si hay terratenientes a quienes los campesinos tienen por personas honestas, no sólo se los puede, sino que incluso se los debe admitir. Debemos utilizar a esos especialistas que están acostumbrados a organizar grandes haciendas y pueden enseñar mucho a los campesinos y obreros agrícolas.

Además, se pregunta si se puede permitir que los campesinos medios participen en las labranzas colectivas. Pues claro que sí. Últimamente, distritos enteros han dispuesto pasar a la labranza colectiva; no sé en qué medida se cumplirá, pero lo que importa en eso es atraer precisamente a los campesinos medios, ya que los campesinos pobres están de acuerdo con nosotros, en tanto que los medios no siempre lo están, y es preciso atraerlos. Somos partidarios de la violencia contra los capitalistas y los terratenientes, y no sólo de la violencia, sino también de la expropiación completa de cuanto han acumulado; somos partidarios de la violencia contra el kulak, pero no de su expropiación completa, porque cultiva la tierra, parte de la cual la ha adquirido con su propio trabajo. Esta diferencia tenernos que aprendérnosla bien. Contra el terrateniente y el capitalista, la expropiación total; pero al kulak no se le puede quitar todo lo que posee, no ha habido tal disposición; al campesino medio queremos convencerlo, atraerlo con el ejemplo, persuadiéndolo. Ese es nuestro programa. Y si en los pueblos no lo cumplen, eso es infringir la disposición del Poder soviético, bien porque no la quieren acatar o simplemente porque no la comprenden.

Hay luego una pregunta sobre cómo estimular a los ferroviarios, y también sobre la suspensión del tráfico por ferrocarril. Este problema ha sido estudiado con especial atención en el Consejo de Comisarios del Pueblo y se han tomado muchas medidas. Este problema es fundamental. Junto al ferrocarril Volga-Bugulmá hay amontonados millones de puds de trigo y pueden pudrirse, pues en algunos sitios está encima de la nieve, y si comienza el deshielo, se perderá. Ya está húmedo (su grado de humedad llega al 20 %). Hay que traerlo de allí; de lo contrario, se perderá. Lo principal es que los propios ferroviarios están muy necesitados de pan. *Y* para transportarlo hay que suspender el movimiento de pasajeros, según los cálculos de nuestros camaradas del Comisariado de Vías de Comunicación, desde el 18 de marzo hasta el 10 de abril. Esta suspensión del movimiento de pasajeros puede dar tres millones y medio de puds de cereales, que podrán ser transportados, si bien con las locomotoras de poca potencia de los trenes de pasajeros. Si en estos trenes llevasen el trigo los del saco, lo más que podrían transportar sería medio millón. Los que se quejan de la suspensión del movimiento de pasajeros no tienen razón. Los del saco, en el mejor de los casos, transportarán medio millón; y nosotros, si llenamos de trigo los vagones hasta los bordes, y si nos ayudan los ferroviarios, transportaremos tres millones y medio de puds, con lo que mejorará el abastecimiento. Por eso hemos dicho y seguimos diciendo que todos los camaradas más despiertos y organizados deben ir a trabajar al ejército y a los organismos de abastecimiento de víveres. Hay que dar más y más gente, mal que nos pese. Sabemos perfectamente que Petrogrado ha sido la ciudad de Rusia que ha proporcionado más gente, y eso es porque allí están los obreros mejor organizados y formados. Este medio año será duro. Los primeros seis meses de 1918 nos dieron 27 millones de puds, y en el segundo semestre obtuvimos 67 millones. Ahora estamos en un semestre de hambre. Los meses de marzo, abril, mayo y junio serán difíciles. Para evitarlo hay que poner en tensión todas las fuerzas. Se debe plantear en cada fábrica y en cada círculo el problema de si hay alguien que pueda ser enviado a trabajar a los talleres ferroviarios, que pueda ser sustituido por alguna mujer y enviado a ese otro trabajo. Hay que pensar en esto en todos los círculos, en todos los grupos, en todas las organizaciones; hay que proporcionar a nuevos obreros; entonces saldremos airosos de este duro semestre. (*Aplausos*.)

Publicado por primera vez en 1950 en el torno 29 de la 4a edición de las "Obras" de V. l. Lenin, T. 38, págs. 1-21.

ÉXITOS Y DIFICULTADES DEL PODER SOVIÉTICO.

En estos precisos momentos en que hemos logrado restablecer la Internacional revolucionaria, la Internacional Comunista, en estos precisos momentos en que la forma soviética del movimiento ha llegado por sí misma a ser programa teórico y práctico de toda la III Internacional, en los precisos momentos en que ya se ha hecho eso, cabe recordar el desarrollo general de los Soviets. ¿Qué son los Soviets? ¿Cuál es la importancia de esta forma creada por las masas y no inventada por nadie?

Sólo desde ese punto de vista se pueden evaluar también con tino, a mi parecer, las tareas que tenemos ya planteadas nosotros, el poder conquistado por el proletariado, y el cumplimiento de las mismas, que hemos intentado y logrado en el transcurso del último año, teniendo ya la dictadura del proletariado en Rusia.

Sólo desde el punto de vista del papel general de los Soviets, de su importancia general, de su lugar en el desarrollo histórico mundial se puede comprender en qué situación nos hemos visto, por qué teníamos que obrar así, y no de otra manera, y cómo hay que comprobar, mirando atrás, lo acertado o desacertado de nuestros pasos.

Y hoy sentimos una necesidad redoblada de opiniones más generales, de mayor amplitud o de mayor alcance porque ahora los militantes del partido tienen que sufrir a veces en Rusia y advertir las insuficiencias, faltas y defectos de su trabajo debido a que el cumplimiento práctico de las tareas inaplazables, corrientes, inmediatas y palpitantes de administración que recayeron y recaen en el Poder soviético, distrae y embota a menudo la atención, nos obliga, pese a todos nuestros esfuerzos -aquí no se puede hacer nada contra las condiciones en que se actúa- a dedicar demasiada atención a las minucias administrativas y olvidar el curso general del desarrollo de toda la dictadura del proletariado a escala mundial, del desarrollo de esta dictadura por el cauce del Poder soviético, mejor dicho, del movimiento soviético, por el cauce errático de las masas proletarias dentro de los Soviets -lo que hemos vivido y olvidado todos-, por el cauce de la tentativa hecha dentro de los Soviets de ejercer la dictadura.

He ahí las dificultades que nos han caído encima y las tareas generales en que, a juicio mío, debemos procurar fijarnos para desprendernos algo, en la medida de lo posible, nosotros mismos de las minucias administrativas que recaen en cada cual que se ocupa del trabajo práctico en los Soviets y para comprender qué paso tan grande nos queda por dar como destacamento del ejército proletario universal.

Vencer por completo y definitivamente a escala mundial no se puede en Rusia a solas; se podrá únicamente cuando triunfe el proletariado en todos los países, al menos en los adelantados, o, siquiera, en varios de los adelantados más grandes. Sólo entonces podremos afirmar con toda seguridad que la causa del proletariado ha triunfado, que hemos alcanzado nuestro primer objetivo: el derrocamiento del capitalismo.

Hemos alcanzado ese objetivo con relación a un país, y se nos ha planteado la segunda tarea. Si el Poder de los Soviets es una realidad, si la burguesía ha sido derrocada en un país, la segunda tarea es la lucha a escala internacional, la lucha en otro plano, la lucha del Estado proletario en el medio de los Estados capitalistas.

La situación es de novedad y dificultad extraordinarias.

Por otra parte, una vez derrocado el poder de la burguesía, la tarea principal es organizar la construcción del socialismo.

A los socialistas amarillos que, reunidos ahora en Berna, se disponen a honrarnos con la visita de extranjeros ilustres, les gusta más que nada pronunciar frases como ésta: "Los bolcheviques creen que la violencia es omnipotente". Esta frase no evidencia sino que la pronuncian gentes que, en el ardor de la lucha revolucionaria, cuando los aplasta por completo la violencia de la burguesía -mirad lo que ocurre en Alemania-, no saben enseñar a su proletariado la táctica de *la violencia necesaria.*

Hay condiciones ante las cuales la violencia es necesaria y útil; y hay condiciones ante las cuales la violencia no puede dar ningún resultado. Hubo ejemplos, sin embargo, de que esta diferencia no la aprendieron todos, y de eso hay que hablar. En Octubre la violencia, el derrocamiento de la burguesía por el Poder soviético, la destitución del viejo gobierno, la violencia revolucionaria tuvo un brillante resultado.

¿Por qué'? Pues porque, primero, las masas estaban organizadas en los Soviets y porque, segundo, el enemigo -la burguesía- estaba socavado, quebrantado, desmirriado, igual que un trozo de hielo carcomido por las aguas vernales, por el largo período político comprendido entre febrero y octubre, y ya no tenía fuerza alguna por dentro. Y el movimiento de Octubre, comparado aunque sólo sea con el movimiento revolucionario actual de Alemania, nos dio con suma facilidad una victoria completa y brillante de la violencia revolucionaria.

¿Se puede suponer que esa vía, esa forma de lucha, esa fácil victoria de la violencia revolucionaria sea posible sin esas condiciones?

Suponerlo así sería un craso error. Y cuanto mayores son las victorias revolucionarias, conquistadas en determinadas condiciones, tanto más frecuente es el peligro de que nos dejemos seducir por esas victorias, sin pensar con serenidad, calma y atención en las condiciones en que eso ha sido posible.

Cuando hicimos trizas, puede decirse que con tesón, al gobierno de Kerenski y al gabinete de coalición de Miliukov, agotamos las tentativas de acomodarlos en las poltronas ministeriales, haciendo todas las combinaciones posibles, y los obligamos a cambiar de carteras a diestra y siniestra, de abajo arriba y de arriba abajo, y resultó que, ocuparan la poltrona que quisieran, no concertaban en la orquesta, y entonces salieron con cajas destempladas.

¿Se parece en algo a esa situación lo que se ve ahora frente a nuestra actividad práctica con relación al imperialismo mundial? Pues claro que no.

Por eso ha sido motivo de tantas dificultados en materia de política exterior la cuestión de la paz de Brest. Lo nutrido del movimiento de las masas nos ha ayudado a superar esas dificultades.

¿Pero cuál es el origen de los errores que han hecho pensar a parte de nuestros camaradas que estamos cometiendo un crimen inaudito? Aún queda algún que otro tipo raro entre los que saben manejar la pluma y se tienen creído que representan personalmente algo, cuentan con experiencia y pueden enseñar a otros, etc., que signe machacando que eso fue un compromiso con el imperialismo alemán.

En efecto, al mismo compromiso fuimos cuando nos "conciliamos" con el zar para entrar en la repulsiva Duma reaccionaria con objeto de minarla por dentro.

¿Acaso se podía contar con el derrocamiento del imperialismo mundial por el mero empleo de la violencia sin haber desarrollado adecuadamente al proletariado de esos países imperialistas?

Si planteamos el problema de esa manera -y, como marxistas, nosotros hemos enseñado siempre que ésa es la única manera de hacerlo-, debemos reconocer que aplicar una política de violencia en esas circunstancias habría sido descabellado y absurdo de cabo a rabo, habría sido una total incomprensión de las condiciones en que la política de violencia surte efecto.

Eso lo vemos ahora. Tenemos más experiencia.

Mientras en el período de la paz de Brest nos veíamos obligados a reunir fuerzas y colocar con espantosas dificultades los cimientos del nuevo ejército, del Ejército Rojo, en el país más arruinado y torturado del mundo por la guerra, mientras íbamos colocando piedra a piedra en la primera mitad ya comienzos de la segunda mitad de 1918 los cimientos de un auténtico Ejército Rojo socialista, la descomposición interior y el creciente descontento minaban, carcomían e iban debilitando el imperialismo de otros países.

La violencia revolucionaria triunfó asimismo en Alemania cuando los largos meses de lucha quebrantaron la fuerza del imperialismo en dicho país; lo mismo se repite ahora -hasta cierto punto, no del todo- en los países de la Entente.

Un norteamericano que observó directamente con mucha atención y sin ninguna idea preconcebida lo que ocurría en los países euroccidentales, me decía hace poco: "A Francia le espera, sin duda alguna, el mayor de los desengaños, el derrumbamiento de sus ilusiones; a los franceses los mantienen con promesas, les recuerdan que han vencido". La burguesía aprovecha los viejos sentimientos patrióticos de todo el pueblo francés, el rencor por la derrota infligida a éste en el año 1870 y la indignación extrema del mismo de ver a su país desangrado, postrado y sin gente en cuatro años de guerra para encauzar dichos sentimientos hacia el chovinismo: "Hemos derrotado a los alemanes, nos llenaremos ahora los bolsillos y podremos descansar". Pero el norteamericano sereno, que mira las cosas con ojo de comerciante, dice: "Los alemanes no pagaran porque no tienen con qué".

Por eso al pueblo francés hacen promesas y le cuentan cuentos sobre la paz y sobre la victoria final e inmediata. Pero esta paz es la defraudación de todas las esperanzas de salir de este sangriento pantano con un hilo de vida, deshechos de pies y manos, pero vivos. Con el viejo capitalismo no es posible salir de esa paz, porque la guerra ha acumulado un alud tan inmenso de deudas capitalistas, una mole tan descomunal de ruinas en todo el mundo capitalista que no es posible salir de esa paz sin despeñar el alud.

Incluso quienes no son revolucionarios ni creen en la revolución, pero la temen, sin embargo la discuten en teoría; y la marcha de los acontecimientos, las consecuencias de la guerra imperialista los obligarán a convencerse de que no hay otra salida que la revolución.

Repito que a mí me ha sorprendido sobre todo cómo ha evaluado la situación el norteamericano; lo

ha hecho desde el punto de vista del comerciante que, como es natural, no ha estudiado la teoría de la lucha de las clases y la considera en su fuero interno una tontería, pero le interesan los millones y miles de millones, y, como sabe calcular, pregunta: ¿pagarán o no pagarán?, y contesta -siempre desde el punto de vista del practicismo mercantil-: "No tienen con qué pagar. ¡No se les sacará ni siquiera veinte kopeks por rublo!"

Esa es la situación en que vemos por doquier una inmensa agitación motivada en todos los países de la Entente por la simpatía que sienten los obreros a la forma soviética de poder.

En París, por ejemplo, la multitud -que tal vez sea la más sensible de las asambleas populares de los otros países, pues ha pasado por una escuela muy buena y ha hecho varias revoluciones-, esa multitud parisiense, la más sensible, que no permitirá a un orador tomar una nota falsa, para en seco ahora a quienes se atreven a hablar en contra del bolchevismo; y hace sólo unos meses, nadie podía ni siquiera insinuar ante ella que estaba con el bolchevismo sin que lo hiciera blanco de sus burlas.

Entretanto, la burguesía de París ha puesto en juego contra el bolchevismo todo su armatoste de falsedades, calumnias y engaños. Pero ya sabemos lo que significa eso, pues en 1917 los bolcheviques sufrimos la persecución de toda la prensa burguesa. Sin embargo, los señores burgueses de nuestro país calcularon mal y se pasaron de listos al pensar que iban a envolver a los bolcheviques en las redes de sus embustes y calumnias; se pasaron de listos y se excedieron tanto en sus ataques que nos hicieron la propaganda gratis y obligaron a los obreros más atrasados a pensar: "¡Cuando los capitalistas echan tantas pestes de los bolcheviques, eso quiere decir que los bolcheviques saben combatirlos!"

He ahí por qué la política que hubimos de aplicar durante el período de la paz de Brest, la paz más brutal, forzosa y humillante, resultó ser la única política acertada que se podía seguir.

Creo que no estará de más recordar otra vez esta política en los precisos momentos actuales, cuando la situación de los países de la Entente se hace parecida, cuando todos ellos se sienten arrebatados por el insano deseo de endosar a Rusia sus deudas, su miseria, su ruina, de saquear y aplastar a Rusia para desviar de este modo la creciente indignación de sus masas trabajadoras.

Si miramos serenos las cosas, habremos de decirnos con completa claridad, a menos que queramos engañarnos y engañar a otros -ocupación peligrosa para los revolucionarios-, habremos de decir que la Entente puede más que nosotros en el sentido de la fuerza militar. Pero si vernos el problema en desarrollo, diremos también con completas claridad y convicción, basada ésta no sólo en nuestras concepciones revolucionarias, sino también en nuestra experiencia, que dicho poderío de los países de la Entente no durará mucho, pues se hallan en vísperas de un gran viraje en el estado de ánimo de sus masas.

Esos países han mantenido con promesas a los obreros franceses e ingleses, diciéndoles: "Acabaremos de saquear el mundo entero, y entonces os sobrará para comer". Eso es lo que vocea toda la prensa burguesa, metiéndoselo en la cabeza a las masas atrasadas.

Es de suponer que dentro de unos meses concertarán la paz, si no se pelean en el acto entre ellos, como parece indicarlo una serie de síntomas muy graves. Pero si logran concertar la paz sin tirarse de los pelos ni agarrarse del gaznate mutuamente, esta paz será el comienzo del fin inmediato, pues no podrán pagar esas deudas inauditas ni aliviar la atroz ruina en que se encuentran, cuando en Francia la producción de trigo ha descendido en más de la mitad, el hambre llama a todas las puertas, y las fuerzas productivas han sido destruidas.

Si miramos serenamente la situación, se debe admitir que el método de apreciar las cuestiones, que ha demostrado ser tan acertado para valorar la revolución rusa, confirma cada día que se avecina la revolución mundial. Sabemos que los torrentes que se llevarán los témpanos de hielo de la Entente, del capitalismo, del imperialismo, son mayores cada día.

Por una parte, los países de la Entente son más vigorosos que nosotros; pero, por otra, en ningún caso lograrán mantenerse largo tiempo, dada su situación interior.

De esa situación se derivan complicadas tareas de política internacional, tareas que, tal vez, y es muy probable, hayamos de cumplir en los próximos días y de las que quisiera hablar más que nada, pero no conozco lo bastante en concreto, para que tengáis delante, camaradas, un cuadro claro y emotivo de la experiencia atesorada en la esfera de labor del Consejo de Comisarios del Pueblo, en la esfera de la política exterior.

Nuestra experiencia más sustancial es la paz de Brest. Eso es lo más importante del balance del Consejo de Comisarios del Pueblo en política exterior. Hemos tenido que esperar, retroceder, bordear los escollos y firmar la paz más humillante para poder así colocar los cimientos del nuevo ejército socialista. Los hemos colocado, y nuestro adversario, antes robusto y todopoderoso, está ya reducido a la impotencia.

Las cosas siguen ese derrotero en todo el mundo, y ésa es la enseñanza principal, fundamental, que se debe asimilar con la mayor solidez y esforzarse por comprender con la mayor claridad posibles para no equivocarse en los complejísimos, dificilísimos e intrincadísimos problemas de política exterior que se le plantearán un día de éstos al Consejo de Comisarios del Pueblo, al Comité Ejecutivo Central

y, en general, a todo el Poder soviético.

Con esto doy por terminado el turno de política exterior para pasar a otros problemas importantísimos.

Camaradas, en cuanto a la labor militar, hace un año, en febrero y marzo de 1918, carecíamos totalmente de ejército. Contábamos quizás con diez millones de obreros y campesinos armados, que constituían el viejo ejército, descompuesto por completo, presto y resuelto absolutamente a marcharse, a salir por pies y abandonarlo todo a costa de lo que fuera.

Eso se tenía entonces por un fenómeno exclusivamente ruso. Se creía que los rusos, a causa de la impaciencia o del poco espíritu de organización que les son propios, no podrían aguantar, y que los alemanes lo soportarían.

Eso nos decían. Pero ahora vemos, al cabo de unos meses, que a la organización del ejército alemán, infinitamente superior a la nuestra en cuanto a cultura, técnica y disciplina, en cuanto a las condiciones humanas para los enfermos y heridos, en cuanto a permisos, etc., le ha pasado lo mismo. Las masas más cultas y disciplinadas no han podido soportar la matanza, los largos años de escabechina: ha comenzado un período de descomposición absoluta, en el que el ejército alemán, tan moderno, ha flaqueado también.

Es evidente que todos los países, y no sólo Rusia, tienen un límite. Un límite diferente para los distintos países, pero límite al fin y al cabo, más allá del cual no se puede llevar la guerra en aras de los intereses de los capitalistas. Esto es lo que vemos hoy.

El imperialismo alemán se ha desenmascarado hasta el fin, poniendo al desnudo su cariz de fiera. Lo más importante es que incluso en Norteamérica y Francia, en estas decantadas democracias (de las democracias hablan por los codos los traidores al socialismo, los mencheviques y eseristas, estos pobres diablos que se dicen socialistas), en estas democracias avanzadas del mundo, en estas repúblicas, el imperialismo se hace más desfachatado cada día y salen a la luz fieras más brutales y salvajes que en ninguna otra parte. Los imperialistas saquean el mundo, se pelean entre ellos y se arman los unos contra los otros. Eso no se puede ocultar largo tiempo. Se pudo encubrir en el ardor de la guerra. Pero el ardor pasa, la paz viene, y las masas ven, precisamente en esas democracias y pese a todas las mentiras, que la guerra ha conducido a nuevos saqueos. La república más democrática no es sino un tapujo para la fiera más salvaje y cínica que está dispuesta a arruinar a centenares de millones de seres para pagar las deudas, es decir, para pagar a los señores imperialistas, a los señores capitalistas por haber hecho a los obreros la gracia de que se degüellen mutuamente, lo que está más claro cada día para las masas.

Esa es la situación que posibilita actos políticos como el artículo de un comentarista militar, publicado en el *Times* inglés, el periódico de la burguesía más rica y más experta en política, que enjuicia los acontecimientos en los siguientes términos: "Los ejércitos se desintegran en el mundo entero; sólo en un país se está formando un ejército. Este país es Rusia".

Ese es el hecho que se ve obligada a reconocer la burguesía, mucho más fuerte en el aspecto militar que el bolchevismo soviético. Con este hecho presente, enjuiciamos lo que hemos realizado en esto año de trabajo soviético.

Hemos logrado un cambio tal que, en lugar del ejército de diez millones de hombres que huía en masa, que no pudo soportar más los horrores de la guerra y que comprendía que esa guerra era criminal, ha comenzado a formarse, por centenas y centenas de millar de hombres, un ejército socialista que sabe por qué lucha y acepta mayores sacrificios y privaciones que bajo el zarismo, pues sabe que defiende su causa, su tierra, su poder en la fábrica, el poder de los trabajadores, y los trabajadores de otros países se despiertan, si bien tienen un despertar difícil y penoso.

Esa es la situación caracterizada por el año de experiencia del Poder soviético.

La guerra es de una crudeza inverosímil para la Rusia Soviética, de una crudeza inverosímil para el pueblo, que ha sufrido cuatro años los horrores de la degollina imperialista. La guerra es de una dureza inverosímil para la Rusia Soviética. Pero en estos momentos hasta los enemigos poderosos reconocen que sus ejércitos se descomponen, mientras que el nuestro se está formando. Porque, por primera vez en la historia, el ejército se forma en la afinidad, en el parentesco inquebrantable, puede afirmarse incluso que en fusión inseparable de los Soviets y el ejército. Los Soviets agrupan a todos los trabajadores y explotados, y el ejército se constituye basado en los principios de la conciencia y la defensa socialistas.

Un monarca prusiano del siglo XVIII pronunció una frase sabia: "Si nuestros soldados comprendiesen por qué combatimos, no se podría hacer ninguna guerra". Este viejo monarca prusiano no era tonto. En cuanto a nosotros, estamos dispuestos a decir hoy, comparando nuestra situación con la de ese monarca: Podemos hacer la guerra porque las masas saben por qué pelean, y quieren pelear a despecho de los inauditos sinsabores -repito, los sinsabores de la guerra abruman hoy más que con el zarismo-, sabiendo que han de hacer sacrificios exasperantes, casi superiores a sus fuerzas, para defender su causa socialista y combatir al lado de los obreros de los otros países, que se están "descomponiendo" y han comenzado a comprender nuestra situación.

Hay mentecatos que hablan a gritos del militarismo rojo; son truhanes de la política que

fingen creer esa memez y lanzan a diestra y siniestra acusaciones de ese tipo, valiéndose para ello de sus artes abogadiles de inventar falsos argumentos y despistar a las masas. También gritan los mencheviques y eseristas: "¡Ojo, que meten militarismo rojo por socialismo!"

En efecto, ¡vaya crimen tan "horrendo"! Los imperialistas del mundo entero se han lanzado a estrangular a la República de Rusia, y nosotros hemos empezado a crear un ejército que, por primera vez en la historia, sabe por qué lucha, por qué se sacrifica, y resiste airoso a un enemigo más numeroso, aproximando la revolución mundial a escala sin precedentes con cada mes de resistencia. ¡Y eso lo tachan de militarismo rojo!

Repito: o son unos mentecatos que están por debajo de toda evaluación política o unos truhanes de la política.

Todo el mundo sabe que esta guerra nos ha sido impuesta; a comienzos del año 1918 pusimos fin a la vieja guerra y no queríamos empezar otra nueva; todo el mundo sabe que los guardias blancos nos atacaron desde el Oeste, desde el Sur y desde el Este sólo merced a la ayuda de la Entente, que tiraba los millones por la ventana, reuniendo además los países avanzados las inmensas reservas de pertrechos que quedaban de la guerra imperialista y poniéndolos a disposición de los guardias blancos, porque los señores millonarios y multimillonarios saben que su suerte se decide aquí, que perecerán aquí si no nos aplastan inmediatamente.

La república socialista hace esfuerzos inauditos y sacrificios y obtiene victorias. Si hoy, al cabo de un año de guerra civil, miramos en el mapa qué territorio tenía la Rusia Soviética en marzo de 1918 y el que llegó a tener en julio de 1918, cuando los imperialistas alemanes se hallaban al Oeste en la línea marcada por el Tratado de Paz de Brest o imponían su yugo a Ucrania, mientras que al Esto, el cuerpo de ejército checoslovaco, comprado por los franceses y los ingleses, dominaba hasta Kazán y Simhirsk, y si lo comparamos con el mapa actual, veremos que nos hemos extendido de manera inaudita y que hemos obtenido victorias colosales.

Esa es la situación quo sólo truhanes políticos de lo más inicuos y viles pueden no ver para proferir palabras fuertes y acusarnos de militarismo rojo.

La historia no conoce revoluciones que, luego del triunfo, se puedan meter en un bolsillo y permitan a los revolucionarios dormirse en los laureles. Quien crea concebibles tales revoluciones, lejos de ser revolucionario, es uno de los peores enemigos de la clase obrera. Jamás hubo una revolución, ni siquiera secundaria, ni siquiera burguesa, en la que sólo se tratase del paso del poder de una minoría poseedora a otra. ¡Conocemos ejemplos! La Revolución francesa, contra la cual embistieron aliadas las viejas potencias a principios del siglo XIX para aplastarla, se llama grande precisamente porque supo poner en pie para la defensa de sus conquistas a las amplias masas populares que resistieron al mundo entero; en ello reside concretamente uno de sus mayores méritos.

La revolución se somete a las pruebas más serias en la realidad, en la lucha, en el fuego. Si uno es oprimido, explotado y piensa derrocar el poder de los explotadores, si ha decidido llevar esta causa hasta el fin, debe saber que habrá de arrostrar la acometida de los explotadores de todo el mundo; y si está dispuesto a rechazar esta acometida y hacer nuevos sacrificios para salir airoso de la lucha, será un revolucionario; en caso contrario, lo aplastarán.

Así plantea el problema la historia de todas las revoluciones.

La verdadera prueba de nuestra revolución es que, en un país atrasado, hemos sabido tomar el poder antes que otros, hemos sabido conquistar la forma soviética de gobierno, el poder de los trabajadores y explotados. ¿Podremos sostenernos en el poder al menos hasta que se pongan en movimiento las masas de los demás países? Si no sabemos hacer nuevos sacrificios ni somos capaces de sostenernos en el poder, se dirá: La revolución no ha tenido razón de ser en el plano histórico. Los demócratas de los países civilizados, armados hasta los dientes, temen, sin embargo, que en una república libre de cien millones de habitantes, como, pongamos por caso, Norteamérica, aparezca un centenar de bolcheviques: ¡son tan contagiosos! ¡Y resulta que la lucha contra un centenar de oriundos de la Rusia hambrienta y arruinada que se ponen a hablar del bolchevismo es superior a las fuerzas de los demócratas! ¡Las simpatías de las masas están con nosotros! Los burgueses no tienen más que una posibilidad de salvarse: mientras no se les caiga la espada de las manos, mientras posean los cañones, enfilarlos contra la Rusia Soviética y aplastar a ésta en unos meses, porque más tarde no habrá modo de aplastarla. Esta es la situación en que nos encontramos, esto es lo que ha determinado la política militar del Consejo de Comisarios del Pueblo durante el año transcurrido y, por tanto, al señalar los hechos y los resultados, podemos decir que si soportamos la prueba es únicamente porque los obreros y los campesinos, cansados por la guerra de manera inaudita, dando muestras de un nuevo heroísmo, crean un ejército nuevo en condiciones más dolorosas aún.

Esos son unos breves resultados de la política del Poder soviético en el terreno militar. Me permitiré decir unas palabras más sobre un punto en el que nuestra política militar se da la mano con la política en otras esferas, con la política en el terreno de la economía: hablo de los especialistas militares.

Quizás sepáis qué discusiones motivó esta cuestión y cuán a menudo camaradas que figuraban entre los más fieles y convencidos comunistas bolcheviques, protestaban acalorados contra el

aprovechamiento, para organizar el Ejército Rojo socialista, de los viejos especialistas militares, de los generales, jefes y oficiales zaristas mancillados con el servicio al zarismo y, a veces, con represiones sangrientas de obreros y campesinos.

La contradicción salta a la vista, la indignación brota aquí, puede afirmarse, por sí sola. ¿De qué manera formar un ejército socialista con ayuda de especialistas del zarismo?

Ha resultado que lo hemos formado sólo de esa manera. Y si nos paramos a pensar en la tarea que nos ha caído en suerte, no será difícil entender que sólo así podíamos formarlo. Esa obra no es sólo militar, esa tarea se nos plantea en todos los terrenos de la vida del pueblo y de la economía nacional.

Los viejos socialistas utopistas se imaginaban que el socialismo se podría construir con otros hombres, que primero formarían a hombres buenos, impecables, magníficamente instruidos y construirían con ellos el socialismo. Nosotros nos reíamos siempre y decíamos que eso era jugar a las muñecas, que eso era un entretenimiento de remilgadas señoritas del socialismo, y no política seria.

Queremos construir el socialismo con la gente educada por el capitalismo, con la gente estropeada y pervertida por el capitalismo, pero, en cambio, templada por él para la lucha. Hay proletarios de tanto temple que pueden soportar sacrificios mil veces mayores que cualquier ejército; hay decenas de millones de campesinos oprimidos, ignorantes, dispersos, pero capaces de unirse en la lucha en torno al proletariado si éste aplica una táctica acertada. Hay, además, especialistas de la ciencia y la técnica impregnados hasta la médula de espíritu contemplativo burgués; hay especialistas militares que se han formado en condiciones burguesas, y menos mal si lo han sido en condiciones burguesas y no feudales, en las del palo y del régimen de la servidumbre. En cuanto a la economía nacional, todos los agrónomos, ingenieros y maestros salían de la clase poseedora, ¡no caían del cielo! Los desposeídos, los proletarios de las fábricas y los labradores de arado de madera no podían pasar por la universidad ni bajo el zar Nicolás ni bajo el presidente republicano Wilson. La ciencia y la técnica eran para los ricos, para los poseedores, el capitalismo proporciona cultura sólo a la minoría. Y nosotros debemos construir el socialismo con esa cultura. No disponemos de otro material. Queremos construir inmediatamente el socialismo con material que nos ha dejado el capitalismo de ayer a hoy, ahora mismo, y no con hombres que se críen en invernaderos, si es que nos querernos entretener con ese cuento. Tenemos especialistas burgueses, y nada más. No tenernos otros ladrillos, no tenemos otro material con que construir. El socialismo debe vencer, y nosotros, socialistas y comunistas, debemos demostrar con hechos que somos capaces de edificar el socialismo con esos ladrillos, con ese material; que somos capaces de construir la sociedad socialista con proletarios, que gozaban en grado ínfimo de la cultura, y con especialistas burgueses.

Y si no construís la sociedad comunista con ese material, seréis gente que habla por hablar, unos charlatanes.

¡Así plantea la cuestión la herencia histórica del capitalismo mundial! ¡Esa es la dificultad que se nos planteó concretamente cuando tomarnos el poder, cuando obtuvimos la administración soviética!

Esta es una parte de la tarea, la parte mayor. La administración soviética significa que los trabajadores se han unido de manera que con el peso de su unión masiva pueden aplastar el capitalismo. Y lo han aplastado. Pero el aplastamiento del capitalismo aún no resuelve las cosas. Hay que tomar toda la cultura que dejó el capitalismo y construir el socialismo con ella. Hay que tomar toda la ciencia, la técnica, todo el saber, el arte. Sin eso no podemos edificar la vida de la sociedad comunista. Y esa ciencia, esa técnica y ese arte están en las manos y en las cabezas de los especialistas.

Así está planteada en todas las esferas la tarea, contradictoria, como contradictorio es todo el capitalismo, dificilísima, pero viable. Y no porque hayamos formado dentro de veinte años especialistas comunistas intachables: la primera generación de comunistas sin mácula ni tacha; no, perdonad, no debemos hacerlo todo dentro de veinte años, sino ahora, dentro de dos meses, para luchar contra la burguesía, contra la ciencia y la técnica burguesas de todo el mundo. Debemos vencer en esta empresa. Es difícil obligar con nuestro peso masivo a los especialistas burgueses a que nos sirvan, pero se puede; y si lo conseguimos, habremos vencido.

Cuando, hace poco, el camarada Trotski me dijo que el número de jefes y oficiales en el departamento militar era de varias decenas de miles, me hice una idea concreta de en qué consiste el secreto de la utilización de nuestro enemigo, de cómo hay que obligar a edificar el comunismo a quienes fueron sus enemigos, de cómo hay que construir el comunismo con los ladrillos que los capitalistas eligieron para utilizarlos contra nosotros. ¡Otros ladrillos no podemos conseguir! Y con esos ladrillos, bajo la dirección del proletariado, debemos obligar a los especialistas burgueses a levantar nuestro edificio. Eso es lo difícil, pero eso es también la garantía del éxito.

Claro que en este camino, nuevo y difícil, se han cometido no pocos errores, en este camino nos esperaban no pocos reveses; todos saben que un determinado número de especialistas nos hacía sistemáticamente traición; entre los especialistas de las fábricas, de la agronomía y de la administración hemos tropezado a cada paso y seguimos tropezando con una actitud perversa ante el trabajo, con un

sabotaje perverso.

Sabemos que esas dificultades son inmensas y que la violencia no basta para vencerlas... Naturalmente, no estamos en contra de la violencia; nos reímos de quienes se oponen a la dictadura del proletariado y decimos que son gente necia, incapaz de comprender que debe haber dictadura del proletariado o dictadura de la burguesía. Quien diga lo contrario o es un idiota o es tan ignorante en política que sería una vergüenza, no digo ya dejarle subir a una tribuna, sino permitirle que entre en una asamblea. O violencia contra Liebknecht y Luxemburgo, linchamiento de los mejores dirigentes de los obreros, o aplastamiento de los explotadores por la violencia, eso es lo que puede haber; y quien sueñe con un término medio es nuestro enemigo peor y más peligroso. Así está planteada ahora la cuestión. De manera que, cuando hablamos de aprovechar a los especialistas, hay que tomar en consideración la enseñanza de la política soviética en el año transcurrido; en este año hemos arrollado y vencido a los explotadores, y ahora debemos cumplir la tarea de utilizar a los especialistas burgueses. Repito que eso no puede hacerse únicamente por la violencia. En eso, además de la violencia, después de la violencia victoriosa, se necesitan la organización, la disciplina y el peso moral del proletariado triunfante, que subordina e incorpora a su labor a todos los especialistas burgueses.

Se dirá: ¡Lenin recomienda el influjo moral en lugar de la violencia! Pero sería necio imaginar que el problema de la organización de la nueva ciencia y la nueva técnica en la edificación de la sociedad comunista puede resolverse sólo por la violencia. ¡Eso es una necedad! Nosotros, como partido, como hombres que hemos aprendido algo en este año de trabajo de los Soviets, no incurriremos en esa necedad y prevendremos a las masas contra ella. La tarea de utilizar todo el mecanismo de la sociedad burguesa, de la sociedad capitalista, no sólo requiere violencia victoriosa, sino además, organización, disciplina, disciplina de camaradas entre las masas, organización de la influencia proletaria sobre el resto de la población, creación de un nuevo ambiente de masas en el que el especialista burgués vea que no tiene otra salida, que no hay vuelta a la vieja sociedad y que él puede cumplir su cometido sólo con los comunistas, los cuales están al lado, dirigen a las masas, gozan de la absoluta confianza de las masas y laboran con el fin de que los frutos de la ciencia y la técnica burguesas, los frutos del desarrollo milenario de la civilización no vayan a manos de un puñado de individuos que se aprovechen de ellos para destacarse y enriquecerse, sino a manos de todos los trabajadores sin excepción.

¡Es una tarea difícil en grado sumo, y para cumplirla íntegramente habrá que emplear decenios! Para cumplirla es preciso crear una fuerza, una disciplina, una disciplina de camaradas, una disciplina soviética, una disciplina proletaria que no sólo aplaste físicamente a los contrarrevolucionarios burgueses, sino que los abarque a todos ellos, los subordine, los encauce por nuestros rieles para servir a nuestra causa.

Repito que topamos todos los días con esta tarea en la organización del ejército y de la economía del país, en el trabajo de cada consejo de economía, en la labor de cada comité de fábrica, en el funcionamiento de cada fábrica nacionalizada. Este año apenas ha habido una semana en la que en el Consejo de Comisarios del Pueblo no se haya planteado de tal o cual forma este problema y nosotros no le hayamos buscado solución. Estoy seguro de que no ha habido en toda Rusia ni un solo comité de fábrica, ni una sola comuna agrícola, ni una sola hacienda soviética, ni una sola sección distrital agraria que en este año de labor de los Soviets no haya topado decenas de veces con este problema.

En eso está la dificultad de la tarea, pero eso mismo es lo que la hace una tarea grata de verdad, a eso es a lo que debemos dedicarnos ahora, al día siguiente de haber aplastado con la fuerza de la insurrección proletaria a los explotadores. Aplastamos su resistencia –y eso hubo que hacerlo-, pero no era eso lo único que se debía hacer, sino que también se les había de obligar, con la fuerza de la nueva organización, organización de camaradas trabajadores, a que se pusieran a nuestro servicio; había que quitarles los viejos vicios, impedirles que volvieran a su práctica explotadora. Siguen siendo los burgueses de antes, desempeñan los grados de jefes y oficiales y ejercen en los estados mayores de nuestro ejército; esos burgueses de antes que se dicen mencheviques y eseristas son ingenieros y agrónomos. La denominación no cambia la condición, son burgueses hasta la médula, de pies a cabeza, por la mentalidad y las costumbres.

¿Y vamos a tirarlos por la borda? ¡No se puede tirar por la borda a centenares de miles! Y si lo hiciésemos, nos perjudicaríamos nosotros mismos. No tenemos otro material para construir el comunismo que el creado por el capitalismo. Lo que se debe hacer no es tirarlos por la borda, sino romper su resistencia, vigilarlos a cada paso y sin hacerles ninguna concesión política, como les hacen continuamente los débiles de carácter. Los instruidos se dejan llevar por la política y la influencia de la burguesía porque adquirieron toda su cultura en el ambiente y por el ambiente burgués. Por eso tropiezan a cada paso y hacen concesiones políticas a la burguesía contrarrevolucionaria.

El comunista que dice que no se debe caer en una situación en la que se hayan de manchar las manos, que debe tener manos comunistas limpias, que edificará la sociedad comunista con manos comunistas limpias, sin utilizar a los despreciables

cooperativistas burgueses y contrarrevolucionarios, es un charlatán insulso, pues, antes al contrario, no se puede menos de utilizarlos.

La tarea práctica que se nos plantea hoy es la de poner a nuestro servicio a quienes el capitalismo educó contra nosotros, en vigilarlos cada día, en poner por encima de ellos a comisarios obreros en un ambiente de organización comunista, en poner diariamente coto a sus designios contrarrevolucionarios y aprender, al paso, de ellos.

En el mejor de los casos, nosotros poseemos los conocimientos del agitador, del propagandista, del hombre templado por la suerte de satánica dureza del obrero fabril o del campesino hambriento, esos conocimientos que enseñan a aguantar mucho y ser tenaz en la lucha, lo que nos ha venido salvando hasta la fecha; todo eso es necesario; pero no basta, con eso sólo no se puede vencer; para que la victoria sea completa y definitiva hay que tornar, además, todo lo que el capitalismo tiene de valioso, toda la ciencia y toda la cultura.

¿Y de dónde sacarlas? Pues aprendiendo de ellos, de nuestros enemigos, aprendiendo del agrónomo burgués en la sección distrital agraria nuestros campesinos avanzados, aprendiendo del ingeniero burgués nuestros obreros conscientes en sus fábricas, etc., para asimilar los frutos de su cultura.

En ese aspecto, la lucha declarada el último año en nuestro partido ha sido fructífera en grado extraordinario; ha provocado no pocos choques violentos, pero es que la lucha no transcurre sin choques violentos; en cambio, hemos adquirido experiencia práctica en un problema que nunca se nos había planteado antes, pero sin el que no se logrará construir el comunismo. El problema de unir la revolución proletaria victoriosa con la cultura burguesa, con la ciencia y la técnica burguesas, hasta ahora patrimonio de unos pocos, es un problema difícil, lo repito. Su solución depende totalmente de la organización, de la disciplina que tenga el sector de vanguardia de las masas trabajadoras. Si en Rusia no hubiera a la cabeza de millones de campesinos atrasados, ignorantes, incapaces por completo de emprender por su cuenta una obra, oprimidos durante siglos por los terratenientes, si no hubiera junto a estos campesinos un sector avanzado de obreros de la ciudad comprendidos por ellos, afines a ellos, acreedores de la confianza de ellos, en los cuales creen ellos como en gente suya, trabajadora, si no existiera esa organización capaz de aglutinar a las masas trabajadoras, de hacerles ver y explicarles la importancia que reviste el adquirir toda la cultura burguesa, de persuadirlos de que ésa es una tarea importante, la causa del comunismo estaría perdida.

Y no lo digo desde un punto de vista abstracto, sino desde el punto de vista de la experiencia diaria reunida a lo largo de todo un año. Si bien es verdad que en esta experiencia hay muchas pequeñeces, a veces tediosas y desagradables, no lo es menos que tras ellas debe verse algo más hondo y comprender que esas minucias del trabajo, los conflictos entre un comité de fábrica y un ingeniero, entre un soldado rojo y un oficial burgués, entre un campesino y un agrónomo burgués, tales conflictos, roces y nimiedades entrañan un contenido inconmensurablemente más profundo. Hemos acabado con el prejuicio de que hay que tirar a estos especialistas burgueses a la calle. Hemos tomado en nuestras manos este armatoste, que todavía marcha mal -no nos hagamos ilusiones, pues se para a cada paso, se desvía sin cesar, se mete continuamente en la cuneta y lo volvemos a sacar-, pero marcha y lo conduciremos por el buen camino. Así, y sólo así, lograremos salir de este tremedal de destrucción y terribles dificultades, ruina, salvajismo, miseria y hambre, en el que la guerra nos metió y en el que los imperialistas de todos los países se esfuerzan por atascarnos y hundirnos.

Pero ya hemos comenzado a salir. Estamos dando los primeros pasos.

Este año de labor soviética nos ha enseñado a comprender y asimilar con claridad esa tarea en cada caso concreto del trabajo en la práctica fabril y en la práctica agrícola. Constituye una conquista inmensa del Poder soviético en un año transcurrido. No lamentamos haber perdido un año en eso. No entraremos como antaño en peregrinas discusiones teóricas sobre la importancia de los especialistas burgueses y la significación de las organizaciones proletarias; aprovecharemos en todos los comités de fábrica y en todas las organizaciones agrarias cada paso de nuestra experiencia. Hemos colocado los cimientos de nuestro Ejército Rojo, contamos con una pequeña base, tenemos ya empresas nacionalizadas donde los obreros han sabido comprender sus tareas y empezado a elevar el rendimiento del trabajo con la ayuda de los especialistas burgueses que procuran volver atrás a cada paso y son obligados por las organizaciones obreras de masas a avanzar al lado del Poder soviético; ésta es la mayor conquista del Poder soviético. Esta no es una labor vistosa, no tiene nada de brillante, y es difícil de apreciarla en todo lo que vale, pero en eso mismo se deja sentir el avance de nuestro movimiento, en que de la simple tarea de aplastar simplemente a los explotadores hemos pasado a la de aprender nosotros mismos y enseñar a las masas a construir el comunismo con los ladrillos capitalistas, a obligar a los especialistas burgueses del capitalismo a trabajar para nosotros. Sólo por este camino llegaremos a la victoria. Y ahora sabemos que, marchando como lo hemos venido haciendo hasta aquí, alcanzaremos esa victoria en realidad.

Camaradas, paso ahora al último problema que quisiera tratar, aunque fuese en breve, ya que he prolongado mi discurso demasiado: me refiero al

problema de nuestra actitud ante el campo.

He venido hablando hasta aquí de nuestra labor militar, de la dictadura y del aprovechamiento de los servicios de los especialistas burgueses; en cuanto al campo, tropezamos en él con otra inmensa dificultad para construir el comunismo.

¿Qué hacer si el poder ha pasado a manos del proletariado en un país donde el proletariado de las ciudades constituye una minoría, y la mayoría son campesinos acostumbrados a trabajar solos e impregnados de esta costumbre de llevar a solas cada cual sus faenas agrícolas?

No obstante, la mayoría de estos campesinos están tan arruinados, depauperados y atormentados por el yugo de los terratenientes y los capitalistas que acuden gustosos en ayuda de los proletarios. Si el obrero de la ciudad se acerca al campesino con buenos modos y tacto, corno hacen las personas, y no como el que quiere mandar, concitando legítima aversión, si lo hace como cuadra a las personas, encontrará en él la mayor confianza de camarada y completo apoyo. Lo sabemos. En eso se sostiene el Poder soviético en el campo. El Poder soviético ha podido mantenerse sólo porque cuenta con el más sincero apoyo de la mayoría de los trabajadores. Y este apoyo nos lo prestan porque los obreros de la ciudad se pusieron en relación de mil maneras, que nosotros ni sospechamos, con los pobres del campo.

El poder del Estado, que antes entorpecía esa relación, hace ahora cuanto puede para propiciada. Merced a eso sólo se mantiene el Poder soviético, sólo en eso está la garantía de la victoria.

Las inmensas dificultades que acabo de mencionar estriban en que los campesinos están habituados a trabajar cada uno por su lado, a vender libremente su trigo, y eso les parece lo más natural. ¿Cómo no voy a poder vender mi trigo como quiera -razona el campesino-, después de haber trabajado para cosechado, con el sudor y la sangre que me ha costado'? Esto les parece un atropello a los campesinos.

Nosotros sabemos, por toda la experiencia del desarrollo de Rusia, que la libertad de comercio equivale a implantar libremente capitalistas; y la libertad de comercio en un país atormentado por el hambre, en un país donde el hambriento está dispuesto a dar lo que sea, incluso a aceptar la esclavitud, por un mendrugo de pan, la libertad de comercio cuando el país pasa hambre es tanto como dar a la minoría libertad de enriquecerse, y a la mayoría, de arruinarse.

Nosotros debemos demostrar que la primera tarea en un país atormentado por el hambre es ayudar al campesinado; pero sólo podemos ayudarle unificando su acción, uniendo a las masas, pues los campesinos viven dispersos, desunidos, y están acostumbrados a vivir y trabajar cada uno por su lado.

No hay obstáculos externos que impidan cumplir esta difícil tarea; todo lo que se debía hacer por la violencia ya está hecho; no renunciamos a la violencia, pues sabemos que entre los campesinos hay kulaks que nos oponen enérgica resistencia, llegando incluso a organizar rebeliones de guardias blancos; esto no va con toda la masa campesina. Los kulaks son una minoría, y contra ellos lo único que cabe es luchar y luchar; hay que aplastarlos, y los estarnos aplastando; pero después de cumplir victoriosamente la tarea de aplastar a los explotadores en el campo, se plantea un problema que no se puede resolver con la violencia. En este terreno, corno en todos los demás, nuestra tarea puede ser cumplida sólo organizando a las masas, ejerciendo el proletariado de la ciudad prolongada influencia educativa sobre el campesinado.

¿Podremos cumplir esa tarea? Sí; lo sabemos por experiencia; y sólo gracias a que la gran mayoría de los campesinos tienen confianza en el poder obrero, y apoyándonos en esta confianza que ellos tienen en los obreros, se pueden reforzar los cimientos del edificio que hemos comenzado a construir y que debemos seguir construyendo, pero sólo influyendo en ellos como camaradas y guardando una disciplina de camaradas.

Esa es la tarea que se nos plantea en la práctica. Cuando organizamos los comités de campesinos pobres, cuando procuramos implantar el intercambio de mercancías con el campo, no queríamos que fuesen éstas a parar a manos del campesino rico, sino, ante todo, a manos del campesino pobre, que fuese él quien obtuviese las escasas mercancías que la ciudad podía facilitarle a fin de poder nosotros, ayudando a los campesinos pobres, vencer con su ayuda a los kulaks y quitarles los excedentes de cereales.

Era dificilísimo cumplir la tarea de abastecer de pan a la población de un país inmenso, con malos medios de comunicación y con un campesinado disperso; ésta es la tarea que más nos ha dado que hacer. Recordando todas las sesiones del Consejo de Comisarios del Pueblo, puedo afirmar que no hubo ninguna otra a la que el Poder soviético dedicase con tanto ahínco sus afanes. Nuestros campesinos se hallan muy dispersos y desunidos; en ninguna parte hay tanta ignorancia como en el campo ni está tan arraigada la costumbre de trabajar cada uno por su lado; la prohibición de la venta libre del trigo tiene descontenta a la población rural, y en esas circunstancias, dicho sea de paso, aparecen, como es natural, truhanes políticos, eseristas y mencheviques de todo tipo que azuzan a los campesinos, diciéndoles: "¡Os están saqueando!"

En efecto, hay infames que después de un año de labor soviética, cuando los encargados del abastecimiento de víveres han demostrado, entre otras cosas, que en estos últimos meses hemos

enviado al campo 42.000 vagones de productos y sólo hemos recibido a cambio 39.000 vagones de cereales, hay infames, repito, que gritan a pesar de todo: "¡Campesinos, el Poder soviético os está saqueando!"

Mientras los obreros pasan apuros en las ciudades -y en ninguna otra parte hay hambre tan espantosa como en las ciudades y en las zonas no agrícolas de Rusia-; mientras los campesinos se apoderaron de todas las tierras y cereales de los terratenientes; mientras los campesinos han trabajado un masa, como sabemos, el primer año de Poder soviético para sí y no para el terrateniente ni para el comerciante, y se han alimentado mejor que antes; mientras la población urbana y de las zonas no agrícolas del país pasa hambre, y todos los capitalistas ponen su empeño en aplastarnos por el hambre; mientras ocurre todo eso hay quienes se disfrazan de mencheviques y eseristas, o se ponen otros ropajes bufonescos, y se atreven a clamar: "¡Os están saqueando!" ¡Esos son agentes del capitalismo, y como a tales, y no de otra manera, debemos tratarlos y los trataremos!

En los momentos en que la principal dificultad que el Poder soviético tiene delante es el hambre, el deber de todo ciudadano soviético es entregar a los hambrientos sus excedentes íntegros de cereales. Es tan claro, tan evidente y tan comprensible para cualquier trabajador que nadie puede objetar nada. ¡Hay que ser un embustero y un truhán político para poner en tela de juicio esta verdad tan simple, tan clara y evidente, para hacer que no se entienda o para tergiversarla!

En esa verdad se respaldan los obreros de las ciudades. Cumplen su dificilísimo cometido merced a que esa verdad es tan evidente. Los obreros venían diciendo hasta hoy a los campesinos pobres: nosotros constituimos con vosotros el verdadero puntal del Poder soviético. Para ello se crearon los comités de campesinos pobres, se organizó el intercambio de mercancías y se hizo obligatoria la obra de agrupar en las cooperativas a toda la población. Todos los decretos promulgados sobre agricultura y todos los llamamientos a los obreros de la ciudad han estado presididos por esta idea fundamental: uníos con los pobres del campo, pues de otro modo no podréis resolver el problema más importante y más difícil, es decir, el problema del pan. Y a los campesinos les hemos dicho: o bien os unís con los obreros de la ciudad, en cuyo caso triunfaremos, o bien os dejáis engañar por las promesas y moralejas de los capitalistas y sus servidores, sus lacayos vestidos de mencheviques, los cuales os dicen: "¡No dejéis que la ciudad os saquee, vended libremente! ¡El que más tiene, más gana; y si hay quien se muere de hambre, que os importa a vosotros!"; en tal caso, pereceréis vosotros mismos, os haréis esclavos del capitalista y hundiréis a la Rusia Soviética. Sólo bajo el capitalismo se razonaba así: "Yo vendo, yo gano; cada uno para sí y Dios para todos". Así razonaba el capitalismo y dio lugar a la guerra; por eso los obreros y los campesinos estaban en la miseria, mientras que una ínfima minoría llegaba a multimillonarios.

El problema es cómo abordar a los campesinos en la labor práctica, cómo organizar a los campesinos pobres y medios para combatir a cada paso su propensión a lo de antes, sus tentativas de volver al ayer, de volver al comercio libre, su anhelo constante de ser productores "libres". La palabra "libertad" es una hermosa palabra; la encontramos a cada paso: libertad de comercio, libertad de venta, libertad de venderse uno mismo, etc. Y hay mencheviques y eseristas fulleros que manipulan con la hermosa palabra "libertad" en todos sus periódicos y discursos; pero entre ellos no hay más que bellacos y prostitutas del capitalismo que tiran del pueblo hacia atrás.

Por último, el objeto principal de la preocupación y el propósito de las actividades del Consejo de Comisarios del Pueblo, lo mismo que del Consejo de Defensa, durante los últimos meses y las últimas semanas, han sido combatir el hambre.

El hambre es un tremendo azote para nosotros ahora precisamente, cuando llega la primavera, pues en la primavera nos aguarda lo más duro. Lo mismo que el año pasado, cuando el período más duro fue el final del invierno, la primavera y el comienzo del verano, este año estamos entrando ya en un período grave. Incapaces de destrozar el Poder soviético en franca lucha, los guardias blancos, los terratenientes y los capitalistas vuelven a cifrar sus mayores esperanzas en poder lograrlo con el hambre.

Los que se autodenominan mencheviques y eseristas, de derecha e izquierda, los cuales caen tan bajo que se declaran de palabra partidarios de los trabajadores, pero cuando se agrava la situación del abastecimiento de víveres y se acerca el hambre tratan de aprovecharla y azuzan a las masas populares contra el poder de los obreros y los campesinos, no comprenden tampoco que, lo mismo que el año pasado la traición del eserista de izquierda Muraviov en el Frente Oriental costó la vida a decenas de miles de obreros y campesinos en la guerra contra los guardias blancos, toda esa política, ese azuzamiento y esas tentativas de los eseristas de izquierda de aprovechar el hambre -supuestamente a favor de los obreros- son ahora una ayuda directa a los guardias blancos. Toda agitación en este sentido cuesta más miles de vidas en la guerra contra los guardias blancos. El año pasado, cuando Muraviov consumó su traición, estuvo a punto de abrir todo el frente al enemigo y nos ocasionó una serie de duras derrotas.

Por ello quisiera ante todo y sobre todo referirme brevemente a los hechos más importantes.

Si bien es cierto que nuestra situación en el abastecimiento de víveres ha vuelto a empeorar en la actualidad, lo mismo que sucedió en la primavera del año pasado, hoy tenemos no sólo fundadas esperanzas de vencer esta dificultad, sino que confiamos en salir de ella mejor que el año anterior. Esta esperanza se basa en el hecho de que, en el Este y en el Sur -los principales graneros de Rusia-, la situación ha mejorado mucho. En una serie de reuniones celebradas los últimos días en el Consejo de Defensa y el Consejo de Comisarios del Pueblo se ha puesto en claro con exactitud que en las líneas de Kazán-Sarátov y Volga-Bugulmá, así como en la de Samara hacia el Este, al otro lado del Volga, hay aproximadamente nueve millones de puds de trigo amontonado.

La enorme dificultad y el gran peligro es que nuestros ferrocarriles están en pésimo estado y hay tal escasez de locomotoras, que no tenemos la seguridad de que podamos sacar de allí todo ese cereal. Esa ha sido la principal preocupación que hemos tenido en la labor desplegada últimamente, y por eso recurrimos a una medida como la de suspender por completo el movimiento de pasajeros desde el 18 de marzo hasta el 10 de abril.

Sabemos que es una medida muy rigurosa. No faltarán agitadores que griten en apoyo ele los guardias blancos: "¡Ya lo veis, el pueblo pasa hambre y le quitan los trenos de pasajeros para que nadie pueda llevar trigo!" Hay agitadores de ésos. Pero nosotros nos decimos: pese a todas las dificultades, confiamos en la conciencia de los obreros honrados, y éstos nos apoyarán.

Según datos de los especialistas, la suspensión del movimiento de pasajeros desocupará doscientas veinte locomotoras. Estas locomotoras de trenes de pasajeros son de menos potencia que las locomotoras de trenes de mercancías, arrastran menos carga, pero hemos calculado que podrán transportar en ese plazo no menos de tres millones y medio de puds de cereales. En ese tiempo, los del saco y la gente hambrienta que viaja por el país en busca de cereal podrían, en el mejor de los casos, transportar medio millón de puds. Esta verdad puede confirmarla cualquier ferroviario de experiencia, cualquiera que haya estado en el ferrocarril del otro lado del Volga y visto el cereal amontonado, algunas veces encima de la nieve. Los sacos de cereal pueden pudrirse; el grano ya está húmedo de por sí, y la situación empeorará más aún cuando comience el deshielo de primavera. Por ello hemos recurrido a esta medida extrema, seguros de que no se puede ocultar la verdad a la gran masa de obreros, de que los agitadores eseristas de izquierda no lograrán engañarlos y de que la verdad prevalecerá.

Una medida severa, como es la suspensión del movimiento de pasajeros, puede proporcionarnos varios millones de puds de trigo. Apartando la mentira, la calumnia y las invenciones de los que sostienen que es perjudicial suspender el tránsito de pasajeros, debemos decir que, con ayuda de los obreros de Petrogrado, Moscú e Ivánovo-Voznesensk, que son enviados al Sur, esta medida nos proporcionará bastante cereal. Diré de paso que ninguna ciudad ha contribuido tanto como Petrogrado a organizar el abastecimiento de víveres; las mejores fuerzas de esta ciudad se han puesto ya en movimiento para cumplir dicho trabajo, así deben comportarse los obreros de las ciudades avanzadas.

La revolución socialista no puede hacerse sin la clase obrera; es imposible hacerla si la clase obrera no reúne las fuerzas suficientes para dirigir a las decenas de millones de aldeanos dispersos, aplastados por el capitalismo, atosigados y analfabetos. Los únicos capaces de dirigidos son los obreros avanzados. Pero nuestras mejores fuerzas están ya exhaustas, quebrantadas, extenuadas. Es preciso remplazarlas, promoviendo a obreros corrientes, a jóvenes. Es posible que cometan errores; no le hace. Lo que importa es que sean fieles a la causa obrera, que estén formados en el ambiente de la lucha proletaria.

Hemos tomado ya medidas para enviar las mejores fuerzas al ferrocarril Volga-Bugulmá. Allí ha ido el camarada Briujánov con un destacamento de obreros. También han ido a otros ferrocarriles destacamentos militares con obreros y, repito, tenemos esperanzas fundadas en recibir cereales. Nos espera un semestre duro, pero será el último, porque nuestro enemigo, lejos de fortalecerse, se va descomponiendo, pues el movimiento soviético se extiende en todos los países.

Por estas razones, y después de pensarlo bien y comprobar muchas veces los cálculos, hemos dicho que la suspensión del movimiento de pasajeros nos permitirá traer varios millones de puds de cereales y aprovechar los riquísimos graneros del Este y el Sur. En el duro semestre que nos encontramos, venceremos a nuestro principal enemigo, el hambre, y, además, estamos en mejores condiciones que el año pasado, pues disponemos de reservas.

El año pasado, el cuerpo de ejército checoslovaco llegó hasta Kazán y Simbirsk; Ucrania se hallaba bajo la bota de los alemanes; Krasnov reclutaba tropas en el Don con dinero de los alemanes, y el Sur estaba aislado de nosotros; actualmente Ucrania se está liberando de los imperialistas alemanes, que han querido llevarse a su país sesenta millones de puds de cereales, pero sólo han podido llevarse nueve millones de puds, y, con ellos, algo que no podrán digerir: el bolchevismo. Esto es lo que ha trastornado a los imperialistas alemanes, y lo mismo les sucederá a los imperialistas franceses e ingleses, si logran internarse más en Rusia.

Hoy tenemos una Ucrania soviética, y cuando se plantea el problema de abastecernos de cereal, el

Gobierno soviético de Ucrania no fijará su precio como un mercachifle, un especulador o un mujik que dice: "El hambriento me dará incluso 1.000 rublos por un pud; me río del monopolio del Estado; lo único que me interesa es enriquecerme, y cuanta más hambre pase el pueblo, tanto mejor, pues pagará más". Así razona la burguesía rural, los kulaks y los especuladores, apoyados por todos los que agitan contra el monopolio estatal del trigo, por los que propugnan la "libertad" de comercio, es decir, la libertad del mujik rico para amasan fortuna y la libertad del obrero, que nada percibe, para morirse de hambre. Pero el Gobierno ucranio ha dicho: "Nuestra primera tarea es ayudar al Norte hambriento. Ucrania no podrá sostenerse si los del Norte, atormentados por el hambre, no aguantan. Ucrania se sostendrá y triunfará con toda seguridad, si ayuda al Norte hambriento".

Las reservas de trigo en Ucrania son inmensas. No podemos transportarlas de una vez. Hemos enviado a Ucrania nuestras mejores fuerzas soviéticas, y ya hemos recibido esta respuesta unánime: "Las reservas de cereales son inmensas, pero no es posible enviarlas por falta de personal". Los alemanes han asolado Ucrania hasta el punto de que sólo ahora empieza a constituirse la administración; el caos es completo. Los peores tiempos, cuando nos hallábamos en el Smolny[106] las primeras semanas que siguieron a la Revolución de Octubre y procurábamos vencer el desbarajuste, no eran nada comparados con las dificultades que pasa ahora Ucrania. Los camaradas ucranios se quejan con amargura de que no tienen gente, de que no hay quien construya el Poder soviético, de que no disponen de una administración, porque allí no hay centros proletarios como Petrogrado o Moscú, y los existentes están ocupados por el enemigo. Kíev no es un centro proletario; la cuenca del Donets, azotada por el hambre, aún no ha sido liberada de los cosacos. Nuestros camaradas ucranios claman: "¡Obreros del Norte, acudid en nuestra ayuda!"

Por eso decirnos en nombre de los camaradas ucranios a los obreros petrogradenses, sabiendo que han hecho ya más que cualquier otra ciudad: "¡Haced un esfuerzo más!" ¡Ahora podemos y debemos ayudar a nuestros camaradas ucranios, porque deben organizar la administración pública soviética en la zona más castigada y asolada de todas, en una zona que ha sufrido y aguantado más que todas!

Tras de discutir esta situación en el Comité Central de nuestro partido, hemos encomendado, primero, hacer todo lo necesario para organizar la administración pública en Ucrania y, en cuanto esté organizada ésta, ponerse a trabajar con objeto de obtener cincuenta millones de puds de cereales para el 1 de junio.

Nada más lejos de mi intención que asegurar que esta tarea será cumplida. Todos sabemos que, asumiéramos las tareas que quisiéramos, no las hemos podido cumplir en el plazo fijado. Supongamos que cumplimos sólo una parte de esta tarea. Como quiera que sea, habréis de saber bien que cuando las cosas vengan mal dadas, cuando el hambre se acentúe cada día más en nuestro país y cuando en el Este y en el Sur funcione a pleno rendimiento el organismo ele abastecimiento, podremos recibir ayuda urgente del Sur y mejorar nuestra situación.

Además de Ucrania, tenemos otra fuente de abastecimiento de cereales: la región del Don. Las victorias del Ejército Rojo han hecho ya milagros allí. En el Don -en la guerra contra Krasnov, contra nuestro enemigo principal, contra los oficiales y los cosacos[107] que fueron sobornados al precio de millones, primero por los alemanes y luego por los ingleses y franceses, los cuales siguen ayudándoles-, nuestra situación era muy difícil hace unas semanas. Ahora, en cambio, no sólo hemos reconquistado con gran celeridad el territorio hasta Tsaritsin, sino que hemos avanzado más hacia el Sur. Las tropas de Krasnov y los contrarrevolucionarios del Don han sido aplastados, y no ha habido ayuda de los imperialistas que les valga.

¿Qué significa eso? Significa que nos hemos acercado a las fuentes de hulla y cereales, sin los cuales pereceremos, ya que por la falta de hulla se paralizan los ferrocarriles y las fábricas, y por la falta de trigo sufren el tormento del hambre los obreros de las ciudades y de las zonas no agrícolas en general*.

Las reservas de cereales, tanto en el Don como en Ucrania, son inmensas; además, no podemos decir que allí no haya administración pública; en todas las unidades militares hay células comunistas, comisarios obreros, grupos de obreros encargados del abastecimiento de víveres; la principal dificultad allí es que, al retirarse, los guardias blancos han volado los puentes, y por ello no se puede utilizar ninguna

* A continuación, en el acta taquigráfica figura el texto siguiente, no incluido en el folleto: "El Ejército Rojo cumple con su deber en condiciones extraordinariamente difíciles. En un período en que todo el mundo está agotado por la guerra, nuestro ejército se ha robustecido, en él luchan hombres que soportan una guerra mucho más dura que bajo el zar, y la soportan porque ven que, junto a cada mando militar, hay un comisario comunista, uno de los mejores obreros de Petrogrado, Moscú o Ivánovo-Voznesensk. En cada unidad militar se forman células comunistas; cada Estado Mayor se convierte en un centro de agitación y propaganda. Toda la fuerza del ejército se basa en una cosa, sólo en una cosa: en su más estrecha vinculación a los mejores obreros de Petrogrado, Moscú o Ivánovo- Voznesensk. Esto es lo que ha producido el viraje y realizado el milagro de que un ejército que huía sólo con oír la palabra "cosaco", se haya convertido en un ejército que ha tomado en pocas semanas dos líneas férreas que son las principales vías hacia el trigo y la hulla". *(N. de la Edit.}*

de las dos líneas férreas principales.

A la última sesión del Consejo de Defensa y del Consejo de Comisarios del Pueblo citamos a especialistas y les interrogamos cómo conseguir materiales para reparar las vías y poner en funcionamiento, por lo menos, una de ellas. En la última sesión del Consejo de Defensa pudimos convencernos de que, merced a una tensión inmensa de las fuerzas, no sólo se han reunido materiales, sino que, además, los camaradas de aquella zona nos han asegurado, casi nos han garantizado, que los dos ferrocarriles estarán reparados antes de que comiencen los deshielos de primavera. El restablecimiento del transporte en estas dos líneas tal vez valga muchas victorias sobre los cosacos, y eso nos permite decir: "Debemos sostenernos durante varios meses duros más, debemos poner en tensión todas las fuerzas y dejar que nos ayuden los obreros de Petrogrado, Moscú e Ivánovo-Voznesensk ", Aparte del Este, de donde es difícil traer algo, y de Ucrania, donde existen reservas inmensas, pero donde no hay administración pública, tenemos la región del Don, reconquistada por el Ejército Rojo. Por eso decimos con prudencia, sopesándolo con serenidad y contrastando todo esto con reiterados informes y noticias recogidas sobre el terreno, luego de escuchar a los especialistas en abastecimiento y en transporte ferroviario, decimos que estamos firmemente convencidos, y con fundamento, de que no sólo aguantaremos como el año pasado, sino que mejoraremos considerablemente nuestra situación.

Nuestro enemigo interior se está descomponiendo, y el exterior tampoco se sostendrá mucho tiempo. Camaradas, de ello nos ha convencido sobre todo lo que hemos oído decir a los delegados extranjeros que han llegado y con los que hemos fundado hace poco en Moscú la Internacional Comunista. En las asambleas populares de París se echa de las tribunas a los oradores que atacan al bolchevismo. ¡Sí, la victoria será nuestra! Los imperialistas podrán verter aún sangre de miles y miles de obreros, podrán asesinar a Rosa Luxemburgo, a Carlos Liebknecht y a centenares de los mejores representantes de la Internacional, podrán llenar de socialistas las cárceles de Inglaterra, Francia, Alemania e Italia. ¡Pero de nada les valdrá! ¡La victoria será nuestra! Porque, a pesar de todas las mentiras, a pesar de los torrentes de insultos e inicuas calumnias, los obreros de todos los países han comprendido lo que son los Soviets, lo que es el Poder soviético. Los capitalistas de todos los países carecen de salida. Repito que reñirán cuando firmen la paz. Francia está dispuesta a lanzarse contra Italia, pues no pueden repartirse el botín, y el Japón se arma contra Norteamérica. Han impuesto a los pueblos un tributo inaudito: los miles y miles de millones de los empréstitos de guerra. Pero los pueblos están en todas partes extenuados por la guerra, en todas partes faltan víveres y se detiene la producción, en todas partes hay hambre. La Entente, que promete ayudar a los contrarrevolucionarios a diestro y siniestro, no puede dar de comer a sus países. Las masas obreras de París, Londres y Nueva York han traducido a sus idiomas la palabra "Soviet" y la han hecho comprensible para cada obrero, pues saben que la vieja república burguesa no puede arreglar las cosas, que sólo puede arreglarlas el poder obrero.

Y si el Poder soviético se encuentra hoy en Rusia ante dificultades inmensas, la causa estriba en que sobre Rusia se ha descargado la fuerza militar de las potencias mejor armadas y más fuertes del mundo. Pese a ello, el Poder soviético de Rusia ha sabido granjearse las simpatías, la atención y el apoyo moral de los obreros del mundo entero. Basándonos en estos hechos, sin exagerarlos lo más mínimo, sin cerrar los ojos a que tanto en Alemania como en otros países corre la sangre de los obreros y perecen muchos de los mejores líderes del socialismo, torturados atrozmente -lo sabemos y no nos desentendemos de ello-, afirmamos que la victoria será nuestra, y será una victoria completa, porque los imperialistas de los otros países se tambalean, porque los obreros se recuperan ya del estado de embriaguez y de engaño, y el Poder soviético se ha ganado ya el reconocimiento de los obreros del mundo entero. En todas partes se cifran las esperanzas únicamente en la organización de los Soviets, se tiene únicamente esperanza en que los obreros tomen el poder.

Y cuando los obreros sepan que incluso los poco desarrollados, pero unidos, de su clase han tomado el poder en un país atrasado y han sabido crear una fuerza que opone resistencia a los imperialistas del mundo entero, cuando sepan que estos obreros han sabido arrancar las fábricas a los capitalistas y entregar la tierra de los latifundistas a los campesinos, cuando esta verdad impregne a las masas obreras de todos los países, podrá proclamarse una vez más a los cuatro vientos, con plena seguridad, que tenemos garantizada la victoria a escala mundial, porque la burguesía se ha tambaleado y no podrá seguir engañando a los obreros, pues el movimiento soviético ha nacido en todas partes. Y de la misma manera que el 25 de octubre de 1917 vimos nacer la República Soviética, de la misma manera que hace unos días hemos visto nacer en Moscú la III Internacional, la Internacional Comunista, no tardaremos en ver que nace la República Soviética Internacional. (*El discurso es interrumpido varias veces por clamorosos aplausos y concluye en una prolongada ovación*.)

Publicado en 1919 en folleto aparte por el Soviet de Diputados Obreros y Soldados Rojos de Petrogrado.

T. 38, págs. 39-73.

VIII CONGRESO DEL PC(b) DE RUSIA.

1. Discurso de apertura del congreso, pronunciado el 18 de marzo.

Camaradas: Las primeras palabras que se pronuncien en nuestro congreso deben ser dedicadas al camarada Yákov Mijáilovich Sverdlov. Camaradas, si Yákov Mijáilovich Sverdlov fue para todo el partido y para toda la República Soviética un organizador principalísimo, como han dicho hoy en el entierro muchos compañeros, para el congreso del partido fue algo mucho más valioso y entrañable. Hemos perdido a un camarada que consagró íntegramente sus últimos días al congreso. Su ausencia aquí repercutirá en toda la marcha de nuestra labor, y el congreso notará su falta con singular fuerza. Camaradas, propongo que honremos su memoria, poniéndonos en pie. (*Todos se ponen en pie*.)

Camaradas, iniciamos las labores de nuestro congreso del partido en un momento muy difícil, complicado y peculiar de la revolución proletaria rusa y mundial. Si en los primeros tiempos que siguieron a Octubre, las fuerzas del partido y del Poder soviético se vieron absorbidas casi totalmente por las tareas de la defensa directa, de la resistencia inmediata a los enemigos -a la burguesía interior y exterior, que no admitía siquiera la idea de que la República socialista tuviera una existencia más o menos prolongada-, nos hemos ido fortaleciendo poco a poco, a pesar de todo, y han empezado a plantearse en primer plano las tareas de fomento y organización. Creo que nuestro congreso va a transcurrir íntegramente bajo el signo de esta labor de fomento y organización. Los problemas programáticos, que ofrecen enormes dificultades en el aspecto teórico, son también, ante todo, problemas de fomento. Y el problema de organización, así como el del Ejército Rojo y, en particular, el del trabajo en el campo, que figuran de manera especial en el orden del día del congreso, requieren de nosotros que tensemos y concentremos la atención en el problema principal, que presenta las mayores dificultades, pero que constituye la tarea más grata para los socialistas: el problema de organización. Hay que recalcar aquí, en particular, que ante nosotros debe plantearse precisamente ahora una de las tareas más difíciles de la edificación comunista en un país de pequeños campesinos: *la de qué actitud adoptar frente al campesino medio.*

Camaradas, es natural que durante los primeros tiempos, cuando debíamos defender el derecho de la República Soviética a la existencia, no pudiera plantearse esta cuestión con gran amplitud ni en primer plano. La guerra implacable contra la burguesía rural y los kulaks hacía que ocupara el lugar primordial la tarea de organizar a los proletarios y semiproletarios del campo. Mas el paso inmediato de un partido que quiere sentar los firmes cimientos de la sociedad comunista consiste en resolver con acierto el problema de nuestra actitud frente al campesino medio. Esta tarea es de un orden superior. Y no podíamos plantearla en toda su amplitud hasta que no estuvieran garantizadas las bases de existencia de la República Soviética. Esta tarea es más compleja. Requiere que determinemos nuestra actitud ante un sector de la población numeroso y fuerte. Esta actitud no puede ser determinada con una respuesta simple: lucha o apoyo. Si nuestra tarea respecto a la burguesía se formula con las palabras "lucha" y "aplastamiento", si esa tarea respecto a los proletarios y semiproletarios del campo se formula con las palabras "nuestro puntal", en el caso de los campesinos medios es, indudablemente, más complicada. En este caso, los socialistas, los mejores representantes del socialismo de los viejos tiempos -cuando creían aún en la revolución y se ponían a su servicio en los terrenos teórico e ideológico-hablaban de *neutralizar al campesinado,* es decir, de hacer del campesino medio un sector social que, si no ayudaba activamente a la revolución del proletariado, al menos no la obstaculizara y se mantuviese neutral, que no se pusiera al lado de nuestros enemigos. Este planteamiento teórico, abstracto, de la tarea está claro por completo para nosotros. Pero no es suficiente. Ha comenzado una fase de la edificación socialista en la que hay que elaborar concretamente y con todo detalle las reglas e indicaciones fundamentales, comprobadas por la experiencia del trabajo en el campo, que deben servirnos de guía para *llegar a concertar una alianza sólida* con el campesino medio, para hacer imposibles las desviaciones y equivocaciones tantas veces repetidas, que lo

apartaban de nosotros, aunque, en realidad, podíamos aspirar plenamente a toda su confianza, pues nosotros, el Partido Comunista dirigente, fuimos los primeros en ayudar al campesino ruso a desembarazarse por completo del yugo de los terratenientes y fundar para él la verdadera democracia. Esta tarea no es de las que requieren un aplastamiento y una ofensiva rápidos e implacables. Es, sin duda, más compleja. Mas me permito expresar la seguridad de que, después de un año de labor previa, la cumpliremos.

Unas cuantas palabras sobre nuestra situación internacional. Camaradas, todos sabéis, naturalmente, que la fundación de la III Internacional, de la Internacional Comunista, en Moscú, es un acto de suma importancia para determinar nuestra situación internacional. Se encuentra aún frente a nosotros una ingente fuerza militar real bien pertrechada: todas las potencias más poderosas del mundo. Y, sin embargo, nos decimos con seguridad que esta fuerza, aparentemente gigantesca y mucho más poderosa que nosotros desde el punto de vista físico, se ha tambaleado. No es ya una fuerza. No hay en ella esa solidez que había antes. Por eso, nuestra tarea y nuestro objetivo -salir vencedores en la lucha contra ese gigante- no son utópicos. Por el contrario, a pesar de que ahora estamos aislados de manera artificiosa de todo el mundo, no pasa un solo día sin que los periódicos informen del ascenso del movimiento revolucionario en todos los países. Más aún: sabemos y vemos que este crecimiento adopta la forma soviética. Y en eso reside la garantía de que, al implantar el Poder soviético, hemos hallado *la forma internacional, universal, de la dictadura del proletariado.* Y estamos firmemente convencidos de que el proletariado del mundo ente ro ha emprendido el camino de esa lucha, el camino de la creación de esas formas de poder proletario -del poder de los obreros y de los trabajadores-, y de que no hay en el mundo fuerza capaz de contener la marcha de la revolución comunista mundial hacia la República Soviética mundial. (*Prolongados aplausos*.)

Camaradas, permitidme ahora que, en nombre del Comité Central del Partido Comunista de Rusia, declare abierto el VIII Congreso y pasemos a elegir la presidencia.

2. Informe del Comité Central, pronunciado el 18 de marzo.

(*Clamorosos y prolongados aplausos. Voces de "¡Viva Ilich!" "¡Viva el camarada Lenin!"*) Camaradas: Permitidme que empiece por el informe político del Comité Central. Hacer el balance de la labor política del Comité Central en el período transcurrido desde el último congreso significa, en el fondo, hacer el de toda nuestra revolución. Y creo que todos convendrán conmigo en que cumplir esta tarea en plazo tan breve no sólo es superior a las fuerzas de una sola persona, sino que, en general, no puede cumplirla una persona sola. Por eso he decidido limitarme a los puntos que, a mi juicio, tienen una importancia de singular magnitud no sólo en la historia de lo que ha tenido que hacer nuestro partido durante este período, sino también desde el punto de vista de nuestras tareas actuales. Entregarme por entero a la historia en un momento como el que vivimos, recordar lo pasado sin pensar en lo presente y en lo futuro sería para mí, he de confesarlo, algo superior a mis fuerzas.

Si empezamos por la política exterior, cae de su peso que figuran en primer término nuestra actitud ante el imperialismo alemán y la paz de Brest. Y creo que vale la pena hablar de esto, pues su importancia es no sólo histórica. Me parece que la propuesta que el Poder soviético ha hecho a las potencias aliadas o, mejor dicho, la conformidad que nuestro Gobierno ha dado a la propuesta, conocida de todos, de celebrar la Conferencia de las Islas de los Principes[108], me parece que esta propuesta y nuestra contestación reproducen en algunos aspectos, bastante importantes además, la actitud que adoptamos ante el imperialismo durante la paz de Brest. Por eso creo necesario tratar de este asunto, habida cuenta de la rapidez con que hoy transcurren los acontecimientos.

Cuando resolvíamos el problema de la paz de Brest, la estructuración de los Soviets, sin hablar ya de la del partido, se hallaba todavía en su primera etapa. Sabéis que el partido en su conjunto aún tenía muy poca experiencia por entonces para determinar, aunque fuese aproximadamente, la rapidez de nuestro avance por el camino elegido. Cierta confusión, herencia inevitable del pasado, hacía entonces dificilísima la visión de conjunto de los acontecimientos y el conocimiento exacto de lo que ocurría. Por otra parte, nuestro enorme aislamiento de Europa Occidental y de los demás países nos privaba de todo elemento objetivo para juzgar de la posible rapidez o de las formas de progreso de la revolución proletaria en Occidente. El resultado de esta compleja situación fue que el problema de la paz de Brest provocó numerosas discrepancias en nuestro partido.

Pero los acontecimientos han mostrado que este repliegue obligado ante el imperialismo alemán, que se presentaba embozado en una capa de paz en extremo violenta, escandalosa y expoliadora, era el único camino justo desde el punto de vista de la actitud de la joven República Soviética ante el imperialismo mundial (ante la mitad del imperialismo mundial). Nosotros, que acabábamos de derribar a los terratenientes y a la burguesía en Rusia, no teníamos entonces en absoluto más opción que la de replegarnos frente a las fuerzas del imperialismo mundial. Quienes condenaban este repliegue desde el punto de vista revolucionario, mantenían en realidad una opinión errónea de raíz y

no marxista. Habían olvidado en qué condiciones, después de qué largo y difícil desarrollo de la época de Kerenski y a costa de qué ingente labor preparatoria en los Soviets logramos, al fin, en octubre, tras las graves derrotas de julio y después de la korniloviada[109], que madurase por completo entre las inmensas masas trabajadoras la voluntad y la disposición de derrocar a la burguesía, así como la fuerza material organizada necesaria para ello. Es claro que por entonces no se podía ni hablar de nada semejante a escala internacional. Desde este punto de vista, la lucha contra el imperialismo mundial se planteaba así: seguir obrando para descomponer este imperialismo, educar y unir a la clase obrera, que comenzaba a agitarse en todas partes, pero que no había llegado aún a determinarse por completo en sus acciones.

Por eso, la única política justa era la que adoptamos con relación a la paz de Brest, aunque, naturalmente, esta política ahondara entonces nuestra enemistad con una serie de elementos pequeñoburgueses, que no son, ni pueden ser, ni deben ser en todas las circunstancias y en todos los países, ni mucho menos, adversarios del socialismo. La historia nos ha dado en esta esfera una lección que debemos aprender bien, pues no cabe duda de que habremos de aplicarla más de una vez. Esta lección consiste en lo siguiente: las relaciones del partido del proletariado con el partido democrático pequeñoburgués, con esos elementos, sectores, grupos y clases de fuerza y número singulares en Rusia y existentes en todos los países, constituyen un problema sumamente complejo y difícil. Los elementos pequeñoburgueses vacilan entre la vieja sociedad y la nueva. No pueden ser los propulsores ni de la vieja sociedad ni de la nueva. A la vez, son adictos de lo viejo en distinta medida que los terratenientes y la burguesía. El patriotismo es un sentimiento ligado precisamente a las condiciones económicas de vida de los pequeños propietarios. La burguesía es más internacional que los pequeños propietarios. Hemos tenido ocasión de verlo durante la conclusión de la paz de Brest, cuando el Poder soviético puso la dictadura mundial del proletariado y la revolución mundial por encima de todos los sacrificios nacionales, por muy dolorosos que fueran. Y hubimos de chocar de la manera más violenta e implacable con los elementos pequeñoburgueses. Por entonces se unieron con la burguesía y los terratenientes contra nosotros muchos de estos elementos que luego comenzaron a vacilar.

El problema de la actitud ante los partidos pequeñoburgueses, planteado aquí por algunos camaradas, se aborda en grado considerable en nuestro programa y será tratado a fondo en la discusión de cada uno de los puntos del orden del día. Este problema ha dejado de ser abstracto y general en el curso de nuestra revolución para concretarse. Durante la conclusión de la paz de Brest, nuestra tarea de internacionalistas consistía en dar a toda costa a los elementos proletarios la posibilidad de fortalecerse y cohesionarse. Eso es lo que apartó entonces de nosotros a los partidos pequeñoburgueses. Sabemos cómo, después de la revolución alemana, los elementos pequeñoburgueses comenzaron de nuevo a vacilar. Esos acontecimientos han abierto los ojos a muchos de los que, en la época en que maduraba la revolución proletaria, juzgaban las cosas desde el punto de vista del viejo patriotismo, de un modo no sólo no socialista, sino absolutamente falso. Hoy, debido a la difícil situación del abastecimiento, debido a la guerra que prosigue aún contra la Entente, vemos de nuevo una oleada de vacilaciones de la democracia pequeñoburguesa. Tuvimos ya antes que tomar en consideración estas vacilaciones, pero -y de ello se deriva para todos nosotros una oleada de colosal importancia-, las viejas situaciones no se repiten en su forma anterior. La nueva situación es más compleja. Podremos tenerla en cuenta como es debido, y nuestra política podrá ser acertada, si nos pertrechamos con la experiencia de la paz de Brest. Cuando aceptamos la propuesta de participar en la Conferencia de las Islas de los Príncipes, sabíamos que íbamos a aceptar una paz impuesta por la violencia. Pero, de otra parte, hoy también sabemos más acerca del auge de la ola proletaria revolucionaria en Europa Occidental, sabemos que la efervescencia se transforma allí en descontento consciente y conduce a la organización de un movimiento proletario mundial en pro de los Soviets. Si en aquella época avanzábamos a tientas, si tratábamos de adivinar cuándo podía estallar la revolución en Europa -lo hacíamos basándonos en nuestras convicciones teóricas de que esta revolución debía producirse-, hoy disponemos ya de una serie de hechos demostrativos de que la revolución está madurando en otros países, de que este movimiento ha comenzado. Por eso, con relación a Europa Occidental, a los países de la Entente, tenemos o tendremos que repetir mucho de lo que hicimos durante la conclusión de la paz de Brest. Después de la experiencia de Brest nos resultará mucho más fácil hacerlo. Cuando nuestro Comité Central tuvo que discutir sobre la participación en la Conferencia de las Islas de los Príncipes con los blancos -lo cual se reducía, en el fondo, a la anexión de todo el territorio ocupado por los blancos-, el problema del armisticio no suscitó ninguna protesta airada del proletariado, y la actitud del partido fue idéntica. Por lo menos, no tuve ocasión de oír hablar de descontento o indignación en ninguna parte. Ocurrió así porque nuestra lección de política internacional había dado sus frutos.

Por lo que se refiere a los elementos pequeñoburgueses, la tarea del partido aún no ha sido

cumplida definitivamente. Durante el año transcurrido hemos creado la base para cumplir con acierto esta tarea, especialmente respecto a la actitud ante el campesino medio, en toda una serie de problemas que, en realidad, son todos los que figuran, sin excepción, en el orden del día. En el plano teórico estamos de acuerdo en que el campesino medio no es enemigo nuestro, en que requiere éste una actitud especial, en que las cosas cambiarán aquí según se presenten numerosos aspectos accesorios de la revolución, en particular, según la respuesta que se dé a esta pregunta: ¿a favor del patriotismo o en contra del patriotismo? Estas preguntas tienen para nosotros una importancia secundaria e incluso de tercer orden, pero ciegan a la pequeña burguesía. De otra parte, todos esos elementos vacilan en la lucha y son unos verdaderos pusilánimes. No saben lo que quieren y son incapaces de defender su posición. Esto exige de nosotros una táctica de flexibilidad y prudencia extraordinarias, pues a veces nos vemos obligados a dar con una mano y quitar con otra. La culpa no es nuestra, sino de los elementos pequeñoburgueses que no pueden agrupar sus fuerzas. Lo vemos ahora en la práctica, y hoy, sin ir más lejos, hemos leído en los periódicos a qué aspiran ahora los independientes alemanes, que disponen de fuerzas tan grandes como Kautsky e Hilferding. Vosotros sabéis que querían incluir el sistema de los Soviets en la Constitución de la República Democrática Alemana, es decir, unir en legítimo matrimonio la "Constituyente" y la dictadura del proletariado. Eso es para nosotros una burla tal del sentido común de nuestra revolución, de la revolución alemana, de la revolución húngara y de la revolución polaca en proceso de maduración que lo único que podemos hacer es abrirnos de brazos, sorprendidos. Podemos decir que esos elementos vacilantes existen en los países más avanzados. A veces, elementos instruidos, desarrollados, cultos actúan, incluso en un país tan adelantado desde el punto de vista capitalista como Alemania, de una manera cien veces más confusa y chillona que nuestra atrasada pequeña burguesía. De ahí se deduce una enseñanza para Rusia en cuanto a los partidos pequeñoburgueses y a los campesinos medios. Nuestra tarea será largo tiempo compleja y doble. Durante mucho tiempo, esos partidos darán inevitablemente un paso adelante y dos pasos atrás, pues están condenados a ello por su situación económica, pues cuando emprendan la senda del socialismo en modo alguno será porque estén absolutamente convencidos de la inutilidad del régimen burgués. Es inútil esperar de ellos fidelidad al socialismo. Y es ridículo confiar en su socialismo. Emprenderán la senda del socialismo sólo cuando se convenzan de que no hay otro camino, cuando la burguesía sea derrotada y aplastada definitivamente.

No tengo la posibilidad de hacer un balance sistematizado de la experiencia adquirida durante el año transcurrido. He lanzado una mirada retrospectiva sólo desde el punto de vista de lo que hará falta mañana o pasado mañana para nuestra política. La enseñanza principal consiste en que debemos ser prudentísimos en nuestra actitud con los campesinos medios y la pequeña burguesía. Así lo exige la experiencia del pasado, lo hemos visto en el ejemplo de la paz de Brest. Tendremos que cambiar a menudo de conducta, cosa que podrá parecer extraña e incomprensible al observador superficial. "¿Cómo es eso? -dirá-. Ayer hacían ustedes promesas a la pequeña burguesía, y hoy anuncia Dzerzhinski que los eseristas de izquierda y los mencheviques serán puestos ante el paredón. ¡Qué contradicción!..." Sí, es una contradicción. Pero contradictoria es la conducta de la propia democracia pequeñoburguesa, que no sabe a qué carta quedarse, que prueba a nadar entre dos aguas, pasa de la una a la otra y cae ora en la derecha ora en la izquierda. Hemos cambiado de táctica con relación a ella, y toda vez que se vuelve hacia nosotros, le decimos: "¡Bienvenida!" No queremos expropiar en absoluto al campesino medio, en modo alguno queremos emplear la violencia contra la democracia pequeñoburguesa. Le decimos: "Ustedes no son un enemigo serio. Nuestro enemigo es la burguesía. Pero si actúan ustedes al lado de ella, nos veremos obligados a aplicarles también a ustedes las medidas de la dictadura del proletariado".

Pasemos ahora al problema de la construcción interior y analicemos de manera concisa lo principal que caracteriza la experiencia política, los resultados de la labor política del Comité Central durante este período. Dicha labor política del Comité Central se ha manifestado cada día en cuestiones de magna importancia. De no haber existido el intenso trabajo conjunto de que he hablado antes, no habríamos podido actuar como lo hemos hecho, no habríamos podido cumplir las tareas de combate. En lo que atañe al Ejército Rojo, que suscita ahora tales debates y al que se dedica un punto especial del orden del día del congreso, hemos adoptado gran número de pequeños acuerdos parciales planteados por el Comité Central de nuestro partido y los hemos puesto en práctica mediante el Consejo de Comisarios del Pueblo y del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia. Es mayor aún el número de importantísimos nombramientos que han hecho los comisarios del pueblo, cada uno de por sí, pero siguiendo todos ellos de manera periódica y consecuente una pauta general.

El problema de la fundación del Ejército Rojo era completamente nuevo, no se había planteado en absoluto ni siquiera en el terreno teórico. Marx dijo en alguna ocasión que fue un mérito de los federados de París haber aplicado decisiones no tomadas de ninguna doctrina preconcebida, sino dictadas por una necesidad real[110]. Estas palabras de Marx sobre los

federados tenían cierto carácter mordaz, ya que en la Comuna predominaban dos tendencias -los blanquistas y los proudhonistas[111]- y ambas tendencias tuvieron que proceder en contra de lo que les había enseñado su doctrina. Pero nosotros hemos procedido conforme a lo que nos ha enseñado el marxismo. Al mismo tiempo, la labor política del Comité Central ha estado determinada íntegramente, en sus manifestaciones concretas, por las exigencias absolutas de una necesidad urgente e imperiosa. Hemos tenido a cada momento que caminar a tientas. Este hecho lo subrayará con rigor todo historiador que sea capaz de exponer mañana toda la actividad del Comité Central del partido y del Poder soviético durante este año. Este hecho salta a la vista de manera particular cuando intentamos abarcar con una mirada todo lo vivido. Pero eso no nos hizo vacilar lo más mínimo ni siquiera el 10 de octubre de 1917, cuando se decidió la cuestión de la toma del poder. No dudábamos de que tendríamos, según la expresión del camarada Trotski, que experimentar, que hacer un experimento. Pusimos manos a una obra que jamás había emprendido antes nadie con tanta amplitud.

Lo mismo ha ocurrido con la creación del Ejército Rojo. Cuando el ejército empezó a descomponerse, después de terminada la guerra, fueron muchos los que pensaron al principio que se trataba de un fenómeno solamente ruso. Pero vemos que la revolución rusa ha sido, en el fondo, el ensayo general o uno de los ensayos de la revolución proletaria mundial. Cuando discutimos la paz de Brest, cuando a comienzos de enero de 1918 planteamos la cuestión de la paz, no sabíamos aún cuándo ni en qué otros países empezaría esta descomposición del ejército. Fuimos de experimento en experimento, intentamos formar un ejército voluntario, marchando a tientas, sondeando el terreno, probando por qué medio se podría cumplir la tarea en la situación dada. Y la tarea estaba planteada con claridad. Sin la defensa armada de la República socialista no podíamos existir. La clase dominante jamás entregará su poder a la clase oprimida. Pero esta última debe demostrar en la práctica que es capaz no sólo de derrocar a los explotadores, sino de organizarse para la autodefensa, de jugárselo todo a una carta. Hemos dicho siempre: "Hay guerras y guerras". Hemos condenado la guerra *imperialista,* pero no hemos negado *la guerra en general.* Se hicieron un lío quienes intentaron acusarnos de militarismo. Y cuando tuve que leer la información sobre la Conferencia de Berna de los amarillos, en la que Kautsky empleó la expresión de que lo que tienen los bolcheviques no es socialismo, sino militarismo, me sonreí y me abrí de brazos, sorprendido. ¡Como si hubiera habido de verdad en la historia al menos una gran revolución que no estuviera relacionada con una guerra! ¡Claro que no! Vivimos no solamente en un Estado, sino *en un sistema de Estados,* y la existencia de la República Soviética durante largo tiempo al lado de los Estados imperialistas es inconcebible. En fin de cuentas, triunfará una cosa u otra. Y mientras llega ese final, será inevitable una serie de choques de lo más terribles entre la República Soviética y los Estados burgueses. Esto significa que la clase dominante, el proletariado, si quiere dominar y llega a dominar, debe demostrarlo también con su organización militar. ¿Cómo debe esta clase, que había desempeñado hasta ahora el papel de bestia ignorante para los capitanes de la clase imperialista dominante, formar a sus capitanes, cómo debe cumplir la tarea de conjugar el entusiasmo, la nueva creación revolucionaria de los oprimidos con el aprovechamiento de la ciencia y la técnica burguesas que posee el militarismo en sus peores formas, pero sin las cuales no podrá dominar la técnica moderna ni los medios modernos de hacer la guerra?

En este terreno se nos planteó una tarea que se ha generalizado a lo largo de un año de experiencia. Cuando en el programa revolucionario de nuestro partido hablamos de los especialistas, hicimos el balance de la experiencia práctica de nuestro partido en uno de los problemas de mayor importancia. No recuerdo que los anteriores maestros del socialismo, que previeron muchísimas cosas en la venidera revolución socialista y esbozaron muchísimo de lo que habría en ella, emitieran su opinión sobre este problema. Para ellos no existía, porque no se planteó hasta que empezamos a organizar el Ejército Rojo. Esto significaba organizar de la clase oprimida, que había sido convertida en una bestia ignorante, un ejército pletórico de entusiasmo y obligar a este ejército a utilizar lo peor y más repugnante que nos ha legado el capitalismo.

Esta contradicción, que aparece ante nosotros en el problema del Ejército Rojo, existe también en todos los terrenos de nuestra obra. Tomemos el problema del que más nos hemos ocupado: el paso del control obrero a la administración obrera de la industria. Después de los decretos y disposiciones del Consejo de Comisarios del Pueblo y de los organismos locales del Poder soviético -todos ellos han creado nuestra experiencia política en este terreno-, al Comité Central no le quedaba más, hablando en propiedad, que hacer el balance. Es poco probable que pudiera dirigir, en el verdadero sentido de la palabra, en una cuestión como ésta. Bastará recordar lo flojos, espontáneos y casuales que eran nuestros primeros decretos y disposiciones acerca del control obrero en la industria. Nos parecía que era muy fácil hacer eso. En la práctica, eso condujo a demostrar la necesidad de organizar, pero no respondimos en absoluto a la pregunta de *cómo* organizar. Cada fábrica nacionalizada, cada rama de la industria nacionalizada, el transporte, en particular

el transporte ferroviario -máxima expresión del mecanismo capitalista, la obra más centralizada con base en la gran técnica material y la más indispensable para el Estado-, todo eso plasmaba la experiencia concentrada del capitalismo y nos creaba dificultades inconmensurables.

Estamos muy lejos aún de haber salido de estas dificultades. Al principio, las enfocábamos de una manera completamente abstracta, como revolucionarios que predicaban, pero que no sabían en absoluto cómo poner manos a la obra. Es claro que muchísima gente nos acusaba -y todos los socialistas y socialdemócratas siguen acusándonos- de que habíamos emprendido esta obra sin saber cómo llevarla hasta el fin. Pero ésa es una acusación ridícula de hombres muertos. ¡Como si fuera posible hacer la mayor de las revoluciones sabiendo de antemano cómo hacerla hasta el fin! ¡Como si eso pudiera aprenderse en los libros! No, sólo de la experiencia de las masas podía nacer nuestra solución. Y tengo por mérito nuestro el que, en medio de dificultades increíbles, emprendimos la solución de un problema que hasta entonces conocíamos a medias, que incorporamos a las masas proletarias a una labor independiente, que llegamos a la nacionalización de las empresas industriales, etc. Recordamos cómo aprobábamos de una vez en el Smolny diez o doce decretos en cada reunión. Aquello era una manifestación de nuestra decisión y nuestro deseo de despertar la experiencia y la actividad independientes de las masas proletarias. Ahora tenemos esa experiencia. Ahora hemos pasado del control obrero a la administración obrera de la industria o nos hemos acercado de lleno a ella. Ahora, en vez de la ineptitud absoluta, contamos con numerosas indicaciones que nos hace la experiencia y, en la medida de lo posible, las hemos resumido en nuestro programa. Habrá que hablar detenidamente de ello, al tratar los problemas de organización. No habríamos podido realizar ese trabajo si los camaradas de los sindicatos no nos hubieran ayudado ni hubieran trabajado con nosotros.

En Europa Occidental, el problema está planteado de otra manera. Allí, los camaradas ven un mal en los sindicatos, ya que los representantes amarillos del viejo socialismo se han apoderado hasta tal extremo de esos sindicatos que los comunistas ven poco provecho en su apoyo. Muchos representantes de los comunistas occidentales, incluso Rosa Luxemburgo, proclaman la disolución de los sindicatos[112]. Esto prueba hasta qué punto es más difícil nuestra tarea en Europa Occidental. En nuestro país, en cambio, no nos habríamos sostenido ni un solo mes sin el apoyo de los sindicatos. En este sentido tenemos una experiencia de ingente labor práctica que nos permite emprender la solución de problemas dificilísimos.

Tomemos el problema de los especialistas, que aparece ante nosotros a cada paso, que se plantea con motivo de cada nombramiento y que nos vemos obligados a plantear a los representantes de la economía nacional y al Comité Central del partido. En la situación actual, el Comité Central del partido no puede trabajar para guardar las formas. Si no existiera la posibilidad de designar a camaradas que actúan por su cuenta en su rama, no podríamos desplegar ninguna labor en absoluto. Gracias únicamente a que contábamos con organizadores como Yákov Sverdlov, hemos podido trabajar en la situación de guerra de tal modo que no hemos tenido ni un solo conflicto digno de atención. Y en este trabajo hemos tenido que aprovechar inevitablemente la ayuda de hombres, poseedores de conocimientos adquiridos en los viejos tiempos, que nos ofrecían sus servicios.

Tomemos, en particular, el problema de la dirección del departamento militar. Es imposible resolver este problema si no se tiene confianza en el Estado Mayor, en los grandes especialistas organizadores. Entre nosotros ha habido discrepancias accidentales con este motivo, pero en lo fundamental no podían caber dudas. Hemos recurrido a la ayuda de especialistas burgueses impregnados hasta la médula de sicología burguesa, que nos han traicionado y nos traicionarán todavía años y años. Sin embargo, plantear la cuestión en el sentido de que vamos a edificar el comunismo sólo con las manos de comunistas intachables, y no con la ayuda de especialistas burgueses, es una idea pueril. Estamos templados en la lucha, tenemos fuerzas, unidad y debemos avanzar por la vía del trabajo de organización, utilizando los conocimientos y la experiencia de esos especialistas. Sin esta condición indispensable es imposible construir el socialismo. Sin la herencia de la cultura capitalista no construiremos el socialismo. No hay de qué edificar el comunismo excepto de lo que nos ha dejado el capitalismo.

Necesitamos construir ahora en la práctica, y no hay más remedio que crear la sociedad comunista con las manos de nuestros enemigos. Esto parece una contradicción, quizá incluso una contradicción insoluble; pero, en realidad, sólo por ese camino puede cumplirse la tarea de edificar el comunismo. Y cuando observamos nuestra experiencia, el choque diario con esta cuestión; cuando vemos la labor práctica del Comité Central, me parece que nuestro partido ha cumplido, en lo fundamental, esta tarea. Se ha tropezado con dificultades colosales, pero sólo así podía ser cumplida. El trabajo de organización, creador y unánime, debe apretar de tal modo a los especialistas burgueses que les obligue a marchar en las filas del proletariado, por mucho que se resistan y por mucho que luchen a cada paso. Debemos ponerlos a trabajar, como fuerza técnica y cultural, para conservarlos y hacer de un país capitalista inculto y salvaje un país comunista culto. Y pienso

que durante este año hemos aprendido a construir, hemos emprendido el camino certero y no nos apartaremos de él.

Quisiera referirme brevemente a los problemas del abastecimiento y del campo. El problema del abastecimiento ha sido siempre para nosotros el más difícil. En un país en el que el proletariado ha tenido que tomar el poder con ayuda del campesinado, en el que ha correspondido al proletariado el papel de agente de la revolución pequeñoburguesa, nuestra revolución ha sido en grado considerable, hasta la organización de los comités de campesinos pobres, es decir, hasta el verano e incluso el otoño de 1918, una revolución *burguesa.* No tememos decirlo. Hicimos con tanta facilidad la Revolución de Octubre porque el campesinado, en su conjunto, nos seguía; porque el campesinado marchó contra los terratenientes; porque veía que en este terreno iríamos hasta el fin; porque llevamos a la práctica, en forma de leyes, lo que escribían los periódicos eseristas, lo que la cobarde pequeña burguesía prometía, pero no podía hacer. Mas, cuando empezaron a organizarse los comités de campesinos pobres, desde ese momento nuestra revolución se convirtió en una revolución *proletaria.* Se nos planteó una tarea que estamos lejos aún de haber cumplido. Pero tiene extraordinaria importancia que la hayamos abordado en la práctica. Los comités de campesinos pobres fueron un peldaño de transición. El primer decreto sobre la organización de comités de campesinos pobres por el Poder soviético se aprobó a iniciativa del camarada Tsiurupa, que estaba entonces al frente del abastecimiento. Había que salvar de la muerte a la población no agrícola, atormentada por el hambre. Eso podía hacerse únicamente mediante los comités de campesinos pobres corno organizaciones proletarias. Y cuando vimos en el verano de 1918 que en el campo empezaba la Revolución de Octubre, y ésta se produjo, sólo entonces nos asentamos en nuestra auténtica base proletaria; sólo entonces nuestra revolución *se convirtió en proletaria,* y no por las proclamas, no por las promesas y declaraciones, sino *en los hechos.*

Seguimos sin cumplir aún la tarea, planteada ante nuestro partido, de crear las formas de organización del proletariado y del semiproletariado del campo. Hace poco tuve que ir a Petrogrado y asistí a uno de los primeros congresos de obreros agrícolas de aquella provincia. Vi que seguimos abordando a tientas esta cuestión, pero creo, sin duda alguna, que se la hará avanzar. Debo decir que la experiencia principal que nos ha proporcionado la dirección política durante este año consiste en encontrar el puntal de nuestra organización. Hemos dado un paso en ese sentido al constituir los comités de campesinos pobres, elegir de nuevo los Soviets y transformar la política de abastecimiento, en la que tropezamos con dificultades increíbles. Es posible que en las regiones de Rusia que se están haciendo ahora soviéticas - Ucrania, el Don- haya que modificar esa política. Sería un error que estampáramos simplemente con un mismo cliché decretos para todos los lugares de Rusia; que los comunistas bolcheviques y los funcionarios de los Soviets de Ucrania y del Don empezaran a hacerlos extensivos a otras regiones, sin hacer diferencias. Seremos testigos de no pocas soluciones originales. No nos atamos las manos de ninguna de las maneras a un patrón monótono, no decidimos de una vez para siempre que nuestra experiencia, la experiencia de la Rusia Central, puede ser trasplantada íntegramente a todas las zonas periféricas. Acabamos de abordar la tarea de la verdadera construcción, estamos dando solamente los primeros pasos en este sentido y ante nosotros se extiende un campo de acción inabarcable.

He señalado que el primer paso decisivo del Poder soviético fue la formación de los comités de campesinos pobres. Estuvo dictado por la necesidad y lo llevaron a cabo los trabajadores de los organismos de abastecimiento. Mas, para cumplir hasta el fin nuestras tareas, no necesitamos organizaciones provisionales como los comités de campesinos pobres. Al lado de los Soviets existen las organizaciones sindicales, que utilizamos como escuela de educación de las masas atrasadas. El sector de obreros que han dirigido de hecho a Rusia durante este año y aplicado toda la política, que han constituido nuestra fuerza, este sector es increíblemente pequeño en Rusia. Nos hemos convencido de ello, lo sentimos en nuestra propia carne. Si un futuro historiador reúne algún día datos acerca de qué grupos gobernaron a Rusia durante estos 17 meses, que centenares o millares de hombres han efectuado toda esta labor, han cargado en sus espaldas con todo el peso increíble de la gobernación del país, nadie creerá que eso pudo conseguirse con una cantidad tan insignificante de fuerzas. Esta cantidad es insignificante porque en Rusia había pocos dirigentes políticos cultos, instruidos y capaces. Este sector era débil en Rusia, y durante la pasada lucha ha quedado rendido, ha trabajado demasiado, ha hecho más de lo que podía. Creo que en el presente congreso buscaremos medios prácticos para utilizar en la industria y -lo que es más importante- en el campo nuevas y nuevas fuerzas a escala masiva, para incorporar a la labor de los Soviets a los obreros y campesinos que se hallan a nivel medio e incluso por debajo de ese nivel. A nuestro juicio, sin su ayuda a escala masiva es imposible la actividad ulterior.

Como he agotado casi todo mi tiempo, quiero decir solamente unas palabras de nuestra actitud con los campesinos medios. Nuestra actitud con ellos estaba clara por principio para nosotros ya antes de que empezara la revolución. Se nos planteó la tarea de *neutralizar* al campesinado. En una reunión

celebrada en Moscú, en la que hubo que plantear el problema de la actitud ante los partidos pequeñoburgueses, cité unas palabras textuales de Engels, el cual no sólo señalaba que los campesinos medios son nuestros aliados, sino que expresada incluso la seguridad de que quizás no fuese preciso emplear la violencia ni tampoco adoptar medidas represivas contra los campesinos ricos. Esta conjetura no se ha hecho realidad en Rusia: hemos estado, estamos y estaremos en franca guerra civil con los kulaks. Eso es inevitable. Lo hemos visto en la práctica. Pero por la inexperiencia de los funcionarios de los Soviets, por las dificultades del problema, los golpes destinados a los kulaks han caído con frecuencia sobre los campesinos medios. En este terreno hemos pecado muchísimo. La experiencia adquirida al respecto nos ayudará a hacer todo lo necesario para evitarlo en lo sucesivo. He ahí la tarea que tenemos planteada, y no en teoría, sino en la práctica. Sabéis muy bien que es una tarea difícil. Carecemos de bienes que pudiéramos dar al campesino medio, y él es materialista, práctico, pide bienes materiales concretos que ahora no podemos dar y sin los cuales, probablemente, tendrá que pasarse aún el país durante meses de dura lucha, que promete ahora la plena victoria. Pero podemos hacer mucho en nuestra práctica administrativa: mejorar nuestro aparato y corregir gran cantidad de abusos. Podemos y debemos corregir y enderezar la pauta de nuestro partido, orientada en grado insuficiente al bloque, a la alianza, al acuerdo con los campesinos medios.

Esto es, en breves rasgos, lo que podía deciros ahora acerca de la labor económica y política del Comité Central durante el año transcurrido. Debo pasar ahora, del modo más sucinto, a la segunda parte de la tarea que me ha encomendado el Comité Central: el informe de organización del Comité Central. Esta tarea hubiera podido cumplirla como es debido únicamente Yákov Mijáilovich Sverdlov, que fue designado informante sobre esta cuestión por el Comité Central. Hombre de una memoria extraordinaria, inverosímil, guardaba en ella gran parte de su informe, y el conocimiento personal de la labor de organización en cada lugar le permitía hacer este informe. Yo no estoy en condiciones de sustituirle ni en una centésima parte, porque en este trabajo nos veíamos obligados a confiar por entero en él y teníamos pleno fundamento para confiar en el camarada Sverdlov, que adoptaba personalmente decisiones muy a menudo.

Puedo presentar aquí breves fragmentos de lo que está preparado por escrito de los informes. Pero el Secretariado del Comité Central, que no ha tenido la posibilidad de terminar su trabajo, ha prometido con la mayor firmeza que los informes por escrito estarán preparados en la próxima semana para la imprenta y serán reproducidos en multicopista y puestos a disposición de todos los delegados al congreso. Estos informes completarán las noticias superficiales y fragmentarias que puedo dar aquí. En la parte del informe ya escrita encontramos, sobre todo, datos referentes a los documentos recibidos: 1.483 en diciembre de 1918; 1.537 en enero de 1919; y 1.840 en febrero. Hay una clasificación de estos papeles en porcentaje, pero yo me permito no leerla. Los camaradas que tengan interés, podrán conocer por el informe que se va a repartir que en el mes de noviembre hubo, por ejemplo, cuatrocientas noventa visitas al Secretariado. Los camaradas que me han entregado este resumen dicen que no puede abarcar la mitad de lo hecho por el Secretariado, ya que el camarada Sverdlov recibía diariamente a decenas de delegados, más de la mitad de los cuales no eran, seguramente, funcionarios de los Soviets, sino del partido.

Debo atraer vuestra atención al informe referente a la actividad de la Federación de Grupos Extranjeros[113]. Conozco esta esfera de la labor, pues he tenido la posibilidad de repasar por encima lo que escriben los grupos extranjeros. Al principio eran siete, ahora son nueve. Los camaradas que vivan en localidades puramente rusas y que no hayan tenido ocasión de conocer directamente estos grupos o leer informes en los periódicos pueden repasar los extractos de prensa, que me permito no leer íntegramente. Debo decir que en esto se advierte la verdadera base de lo que hemos hecho para la III Internacional. La Tercera Internacional se ha fundado en Moscú en un breve congreso, del que os informará con detalle el camarada Zinóviev, así como de cuanto propone el Comité Central sobre todas las cuestiones relacionadas con la Internacional. Si hemos podido hacer en corto plazo tanto en el congreso de los comunistas celebrado en Moscú, ello se debe a que el Comité Central de nuestro partido y el organizador del congreso, camarada Sverdlov, han realizado un gigantesco trabajo preparatorio. Se ha hecho propaganda y agitación entre los extranjeros que se encuentran en Rusia y se han organizado numerosos grupos extranjeros. Decenas de miembros de esos grupos han sido informados de los planes fundamentales y de las tareas generales de la política en el sentido de pautas rectoras. Centenares de miles de prisioneros de guerra de los ejércitos que los imperialistas organizaron exclusivamente para sus propios fines, al trasladarse a Hungría, Alemania y Austria, han hecho que los bacilos del bolchevismo se apoderen por entero de dichos países. Y si allí predominan grupos o partidos que se solidarizan con nosotros, es gracias a la labor de los grupos extranjeros en Rusia, invisible aparentemente y sumaria y lacónica en el informe de organización; una labor que constituye una de las páginas más importantes de la actividad del Partido Comunista de Rusia como una de las células del Partido Comunista

Mundial.

En los escritos que me han entregado hay, además, datos acerca de qué organizaciones y cómo han informado al Comité Central; y en este terreno, nuestra desidia rusa se manifiesta en toda su fealdad, vergonzosa para nosotros. Se han recibido con regularidad noticias de las organizaciones de cuatro provincias; de manera irregular, de catorce provincias; y de manera casual, de dieciséis provincias. Los nombres de esas provincias figuran en una lista y me permitiréis que no los lea. Naturalmente, las condiciones de la guerra civil explican en gran parte, pero no del todo, ni mucho menos, esta extremada desorganización nuestra, esta falta extrema de organización. Y lo que menos cabe es encubrirse, defenderse y disculparse con las condiciones de la guerra civil. La labor de organización no ha sido nunca el lado fuerte de los rusos, en general, ni de los bolcheviques, en particular. Y, sin embargo, la tarea principal de la revolución proletaria es precisamente *una tarea de organización.* Por algo se ha planteado aquí en un lugar destacado el problema de organización. En este terreno hay que luchar por todos los medios, una y otra vez, con decisión y firmeza. Sin una larga educación y reeducación no lograremos nada en este terreno. Este es el terreno en el que la violencia revolucionaria, la dictadura se emplea para abusar, y yo me atrevería a poneros en guardia contra ese abuso. La violencia revolucionaria y la dictadura son cosas excelentes si se aplican cuando se debe y contra quien se debe. Pero no se pueden emplear en el terreno de la organización. No hemos cumplido en absoluto esta tarea de educación, reeducación y largo trabajo de organización y debernos abordarla con regularidad.

Tenemos aquí un balance financiero detallado. De las distintas partidas, la más importante -3 millones- corresponde a las editoriales obreras y a los periódicos: 1 millón, 1 millón y 1 millón más. A las organizaciones del partido, 2.800.000; gastos de redacción, 3.600.000. En este balance, que será reproducido y entregado a todos los delegados, hay cifras más detalladas. Por ahora, los camaradas pueden conocerlas a través de los representantes de los grupos. Permitidme que no las lea. Los camaradas que han presentado los balances han recogido en ellos lo principal y más patente, a saber: los resultados generales de la labor de propaganda en el sentido de las ediciones. La Editorial *Kommunist*[114] ha publicado 62 libros. El diario *Pravda*[115] ha dado en 1918 un beneficio neto de 2 millones y publicado 25 millones de ejemplares. El periódico *Biednotá* ha proporcionado un beneficio neto de 2.370.000 y publicado 33 millones de ejemplares. Los camaradas del Buró de Organización del Comité Central han prometido evaluar las cifras exactas de que disponen para que se puedan comparar, por lo menos, dos puntos de partida. Entonces podrá ver cada cual la gigantesca labor educativa del partido, que utiliza por vez primera en la historia la gran maquinaria moderna de imprenta capitalista no para la burguesía, sino para los obreros y los campesinos. Se nos ha acusado y se nos acusa miles y millones de veces de que violamos la libertad de prensa y abjuramos de la democracia. Los acusadores llaman democracia a que la prensa sea comprada por el capital, y los ricos puedan utilizarla para sus propios fines. Nosotros no denominamos a eso democracia, sino plutocracia. Con el fin de satisfacer las demandas políticas de los obreros y los campesinos, hemos despojado a los capitalistas de todo lo que había creado la cultura burguesa para defender a estos últimos y engañar al pueblo. Y en este sentido hemos hecho tanto como ningún partido socialista pudo hacer en un cuarto de siglo o en medio siglo. Mas, pese a todo, hemos hecho una parte inconmensurablemente pequeña de lo que se debe hacer.

Los últimos escritos que me ha entregado el Buró son las circulares. Suman catorce en total, y los camaradas que las desconocen o que las conocen poco son invitados a leerlas. En este sentido, como es natural, la actividad del Comité Central ha estado lejos de ser completa. Pero es preciso tener en cuenta que, cuando hay que trabajar en las condiciones en que lo hemos hecho nosotros, cuando hay que dar cada día directrices políticas sobre una serie de cuestiones y sólo en casos excepcionales, e incluso raros, hacerlo a través del Buró Político o del Pleno del Comité Central es imposible suponer que pudiéramos recurrir con frecuencia a las circulares políticas.

Repito que, como organismo combativo de un partido combativo, en época de guerra civil no podemos trabajar de otra manera. En caso contrario, resultarán o medias palabras o un Parlamento, y, en la época de la dictadura, con el Parlamento no se pueden ni resolver los problemas ni dirigir el partido o las organizaciones soviéticas. Camaradas, en la época en que utilizamos el mecanismo de las imprentas y la prensa burguesas, la importancia de las circulares del Comité Central ha decrecido. Enviamos únicamente las directrices que no se pueden divulgar, pues en nuestra actividad, que ha sido pública a pesar de sus colosales proporciones, ha seguido existiendo, existe y existirá, sin embargo, el trabajo clandestino. No hemos temido que se nos reproche nuestra clandestinidad y nuestro secreto; no, nos hemos enorgullecido de ello. Y al caer en una situación en la que, después de derrocar a la burguesía, nos encontramos ante la burguesía europea, en nuestras acciones ha seguido existiendo el secreto, y en nuestro trabajo ha habido clandestinidad.

Aquí, camaradas, termino mi informe. (*Aplausos*.)

3. Informe sobre el programa del partido, pronunciado el 19 de marzo.

(*Aplausos*.) Camaradas: Conforme a la distribución de temas convenida con el camarada Bujarin, me corresponde exponer el criterio de la comisión sobre toda una serie de puntos concretos, más litigiosos o de mayor interés en estos momentos para el partido.

Empezaré por hablar brevemente de los puntos que ha tratado al final de su informe el camarada Bujarin, puntos en que discrepamos en el seno de la comisión. El primero estriba en el carácter que debe tener la estructura de la parte general de nuestro programa. A mi entender, el camarada Bujarin no ha expuesto con toda exactitud las razones que han movido a la mayoría de la comisión a rechazar las tentativas de redactar el programa, tachando de él todo lo que se decía del viejo capitalismo. El camarada Bujarin se expresaba de manera que a veces se podía creer que la mayoría de la comisión temía el qué dirán, temía ser acusada de insuficiente respeto a lo viejo. No cabe duda de que, tal como se presenta, la posición de la mayoría de la comisión queda bastante ridiculizada. Pero eso está muy lejos de la verdad. La mayoría de la comisión ha rechazado esas tentativas porque entrañarían una posición errónea. No corresponderían a la verdadera situación. El imperialismo puro, sin la base fundamental del capitalismo, no ha existido nunca, no existe en parte alguna ni existirá jamás. Esto es una síntesis falsa de cuanto se ha dicho acerca de los consorcios, de los cárteles, los trusts y el capitalismo financiero, cuando este último era presentado como si estuviese privado de todas las bases que constituyen el viejo capitalismo.

Esto no es así. Sobre todo, referido a la época de la guerra imperialista y a la que sigue a la guerra imperialista. En uno de sus razonamientos sobre la guerra futura, Engels escribía ya que ésta causaría una devastación más atroz que la debida a la guerra de los Treinta Años, que la humanidad retrocedería en grado considerable al salvajismo, que nuestro artificioso mecanismo del comercio y la industria se desmoronaría[116]. Al principio de la guerra, los socialtraidores y los oportunistas se jactaban de la vitalidad del capitalismo y ridiculizaban a los "fanáticos o semianarquistas", como ellos nos llamaban. "Mirad -decían-, estos vaticinios no se han confirmado. ¡Los acontecimientos han demostrado que esto era cierto sólo con respecto a un insignificante número de países y por un período muy corto de tiempo!" Pero hoy, no sólo en Rusia y en Alemania, sino en los países vencedores también da comienzo precisamente un desmoronamiento tan gigantesco del capitalismo moderno que suprime a cada paso este mecanismo artificioso y restablece el viejo capitalismo.

Cuando el camarada Bujarin afirmaba que se podría intentar presentar un cuadro acabado del desmoronamiento del capitalismo y del imperialismo, nosotros lo rebatimos en la comisión, y yo tengo que rebatirlo también aquí: probad a hacerlo y veréis cómo no lo conseguís. El camarada Bujarin lo intentó en el seno de la comisión y tuvo que desistir él mismo. Estoy plenamente convencido de que si alguien pudiera hacerlo, sería, sobre todo, el camarada Bujarin, el cual se ha ocupado de esta cuestión larga y meticulosamente. Yo afirmo que tal intento no puede tener éxito porque el problema es erróneo. Ahora estamos viviendo en Rusia las consecuencias de la guerra imperialista y asistimos al comienzo de la dictadura del proletariado. Y al mismo tiempo, en toda una serie de regiones de Rusia, que han estado aisladas las unas de las otras más de lo que estuvieron antes, vemos a cada paso el renacimiento del capitalismo y el desarrollo de su primera fase. No es posible pasar esto por alto. Si redactáramos el programa tal como quería el camarada Bujarin, sería un programa erróneo. En el mejor de los casos, repetiría lo más afortunado que se ha dicho del capitalismo financiero y el imperialismo, pero no reflejaría la realidad, porque ésta no da ese cuadro acabado. Un programa compuesto de partes heterogéneas no es elegante (lo cual, claro está, no tiene importancia); pero un programa distinto sería simplemente un programa erróneo. De esta heterogeneidad, de la obra hecha con distintos materiales, por desagradable que ello sea, por desaliñado que parezca, no saldremos durante un período muy largo. Cuando logremos salir de ello redactaremos un nuevo programa. Poro entonces viviremos ya en la sociedad socialista. Sería ridículo pretender que las condiciones de entonces fueran las mismas de ahora.

Vivimos en una época en que ha resucitado toda una serie de los fenómenos básicos más elementales del capitalismo. Basta tomar, por ejemplo, el desbarajuste del transporte cuyos efectos sentimos tan bien, mejor dicho, tan mal, en nosotros mismos. Eso mismo ocurre también en otros países, incluso en los países vencedores. Pero ¿qué significa el desbarajuste del transporte en el sistema imperialista? El retorno a las formas más primitivas de producción mercantil. Sabemos muy bien qué significa eso de los del saco. Por lo visto, los extranjeros no comprendían hasta ahora este término. ¿Y hoy? Conversad con los camaradas que han venido al Congreso de la Tercera Internacional. Resulta que en Alemania y Suiza comienzan a aparecer términos idénticos. Ahora bien, no podréis referir esta categoría a ninguna dictadura del proletariado, sino que tendréis que volver la vista a los albores de la sociedad capitalista y de la producción mercantil.

Salir de esta triste realidad mediante la creación de un programa llano y acabado es dar un salto en el vacío, andar por las nubes, trazar un programa

erróneo. Y en modo alguno es el respeto a lo viejo, como cortésmente insinuaba el camarada Bujarin, lo que nos ha obligado a introducir en el nuevo programa pasajes del viejo. Según el camarada Bujarin, la cosa era así: el programa fue redactado en 1903 con la participación de Lenin; el programa, sin ningún género de dudas, es malo; pero como lo que más les gusta a los viejos es recordar el pasado, ocurre que, por respeto a lo viejo, se ha redactado en una época nueva un nuevo programa en el que se repite lo que está dicho en el viejo. Si así fuera, habría que reírse de gentes tan extravagantes. Pero yo afirmo que no es así. El capitalismo que se describió en 1903 continúa siendo el mismo en 1919 en la República proletaria de los Soviets, precisamente en virtud de la descomposición del imperialismo, en virtud de su bancarrota. Es el capitalismo que podemos ver, por ejemplo, en las provincias de Samara y Viatka, no muy lejos de Moscú. En tiempos en que la guerra civil desgarra al país no saldremos tan pronto de esa situación, de ese fenómeno de los del saco. Por esta razón sería erróneo redactar el programa de cualquier otra manera. Hay que decir las cosas como son: el programa debe contener lo que es absolutamente indiscutible, lo que ha sido comprobado en realidad: sólo entonces será un programa marxista.

El camarada Bujarin lo comprende bien en teoría y dice que el programa debe ser concreto. Pero una cosa es comprenderlo y otra aplicarlo en la práctica. Lo concreto en el camarada Bujarin es una exposición libresca del capitalismo financiero. En realidad vernos fenómenos heterogéneos. En cada provincia agrícola, al lado de la industria monopolizada existe la libre competencia. En ninguna parte del Inundo ha existido ni existirá el capitalismo monopolista sin la libre competencia en una serie de ramas. Escribir de semejante sistema significaría trazar un sistema irreal y falso. Si Marx decía de la manufactura que era una superestructura de la pequeña producción en masa[117], el imperialismo y el capitalismo financiero son superestructuras del viejo capitalismo. Desmoronad la cúspide y aparecerá el viejo capitalismo. Mantener el punto de vista de que existe un imperialismo puro, sin el viejo capitalismo, es pintar como querer.

En ese error natural se incurre con mucha facilidad. Si tuviéramos delante un imperialismo puro, que hubiese transformado radicalmente al capitalismo, nuestra tarea sería cien mil veces más fácil. Tendríamos un sistema en el que todo estaría subordinado únicamente al capital financiero. Entonces no nos quedaría más que quitar la cúspide y dejar el resto en manos del proletariado. Esto sería agradabilísimo, pero la realidad es otra. En realidad, el desarrollo es de tal naturaleza que nos obliga a proceder de un modo completamente distinto. *El imperialismo es una superestructura del capitalismo.* Cuando éste se desmorona, nos vemos frente a la cúspide derrumbada y a los cimientos desnudos. Por eso nuestro programa, si quiere ser exacto, debe presentar las cosas tales y como son. Tenemos el viejo capitalismo, que en una serie de ramas se ha desarrollado hasta transformarse en imperialismo. Sus tendencias son exclusivamente imperialistas. Los problemas esenciales no pueden ser examinados más que desde el punto de vista del imperialismo. No existe ninguna cuestión importante de política interior o exterior que pueda resolverse de otro modo que desde el punto de vista de esta tendencia. Por de pronto, el programa no trata de eso. En realidad, existe un inmenso subsuelo del viejo capitalismo. Existe una superestructura imperialista que ha conducido a la guerra, y de esta guerra ha surgido el comienzo de la dictadura del proletariado. De esta fase no podréis desentenderos. Este hecho caracteriza el ritmo mismo del desenvolvimiento de la revolución proletaria en todo el mundo y persistirá durante muchos años.

Es posible que las revoluciones del Occidente de Europa se realicen de manera más llana; pero, no obstante, la reorganización de todo el mundo, la reorganización de la mayoría de los países exigirá un período largo, de muchos años. Y esto quiere decir que, en el período de transición que estamos atravesando, no podemos eludir esta realidad variada. No hay manera de deshacerse de ella, compuesta como está de partes heterogéneas; por inelegante que sea, no se puede quitar nada de ahí. Un programa redactado de manera diferente de cómo está el nuestro sería erróneo.

Decimos que hemos llegado a la dictadura. Pero hay que saber *cómo* hemos llegado. El pasado nos detiene, nos sujeta con mil manos e impide dar un solo paso adelante o nos obliga a darlo tan mal como lo estamos dando. Y nosotros decimos: para comprender la situación en que nos encontramos hay que contar cómo hemos marchado, qué es lo que nos ha traído a la misma revolución socialista. Nos ha traído el imperialismo, nos ha traído el capitalismo en sus formas primarias de economía mercantil. Todo esto es necesario comprenderlo, porque únicamente teniendo en cuenta la realidad podremos resolver problemas como, por ejemplo, el de la actitud a adoptar con los campesinos medios. En efecto, ¿de dónde ha podido surgir el campesino medio en la época del capitalismo puramente imperialista? Ni siquiera en los países simplemente capitalistas existía. Si tratamos de decidir qué actitud adoptar ante este fenómeno casi medieval (ante el campesino medio), manteniéndonos exclusivamente en el punto de vista del imperialismo y de la dictadura del proletariado, no ataremos cabos, no haremos otra cosa que dar tropezones. Ahora bien, si tenemos que cambiar de actitud ante el campesino medio, tened la bondad de decir también en la parte teórica de dónde

ha salido este campesino y qué representa. Es un pequeño productor de mercancías. Este es el abecé del capitalismo que hay que enunciar, porque aún no hemos salido de este abecé. Esquivarlo y decir': "¿Para qué ocuparnos del abecé cuando hemos estudiado el capitalismo financiero?", es una falta de seriedad en grado superlativo.

Lo mismo debo decir del *problema nacional.* El camarada Bujarin también pinta en este punto como quiere. Dice que no se puede reconocer el derecho de las naciones a la autodeterminación. La nación es la burguesía con el proletariado. ¡Reconocer nosotros, los proletarios, el derecho a la autodeterminación de esa burguesía despreciable! ¡Eso es una incongruencia cabal! Perdón, pero yo afirmo que eso concuerda con la realidad. Si no se admite, lo que se hará será fantasear. Se apela al proceso de disociación que se está operando en el seno de la nación, al proceso de separación del proletariado y la burguesía. Pero aún estamos por ver cómo se producirá esta disociación.

Tomemos, por ejemplo, a Alemania, modelo de país capitalista adelantado que, en el sentido de organización del capitalismo, del capitalismo financiero, se encontraba a un nivel superior al de Norteamérica. Alemania se hallaba a un nivel inferior en muchos sentidos, en el de la técnica y la producción, en el sentido político; pero, en lo que respecta a organización del capitalismo financiero, en lo que respecta a transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, Alemania estaba por encima de Norteamérica. Un modelo, al parecer. Y ¿qué vemos allí? ¿Se ha disociado el proletariado alemán de la burguesía? ¡No! Ha habido noticia de que sólo en unas cuantas ciudades importantes la mayoría de los obreros se pronuncia contra los adeptos de Scheidernann. Pero ¿cómo ha sucedido eso? ¡Mediante la alianza de los espartaquistas con los tres veces malditos mencheviques-independientes alemanes, que todo lo embrollan y pretenden el maridaje del sistema de los Soviets con la Asamblea Constituyente! ¡Eso es lo que sucede en esa misma Alemania! Y se trata de un país adelantado.

El camarada Bujarin dice: "¿Para qué necesitamos el derecho de las naciones a la autodeterminación?" Repetiré la objeción que lo hice cuando él, en el verano de 1917, propuso desechar el programa mínimo y dejar únicamente el programa máximo[118]. Yo lo repliqué entonces: "No te ufanes al partir para la guerra; déjalo para la vuelta". Lo haremos cuando hayamos conquistado el poder y haya pasado algún tiempo. Hoy, conquistado ya el poder y transcurrido cierto tiempo, estoy de acuerdo en hacerlo. Hemos pasado de lleno a la construcción socialista, hemos repelido la primera embestida que nos amenazaba; ahora es tiempo de hacerlo. Lo mismo cabe decir en cuanto al derecho de las naciones a la autodeterminación. "Yo quiero reconocer únicamente el derecho de las clases trabajadoras a la autodeterminación", dice el camarada Bujarin. Eso significa que usted quiere reconocer lo que en realidad no se ha alcanzado en ningún país, salvo en Rusia. Es ridículo.

Véase Finlandia: país democrático, más desarrollado, más culto que el nuestro. Allí se está produciendo el proceso de separación, de disociación del proletariado, y se produce de una manera peculiar, mucho más dolorosa que en el nuestro. Los finlandeses han padecido la dictadura de Alemania, ahora padecen la de la Entente. Pero gracias a que nosotros hemos reconocido el derecho de las naciones a la autodeterminación, el proceso de disociación se ha facilitado allí. Recuerdo muy bien la escena del Smolny, cuando hube de entregar el acta a Svinhufvud[119] -traducido al ruso significa "cabeza de cerdo"- representante de la burguesía finlandesa, el cual jugó el papel de verdugo. Me estrechó la mano amablemente y cambiamos unos cumplidos. ¡Qué desagradable fue aquello! Pero había que hacerlo, porque entonces la burguesía finlandesa engañaba al pueblo, engañaba a las masas trabajadoras, diciendo que los de Moscovia, los patrioteros, los chovinistas rusos querían estrangular a los finlandeses. Era forzoso hacerlo.

¿Acaso ayer no tuvimos que hacer lo mismo con la República de Bashkiria[120]? Cuando el camarada Bujarin decía: "Se puede reconocer este derecho a algunos", pude incluso tomar nota de que en su lista figuraban los hotentotes, los bosquimanes y los hindúes. Al oír esta enumeración, pensé: ¿cómo ha podido el camarada Bujarin olvidarse de una pequeñez, de los bashkires? En Rusia no existen bosquimanes, tampoco he oído que los hotentotes hayan pretendido tener su república autónoma, pero tenemos bashkires, kirguizes y otros muchos pueblos a los que no podemos negar este derecho. No lo podemos negar a ninguno de los pueblos que viven dentro de las fronteras de lo que fue Imperio ruso. Admitamos incluso que los bashkires derrocasen a los explotadores y que nosotros les ayudásemos a hacerlo. Pero esto es posible únicamente si la revolución ha alcanzado plena madurez. Y hay que hacerlo con cautela para no frenar con nuestra intervención ese mismo proceso de disociación del proletariado que debemos acelerar. Ahora bien, ¿qué es lo que podemos hacer respecto a pueblos como los kirguizes, uzbekos, tadzhikos y turkmenos, que hasta hoy se encuentran bajo la influencia de sus mulhas? En Rusia, después de una larga experiencia con los popes, la población nos ayudó a derribarlos. Pero vosotros sabéis lo mal que hasta ahora se cumple en la práctica el decreto sobre el matrimonio civil. ¿Podemos nosotros dirigirnos a estos pueblos y decirlos: "Nosotros vamos a derrocar a vuestros explotadores"? No lo podemos hacer, porque se

encuentran dominados totalmente por sus mulhas. Es necesario esperar que se desarrolle la nación de que se trato y que el proletariado se disocie de los elementos burgueses, lo cual es inevitable.

El camarada Bujarin no quiere esperar. Se deja dominar por la impaciencia: "¿A santo de qué? -dice-. Si nosotros hemos derrocado a la burguesía y hemos instaurado el Poder soviético y la dictadura del proletariado, ¿a santo de qué vamos a proceder así?" Esto obra como un llamamiento que entusiasma, es una indicación del camino que debemos seguir; pero si en nuestro programa nos limitamos únicamente a proclamarlo, más que un programa resultará una proclama. Nosotros podemos proclamar el Poder soviético, la dictadura del proletariado y el mayor desprecio a la burguesía, que lo tiene merecido mil veces, pero nuestro programa debe recoger con precisión absoluta la realidad. Entonces será indiscutible.

Nos mantenemos en un punto de vista estrictamente de clase. Lo que consignamos en el programa es el reconocimiento de lo que se ha producido en la realidad después de la época en que escribimos sobre la autodeterminación de las naciones de una manera general. Entonces no existían aún repúblicas proletarias. Cuando han surgido, y sólo en la medida que han surgido, hemos podido escribir lo que hemos formulado en el programa: "Unión federativa de Estados, organizados según *el tipo soviético"*. El tipo soviético no son todavía los Soviets, tal como existen en Rusia, pero se está haciendo internacional. Esto es lo único que podemos decir. Ir más allá, un paso más allá, un milímetro más allá sería ya erróneo y, por ello, no nos serviría de nada para el programa.

Nosotros decimos: es necesario tener presente el escalón en que se encuentra una nación determinada en el camino que va del régimen medieval a la democracia burguesa y de ésta a la democracia proletaria. Esto es de una certidumbre absoluta. Todas las naciones tienen derecho a la autodeterminación, y en lo concerniente a los hotentotes y los bosquimanes no cabe hacer una referencia especial. La inmensa mayoría de la población de la Tierra, probablemente las nueve décimas partes, tal vez el noventa y cinco por ciento, se ajusta a esta caracterización, pues todos los países se encuentran en el camino que va del régimen medieval a la democracia burguesa o de ésta a la democracia proletaria. Es un camino inevitable por completo. No es posible decir más, porque no sería exacto, porque no correspondería a la realidad. Desechar la autodeterminación de las naciones y sustituirla por la autodeterminación de los trabajadores es totalmente erróneo, porque semejante manera de plantear las cosas no tiene en cuenta las dificultades, la vía tortuosa que sigue la disociación en el seno de las naciones. En Alemania se realiza de una manera distinta que entre nosotros: en algunos aspectos es más rápida; en otros, el camino es más lento y más cruento. En nuestro país, ningún partido ha aceptado una idea tan monstruosa como la de combinar los Soviets y la Asamblea Constituyente. Y nosotros hemos de vivir al lado de estas naciones. Los adeptos de Scheidemann dicen ya ahora de nosotros que queremos conquistar a Alemania. Esto es, desde luego, absurdo y ridículo. Pero la burguesía tiene sus intereses y su prensa que lo pregona a los cuatro vientos en centenares de millones de ejemplares, y Wilson, partiendo de sus intereses, lo apoya. Los bolcheviques, al decir de esas gentes, poseen un numeroso ejército y quieren implantar el bolchevismo en Alemania mediante la conquista. Los mejores hombres de Alemania, los espartaquistas, nos han dicho que a los obreros alemanes se les azuza contra los comunistas, diciéndoles: "¡Mirad qué mal marchan las cosas entre los bolcheviques!" Y en efecto, no podemos decir que las cosas nos vayan muy bien. El argumento que allí esgrimen nuestros enemigos para influir en las masas es el de que la revolución proletaria en Alemania entrañaría el mismo desorden que en Rusia. Nuestro desorden es una enfermedad nuestra de larga duración. Luchamos contra tremendas dificultades, al implantar en nuestro país la dictadura del proletariado. Mientras la burguesía o la pequeña burguesía, o incluso una parte de los obreros alemanes, se encuentre bajo los efectos de este espantajo: "Los bolcheviques quieren implantar por la fuerza su régimen", la fórmula "autodeterminación de los trabajadores" no mejorará la situación. Debemos plantear las cosas de modo que los socialtraidores alemanes no puedan decir que los bolcheviques imponen su sistema universal, que, según ellos, puede ser llevado a Berlín en la punta de las bayonetas de los soldados rojos. Y si negamos el principio de autodeterminación de las naciones, podrían decirlo.

Nuestro programa no debe hablar de autodeterminación de los trabajadores, porque eso es erróneo. Debe decir las cosas tal como son. Puesto que las naciones se encuentran en diferentes etapas del camino que va del régimen medieval a la democracia burguesa, y de la democracia burguesa a la proletaria, esta tesis de nuestro programa es absolutamente exacta. En este camino hemos tenido numerosos zigzags. Cada nación debe obtener el derecho a la autodeterminación, y esto contribuye a la autodeterminación de los trabajadores. En Finlandia, el proceso de separación entre el proletariado y la burguesía se está desarrollando de manera muy acusada, fuerte, profunda. Allí todo marchará, en cualquier caso, no como entre nosotros. Si nosotros dijéramos que no reconocemos a la nación finlandesa, sino únicamente a las masas trabajadoras, esto sería el mayor de los absurdos. No

se puede menos de reconocer lo que existe: la realidad se impondrá por sí misma. En los diferentes países, el deslindamiento de los campos entre el proletariado y la burguesía sigue vías peculiares. En este camino tenemos que obrar con suma prudencia. Debemos observar una prudencia especial con respecto a las diferentes naciones, porque no hay peor cosa que la desconfianza de una nación. Entre los polacos se está operando el proceso de autodeterminación del proletariado. He aquí los últimos datos sobre la composición del Soviet de diputados obreros de Varsovia: socialtraidores polacos, 333; comunistas, 297. Esto demuestra quo allí, según nuestro calendario revolucionario, ya no está lejos Octubre. Allí se está en agosto o en septiembre de 1917. Pero, primero, no existe todavía un decreto que obligue a todos los países a vivir conforme al calendario revolucionario bolchevique, y si existiese, no se cumpliría. Segundo, la mayoría de los obreros polacos, más adelantados y cultos que los nuestros, mantiene el punto de vista del socialdefensismo, del socialpatriotismo. Hay que esperar. Aquí no se puede hablar de autodeterminación de las masas trabajadoras. Debemos hacer propaganda en pro de esta disociación. Eso lo hacemos, pero no cabe la menor duda de que no se puede menos de reconocer ahora ya la autodeterminación de la nación polaca. Eso es evidente. El movimiento proletario polaco sigue el mismo rumbo que el nuestro, marcha hacia la dictadura del proletariado, pero de una manera diferente a la de Rusia. Y se intimida a los obreros, diciéndoles que los moscovitas, los rusos, que han oprimido siempre a los polacos, quieren imponer a Polonia su chovinismo ruso, enmascarado con el nombre de comunismo. No es por la violencia como se hace arraigar el comunismo. Uno de los mejores camaradas entre los comunistas polacos, cuando yo le dije: "Vosotros procederéis de otra manera", me respondió: "No, nosotros haremos lo mismo que vosotros, pero lo haremos mejor que vosotros". Contra tal argumento no he tenido absolutamente nada que objetar. Hay que concederles la posibilidad de cumplir este modesto deseo: instaurar el Poder soviético mejor que en nuestro país. No es posible dejar de tener en cuenta que allí el camino que debe seguirse tiene algunas peculiaridades, y no se puede exclamar: "¡Abajo el derecho de las naciones a la autodeterminación! Concedemos el derecho a la autodeterminación únicamente a las masas trabajadoras". Esta autodeterminación sigue una vía muy complicada y difícil. No existe en ninguna parte, excepción hecha de Rusia, y, previendo todas las fases de su desarrollo en otros países, no se debe decretar nada desde Moscú. He ahí por qué esta propuesta es inaceptable desde el punto de vista de los principios.

Paso a los otros puntos, que, conforme al plan trazado, debo tratar. He planteado en primer plano la cuestión *de los pequeños propietarios y los campesinos medios.* A este respecto, el apartado 47 dice:

"Con relación a los campesinos medios, la política del PC de Rusia consiste en incorporarlos de una manera paulatina y metódica a la construcción socialista. El partido se plantea la tarea de apartarlos de los kulaks, de atraerlos al lado de la clase obrera mediante una solicita preocupación por sus necesidades, luchando contra su atraso con medidas de influencia ideológica y nunca con medidas represivas, tratando, en todos los casos en que sean afectados sus intereses vitales, de concertar acuerdos prácticos con ellos, haciéndoles concesiones cuando se trate de determinar los métodos para llevar a cabo las transformaciones socialistas".

A mi parecer, aquí formulamos lo que los fundadores del socialismo afirmaron en reiteradas ocasiones con respecto a los campesinos medios. El único defecto de que adolece este punto es el de ser poco concreto. Es difícil que pudiéramos decir más en un programa. Pero en el congreso no cabe plantear únicamente cuestiones programáticas, debemos conceder al problema de los campesinos medios una atención redoblada, decuplicada. Obran en nuestro poder datos, según los cuales aparece claro que los levantamientos que se han producido en algunas zonas obedecen a *un plan de conjunto,* ligado evidentemente con el plan militar de los guardias blancos, que han fijado para marzo la ofensiva general y la organización de una serie de insurrecciones. La presidencia del congreso tiene un proyecto de manifiesto en nombre del mismo que será sometido a vuestro examen. Estos levantamientos muestran con claridad meridiana que los eseristas de izquierda y una parte de los mencheviques -en Briansk fueron los mencheviques quienes trabajaron en la organización del levantamiento- desempeñan el papel de agentes directos de los guardias blancos. Ofensiva general de los guardias blancos, levantamientos en el campo, interrupción del tráfico ferroviario: ¿no se conseguirá, aunque sea de este modo, derribar a los bolcheviques? Aquí es donde aparece con particular relieve, y como cuestión apremiante y vital en sumo grado, el papel de los campesinos medios. En el congreso no sólo debemos subrayar de un modo especial nuestra disposición a hacer concesiones a los campesinos medios, sino, además, acordar una serie de medidas, lo más concretas posible, que otorguen, cuando menos, algunas ventajas directas a los campesinos medios. Lo exigen imperiosamente tanto los intereses de nuestra propia conservación como los intereses de la lucha contra todos nuestros enemigos, que saben que el campesino medio vacila entre nosotros y ellos y que tratan de apartarlo de nosotros. Hoy, nuestra situación es tal que contamos con

reservas inmensas. Sabemos que tanto la revolución polaca como la húngara maduran con gran rapidez. Estas revoluciones nos darán reservas proletarias, aliviarán nuestra situación y fortalecerán de manera inconmensurable nuestra base proletaria, que en nuestro país es débil. Esto puede ocurrir en los próximos meses, pero no sabemos exactamente cuándo ocurrirá. No ignoráis que ha llegado un momento peliagudo, razón por la cual el problema de los campesinos medios adquiere una importancia práctica inmensa.

Quisiera detenerme ahora en el tema de las *cooperativas,* apartado 48 de nuestro programa. Hasta cierto punto, este apartado ha envejecido. Cuando lo redactamos en la comisión, existían en el país las cooperativas, mas no había comunas de consumidores; pero unos días después fue decretada la fusión de todos los tipos de cooperativas en una comuna de consumo única. No sé si este decreto[121] fue dado a la publicidad ni si la mayoría de los presentes lo conoce. Si no es así, mañana o pasado mañana será publicado. En este sentido, el apartado en cuestión ha envejecido ya, pero, sin embargo, opino que es necesario, puesto que todos saben de sobra que entre los decretos y su aplicación hay un gran trecho. El asunto de las cooperativas nos preocupa ya desde el mes de abril de 1918; y, si bien hemos obtenido éxitos notables, no son todavía decisivos. El agrupamiento de la población en cooperativas ha alcanzado tales proporciones que llega a abarcar en muchos distritos al 98% de los vecinos de los pueblos. Pero estas cooperativas, que existían en la sociedad capitalista, están impregnadas por completo del espíritu de la sociedad burguesa, y su dirección se halla en manos de mencheviques y eseristas, de especialistas burgueses. Aún no hemos sido capaces de someterlas a nuestra influencia, y en este aspecto el problema está sin resolver. Nuestro decreto marca un paso adelante en el sentido de la creación de las comunas de consumo; prescribe para toda Rusia la fusión de los diferentes tipos de cooperativas. Pero incluso este decreto, aun cuando logremos aplicarlo en su integridad, mantendría en el seno de la futura comuna de consumo la sección autónoma de las cooperativas obreras, porque los representantes de las cooperativas obreras que conocen prácticamente este asunto nos han asegurado y demostrado que estas cooperativas, como organización más desarrollada, deben seguir subsistiendo, ya que su obra es imprescindible. En el partido hemos tenido no pocas divergencias y discusiones a propósito de las cooperativas; ha habido roces entre los bolcheviques que trabajan en las cooperativas y los que trabajan en los Soviets. Desde el punto de vista de los principios, yo creo que esta cuestión debe ser resuelta, sin duda alguna, en el sentido de que este mecanismo, el único que el capitalismo había preparado en las masas, el único que mantiene su actividad entre las masas campesinas, las que permanecen aún en la fase del capitalismo primitivo, debe ser conservado a toda costa, debe ser desarrollado y, en todo caso, no debe ser desechado. La tarea es difícil, porque en la mayoría de los casos las cooperativas están dirigidas por especialistas burgueses que resultan ser muy a menudo verdaderos guardias blancos. Esto explica el odio que se les tiene, odio legítimo, y explica la lucha entablada contra ellos. Pero esta lucha hay que llevarla, naturalmente, con habilidad: *hay que poner coto a las tentativas contrarrevolucionarias de los cooperadores, pero la lucha no debe ir dirigida contra el mecanismo cooperativista.* Debemos someter este mecanismo a nuestra influencia, eliminando a esos cooperadores contrarrevolucionarios. Aquí el problema es idéntico al de los especialistas burgueses, que es otra cuestión a la que deseo referirme.

El problema de *los especialistas burgueses* origina no pocos roces y discrepancias. Entre las preguntas que me hicieron por escrito durante el discurso que pronuncié hace poco en el Soviet de Petrogrado, varias se referían a los sueldos. Se me preguntaba: ¿Es posible, acaso, en una República socialista pagar sueldos hasta de 3.000 rublos? En realidad, hemos incluido esta cuestión en el programa porque el descontento que ha originado ha ido bastante lejos. El problema de los especialistas burgueses está planteado en el ejército, en la industria, en las cooperativas, en todas partes. Es un problema muy importante en el período de transición del capitalismo al comunismo. Podremos construir el comunismo únicamente cuando, mediante los recursos que nos brindan la ciencia y la técnica burguesas, lo hagamos más accesible a las masas. No existe otra manera de construir la sociedad comunista. Y para construirla de esta manera hay que adoptar el mecanismo creado por la burguesía, incorporar al trabajo a todos estos especialistas. En el programa hemos desarrollado expresamente esta cuestión en forma detallada, con el fin de que se resuelva de un modo radical. Conocemos perfectamente lo que significa el atraso cultural de Rusia y qué es lo que esta incultura hace con el Poder soviético, que, en principio, ha creado una democracia proletaria incomparablemente más elevada, que ha dado un modelo de esta democracia para todo el mundo; sabemos cómo esta incultura menoscaba el Poder soviético y reproduce la burocracia. De palabra, la administración soviética es accesible a todos los trabajadores; pero en la práctica, como todos sabemos, dista mucho de serlo. Y no porque lo impidan las leyes, como ocurría bajo el régimen burgués; por el contrario, nuestras leyes lo favorecen, pero las leyes solas no bastan. Es precisa una ingente labor educativa, cultural y de organización, que no puede hacerse por medio de la

ley, con rapidez, sino que exige un esfuerzo inmenso y prolongado. Este congreso debe resolver con entera precisión el problema de los especialistas burgueses. Y esta solución permitirá a los camaradas, que, indudablemente, están pendientes de los trabajos del congreso, apoyarse en su autoridad y ver qué dificultades encontramos en el camino. Ayudará a los camaradas, que tropiezan a cada paso con este problema, a tomar parte, cuando menos, en el trabajo de propaganda.

Los camaradas que representaban a los espartaquistas en el congreso, aquí en Moscú, nos han contado que en la Alemania occidental, donde está más desarrollada la industria, donde es mayor la influencia de los espartaquistas entre los obreros, aunque los espartaquistas no han triunfado aún allí, los ingenieros y directores de muchísimas de las empresas más importantes se acercaban a éstos y les decían: "Estaremos con vosotros". En nuestro país no ha habido tal cosa. Es evidente que el nivel cultural más elevado de los obreros, una mayor proletarización del personal técnico y posiblemente toda una serie de otras causas que no conocemos hayan creado allí relaciones algo diferentes de las nuestras.

En todo caso, esto es uno de los mayores obstáculos que se oponen a nuestro avance. Necesitamos ahora mismo, sin esperar la ayuda de los demás países, sin demoras, urgentemente, elevar las fuerzas productivas. Y no lo podemos hacer sin recurrir a los especialistas burgueses. Hay que decido de una vez para siempre. Es claro que la mayoría de estos especialistas está impregnada hasta la médula de concepciones burguesas. Es preciso rodearlos de una atmósfera de colaboración amistosa, de comisarios obreros, de células comunistas; es preciso colocarlos en una situación en la que no puedan eludir el control, pero hay que darles la posibilidad de trabajar en mejores condiciones que bajo el capitalismo, puesto que este sector social, educado por la burguesía, no trabajara en otras condiciones. No es posible hacer trabajar a la fuerza a todo un sector social; lo hemos experimentado bien en la práctica. Es posible impedirles que participen activamente en la contrarrevolución, intimidados de manera que no se atrevan a prestar oídos a los llamamientos de los guardias blancos. En este sentido los bolcheviques obramos con energía. Podemos hacerlo y lo hacemos en el grado debido. Todos hemos aprendido a hacerlo. Pero no es posible obligar por este procedimiento a trabajar a todo un sector de la población. Estas gentes están habituadas a un trabajo de difusión de la cultura; la han impulsado en el marco del régimen burgués, es decir, han enriquecido a la burguesía con inmensas adquisiciones materiales, mientras que al proletariado la han llevado en proporciones insignificantes; no obstante, han impulsado la cultura, ya que ésta es su profesión. Y a medida que observan que la clase obrera destaca de su seno sectores organizados y avanzados que no sólo aprecian la cultura, sino que también contribuyen a hacerla extensiva a las masas, cambian de actitud con nosotros. Cuando un médico ve que en la lucha contra las epidemias el proletariado despierta la iniciativa de los trabajadores, adopta con nosotros una actitud totalmente diferente. En nuestro país existen numerosos médicos, ingenieros, agrónomos y cooperadores de formación burguesa, y cuando vean en la práctica que el proletariado incorpora a esta obra a masas cada vez mayores, serán vencidos *moralmente,* y no sólo separados de la burguesía en el terreno político. Nuestra tarea será entonces más fácil. Entonces ellos mismos se incorporarán a nuestro mecanismo y se convertirán en una parte del mismo. Para eso es preciso hacer algunos sacrificios. Gastar en eso aunque sean dos mil millones de rublos es una bagatela. Sería pueril temer este sacrificio, pues significaría no comprender las tareas que tenemos planteadas.

La desorganización del transporte, la desorganización de la industria y de la agricultura minan la existencia misma de la República Soviética. En este terreno debernos adoptar las medidas más enérgicas, que pongan en la máxima tensión todas las fuerzas del país. No debemos seguir respecto a los especialistas una política de fastidiarlos por pequeñas faltas. Estos especialistas no son lacayos de los explotadores, son hombres cultos que, en la sociedad burguesa, servían a la burguesía y de ellos decían los socialistas de todo el mundo que en la sociedad proletaria nos servirían a *nosotros.* En este periodo de transición debemos facilitarles, dentro de lo posible, las mejores condiciones de existencia. Esta será la política más acertada, la manera más económica de administrar. De lo contrario, por haber economizado algunos centenares de millones de rublos, podemos perder tanto que no recuperaremos lo perdido ni con miles de millones.

Durante una conversación sobre los sueldos, el Comisario del Pueblo del Trabajo, camarada Shmidt, nos señalaba los hechos siguientes. En la nivelación de los sueldos, decía, hemos hecho lo que en ninguna parte ha hecho ni ha podido hacer durante decenas de años ningún país burgués. Veamos los sueldos de antes de la guerra: el peón cobraba un rublo por día, o sea, 25 rublos al mes, mientras que el especialista cobraba 500 rublos al mes, sin hablar ya de quienes recibían centenares de miles de rublos. El especialista percibía veinte veces más que el obrero. En nuestra escala actual, los sueldos oscilan entre 600 y 3.000 rublos, de forma que la diferencia es sólo del quíntuplo. Hemos hecho mucho en el terreno de la nivelación. Es cierto que a los especialistas les pagamos hoy algo de más, pero pagarles de más por sus provechosas enseñanzas no sólo merece la pena,

sino que es una obligación y una necesidad desde el punto de vista teórico. A mi entender, el programa expone en una forma bastante detallada esta cuestión. Es necesario hacer gran hincapié en ella. Hay que resolverla aquí, y no sólo como cuestión de principio, sino hacer las cosas de manera que todos los congresistas, una vez estén en sus localidades, logren con sus informes ante las organizaciones, así como con toda su actividad, que esto se lleve a la práctica.

Hemos conseguido ya que entre la intelectualidad vacilante se produzca un viraje muy considerable. Si ayer hablábamos de legalizar los partidos pequeñoburgueses, y hoy encarcelamos a los mencheviques y eseristas, eso quiere decir que procedemos en estas oscilaciones conforme a un sistema perfectamente determinado. A través de estas oscilaciones, la línea es siempre una y de lo más inflexible: *liquidar la contrarrevolución y utilizar el aparato cultural burgués.* Los mencheviques son los peores enemigos del socialismo, porque se visten con ropaje proletario, siendo un sector no proletario. En este sector sólo existe una delgada capa en la superficie que pertenece al proletariado, mientras que el sector mismo está compuesto de pequeños intelectuales. Este sector se está pasando a nuestro lado. Lo incorporaremos en su totalidad, como sector social. Cada vez que vienen a nosotros, les decirnos: "Bienvenidos". En cada una de estas oscilaciones, parte de ellos se adhiere a nosotros. Eso les pasó a los mencheviques, a los partidarios de *Nóvaya Zhizn*[122] y a los eseristas, y esto mismo les pasará a todos estos elementos vacilantes, que aún obstaculizarán largo tiempo nuestros pasos, lloriquearán y se pasarán de un campo a otro; con ellos no se puede hacer nada. Pero nosotros, a través de todas estas vacilaciones, conseguiremos que los sectores de intelectuales cultos engrosen las filas de los colaboradores soviéticos y prescindiremos de los elementos que continúen apoyando a los guardias blancos.

Otro de los problemas que, según el reparto convenido de temas, me incumbe tratar, es *el de la burocracia y el de la incorporación de las grandes masas a la labor de los Soviets.* Hace tiempo que se oyen quejas, indudablemente fundadas, contra la burocracia. Y hemos hecho en la lucha contra ella lo que ningún otro Estado. Hemos extirpado de raíz el cuerpo administrativo, esencialmente burocrático y de opresión burguesa, cuerpo que sigue siendo así incluso en las repúblicas burguesas más libres. Tomemos, por ejemplo, los órganos de la justicia. Aquí, por cierto, la tarea era más fácil: no había que crear un nuevo cuerpo, ya que todos pueden ejercer esta función, apoyándose en el concepto de justicia revolucionaria de las clases trabajadoras. Nos falta mucho todavía para coronar la obra, pero en toda una serie de aspectos hemos transformado la justicia en lo que debe ser. Hemos creado órganos judiciales cuyas funciones pueden ser ejercidas no sólo por todos los hombres sin excepción, sino incluso por todas las mujeres, las cuales constituyen el elemento de la población que se encuentra en estado de máximo atraso y estancamiento.

Los funcionarios de otras ramas de la administración tienen más apego a la rutina burocrática. Aquí la tarea es más ardua. No podemos prescindir de este personal, puesto que todas las ramas de la administración tienen necesidad de él. Aquí sufrimos las consecuencias de que Rusia fuese un país de insuficiente desarrollo capitalista. Es probable que en Alemania esto sea más fácil, porque su burocracia ha cursado una mejor escuela, en la que se exprime todo el jugo, pero donde se obliga a trabajar y no a calentar los asientos, como sucede en nuestras oficinas. Hemos disuelto a este personal burocrático anticuado, lo hemos removido y luego hemos comenzado a colocar en otros puestos a quienes lo integraban. Los burócratas zaristas han comenzado a pasar a las oficinas de los órganos soviéticos, en los que introducen sus hábitos burocráticos, se encubren con el disfraz de comunistas y, para asegurar un mayor éxito en su carrera, se procuran carnets del PC de Rusia. ¡De modo que después de ser echarlos por la puerta, se meten por la ventana! Aquí es donde se deja sentir más la escasez de elementos cultos. A estos burócratas podríamos dejarlos cesantes, pero no es posible reeducarlos de golpe y porrazo. Lo que aquí se nos plantea, ante todo, son problemas de organización, problemas de tipo cultural y educativo.

Sólo cuando toda la población participe en la administración del país se podrá luchar hasta el fin contra la burocracia y vencerla totalmente. En las repúblicas burguesas no sólo es imposible hacerlo: *la ley misma lo impide.* Las mejores repúblicas burguesas, por más democráticas que sean, impiden mediante innumerables trabas legislativas la participación de los trabajadores en la administración. Hemos hecho todo lo necesario por suprimir estas trabas, pero hasta hoy no hemos podido lograr que las masas trabajadoras puedan participar en la administración: además de las leyes, existe el problema del nivel cultural, que no puede ser sometido a ninguna ley. Este bajo nivel cultural hace que los Soviets, siendo por su programa órganos de administración ejercida *por los trabajadores,* sean en la práctica órganos de administración *para los trabajadores* ejercida por el sector avanzado del proletariado, y no por las masas trabajadoras.

En este aspecto tenemos planteada una tarea que no puede ser llevada a cabo más que con un largo trabajo de educación. En el presente, esta tarea ofrece para nosotros dificultades inmensas, porque, como ya he tenido ocasión de señalar más de una vez, el sector de obreros que gobiernan es excesivamente, increíblemente *escaso.* Debemos obtener refuerzos. Según todos los indicios, estas reservas aumentan en

el interior del país. La inmensa sed de conocimientos y el magno éxito en el terreno de la instrucción, conseguido las más de las veces por vía extraescolar, es un adelanto gigantesco e indudable en la instrucción de las masas trabajadoras. Estos éxitos no encajan en ningún marco escolar, pero son prodigiosos. Todos los síntomas nos hacen creer que en un futuro próximo podremos disponer de una reserva inmensa que vendrá a remplazar a los representantes de este pequeño sector del proletariado, exhausto de tanto trabajar. Pero, como quiera que sea, en los momentos actuales nuestra situación es a este respecto muy difícil. La burocracia ha sido vencida. Los explotadores han sido eliminados. Pero el nivel cultural no se ha elevado, razón por la cual los burócratas ocupan sus antiguos puestos. Se les puede hacer perder terreno únicamente mediante la organización del proletariado y de los campesinos a una escala considerablemente mayor que hasta ahora, a la par con la aplicación efectiva de medidas tendentes a incorporar a los obreros a la administración pública. Conocéis estas medidas en lo que se refiere a cada Comisariado del Pueblo, y no me detendré en pormenores.

El último punto que me resta por examinar es el que respecta *al papel dirigente del proletariado y a la privación del derecho electoral.* Nuestra Constitución reconoce la preeminencia del proletariado sobre los campesinos y priva del derecho electoral a los explotadores, preciso punto contra el que más han dirigido sus ataques los demócratas puros de Europa Occidental. Nosotros les hemos respondido y les respondemos que se han olvidado de las tesis más fundamentales del marxismo, de que lo que ellos tienen es la democracia burguesa, mientras que nosotros hemos pasado a la democracia *proletaria.* No hay en el mundo un solo país que haya hecho tan siquiera la décima parte de lo que ha hecho la República Soviética en los pasados meses para incorporar a los obreros y campesinos pobres a la gestión pública. Esto es una verdad absoluta. Nadie podrá negar que para la verdadera democracia, y no para la ficticia, para incorporar a los obreros y campesinos a la vida pública hemos hecho lo que no han hecho ni pudieron hacer en centenares de años las mejores repúblicas democráticas. Esto ha determinado la importancia de los Soviets; gracias a ello, los Soviets se han convertido en una consigna del proletariado de todos los países.

Pero eso no nos libra en lo más mínimo del obstáculo que supone la escasa cultura de las masas. En modo alguno interpretamos la privación de los derechos electorales a la burguesía desde un punto de vista absoluto, porque es perfectamente admisible en el terreno teórico que la dictadura del proletariado irá aplastando a la burguesía a cada paso, sin privarla, no obstante, de los derechos electorales. Desde el punto de vista teórico, esto se concibe plenamente, y de ahí que tampoco propongamos nuestra Constitución como un modelo para otros países. Decimos únicamente que quien concibe la transición al socialismo sin el aplastamiento de la burguesía no es socialista. Pero si es indispensable aplastar a la burguesía como clase, no es imprescindible privarla de los derechos electorales ni de la igualdad. No queremos la libertad para la burguesía, no reconocemos la igualdad entre explotadores y explotados, pero interpretamos en el programa esta cuestión de manera que la Constitución no prescribe en absoluto medidas como la desigualdad entre obreros y campesinos. La Constitución las ha consignado *después* de haber sido aplicadas en la práctica. Ni siquiera han sido los bolcheviques quienes han redactado la Constitución soviética; la redactaron los mencheviques y eseristas contra sí mismos antes de la revolución bolchevique. Y la redactaron tal y como lo dictaba la vida misma. La organización del proletariado se ha llevado a cabo a ritmo mucho más rápido que la organización de los campesinos, lo que ha hecho de los obreros el puntal de la revolución y les ha dado en la práctica una ventaja. La tarea siguiente consiste en ir pasando poco a poco a la nivelación de estas ventajas. Nadie, ni antes de la Revolución de Octubre, ni después de ella, ha expulsado a la burguesía de los Soviets. *Los ha abandonado ella misma.*

Así están las cosas en cuanto a los derechos electorales de la burguesía. Nuestra tarea consiste en plantear este problema con toda claridad. En modo alguno nos disculpamos por nuestra conducta; lo que hacemos es presentar los hechos tales y como son. Como hemos señalado, nuestra Constitución se vio obligada a consignar esta desigualdad, porque el nivel cultural es bajo, porque nuestra organización es débil. Pero no hacemos de esto un ideal, sino que, por el contrario, el partido se compromete en su programa a desplegar una labor metódica para suprimir esta desigualdad entre el proletariado más organizado y los campesinos, desigualdad que suprimiremos tan pronto como logremos elevar el nivel cultural. Entonces podremos prescindir de estas restricciones. Al cabo de diecisiete meses nada más de revolución, estas restricciones tienen en la práctica muy escasa importancia.

Estos son, camaradas, los puntos esenciales a los que he considerado necesario referirme en la discusión general del programa, para dejar que se sigan debatiendo en las deliberaciones del congreso. (*Aplausos*.)

4. Discurso de resumen de la discusión en torno al informe sobre el programa del Partido, 19 de marzo.

(*Aplausos*.) Camaradas: No he podido repartir con tanto detenimiento esta parte de la cuestión con el

camarada Bujarin, aconsejándonos previamente, como hicimos respecto al informe. Tal vez no haya habido siquiera necesidad de ello. Creo que los debates que se han desplegado aquí han mostrado principalmente una cosa; que no hay ninguna contrapropuesta definida y coherente. Se ha hablado mucho de partes sueltas, sin conexión, mas no ha habido ninguna contrapropuesta. Me detendré en las principales objeciones que se han hecho, ante todo, a la parte preliminar. El camarada Bujarin me ha dicho que él está con quienes defienden la idea de que se puede unir en el preámbulo la caracterización del capitalismo y la del imperialismo en un todo coherente, pero que, a falta de eso, tendremos que aceptar el proyecto existente.

Muchos oradores han manifestado el punto de vista -sobre todo, y con particular energía, el camarada Podbelski- de que, tal como se os ha presentado, el proyecto es erróneo. Las pruebas que el camarada Podbelski ha expuesto son extrañas en sumo grado. Algo así como que, por ejemplo, en el primer apartado, la revolución ha sido denominada revolución de tal fecha. No sé por qué causa, eso ha producido al camarada Podbelski la impresión de que la revolución tiene hasta su número. Puedo decir que en el Consejo de Comisarios del Pueblo manejamos muchos papeles numerados y nos cansamos de eso a menudo, mas ¿para qué traer aquí también esa impresión? En efecto, ¿qué tiene que ver aquí el número? Nosotros fijamos la fecha de la fiesta y la conmemoramos. ¿Cómo se puede negar que el poder se tomo precisamente el 25 de octubre? Si tratáis de modificar eso de algún modo, resultará artificioso. Si denomináis de Octubre-Noviembre a la revolución, se dará con ello la posibilidad de decir que la obra no se hizo en un día. Es claro que transcurrió durante un período más prolongado, no a lo largo del mes de octubre, ni del de noviembre, ni de un año siquiera. El camarada Podbelski ha impugnado que en un apartado se habla de la revolución social *venidera.* Y tomando eso como base, ha pintado el programa casi como un atentado contra la "honra de su majestad" la revolución social. ¡Estamos en plena revolución social y nos hablan de ella en futuro! Semejante argumento carece de consistencia a todas luces, pues en nuestro programa se trata de la revolución social a escala de todo el mundo.

Se nos dice que abordamos la revolución desde el punto de vista económico. ¿Hace o no hace falta eso? Numerosos camaradas, aquí presentes, que se dejan llevar por la pasión, han llegado a hablar del consejo de economía mundial y del supeditamiento de todos los partidos comunistas nacionales al Comité Central del PC de Rusia. Al camarada Piatakov le ha faltado poco para decirlo. (*Piatakov, desde su sitio*: "¿Acaso cree usted que estaría mal?") Si él hace ahora la observación de que no estaría mal, debo responderle que si en el programa hubiera algo por el estilo, no haría falta criticarlo: los autores de semejante propuesta se pondrían ellos mismos fuera de combate. Estos camaradas que se dejan llevar por la pasión no han tenido en cuenta que en el programa debemos partir de lo que existe. Un camarada de esos que criticó muy enérgico el programa, diciendo que era pobre, etc., uno de esos camaradas que se dejan llevar por la pasión, me parece que fue Sunitsa, declaró que no puede estar conforme con que debe haber lo que existe, y propone que debe haber lo que no existe. (*Risas*.) Creo que, por la evidencia del error, este planteamiento de la cuestión hace reír con pleno fundamento. Yo no he dicho que deba haber sólo lo que existe. He dicho que debemos *partir de lo absolutamente comprobado.* Debemos decir y demostrar a los proletarios y campesinos trabajadores que la revolución comunista es inevitable. ¿Ha dicho aquí alguien que no hace falta exponer eso? Si alguien probara a hacer semejante propuesta, le demostrarían que eso no es así. Nadie ha dicho ni dirá nada parecido, pues no suscita duda el hecho de que nuestro partido ha alcanzado el poder con el apoyo no sólo del proletariado comunista, sino de todos los campesinos. ¿Es que nos vamos a limitar a decir a todas estas masas que vienen ahora con nosotros: "La misión del partido es sólo llevar a cabo la edificación socialista. La revolución comunista está hecha, realizad el comunismo"? Semejante punto de vista es inconsistente de raíz, es erróneo en teoría. Nuestro partido se ha engrosado directamente, y aún más, indirectamente, con millones de personas que están aprendiendo ahora qué es lucha de clase y qué es transición del capitalismo al comunismo.

Ahora puede afirmarse -y, naturalmente, no habrá ninguna exageración en ello- que en ningún sitio, en ningún otro país se interesó tanto la población trabajadora por la transformación del capitalismo en socialismo como hoy en el nuestro. En nuestro país se piensa en eso mucho más que en cualquier otro. ¿Es que el partido no debe dar respuesta a esta cuestión? Debemos mostrar científicamente cómo transcurrirá esa revolución comunista. A este respecto las demás propuestas quedan en medias tintas. Nadie ha querido tachar eso por completo. Se ha hablado con ambigüedad: tal vez se pueda reducir, no citar el viejo programa, porque es erróneo. Pero, si fuera erróneo, ¿cómo habríamos podido partir de él durante tantos años en nuestro trabajo? Tal vez tengamos un programa común cuando se constituya la República Soviética mundial, pero hasta entonces aún escribiremos seguramente varios programas. Y escribirlos ahora, cuando existe sólo una República Soviética en el lugar del viejo Imperio ruso, sería prematuro. Ni siquiera Finlandia, que va sin duda hacia la República Soviética, la ha llevado aún a cabo, ni siquiera Finlandia, que se distingue de todos los demás pueblos que habitaban el viejo Imperio ruso por tener mayor cultura. De manera que

pretender ahora dar en el programa la expresión de un proceso acabado sería un error grandísimo. Eso parecería lo mismo que si incluyéramos en nuestro programa el consejo de economía mundial. Dicho sea de paso, nosotros mismos aún no nos hemos acostumbrado a este monstruoso vocablo de *conecón* (consejo de economía), y los extranjeros, según se dice, buscan a veces en las guías para ver si hay tal estación. (*Risas*.) No podemos decretar a todo el mundo palabras como ésa.

Para que nuestro programa sea internacional, debe tener en cuenta los aspectos clasistas típicos, desde el punto de vista económico, de todos los países. Es típico de todos los países que el capitalismo aún se desarrolla en muchísimos lugares. Eso es cierto para toda Asia, para todos los países que pasan a la democracia burguesa, es cierto también para toda una serie de sitios de Rusia. El camarada Rykov, que conoce muy bien los hechos en la esfera de la economía, nos ha hablado de la nueva burguesía existente en nuestro país. Eso es verdad. No sólo nace de nuestros empleados soviéticos -puede nacer asimismo de ellos en número insignificante-, sino de los campesinos y los artesanos libres del yugo de los bancos capitalistas y desconectados ahora del transporte ferroviario. Eso es un hecho. ¿De qué modo queréis darlo de lado? Con eso no hacéis sino alimentar vuestras ilusiones o llevar a la realidad, que es mucho más complicada, un librito poco meditado. Esa realidad nos demuestra que incluso en Rusia vive, actúa y se desarrolla la economía mercantil capitalista, que engendra burguesía lo mismo que en cualquier sociedad capitalista.

El camarada Rykov ha dicho: "Luchamos contra la burguesía que nace en nuestro país porque la economía campesina aún no ha desaparecido, y esta economía engendra burguesía y capitalismo". Carecemos de datos exactos de esto, pero no hay duda de que sucede. La República Soviética es la única que existe por ahora en el mundo en los límites del viejo Imperio ruso. Crece y se desarrolla en una serie de países, pero aún no existe en ningún otro. Por eso, pretender en nuestro programa a lo que aún no hemos visto es una fantasía, es querer escapar de una realidad desagradable que nos muestra que los dolores del parto de la república socialista en otros países serán indudablemente mucho mayores que los que hemos sufrido nosotros. A nosotros nos ha sido fácil porque legalizamos el 26 de octubre de 1917 lo que exigían los campesinos en las resoluciones de los eseristas. Eso no sucede en ningún otro país. El camarada suizo y el camarada alemán han dicho que los campesinos se armaron contra los huelguistas en Suiza como nunca, y que en el campo alemán no se nota vientecillo libre alguno en el sentido del surgimiento de Soviets de obreros agrícolas y pequeños campesinos. En Rusia, tras los primeros meses de revolución, los Soviets de diputados campesinos se extendieron a casi todo el país. Nosotros, un país atrasado, los hemos creado. Aquí se plantea un problema gigantesco que los pueblos capitalistas aún no han resuelto. ¿Y qué nación capitalista ejemplar hemos sido nosotros? Hasta 1917 aún teníamos supervivencias del régimen de la servidumbre. Pero ninguna nación de estructura capitalista ha mostrado aún cómo se resuelve esta cuestión en la práctica. Nosotros conquistamos el poder en condiciones excepcionales, cuando la opresión del zarismo obligó a realizar con gran ímpetu una transformación radical y rápida, y, en esas condiciones excepcionales, supimos apoyarnos durante varios meses en el conjunto de todos los campesinos. Este es un hecho histórico. Nos mantuvimos como poder no menos que hasta el verano de 1918, hasta la formación de los comités de campesinos pobres, porque nos apoyamos en el conjunto de todos los campesinos. En ningún país capitalista es posible eso. Este hecho económico fundamental es el que olvidáis cuando habláis de rehacer radicalmente todo el programa. Sin eso, vuestro programa no descansará sobre cimientos científicos.

Estamos obligados a partir de la tesis marxista, por todos admitida, de que el programa debe erigirse sobre cimientos científicos. Debe explicar a las masas cómo surgió la revolución comunista, por qué es inevitable, cuál es su importancia, su esencia y su fuerza, qué problemas debe resolver. Nuestro programa debe ser un prontuario para la agitación, un prontuario como fueron todos los programas, como fue, por ejemplo, el Programa de Erfurt[123]. Cada apartado de este programa contenía centenares de miles de discursos y artículos de agitadores. Cada apartado de nuestro programa es lo que debe saber, aprender y entender todo trabajador. Si no entiende qué es el capitalismo, que los pequeños campesinos y las industrias de oficio engendran inevitable y obligatoriamente ese capitalismo sin cesar; si no comprende eso, aunque se declare cien veces comunista y figure como comunista de lo más radical, ese comunismo no valdrá nada. Nosotros apreciamos el comunismo sólo cuando tiene argumentación económica.

La revolución socialista modificará muchísimas cosas incluso en algunos países adelantados. El modo de producción capitalista signo existiendo en todo el mundo, conservando a menudo sus formas menos desarrolladas, a pesar de que el imperialismo ha reunido y concentrado el capital financiero. En ningún país, ni siquiera en el más desarrollado, se puede encontrar el capitalismo exclusivamente en su forma más perfecta. No hay nada parecido ni siquiera en Alemania. Cuando nosotros reuníamos datos relativos a nuestras tareas concretas, el camarada gerente del Buró Central de Estadística me participó que, en Alemania, el campesino alemán *había*

ocultado a los órganos de abastos el 40% de sus excedentes de patata. En un Estado capitalista, en el que el capitalismo se encuentra en pleno desarrollo, siguen existiendo pequeñas haciendas campesinas con pequeña venta libre, con pequeña especulación. Tales hechos no se pueden olvidar. ¿Habrá muchos entre los trescientos mil miembros del partido aquí representados que entiendan bien esta cuestión? Sería ridícula presunción creer que, como nosotros, que hemos tenido la dicha de escribir el proyecto, sabemos todo eso, la masa de comunistas también lo ha comprendido. Sí, las masas necesitan estas primeras letras, las necesitan cien veces más que nosotros, pues no podrán construir el comunismo quienes no hayan aprendido, quienes no hayan llegado a comprender qué es el comunismo y qué la economía mercantil. Tropezamos cada día con estos hechos de pequeña economía mercantil en toda cuestión de política práctica, agraria, de abastecimiento o relativa al Consejo Supremo de Economía Nacional. ¡Y se nos dice que de eso no se debe hablar en el programa! Si obráramos así demostraríamos únicamente que no sabemos resolver esta cuestión, que el éxito de la revolución en nuestro país se explica por unas condiciones excepcionales.

A nuestro país vienen camaradas de Alemania para aprender las formas del régimen socialista. Y debemos proceder de manera que demostremos a los camaradas extranjeros nuestro vigor, a fin de que vean que en nuestra revolución no nos apartamos un ápice de la realidad, a fin de ofrecerles datos que serán irrefutables para ellos. Sería ridículo presentar nuestra revolución como un ideal para todos los países, imaginarse que ha hecho toda una serie de geniales descubrimientos e introducido un montón de innovaciones socialistas. No se lo he oído decir a nadie y afirmo que no se lo oiremos decir a nadie. Tenemos experiencia práctica de dar los primeros pasos para destruir el capitalismo en un país en el que existe una relación especial entre el proletariado y los campesinos. Nada más. Si vamos a inflarnos y presumir como la rana, haremos reír a todo el mundo, seremos unos simples jactanciosos.

Hemos educado al partido del proletariado con un programa marxista, y de la misma manera debemos educar a las decenas de millones de trabajadores que tenemos. Nos hemos reunido como dirigentes ideológicos, y debemos decir a las masas: "Hemos educado al proletariado y hemos partido siempre y ante todo del análisis económico exacto". No es ésa la misión del manifiesto. El Manifiesto de la III Internacional es un llamamiento, una proclama, un toque de atención a lo que se nos plantea, una apelación a los sentimientos de las masas. Procurad demostrar científicamente que tenéis una base económica y que no hacéis castillos en el aire. Si no podéis demostrarlo, no os pongáis a redactar un programa. Y para demostrarlo, no podemos obrar de otra manera que revisando lo que hemos vivido durante quince años. Si hace quince años dijimos que íbamos a la futura revolución social, y ahora hemos llegado a ella, ¿acaso nos debilita eso? Eso nos fortalece y da vigor. Todo se reduce a que el capitalismo pasa al imperialismo, y el imperialismo lleva al comienzo de la revolución socialista. Esto es aburrido y largo, y ningún país capitalista ha terminado aún ese proceso. Pero señalarlo en el programa es necesario.

Por eso, las objeciones teóricas que se han hecho están por debajo de toda crítica. No dudo que si ponemos a trabajar durante tres o cuatro horas diarias, en el curso de un mes, de diez a veinte literatos duchos en la exposición de sus ideas, redactarían un programa mejor, más completo. Pero exigir que eso se haga en uno o dos días, como ha dicho el camarada Podbelski, mueve a risa. No hemos trabajado uno o dos días, y ni siquiera dos semanas. Repito, si se pudiera elegir para un mes una comisión de treinta personas y ponerlas a trabajar varias horas al día, sin que, además, les molestaran las llamadas telefónicas, no cabe duda que sacarían un programa cinco veces mejor. Pero aquí nadie ha impugnado la esencia de la cuestión. Un programa que no hable de las bases de la economía mercantil ni del capitalismo no será un programa marxista internacional. Para que sea internacional, no basta aún con que proclame la República Soviética mundial o la supresión de las naciones, como ha declarado el camarada Piatakov: no hacen falta naciones algunas, lo que se necesita es la agrupación de todos los proletarios. Claro está que eso es algo maravilloso, y se llegará a ello, pero en otra fase, muy distinta, del desarrollo comunista. El camarada Piatakov dice con ostensible superioridad: "En 1917 erais atrasados, y ahora habéis avanzado". Hemos avanzado cuando hemos puesto en el programa lo que ha empezado a corresponder a la realidad. Cuando hemos dicho que las naciones avanzan de la democracia burguesa al poder proletario, hemos expresado lo que existe; y en 1917 eso era lo que se deseaba.

Cuando entre los espartaquistas y nosotros exista la plena confianza de camaradas que se precisa para el comunismo único, la confianza de camaradas que nace cada día y tal vez se alcance dentro de varios meses, entonces se estampará en el programa. Pero mientras eso no exista, proclamarlo significa tirar de los espartaquistas para llevarlos a lo que ellos aún no ven por propia experiencia. Hemos dicho que el tipo soviético ha adquirido importancia internacional. El camarada Bujarin ha mencionado los comités de delegados de fábrica ingleses. No son lo mismo que los Soviets. Crecen, pero aún están en desarrollo intrauterino. Cuando salgan a la luz, ya veremos. Pero decir que nosotros regalamos los Soviets rusos a los obreros ingleses está por debajo de toda crítica.

Debo detenerme a continuación en la autodeterminación de las naciones, Nuestra crítica ha concedido a este problema una importancia exagerada. La debilidad de nuestra crítica se ha dejado notar en este caso en que ha concedido especial importancia a este problema, que, en el fondo, desempeña un papel menos que secundario en la estructura del programa, en la suma general de reivindicaciones programáticas.

Cuando el camarada Piatakov habló, yo me quedé pasmado, sin saber si exponía razonamientos acerca del programa o se trataba de una disputa de dos burós para problemas de organización. Cuando el camarada Piatakov dijo que los comunistas ucranios actuaban según las directrices del CC del PC(b) de Rusia, no comprendí con qué tono lo decía. ¿Con tono de lástima? No sospecho eso del camarada Piatakov, pero el sentido de su discurso fue así: ¡Qué falta hacen todas esas autodeterminaciones cuando hay un magnífico Comité Central en Moscú! Este es un punto de vista infantil. Ucrania estaba separada de Rusia por condiciones excepcionales, y el movimiento nacional no echó allí hondas raíces. Los alemanes terminaron con él en lo que se manifestó. Este es un hecho, pero excepcional. Hasta con el lenguaje está planteada la cuestión de manera quo no se sabe si el ucranio es una lengua de masas o no. Las masas trabajadoras de otras naciones desconfiaban por completo de los rusos, como nación dominante y opresora. Esto es un hecho. El representante finlandés me contó que entre la burguesía de su país, que odiaba a los rusos, se oyen voces que dicen: "Los alemanes han resultado una fiera mayor, la Entente también ha resultado una fiera mayor, preferimos a los bolcheviques". He aquí la inmensa victoria que hemos obtenido sobre la burguesía finesa en el problema nacional. Esto en absoluto nos impedirá combatirla como enemigo de clase, escogiendo para ello los medios convenientes. La República Soviética, constituida en un país cuyo zarismo oprimía a Finlandia, debe decir que respeta el derecho de las naciones a la independencia. Concertamos un tratado con el Gobierno finlandés rojo de breve existencia y le hicimos ciertas concesiones territoriales, por las que he oído muchas objeciones netamente patrioteras: "Allí hay buenas pesquerías, y las habéis entregado". Son estas objeciones del tipo de las que dije: escarba a algún que otro comunista y hallarás a un patriotero ruso.

Creo que este ejemplo relativo a Finlandia, lo mismo que el referente a los bashkires, prueba que en el problema nacional no se puede razonar afirmando que hace falta a toda costa la unidad económica. ¡Pues claro que hace falta! Pero debemos lograrla mediante la propaganda, la agitación, la unión voluntaria. Los bashkires desconfían de los rusos porque éstos tienen más cultura y aprovecharon esa cultura suya para expoliarlos. Por eso, en los apartados lugares de los bashkires, el vocablo "ruso" significa para ellos "opresor", "truhán". Esto hay que tenerlo en cuenta y combatirlo. Es un fenómeno muy duradero. No se anula con ningún decreto. Hemos de ser muy prudentes con eso. Se necesita singular prudencia por parte de una nación como la rusa, que ha despertado en todas las otras naciones un odio rabioso contra ella, y sólo ahora hemos aprendido a corregirlo, y aun así mal. Tenemos, por ejemplo, en el Comisariado de Instrucción Pública o cerca de él a comunistas que dicen: la escuela es única, ¡por tanto, no os atreváis a enseñar en otra lengua que no sea la rusa! Soy de la opinión de que semejante comunista es un patriotero ruso. Lo llevamos en la sangre muchos de nosotros y debemos combatirlo.

Por eso debemos decir a otras naciones que somos internacionalistas hasta el fin y aspiramos a la unión voluntaria de los obreros y campesinos de todas las naciones. Eso en modo alguno excluyo las guerras. La guerra es otra cuestión que dimana de la esencia del imperialismo. Si peleamos contra Wilson, y Wilson convierte a una nación pequeña en instrumento suyo, diremos que combatimos contra ese instrumento. Jamás hemos impugnado eso. Jamás hemos dicho que la república socialista pueda existir sin fuerza militar. En determinadas condiciones, la guerra puede ser una necesidad. Y ahora, en el problema de la autodeterminación de las naciones, el meollo está en que diversas naciones marchan por el mismo derrotero histórico, pero haciendo muchísimos zigzags y pisando otros senderos, y en que las naciones más cultas van a ciencia cierta de otra manera que las menos cultas. Finlandia ha ido de otra manera. Alemania va de otra manera. El camarada Píatakov tiene mil veces razón cuando afirma que necesitamos la unidad. Pero hay que luchar por ella con la propaganda, con la influencia del partido, creando sindicatos únicos. Sin embargo, tampoco en esto se puede proceder siguiendo un mismo patrón. Si suprimiéramos este punto o lo redactáramos de otra manera, tacharíamos el problema nacional del programa. Se podría hacer eso si hubiera gente sin peculiaridades nacionales. Pero esa gente no existe, y en modo alguno podemos construir de otra manera la sociedad socialista.

Camaradas, creo que el programa propuesto aquí se debe tomar como base, pasarlo a la comisión, completar ésta con representantes de la oposición, mejor dicho, con los camaradas que han presentado aquí propuestas prácticas, y retirar de ella: 1) las enmiendas enumeradas del proyecto y 2) las objeciones teóricas que no pueden dar pie a acuerdos. Creo que éste será el planteamiento más práctico de la cuestión que nos dará una solución acertada y de lo más rápida. (*Aplausos*.)

5. Proyecto del tercer punto de la parte política general del programa.

(*Para la comisión de programa del VIII Congreso del partido*)

La democracia burguesa se limitaba a proclamar derechos formales para todos los ciudadanos por igual; por ejemplo, la libertad de reunión, de asociación y de prensa. En el mejor de los casos, en las repúblicas burguesas más democráticas se podían anular todas las restricciones legislativas de esos derechos. Pero, en realidad, tanto la práctica administrativa como, principalmente, la esclavitud económica de los trabajadores en la democracia burguesa colocaban siempre a éstos en la imposibilidad de hacer uso más o menos amplio de esos derechos y esas libertades.

Por el contrario, la democracia proletaria o soviética, en lugar de proclamar formalmente los derechos y las libertades, los concede en la práctica, ante todo y sobre todo, precisamente a las clases de la población antes oprimidas por el capitalismo, es decir, al proletariado y al campesinado. Para ello, el Poder soviético expropia a la burguesía los edificios, las imprentas y los almacenes de papel y los pone por entero a disposición de los trabajadores y de sus organizaciones.

La tarea del PC de Rusia consiste en incorporar a contingentes más nutridos cada día de la población trabajadora al ejercicio de los derechos y libertades democráticas y en desarrollar las posibilidades materiales para ello.

Escrito antes del 20 de marzo de 1919. Publicado por primera vez el 22 de abril de 1919 en el núm. 113 de "Pravda".

6. Radiograma de saludo al gobierno de la Republica Soviética de Hungría en nombre del congreso.

Al Gobierno de la República Soviética de Hungría, Budapest.

El VIII Congreso del Partido Comunista de Rusia envía un caluroso saludo a la República Soviética de Hungría. Nuestro congreso está convencido de que no se hará esperar el día del triunfo del comunismo en el mundo entero. La clase obrera de Rusia se apresura con todas sus fuerzas a acudir en vuestra ayuda. El proletariado del mundo entero sigue de cerca con profunda atención la lucha consecutiva que estáis desplegando y no permitirá que los imperialistas levanten la mano contra la nueva república soviética.

¡Viva la república comunista internacional!

Escrito el 22 de marzo de 1919. Publicado el 25 de marzo de 1919, en húngaro, en el núm. 71 del periódico "Népszava". Publicado por primera vez en ruso en 1927, en el núm. 5 de la revista "Proletárskaya Revoliutsia".

7. Informe sobre el trabajo en el campo, pronunciado el 23 de marzo.

(*Prolongados aplausos*.) Camaradas: Debo disculparme por no haber podido asistir a todas las reuniones de la sección elegida por el congreso para estudiar el trabajo en el campo. Por eso, completarán mi informe los discursos de los camaradas que han participado desde un principio en las labores de la misma. En fin de cuentas, la sección ha redactado las tesis entregadas a la comisión, las cuales serán sometidas a vuestro estudio. Quisiera detenerme a analizar el significado general del problema tal como se nos ha planteado de resultas de la labor de la sección y tal como, a mi entender, se ha planteado ahora ante todo el partido.

Camaradas, es completamente natural que, en el proceso de desarrollo de la revolución proletaria, tengamos que destacar en primer plano ora uno, ora otro de los problemas más complejos e importantes de la vida de la sociedad. Es completamente natural que en una revolución que toca, y no puede menos de tocar, las bases más profundas de la vida, y que atañe a las más vastas masas de la población, ningún partido, ningún gobierno, por muy estrechos que sean sus nexos con las masas, esté en absoluto en condiciones de abarcar *de una vez* todos los aspectos de la vida. Y si hoy nos vemos obligados a detenernos en el trabajo en el campo y a destacar principalmente de este problema la situación de los campesinos medios, en ello no puede haber nada de extraño ni de anormal desde el punto de vista del desarrollo de la revolución proletaria en general. Es claro que la revolución proletaria ha tenido que comenzar por la relación fundamental entre dos clases hostiles: el proletariado y la burguesía. La tarea fundamental era hacer pasar el poder a manos de la clase obrera, asegurar su dictadura, derribar a la burguesía y privarla de las fuentes económicas de su poder, que, incuestionablemente, representan un obstáculo para toda construcción socialista en general. Ninguno de nosotros, por cuanto conocemos el marxismo, ha puesto en duda jamás la verdad de que, en la sociedad capitalista, por su misma estructura económica, la importancia decisiva puede tenerla o el proletariado o la burguesía. Actualmente oímos afirmar a muchos exmarxistas -por ejemplo, del campo menchevique- que en el período de la lucha decisiva entre el proletariado y la burguesía puede predominar *la democracia en general.* Eso dicen los mencheviques, coincidentes por completo con los eseristas, ¡Como si no fuera la misma burguesía la que implanta o suprime la democracia, según lo que más le conviene! Y siendo así, no puede ni hablarse de democracia en general durante el período de la lucha exacerbada entre la burguesía y el proletariado. No puede uno sino sorprenderse de la rapidez con que estos marxistas o seudomarxistas -por ejemplo, nuestros mencheviques- se

desenmascaran ellos mismos, de la rapidez con que se hace patente su verdadera naturaleza, su naturaleza de demócratas pequeñoburgueses.

Contra lo que más luchó Marx toda la vida fue contra las ilusiones de la democracia pequeñoburguesa y de la democracia burguesa. Lo que más ridiculizaba Marx era la fraseología huera acerca de la libertad y la igualdad, fraseología que encubre la libertad de los obreros de morirse de hambre o la igualdad entre el que vende su fuerza de trabajo y el burgués, quien, aparentemente, compra con libertad y en condiciones de igualdad en el mercado libre el trabajo de aquél, etc. Marx explicó esto en todas sus obras de economía. Puede afirmarse que todo *El Capital* de Marx está consagrado a esclarecer la verdad de que *las fuerzas básicas de la sociedad capitalista son y sólo pueden ser la burguesía y el proletariado:* la burguesía, como edificadora de la sociedad capitalista, como dirigente y motor suyo; el proletariado, como su sepulturero, como la única fuerza capaz de remplazarla. Es difícil encontrar un solo capítulo de cualquier obra de Marx que no esté dedicado a esta cuestión. Puede afirmarse que, en el seno de la II Internacional, los socialistas del mundo entero juraron y perjuraron infinidad de veces ante los obreros que comprendían esta verdad. Pero cuando las cosas llegaron a la lucha verdadera y, además, decisiva, por el poder entre la burguesía y el proletariado, vimos que nuestros mencheviques y eseristas, y con ellos los jefes de los viejos partidos socialistas de todos los países, echaban en olvido esta verdad y se dedicaban a repetir de un modo puramente mecánico las frases filisteas sobre la democracia en general.

Entre nosotros se intenta a veces hacer que suenen estas palabras, al parecer, con mayor "fuerza", diciendo: "Dictadura de la democracia". Esto es ya un verdadero absurdo. La historia nos enseña perfectamente que la dictadura de la burguesía democrática no ha significado otra cosa que el aplastamiento de los obreros insurrectos. Así ha venido ocurriendo desde 1848, por lo menos, aunque podemos encontrar también algunos ejemplos en épocas anteriores. La historia nos muestra que precisamente en la democracia burguesa se despliega a gran escala y con libertad la lucha más enconada entre el proletariado y la burguesía. Hemos tenido ocasión de convencernos prácticamente de esta verdad. Y si los pasos dados por el Gobierno soviético a partir de octubre de 1917 se han distinguido por su firmeza en todas las cuestiones cardinales, ello se debe, precisamente, a que nosotros jamás nos hemos apartado de esta verdad, jamás la hemos olvidado. Sólo la dictadura de una clase -la del proletariado- puede decidir la cuestión en la lucha contra la burguesía por el poder. Sólo la dictadura del proletariado puede derrotar a la burguesía. Sólo el proletariado puede derribar a la burguesía. Sólo el proletariado puede llevar tras de sí a las masas contra la burguesía.

Sin embargo, de ahí en modo alguno se deriva -creerlo así constituiría el más grave error- que en la obra posterior de la edificación del comunismo, una vez derribada la burguesía y cuando el poder político se encuentra ya en manos del proletariado, podamos prescindir asimismo en lo sucesivo de los elementos medios e intermedios.

Es natural que al comienzo de la revolución -de la revolución proletaria-, toda la atención de sus dirigentes se concentre en lo principal, en lo esencial: en implantar el dominio del proletariado y asegurar este dominio mediante la victoria sobre la burguesía, en asegurar que la burguesía no pueda retornar al poder. Sabemos muy bien que la burguesía sigue conservando hasta hoy algunas ventajas debido a las riquezas que posee en otros países o consistentes, a veces incluso en nuestro país, en riquezas pecuniarias. Sabemos muy bien que existen elementos sociales, más expertos que los proletarios, que ayudan a la burguesía. Sabemos muy bien que la burguesía no ha abandonado la idea de recuperar el poder ni ha cejado en los intentos de restaurar su dominación.

Pero esto no es todo, ni mucho menos. La burguesía, que se atiene particularmente al principio de "Donde se está bien, allí está la patria"; la burguesía, que desde el punto de vista del dinero ha sido siempre internacional; *la burguesía, a escala mundial, es hoy más fuerte todavía que nosotros.* Su dominación va siendo socavada con rapidez; la burguesía ve ejemplos como la revolución húngara -de la que hemos tenido ayer la felicidad de daros cuenta y de la que nos llegan hoy noticias confirmatorias- y empieza a comprender que su dominación se tambalea. Ya no posee libertad de acción. Pero hoy, si se tienen presentes los recursos materiales a escala mundial, por fuerza se habrá de reconocer que, en este aspecto, la burguesía es más vigorosa aún que nosotros.

He ahí por qué las nueve décimas partes de nuestra atención, de nuestra labor práctica, estuvieron y hubieron de estar dedicadas a esta cuestión fundamental de derrocar a la burguesía, consolidar el poder del proletariado, suprimir toda posibilidad de retorno de la burguesía al poder. Esto es completamente lógico, legítimo e inevitable, y en este aspecto se han hecho muchas cosas con buen éxito.

Ahora, en cambio, debemos poner a la orden del día el problema de los otros sectores. Debemos -ésta fue nuestra conclusión común en la sección agraria, y estamos seguros de que en eso coincidirán todos los funcionarios del partido, por cuanto no hemos hecho más que resumir la experiencia de sus observaciones prácticas- poner a la orden del día en toda su magnitud *el problema de los campesinos medios.*

Habrá, sin duda, quien, en lugar de meditar sobre el curso de nuestra revolución, en lugar de reflexionar sobre las tareas que se nos plantean hoy, aprovechará cada paso del Poder soviético para hacer burlas y críticas como las que observamos entre los señores mencheviques y eseristas de derecha. Son gentes que siguen sin comprender hasta hoy que deben elegir entre nosotros y la dictadura burguesa. Hemos tenido con ellos mucha paciencia e incluso benevolencia; les daremos una vez más la posibilidad de poner a prueba esa benevolencia nuestra; pero, en un futuro próximo se nos agotarán la paciencia y la generosidad, y si ellos no hacen su elección, les propondremos con toda seriedad que se vayan con Kolchak. (*Aplausos*.) No esperamos que esa gente tenga dotes intelectuales muy brillantes. (*Risas*.) Pero podría esperarse que, después de sentir en sus costillas las atrocidades de Kolchak, comprendieran que tenemos derecho a exigirles que elijan entre nosotros y Kolchak. Si en los primeros meses que siguieron a Octubre, muchos ingenuos incurrieron en la tontería de pensar que la dictadura del proletariado era algo pasajero y casual, hoy hasta los mencheviques y los eseristas deberían comprender que se trata de un fenómeno lógico en la lucha desplegada bajo la presión de toda la burguesía internacional.

De hecho han cristalizado únicamente dos fuerzas: la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado. Quien no haya aprendido eso, leyendo las obras de Marx, quien no lo haya aprendido leyendo las obras de todos los grandes socialistas, jamás ha sido socialista ni entiende una palabra de socialismo, y de socialista sólo tiene el nombre. Concedemos a esas gentes un plazo corto para que reflexionen y les exigirnos que elijan. Las he mencionado, porque ahora dicen o dirán: "Los bolcheviques han planteado la cuestión de los campesinos medios, quieren coquetear con ellos". Sé perfectamente que ese género de argumentos y otros mucho peores aparecen con profusión en la prensa menchevique. Nosotros los desdeñamos, jamás concedemos importancia a la charlatanería de nuestros enemigos. Los hombres capaces de continuar desertando hasta hoy de la burguesía al proletariado y viceversa pueden decir lo que quieran. Nosotros seguimos nuestro camino.

Nuestra ruta está determinada, ante todo, por la correlación de las fuerzas de las clases. En la sociedad capitalista está empeñada la lucha entre la burguesía y el proletariado. Mientras esta lucha no haya terminado, seguiremos centrando redoblada atención en llevarla hasta su término. Aún no ha sido llevada hasta el fin. Hemos logrado hacer ya mucho en esa lucha. Hoy, la burguesía internacional no puede ya obrar suelta de manos. La mejor prueba de ello es el estallido de la revolución proletaria en Hungría. De ahí se desprende con claridad que nuestra labor en el campo no se limita ya a satisfacer la necesidad fundamental de lucha por el poder.

Esta labor ha pasado por dos fases principales. En octubre de 1917 tomamos el poder *junto con todos los campesinos.* Era una revolución burguesa, por cuanto en el campo no se había desplegado todavía la lucha entre las clases. Como ya he dicho, sólo en el verano de 1918 comenzó la verdadera revolución proletaria en el campo. Si no hubiéramos sabido realizar esa revolución, nuestra labor habría sido incompleta. La primera etapa consistió en tomar el poder en las ciudades, en instaurar la forma de gobierno soviética. La segunda etapa ha consistido en lo que es fundamental para los socialistas y sin lo cual éstos dejan de serlo: la separación de los elementos proletarios y semiproletarios en el campo y su unión estrecha con el proletariado urbano para luchar contra la burguesía agraria. Esta etapa también ha terminado en lo fundamental. Las organizaciones que creamos para ello al principio, los comités de campesinos pobres, se han consolidado tanto que hemos considerado posible sustituirlos por Soviets elegidos normalmente, es decir, reorganizar los Soviets rurales de forma que puedan convertirse en órganos de dominación de clase, en órganos del poder proletario en el campo. Medidas como la ley sobre la organización socialista del usufructo de la tierra y sobre las medidas de transición a la agricultura socialista -aprobada no hace mucho por el Comité Ejecutivo Central y que todos vosotros, naturalmente, conocéis- resumen la obra realizada desde el punto de vista de nuestra revolución proletaria.

Hemos cumplido lo principal, lo que constituye la tarea primordial y fundamental de la revolución proletaria. Y precisamente por eso se ha planteado un problema más complejo: *nuestra actitud ante el campesino medio.* No comprenden en absoluto las tareas del proletariado, las tareas de la revolución comunista, quienes creen que el planteamiento de este problema es algo así como una atenuación del carácter de nuestro poder, un debilitamiento de la dictadura del proletariado, un cambio, por leve y parcial que sea, de nuestra política fundamental. Estoy seguro de que en nuestro partido no habrá gente de ese tipo. He querido sólo prevenir a los camaradas contra gentes que no pertenecen al partido obrero y que hablan así, no porque ello se desprenda de alguna concepción filosófica, sino, simplemente, para desbaratar nuestra obra .Y ayudar a los guardias blancos, es decir, para azuzar contra nosotros a los campesinos medios, que han vacilado siempre, que no pueden menos de vacilar y que seguirán vacilando durante bastante tiempo. Para azuzarlos contra nosotros, les dirán: "¡Tened cuidado, están coqueteando con vosotros! Eso significa que han tomado en consideración vuestras insurrecciones, que han comenzado a vacilar", etc., etc. Todos nuestros

camaradas deben estar pertrechados contra semejante agitación. Y tengo la seguridad de que lo estarán si logramos ahora plantear esta cuestión desde el punto de vista de la lucha de clase.

Es evidente a todas luces que este problema fundamental constituye una tarea más compleja, pero no menos urgente: *¿cómo determinar con precisión la actitud del proletariado ante el campesino medio?* Camaradas, desde el punto de vista teórico, asimilado por la inmensa mayoría de los obreros, esta cuestión no presenta dificultades para los marxistas. Recordaré, por ejemplo, que en el libro de Kautsky sobre el problema agrario -escrito cuando exponía con acierto la doctrina de Marx y era considerado una autoridad indiscutible en esta materia- se dice, al hablar de la transición del capitalismo al socialismo, que la tarea del partido socialista consiste en *neutralizar al campesinado,* es decir, en lograr que los campesinos permanezcan neutrales en la lucha entre el proletariado y la burguesía, que los campesinos no puedan prestar a esta última una ayuda activa contra nosotros.

Durante el larguísimo período de dominación de la burguesía, el campesinado apoyó el poder de ésta, estuvo al lado de ella. Y eso se comprende si se tiene en cuenta la fuerza económica de la burguesía y los medios políticos de su dominación. No podemos esperar que el campesino medio se coloque inmediatamente a nuestro lado. Pero si seguimos una política acertada, al cabo de algún tiempo terminarán esas vacilaciones, y el campesino podrá situarse a nuestro lado.

Engels, que colocó con Marx los cimientos del marxismo científico, es decir, de la doctrina que sirve de guía constante a nuestro partido, sobre todo durante la revolución, subdividía ya a los campesinos en pequeños, medios y ricos, división que también hoy corresponde a la realidad en la inmensa mayoría de los países europeos. Engels decía: "Puede darse el caso de que no en todas partes tenga que aplastarse por la violencia ni siquiera a los campesinos ricos". Y ningún socialista sensato ha pensado jamás que tuviéramos que emplear alguna vez la violencia contra los campesinos medios (los pequeños campesinos son amigos nuestros). Así hablaba Engels en 1894, un año antes de morir, cuando el problema agrario se planteaba a la orden del día[124]. Este punto de vista nos prueba una verdad a veces olvidada, pero con la que todos estamos de acuerdo en teoría. Por lo que se refiere a los terratenientes y capitalistas, nuestra tarea consiste en su completa expropiación. *Pero no admitimos ninguna violencia contra los campesinos medios.* Ni siquiera con relación a los campesinos ricos empleamos un lenguaje tan tajante como con la burguesía: expropiación absoluta de los campesinos ricos y de los kulaks. En nuestro programa se hace esa diferencia. Decimos: aplastamiento de la resistencia de los campesinos ricos, aplastamiento de sus conatos contrarrevolucionarios. Y esto no es lo mismo que expropiación completa.

La diferencia principal que determina nuestra actitud ante la burguesía y ante el campesino medio -expropiación completa de la burguesía y alianza con el campesino medio que no explota a otros- es la pauta fundamental reconocida por todos en teoría. Mas, en la práctica, no es observada con la debida consecuencia, y en el plano local no se ha aprendido todavía a aplicarla. Cuando el proletariado, después de derrocar a la burguesía y de afianzar su propio poder, ha emprendido la obra de crear la nueva sociedad en sus diversos aspectos, la cuestión del campesino medio ha pasado a primer plano. Ningún socialista del mundo ha negado que la edificación del comunismo seguirá diferentes derroteros en los países de grandes fincas agrícolas y en los de pequeñas haciendas agrícolas. Es una verdad elementalísima, primaria. De ella se desprende que, conforme nos aproximamos a las tareas de la edificación del comunismo, debemos concentrar nuestra máxima atención, en cierto sentido, precisamente en el campesino medio.

Mucho depende de cómo definamos nuestra actitud ante el campesino medio. Este problema está resuelto en teoría, pero conocemos perfectamente, por propia experiencia, la diferencia existente entre la solución teórica de un problema y la aplicación práctica de esa solución. Hemos tocado de lleno esa diferencia, tan peculiar de la Gran Revolución Francesa, cuando la Convención adoptaba medidas de gran trascendencia, pero carecía de la base necesaria para aplicarlas y no sabía siquiera en qué clase debía apoyarse para llevar a cabo tal o cual medida.

Las condiciones en que nos encontramos nosotros son incomparablemente más favorables. Todo un siglo de desarrollo nos permite saber en qué clase nos apoyamos. Pero sabemos también que la experiencia práctica de esta clase es harto insuficiente. Para la clase obrera, para el partido obrero, estaba claro lo fundamental: derrocar a la burguesía y entregar el poder a los obreros. Pero *¿cómo* hacerlo? Todos recuerdan con cuántas dificultades y errores pasamos del control obrero a la dirección de la industria por los obreros. Y eso que se trataba de una labor en el seno de nuestra propia clase, en el seno de la masa proletaria, con la que siempre hemos tratado. Ahora, en cambio, debemos definir nuestra posición ante una nueva clase, ante una clase desconocida para el obrero urbano. Es necesario fijar la actitud ante una clase que no mantiene una posición firme, definida. El proletariado en masa es partidario del socialismo; la burguesía en masa está contra el socialismo; definir las relaciones entre estas dos clases es fácil. Pero cuando se trata de un sector como los campesinos medios, vemos que *ésta es una clase que*

vacila. El campesino medio es en parte propietario y en parte trabajador. No explota a otros trabajadores. Se ha visto obligado a defender con esfuerzo inmenso su situación, ha experimentado en su propia carne la explotación a que lo sometían los terratenientes y los capitalistas, lo ha padecido todo, pero, al mismo tiempo, es propietario. Por eso, nuestra actitud ante esta clase vacilante ofrece dificultades inmensas. Basándonos en nuestra experiencia de más de un año, en más de seis meses de labor proletaria nuestra en el campo y en el hecho de que en él se haya producido ya la disociación en clases, debemos guardarnos, sobre todo, de cualquier precipitación, de toda teorización inhábil, de toda pretensión a considerar ya consumado lo que estamos haciendo, pero que aún no hemos acabado de hacer. En la resolución que somete a vuestro examen la comisión elegida por la sección agraria y que os leerá uno de los camaradas que me sucederá en el uso de la palabra encontraréis una advertencia suficiente al respeto.

Desde el punto de vista económico, es evidente que debemos acudir en ayuda del campesino medio. En este sentido no existe ninguna duda teórica. Pero dadas nuestras costumbres y nuestro nivel cultural, dadas la escasez de medios culturales y técnicos que podríamos ofrecer al campo y la debilidad que mostramos con frecuencia en nuestras relaciones con él, los camaradas apelan con harta frecuencia a la coerción y lo estropean todo. Ayer, sin ir más lejos, un camarada me entregó un folleto titulado *Instrucciones y reglas sobre la organización del trabajo del partido en la provincia de Nizhni Nóvgorod,* editado por el Comité Local del PC(b) de Rusía. En la página 41, por ejemplo, de este folleto se dice: "El decreto sobre el impuesto extraordinario debe recaer con todo su peso sobre las espaldas de los kulaks rurales, sobre los especuladores y, *en general, sobre el elemento medio del campesinado".* ¡Esto se llama haber "comprendido"! O es una errata -¡Y dejar pasar semejantes erratas es intolerable!-, o es un trabajo hecho con precipitación, a la ligera, que demuestra cuán peligroso es todo apresuramiento en este asunto. Tal vez se trate -y ésta es la peor hipótesis, que yo no quisiera hacer respecto a los camaradas de Nizhni Nóvgorod- de una mera incomprensión. Es muy probable que sea un simple descuido[125].

En la práctica se dan casos como el que nos ha contado en la comisión un camarada. Un día lo rodearon los campesinos y lo asaetearon a preguntas: "Determina si soy campesino medio o no. Tengo dos caballos y una vaca. Tengo dos vacas y un caballo", etc. Y este propagandista, que recorre los distritos, debería disponer de un termómetro infalible para ponérselo al campesino y averiguar si es o no campesino medio. Mas para eso es preciso conocer toda la historia de la hacienda de ese campesino y su actitud ante los grupos inferiores y superiores, cosa que no podemos saber con exactitud.

Para eso se necesita mucha mano práctica, hay que conocer las condiciones locales. Y eso nos falta aún. No debemos avergonzarnos de confesarlo; debemos reconocerlo francamente. Jamás hemos sido unos utopistas ni nos hemos imaginado que íbamos a edificar la sociedad comunista con las manos limpitas de comunistas impolutos, que deben nacer y educarse en una sociedad puramente comunista. Eso son cuentos para niños. Debemos edificar el comunismo con los escombros del capitalismo, y eso sólo puede hacerlo la clase templada en la lucha contra el capitalismo. Como sabéis perfectamente, el proletariado no está exento de los defectos y debilidades de la sociedad capitalista. Lucha por el socialismo y, al mismo tiempo, combate sus propios defectos. La parte mejor del proletariado, su vanguardia, que ha luchado durante decenios a la desesperada en las ciudades, ha tenido la posibilidad de asimilar a lo largo de esa lucha toda la cultura de la vida urbana, de la vida de la capital, y, hasta cierto punto, la ha asimilado. Vosotros sabéis que el campo, incluso en los países adelantados, estaba condenado a la ignorancia. Es claro que nosotros elevaremos el nivel cultural del campo, pero para ello se requieren años y años. Esto es lo que entre nosotros olvidan los camaradas en todas partes y lo que refleja ante nosotros con particular evidencia cada palabra de la gente de provincias, no de los intelectuales de aquí, ni de los que ocupan puestos oficiales -a éstos los hemos escuchado mucho-, sino de los que han observado prácticamente el trabajo en el campo. Estas palabras han tenido para nosotros un valor especial en la sección agraria y ahora -estoy convencido de ello- tendrán un valor extraordinario para todo el congreso del partido, pues no están sacadas de libros ni decretos, sino de la vida misma.

Todo eso nos incita a trabajar de manera que nuestra actitud ante los campesinos medios quede lo más clara posible. Y es muy difícil, porque *esa claridad no existe en la vida.* Si se quiere zanjar la cuestión *de golpe y porrazo,* lejos de quedar resuelta, es *insoluble.* Hay quienes dicen: "No se debieron promulgar tantos decretos", y reprochan al Gobierno soviético el haber publicado decretos sin saber cómo llevarlos a la práctica. Esas gentes no advierten, en realidad, cómo van deslizándose al campo de los guardias blancos. Si confiáramos en que la redacción de un centenar de decretos iba a cambiar la vida del campo, seríamos unos tontos de remate. Mas si renunciáramos a señalar en los decretos el camino a seguir, seríamos unos traidores al socialismo. Estos decretos, que en la práctica no han podido ser aplicados en el acto y en toda su integridad, han desempeñado un importante papel desde el punto de vista de la propaganda. Y si antes montábamos nuestra propaganda con verdades generales, hoy *lo*

hacemos con nuestro trabajo. Esto también es propaganda, pero es una propaganda con la acción, y no en el sentido de acciones aisladas de unos advenedizos cualesquiera, que tanto nos hacían reír en la época de los anarquistas y del viejo socialismo. Nuestros decretos son llamamientos, mas no al viejo estilo: "¡Arriba, obreros, derrocad a la burguesía!" Son exhortaciones a las masas, son llamamientos a acciones prácticas. *Los decretos son instrucciones que invitan a una acción práctica de las masas.* Eso es lo que importa, y no que contengan muchas cosas inútiles, muchas cosas que no podrán ser aplicadas en la práctica. Pero en ellos hay material para obras eficaces, y su misión consiste en enseñar a dar pasos prácticos a los centenares, millares y millones de hombres que escuchan con atención la voz del Poder soviético. Son un ensayo de actividad concreta en el terreno de la edificación del socialismo en el campo. Si les damos esa interpretación, obtendremos extraordinaria utilidad de la suma de nuestras leyes, decretos y disposiciones. No debemos interpretarlos como disposiciones absolutas que es necesario aplicar en seguida, inmediatamente, cueste lo que cueste.

Hay que evitar cuanto pueda estimular en la práctica los abusos. En algunos sitios se han pegado a nosotros arribistas y aventureros que se dicen comunistas y nos engañan, que se han metido en nuestras filas porque los comunistas están hoy en el poder y porque los empleados más honestos no han querido trabajar con nosotros a causa de sus ideas atrasadas, en tanto que los arribistas carecen de ideas, de honestidad. Esta gente, cuya única aspiración es hacer méritos, emplea en los pueblos la coerción y cree que obra bien. Pero, en la práctica, eso da lugar a veces a que los campesinos digan: "¡Viva el Poder soviético, pero *abajo la comuna!"* (es decir, el comunismo). Casos así no son fantasías, sino hechos reales tomados de la vida, de los informes de los camaradas de los pueblos. No debemos olvidar el daño gigantesco que ocasiona toda falta de moderación, toda impaciencia, toda precipitación.

Tuvimos que darnos prisa a toda costa para salir, mediante un salto temerario, de la guerra imperialista, que nos había conducido a la ruina; tuvimos que hacer esfuerzos desesperados para aplastar a la burguesía y a las fuerzas que amenazaban con aplastarnos a nosotros. Todo eso era imprescindible, sin ello no hubiésemos podido triunfar. Pero si se procede del mismo modo respecto al campesino medio, eso será tan idiota, tan estúpido y tan funesto para nuestra causa que sólo provocadores pueden obrar así conscientemente. La tarea debe ser planteada, en este caso, de un modo completamente distinto. No se trata aquí de cumplir la tarea que nos habíamos planteado antes: aplastar la resistencia de explotadores evidentes, vencerlos y derrocarlos. No; conforme íbamos cumpliendo esta tarea principal, se nos planteaban con carácter inmediato otras más complejas. En este terreno no se podrá crear nada por medio de la violencia. *La violencia con el campesino medio es perjudicial en grado sumo.* Se trata de un sector social numerosísimo, de muchos millones de personas. Ni siquiera en Europa, donde este sector no ha alcanzado tanta fuerza en ningún sitio, donde la técnica y la cultura, la vida urbana y los ferrocarriles están desarrollados en proporciones gigantescas y donde hubiera sido mucho más fácil pensar en eso, nadie, ni uno solo de los socialistas más revolucionarios ha propuesto la aplicación de medidas de violencia contra los campesinos medios.

Cuando tomamos el poder, nos apoyamos en el conjunto de todo el campesinado. En aquel momento todos los campesinos tenían una sola tarea: luchar contra los terratenientes. Pero hasta hoy día siguen recelosos de la gran hacienda. El campesino piensa: "Si la hacienda es grande, volveré a verme de bracero". Eso es falso, naturalmente. Sin embargo, la idea de la gran hacienda está ligada en la mentalidad del campesino al odio, a los recuerdos de la terrible opresión del pueblo por los terratenientes. Esta sensación perdura, no ha desaparecido todavía.

Debemos basarnos sobre todo en la verdad de que en este problema no es posible, por la misma naturaleza del asunto, conseguir nada con los métodos de la violencia. La tarea económica se plantea en este caso de un modo completamente distinto. No existe esa cúspide que es posible derribar dejando en pie todos los cimientos, todo el edificio. Esa cúspide formada por los capitalistas de la ciudad no existe en este caso. *Actuar por la violencia en este caso significa echarlo todo a perder.* Se precisa un largo trabajo de educación. Al campesino, práctico y realista no sólo en nuestro país, sino en todo el mundo, debemos darle ejemplos concretos para demostrarle que la comuna es lo mejor. Naturalmente, no conseguiremos nada positivo si en el campo aparecen gentes atolondradas, que llegan revoloteando de la ciudad, charlan un poco, promueven unas cuantas discordias de intelectuales, y no de intelectuales, y se marchan después de enemistarse con todo el mundo. Eso suele ocurrir. Y es lógico que, en vez de respeto, tales gentes no despierten sino burlas.

Debemos decir, en relación con eso, que estimulamos las comunas, pero que éstas deben organizarse de manera que *se ganen la confianza de los campesinos.* Hasta que eso no ocurra, seguiremos siendo alumnos de los campesinos y no maestros suyos. No hay nada más estúpido que considerarse maestros de los campesinos en todo, como hacen esos hombres que, sin conocer la agricultura ni sus peculiaridades, se han lanzado al campo únicamente porque han oído hablar de la utilidad de la hacienda colectiva, porque están cansados de la vida urbana y

desean trabajar en la aldea. *No hay nada más necio que la idea misma de la violencia en lo que se refiere a las relaciones económicas del campesino medio.*

En este caso la tarea no consiste en expropiar al campesino medio, sino en tener en cuenta las condiciones especiales de la vida del campesino, en aprender de él los métodos para pasar a un régimen mejor y en *¡no permitirse mandar!* Esta es la norma que nos hemos impuesto. (*Aplausos de todo el congreso*.) Esta es la norma que hemos tratado de exponer en nuestro proyecto de resolución, pues la verdad es, camaradas, que hemos pecado bastante en este sentido. No nos avergonzamos lo más mínimo de reconocerlo. Carecíamos de experiencia. La propia lucha contra los explotadores la hemos aprendido en la práctica. Si a veces se nos reprocha esa lucha, podemos decir: "La culpa es de ustedes, señores capitalistas. Si ustedes no hubieran opuesto una resistencia tan brutal, insensata, insolente y desesperada, si no se hubieran aliado con la burguesía del mundo entero, la revolución habría adquirido formas más pacíficas". Hoy, después de haber rechazado los rabiosos ataques que nos han hecho desde todos los lados, podemos pasar a otros métodos porque no actuamos como un círculo, sino como un partido que conduce a millones de seres. Esos millones no pueden comprender en el acto el cambio de rumbo, debido a lo cual vemos a cada paso que los golpes dirigidos contra los kulaks dan en el campesino medio. No tiene nada de extraño. Lo que hace falta es comprender que el origen de semejante hecho está en unas condiciones históricas ya superadas, y que las nuevas condiciones y las nuevas tareas con relación a esta clase exigen una nueva mentalidad.

Nuestros decretos acerca de las explotaciones campesinas son justos en el fondo. No tenemos motivos para retractarnos de ninguno de ellos ni para lamentarlos. Mas si los decretos son justos, *lo injusto es imponérselos por la fuerza a los campesinos.* En ningún decreto se habla de eso. Son justos como rutas trazadas, como un llamamiento a adoptar medidas prácticas. Cuando decimos: "Estimulad la asociación", damos directrices que deben ser ensayadas muchas veces para encontrar la *forma* definitiva de su aplicación. Puesto que se ha dicho que es necesario lograr la conformidad voluntaria, hay que convencer a los campesinos, y convencerlos en la práctica. No se dejarán convencer sólo con palabras, y harán bien. Lo malo sería que se dejaran convencer por la simple lectura de los decretos y las hojas de propaganda. Si fuera posible transformar así la vida económica, esa transformación no valdría un comino. Primero hay que demostrar que esa asociación es mejor, hay que asociar a la gente de manera que se agrupen de verdad y no que riñan; demostrar que la asociación es beneficiosa. Así plantean el problema los campesinos y así lo plantean también nuestros decretos. Y si no hemos logrado asociarlos hasta ahora, no hay en ello nada de vergonzoso y debemos reconocerlo públicamente.

Por el momento no hemos cumplido más que la tarea básica de toda revolución socialista: vencer a la burguesía. Y la hemos cumplido en lo fundamental, aunque ahora empieza un semestre dificilísimo, en el que los imperialistas de todo el mundo están haciendo los últimos esfuerzos para aplastarnos. Hoy podemos decir, sin exagerar lo más mínimo, que *ellos mismos han comprendido que, después de este semestre, su causa estará perdida por completo.* O aprovechan ahora nuestro agotamiento y vencen al país, que está solo, o nosotros saldremos vencedores, y no sólo en lo que se refiere a nuestro país. En este semestre, en el que la crisis del abastecimiento se entrelaza con la del transporte, y las potencias imperialistas tratan de emprender la ofensiva en varios frentes, nuestra situación es difícil en extremo. Pero *éste será el último semestre difícil.* Es preciso seguir poniendo en tensión todas las fuerzas para luchar contra el enemigo exterior, que nos ataca.

Mas, a pesar de las dificultades, a pesar de que toda nuestra experiencia está dirigida al aplastamiento inmediato de los explotadores, cuando hablamos de las tareas que implica el trabajo en el campo debemos tener presente, y no olvidarlo, que allí el problema de los campesinos medios está planteado en otros términos.

Todos los obreros conscientes -de Petrogrado, de Ivánovo-Voznesensk, de Moscú- que han estado en el campo han citado ejemplos demostrativos de que una serie de equivocaciones, al parecer las más irreparables, y una serie de conflictos, que parecían los más graves, se allanaban o atenuaban cuando tomaban la palabra obreros sensatos. Y se allanaban o atenuaban porque estos obreros no hablaban en un lenguaje libresco, sino en un lenguaje comprensible para el campesino, porque no hablaban como jefes que se permiten dar órdenes, aunque desconozcan la vida del campo, sino como camaradas que explican a los campesinos la situación y que apelan a sus sentimientos de trabajadores contra los explotadores. Y en el terreno de esta explicación fraternal se conseguía lo que no pudieron lograr otros cientos, que se comportaban como jefes y superiores.

Ese es el espíritu que impregna toda la resolución que sometemos a vuestro estudio.

En mi breve informe he intentado detenerme en el aspecto de principio, en la importancia política general de esta resolución. He procurado demostrar -y quiero creer que lo he logrado- que desde el punto de vista de los intereses de la revolución en su conjunto no existe ningún viraje, no existe ningún cambio de línea. Los guardias blancos y sus auxiliares gritan o van a gritar que sí. Que griten cuanto quieran. Nos tiene sin cuidado. Llevaremos adelante nuestras tareas del modo más consecuente.

Nuestra atención, dedicada hasta ahora a la tarea de aplastar a la burguesía, debe concentrarse en la de organizar la vida del campesino medio. Debemos vivir en paz con él. En la sociedad comunista, los campesinos medíos sólo vendrán a nuestro lado cuando aliviemos y mejoremos las condiciones económicas de su vida. Si mañana pudiéramos proporcionar 100.000 tractores de primera clase, dotarlos de gasolina y de conductores (de sobra sabéis que, por ahora, esto es una fantasía), los campesinos medios dirían: "Voto por la comuna" (es decir, por el comunismo). Mas, para hacer esto, tenemos que vencer antes a la burguesía internacional, obligada a suministrarnos esos tractores, o elevar nuestra productividad hasta el punto de que podamos suministrarlos nosotros mismos. Sólo así quedará planteado con acierto este problema.

El campesino necesita de la industria de la ciudad, no puede vivir sin ella, y la industria está en nuestras manos. Si abordamos la tarea como es debido, el campesino nos estará agradecido, ya que le llevaremos de la ciudad estos productos, estos aperos, esta cultura. Y no serán los explotadores, los terratenientes, quienes se los llevarán, sino camaradas trabajadores como él, a quienes tiene hondo aprecio, pero con un espíritu práctico, sólo por su ayuda real, rechazando -y con justa razón- los métodos de ordeno y mando, la "prescripción" desde arriba.

Ayudadle primero y tratad luego de ganaros su confianza. Si se encauza bien esta labor, si se organiza con acierto cada paso de nuestros grupos en los distritos, en los subdistritos, en los destacamentos de abastecimiento y en las distintas organizaciones, si se comprueba con atención desde este punto de vista toda medida nuestra, nos ganaremos la confianza del campesino , y sólo entonces podremos marchar adelante. Hoy debemos prestarle ayuda, aconsejarle. No se tratará de la orden de un jefe, sino del consejo de un camarada. En ese caso, el campesino estará por completo a nuestro lado.

Eso es, camaradas, lo que contiene nuestra resolución eso es lo que, a mi entender, debe acordar el congreso. Si aprobamos eso, si lo convertimos en guía para toda la labor de las organizaciones de nuestro partido, podremos cumplir también la segunda y gran tarea que tenemos planteada.

Hemos aprendido a derribar a la burguesía y a aplastarla y nos enorgullecemos de ello. Pero no hemos aprendido todavía, y debemos declararlo abiertamente, a normalizar nuestras relaciones con los millones de campesinos medios, a ganarnos su confianza. Sin embargo, hemos comprendido la tarea, la hemos planteado y nos decimos llenos de esperanza, con pleno conocimiento de causa y toda decisión: cumpliremos con éxito esta tarea, y, entonces, el socialismo será absolutamente invencible. (*Prolongados aplausos*.)

8. Palabras contra la propuesta de poner fin a los debates con motivo del informe sobre el trabajo en el campo" pronunciadas el 23 de marzo.

Camaradas: Yo en modo alguno puedo estar de acuerdo con lo dicho por el orador que me ha precedido, pues estoy seguro de que no podréis agotar el tema esta tarde. En la comisión suponíamos que en el congreso no hablaríamos sólo para los reunidos en esta pequeña sala, sino para toda Rusia, que no se fijará solamente en las resoluciones de nuestro congreso, sino que querrá saber, además, hasta qué punto el partido muestra interés por el trabajo en el campo. Por eso es necesario escuchar a los camaradas de la zona rural. Y si en eso perdéis una hora u hora y media, el trabajo en el campo no se resentirá por ello. Esa es la causa que me obliga a rogaros encarecidamente, en nombre de la comisión, que no escatiméis esa hora u hora y media. Es indudable que los trabajadores prácticos que hablarán aquí no agregarán mucho; pero estas pocas horas de nuestro trabajo serán muy útiles para toda la Rusia que lee los periódicos.

9. Resolución sobre la actitud ante el campesinado medio.

Respecto al trabajo en el campo, el VIII Congreso, firme en el terreno del programa del partido que se aprobó el 22 de marzo de 1919 y en el apoyo sin reservas a la ley ya promulgada por el Poder soviético sobre la organización socialista del usufructo de la tierra y sobre las medidas de transición a la agricultura socialista, reconoce que, en los momentos actuales, es de particular importancia aplicar del modo más certero la política del partido con relación a los campesinos medios en el sentido de otorgar más atención a sus necesidades, acabar con los actos de arbitrariedad de las autoridades locales y procurar llegar a un acuerdo con ellos.

1) Mezclar a los campesinos medios con los kulaks y hacer extensivas en mayor o menor grado a los primeros las medidas contra los segundos significa infringir del modo más burdo, no sólo todos los decretos y toda la política del Poder soviético, sino todos los principios fundamentales del comunismo, conforme a los cuales el pacto entre el proletariado y el campesinado medio en el período de la lucha decisiva del proletariado por el derrocamiento de la burguesía es una de las condiciones del tránsito indoloro a la supresión de toda explotación.

2) Los campesinos medios, que tienen raíces económicas relativamente fuertes en virtud del atraso que las máquinas agrícolas llevan de las industriales hasta en los países capitalistas más adelantados, sin hablar ya de Rusia, aún subsistirán bastante tiempo

después del comienzo de la revolución proletaria. Por lo tanto, la táctica de los funcionarios soviéticos en el campo, lo mismo que la de los militantes del partido, deberá contemplar un largo período de colaboración con los campesinos medios.

3) El partido debe conseguir a toda costa que los funcionarios soviéticos del campo comprendan con claridad y solidez la verdad, totalmente comprobada por el socialismo científico, de que los campesinos medios no son explotadores, ya que no sacan ganancias del trabajo de otros. Esta clase de pequeños productores no puede perder con el socialismo, antes al contrario, ganará en medida muy grande del derrocamiento del yugo del capital, que la explota de mil maneras en todos los países, hasta en las repúblicas más democráticas.

La aplicación adecuada por completo de la política del Poder soviético en el campo asegura, por consiguiente, la alianza y el concierto del proletariado victorioso con los campesinos medios.

4) Al estimular las cooperativas de todo tipo y las comunas agrícolas de los campesinos medios, los representantes del Poder soviético no deberán incurrir en la menor coerción para que se formen. Sólo tienen valor las agrupaciones hechas por el libre albedrío de los propios campesinos que ofrecen ventajas comprobadas por ellos en la práctica. La precipitación excesiva en estos asuntos es perjudicial, ya que sólo servirá para reforzar los prejuicios de los campesinos medios contra las innovaciones.

Se deberán pedir severas responsabilidades y destituir del trabajo en el campo a los representantes del Poder soviético que se permitan apelar no sólo a la coerción directa, sino también a la indirecta para incorporar a los campesinos a las comunas.

5) Se castigarán sin piedad todas las requisas arbitrarias, es decir, en discrepancia con las prescripciones exactas de las leyes del poder central. El congreso insiste en la necesidad de reforzar en este terreno el control del Comisariado del Pueblo de Agricultura, del Comisariado del Pueblo del Interior y del CEC de toda Rusia.

6) En los momentos actuales, el desbarajuste extremo originado en todos los países del mundo por los cuatro años de guerra imperialista en aras de los intereses ladronescos de los capitalistas, desbarajuste de gravedad especial en Rusia, coloca a los campesinos medios en una difícil situación.

Tomando eso en consideración, la ley del Poder soviético sobre el impuesto extraordinario, a diferencia de todas las leyes de todos los gobiernos burgueses del mundo, insiste en que el peso del impuesto recaiga enteramente sobre los kulaks, minoría insignificante de campesinos explotadores que amasaron grandes riquezas durante la guerra. Este impuesto deberá ser muy moderado para el campesino medio y constituir una suma que él pueda aprontar sin que le resulte onerosa.

El partido exige que, con relación al campesino medio, el cobro del impuesto extraordinario sea atenuado en todos los casos llegando incluso a disminuir la cuantía del mismo.

7) El Estado socialista deberá prestar la máxima ayuda a los campesinos, ayuda que consistirá principalmente en suministrar a los campesinos medios artículos de las industrias urbanas y, sobre todo, mejores aperos agrícolas, las simientes y diversos materiales para elevar el nivel de la agricultura y mejorar el trabajo y la vida de los campesinos.

Si el actual desbarajuste impide poner en práctica estas medidas sin demora y en todo su alcance, las autoridades soviéticas locales tienen la obligación de encontrar las posibles formas de prestar a los campesinos pobres y medios toda clase de ayuda real para hacer frente a la difícil situación actual. El partido estima necesaria la asignación de importantes fondos públicos para ello.

8) Es necesario conseguir sobre todo que se aplique realmente con pleno vigor la ley del Poder soviético que exige de las haciendas soviéticas, de las comunas agrícolas y de todas las demás agrupaciones similares una ayuda inmediata y múltiple a todos los campesinos medios de los contornos. Sólo con esa ayuda efectiva se podrá pactar con los campesinos medios. Sólo así podremos y debemos ganarnos su confianza.

El congreso llama la atención de todos los funcionarios del partido a la necesidad de poner realmente en práctica sin demora los puntos expuestos en la parte agraria del programa del partido, a saber:

a) reglamentación del usufructo de la tierra por los campesinos (supresión de los enclavados, de las "hazas largas", etc.); b) suministro de simientes seleccionadas y de abonos químicos a los campesinos; c) mejora de las razas de ganado; d) difusión de los conocimientos agronómicos; e) ayuda agronómica a los campesinos; f) reparación de los aperos agrícolas de los campesinos en talleres de los Soviets; g) organización de establecimientos de alquiler de aperos, de estaciones experimentales, campos modelo, etc.; h) mejora de las tierras de los campesinos.

9) La formación de cooperativas de campesinos con objeto de aumentar la producción agrícola y, en particular, de transformar los productos del agro, mejorar las tierras de los campesinos, fomentar las industrias de oficio, etc., deberán recibir del Estado cuantiosa ayuda tanto en forma de subsidios como de organización.

10) El congreso recuerda que ni las resoluciones del partido ni los decretos del Poder soviético se han desviado nunca de la tendencia al acuerdo con los campesinos medios. Así, por ejemplo, en el importantísimo problema de la organización del

Poder soviético en el campo, al constituirse los comités de campesinos pobres, se publicó una circular suscrita por el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo y el Comisario del Pueblo de Abastecimiento, en la que se señalaba la necesidad de incluir en esos comités a representantes de los campesinos medios también. Cuando estos comités de campesinos pobres fueron disueltos, el congreso de los Soviets de toda Rusia volvió a señalar la necesidad de incluir en los Soviets subdistritales a representantes del campesinado medio. La política del gobierno obrero y campesino y del Partido Comunista deberá seguir aplicándose en lo sucesivo en ese espíritu de convenio entre el proletariado y los campesinos pobres, por un lado, y los campesinos medios, por otro.

10. Discurso de clausura del congreso, pronunciado el 23 de marzo.

Nuestro orden del día, camaradas, se ha agotado. Permitirme que pronuncie unas palabras con motivo de la terminación del congreso.

Camaradas: Hemos tenido que reunirnos en un momento difícil, y no sólo porque hemos perdido a nuestro mejor organizador y dirigente práctico, a Yákov Mijáilovich Sverdlov. Hemos tenido que reunirnos en un momento especialmente difícil porque el imperialismo internacional -ya no queda la menor duda de ello- hace el último intento, de fuerza singular, de aplastar a la República Soviética. No nos cabe ninguna duda de que la acrecentada ofensiva desde el Oeste y desde el Este, simultaneada con toda una serie de levantamientos de guardias blancos y con las tentativas de desmontar las vías férreas en varios lugares es un paso de los imperialistas de la Entente, meditado muy a las claras y decidido con toda evidencia en París. Todos conocemos, camaradas, las dificultades con que Rusia, después de haber sufrido una guerra imperialista de cuatro años, tuvo que empuñar de nuevo las armas para defender la República Soviética frente a las fieras imperialistas. Todos sabemos cuán dura es esta guerra, cómo nos extenúa. Pero sabemos también que si esta guerra se sostiene con sublime energía, con sublime heroísmo, es únicamente porque se ha creado, por vez primera en el mundo, un ejército, una fuerza armada que sabe por qué lucha, y porque los obreros y los campesinos, que soportan sacrificios increíblemente penosos, tienen clara conciencia, por vez primera en el mundo, de que defienden la República Socialista Soviética, el poder de los trabajadores sobre los capitalistas, de que defienden la causa de la revolución socialista proletaria mundial.

A pesar de esas difíciles condiciones, hemos conseguido hacer en breve plazo una obra muy grande. Hemos conseguido aprobar, además, por unanimidad -lo mismo que todos los acuerdos esenciales del congreso- el programa. Estamos seguros de que, no obstante sus numerosos defectos de redacción y de otra índole, ha entrado ya en la historia de la III Internacional como el programa que resume la nueva etapa del movimiento emancipador mundial del proletariado. Estamos seguros de que en toda una serie de países en los que tenemos muchísimos más aliados y amigos de lo que sabemos, la simple traducción de nuestro programa será la mejor respuesta a la pregunta de qué ha hecho el Partido Comunista de Rusia, que es uno de los destacamentos del proletariado mundial. Nuestro programa será un documento de inmenso vigor para la propaganda y la agitación, será el documento que permitirá a los obreros decir: "Ahí están nuestros camaradas, nuestros hermanos; ahí se está realizando nuestra obra común".

Camaradas, hemos conseguido también adoptar en este congreso otras decisiones importantísimas. Hemos aprobado la creación de la III Internacional, la Internacional Comunista, que se ha fundado aquí, en Moscú. Hemos llegado a un acuerdo unánime sobre la cuestión militar. Por muy grandes que parecieran al principio las discrepancias, por muy dispares que fueran las opiniones de muchos camaradas, que han hablado aquí con toda sinceridad de los defectos de nuestra política militar, en la comisión hemos llegado con extraordinaria facilidad a un acuerdo absolutamente unánime. Y saldremos de este congreso seguros de que nuestro defensor principal, el Ejército Rojo, en aras del cual todo el país soporta tan innumerables sacrificios, tendrá en todos los congresistas, en todos los miembros del partido, a sus auxiliares, dirigentes, amigos y colaboradores más fervientes y fieles sin reservas.

Camaradas, en lo que atañe a las cuestiones de organización, hemos resuelto con tanta facilidad los problemas que teníamos planteados porque la historia de las relaciones del partido con los Soviets había esbozado ya todas esas soluciones. No nos quedaba más que resumir. Respecto al trabajo en el campo, hemos trazado con el acuerdo unánime y rápido del congreso la pauta en un problema muy necesario y dificilísimo, considerado en otros países incluso insoluble: en el problema de la actitud del proletariado, después de derrocar a la burguesía, ante los millones y millones de campesinos medios. Todos estamos seguros de que esta resolución del congreso fortalecerá nuestro poder. En los tiempos difíciles que vivimos, cuando los imperialistas hacen el último intento de derrocar por la violencia el Poder soviético, cuando la perentoria escasez de víveres y la desorganización del transporte ponen una y otra vez en una situación desesperada a centenares, millares y millones de personas, estamos seguros de que la resolución que hemos aprobado y el espíritu que ha animado a los congresistas ayudarán a soportar esta prueba, ayudarán a salir de este difícil

semestre.

Estamos seguros de que *éste será el último semestre difícil.* Nos reafirma especialmente en esta seguridad la noticia que comunicamos hace unos días al congreso: la del triunfo de la revolución proletaria en Hungría. Si el Poder soviético había triunfado hasta ahora únicamente en el interior, entre los pueblos que integraban lo que fue Imperio ruso; si la gente miope, que se desprende con particular dificultad de la rutina y de los viejos modos de pensar (aunque pertenezca al campo de los socialistas), podía creer hasta ahora que sólo las peculiaridades de Rusia habían originado este inesperado viraje hacia la democracia soviética proletaria y que en las peculiaridades de esta democracia se reflejan, quizá, como en un espejo deformante, las viejas peculiaridades de la Rusia zarista; si esa opinión podía mantenerse todavía, ahora ha sido destruida hasta los cimientos. Camaradas, las noticias recibidas hoy nos pintan un cuadro de la revolución húngara. Sabemos por las informaciones de hoy que las potencias aliadas han presentado el ultimátum más salvaje a Hungría, exigiéndole que deje pasar a las tropas. El gobierno burgués, al ver que las potencias aliadas quieren que sus tropas atraviesen Hungría, al ver que sobre Hungría vuelve a recaer el inaudito peso de una nueva guerra, el gobierno burgués conciliador ha dimitido, ha entrado él mismo en negociaciones con los comunistas, con los camaradas húngaros que se encontraban en las cárceles, y él mismo ha reconocido que no hay otra salida que la entrega del poder al pueblo trabajador. (*Aplausos*).

Camaradas, se ha dicho de nosotros que somos usurpadores. A fines de 1917 y comienzos de 1918, la burguesía y muchos de sus adeptos no tenían otras palabras para hablar de nuestra revolución que las de "violencia" y "usurpación". Todavía se oyen afirmaciones, cuya absurdidad hemos demostrado más de una vez, según las cuales el poder bolchevique se sostiene gracias a la violencia. Si esas estupideces se podían repetir antes, el ejemplo de Hungría obliga a callar ahora a quienes las decían. Hasta la burguesía ha visto que no puede existir otro poder que el de los Soviets. La burguesía de un país más culto ha visto, con mayor claridad que nuestra burguesía en vísperas del 25 de octubre, que el país se hunde, que el pueblo ha de pasar por pruebas cada vez más duras y que, por consiguiente, el poder debe estar en manos de los Soviets, que los obreros y los campesinos de Hungría, la nueva democracia proletaria soviética, debe salvar al país.

Las dificultades de la revolución húngara son inmensas, camaradas. Este país, pequeño en comparación con Rusia, puede ser estrangulado por los imperialistas con mucha mayor facilidad. Pero cualesquiera que sean las dificultades que, sin duda, se presentan aún a Hungría, tenemos en este caso, además de la victoria del Poder soviético, *una victoria moral* nuestra. La burguesía más radical, más democrática y conciliadora ha reconocido que en un momento de crisis grandiosa, cuando sobre un país extenuado por la guerra se cierne la amenaza de una nueva guerra, el Poder soviético es una necesidad histórica; ha reconocido que en un país así no puede haber más poder que el de los Soviets, que la dictadura del proletariado.

Camaradas, hemos dejado en pos nuestro a toda una pléyade de revolucionarios que sacrificaron su vida por la liberación de Rusia. A la mayoría de esos militantes revolucionarios les tocó en suerte un duro destino. Les tocaron en suerte las persecuciones del zarismo y no han tenido la dicha de asistir al triunfo de la revolución. Pero nosotros hemos tenido una felicidad mayor aún. No sólo hemos visto el triunfo de nuestra revolución, no sólo hemos visto cómo se afianzaba en medio de dificultades inauditas y creaba las nuevas formas de poder, que nos granjean las simpatías del mundo entero, sino que vemos también que la semilla sembrada por la revolución rusa germina en Europa. Esto hace que nazca en nosotros la seguridad absoluta e inflexible de que, por duras que sean las pruebas que tengamos que afrontar aún, por grandes que sean las calamidades que pueda causarnos todavía la fiera agonizante del imperialismo internacional, esa fiera morirá, y el socialismo vencerá en el mundo entero. (*Prolongados aplausos*.)

Declaro clausurado el VIII Congreso del Partido Comunista de Rusia.

Publicados: el discurso de apertura del congreso, el informe del Comité Central, el informe sobre el programa del partido, el discurso de clausura de los debates en torno al informe sobre el programa del partido, la resolución sobre la actitud ante el campesino medio y el discurso de clausura del congreso los días 20, 21, 22, 25, 27 y 28 de marzo y el 1 y 2 de abril de 1919 en los núms. 60, 62, 64, 70 y 71 de "Pravda" y 60, 61, 62, 66, 67 y 70 de "Izvestia del CEC de toda Rusia"; las palabras contra la propuesta de poner fin a los debates en torno al informe sobre el trabajo en el campo, en 1919, en el libro "VIII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia. Actas taquigráficas. 18-23 de marzo de 1919".

T. 38, págs., 125-215.

¿QUE ES EL PODER SOVIÉTICO?

Discurso grabado en disco fonográfico.

¿Qué es el Poder soviético? ¿En qué consiste la esencia de este nuevo poder, que no quieren o no pueden comprender aún en la mayoría de los países? Su esencia, que atrae cada día más a los obreros de todas las naciones, consiste en que el Estado era gobernado antes, de uno u otro modo, por los ricos o los capitalistas, mientras que ahora lo gobiernan por primera vez (y, además, en masa) precisamente las clases que estaban oprimidas por el capitalismo. Mientras exista la dominación del capital, mientras la tierra siga siendo propiedad privada, el Estado lo gobernará siempre, incluso en la república más democrática y más libre, una pequeña minoría, integrada en sus nueve décimas partes por capitalistas o ricos.

Por primera vez en el mundo, el poder del Estado ha sido organizado en Rusia de manera que únicamente los obreros y los campesinos trabajadores, excluidos los explotadores, constituyen los Soviets, organizaciones de masas a las que se transfiere todo el poder público. Esa es la causa de que, por más que calumnien a Rusia los representantes de la burguesía de todos los países, la palabra "Soviet" no sólo se ha hecho comprensible en todo el mundo, sino popular, entrañable para los obreros, para todos los trabajadores. Y precisamente por eso, el Poder soviético, cualesquiera que sean las persecuciones de que se haga objeto a los partidarios del comunismo en los distintos países, triunfará en todo el mundo de modo ineludible o indefectible en un futuro próximo.

Sabemos muy bien que tenemos todavía muchos defectos en la organización del Poder soviético. Este poder no es un talismán prodigioso. No cura de golpe las lacras del pasado, el analfabetismo, la incultura, la herencia de la brutal guerra, la herencia del capitalismo rapaz. En cambio, permite pasar al socialismo. Ofrece a los oprimidos de ayer la posibilidad de elevarse y de tomar cada vez más en sus manos toda la gobernación del Estado, toda la administración de la economía, toda la dirección de la producción.

El Poder soviético es el camino al socialismo, hallado por las masas trabajadoras y, por eso, un camino acertado e invencible.

Pronunciado a fines de marzo de 1919. Publicado el 21 de enero de 1928 eh el núm. 18 de "Pravda".

T. 38, págs. 238-289.

REUNIÓN PLENARIA Y EXTRAORDINARIA DEL SOVIET DE MOSCÚ DE DIPUTADOS OBREROS Y COMBATIENTES DEL EJÉRCITO ROJO.

3 de abril de 1919

1. Informe sobre la situación interior y exterior de la Republica Soviética.

Camaradas: He de comenzar mi informe sobre la situación interior y exterior de la República Soviética diciendo que en estos meses de primavera vamos a tener de nuevo una situación extraordinariamente difícil. Creo que las condiciones de la guerra, tanto de la civil como de la que sostenemos contra la Entente, nos permiten afirmar, en todo caso, aun razonando con la mayor prudencia -volveré a referirme a esas condiciones cuando hable de la situación internacional-, que este semestre, ya mediado, será el último de gravedad, puesto que los capitalistas franceses e ingleses no podrán ya repetir con tanto empuje como ahora las embestidas en que ponen todas sus fuerzas contra nosotros. Por otra parte, todas las conquistas que nuestro Ejército Rojo ha hecho en Ucrania y en el Don, y que podemos consolidar, aliviarán en grado considerable nuestra situación interior, nos proporcionarán cereales y hulla, víveres y combustibles. Pero ahora, en tanto la lucha no ha terminado aún, en tanto tropezamos con las mayores dificultades en el acopio de cereales en Ucrania, en tanto los caminos siguen intransitables, debido al deshielo primaveral, la situación es gravísima.

Hemos dicho multitud de veces que toda la fuerza del Poder soviético reside en la confianza y en la actitud consciente de los obreros. Hemos demostrado multitud de veces que, por más numerosos que sean los enemigos que nos rodean y los espías que la Entente envía a nuestro país, auxiliados por algunos que, quizá sin darse cuenta, ayudan a los guardias blancos, no debemos perder de vista ni un momento que cada palabra pronunciada aquí será mal interpretada y que los agentes de los guardias blancos escucharán bien atentos lo que digamos. Pero no nos importa. Sacaremos mucho más provecho de la verdad dicha en público y sin tapujos, pues estamos seguros de que, por dolorosa que sea, cuando se proclama claramente, todo obrero consciente y todo campesino trabajador extraerán de ella la única conclusión acertarla que puede extraerse.

La única conclusión posible que de ella extraerán es, en fin de cuentas, la de que nuestra causa está próxima a la victoria en el mundo entero y que, por más duras que sean las condiciones de las masas trabajadoras, extenuadas, hambrientas y a atormentadas por los cuatro años de guerra imperialista y los otros dos años de la guerra civil más espantosa; por muy grave que sea la situación y por mucho que haya empeorado ahora, tenernos las mayores probabilidades de obtener la victoria, y no sólo en Rusia, sino en el mundo entero. Por eso, a pesar de lo duros que todavía pueden ser los cuatro o cinco meses próximos, lograremos superar una vez más nuestras dificultades y demostrar así a los enemigos, a la coalición mundial de capitalistas, que su ofensiva contra Rusia fracasará.

Y en estos precisos momentos hacen ellos tentativas, sin duda conforme a un plan preconcebido, de aplastarnos por la fuerza de las armas, desde el Oeste y el Este, para salvar del desastre a las bandas agonizantes de Krasnov. Ayer recibimos la noticia de la caída de Mariúpol, Rostov, por lo tanto, queda medio cercado. En pocas palabras, los países de la Entente dirigen todos sus esfuerzos a sacar del apuro a Krasnov y a asestarnos un rudo golpe esta primavera. No cabe duda de que operan de acuerdo con Hindenburg. El camarada de Lotonin nos ha informado de la situación en que se han visto nuestros compañeros letones. La mayor parte del país ha sufrido unas calamidades tan grandes corno ni siquiera se pueden imaginar los obreros de Moscú: los estragos de la invasión y del asolamiento reiterado de las aldeas por las tropas que se desplazan en tropel. Ahora los alemanes avanzan hacia Dvinsk para aislar a Riga. Por el Norte les ayudan los guardias blancos estonios, sostenidos con dinero enviado por Inglaterra y reforzados con los voluntarios que mandan los suecos y los daneses y que están enteramente a sueldo de los multimillonarios de Inglaterra, Francia y Norteamérica. Operan conforme a un plan común, claro por completo para nosotros, aprovechándose de haber debilitado en Alemania, con su sangrienta represión, el movimiento de los espartaquistas y revolucionarios. Y aunque presienten que se les aproxima el fin, creen que la situación es lo bastante

propicia para dejar a Hindenburg que disponga de una parte de sus tropas e intensifique la ofensiva desde el Oeste contra la torturada y atormentada Letonia y nos amenace a nosotros. Por otra parte, Kolchak ha logrado una serie de victorias en el Este, preparando así las condiciones para la última y más decisiva embestida de los países de la Entente.

Como siempre, no se limitan a atacar desde fuera; operan también dentro del país mediante conjuras, rebeliones, tentativas de poner bombas y volar la conducción de agua potable a Petrogrado, de lo que os habéis enterado por los periódicos; intentan inutilizar las vías férreas, como han hecho cerca de Samara, por donde pasa ahora el ferrocarril más importante que nos surte cereales del Este. Una parte de estos cereales se ha perdido al caer en manos de Kolchak. Se han hecho tentativas de levantar los raíles de la vía Kursk-Járkov, por la que comenzábamos a transportar la hulla recuperada por el Ejército Rojo en la cuenca del Donets. Cuando sumamos y examinamos todo esto junto, vemos claro que los países de la Entente, que los imperialistas y los multimillonarios franceses hacen la última tentativa de aplastar el Poder soviético por la fuerza de las armas.

Tanto los mencheviques corno los eseristas de derecha e izquierda siguen sin comprender hasta hoy que la lucha va tocando a su fin, que el problema planteado es el de la guerra más implacable y atroz, tan pronto siguen predicando la huelga corno el cese de la guerra civil. Adopten la actitud que quieran, ayudan a los guardias blancos. Hablaré de ellos más adelante; aquí quería señalar sólo que la situación es grave en realidad.

Todas las fuerzas de los capitalistas internacionales quieren darnos esta primavera la batalla final. Por fortuna, estas fuerzas son las de un anciano decrépito, enfermo sin cura y agonizante: el capitalismo internacional. Pero, comoquiera que esto sea, las fuerzas militares reunidas hoy contra nosotros son numerosísimas. Kolchak, en concreto, ha puesto en juego ahora todas sus reservas; cuenta con nutridas bandas de guardias blancos voluntarios y con la ayuda de Inglaterra y Estados Unidos en forma de una inmensidad de armas y municiones. Por eso, la situación actual nos exige una clara comprensión de las dificultades que afronta la República Soviética.

Estamos seguros de que las masas trabajadoras han comprendido en aras de qué se hace la guerra. Saben que los próximos meses decidirán la suerte de nuestra revolución y, en medida considerable, de la revolución internacional; han comprendido que esta tentativa de los capitalistas de aplastar a la Rusia Soviética es tan enconada y que los capitalistas arremeten contra nosotros con tanta furia porque saben que dentro de sus países tienen delante el mismo enemigo: el movimiento bolchevique. Este movimiento crece también en sus países con rapidez y pujanza incontenible.

Lo que comunica una gravedad especial a nuestra situación y nos obliga a recabar de manera continuada la ayuda de todos los obreros conscientes son las dificultades con que tropezamos en el suministro de comestibles y en el transporte. El sistema de transporte vino siendo destrozado paulatinamente en los cuatro años de guerra imperialista; y en un país tan atrasado como Rusia las huellas de este destrozo no se han borrado aún, ni podrán borrarse en muchos meses, ni quizás en años de tenaz esfuerzo. Ahora bien, es imposible trabajar sin combustible. Sólo en el último tiempo hemos empezado a recibir hulla de la cuenca del Donets. Sabéis que los ingleses nos han arrebatado el petróleo de Bakú, que al haberse apoderado de una parte de los barcos del mar Caspio y al haber ocupado a Grozni, nos obstaculizan el aprovechamiento del petróleo. Y sin combustible no pueden funcionar ni la industria ni los ferrocarriles. Debemos poner en tensión todas nuestras fuerzas.

Decimos una vez más a todos nuestros camaradas: es preciso incorporar más fuerzas a la labor de mejorar el abastecimiento de víveres y el funcionamiento del transporte. El transporte funciona tan mal que, en el Este de Rusia, al otro lado del Volga, hemos reunido millones de puds de trigo y centeno -de 10 a 20 millones han sido ya acopiados y almacenados- y no podemos transportarlos. Hemos perdido una parte de este cereal como consecuencia del avance de las tropas de Kolchak, que tomaron Ufá y obligaron a nuestras fuerzas a replegarse. Esta es una pérdida muy dura y dolorosa. La mejora del funcionamiento del transporte requiere el máximo esfuerzo. Es preciso que, en cada reunión, los obreros se pregunten: ¿cómo podemos contribuir a mejorar el transporte? ¿No podríamos sustituir con mujeres en los trabajos de aquí a los hombres y enviar a éstos a los talleres de reparación o a ayudar a los ferroviarios? Los obreros sabrán cómo hacerlo mejor, pues ellos están enterados de quién vale para qué especialidad. Eso lo sabe mejor la gente práctica, que habrá de idear más y más formas de ayuda. Confiamos en que nuestro Comisariado de Vías de Comunicación y nuestro Comisariado de Abastecimiento habrán conseguido ya últimamente algunos éxitos y estamos seguros de ello. El mes del transporte de mercancías, durante el cual ha estado suspendido el movimiento de pasajeros, por mucho que nos calumnien nuestros enemigos, ha dado ya cierta mejora; pero hay que decuplicar nuestros esfuerzos para obtener mayores éxitos. Ayer se publicaron en *Izvestia* algunas cifras. Citaré las principales. A comienzos de marzo llegaba a Moscú un promedio diario de ciento dieciocho vagones de víveres, veinticinco de los cuales eran de trigo o centeno. A fines de marzo empezaron a llegar

doscientos nueve vagones de víveres, cuarenta y siete de los cuales eran de cereales, o sea, casi el doble que antes, lo que demuestra que fue un acierto adoptar una medida tan drástica como la prohibición del movimiento de pasajeros. Eso significa que hemos ayudado a la población hambrienta de Moscú, de Petrogrado y de toda la zona industrial. Pero está muy lejos de ser todo lo que puede hacerse. Y más adelante, cuando los caminos se pongan intransitables por completo, pasaremos días de mayores dificultades y más hambre. Por eso decimos que se debe trabajar con los mayores ahínco y energía en ese terreno. Debemos apoyarnos principalmente en las masas obreras y no en los intelectuales que, aun habiéndose puesto a nuestro servicio, son, muchos de ellos, inutilizables a pesar de todo.

Debemos tener presente asimismo la situación de Ucrania. Todo su territorio ha estado ocupado el año entero por los alemanes, y la situación del Don ha sido gravísima en su totalidad; hemos tenido que aguantar mucho. Pero ya va mejorando nuestra situación. En Ucrania tenernos doscientos cincuenta y ocho millones de puds de cereales y hemos destinado ya cien a la distribución; pero lo peor es que a los campesinos ucranios les dura el tremendo susto que les dieron los alemanes y el pillaje alemán. He oído decir que los campesinos están allí tan asustados por los alemanes que, a pesar de conocer cuál es aquí la situación del Poder soviético, siguen hasta hoy sin atreverse a tornar las tierras de los terratenientes. Entretanto, va llegando la temporada del laboreo primaveral de la tierra. Los campesinos ucranios han sufrido tanto en su carne los horrores de la expoliación alemana que se muestran hasta la fecha indecisos en extremo. Debe decirse que en Ucrania se mantuvo todo el tiempo una guerra de guerrillas, guerra que sigue haciéndose ahora en el Sur también. Allí no hay tropas regulares, y ésa es la causa de que no se haya logrado hasta hoy una victoria completa. Hemos desplazado hacia allá tropas regulares nuestras, pero eso no hasta. Hay que reforzar considerablemente nuestra labor, y por eso quiero deciros que en cada reunión de obreros se deben plantear de manera concreta el problema del acopio y suministro de víveres y el problema del transporte. Tenemos que decidir sin tardanza cómo aliviar la situación y cómo utilizar lo que hoy es aprovechable.

Debemos tener bien sabido que podremos mantenernos firmes en pie y obtener nuestras brillantes victorias sólo mediante la fuerza de la clase obrera; por eso debernos enviar al frente a las mejores fuerzas de nuestro proletariado. Debemos enviar al frente a los militantes destacados. Y si por ello se resiente aquí alguna institución, es claro que eso nos ocasionará cierto perjuicio, pero no pereceremos; en cambio, si en el ejército hay pocos obreros, sucumbiremos sin la menor duda. Nuestro ejército adolece hasta hoy de cohesión y organización insuficientes, y en este sentido toda la ayuda tiene que venir de los obreros, en ellos debemos cifrar toda nuestra esperanza. Únicamente los obreros que han pasado por toda la lucha, que pueden transmitir toda su experiencia, todo lo que han vivido, podrán influir en el ejército y convertir a los campesinos en los guerreros conscientes que necesitamos.

Por eso hemos venido aquí de nuevo, os hemos reunido a todos y os damos cuenta del calamitoso estado en que se encuentra nuestro transporte debido a nuestra grave situación general. Hacernos hincapié en que debernos aguantar tres o cuatro meses más, sólo entonces será nuestra la victoria completa. Mas para eso hacen falta fuerzas. ¿De dónde sacarlas? ¿No vemos, acaso, que únicamente los obreros, que cargaban con todo el peso de nuestro desbarajuste, cuando la lucha alternaba con las invasiones de los guardias blancos, debido a lo cual apechugaban con todo y, en consecuencia, adquirían gran experiencia, que los únicos que pueden ayudarnos son estos obreros, nuestros destacamentos de vanguardia? Sabernos perfectamente que están extenuados hasta lo increíble, que están agotados por el trabajo sobrehumano que les ha caído en suerte. Sabemos todo eso, pero os decimos hoy aquí, a pesar de ello, que es preciso poner en tensión todas las fuerzas, que se debe pensar en concentrar todas las energías para la revolución, para que ésta alcance una brillante victoria. Vienen ahora los días más difíciles y más duros, y debemos actuar como revolucionarios. Debernos sacar las fuerzas del medio de las masas trabajadoras.

Ayer se celebró aquí una reunión de dirigentes influyentes del movimiento sindical de Moscú y de toda Rusia. Y en esa reunión todos convinieron en la necesidad de incorporar en los momentos actuales al trabajo a la gente mediana que hasta hoy todos creíamos incapaz de realizarlo. Pero ha quedado claro por completo que, para relevar a nuestros militantes extenuados, necesitamos poner a trabajar a este sector mediano y que, antes de hacerlo, es necesario que lo instruyan quienes han venido realizando este trabajo hasta hoy día. Tenemos que conservar nuestras fuerzas, para lo cual debemos sustituir por cierto tiempo a nuestros militantes destacados con gente mediana. Tenemos que promover a decenas de miles de trabajadores de ésos. No temamos que no hagan su trabajo tan bien como lo harían los militantes duchos. Si los colocamos en puestos de responsabilidad, los errores que cometan al principio no tendrán serias consecuencias. Lo importante para nosotros es colocarlos en puestos de responsabilidad y de vanguardia, desde los que puedan aplicar su energía y desplegar su actividad, porque podrán obrar con mano segura, pues sabrán

que los respalda gente ducha que cuenta ya con la experiencia de un año de trabajo en Rusia. Saben que estos camaradas de más experiencia acudirán en su ayuda y les facilitarán la tarea en los momentos críticos. Este nuevo sector de obreros podrá hacer las cosas bien si los obreros de vanguardia los promueven a puestos de avanzada. Y podemos hacerlo sin menoscabo, porque este amplio sector posee instinto proletario, comprensión proletaria y sentido del deber. Se puede confiar en ellos y afirmar que nos ayudarán en los momentos difíciles. Rusia se ha distinguido por haber sabido encontrar siempre, en las situaciones más difíciles, a las masas populares que podían ser impulsadas adelante, como una reserva en la que se hallaban nuevas fuerzas cuando las viejas comenzaban a extinguirse. Sí, el obrero de vanguardia está extenuado, y el sector que le sigue hará las cosas peor; pero eso no es grave, ni nos ocasionará menoscabo, ni hundiremos nuestra causa si ponemos en movimiento a estas nuevas fuerzas, si las encauzamos y no toleramos que nuestra causa perezca.

En estas circunstancias no se puedo menos de mencionar a los eseristas y los mencheviques. En los últimos tiempos, el Poder soviético ha empezado a detener los y a clausurar sus periódicos. Al verlo, algunos camaradas obreros dicen: "Eso significa que se equivocaban los bolcheviques -yo entre ellos- que nos indujeron a hacer cierta concesión a los demócratas pequeñoburgueses. ¿Para qué les hacíamos concesiones, si ahora tenemos que detenerlos y clausurar sus periódicos? ¿Hay alguna consecuencia en eso?"

Mi respuesta es la siguiente. En un país corno Rusia, donde toda la agricultura está a cargo de los elementos pequeñoburgueses, no podremos sostenernos mucho tiempo sin la ayuda de este sector pequeñoburgués. Actualmente, este sector no va derecho a la meta, sino haciendo zigzags. Si persigo a un enemigo que se retira haciendo zigzags, y no en línea recta, yo también debo avanzar en zigzag para alcanzarlo. Hablando en términos políticos, las masas pequeñoburguesas vacilan entre el trabajo y el capital y necesitan recibir cien golpes para que lleguen a comprender que la única alternativa posible es o la dictadura de la burguesía o la dictadura de la clase obrera. Quien tiene esto presente, conoce cuál es la situación actual. Y los obreros la conocen. La experiencia y toda una serie de observaciones les han hecho comprender que sólo son posibles esos dos tipos de poder: o el poder absoluto de la clase obrera o el poder absoluto de la burguesía; ahí no hay ningún término medio, no hay ningún tercer camino. La clase obrera hace mucho que lo comprendió por la lucha huelguística y revolucionaria. La pequeña burguesía no puede comprenderlo de repente; centenares de ejemplos diarios no pueden enseñar ni hacer a la pequeña burguesía a esta idea, y ella no deja de pensar en aliarse con la gran burguesía, pues no le cabe en la cabeza que es inevitable o la dictadura del proletariado o la dictadura de la burguesía.

Los eseristas y los mencheviques han sacado en limpio de la experiencia de Kolchak que la democracia no ha dado nada, y no por casualidad, en medio de la lucha más furiosa y desesperada, sostenida con ayuda del extranjero. Sobre ellos presionan dos fuerzas -y no hay nada más que ellas-: o la dictadura de la burguesía o el poder y la dictadura completa de la clase obrera; en parte alguna pudo dar ni dio nada ningún término medio. Nada resultó de la Asamblea Constituyente. Y eso lo sufrieron en su carne los eseristas, los mencheviques y la pequeña burguesía.

Cuando los eseristas y los mencheviques decían: "Nos apartaremos de Kolchak y de todos los que estén a favor de él y de la intervención de la Entente", lo hacían no sólo con doblez. Era no sólo una argucia política, aunque parte de esa gente pensaba así: "Engañaremos a los bolcheviques con tal de que se nos dé la posibilidad de volver a lo de antes". Nosotros vimos la argucia y, por supuesto, tomamos medidas contra ella. Pero cuando los mencheviques y los eseristas decían eso, no se trataba sólo de hipocresía y artimaña; muchos *estaban persuadidos* de ello. Entre esa gente vemos no sólo a un grupo de literatos, sino también a sectores pequeñoburgueses de peritos, ingenieros, etc. Cuando los mencheviques declararon que estaban en contra de la intervención de los aliados, les propusimos que trabajaran con nosotros, ellos aceptaron de buen grado. Pero hoy los perseguimos con razón de sobra a ellos y al sector pequeñoburgués, pues este sector es de una torpeza supina para comprender. Se ha visto en el período de Kerenski y también por su conducta actual. Cuando se pusieron a nuestro servicio, dijeron: "Nos hemos retirado de la política; trabajaremos de buena gana". Les contestamos: "Necesitamos funcionarios de procedencia menchevique, ya que no son ni defraudadores de fondos públicos ni cavernícolas que se infiltran entre nosotros y se alistan a los comunistas para hacernos faenas". Si hay quienes creen en la Asamblea Constituyente, les decimos: "Crean, señores, y no sólo en la Constituyente, sino en Dios también; pero hagan su trabajo y no se metan en política". Cada día son más los que, entre ellos, se saben desprestigiados en política: clamaban a gritos que el Poder soviético era una invención monstruosa posible sólo en la bárbara Rusia. Decían que la disolución de la Constituyente era un acto de bárbaros criados por el zarismo. Y estas voces eran coreadas en Europa. Ahora llegan de Europa noticias de que el Poder soviético va a sustituir a las asambleas constituyentes burguesas en el mundo entero. Estas son lecciones que se dan a todos los

intelectuales que se ponen a trabajar para nosotros. Hoy trabaja para nosotros el doble de funcionarios que hace seis meses. Hemos salido ganando con haber admitido a estos funcionarios que trabajan mejor que los cavernícolas. Cuando les propusimos que entrasen a nuestro servicio, el los decían: "Temo a Kolchak; estoy contigo, pero no quiero ayudarle. Razonaré como un parlamentario de los más puros, corno si ocupase un escaño de la Constituyente; y tú no te atrevas a tocarme, pues soy demócrata". Nosotros decimos a estos grupos que hablan de la Constituyente: "Si van a seguir ustedes hablando así durante mucho tiempo, los enviaremos con Kolchak o a Georgia". (*Aplausos*.) Se entabla una polémica y surge la oposición de un grupo legal. Nosotros no toleraremos la oposición. Los imperialistas del mundo entero nos agarran del pescuezo, procuran derrotarnos con toda la violencia de una embestida armada y nos vemos obligados a pelear, y la pelea es a vida o muerte. Si has venido aquí para ayudarnos, bienvenido seas; pero si vas a publicar periódicos e instigar a los obreros a la huelga, y a causa de las huelgas mueren nuestros soldados rojos en los frentes, y con cada día de huelga sufren privaciones y el tormento del hambre decenas de miles de nuestros obreros fabriles -el tormento que nos preocupa tanto-, os posible que tengas razón desde el punto de vista de la Constituyente, pero desde el punto de vista de nuestra lucha y de la responsabilidad quo recae sobre nosotros estás equivocado, no puedes ayudarnos, ¡vete a Georgia, vete con Kolchak, o te meteremos en la cárcel! Y lo haremos.

Camaradas, confío en que aprobaremos por unanimidad la resolución que se presentará al final de la reunión. Nos hemos esforzado por formular en ella las indicaciones necesarias que he procurado argumentar en mi informe. Ahora quisiera pasar a tratar dos cuestiones: el estado en que se encuentran los campesinos medios y la situación internacional, que es de una importancia excepcional.

De los campesinos medios hablamos en el congreso de nuestro partido y decidimos la pauta que éste debe seguir con ellos. Nuestro partido ha elegido para un cargo de responsabilidad, el de presidente del CEC de toda Rusia, cargo de tanto mayor responsabilidad cuanto que hasta hace poco lo desempeñaba el camarada Sverdlov, organizador de talento excepcional, al camarada Kalinin, obrero de San Petersburgo que guarda hasta la fecha sus vínculos con el campo. Hoy publican los periódicos la noticia del asesinato de un camarada Kalinín por los eseristas, pero no es el Kalinín al que me refiero. Esto es una muestra de los métodos a los que recurren los eseristas. El camarada M. I. Kalinín era campesino medio de la provincia de Tver, y todos los años va a visitarla. Los campesinos medios constituyen el sector más vasto de la población y se ha ampliado después de nuestra revolución merced a que abolimos la propiedad terrateniente, privada, de la tierra. Los campesinos resultaron beneficiados de nuestra revolución, porque tomaron todas las tierras de los terratenientes, y eso tuvo la consecuencia de aumentar notablemente el número de campesinos medios. Y si entre ellos se advierte descontento, decimos que es causado desde arriba y se debe saber hasta qué punto es legítimo, teniendo presente la insuficiencia de nuestras fuerzas. Aquí, en la capital, sabéis cuán difícil es luchar contra los farragosos trámites burocráticos, contra el papeleo oficinesco. Nos vemos obligados a admitir a los funcionarios de antes, porque no hay otros. Es preciso reeducarlos, enseñarles, pero eso lleva tiempo. Podemos designar a más obreros para puestos de responsabilidad en los organismos de abastecimiento de víveres, pero en el Control del Estado existe todavía un número desmesurado de viejos funcionarios, y el papeleo y los trámites burocráticos nos perjudican. Nos proponemos designar a más obreros para que participen, al lado de los especialistas, en las labores de supervisión y del Comisariado de Vías de Comunicación. De esa manera combatimos la burocracia y el papeleo. ¡Cuánto nos cuesta eso incluso aquí, en Moscú! ¿Y qué ocurre en el campo? Allí hay individuos que se dicen militantes del partido y son a menudo unos bribones que cometen desmanes con el mayor descaro. ¡Cuán a menudo hay que contender con gente inexperta que confunde a los campesinos medios con los kulaks! El kulak es el que vive del trabajo ajeno, quien se lleva los frutos del trabajo de otros y saca provecho de la pobreza. El campesino medio no explota a otros ni es explotado; vive de su pequeña hacienda y de su trabajo. A ningún socialista del mundo se le pasó jamás por las mientes quitar la propiedad al pequeño agricultor. El pequeño agricultor seguirá existiendo durante muchos años. En este caso no se podrá hacer nada con decretos de ningún género; hay que esperar que los campesinos aprendan a tener en cuenta la experiencia. Cuando vean que la agricultura colectiva es mucho mejor, estarán con nosotros. Tenemos que ganarnos su confianza. Para ello debemos luchar contra los abusos. Y sólo podemos luchar con la fuerza de los obreros de la ciudad, ya que éstos tienen vínculos muy estrechos con los campesinos y pueden proporcionarnos cientos de miles de colaboradores. Sabemos perfectamente que de nada servirán los nombramientos de camaradas para altos cargos, ni las circulares, ni los decretos; son los obreros de cada grupo y de cada círculo los que deben emprender la obra, pues ellos tienen un nexo especial con el campo.

He dicho que lo primero que deben hacer los obreros es ayudar con todas sus fuerzas en la guerra. Lo segundo, ayudar a los campesinos medios, estando en contacto permanente con ellos para no dejar impune ni un solo ataque serio del enemigo en

el campo. Debe señalarse que los obreros de la ciudad ayudan a los campesinos medios como a camaradas, pues los campesinos medios son, igual que ellos, trabajadores, con la diferencia de que se han formado en otras condiciones, de que viven aislados, sumidos en la ignorancia aldeana, y les resulta más difícil abrirse camino. Y debemos saber que sólo con la tenacidad de nuestros camaradas lograremos mantenernos en contacto con los campesinos medios. Una minoría insignificante de campesinos se convertirá en kulaks y participará en insurrecciones, eso lo sabemos. Y si eso es así, ¿cómo ayudar, cómo ganar la confianza de los campesinos medios, cómo ayudarles contra los abusos de todo género? Si hemos hecho poco en este terreno, la culpa no es nuestra, pues nos ataba la lucha contra la burguesía. Hay que comprenderlo, hay que plantear a cada obrero este problema y decir: nosotros, los obreros, mantenemos en suma contacto con los campesinos medios y utilizamos este contacto, procurando que cada campesino medio se entere de que le prestamos ayuda, no sólo por haber nombrado al camarada Kalinin para un alto cargo, sino para que la reciba en realidad, aunque pequeña, por el consejo de camaradas, aunque pequeño, que le hemos dado. Los campesinos apreciarán ahora, más que nada, esa ayuda. Deben comprender por qué la gravedad de nuestra situación nos impide prestarles la ayuda que necesitan, la ayuda que reside en la cultura urbana. Los campesinos necesitan productos de la ciudad, necesitan la cultura urbana, y nosotros debemos proporcionárselos. Sólo cuando el proletariado les preste esta ayuda se convencerán los campesinos de que los obreros les ayudan de distinta manera que los explotadores. Ayudar al campesino a elevarse al nivel de la ciudad: ésta es la tarea que deben imponerse todos los obreros que estén en contacto con el campo. Los obreros urbanos deben decirse que ahora, en la primavera, cuando se agrava sobre todo el estado del abastecimiento de víveres, deben acudir en ayuda de los campesinos, y si cada cual hace, aunque sólo sea una pequeña parte de esta labor, veremos que nuestro edificio no tiene sólo fachada y que nuestro esfuerzo para consolidar el Poder soviético dará sus frutos, pues los campesinos dicen: "¡Viva el Poder soviético, vivan los bolcheviques y abajo la comuna!" Detestan la "comuna" mal organizada e impuesta. Recelan, y su recelo es legítimo, de todo lo que se les impone. Nosotros debemos acudir al lado de los campesinos medios a ayudarles, a enseñarles, pero sólo en lo tocante al saber y al socialismo. En lo que se refiere a la agricultura, debemos, por el contrario, aprender de ellos. Esta es la tarea que tenernos planteada de manera apremiante.

Pasemos ahora a examinar la situación internacional. He dicho que los imperialistas de Inglaterra, Francia y Estados Unidos están haciendo la última tentativa de agarrarnos por el pescuezo, pero no lo conseguirán. Por grave que sea la situación, podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, que venceremos al imperialismo internacional, que venceremos a los multimillonarios del mundo entero. Y podemos vencerlos por dos razones. Primera, porque estas fieras están tan enfrascadas en la lucha entre ellas que siguen mordiéndose las unas a las otras sin darse cuenta de que están al borde del abismo. Segunda, porque el Poder soviético se va propagando sin cesar por todo el mundo. No pasa un día que no leamos de ello en los periódicos. Hoy viene una noticia comunicada desde Lyon por una agencia radiotelegráfica de prensa norteamericana, según la cual la Comisión de los Diez se ha reducirlo a cuatro personas, y ahora parlamentan sólo Wilson, Lloyd George, Clemonceau y Orlando. Ni aun las primeras figuras de cuatro naciones pueden ponerse de acuerdo: Inglaterra y Estados Unidos no quieren otorgar a Francia las ganancias que rinda la extracción de hulla. Son fieras que se han llevado el botín del mundo entero y no pueden conciliarse a la hora del reparto. Estos cuatro individuos se han encerrado en un cónclave secreto para que, ¡Dios nos guarde!, no corran rumores -los cuatro son grandes demócratas-, pero ellos mismos los hacen correr y envían radiogramas en los que dicen que no están dispuestos a ceder las ganancias procedentes de la hulla. Un camarada francés que ha visto a los prisioneros de guerra franceses me ha contado que dicen: "Nos aseveraron que debíamos venir a Rusia a combatir contra los alemanes, porque los alemanes habían estrangulado a nuestro país. Pero ahora que tenemos el armisticio con Alemania, ¿contra quién vamos a luchar?" No les respondieron ni una palabra. Y el número de los que se hacen esta pregunta crece por millones y millones cada día. Han sufrido los horrores de la guerra imperialista y se preguntan: "¿En aras de qué vamos a luchar'?" Antes les explicaban los bolcheviques en octavillas clandestinas por qué los enviaban a guerrear; ahora los imperialistas cursan radiogramas, en los que dicen que Inglaterra no está dispuesta a ceder a Francia las ganancias procedentes de la hulla. Así pues, según la expresión de un periodista francés, corren de habitación en habitación, haciendo vanos esfuerzos por resolver el problema. Dirimen a quién dar más, y llevan cinco meses riñendo entre sí. Estas fieras ya no pueden dominarse, y seguirán riñendo hasta que no les quede más que el rabo. Nosotros afirmamos que nuestra situación internacional era en los primeros tiempos tan precaria que hubieran podido aplastarnos en unas cuantas semanas; pero ahora, cuando ellos no pueden repartirse el botín, porque han comenzado a darse dentelladas entre sí, nuestra situación es mejor. Prometen a los soldados que, si vencen a Alemania, obtendrán ventajas

inauditas. Discuten la cantidad que van a exigir a Alemania: 60.000 u 80.000 millones. El problema es en grado sumo de principios, en grado sumo interesante, sobre todo si se pone en conocimiento de los obreros o los campesinos. Pero si esos individuos pierden mucho tiempo discutiendo, no obtendrán ni uno solo. ¡Y eso es lo más interesante!

Por eso nos decimos, sin exagerar nada, y no ya como socialistas siquiera, sino sopesando con serenidad las fuerzas que se lanzan contra nosotros, que la situación do la República Soviética mejora por momentos, y no de día en día. Nuestros enemigos no pueden reconciliarse. Han pasado ya cinco meses desde que triunfaron, pero no han concertado la paz. El Parlamento francés ha votado hace poco en pro de la concesión de nuevos centenares de millones para preparativos de guerra. Se están cavando su propia fosa, y en sus países hay gente que los meterá en ella y los tapará bien con tierra. (*Aplausos*). Eso es así porque el movimiento soviético crece en todos los países, y la revolución húngara ha evidenciado que cuando decimos que no luchamos sólo por nosotros, sino por el Poder soviético en el mundo entero, que los combatientes del Ejército Rojo no derraman sangre sólo por sus camaradas hambrientos, sino por la victoria del Poder soviético en todo el mundo, eso no es únicamente una previsión y una promesa, sino la realidad más viva y directa.

La revolución se ha producido en Hungría de un modo muy original. El Kerenski húngaro, que se llama allí Károlyi, ha dimitido por su propia voluntad, y los conciliadores húngaros -los mencheviques y los eseristas- han comprendido que se debía ir a la cárcel, donde estaba encerrado nuestro camarada Béla Kun, uno de los mejores comunistas húngaros. Y han ido a decirle: "¡Tiene usted que hacerse cargo del poder!" (*Aplausos*.) El gobierno burgués ha dimitido. Los socialistas burgueses, los mencheviques y los eseristas húngaros se han fundido con el partido bolchevique húngaro y han formado un partido único y un gobierno único. Béla Kun, un camarada nuestro, un comunista que recorrió en Rusia todo el camino práctico del bolchevismo, me ha dicho en la conversación que he tenido con él por radio: "No tengo mayoría en el gobierno, pero venceré porque las masas están conmigo y se va a convocar un congreso de los Soviets". Se trata de una revolución de trascendencia histórica mundial.

Hasta hoy se ha venido mintiendo a todos los obreros de Europa, afirmando, cuando se les hablaba de la Rusia Soviética: "Allí no existe gobierno alguno, lo que hay es una simple anarquía, son unos simples pendencieros". Recientemente, el ministro francés Pichon ha declarado, refiriéndose a la Rusia Soviética: "¡Eso es la anarquía, gente que hace uso de la violencia, son unos usurpadores!" "Mirad a Rusia -han dicho los mencheviques alemanes a sus obreros-: ¡guerra, hambre y ruina! ¿Es ése el socialismo que queréis?" Y de esa manera han intimidado a los obreros. Pero Hungría es un ejemplo de revolución nacida de un modo distinto por completo. No cabe duda de que Hungría también tendrá que pasar por una tenaz lucha contra la burguesía; eso es inevitable. Pero el hecho es que cuando esas fieras, los imperialistas ingleses y franceses, previeron el estallido de la revolución en Hungría, quisieron hacerla abortar, impedir que naciera. La dificultad de nuestra situación consistió en que tuvimos que crear el Poder soviético en oposición al patriotismo. Tuvimos que romper ese patriotismo y concertar la paz de Brest, Fue una ruptura sangrienta de lo más terrible y feroz. En los países vecinos, la burguesía vio quiénes debían gobernar. ¿Quiénes, sino los Soviets? Algo así como en los viejos tiempos, cuando los reyes, reyezuelos y príncipes, al ver que su potestad iba de capa caída, decían: "Se necesita una Constitución, ¡que venga a gobernar la burguesía!" Y si el rey se debilitaba, recibía una buena pensión o una sinecura. Hoy la burguesía mundial está pasando por lo mismo que pasaron los reyes y reyezuelos hace cincuenta o sesenta años. Cuando los imperialistas ingleses y franceses presentaron sus inauditas exigencias a los capitalistas húngaros, éstos declararon: "No podemos hacer la guerra. El pueblo no nos seguirá; pero nosotros, como patriotas húngaros, queremos dar una respuesta contundente. ¿Qué clase de poder debe instaurarse? El Poder de los Soviets". La burguesía húngara ha reconocido ante el mundo entero que dimite voluntariamente y que el único poder en el mundo capaz de gobernar a los pueblos en los momentos de gravedad es el Poder de los Soviets. (*Aplausos*.) Por eso la revolución húngara, al haber nacido de un modo completamente distinto que la nuestra, mostrará al mundo entero lo que no se descubrió con relación a Rusia, y es que el bolchevismo está vinculado a una nueva democracia, a la democracia proletaria, a la democracia obrera, que viene a actuar en vez del viejo parlamento. Aquélla fue una época en la que los obreros eran engañados y sojuzgados por el capital. El viejo parlamento burgués es desplazado ahora por el Poder soviético mundial, que se ha granjeado la simpatía de todos los obreros, porque es el poder de los trabajadores, el poder de los millones de seres que ejercen el mando y gobiernan por sí mismos. Es posible que gobiernen mal, como nosotros en Rusia, pero es que las circunstancias en que nos encontramos son de una dificultad increíble. En un país donde la burguesía no oponga una resistencia tan rabiosa, las tareas del Poder soviético serán más fáciles, y este poder podrá funcionar sin recurrir a la violencia, sin las efusiones de sangre que nos impusieron los Kerenski y los imperialistas. Recorreremos un camino más escabroso aún. No importa que sobre Rusia hayan recaído mayores sacrificios que sobre otros países. No tiene nada de

extraño, puesto que hemos recibido en herencia el viejo desbarajuste. Otros países acuden por otro camino, más humano, al mismo Poder soviético. Por eso el ejemplo de Hungría tendrá una importancia decisiva.

La gente aprende de la experiencia. No es posible demostrar con palabras que la razón está de parte del Poder soviético. El ejemplo de Rusia sola no era lo suficiente comprensible para los obreros de todo el mundo. Estos sabían que en Rusia mandaba el Soviet, eran partidarios del Soviet, pero los asustaban los horrores de una lucha sangrienta. El ejemplo de Hungría será decisivo para las masas proletarias, para el proletariado europeo y los campesinos trabajadores. En los momentos de dificultad, nadie más que el Poder soviético será capaz de dirigir el país.

Recordamos el ejemplo que nos dan los ancianos, cuando dicen: "Nuestros hijos se han hecho mayores y se han abierto camino; ahora ya podemos morir". Nosotros no nos disponemos a morir. Marchamos hacia la victoria. Pero cuando vemos a hijos como Hungría, donde existe ya el Poder soviético, decimos que hemos cumplido con nuestro cometido, y no sólo en Rusia, sino a escala internacional también, y que superaremos las más terribles dificultades para alcanzar la victoria completa, para que a las repúblicas soviéticas rusa y húngara se sume -y llegaremos a ver cómo se suma- la República Soviética mundial. (Aplausos.)

Publicado el 9 y el 10 de abril de 1919 en los núms. 76 y 77 de "Pravda".

2. Proyecto de resolución con motivo del informe sobre la situación interior y exterior de la Republica Soviética.

La reunión de representantes de la clase obrera y de los campesinos de la RSFSR declara que la República Soviética ha entrado en un mes de particular gravedad. La Entente hace las últimas tentativas desesperadas de aplastarnos con fuerzas armadas. El estado del abastecimiento de víveres en la primavera es de lo más calamitoso, y el desastre del transporte causa espanto.

Por eso, únicamente poniendo en extrema tensión nuestras fuerzas podemos salvarnos. La victoria es posible. La revolución de Hungría ha demostrado definitivamente que el movimiento soviético se extiende en Europa Occidental y que su victoria no se hará esperar. Contamos con muchos aliados en todo el mundo, más de los que conocemos. Mas, para vencer al enemigo, debernos sostenernos cuatro o cinco meses duros.

La reunión condena sin piedad a los eseristas de izquierda*, a los mencheviques y a los eseristas de derecha, quienes, estando de palabra en pro del Poder soviético, o en contra de la intervención armada de la Entente, *ayudan de hecho a los guardias blancos,* instigando a declarar huelgas, o a abandonar la guerra civil (¡si bien nosotros hemos ofrecido la paz a todos!), o a hacer concesiones a la libertad de comercio, etc.

La reunión manifiesta a todos los mencheviques y eseristas, dispuestos a ayudar en nuestra difícil lucha, que pondremos a buen recaudo la plena garantía de su libertad como ciudadanos de la República Soviética.

Pero la reunión declara una guerra sin cuartel a los mencheviques y eseristas que, a semejanza de los grupos literarios y políticos de *Vsegdá Vperiod!*[126] y *Dielo Naroda*[127]*,* entorpecen *de hecho* nuestra lucha, *ayudan* de hecho a los guardias blancos.

La reunión llama a todos los obreros, a todas las organizaciones obreras y a todos los campesinos trabajadores a poner en tensión todas las fuerzas para repeler a los enemigos del Poder soviético y defender este poder, para intensificar el abastecimiento de víveres y el funcionamiento del transporte.

1. Incorporar al sector mediano -es decir, a gente menos avezada que los obreros y los campesinos avanzados para relevar a los vanguardistas extenuados.

2. Incrementar más y más el envío de vanguardistas y obreros corrientes a las labores del abastecimiento de víveres, de la mejora del transporte y a trabajar con las tropas.

3. Intensificar la incorporación de obreros y campesinos conscientes al trabajo en el Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación y en los organismos de Control del Estado a fin de mejorar su funcionamiento y extirpar la burocracia, el papeleo y los farragosos trámites oficinescos.

4. Enviar el mayor número posible de habitantes de las ciudades hambrientas a la agricultura, a los huertos, al campo, a Ucrania, a la región del Don, etc., para acrecentar la producción de cereales.

Poner en tensión todas las fuerzas para ayudar a los campesinos medios a combatir los abusos de que a menudo son objeto, para prestarles nuestro apoyo de camaradas y para destituir en el plano local a los funcionarios soviéticos que no quieren aplicar esta política, la única acertada, o que no la comprenden.

5. Combatir toda manifestación de cansancio, apocamiento y titubeo; alentar al máximo a quienes manifiesten estas debilidades y fortalecer la firmeza de espíritu, la conciencia política y la disciplina de camaradas La clase obrera y el campesinado de Rusia han soportado inconmensurables sufrimientos. De una gravedad desmedida son los últimos meses. Pero

* La primera hoja del manuscrito no se ha conservado. El texto precedente a las palabras "eseristas de izquierda" se publica según la copia mecanografiada. *(N. de la Edit.)*

la reunión declara que la firmeza de espíritu de los obreros no ha decaído, que la clase obrera sigue en su puesto, que superará todas las dificultades y garantizará a toda costa la victoria de la República Socialista Soviética en Rusia y en el mundo entero.

Escrito entre el 1 y 3 de abril de 1919.

3. Resolución con motivo del informe sobre la situación interior y exterior de la Republica Soviética.

En la dura y gloriosa lucha que sostiene al frente de todos los pueblos, la República Soviética pasa al período más difícil de su existencia. Los próximos meses serán meses críticos. La Entente hace los últimos esfuerzos desesperados para aplastarnos por la fuerza de las armas. El estado del abastecimiento de víveres empeora en sumo grado. El desastre del transporte es espantoso.

Sólo una tensión extrema de las fuerzas puede salvarnos. No obstante, la victoria es muy posible. La revolución en Hungría es la prueba definitiva de que el movimiento soviético se extiende con rapidez en Europa y de que su victoria se aproxima. Tenernos en todos los países muchos más aliados de lo que nosotros mismos suponemos. Para que nuestra victoria sea completa, necesitamos sostenernos otros cuatro o cinco meses nada más, si bien pueden ser los más peligrosos y duros. Los insensatos y los aventureros, que se denominan a sí mismos mencheviques y eseristas de izquierda y de derecha, que se adhieren al Poder soviético y protestan de palabra contra la intervención armada de la Entente, instigan de hecho a declarar huelgas o preconizan las concesiones a la libertad de comercio o el cese de la guerra civil, relegando al olvido que hemos sido nosotros quienes propusimos la paz a todo el mundo y que nuestra guerra es una defensa justa, legítima e ineludible. Es evidente que tal propaganda constituye la ayuda más eficiente y real a los guardias blancos, que con su último esfuerzo nos preparan el desastre. La reunión condena sin piedad a estos enemigos encubiertos del pueblo.

La reunión manifiesta a todos los mencheviques y eseristas, realmente dispuestos a ayudarnos en nuestra difícil lucha, que el poder obrero y campesino les concederá plena libertad y les garantizará en toda su amplitud los derechos de ciudadanos de la República Soviética.

La reunión declara que la tarea del Poder soviético es hoy la guerra sin cuartel contra los mencheviques y eseristas que, a semejanza de los grupos literarios y políticos de *Vsegdá Vperiod!* y *Dielo Naroda;* en realidad entorpecen nuestra lucha y son aliados de nuestros enemigos jurados. La reunión llama a todas las organizaciones obreras, a todos los proletarios y campesinos trabajadores a poner en tensión todas las fuerzas para repeler a los enemigos del Poder soviético y defender este poder, así como también para normalizar el abastecimiento de víveres y el funcionamiento del transporte.

Para ello, la reunión estima necesario:

1) Incorporar al sector mediano -es decir, a gente menos avezada que los obreros y los campesinos avanzados- para relevar a los vanguardistas extenuados.

2) Incrementar más y más el envío de vanguardistas y obreros corrientes a las labores del abastecimiento de víveres, de la mejora del transporte y a trabajar con las tropas.

3) Incorporar al mayor número posible de obreros y campesinos conscientes al trabajo en el Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación y en los organismos de Control del Estado a fin de mejorar su funcionamiento y extirpar la burocracia, el papeleo y los farragosos trámites oficinescos.

4) Enviar el mayor número posible de habitantes de las ciudades hambrientas a los trabajos agrícolas del campo: a los huertos, a Ucrania, a la región del Don, etc., para acrecentar la producción de cereales y otros frutos de la agricultura.

5) Poner en tensión todas las fuerzas para ayudar a los campesinos medios y poner coto a los abusos de que a menudo son objeto, así como para prestarles nuestro apoyo de camaradas. Los funcionarios soviéticos que no comprenden esta política, la única acertada, o no saben aplicarla, deben ser destituidos en el acto.

6) Se pone para todos a la orden del día la lucha contra toda manifestación de cansancio, apocamiento y titubeo. Hay que infundir aliento en los corazones, exhortar la firmeza de espíritu, fomentar la conciencia y reforzar la disciplina de camaradas.

La clase obrera y el campesinado de Rusia han soportado penurias increíbles. Sus sufrimientos han sido mayores aún durante los últimos meses. Pero la reunión declara que la voluntad de los obreros no ha decaído, que la clase obrera sigue como antes en su puesto, que está completamente segura de que superará todas las dificultades y garantizará a toda costa la victoria de la República Socialista Soviética en Rusia y en el mundo entero.

Publicado el 4 de abril de 1919 en el núm. 73 de "Pravda".

T. 38, págs. 245-267.

LA TERCERA INTERNACIONAL Y SU LUGAR EN LA HISTORIA.

Los imperialistas de los países de la "Entente" bloquean a Rusia, procurando aislar del mundo capitalista a la República Soviética, como foco de contaminación. Estas gentes, que se jactan del carácter "democrático" de sus instituciones, están tan cegadas por el odio a la República Soviética que no se dan cuenta de que hacen el ridículo. Figúrense ustedes: unos países adelantados, los más civilizados y "democráticos", que están armados hasta los dientes y ejercen el dominio militar absoluto sobre todo el mundo, temen como al fuego el contagio *ideológico* procedente de un país arruinado, hambriento, atrasado y que, según ellos, ¡es incluso un país semisalvaje!

Esta sola contradicción abre ya los ojos a las masas trabajadoras de todos los países y ayuda a desenmascarar la hipocresía de los imperialistas Clemenceau, Lloyd George, Wilson y sus gobiernos.

Pero a nosotros nos ayuda no sólo la ceguera que el odio a los Soviets causa a los capitalistas, sino también las discordias mutuas que los separan y que los llevan a ponerse zancadillas los unos a los otros. Los capitalistas han organizado entre sí una verdadera conspiración del silencio, temerosos más que nada de la difusión de noticias verídicas sobre la República Soviética, en general, y de sus documentos oficiales, en particular. Sin embargo, el órgano principal de la burguesía francesa, *Le Temps*[128], ha publicado la noticia sobre la fundación, en Moscú, de la III Internacional, de la Internacional Comunista.

Expresamos a este órgano principal de la burguesía francesa, a este portavoz del chovinismo y del imperialismo francés, nuestro más respetuoso agradecimiento. Estamos dispuestos a remitir a *Le Temps* un mensaje solemne para manifestarle nuestro reconocimiento por la ayuda que nos presta de un modo tan acortado y hábil.

La manera en que dicho periódico ha redactado su información, basándose en nuestro comunicado por radio, muestra con claridad meridiana los motivos que han guiado a este órgano del dinero. Quería disparar un dardo contra Wilson, como para mortificarlo, diciéndole: "¡Vea qué gentes son ésas con las que usted admite que se entablen negociaciones!" Los sabihondos que escriben por encargo de la gente adinerada no ven que su empeño de atemorizar a Wilson con los bolcheviques se transforma, a los ojos de las masas trabajadoras, en una propaganda a favor de los bolcheviques. Repetirnos: ¡Nuestro más respetuoso agradecimiento al órgano periodístico de los millonarios franceses!

La III Internacional ha sido fundada en una situación mundial en la que ni las prohibiciones ni los miserables malabarismos y triquiñuelas de los imperialistas de la "Entente" o de los lacayos del capitalismo, al estilo de Scheidemann en Alemania y de Renner en Austria, pueden impedir que entre la clase obrera del mundo entero se difundan las noticias acerca de esta Internacional y las simpatías que ella despierta. Esta situación la ha creado la revolución proletaria, que, de un modo evidente, está tomando incremento en todas partes cada día, cada hora. Esta situación la ha creado el movimiento *soviético* entre las masas trabajadoras, el cual ha alcanzado ya una potencia tal que se ha convertido verdaderamente en un movimiento *internacional.*

La I Internacional (1864-1872) echó los cimientos de la organización internacional de los obreros para la preparación de su ofensiva revolucionaria contra el capital. La II Internacional (1889-1914) ha sido una organización internacional del movimiento proletario, cuyo crecimiento se realizaba *en amplitud,* cosa que no pudo menos de originar un descenso temporal del nivel revolucionario y un robustecimiento temporal del oportunismo, que, en fin de cuentas, llevó a dicha Internacional a una bancarrota ignominiosa.

De hecho, la III Internacional se fundó en 1918, cuando el largo proceso de la lucha contra el oportunismo y el socialchovinismo, sobre todo durante la guerra, condujo a la formación de partidos comunistas en una serie de naciones. Oficialmente la III Internacional se ha fundado en su I Congreso, celebrado en marzo de 1919 en Moscú. El rasgo más característico de esta Internacional, su misión, es cumplir, poner en práctica los preceptos del marxismo y hacer realidad los ideales seculares del socialismo y del movimiento obrero. Este rasgo, el más peculiar de la III Internacional, se ha manifestado inmediatamente en que la nueva "Asociación Internacional de los Trabajadores", la tercera, ha comenzado a *identificarse ya desde*

ahora, en cierto grado, con *la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.*

La I Internacional echó los cimientos de la lucha proletaria internacional por el socialismo.

La II Internacional marca la época de la preparación del terreno para una amplia extensión del movimiento entre las masas en una serie de países.

La III Internacional ha recogido los frutos del trabajo de la II Internacional, ha amputado la parte corrompida, oportunista, socialchovinista, burguesa y pequeñoburguesa y *ha comenzado a implantar* la dictadura del proletariado.

La alianza internacional de los partidos que dirigen el movimiento más revolucionario del mundo, el movimiento del proletariado para el derrocamiento del yugo del capital, cuenta ahora con una base más sólida que nunca: varias *Repúblicas Soviéticas* que convierten en realidad, a escala internacional, la dictadura del proletariado, la victoria de éste sobre el capitalismo.

La importancia histórica universal de la III Internacional, de la Internacional Comunista, reside en que ha comenzado a poner en práctica la consigna más importante de Marx, la consigna que resume el desarrollo del socialismo y del movimiento obrero a lo largo de un siglo, la consigna expresada en este concepto: dictadura del proletariado.

Esta previsión genial, esta teoría genial se está haciendo realidad.

Estas palabras latinas están traducidas actualmente a los idiomas de todos los pueblos de la Europa contemporánea; más aún, a los idiomas de todos los pueblos del mundo.

Ha comenzado una nueva época de la historia universal. La humanidad se sacude la última forma de esclavitud: la esclavitud capitalista, o sea, la esclavitud asalariada.

Al liberarse de la esclavitud, la humanidad adquiere por vez primera la verdadera libertad.

¿Cómo ha podido suceder que haya sido precisamente uno de los países más atrasados de Europa el primero en implantar la dictadura del proletariado, en organizar la República Soviética? No es probable que nos equivoquemos si afirmamos que precisamente esta contradicción entre el atraso de Rusia y su "salto" a la forma más elevada de democracia, a la democracia soviética o proletaria, por encima de la democracia burguesa, ha sido una de las causas (además del peso de las costumbres oportunistas y de los prejuicios filisteos sobre la mayoría de los jefes socialistas) que ha dificultado mucho o retardado en Occidente la comprensión del papel de los Soviets.

Las masas obreras del mundo entero percibieron instintivamente el significado de los Soviets como arma de lucha del proletariado y como forma del Estado proletario. Pero los "líderes", corrompidos por el oportunismo, seguían y siguen rindiendo pleitesía a la democracia burguesa, calificándola de "democracia" en general.

¿Qué hay de extraño, pues, en que la implantación de la dictadura del proletariado haya mostrado, ante todo, la "contradicción" entre el atraso de Rusia y su "salto" *por encima* de la democracia burguesa? Cabría extrañarse si la historia nos brindara la posibilidad de implantar una forma *nueva* de democracia *sin* una serie de contradicciones.

Cualquier marxista, incluso cualquier hombre familiarizado con la ciencia moderna en general , al que preguntáramos si es probable el paso uniforme o armónico y proporcional de los diversos países capitalistas a la dictadura del proletariado, nos respondería, sin duda, que no. En el mundo del capitalismo no hubo ni pudo haber jamás nada uniforme, ni armónico, ni proporcional. Cada país ha ido desarrollando con particular relieve uno u otro aspecto o rasgo, o todo un grupo de rasgos, inherentes al capitalismo y al movimiento obrero. El proceso de desarrollo ha transcurrido en forma desigual.

Cuando Francia llevó a cabo su gran revolución burguesa, despertando a todo el continente europeo a una vida nueva en la historia, Inglaterra, aunque estaba mucho más desarrollada que Francia en el sentido capitalista, se puso a la cabeza de la coalición contrarrevolucionaria. Pero el movimiento obrero inglés de aquella época anticipó ya genialmente muchos de los aspectos del marxismo futuro.

Cuando Inglaterra dio al mundo el primer movimiento proletario y revolucionario, movimiento amplio, verdaderamente de masas con fisonomía política, el movimiento carlista[129], en el continente europeo se producían revoluciones burguesas, en su mayoría débiles, mientras que en Francia estalló la primera gran guerra civil entre el proletariado y la burguesía. La burguesía derrotó por separado, y de manera distinta en los diferentes países, a los diversos destacamentos nacionales del proletariado.

Inglaterra constituyó el modelo de país en el que, según expresión de Engels, la burguesía y la aristocracia aburguesada habían creado la cúspide más aburguesada del proletariado[130]. Un país capitalista adelantado resultó llevar un atraso de varios decenios en el sentido de la lucha revolucionaria del proletariado. Francia parecía haber agotado sus fuerzas del proletariado en las dos heroicas insurrecciones de 1848 y 1871 de la clase obrera contra la burguesía, insurrecciones que fueron una aportación valiosísima en el sentido histórico universal. Luego, desde los años 70 del siglo XIX, la hegemonía del movimiento obrero en la Internacional pasó a Alemania, cuando este país marchaba en el aspecto económico a la zaga de Inglaterra y Francia. Y cuando Alemania adelantó en desarrollo económico a estos dos países, es decir, en el segundo decenio del siglo XX, a la cabeza del partido obrero

marxista de Alemania, que servía de modelo universal, se encontraba un puñado de bellacos redomados, desde Scheidemann y Noske hasta David y Legien, inmunda canalla vendida a los capitalistas, los verdugos más repugnantes salidos de la clase obrera y puestos al servicio de la monarquía y de la burguesía contrarrevolucionaria.

La historia mundial conduce indefectiblemente a la dictadura del proletariado. Pero no lo hace, ni mucho menos, por caminos lisos, llanos y rectos.

Cuando Carlos Kautsky era todavía marxista, y no el renegado del marxismo en que se ha convertido al luchar por la unidad con los Scheidernann y por la democracia burguesa contra la democracia soviética o proletaria, escribió a principios del siglo XX un artículo titulado *Los eslavos y la revolución.* En este artículo exponía las condiciones históricas que marcaban la posibilidad de que la hegemonía en el movimiento revolucionario mundial pasara a los eslavos.

Y así ha sucedido. Temporalmente -se sobrentiende que sólo por poco tiempo-, la hegemonía en la Internacional revolucionaria del proletariado ha pasado a los rusos, tal como pasó, en diversos períodos del siglo XIX, a los ingleses, luego a los franceses y más tardo a los alemanes.

He tenido ocasión de decir reiteradas veces: en comparación con los países adelantados, a los rusos les ha sido más fácil *comenzar* la gran revolución proletaria, pero les será más difícil *continuarla* y llevarla hasta el triunfo definitivo, en el sentido de la organización completa de la sociedad socialista.

Nos ha sido más fácil comenzar, primero, porque el atraso político de la monarquía zarista -atraso excepcional para la Europa del siglo XX- originaba un empuje revolucionario de las masas de una fuerza excepcional. Segundo, porque el atraso de Rusia hizo coincidir de un modo peculiar la revolución proletaria contra la burguesía con la revolución campesina contra los terratenientes. De ahí partimos en Octubre de 1917 y no hubiéramos vencido entonces con tanta facilidad de no haber arrancado de ahí. En 1856, refiriéndose a Prusia, Marx indicaba ya la posibilidad de una original combinación de la revolución proletaria con una guerra campesina[131]. Los bolcheviques, desde el comienzo do 1905, abogaban por la idea de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos. Tercero, la revolución de 1905 contribuyó muchísimo a la educación política de las masas obreras y campesinas, tanto en el sentido de familiarizar a su vanguardia con la "última palabra" del socialismo en Occidente como en el sentido de la *acción* revolucionaria de las masas. Sin este "ensayo general" de 1905, las revoluciones de 1917, tanto la burguesa de febrero como la proletaria de Octubre, habrían sido imposibles. Cuarto, las condiciones geográficas permitieron a Rusia sostenerse más tiempo que otras naciones frente a la superioridad militar de los países capitalistas adelantados. Quinto, la actitud peculiar del proletariado ante los campesinos facilitaba la transición de la revolución burguesa a la revolución socialista, facilitaba la influencia de los proletarios de la ciudad sobre los sectores semiproletarios, los sectores pobres de los trabajadores del campo. Sexto, la larga escuela de lucha huelguística y la experiencia del movimiento obrero de masas de Europa facilitaron el surgimiento, en una situación revolucionaria que se exacerbaba profunda y rápidamente, de una forma tan peculiar de organización revolucionaria del proletariado como son los *Soviets.*

Esta enumeración, claro está, no es completa. Pero, por ahora, podemos limitarnos a ella.

La democracia soviética o proletaria tiene su cuna en Rusia. En comparación con la Comuna de París, se ha dado el segundo paso de importancia histórica universal. La república proletaria y campesina de los Soviets ha resultado ser la primera república socialista sólida en el mundo. Esta república no puede ya desaparecer como *nuevo tipo de Estado.* Esta república ya no está sola en el mundo.

Para continuar y llevar a cabo la obra de la construcción del socialismo aún hace falta mucho, muchísimo. Las repúblicas soviéticas de los países más cultos, en los que el proletariado tiene mayores peso e influencia, cuentan con todas las probabilidades de sobrepasar a Rusia cuando emprendan el camino de la dictadura del proletariado.

La II Internacional en bancarrota está agonizando y se descompone en vida. De hecho, desempeña el papel de lacayo de la burguesía internacional. Es una verdadera Internacional amarilla. Sus jefes ideológicos más destacados, como Kautsky, cantan loas a la democracia *burguesa,* calificándola de "democracia" en general o -lo que es más necio y burdo todavía- de "democracia pura".

La democracia burguesa ha caducado, lo mismo que la II Internacional, la cual cumplía un trabajo necesario y útil en el plano histórico, cuando estaba planteada a la orden del día la obra de preparar a las masas obreras en el marco de esta democracia burguesa.

La república burguesa más democrática ha sido siempre, y no podía ser otra cosa, una máquina para la opresión de los trabajadores por el capital, un instrumento del poder político del capital, la dictadura de la burguesía. La república democrática burguesa prometía el poder a la mayoría, lo proclamaba, pero jamás pudo realizarlo ya que existía la propiedad privada de la tierra y demás medios de producción.

La "libertad" en la república democrática burguesa era, de hecho, la libertad *para los ricos.* Los proletarios y los campesinos trabajadores podían y

debían aprovecharla con objeto de preparar sus fuerzas para derrocar el capital, para vencer a la democracia burguesa; pero, *de hecho,* las masas trabajadoras, por regla general, no podían gozar de la democracia bajo el capitalismo.

La democracia soviética o proletaria ha creado por vez primera en el mundo una *democracia* para las masas, para los trabajadores, para los obreros y los pequeños campesinos.

Jamás ha existido en el mundo un poder estatal ejercido por la *mayoría* de la población, un poder que fuera *efectivamente* de esta mayoría, como lo es el Poder soviético.

Este poder coarta la "libertad" de los explotadores y de sus auxiliares, les priva de la "libertad" de explotar, de la "libertad" de lucrarse con el hambre, de la "libertad" de luchar por la restauración del poder del capital, de la " libertad " de confabularse con la burguesía extranjera contra los obreros y campesinos de su patria.

Que sigan los Kautsky defendiendo semejante libertad. Para ello hay que ser un renegado del marxismo, un renegado del socialismo.

En ninguna otra cosa se ha manifestado con tanta evidencia la bancarrota de los jefes ideológicos de la II Internacional, del tipo de Hilferding y Kautsky, como en su total incapacidad para comprender la significación de la democracia soviética o proletaria, la relación de esta democracia con la Comuna de París, el lugar de esta misma democracia en la historia, la necesidad de su existencia como forma de la dictadura del proletariado.

El periódico *La Libertad (Die Freiheit),* órgano de prensa de la socialdemocracia alemana "independiente" (léase: filistea, pequeñoburguesa), publica en su núm. 74, del 11 de febrero de 1919, un llamamiento titulado "Al proletariado revolucionario de Alemania".

Este llamamiento está firmado por el comité dirigente de dicho partido y por toda su minoría en la "Asamblea Nacional", la "Constituyente" alemana.

En él se acusa a los Scheidemann de tenor la intención de eliminar los *Soviets* y se propone -¡bromas aparte!- *combinar* los Soviets con la Constituyente, conferir a los Soviets ciertos derechos estatales, un determinado lugar en la Constitución.

¡Conciliar, unir la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado! ¡Qué sencillo es todo eso! ¡Qué idea filistea más genial!

Sólo es de lamentar que la hayan experimentado ya en Rusia, bajo Kerenski, los mencheviques y socialistas-revolucionarios unidos, esos demócratas pequeñoburgueses que se creen socialistas.

Quien, al leer a Marx, no haya comprendido que en cada situación grave, en cada conflicto importante entre las clases que se da en la sociedad capitalista sólo es posible la dictadura de la burguesía o la dictadura del proletariado, no ha comprendido nada de la doctrina económica ni de la doctrina política de Marx.

Pero la idea, de genialidad filistea, que se les ha ocurrido a Hilferding, Kautsky y Cía., de unir de un modo pacífico la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado, requiere un análisis especial, siempre que se quiera analizar a fondo los absurdos económicos y políticos acumulados en este notabilísimo y ridiculísimo llamamiento del 11 de febrero. Habrá que aplazarlo, pues, para otro artículo*.

Moscú, 15 de abril de 1919.

Publicado en mayo de 1919 en el núm. 1 de la revista "La Internacional Comunista".

T. 38, págs. 301-309.

* Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

I CONGRESO NACIONAL DE INSTRUCCIÓN EXTRAESCOLAR.

6-19 de mayo de 1919.

1. Discurso de saludo pronunciado el 6 de mayo.

Camaradas: Me alegra mucho saludar al Congreso de Instrucción Extraescolar. Claro que no esperaréis de mí un discurso que cale en el fondo del tema como lo ha hecho el orador que me ha precedido, el camarada Lunacharski, enterado del problema y que se ocupa especialmente de él. Permitidme que me limite a pronunciar unas palabras de saludo y a exponer algunas breves observaciones y consideraciones que he tenido ocasión de hacer cuando en el Consejo de Comisarios del Pueblo se ha tratado algo de cerca vuestro trabajo concreto. Estoy seguro de que difícilmente podrá encontrarse otra esfera de la actividad soviética que haya alcanzado en año y medio éxitos tan colosales como los logrados por la instrucción extraescolar. Es indudable que a vosotros y a nosotros nos ha sido más fácil trabajar en esta esfera que en otros terrenos. En esta esfera hemos tenido que apartar a un lado viejas trabas y viejos obstáculos. En esta esfera nos ha sido más fácil satisfacer la enorme necesidad de conocimientos, de instrucción libre, de desarrollo libre que se dejó sentir, sobre todo, entre las masas obreras y campesinas; pues sí, gracias al poderoso empuje de las masas, nos fue fácil retirar los obstáculos exteriores que se alzaban en su camino, demoler las históricas instituciones burguesas que nos ataban a la guerra imperialista y condenaban a Rusia a las mayores dificultades, dimanantes de dicha guerra; si nos fue fácil romper los obstáculos exteriores, tuvimos, en cambio, que soportar con tanta mayor dureza todo el peso del trabajo de reeducación de las masas, de organización u instrucción, de difusión de los conocimientos, de la lucha contra la herencia de ignorancia e incultura, de salvajismo y embrutecimiento que recibimos. Hubo que desplegar la lucha en este terreno con métodos completamente distintos. En este terreno podíamos cifrar nuestras esperanzas únicamente en un éxito duradero y en la influencia tenaz y constante de los sectores avanzados de la población, en esa influencia que es acogida con el mayor entusiasmo por las masas, y, a menudo, tenemos la culpa de dar menos de lo que podríamos dar. Me parece que en estos primeros pasos, en la difusión de la instrucción extraescolar, libre, no limitada por los viejos marcos y convencionalismos, instrucción a la que tiende la población adulta, tuvimos que luchar, sobre todo, con obstáculos de dos tipos, heredados ambos de la vieja sociedad, de la sociedad capitalista, que nos ata hasta ahora, que tira de nosotros hacia abajo con miles y millones de hilos, maromas y cadenas.

La primera deficiencia ha sido la abundancia de individuos procedentes de los sectores intelectuales burgueses que tenían a cada paso los establecimientos de enseñanza de los campesinos y de los obreros, creados de nueva manera, por el campo más propicio para sus invenciones personales en materia de filosofía o de la cultura, cuando las más absurdas contorsiones eran presentadas a cada paso por algo nuevo y se hacía pasar algo sobrenatural y absurdo por arte puramente proletario y cultura puramente proletaria. (*Aplausos.*) Pero en los primeros tiempos eso era natural y, quizás, perdonable, y no se puede culpar de ello a un vasto movimiento; confío en que, a pesar de todo y en definitiva, vamos saliendo de eso y saldremos del todo.

La segunda deficiencia es también heredada del capitalismo. Al demoler lo viejo, en su afán de saber, las grandes masas de trabajadores pequeñoburgueses no podían aportar nada organizante ni nada organizado. Pude hacer algunas observaciones en el Consejo de Comisarios del Pueblo cuando se planteaba movilizar a los letrados y organizar un departamento de bibliotecas, y de esas pequeñas observaciones saqué la conclusión de que las cosas marchaban muy mal en ese terreno. Claro que en los discursos de saludo no se acostumbra a hablar de lo malo. Pero confío en que sois gente libre de esos convencionalismos y no os enfadaréis conmigo si os participo algunas de mis tristes observaciones. Cuando nos planteábamos movilizar a los letrados, lo que más saltaba a la vista era que la revolución había tenido un brillante éxito en nuestro país sin desquiciar de golpe los moldes de la revolución burguesa. Despejaba el campo para el desarrollo a las fuerzas existentes, y esas fuerzas existentes eran pequeñoburguesas, con esa misma consigna de "cada uno para sí y Dios para todos", con esa misma

maldita consigna capitalista que nunca puede llevar a nada que no sea a Kolchak y a la restauración del viejo orden de cosas burgués. Cuando se mira lo que se hace en el país para instruir a los analfabetos, pienso que se ha hecho muy poco, y nuestra tarea común en este terreno es comprender que se necesita la organización de los elementos proletarios. El quid de la cuestión no reside en las frases irrisorias que quedan en el papel, sino en las medidas impostergables que se deben ofrecer al pueblo en seguida y que hagan que toda persona culta tenga por deber suyo la necesidad de instruir a varios analfabetos. Eso lo hemos proclamado en un decreto[132]. En este terreno, sin embargo, no se ha hecho casi nada.

Cuando tuve que ver en el Consejo de Comisarios del Pueblo otro problema, el de las bibliotecas, dije: las quejas que se vienen oyendo sin cesar -la culpa es de nuestro atraso en la producción, tenemos pocos libros y no podemos imprimirlos en la cantidad suficiente- son verdad. Eso me dije. Claro que no tenemos combustible, que las fábricas están paradas, que escasea el papel y no podemos obtener libros. Todo eso es así, pero también lo es que no podemos conseguir los libros que tenemos. Seguimos padeciendo, en este sentido, de la ingenuidad y la ineptitud del mujik, quien, después de saquear la biblioteca del señor, corría a su casa y temía que alguien se la quitara, pues el mujik no tenía ni podía tener aún la conciencia de que es posible una distribución adecuada, de que el fisco no es algo odiado, de que el fisco es patrimonio común de los obreros y demás trabajadores. Las masas campesinas sin desarrollo no tienen la culpa de no haber adquirido esa conciencia, y desde el punto de vista del desenvolvimiento de la revolución eso es completamente lógico, es una fase inevitable, y cuando el campesino se llevaba a su casa la biblioteca y la tenía allí oculta de los demás, no podía proceder de otro modo, pues no concebía que se pudieran unir todas las bibliotecas de Rusia, que habría bastantes libros para saciar la sed de lectura de los letrados y enseñar a los analfabetos. Ahora hay que combatir las secuelas de la desorganización, el caos y las ridículas disensiones entre las entidades. Esa debe ser nuestra tarea fundamental. Debemos poner manos a la obra simple y esencial de movilizar a la gente letrada y combatir el analfabetismo. Debemos utilizar los libros que tenemos y acometer la creación de una red organizada de bibliotecas que ayuden al pueblo a utilizar todos los libros que tengamos, sin montar organizaciones paralelas, creando una sola organización metódica. En esta pequeña obra se refleja la tarea principal de nuestra revolución. Si no cumple esta tarea, si no pone rumbo a la creación de una sola organización metódica de verdad, que acabe con el estúpido caos y los absurdos existentes en Rusia, esa revolución no pasará de revolución burguesa, pues la peculiaridad fundamental de la revolución proletaria, que marcha hacia el comunismo, consiste precisamente en eso, mientras que a la burguesía le bastaba con demoler lo viejo y dar libertad a la economía campesina, que regeneraba ese mismo capitalismo, como en todas las revoluciones de antes.

Si nos llamamos Partido Comunista, debemos comprender que sólo ahora, cuando hemos acabado con los obstáculos exteriores y demolido las viejas instituciones, se alza ante nosotros por primera vez de verdad y en toda su talla la tarea primera de una verdadera revolución proletaria: la de organizar a decenas y centenares de millones de personas. Después de la experiencia de año y medio que todos hemos adquirido en este terreno, debemos emprender al fin el camino certero que nos lleve a vencer esa incultura, esa ignorancia y esa barbarie a causa de las cuales hemos tenido que padecer todo el tiempo. (*Clamorosos aplausos*.)

2. Discurso acerca de cómo se engaña al pueblo con las consignas de libertad e igualdad, pronunciado el 19 de mayo.

Camaradas: Permitidme que, en vez de emitir un juicio de los momentos en que vivimos, como creo que esperabais hoy algunos de vosotros, dé respuesta a los problemas políticos más importantes, y no sólo teóricos, naturalmente, sino también prácticos, que se nos plantean ahora, que caracterizan toda la etapa de la revolución soviética y que suscitan más discusiones y más diatribas entre los que se tienen por socialistas, que promueven más incomprensiones entre quienes se consideran demócratas y difunden de buen grado y ampliamente acusaciones de que infringimos la democracia. Me parece que estos problemas políticos generales se encuentran con excesiva frecuencia, incluso siempre, en toda la propaganda y agitación actuales, en todas las publicaciones hostiles al bolchevismo, sí, claro está, dichas publicaciones rebasan algo, por poco que sea, el nivel de meras falsedades, calumnias e injurias que se ve en todos los órganos de prensa de la burguesía. Si tomamos las publicaciones que, por poco que sea, rebasan ese nivel, creo que veremos que los problemas fundamentales, como son el de la relación entre democracia y dictadura, el de las tareas de la clase revolucionaria en un período revolucionario, el de las tareas del paso al socialismo en general y el de las relaciones entre la clase obrera y el campesinado, constituyen la base principal de todos los debates políticos actuales, y nuestra misión primordial debe ser esclarecerlos, aunque a veces pueda pareceros un tanto alejada de los temas candentes del día. Claro está que en una breve exposición no puedo pretender a abarcar todos estos problemas. He elegido unos cuantos, y de ellos es de los que quisiera hablaros.

I

El primero de los problemas elegidos es el de las dificultades con que tropieza toda revolución, todo tránsito a un nuevo régimen. Si os fijáis en las invectivas que lanzan a granizadas contra los bolcheviques quienes se tienen por socialistas y demócratas -podemos citar como modelo de gente de este tipo a los grupos de autores de *Vsegdá Vperiod!* y *Dielo Noroda,* periódicos clausurados, y, a mi parecer, con razón sobrada y en beneficio de la revolución, periódicos cuyos representantes recurren las más de las veces a la crítica teórica en sus ataques, demasiado naturales en órganos que nuestras autoridades consideran contrarrevolucionarios-, si os fijáis en las invectivas que se lanzan contra el bolchevismo desde ese campo veréis que a cada paso se nos hace la siguiente acusación: "Trabajadores, los bolcheviques os prometieron pan, paz y libertad; pero no os han dado ni pan, ni paz, ni libertad; os han engañado, y el engaño consiste en que han abandonado la democracia". Del abandono de la democracia hablaré aparte. Por de pronto trataré del otro aspecto de la misma acusación: "Los bolcheviques os prometieron pan, paz y libertad, pero, en realidad, os han dado la continuación de la guerra, os han dado una lucha cruel y tenaz en particular, una guerra de todos los imperialistas, de los capitalistas de todos los países de la Entente, esto es, de los países más civilizados y avanzados, contra la Rusia torturada, atormentada, atrasada y exhausta". Estas acusaciones, repito, las encontraréis en todos los periódicos mencionados, las oiréis en boca de todos los intelectuales burgueses que, claro está, no se tienen por burgueses; las oiréis siempre en boca de todos los filisteos. Pues bien, os invito a reflexionar en las acusaciones de este tipo.

Sí; los bolcheviques fuimos a la revolución contra la burguesía, al derrocamiento del gobierno burgués por la violencia, a la ruptura con todas las costumbres tradicionales, con las promesas y preceptos de la democracia burguesa; fuimos a la lucha y a la guerra más enconadas y atroces para aplastar a las clases poseedoras; lo hicimos para sacar a Rusia, y luego a toda la humanidad, de la matanza imperialista y acabar con todas las guerras. Sí, los bolcheviques fuimos a la revolución por eso y, claro está, jamás se nos ha ocurrido abandonar dicha misión fundamental, la más importante. También es indudable que los intentos de salir de esta matanza imperialista, y desterrar la dominación de la burguesía han impulsado a todos los países civilizados a la cruzada contra Rusia, Pues ése es el programa político de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, por mucho que aseveren que han abandonado la idea de la intervención. Por mucho que los Lloyd George, los Wilson y los Clemenceau aseveren que han abandonado la idea de la intervención, todos sabemos que mienten. Sabemos que los barcos de guerra de los aliados, que zarparon (fueron obligados a hacerlo) de Odesa y Sebastopol, bloquean ahora el litoral del mar Negro e incluso cañonean, cerca de Kerch, la parte de la península de Crimea donde se han hecho fuertes los del ejército voluntario. Les dicen: "Eso no podemos cedéroslo a vosotros. Aunque los voluntarios no acaben con vosotros, no podemos cederos esta parte de la península de Crimea, porque si lo hacemos, seréis los dueños del mar de Azov, nos interceptaréis el paso hacia Denikin y nos privaréis de la posibilidad de abastecer a nuestros amigos". O fijaos en la ofensiva que se está desplegando contra Petrogrado: ayer hubo un combate entre uno de nuestros destructores y cuatro destructores del enemigo. ¿Acaso no está claro que eso es una intervención? ¿Acaso no es la Flota inglesa la que participa allí'? ¿No ocurre otro tanto en Arjánguelsk y en Siberia? La realidad es que hoy todo el mundo civilizado está en contra de Rusia.

Cabe preguntarse: ¿hemos entrado en contradicción con nosotros mismos, al llamar a los trabajadores a la revolución, prometerles la paz y venir a parar en la cruzada de todo el mundo civilizado contra la Rusia débil, exhausta, atrasada y arruinada? ¿O están en pugna con los conceptos elementales de democracia y socialismo quienes han tenido la desfachatez de lanzarnos semejante reproche? Ese es el problema. Para planteároslo en forma teórica, general, haré una comparación. Hablamos de la clase revolucionaria, de la política revolucionaria del pueblo, pero os propongo que tomemos a un revolucionario por separado. Tomemos, por ejemplo, a Chernyshevski y aquilatemos su labor. ¿Cómo podría aquilatarla un patán de ignorancia supina? Puede que diga: "Bien, he ahí a un hombre que destruyó su vida, que fue a parar a Siberia y no consiguió nada". Ahí tenéis un modelo. Si no sabemos de quién es esa opinión, diremos: "En el mejor de los casos, es de un ignorante supino que tal vez no tenga la culpa de ser tan ignorante que no puede comprender la importancia de la labor de un revolucionario por separado en la cadena general de acontecimientos revolucionarios; o es la opinión de un granuja, partidario de la reacción, que procura intimidar adrede a los trabajadores para apartarlos de la revolución". He tomado el ejemplo de Chernyshevski porque, cualquiera que sea la tendencia de quienes se denominan a sí mismos socialistas, no pueden tener discrepancias de fondo en el enjuiciamiento de un revolucionario como él. Todos convendrán en que, si se enjuicia a un revolucionario según el criterio de los sacrificios estériles a simple vista, y a menudo infructuosos, que ha hecho, dejando a un lado el contenido de su labor y la conexión de su actividad con la de los revolucionarios anteriores y posteriores, si se enjuicia así el alcance de su actividad, eso es o un desconocimiento y una ignorancia supinas o una defensa malintencionada e hipócrita de los intereses

de la reacción, de la opresión, de la explotación y del yugo de la clase explotadora. En cuanto a esto, no puede haber divergencias.

Ahora invito a pasar de un revolucionario por separado a la revolución de todo un pueblo, de todo un país. ¿Acaso ha negado alguna vez un solo bolchevique que la revolución podrá triunfar definitivamente sólo cuando abarque a todos o, al menos, a varios de los países avanzados más importantes? Siempre lo hemos dicho. ¿Acaso hemos afirmado que se podía salir de la guerra imperialista, clavando simplemente las bayonetas en el suelo'? Empleo adrede esta expresión, que en el período de Kerenski acostumbrábamos a emplear todos nuestros camaradas y yo personalmente en resoluciones, en discursos y en los periódicos. No se puede -decíamos- poner fin a la guerra clavando las bayonetas en el suelo; si hay partidarios de la doctrina de Tolstói que piensan así, lo sentimos, pues han perdido el juicio; qué se le va a hacer, no se les puede pedir nada.

Sosteníamos que la salida de esta guerra podía implicar una guerra revolucionaria. Eso lo dijimos a partir de 1915, y más tarde, en el período de Kerenski. Por supuesto, una guerra revolucionaria es también una guerra no menos tenaz, sangrienta y atormentadora. Y cuando llega a transformarse en revolución a escala mundial, provoca inevitablemente una resistencia a esa misma escala mundial. Por eso, cuando ahora nos encontramos en una situación en la que todos los países civilizados del mundo han abierto una cruzada contra Rusia, no debemos extrañarnos de que algunos mujiks, completos ignorantes, nos acusen de que no cumplimos nuestras promesas. Diremos que no se les puede pedir nada. El desconocimiento absoluto y la ignorancia supina en que viven nos impide echarles la culpa. En efecto, ¿cómo podemos pedir que un campesino ignorante por completo comprenda que hay guerras y guerras, que hay guerras justas o injustas, guerras progresistas y guerras reaccionarias, guerras de clases avanzadas y guerras de clases reaccionarias, guerras que sirven para perpetuar la opresión de una clase y guerras que sirven para acabar con la opresión? Para eso hay que conocer la lucha de las clases, los principios del socialismo y un poco, al menos, de historia de la revolución. Y eso no podemos exigírselo a un campesino ignorante.

Pero si un hombre que se llama demócrata, o socialista, que sube a una tribuna para hablar en público, independientemente de cómo se llame -menchevique, socialdemócrata, eserista, socialista verdadero o partidario de la Internacional de Berna, pues hay muchos calificativos, y son baratos-, si un sujeto así nos lanza la acusación: "¡Vosotros prometisteis la paz y provocasteis la guerra!", ¿qué se le debe contestar? ¿Podemos suponer que ha llegado al grado de desconocimiento del palurdo que no puede distinguir una guerra de otra? ¿Podemos admitir que no entienda la diferencia existente entre la guerra imperialista, que ha sido una guerra de rapiña y ahora está desenmascarada hasta el fin -después de la paz de Versalles[133] únicamente los que no sepan razonar ni pensar en absoluto o los que estén ciegos por completo pueden no ver que ha sido una guerra de rapiña por ambas partes-, podernos admitir que exista un solo hombre que sepa leer y escribir y no comprenda la diferencia existente entre esa guerra de rapiña y la que sostenemos nosotros, guerra que adquiere proporciones mundiales, pues la burguesía ha entendido que es su combate postrero y decisivo? No podemos admitirlo. Por eso decimos: todo el que pretenda al título de demócrata o de socialista del matiz que sea y difunda de una manera u otra, directa o indirectamente entre el pueblo la acusación de que los bolcheviques prolongan la guerra civil, que es dura y dolorosa, en tanto que habían prometido la paz, es un partidario de la burguesía; y le responderemos así y le plantaremos cara lo mismo que hicimos con Kolchak. Esa es nuestra respuesta. De eso se trata.

Los señores de *Dielo Naroda* se asombran: "También nosotros -dicen- estamos contra Kolchak, ¡qué escandalosa injusticia es que nos persigan!"

Lo sentimos mucho, señores, que no quieran atar cabos ni comprender el mero abecé de la política que induce a determinadas conclusiones. Ustedes afirman que están contra Kolchak. Tomo los periódicos *Vsegdá Vperiod!* y *Dielo Naroda* y entresaco las digresiones filisteas de ese tipo, esos estados de ánimo tan extendidos ahora entre los intelectuales y que son los predominantes en su seno. Y digo: todo el que entre ustedes difunda en el pueblo acusaciones de ese tipo es un secuaz de Kolchak porque no comprende la diferencia elemental, fundamental, al alcance de toda persona letrada, que existe entre la guerra imperialista, que hemos desbaratado, y la guerra civil que nos hemos echado encima. Jamás hemos ocultado al pueblo que afrontábamos esto riesgo. Ponemos en tensión todas nuestras fuerzas para derrotar en esta guerra civil a la burguesía y excluir toda posibilidad de opresión de clase. No ha habido ni puede haber una revolución garantizada contra una lucha larga y porfiada, llena tal vez de los sacrificios más espantosos. Y quien no sepa distinguir entre los sacrificios que se hacen por la victoria durante una lucha revolucionaria, cuando todas las clases poseedoras, todas las clases contrarrevolucionarias combaten a la revolución; quien no sepa distinguir estos sacrificios de los que entraña una guerra de rapiña sostenida por los explotadores es un ignorante de lo más supino -y habría que mandarlo a aprender el abecé, darle la instrucción más elemental antes de pasar a la enseñanza extraescolar- o es un hipócrita reclamado y partidario de Kolchak, llámese como se llame y se

encubra con el calificativo que quiera. Y estas acusaciones contra los bolcheviques son las más corrientes y "en boga". En efecto, estas acusaciones están muy en boga entre las grandes masas trabajadoras, pues al campesino ignorante le cuesta mucho comprender eso. Los sufrimientos que le causa la guerra son los mismos, independientemente del motivo por el que se haga. No me extrañaría oír en boca de los campesinos ignorantes opiniones como ésta: "Combatimos para el zar, peleamos también mandados por los mencheviques, y ahora tendremos que hacerlo aún a favor de los bolcheviques". No me extraña. En efecto, la guerra es la guerra y acarrea un sin fin de penosos sacrificios. "El zar decía que era una guerra por la libertad y por librarnos del yugo; los mencheviques decían que era una guerra por la libertad y por librarnos del yugo; y ahora los bolcheviques nos dicen lo mismo. Todos nos vienen con lo mismo, ¿cómo queréis que entendamos eso?"

En efecto, ¿cómo va a entender eso un campesino ignorante'? Las personas como él tienen aún que aprender lo más elemental de la política. Mas ¿qué podemos decir de quien emplea las palabras "revolución", "democracia" y "socialismo" y tiene la pretensión de emplearlas, conociendo su significado? No puede hacer trucos con esos conceptos si no quiere convertirse en un fullero político, pues la diferencia entre una guerra de dos grupos de bandidos y una guerra desplegada por una clase oprimida que se rebela contra el bandolerismo en todas sus formas es una diferencia elemental, básica, de raíz. Y no se trata de que tal o cual partido, tal o cual clase, tal o cual gobierno justifique la guerra, sino de cuál es el fondo de esa guerra, cuál es su contenido de clase, qué clase la hace y qué política se plasma en esa guerra.

II

Del enjuiciamiento del grave y difícil período que estamos viviendo y va unido indefectiblemente a la revolución paso ahora a otro problema político, que surge asimismo en todas las discusiones y que mueve también a confusión: el del pacto con los imperialistas, el de la alianza, el de la transacción con los imperialistas.

Es probable que hayáis visto en los periódicos los nombres de dos socialistas-revolucionarios, llamados el uno Volski y el otro creo que Sviatitski, los cuales han escrito últimamente en *Izvestia*[134], entre otros periódicos, y han publicado su manifiesto. Se tienen precisamente por socialistas-revolucionarios de esos a los que no se puede acusar de secuaces de Kolchak, pues han huido del campo de Kolchak, han sufrido de mano de Kolchak y, al venir a nuestro campo, nos han prestado un servicio contra Kolchak. Eso es verdad. Pero fijaos en los razonamientos de estos ciudadanos, fijaos cómo enjuician el problema del pacto con los imperialistas, de la alianza o de la transacción con los imperialistas. Tuve ocasión de leer sus razonamientos cuando sus escritos fueron recogidos por las autoridades nuestras que combaten la contrarrevolución y cuando hubo que revisar sus documentos para poder juzgar sin equivocarnos hasta qué grado estuvieron complicados en la lucha de Kolchak. Se trata, indudablemente, de lo mejor de los eseristas. En sus escritos encontré razonamientos como éste: "Ahí tienen, esperan que nos arrepintamos. Eso es lo que esperan de nosotros. ¡Nunca, ni de nada! ¡No tenemos de qué arrepentirnos! Nos acusan de haber concertado un pacto, una transacción con la Entente, con los imperialistas. Y vosotros, los bolcheviques, ¿no estuvisteis en tratos con los imperialistas alemanes? ¿Qué fue la paz de Brest? ¿Acaso la paz de Brest no fue una transacción con el imperialismo? Vosotros concertasteis un acuerdo con el imperialismo alemán en Brest; nosotros lo concertamos con el imperialismo francés; ¡estamos en paz, no tenernos de qué arrepentirnos!"

Este razonamiento encontrado por mí en los escritos de los individuos que he mencionado y de quienes piensan como ellos es el que encuentro también cuando recuerdo los periódicos citados y cuando trato de resumir las impresiones que me producen las palabras de filisteos. Razonamientos como ése se encuentran a cada paso. Es uno de los principales razonamientos políticos que tiene uno que abordar. Pues bien, os invito a examinarlo, analizarlo y reflexionar en él desde el punto de vista teórico. ¿Cuál es su significado? ¿Tienen razón los que dicen: "Nosotros, los demócratas y socialistas, pactamos con la Entente; vosotros pactasteis con Guillermo y concertasteis la paz de Brest; no tenemos nada que echarnos en cara los unos a los otros, estamos en paz"? ¿O la tenemos nosotros cuando decimos que quienes han demostrado estar no ya de palabra, sino de hecho, concertados con la Entente contra la revolución bolchevique son secuaces de Kolchak? Aunque lo nieguen cien mil veces, aunque se hayan apartado personalmente de Kolchak y hayan declarado ante todo el pueblo que están contra él, son secuaces de Kolchak por sus raíces fundamentales, por toda la naturaleza y el significado de sus razonamientos, por todos sus actos. ¿Quién tiene razón? Este es el problema fundamental de la revolución, y hay que meditar en él.

Para aclarar este problema, me permitiré aducir otra comparación, esta vez no con un revolucionario, sino con un filisteo por separado. Imaginaos que el automóvil en que vais queda rodeado de bandidos, y éstos os encañonan con un revólver. Imaginaos que, en vista de eso, entregáis a los bandidos vuestro dinero y vuestras armas y hasta les permitís que se vayan en el automóvil. ¿Qué ha pasado? Habéis dado a los bandidos el dinero y las armas. Eso os un hecho. Imaginaos ahora que otro ciudadano entrega a

los bandidos armas y dinero para participar en las correrías de esos bandidos contra gente pacífica.

En ambos casos hay una transacción. Y el que sea escrita u oral no tiene importancia. Puede uno imaginarse que una persona entrega, sin decir palabra, su revólver, sus armas y su dinero. El fondo de la transacción está claro. Esa persona dice: "Te entrego mi revólver, mis armas y mi dinero, y tú me das la posibilidad de librarme de tu grata compañía". (*Risas*.) La transacción es patente. También es igualmente posible un acuerdo tácito por parte de una persona que entrega a los bandidos armas y dinero para permitirles robar a otros y recibir luego una parte del botín. Esto es también un acuerdo tácito.

Ahora os pregunto: ¿habrá alguien que esté en sus cabales y no sepa distinguir entre esos dos acuerdos? Me responderéis que si hay alguien incapaz de distinguir entre esas dos transacciones y dice: "Tú has entregado a los bandidos armas y dinero; por tanto, no acuses más a nadie de bandolerismo; ¿qué derecho tienes, pues, para acusar a otros de bandolerismo?", debe ser un cretino. Si encontráis a una persona como ésa, tendréis que admitir, o al menos en 999 casos de cada 1.000 se admitirá, que ese individuo no está en sus cabales y que con él no se puede hablar no ya de política, sino ni siquiera de delitos comunes.

Ahora os propongo que pasemos de este ejemplo a la comparación entre la paz de Brest y el acuerdo con la Entente. ¿Qué fue la paz de Brest? ¿No fue, acaso, la violencia de unos bandidos que nos atacaron cuando propusimos honradamente la paz e invitamos a todos los pueblos a que derrocaran a *su* burguesía? ¡Habría sido ridículo si hubiéramos comenzado por el derrocamiento de la burguesía alemana! Nosotros desenmascaramos este tratado ante el mundo entero, explicando que era el más rapaz y expoliador; lo condenamos e incluso nos negamos a suscribirlo en seguida, pues confiábamos en la colaboración de los obreros alemanes. Pero cuando los salteadores nos encañonaron con el revólver, dijimos: tomad las armas y el dinero; ya os ajustaremos las cuentas por otros medios. Sabemos que el imperialismo alemán tiene otro enemigo que sólo no ven los ciegos. Ese enemigo son los obreros alemanes. Dicha transacción con el imperialismo, ¿puede compararse con el acuerdo que han concertado demócratas, socialistas, socialistas-revolucionarios -bromas aparte, radicales a cual más- con la Entente para combatir a los obreros de su propio país? Pues bien, eso es lo que han hecho y lo que aún siguen haciendo hasta hoy. Pues no se negará que la parte más influyente de los mencheviques y eseristas que tienen fama en Europa sigue viviendo en el extranjero y está aliada con la Entente. No sé si es un convenio suscrito o no, quizás no lo sea, pues la gente lista hace esas cosas a la chita callando. Pero lo que está claro es que el convenio existe, ya que los llevan en palmitas, les facilitan pasaportes y emiten comunicaciones radiotelegráficas a todo el mundo, anunciando que hoy ha pronunciado un discurso Axelrod, mañana hablará Sávinkov o Avxéntiev y pasado mañana lo hará Breshkóvskaya. ¿Acaso no es éste un acuerdo, si bien tácito? ¿Y puede decirse que sea un acuerdo con los imperialistas como el que concertamos nosotros? Por fuera se parece tanto al nuestro como el proceder de la persona que entrega a los bandidos las armas y el dinero se parece a todo acto de este tipo, cualquiera que sea su objetivo y su carácter; en todo caso, cualquiera que sea la finalidad con que uno entrega a los bandidos su dinero y sus armas. Lo mismo da si lo hace para librarse de ellos cuando lo atacan y se ve en trance de que lo maten si no les da el revólver, o entrega dinero y armas a unos bandoleros que van a robar, y él está enterado y participa en el reparto del botín.

"Naturalmente, yo llamo a esto liberar a Rusia de la dictadura de los tiranos; soy demócrata, por supuesto, pues apoyo la consabida democracia de Siberia o la de Arjánguelsk, y lucho, desde luego, por la Asamblea Constituyente. ¡No os atreváis a sospechar que estoy complicado en algo censurable, y si presto algún servicio a esos bandidos de imperialistas ingleses, franceses y norteamericanos, lo hago en bien de la democracia, de la Asamblea Constituyente, de la soberanía del pueblo, de la unidad de las clases trabajadoras de la población y del derrocamiento de los bolcheviques, esos usurpadores que gobiernan por la violencia!"

Ni que decir tiene que los fines son de lo más nobles. Pero ¿no han oído acaso los que se dedican a la política que no se juzga de ésta por las palabras, sino por su contenido real de clase? ¿A qué clase sirve uno? Si tiene algún convenio con los imperialistas, ¿participa del bandolerismo imperialista o no?

En mi *Carta a los obreros norteamericanos** decía yo, entre otras cosas, que cuando el pueblo revolucionario norteamericano sostuvo en el siglo XVIII, para emanciparse de Inglaterra, una de las primeras guerras verdaderamente liberadoras y más grandes de la historia, una de las pocas guerras verdaderamente revolucionarias de la historia de la humanidad, al luchar ese pueblo, el gran pueblo revolucionario norteamericano, por su emancipación concertó acuerdos con los bandidos del imperialismo español y francés, que entonces poseían colonias, contiguas a este pueblo, en la misma América. Aliado con estos bandidos, fue asestando golpes a los ingleses y se liberó de ellos. ¿Ha habido algún extravagante en alguna parte, habéis visto a algún socialista, socialista-revolucionario, representante de la democracia o como quiera que se llame -incluso menchevique-, habéis oído alguna vez que se haya

* Véase la presente edición, t. 8. *(N. de la Edit.)*

atrevido a acusar en público de eso al pueblo norteamericano, que se haya atrevido a decir que infringió los principios de la democracia, de la libertad, etc.? Aún no ha nacido ningún tipo tan raro; y ahora aparecen entre nosotros individuos como ésos, que se atribuyen esas denominaciones e incluso tienen la pretensión de militar en la misma Internacional que nosotros, y dicen que no es sino una jugarreta de los bolcheviques -pues bien se sabe que los bolcheviques son unos pillines- el que organicen su Internacional Comunista y no quieran entrar en la Internacional de Berna, ¡en la buena, vieja, una y única Internacional!

Y hay gente que dice: "No tenemos de qué arrepentirnos; vosotros concertasteis un acuerdo con Guillermo, y nosotros con la Entente, ¡estamos en paz!"

Yo afirmo que si esos individuos tienen la noción política más elemental, son secuaces de Kolchak, por mucho que personalmente les repugne lo que representa Kolchak, por mucho que hayan sufrido personalmente de su mano y a despecho de haberse pasado a nuestro lado. Son secuaces de Kolchak, pues no es posible imaginarse que no ven la diferencia existente entre un pacto obligado en la lucha contra los explotadores -pacto como los que las clases explotadas se han visto a menudo obligadas a concertar a lo largo de la historia de la revolución- y la conducta de los representantes más influyentes de nuestros demócratas de pacotilla, de nuestros intelectuales que se las dan de "socialistas", una parte de los cuales pactó ayer, y otra pacta hoy, con los bandidos y salteadores del imperialismo internacional contra una *parte* -como ellos dicen- de las clases trabajadoras de su propio país. Estos individuos son secuaces de Kolchak y con ellos no cabe otra actitud que la que deben tener los revolucionarios conscientes con los secuaces de Kolchak.

III

Paso ahora al siguiente problema, al de nuestra actitud ante la democracia en general.

Ya he tenido ocasión de señalar que la justificación más corriente, la defensa más corriente de la postura política que los demócratas y los socialistas adoptan contra nosotros es apelar a la democracia. El propugnador más decidido de este punto de vista en las publicaciones europeas es, como sin duda sabéis, Kautsky, el jefe ideológico de la II Internacional y miembro de la Internacional de Berna hasta la fecha. "Los bolcheviques -dice Kautsky-han elegido un método que viola la democracia, han elegido el método de la dictadura, y por eso llevan mal camino". Este es un argumento que se repite miles y millones de veces por doquier y siempre en todas las publicaciones y en los periódicos que he mencionado. Lo repiten siempre todos los intelectuales y, a veces, lo repite de manera medio inconsciente el común de las gentes. "Democracia es libertad, es igualdad, es acato de la voluntad de la mayoría; ¿qué puede haber superior a la libertad, a la igualdad y al acato de la voluntad de la mayoría? ¡Si vosotros, los bolcheviques, os habéis apartado de esto e incluso tenéis la desfachatez de afirmar públicamente que estáis por encima de la libertad, de la igualdad y de la voluntad de la mayoría, no os extrañéis ni os quejéis de que os llamemos usurpadores que gobernáis por la violencia!"

No nos extraña en absoluto, porque lo que más anhelamos es la claridad y confiamos sólo en que el sector avanzado de los trabajadores tenga en realidad clara conciencia de su situación. Sí; hemos dicho y decimos siempre en nuestro programa, en el programa de nuestro partido, que no nos dejaremos engañar por consignas tan bien sonantes como las de libertad, igualdad y acato de la voluntad de la mayoría y que tenemos por secuaces de Kolchak a quienes se llaman demócratas, partidarios de la democracia pura, adictos de la democracia consecuente y se oponen directa o indirectamente a la dictadura del proletariado.

Entendámonos, pues las cosas deben quedar claras. La culpa de los demócratas puros ¿consiste realmente en que predican la democracia pura, en que la defienden contra los usurpadores, o en que se ponen del lado de las clases poseedoras, del lado de Kolchak?

Comencemos a entendernos por el problema de la libertad. Ni que decir tiene que libertad es una consigna esencialísima para toda revolución, ya sea ésta socialista o democrática. Nuestro programa enuncia: la libertad, si está en pugna con la liberación del trabajo del yugo del capi tal, es un engaño. Y todo el que, entre vosotros, haya leído a Marx -creo que incluso el que haya leído, al menos, una sola exposición popular de la doctrina de Marx- sabrá que Marx dedicó la mayor parte de su vida, la mayor parte de sus obras literarias y la mayor parte de sus investigaciones científicas precisamente a burlarse de la libertad, de la igualdad, del acato de la voluntad de la mayoría y de todos los Bentharn que escribían palabras tan lindas sobre eso y a demostrar que, en el trasfondo de esas frases, no se ve nada más que los intereses de la libertad de los poseedores de mercancías, los intereses de la libertad del capital que éste utiliza para oprimir a las masas trabajadoras.

Cuando ha llegado la hora de derrocar la dominación del capital en el mundo entero, o en un país al menos; cuando ha llegado ese momento histórico, en que sale a primer plano la lucha de las clases trabajadoras oprimidas por el derrocamiento completo del capital y por la supresión completa de la producción mercantil, decimos que cuantos en ese momento político esgrimen el concepto de "libertad" en general y se oponen en nombre de esa libertad a la

dictadura del proletariado, no hacen más que ayudar a los explotadores y son secuaces suyos, ya que la libertad, si no se supedita a la tarea de emancipar el trabajo del yugo del capital, es un engaño, como lo declaramos abiertamente nosotros en el programa de nuestro partido. Es posible que huelgue desde el punto de vista de la estructura del programa, pero es de lo más sustancial desde el punto de vista de toda nuestra propaganda y agitación, desde el punto de vista de los principios de la lucha proletaria y del poder proletario. Sabemos de sobra que es necesario luchar contra el capital mundial; sabemos de sobra que el capital mundial se proponía en su época conquistar la libertad, que dicho capital barrió la servidumbre feudal y dio la libertad burguesa. Sabemos perfectamente que éste es un progreso de trascendencia histórica. Y declaramos que luchamos contra el capitalismo en general, contra el capitalismo republicano, contra el capitalismo democrático, contra el capitalismo libre, aunque sabemos, naturalmente, que el capitalismo enarbolará contra nosotros la bandera de la libertad. Y le respondemos. Hemos creído necesario dar en nuestro programa esta respuesta: toda libertad es un engaño si está en pugna con la liberación del trabajo del yugo del capital.

¿Por ventura eso no es así? ¿Acaso la libertad no está en pugna con la liberación del trabajo del yugo del capital? Fijaos en todos los países de Europa Occidental, en los que hayáis estado o de los que, al menos, hayáis leído algo. En todos los libros se pinta el régimen existente en esos países como el más libre de todos; y ahora, esos países civilizados de Europa Occidental -Francia, Inglaterra- y Estados Unidos han enarbolado esa bandera y arremeten contra los bolcheviques "en nombre de la libertad". El otro día -ahora los periódicos franceses nos llegan rara vez, ya que estamos cercados por completo, pero nos enteramos por radio de las noticias, pues del aire, a pesar de todo, no pueden apoderarse e interceptamos los radiogramas extranjeros-, el otro día tuve ocasión de leer un mensaje transmitido por el rapaz gobierno de Francia: decía que Francia, al luchar contra los bolcheviques y apoyar a los adversarios de éstos, sigue llevando en alto el "sublime ideal de la libertad" que le es propio. Eso lo oímos a cada paso, ése es el tono fundamental de su polémica con nosotros.

¿A qué llaman ellos libertad? Esos franceses, ingleses y norteamericanos civilizados llaman libertad, al menos, a la libertad de reunión. En la constitución debe figurar un artículo que diga: "Libertad de reunión para todos los ciudadanos". "Ese es -dicen- el contenido, la manifestación fundamental de la libertad. Y ustedes, los bolcheviques, han violado la libertad de reunión".

Sí -contestamos-, la libertad que predican ustedes, señores ingleses, franceses y norteamericanos, es un engaño si está en pugna con la liberación del trabajo del yugo del capital. Se han olvidado de una pequeñez, señores civilizados. Se han olvidado de que la libertad de ustedes está inscrita en una constitución que *legitima la propiedad privada.* He ahí el quid de la cuestión.

La libertad al lado de la propiedad: eso es lo que tienen ustedes inscrito en su constitución. El que ustedes admitan la libertad de reunión es, por supuesto, un progreso inmenso en comparación con el régimen feudal, con la Edad Media, con la servidumbre. La han admitido todos los socialistas mientras se han valido de la libertad de la sociedad burguesa para enseñar al proletariado a sacudirse el yugo del capitalismo.

Pero la libertad de ustedes no es más que libertad en el papel, y no en la práctica. Eso significa que si en las grandes ciudades existen locales espaciosos, como éste, pertenecen a los capitalistas y a los terratenientes y suelen llamarse "clubs de la nobleza". Podéis reuniros libremente, ciudadanos de la República democrática de Rusia, pero el salón es propiedad privada; perdonad, por favor, pero hay que respetar la propiedad privada; si no la respetáis, seréis unos bolcheviques, unos criminales, unos bandidos, unos salteadores y unos truhanes. Pero nosotros decimos: "Le daremos la vuelta a todo esto. Primero haremos que este edificio deje de ser "club de la nobleza" y lo convertiremos en local para las organizaciones obreras; ya hablaremos luego de la libertad de reunión". Ustedes nos acusan de violar la libertad. Por nuestra parte, nosotros decirnos que toda libertad, si no se supedita a la tarea de emancipar el trabajo del yugo del capital, es un engaño. La libertad de reunión, inscrita en las constituciones de todas las repúblicas burguesas, es un engaño, pues, para poder reunirse en un país civilizado que, pese a todo, no ha abolido el invierno ni ha cambiado el clima, hay que tener locales, y los mejores son propiedad privada. Primero confiscaremos los mejores locales y ya hablaremos luego de libertad.

Deciros que conceder libertad de reunión a los capitalistas es el mayor de los crímenes contra los trabajadores; eso es libertad de reunión para los contrarrevolucionarios. Decimos a los señores intelectuales burgueses, a los señores partidarios de la democracia: ¡ustedes mienten cuando nos acusan de que violamos la libertad! Cuando los grandes revolucionarios burgueses de ustedes hicieron la revolución en Inglaterra en 1649, y en Francia en 1792-1793, no dieron la libertad de reunión a los monárquicos. Y la revolución francesa se llama Gran Revolución precisamente porque no adoleció de la blandenguería, ni de las medias tintas, ni de la verborrea de muchas revoluciones de 1848, sino porque fue una revolución enérgica que, cuando hubo derribado a los monárquicos, los aplastó por

completo. Y nosotros sabremos hacer lo mismo con los señores capitalistas, pues nos consta que, para liberar a los trabajadores del yugo del capital hay que privar a los capitalistas de la libertad de reunión, hay que anular o restringir su "libertad". Eso es lo que sirve para emancipar el trabajo del yugo del capital; lo que sirve a la causa de la auténtica libertad, en la que no habrá edificios enteros habitados por una sola familia y pertenecientes a algún particular, sea terrateniente o capitalista, o a alguna sociedad anónima. Cuando llegue ese día, cuando la gente se haya olvidado de que puede haber edificios públicos en propiedad de alguien, estaremos a favor de la plena libertad. Cuando en el mundo no haya más que trabajadores, y la gente se haya desacostumbrado de pensar que puede ser miembro de la sociedad alguien que no trabaje –y eso no sucederá tan pronto, por culpa de los señores burgueses y los señores intelectuales burgueses-, estaremos en pro de la libertad de reunión para todos. Pero ahora la libertad de reunión es libertad de reunión para los capitalistas, para los contrarrevolucionarios. Luchamos contra ellos, los repelemos y declaramos que les anulamos esa libertad.

Vamos a la lucha: ése es el fondo de la dictadura del proletariado. Pasó el tiempo del socialismo candoroso, utópico, fantástico, mecanicista y de intelectuales en que las cosas eran presentadas de manera que bastaba con persuadir a la mayoría y pintar un hermoso cuadro de la sociedad socialista para que esa mayoría optara por el socialismo. Pasó el tiempo en que era posible entretenerse uno y entretener a los demás con esos cuentos para niños. El marxismo, que reconoce la necesidad de la lucha de las clases, afirma: la humanidad llegará al socialismo sólo pasando por la dictadura del proletariado. Dictadura es una palabra rígida, pesada, cruenta y dolorosa, y palabras como ésta no se vocean al viento. Los socialistas proclaman esta consigna porque saben que los explotadores no se rendirán más que tras una lucha encarnizada y sin cuartel, que tratarán de encubrir su dominación con lindas palabras de todo género.

¿Qué puede haber más sublime ni mejor que las palabras libertad de reunión? ¿Puede concebirse el desarrollo de los trabajadores y de su conciencia sin libertad de reunión? ¿Pueden concebirse los principios del humanismo sin libertad de reunión? Pues nosotros afirmamos que la libertad de reunión inscrita en las constituciones de Inglaterra y Estados Unidos de América del Norte es un engaño porque ata las manos a las masas trabajadoras durante todo el período de transición al socialismo; es un engaño porque sabemos muy bien que la burguesía hará todo lo posible por derrocar este poder que parece tan fuera de lo común y tan "monstruoso" al comienzo. Y no puede ser de otra manera para quien haya meditado en la lucha de las clases y tenga una idea más o menos clara y concreta de la actitud que deben adoptar los obreros sublevados ante la burguesía, que ha sido derrocada en un país, pero no en todos, y que, precisamente por no haber sido derrocada del todo, arremete en la lucha con más furia que nunca.

Precisamente después del derrocamiento de la burguesía, la lucha entre las clases adopta las formas más enconadas. Y nada valen esos demócratas y socialistas que se engañan a sí mismos y luego engañan a otros, diciendo: como la burguesía ya está derrocada, se acabó la lucha. Lejos de haber acabado, la lucha sólo comienza, porque hasta ese momento la burguesía no se cree derrocada. En vísperas de la Revolución de Octubre, la burguesía bromeaba con suma gentileza y amabilidad; bromeaban los Miliukov, los Chernov y los de *Nóvaya Zhizn,* diciendo: "¡Tengan la bondad, señores bolcheviques; formen gabinete y asuman el poder por un par de semanitas, así nos prestarán un magnífico servicio!" Eso lo escribía Chernov en nombre de los eseristas, lo escribía Miliukov en *Riech*[135]*,* y también lo escribía la semimenchevique *Nóvaya Zhizn.* Lo escribían en broma porque no tomaban las cosas en serio. Pero ahora ven que la cosa va en serio, y los señores burgueses de Inglaterra, Francia y Suiza, que creían que sus "repúblicas democráticas" eran corazas que los tenían a cubierto, ven y comprenden que la cosa se ha puesto fea, y todos se arman. Tendríais que ver lo que ocurre en la libre Suiza, cómo se arman allí todos los burgueses sin excepción, cómo forman una guardia blanca, porque saben que lo que se pone en juego es si conservarán los privilegios que les permiten mantener a millones de seres en la esclavitud asalariada. La lucha ha adquirido hoy proporciones mundiales; por eso, todo el que vaya contra nosotros con las palabras de "libertad" y "democracia" se pone del lado de las clases poseedoras y engaña al pueblo, pues no comprende que la libertad y la democracia han sido, hasta el día de hoy, libertad y democracia *para los poseedores* y sólo migajas del festín para los desposeídos.

¿Qué es la libertad de reunión, cuando la esclavitud del capital y el trabajo en beneficio del capital abruman a los trabajadores? Es un engaño; si se quiere conquistar la libertad para los trabajadores, hay que empezar por vencer la resistencia de los explotadores; y si se quiere vencer la resistencia de toda una clase, es evidente que no se puede prometer a esta clase ni libertad, ni igualdad, ni acato de la voluntad de la mayoría.

IV

Dejemos la libertad y pasemos ahora a hablar de la igualdad, que es un problema mucho más profundo y delicado todavía, un problema de mayor enjundia que provoca grandes discrepancias.

La revolución derroca a su paso a una clase explotadora tras otra. Al principio derrocó la

monarquía y entendió por igualdad sólo un régimen electivo, la república. Al ir más allá derrocó a los terratenientes, y vosotros sabéis que toda la lucha contra el régimen medieval, contra el feudalismo, transcurrió bajo la consigna de "Igualdad". Todos son iguales, cualquiera que sea el sector social a que pertenezcan; todos son iguales, tanto el millonario como el descamisado. Así hablaban, así pensaban y así lo creían sinceramente los grandes revolucionarios del período que entró en la historia como el período de la Gran Revolución Francesa. La revolución se hizo contra los terratenientes bajo la consigna de igualdad, y por igualdad se entendía la concesión de los mismos derechos al millonario y al obrero. La revolución fue más allá. Dijo que la "igualdad" -esto no lo especificamos en nuestro programa, pero no hace falta repetirlo a cada paso, pues se trata de algo tan claro como lo que dijimos respecto a la libertad- es un engaño si está en pugna con la liberación del trabajo del yugo del capital. Esto es lo que decimos, y es la pura verdad. Decimos que la república democrática con la moderna igualdad es mentira, es un engaño; que en ella no hay ni puedo haber igualdad y que lo que impide hacer uso de ella es la propiedad de los medios de producción, del capital. Puede abolirse en el acto la propiedad de las ricas mansiones, puede abolirse con relativa presteza la propiedad del capital y de los medios de producción. Mas intenten abolir la propiedad del dinero.

El dinero es riqueza social condensada, trabajo social condensado. El dinero es un certificado para cobrar tributo a todos los trabajadores, es un residuo de la explotación de ayer. Eso es el dinero. ¿Podría abolirse de golpe? No. Los socialistas escribieron antes aún de la revolución socialista que era imposible abolir el dinero de golpe, y nuestra experiencia lo confirma. Se necesitan numerosísimas conquistas técnicas y, lo que es mucho más difícil de conseguir y más importante, adelantos en el terreno de la organización, para poder abolir el dinero; entretanto, habrá que seguir con la igualdad de palabra escrita en la constitución, transigiendo, además, con la situación de que quien posee dinero goza en la práctica del derecho a explotar. No hemos podido abolir el dinero de golpe. Y afirmamos que subsiste por ahora, y subsistirá durante bastante tiempo en el período de transición de la vieja sociedad capitalista a la nueva sociedad socialista. La igualdad es un engaño en está en pugna con los intereses de la liberación del trabajo del yugo del capital.

Engels tenía mil veces razón cuando escribió: tomado al *margen* de la supresión de las clases, el concepto de igualdad es el más necio y absurdo de los prejuicios[136]. Los catedráticos burgueses han intentado imputarnos, escudándose en el concepto de igualdad, que queríamos hacer iguales a todos los hombres. Pretendían culpar de esta necedad, urdida por ellos mismos, a los socialistas. Pero, dada su ignorancia, no sabían que los socialistas -concretamente, los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels- habían dicho que la igualdad es una frase vacía si por ella no se entiendo la supresión de las clases. Queremos suprimir las clases, y en este sentido somos partidarios de la igualdad. Pero tener la pretensión de que haremos a todos los hombres iguales no es más que una frase vacía y una necia invención de intelectual que a veces busca y rebusca concienzudamente las palabras, pero estas palabras no tienen sentido, llámese escritor, hombre de ciencia o como mejor quiera.

Pues bien, nosotros decimos que nos proponemos alcanzar la igualdad, entendida como la supresión de las clases. Para ello habrá que suprimir también la diferencia de clase existente entre los obreros y los campesinos. Ese es precisamente nuestro objetivo. Una sociedad en la que perdure la diferencia de clase entre los obreros y los campesinos no es una sociedad comunista ni una sociedad socialista. Claro está que, si se interpreta la palabra socialismo en cierto sentido, se la podría llamar sociedad socialista, pero eso sería mera casuística, una discusión en torno a las palabras. El socialismo es la primera fase del comunismo, pero no vale la pena discutir en torno a las palabras. Lo único que está claro es que, mientras perduren las diferencias de clase entre los obreros y los campesinos, no podremos hablar de igualdad sin temer llevar el agua al molino de la burguesía. Los campesinos constituyen una clase de la época patriarcal, una clase que fue educada durante decenios y siglos de esclavitud, y durante todos esos decenios ellos existieron como *pequeños propietarios,* al principio sometidos a otras clases, luego libres e iguales en el papel, pero como *propietarios y poseedores de productos alimenticios.*

Aquí llegamos al problema que suscita más reproches de nuestros enemigos, al problema que más dudas despierta entre los incautos y poco habituados a pensar, el problema que más nos separa de quienes quieren que los tengan por demócratas y socialistas y se enfadan con nosotros porque no los tenemos ni por los unos ni por los otros y los llamamos partidarios de los capitalistas; tal vez por desconocimiento, pero son partidarios de los capitalistas.

La posición del campesino es tal que, por su manera de vivir y por las condiciones en que produce, vive y lleva su hacienda, es mitad trabajador y mitad especulador.

Eso es una realidad. Y una realidad de la que no se puede escapar mientras no se suprima el dinero, mientras no se anule el intercambio. Ahora bien, para poderlo hacer se necesitan años y años de sólida dominación del proletariado, ya que nadie más que él

puede vencer a la burguesía. Cuando nos dicen: "Habéis infringido la igualdad, habéis infringido la igualdad no sólo con los explotadores -eso todavía lo puedo admitir, declara algún socialista-revolucionario o menchevique, sin saber lo que dice-, sino que también habéis infringido la igualdad entre los obreros y los campesinos, la igualdad de la "democracia del trabajo" ¡sois unos criminales!" Respondemos: "Sí, hemos infringido la igualdad entre los obreros y los campesinos, y afirmamos que vosotros, los que propugnáis esa igualdad, sois secuaces de Kolchak". Hace poco he leído en *Pravda* un magnífico artículo del camarada Guérmanov que transcribe las tesis del ciudadano Sher, uno de los socialdemócratas mencheviques más "socialistas". Estas tesis fueron expuestas en una de nuestras organizaciones cooperativas. Y su naturaleza es tal que se deberían grabar en una placa y colgar en todos los comités ejecutivos distritales con la siguiente inscripción debajo: "Este es un secuaz de Kolchak".

Sé perfectamente que el ciudadano Sher y sus correligionarios me llamarán por esto calumniador y algo peor aún. No obstante, invito a quienes hayan estudiado el abecé de la economía política y de la política en general a que diluciden atentamente a quién asiste la razón y a quién no. El ciudadano Sher dice: la política de abastecimiento y, en general, la política económica del Poder soviético son desastrosas y hay que pasar, primero poco a poco y luego con mayor amplitud, a la libertad de comercio de los productos alimenticios y a la protección de la propiedad privada.

Yo afirmo que ése es el programa económico, la base económica de Kolchak. Afirmo que quien haya leído a Marx, sobre todo el primer capítulo de *El Capital,* quien haya leído al menos el esbozo de divulgación de Marx, escrito por Kautsky con el título de *La teoría económica de Carlos Marx,* ha de llegar a la conclusión de que, efectivamente, la libertad de comercio con los cereales, cuando se ha producido la revolución proletaria contra la burguesía, cuando se procede a abolir la propiedad de los terratenientes y los capitalistas y cuando el país, arruinado por los cuatro años de guerra imperialista, está pasando hambre, es la libertad para los capitalistas, la libertad para restaurar la dominación del capital. Ese es el programa económico de Kolchak, pues Kolchak no se apoya en el aire.

No es de mucha inteligencia criticar a Kolchak sólo porque ha empleado la violencia contra los obreros, o incluso porque ha mandado azotar a alguna maestra de escuela por simpatizar con los bolcheviques. Esa es una defensa vulgar de la democracia, eso son acusaciones estúpidas contra Kolchak. Kolchak aplica los métodos que mejor lo parecen. Pero ¿en qué base económica se apoya? Se apoya en la libertad de comercio, lucha en aras de ella, y *por eso* tiene el concurso de todos los capitalistas. Y vosotros nos decís: "Me he evadido del bando de Kolchak. Yo no estoy con él". Eso, claro está, os hace honor, pero aún no demuestra que tengáis la cabeza para pensar. Así contestamos a esa gente, sin atentar en absoluto al honor de los eseristas y mencheviques que se han evadido del campo de Kolchak, al ver que es un tirano. Pero si en un país envuelto en desesperada contienda contra Kolchak hay quien sigue luchando por la "igualdad de la democracia del trabajo" y por la libertad de comercio del trigo y otros cereales, es un secuaz de Kolchak, si bien no comprende lo que hace ni sabe atar cabos.

Kolchak -llámese Kolchak o Denikin, pues aunque los uniformes sean distintos, el fondo es el mismo- se sostiene porque se ha apoderado de una rica región cerealista e implanta la libertad de comercio del trigo y el centeno y *la libertad de restauración del capitalismo.* Así ocurrió en todas las revoluciones y así nos ocurrirá también a nosotros, si renunciamos a la dictadura del proletariado para adoptar esta "libertad" y esta "igualdad" de los señores demócratas, eseristas, mencheviques de izquierda, etc., incluidos a veces los anarquistas, pues los calificativos son muchos. En Ucrania cada banda elige hoy un calificativo político a cual más libre, a cual más democrático, y cada distrito tiene su banda.

Preconizan la igualdad de los obreros y los campesinos los "defensores do los intereses del campesinado trabajador", en su mayoría eseristas. Otros, como el ciudadano Sher, han estudiado el marxismo; pero, aun con todo, no comprenden que en el período de transición del capitalismo al social ismo no puede haber igualdad alguna entre los obreros y los campesinos, y a quienes prometen tal cosa hay que tenerlos por gente que desarrolla el programa de Kolchak, aunque lo hagan sin darse cuenta. Yo afirmo que todo el que se pare a pensar en las condiciones concretas del país, sobre todo un país arruinado por completo, lo comprenderá.

Nuestros "socialistas", que afirman que nos encontramos en el período de la revolución burguesa, nos acusan constantemente de haber implantado un comunismo de consumo. Algunos dicen que es un comunismo cuartelero; y se imaginan que ellos están por encima, que se han elevado a mayor altura que ese comunismo de "baja estofa". Son, sencillamente, personas que juegan con las palabras. Han visto libros, se los han aprendido al dedillo, repiten lo que pone en ellos, pero no han entendido ni papa de lo que traen. Hay gente tan docta e incluso doctísima. Han leído en los libros que el socialismo es el desarrollo máximo de la producción. Kautsky hasta hoy no hace más que repetirlo. El otro día leí en un periódico alemán, que llegó por casualidad a nuestro país, una información acerca del último congreso de los Soviets en Alemania. Kautsky fue uno de los informantes, y en su informo subrayó -no él personalmente, sino su esposa, que fue la que leyó el

informo, pues él estaba enfermo- que el socialismo es el desarrollo máximo de la producción, que sin producción no se puede sostener ni el capitalismo ni el socialismo, y que los obreros alemanes no lo comprenden.

¡Pobres obreros alemanes! ¡Luchan contra Scheidemann y Noske, luchan contra los verdugos, se esfuerzan por derrocar el poder de los verdugos Scheidemann y Noske, que siguen haciéndose pasar por socialdemócratas, y creen que están haciendo una guerra civil! Liebknecht ha sido asesinado. Rosa Luxemburgo también. Todos los burgueses rusos dicen -lo ha publicado un periódico de Ekaterinodar-; "¡Así es como hay que hacer con nuestros bolcheviques!" Como lo digo: se ha publicado. Y quien sabe de qué va, se da perfecta cuenta de que ésa es la opinión de toda la burguesía mundial. Tenemos que defendernos. Scheldemann y Noske hacen la guerra civil contra el proletariado. La guerra es la guerra. Los obreros alemanes creen que se hallan en guerra civil y que todos los demás problemas son de importancia secundaria. Ante todo hay que alimentar a los obreros. Kautsky estima que esto es comunismo de cuartel o de consumo. ¡Hay que desarrollar la producción!…

¡Oh, sapientísimos señores! ¿Cómo podrán ustedes desarrollar la producción en un país saqueado y arruinado por los imperialistas, en un país donde no hay carbón, ni materias primas, ni máquinas? ¡"Desarrollan la producción"! No hay una sola reunión del Consejo de Comisarios del Pueblo o del Consejo de Defensa donde no repartamos los últimos millones de puds de hulla o petróleo y pasemos una angustia terrible cuando todos los comisarios se llevan lo último que queda, y ninguno tiene bastante, y hemos de optar entre cerrar las fábricas de aquí o las de allá, entre dejar sin trabajo a los obreros de aquí o a los de allá; problema angustioso, pero tenemos que decidirnos, porque no hay hulla. La hulla está en la cuenca del Donets; y las minas han sido destrozadas por la invasión alemana. Es un fenómeno típico. Tomemos a Bélgica o Polonia. En todas partes ocurre lo mismo como secuela de la guerra imperialista. Eso quiere decir que el desempleo y el hambre durarán muchos años, pues hay minas que, cuando se anegan, tardan muchos años en restaurarse. Y nos dicen: "El socialismo es aumentar el rendimiento". Habrán leído y escrito libros, mis buenos señores, pero no han entendido ni papa de lo que ponen. (*Aplausos.*)

Por supuesto, si se tratara de una sociedad capitalista que pasase pacíficamente al socialismo en tiempos de paz, no se nos plantearían tareas más urgentes que la de aumentar el rendimiento. Pero hay que proferir una brevísima palabreja: "si". *Si* el socialismo naciera con tanta paz como los señores capitalistas no han querido permitirle. Pero ha faltado una pequeñez. Aun si no hubiese habido guerra, los señores capitalistas habrían hecho todo lo posible por impedir esa evolución pacífica. Las grandes revoluciones, aun cuando comenzaran pacíficamente, como la Gran Revolución Francesa, acabaron en sañudas guerras desencadenadas por la burguesía contrarrevolucionaria. Y no puede ser de otra manera, de enfocar el problema desde el punto de vista de la lucha de las clases, y no desde el punto de vista de la fraseología pequeñoburguesa sobre la libertad, la igualdad, la democracia del trabajo y la voluntad de la mayoría, de toda la estúpida fraseología filistea con que nos obsequian los mencheviques, los eseristas y todos esos "demócratas". No puede haber evolución pacífica hacia el socialismo. Y en el período actual, después de la guerra imperialista, es ridículo esperar que la evolución sea pacífica, sobre todo en un país arruinado. Tomemos a Francia. Francia ha vencido, y, a pesar de ello, su producción de cereales ha disminuido a la mitad. He leído en periódicos burgueses de Inglaterra que los ingleses dicen: "Ahora somos unos pordioseros". ¡Y en un país arruinado nos quieren echar a los comunistas la culpa de que la producción se halle estancada! Quien diga eso o es tonto de remate, aunque se llame tres veces jefe de la Internacional de Berna, o hace traición a los obreros.

En un país arruinado, la tarea primordial es salvar a los trabajadores. La primera fuerza productiva de toda la humanidad es el obrero, el trabajador. Si él sobrevive, lo salvaremos y lo restauraremos *todo.*

Tendremos que soportar muchos años de miseria, de retorno a la barbarie. La guerra imperialista nos ha hecho retroceder hacia la barbarie, y si salvamos al trabajador, si salvamos la principal fuerza productiva de la humanidad -el obrero- lo recuperaremos todo; pero pereceremos si no logramos salvarlo. Por eso, quienes gritan en estos momentos acerca del comunismo de consumo o del comunismo cuartelero, quienes miran a los demás por encima del hombro, imaginándose que se han elevado más que estos comunistas bolcheviques, son, repito, gente que no entiende una palabra de economía política y se aferra a las citas de los libros como los eruditos que parecen tener un fichero de citas en la cabeza y las sacan a relucir cuando las necesitan; pero si se da una situación nueva, no descrita en los libros, se desconciertan y sacan del fichero justamente la cita que no viene al caso.

En los momentos en que el país está arruinado, nuestra tarea principal y fundamental es poner a cubierto la vida del obrero, *salvar al obrero,* pues los obreros sucumben porque las fábricas se paran, y las fábricas se paran porque no hay combustible y porque nuestra producción es toda artificiosa, la industria está aislada de las fuentes de materias primas. Eso es en todo el mundo así. Las fábricas

rusas de tejidos de algodón necesitan importar la materia prima de Egipto, de Estados Unidos y del Turquestán, que es la fuente más cercana. ¿Y cómo traer el algodón de allí, si las bandas contrarrevolucionarias y las fuerzas inglesas se han apoderado de Ashjabad y Krasnovodsk? ¿Cómo traerlo de Egipto, de Estados Unidos, si los ferrocarriles están destrozados, si no funcionan y no hay carbón?

Hay que salvar al obrero, aunque éste no pueda trabajar. Si lo salvamos por estos años, unos pocos años, salvaremos al país, salvaremos a la sociedad y el socialismo. Si no logramos salvarlo, nos veremos lanzados atrás, hacia la esclavitud asalariada. Así está planteado el problema del socialismo, que no nace de la fantasía de un tontaina deseoso del desarrollo pacífico, que se llama a sí mismo socialdemócrata, sino de la realidad de la vida, de la rabiosa, desesperada y sañuda lucha entre las clases. Eso es un hecho. Hay que hacer todos los sacrificios necesarios para salvar la existencia del obrero. Y desde ese punto de vista, cuando vienen a decirnos: "Nosotros estamos en pro de la igualdad de la democracia del trabajo, mientras que vosotros, los comunistas, no permitís siquiera la igualdad entre los obreros y los campesinos", respondemos: los obreros y los campesinos son iguales como trabajadores; pero el ahíto que especula con cereales no es igual que el obrero hambriento. Sólo por eso se ha inscrito en nuestra Constitución que los obreros y los campesinos no son iguales.

¿Decís vosotros que deben ser iguales? Vamos a sopesarlo y sacar la cuenta. Tomemos a sesenta campesinos y a diez obreros. Los sesenta campesinos poseen un excedente de cereal. Van vestidos con harapos, pero tienen pan. Tomemos a los diez obreros. Después de la guerra imperialista, van también harapientos, y, además, están exhaustos, no tienen pan, ni combustible, ni materias primas. Las fábricas están paradas. ¿Seguís opinando que son iguales? ¿Los sesenta campesinos tienen derecho a hacer su voluntad, y los diez obreros están obligados a obedecer? ¡Magno principio de la igualdad, de la unidad de la democracia del trabajo y del acato de la voluntad de la mayoría!

Eso es lo que nos decís. Nosotros respondemos: "Sois unos payasos de siete suelas, pues encubrís y disimuláis con palabras rimbombantes la cuestión del hambre".

Os preguntamos: Los obreros hambrientos de un país arruinado, donde las fábricas están paradas, ¿están obligados a acatar la voluntad de la mayoría de los campesinos, si éstos no quieren entregar los cereales excedentes? ¿Tienen derecho a recoger esos excedentes, incluso por la fuerza, si no hay más recurso? ¡Contestad con franqueza! Pero cuando se va al grano, empezáis a iros por las ramas y escapar por la tangente.

La industria está arruinada en todos los países y seguirá en el mismo estado durante algunos años, porque no cuesta mucho incendiar las fábricas o anegar las minas, y resulta fácil volar los vagones o destrozar las locomotoras: cualquier memo puede hacerlo, aunque se llame oficial alemán o francés, sobre todo si dispone de buenos artefactos explosivos, buenas armas de fuego, etc.; pero restaurar todo lo destruido resulta muy difícil, es una labor de años.

Los campesinos forman una clase especial. Como trabajadores son enemigos de la explotación capitalista; pero, al mismo tiempo, son propietarios. Al campesino le han inculcado durante siglos que el cereal es suyo y que puede venderlo libremente. Estoy en mi derecho -piensa-, pues se trata del fruto de mi trabajo, del sudor de mi frente, del gasto de mi sangre. No es posible hacer cambiar esa mentalidad de la noche a la mañana; sólo se la puede hacer cambiar tras una lucha larga y difícil. Quien se imagine que puede pasarse al socialismo si éste convence a ése, y ése convence a aquél, es, en el mejor de los casos, un niño, o bien un hipócrita en política; y la mayoría de los que hablan desde las tribunas políticas pertenece, sin duda, a la segunda categoría.

El problema es que los campesinos están acostumbrados a vender libremente su cereal. Cuando hemos derrocado las instituciones capitalistas, hemos visto que existe todavía otra fuerza que sostiene al capitalismo, y es la fuerza de la costumbre. Y cuanto más energía hemos puesto en suprimir las instituciones que sostenían al capitalismo, tanto más se ha manifestado esta otra fuerza que sostenía al capitalismo: la fuerza de la costumbre. Si la situación es propicia, una institución puede ser derribada de golpe; la costumbre nunca puede ser suprimida así, por muy favorables que sean las condiciones. Hemos entregado toda la tierra a los campesinos, los hemos librado del régimen de propiedad de la tierra de los terratenientes y de todas las ataduras que los sujetaban, y ellos siguen creyendo que "libertad" es la venta libre del cereal, y tiranía, la entrega obligatoria de los excedentes del mismo a precios de tasa. ¿Pero qué es eso y a santo de qué voy a "entregar" el cereal? -exclama indignado el campesino, sobre todo si, por añadidura, aún funciona mal el organismo encargado del abastecimiento de cereales, y funciona mal porque toda la intelectualidad burguesa está de parte de los mercanchifles de Sújarevka[137]. Se comprende que este organismo ha de apoyarse en personas que están aprendiendo y que, en el mejor de los casos, si son honrados y fieles a la causa, aprenderán en pocos años; pero, mientras tanto, el organismo seguirá funcionando mal y, a veces, se arrimarán a él truhanes de toda calaña que se denominarán a sí mismos comunistas. Este peligro amenaza a todo

partido gobernante, al proletariado victorioso de todos los países, pues no es posible vencer de la noche a la mañana la resistencia de la burguesía ni montar un organismo perfecto. De sobra sabemos que el organismo del Comisariado de Abastecimiento es todavía malo. Recientemente se ha hecho un estudio científico estadístico de cómo se alimentan los obreros en las provincias no agrícolas. Resulta que los obreros reciben del Comisariado de Abastecimiento la mitad de sus alimentos, y la otra mitad se la compran a los especuladores; por la primera mitad desembolsan la décima parte de sus gastos totales en alimentación; por la otra mitad pagan las nueve décimas restantes.

La mitad de los víveres acopiados y transportados por el Comisariado de Abastecimiento se acopian mal, claro, pero se acopian con métodos socialistas, y no capitalistas. Se acopian venciendo a los especuladores, y no haciendo transacciones con ellos; se acopian sacrificando a los intereses de los obreros hambrientos todos los demás intereses del mundo, entre ellos los intereses de la "igualdad" en el papel, de la que tanto presumen los señores mencheviques, eseristas y Cía. Quédense con su "igualdad", señores, y nosotros nos quedaremos con nuestros obreros hambrientos, a quienes hemos salvado del hambre. Por mucho que los mencheviques nos acusen de haber infringido la "igualdad", el hecho es que hemos resuelto la mitad del problema del abastecimiento entre dificultades inauditas e increíbles. Y decimos que si sesenta campesinos poseen excedentes de trigo y centeno, y diez obreros pasan hambre, no hay que hablar de "igualdad" en general, ni de "igualdad de los trabajadores", sino del deber insoslayable de los sesenta campesinos de acatar la voluntad de los diez obreros y entregarles, aunque sea a crédito, sus excedentes de cereal panificable.

Toda la economía política, si alguien ha aprendido algo de ella, toda la historia de la revolución y toda la historia del desarrollo político a lo largo del siglo XIX nos enseñan que los campesinos siguen o a los obreros o a los burgueses. No pueden tomar otro camino. Habrá, naturalmente, algún demócrata a quien le parezca enojoso lo que digo; también habrá algún otro que piense que calumnio a los campesinos, llevado de mi malevolencia marxista. Siendo los campesinos la mayoría, y trabajadores además, ¡por qué no han de poder llevar su propio camino!

Si no sabéis por qué, diría yo a esos ciudadanos, leed los rudimentos de economía política de Marx y cómo los expone Kautsky; meditad en el desarrollo de cualquiera de las grandes revoluciones de los siglos XVIII y XIX, en la historia política de cualquier país del siglo XIX, y obtendréis la respuesta. La economía de la sociedad capitalista es de tal naturaleza que la fuerza dominante puede ser sólo el capital o el proletariado que lo derroca.

No hay otras fuerzas en la economía de esa sociedad.

El campesino es mitad trabajador y mitad especulador. Es trabajador, porque se gana el pan con el sudor de su frente y la fuerza de su sangre, porque lo explotan los terratenientes, los capitalistas y los comerciantes. Es especulador, porque vende trigo, artículo de primera necesidad, artículo que, cuando falta, vale todo lo que se pida, y uno entrega por él todo lo que posee. Hambre y esperar hacen rabiar. Por el pan se pagarían mil rublos, cualquier suma de dinero, todo lo que se tenga.

El campesino no tiene la culpa de eso: las condiciones en que se desenvuelve le hacen vivir en la economía mercantil, y durante decenios y siglos se ha acostumbrado a trocar sus cereales por dinero. No puede cambiarse una costumbre ni suprimirse el dinero de la noche a la mañana. Para suprimir el dinero hay que organizar la distribución de alimentos para centenares de millones de personas, y eso es algo que llevará muchos años. Pues bien, mientras exista la economía mercantil, mientras haya obreros hambrientos junto a campesinos ahítos que esconden sus excedentes de trigo, mientras eso ocurra persistirá cierta oposición de los intereses de los obreros y los campesinos. Y quien trate de desentenderse de esta oposición real, nacida de la vida, con palabras de "libertad", "igualdad" y "democracia del trabajo", será, en el mejor de los casos, un charlatán de lo más insulso, y en el peor, un hipócrita defensor del capitalismo. Si el capitalismo vence a la revolución, lo hará aprovechándose de la ignorancia de los campesinos, sobornándolos y seduciéndolos con la perspectiva del retorno a la libertad de comercio. De hecho, los mencheviques y los eseristas están a favor del capitalismo, en contra del socialismo.

El programa económico de Kolchak, de Denikin y de todos los guardias blancos rusos es la libertad de comercio. Ellos sí que lo comprenden y no tienen la culpa de que el ciudadano Sher no lo entienda. Los hechos económicos de la vida no cambian porque determinado partido no los comprenda. La consigna de la burguesía es la libertad de comercio. Se intenta engañar a los campesinos, haciéndoles las siguientes preguntas: "¿No sería mejor vivir como antes? ¿Acaso no se vivía mejor vendiendo libremente los frutos del trabajo agrícola? ¿Puede haber algo más justo?" Así se expresan los partidarios conscientes de Kolchak, y tienen razón desde el punto de vista de los intereses del capital. Para restaurar el poder del capital en Rusia hay que apoyarse en la tradición, en los prejuicios de los campesinos contra su sentido común, en el viejo apego al libre comercio, y aplastar por la fuerza la resistencia de los obreros. No hay otra salida. Los secuaces de Kolchak tienen razón desde el punto de vista del capital; saben atar cabos en su programa económico y político, se las saben todas, comprenden que existe un nexo entre la

libertad de los campesinos para comerciar y el ametrallamiento de los obreros. Ese nexo existe, aunque el ciudadano Sher no lo vea. La libertad de comercio del trigo y otros cereales es el programa económico de la gente de Kolchak; el ametrallamiento de decenas de miles de obreros (como en Finlandia) es un medio necesario para llevar a cabo ese programa, porque los obreros no entregarán por las buenas sus conquistas. El nexo es indisoluble, y quienes no comprenden absolutamente nada de la ciencia económica ni de política, quienes por pusilanimidad filistea han olvidado el abecé del socialismo, concretamente, los mencheviques y los "social-revolucionarios", tratan de hacernos olvidar este nexo hablando de "igualdad" y de "libertad", clamando que infringimos el principio de la igualdad dentro de la "democracia del trabajo" y diciendo que nuestra Constitución es "injusta".

El voto de un obrero vale por el de varios campesinos. ¿Eso es injusto?

No, es justo cuando hay que derrocar el capital. Yo sé de dónde sacáis vuestros conceptos de la justicia; los sacáis del ayer capitalista. La igualdad y la libertad del propietario de mercancías: ésos son los conceptos que tenéis de la justicia. Son residuos pequeñoburgueses de prejuicios pequeñoburgueses: ésa es vuestra justicia, vuestra igualdad y vuestra democracia del trabajo. Para nosotros, la justicia se supedita a la necesidad de derrocar el capital. Y no es posible derrocarlo más que con las fuerzas armadas del proletariado.

¿Se puede agrupar de golpe y con solidez a decenas de millones de campesinos contra el capital, contra la libertad de comercio? No se puede, en virtud de las condiciones económicas, aunque los campesinos disfrutasen de plena libertad y fuesen mucho más cultos. No se puede, porque para ello se necesitan otras condiciones económicas y largos años de preparación. ¿Y quién se encargará de esa preparación? O el proletariado o la burguesía.

Por su posición económica en la sociedad burguesa, los campesinos se ven indefectiblemente impulsados a seguir o a los obreros o a la burguesía. *No hay términos medios.* Podrán vacilar, embrollarse, fantasear; podrán reprender, imprecar, maldecir a los "rígidos" representantes del proletariado y a los "rígidos" representantes de la burguesía, decir de unos y otros que son minorías. Se podrá echar pestes de ellos; se podrán pronunciar palabras sonoras sobre la mayoría, sobre el carácter amplio y universal de vuestra democracia del trabajo, de la democracia pura. Se podrán ensartar cuantas palabras se quieran, pero serán palabras para encubrir el hecho de que, si el campesino no sigue a los obreros, sigue a la burguesía. No hay ni puede haber un término medio. Y quienes en este gravísimo trance de la historia, cuando los obreros pasan hambre y su industria está paralizada, *no ayudan a los obreros* a adquirir el pan a un precio más justo, que *no* es ni de *"mercado libre",* ni capitalista, ni de especulación, son gentes que aplican el programa de Kolchak, por más que se lo nieguen a sí mismos y por más convencidos que estén de que cumplen a conciencia su propio programa.

V

Voy a hablar ahora de la última cuestión que me había propuesto, de la derrota y la victoria de la revolución. Kautsky, a quien os he mencionado como el principal representante del socialismo viejo y podrido, no ha comprendido las tareas de la dictadura del proletariado. Nos echa en cara que no hemos ido a la solución pacífica, posible de haber acatado la voluntad de la mayoría. La solución mediante una dictadura es una solución de fuerza armada. Por lo tanto, si no vence uno por la fuerza de las armas, será derrotado y aniquilado, porque la guerra civil no hace prisioneros, extermina al enemigo. Así ha querido "intimidarnos" el atemorizado Kautsky.

Esa es la pura verdad. Es un hecho. Damos fe de que la observación es atinada. Ni que decir tiene. La guerra civil es más dura y cruel que cualquier otra. Así ha sido siempre en la historia, a raíz de las guerras civiles de la antigua Roma; las guerras entre naciones siempre acabaron en pactos entre las clases poseedoras; sólo en la guerra civil pone la clase oprimida sus esfuerzos en exterminar totalmente a la clase opresora, en suprimir las condiciones económicas de la existencia de esta clase.

Ahora os pregunto: ¿qué vale un "revolucionario" que intimida a los que han iniciado la revolución, diciéndoles que ésta puede ser derrotada? Jamás ha habido, ni hay, ni habrá, ni puede haber revolución alguna que no se arriesgue a ser derrotada. Una revolución es una lucha encarnizada, que ha alcanzado el máximo ensañamiento, entre las clases. La lucha entre las clases es inevitable. O hay que renunciar a la revolución en general o hay que reconocer que la lucha contra las clases poseedoras será la revolución más enconada de todas. En cuanto a esto, jamás ha habido disparidad de opinión entre los socialistas que saben algo. Hace un año, cuando hube de analizar todo el trasfondo de apostasía que hay en esos escarceos de Kautsky, escribí: aun cuando los imperialistas derrocaran mañana (eso fue en septiembre del año pasado) el poder bolchevique, ni por un segundo nos arrepentiríamos de haberlo tomado*. Y ni un solo obrero consciente que defienda los intereses de las masas trabajadoras se arrepentirá de ello ni dudará de que nuestra revolución, a pesar de todo, ha triunfado. Pues la revolución triunfa cuando lleva adelante a la clase de vanguardia, que asesta rudos golpes a la explotación. En esas circunstancias, las revoluciones triunfan incluso cuando son derrotadas. Podrá parecer un juego de palabras, pero para demostrar que eso es así,

* Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

tomemos un ejemplo concreto de la historia.

Tomemos la Gran Revolución Francesa. Por algo recibió el calificativo de grande. Hizo tanto para la burguesía, la clase a la cual sirvió, que todo el siglo XIX, el siglo que ha ofrendado la civilización y la cultura a toda la humanidad, transcurrió bajo el signo de la revolución francesa. El siglo XIX no hizo más que aplicar, poner en práctica por partes y llevar a cabo en todos los confines del mundo lo creado por los grandes revolucionarios franceses de la burguesía, al servicio de cuyos intereses se ponían, aun sin darse cuenta de ello, escudándose en las palabras de libertad, igualdad y fraternidad.

Nuestra revolución ha hecho ya en año y medio por nuestra clase, el proletariado, a cuyo servicio nos ponemos, incomparablemente más de lo que hicieron los grandes revolucionarios franceses por la suya.

Ellos se sostuvieron en su país dos años y sucumbieron bajo los golpes de la reacción europea coligada, bajo los golpes de las hordas coligadas del mundo entero, las cuales arrollaron a los revolucionarios franceses, restauraron en Francia al monarca legítimo, el Románov de aquel período, restauraron a los terratenientes y aplastaron por largos decenios todo movimiento revolucionario en Francia. Y a pesar de ello, la Gran Revolución Francesa triunfó.

Todo el que estudie en serio la historia admitirá que, pese a haber sido derrotada, la revolución francesa triunfó porque dio al mundo entero unos puntales de la democracia burguesa y de la libertad burguesa que ya no se podían derribar.

Nuestra revolución ha hecho en año y medio para el proletariado, para la clase a cuyo servicio estamos, para la meta a que aspiramos, para el derrocamiento de la dominación del capital, inconmensurablemente más de lo que hizo la revolución francesa para su clase. Por eso decimos que incluso admitiendo la hipotética posibilidad, el peor de los casos probables, el de que mañana algún Kolchak afortunado no dejara vivo ni aun bolchevique, la revolución seguiría siendo invencible. Y la prueba de que eso es así está en que el nuevo tipo de organización estatal creado por esta revolución ha alcanzado ya la victoria moral entre la clase obrera de todo el mundo y cuenta ya con su apoyo. Cuando los grandes revolucionarios burgueses de Francia sucumbieron en la lucha, sucumbieron solos, pues no contaban con apoyo en otros países. Contra ellos se lanzaron todos los Estados europeos y, más que nadie, la adelantada Inglaterra. En sólo año y medio de poder bolchevique, nuestra revolución ha conseguido que la nueva organización estatal creada por ella, la organización soviética, haya llegado a ser comprendida, conocida y popular entre los obreros de todo el mundo, haya llegado a ser algo propio de ellos.

He procurado demostraros que la dictadura del proletariado es inevitable, necesaria y absolutamente indispensable para salir del capitalismo. Dictadura no significa sólo violencia, si bien es imposible sin violencia; significa también una organización del trabajo superior a la precedente. Por eso, en el breve discurso de saludo que pronuncié al comenzar el congreso, hice hincapié en esta sencillísima y elemental tarea básica de *organización;* por eso arremeto también con hostilidad tan implacable contra todos esos devaneos intelectuales, contra todas esas "culturas proletarias". Opongo a esos devaneos el abecé de la organización. Distribuid el trigo, el centeno y la hulla, cuidando celosamente de cada pud de hulla y de cada pud de grano: ésa es la misión de la disciplina proletaria. No esa disciplina que se mantiene a palos, como se mantenía la de los señores feudales, o a fuerza de hambre, como la mantienen los capitalistas, sino la disciplina del compañerismo, la disciplina de las asociaciones obreras. Cumplid esta sencillísima y elemental tarea de organización y venceremos, pues entonces se vendrán enteramente con nosotros los campesinos, que vacilan entre los obreros y los capitalistas, que no saben si ir con gentes en quienes aún no confían, pero a quienes no pueden negar que están creando un sistema de trabajo más justo, en el cual no habrá explotación y en el cual el "libre" comercio del trigo será un delito de Estado; que no saben si ir con éstos o con quienes les prometen como antes la libertad de comercio del trigo, libertad que parece implicar también la libertad de trabajo. Cuando los campesinos vean que el proletariado organiza su poder estatal de manera que puede mantener el orden -cosa que los campesinos quieren y exigen con razón, aunque este deseo de orden esté ligado a muchas cosas confusas y reaccionarias, a muchos prejuicios-, seguirán en definitiva, después de una serie de vacilaciones, a los obreros. Los campesinos no pueden pasar simple y llanamente, de golpe y porrazo, de la vieja sociedad a la nueva. Saben que la vieja sociedad les proporcionaba el "orden" a costa de arruinar y hacer esclavos a los trabajadores. Pero no saben si el proletariado podrá garantizarles el orden. No se puede pedir más a esos campesinos embrutecidos, ignorantes y dispersos. No creen en palabras ni programas de ningún género y hacen bien en no creer en palabras, pues de otro modo no saldrían de engaños. Creen sólo en los hechos, en la experiencia práctica. Demostradles que vosotros, el proletariado unido, el poder estatal proletario, la dictadura del proletariado, sabéis distribuir los cereales y la hulla sin que se pierda un solo pud, que sabéis hacer de manera que no vaya ni un pud de carbón, ni un pud de trigo excedente a la especulación, que no beneficien a los personajes de Sújarovka, que se distribuyan con justicia para el suministro de los obreros hambrientos, para darles sustento incluso cuando hay desempleo, cuando hay fábricas y talleres

parados. Demostradles que podéis hacer eso. Esa es la tarea fundamental de la cultura proletaria, de la organización proletaria. La violencia puede aplicarse aun sin tener raíces económicas, pero entonces está condenada al fracaso por la historia. Puede aplicarse también con el apoyo de la clase avanzada, basándose en los principios más elevados del régimen, el orden y la organización socialistas. *Entonces puede sufrir un revés temporal, pero es invencible.*

Si la organización proletaria demuestra al campesino que puede mantener bien el orden, que puede organizar bien la distribución del trabajo y del pan, que se vela por cada pud de trigo y de carbón, que los obreros somos capaces de hacer todo eso con nuestra disciplina de camaradas, con la disciplina que nos da la unión, que recurrimos a la violencia en nuestra lucha sólo para defender los intereses del trabajo, que confiscamos los cereales a los especuladores y no a los trabajadores, que queremos llegar a un entendimiento con los campesinos medios, con los campesinos trabajadores, y que estamos dispuestos a darles todo lo que podemos darles hoy, su alianza con la clase obrera, su alianza con el proletariado será indestructible, y hacia eso vamos.

Pero me he desviado algo y debo volver al tema. Las palabras "bolchevique" y "Soviet" han dejado ya de ser en todos los países palabras raras, como eran hasta hace poco, igual que la palabra "bóxer", que repetíamos sin comprender lo que significaba. "Bolchevique" y "Soviet" son palabras que se repiten hoy en todos los idiomas del mundo. Los obreros conscientes ven que la burguesía de todos los países colma de calumnias cada día, en los millones de ejemplares de sus periódicos, al Poder soviético y aprenden de esos infundios. He visto hace poco algunos periódicos norteamericanos. He leído el discurso de un cura norteamericano que afirma que los bolcheviques somos unos inmorales, que hemos nacionalizado a las mujeres, que somos unos bandidos y unos saqueadores. He leído también la respuesta de los socialistas norteamericanos. Difunden al precio de cinco centavos la Constitución de la República Soviética de Rusia, de esta "dictadura" que no concede la "igualdad de la democracia del trabajo". Los socialistas norteamericanos responden, citando un artículo de la Constitución de estos "usurpadores", de estos "bandidos" y "tiranos" que rompen la unidad de la democracia del trabajo. Por cierto, cuando se dio la bienvenida a Breshkóvskaya el día de su llegada a Norteamérica, el principal periódico capitalista de Nueva York imprimió con letras de molde: "¡Bienvenida, abuela!" Los socialistas norteamericanos reprodujeron el saludo con el siguiente comentario: "Breshkóvskaya es partidaria de la democracia política. ¿De qué os asombráis, obreros norteamericanos, si la elogian los capitalistas?" Es partidaria de la democracia política. ¿Por qué han de elogiarla los capitalistas'? Pues porque está en contra de la Constitución soviética. "He aquí -dicen los socialistas norteamericanos-un artículo de la Constitución de esos bandidos". Y citan siempre el mismo, el que dice que no tendrá derecho a elegir ni a ser elegido quien explote el trabajo de otros. Este artículo de nuestra Constitución es conocido en todo el mundo. El Poder soviético se ha granjeado la simpatía de los obreros de todo el mundo precisamente porque ha dicho con franqueza que a la dictadura del proletariado se supedita todo, que la dictadura del proletariado es un nuevo tipo de organización estatal. Esta nueva organización estatal nace con un esfuerzo ímprobo, porque vencer nuestra indisciplina pequeñoburguesa y desorganizadora es lo más difícil, es un millón de veces más difícil que vencer a los terratenientes tiranos o a los capitalistas tiranos; pero el esfuerzo es también un millón de veces más fructífero para obtener una organización nueva, libre de explotación. Cuando la organización proletaria cumpla esta misión, el socialismo habrá triunfado por completo. A esto debéis dedicar toda vuestra actividad tanto en la enseñanza extraescolar como en la escolar. Pese a las gravísimas circunstancias imperantes, pese a que la primera revolución socialista de la historia se está haciendo en un país de nivel cultural tan bajo, pese a todo eso el Poder soviético se ha ganado ya el reconocimiento de los obreros de otros países. La expresión "dictadura del proletariado" es una expresión latina, y los trabajadores que la oyeron por primera vez no sabían qué significaba ni cómo podía ponerse en práctica. Ahora ha sido traducida del latín a los idiomas contemporáneos de los pueblos y hemos demostrado que la dictadura del proletariado es el Poder soviético, el poder de los propios obreros organizados que dicen: "Nuestra organización es superior a cualquier otra; a ella no puede pertenecer nadie que no trabaje, ningún explotador. Esta organización tiene un solo fin: derrocar el capitalismo. No se nos engallará con ninguna consigna falsa, con ningún fetiche por el estilo de "libertad" e "igualdad". No admitimos ni la libertad, ni la igualdad, ni la democracia del trabajo si están en pugna con la causa de emancipar el trabajo del yugo del capital". Esto lo hemos incluido en la Constitución soviética, y ya le hemos granjeado la simpatía de los obreros de todo el mundo. Estos obreros saben que, por muy difícil que haya sido el nacimiento del nuevo poder, por duras que sean las pruebas y grandes las derrotas que algunas de las repúblicas soviéticas tengan que sufrir, no hay fuerza en el mundo capaz de hacer retroceder a la humanidad. (*Clamorosos aplausos*.)

Publicados: el discurso de saludo, el 7 de mayo

de 1919 en el núm. 96 de "Pravda"; el discurso acerca de cómo se engaña al pueblo con las consignas de libertad e igualdad, en 1919 en el folleto: N. Lenin, "Dos discursos pronunciados en el 1 Congreso Nacional de Instrucción Extraescolar (6-19 de mayo de 1919)". Moscú.

T. 38, págs. 327-372.

PREFACIO A LA PUBLICACIÓN DEL DISCURSO "ACERCA DE COMO SE ENGAÑA AL PUEBLO CON LAS CONSIGNAS DE LIBERTAD E IGUALDAD".

El problema que traté en mi discurso del 19 de mayo ante el Congreso de Enseñanza Extraescolar, el problema de la igualdad en general y de la igualdad entre el obrero y el campesino en particular, es, sin duda, uno de los más escabrosos y "delicados" de nuestros días que atañe a los prejuicios más arraigados del pequeño burgués, del pequeño propietario, del pequeño poseedor de mercancías, de todo filisteo y de las nueve décimas partes de los intelectuales (incluidos los intelectuales mencheviques y eseristas).

¡Negar la igualdad del obrero y el campesino! ¡Quién se lo podía imaginar! ¡Qué monstruosidad! Está claro que procurarán aferrarse a esta monstruosidad todos los amigos de los capitalistas, todos sus lacayos, y, en primer término, los mencheviques y los eseristas, para "excitar" a los campesinos, para "soliviantarlos", para indisponerlos con los obreros, con los comunistas. Tales tentativas son inevitables; pero, como se basan en mentiras, su vergonzoso fracaso es seguro.

Los campesinos son gente sensata, práctica y realista. Hay que explicarles las cosas con hechos, con ejemplos sencillos de la vida. ¿Es justo que los campesinos que poseen grano sobrante lo escondan en espera de que los precios suban hasta alcanzar proporciones de especulación, de locura, sin dárseles nada de los obreros hambrientos? ¿O lo justo es que el poder del Estado, que se encuentra en manos de los obreros, se haga cargo de todos los excedentes de trigo, y no a precio de especulación, de trapicheo, de verdadero robo, sino al precio de tasa establecido por el Estado?

El problema está planteado así precisamente. Ahí está el quid, del que quieren "desentenderse" con frases de todo género acerca de la "igualdad" y la "unidad de la democracia del trabajo" todos los trapaceros que, como los mencheviques y los eseristas, hacen el caldo gordo a los capitalistas y les propician la restauración de su poder omnímodo.

El campesino debe optar:

o por el comercio libre del trigo, lo cual significa especular con el trigo, significa la libertad de los ricos de lucrarse y la libertad de los pobres de arruinarse y pasar hambre, significa la restauración del poder omnímodo de los terratenientes y los capitalistas, la ruptura de la alianza de los campesinos y los obreros;

o por la entrega de los excedentes de trigo a precio de tasa al Estado, es decir; al poder obrero unido, lo cual significa pronunciarse a favor de la alianza de los campesinos y los obreros para aniquilar por completo a la burguesía, para descartar toda posibilidad de que retorne su poder.

Esa es la alternativa.

Los campesinos ricos, los kulaks, optarán por lo primero, querrán probar fortuna en alianza con los capitalistas y los terratenientes contra los obreros, contra los campesinos pobres; pero esos campesinos ricos serán en Rusia una minoría. La mayoría de los campesinos se inclinará por la alianza con los obreros contra la restauración del poder de los capitalistas, contra la "libertad de los ricos de lucrarse", contra la "libertad de los pobres de pasar hambre", contra las engañosas tentativas de disfrazar esta maldita "libertad" capitalista (la libertad de morirse de hambre) con palabras rimbombantes sobre la "igualdad" (sobre la igualdad del ahíto, del que posee excedentes de trigo, y el hambriento).

Nuestra tarea es deshacer la astuta superchería capitalista propagada por los mencheviques y los eseristas con sonoras y pomposas frases sobre la "libertad" y la "igualdad".

Campesinos: Arrancad la careta a los lobos con piel de cordero que entonan almibarados ditirambos a la "libertad", a la "igualdad", a la "unidad de la democracia del trabajo", pero que en la práctica defienden así la "libertad" del terrateniente de oprimir a los campesinos, la "igualdad" de los ricachones capitalistas y los obreros o los campesinos semihambrientos, la "igualdad" del ahíto que esconde los excedentes de trigo y el obrero atormentado por el hambre y el paro forzoso debido a la ruina del país como consecuencia de la guerra. Esos lobos con piel de cordero son los peores enemigos de los trabajadores; aunque se llamen mencheviques, eserístas o no militen en ningún partido, son en realidad amigos de los capitalistas.

"El obrero y el campesino son iguales, pues son trabajadores; pero no hay igualdad entre el

especulador de trigo que está ahíto y el trabajador que pasa hambre". "Nosotros luchamos en defensa exclusiva de los intereses del trabajo y nos incautamos del trigo del que especula, y no del que trabaja". "Queremos un pacto con los campesinos medios, con los campesinos trabajadores": eso es lo que dije en mi discur*so,* ése es el *fondo* de la cuestión, ésa es la pura verdad, embrollada con frases altisonantes sobre la "igualdad". y la inmensa mayoría de los campesinos sabe que eso es verdad, que *el Estado obrero* combate a los especuladores y a los ricos, ayudando por todos los medios a los trabajadores y a los pobres, mientras que *el Estado de los terratenientes* (con el zar) y *el Estado de los capitalistas* (con la república más libre y democrática), siempre, en todas partes y en todos los países *ayudan a los ricos a desvalijar a los trabajadores, ayudan a los especuladores y a los ricos a lucrarse a costa de los pobres, precipitados en la ruina.*

Esta verdad la conocen todos los campesinos. Y por eso la mayoría de ellos, con tanta mayor rapidez y firmeza cuanto más conscientes sean, harán su elección: ¡por la alianza con los obreros, por el pacto con el gobierno obrero, contra el Estado terrateniente o capitalista; por el Poder soviético, contra la "Asamblea Constituyente" o contra la "república democrática"; por el pacto con los comunistas bolcheviques, contra todo apoyo a los capitalistas, a los mencheviques y a los eseristas!

* * *

En cuanto a los señores "instruidos", a los demócratas, a los socialistas, a los socialdemócratas, a los socialistas-revolucionarios, etc., les diremos: de palabra, todos admitís la "lucha de las clases"; pero, de hecho, os olvidáis de ella en el preciso momento en que más se encona. Pero olvidarse de la lucha de las clases significa pasarse al lado del capital, al lado de la burguesía, contra los trabajadores.

Quien admite la lucha de las clases debe reconocer que jamás en una república burguesa, ni aun en la más libre y democrática, pudieron ser ni han sido nunca la "libertad" y la "igualdad" otra cosa que expresión de la igualdad y la libertad de *los poseedores de mercancías,* expresión de la igualdad y la libertad del *capital.* En todas sus obras, sobre todo en *El Capital* (que todos vosotros celebráis *de palabra)* Marx lo explicó y se mofó miles de veces de la concepción abstracta de la "libertad e igualdad", de los adocenados Bentham que no lo veían, y puso al descubierto las raíces materiales de esas abstracciones.

En el régimen burgués (es decir, en tanto se mantenga la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción) y en la democracia burguesa, la "libertad y la igualdad" no son sino meros formalismos que implican en realidad *la esclavitud asalariada* de los obreros (libres en el papel, investidos de iguales derechos en el papel) y *el poder omnímodo del capital,* la opresión del trabajo por el capital. Este es el abecé del socialismo, señores "instruidos", y lo habéis olvidado.

De ese abecé se desprende que durante la revolución proletaria, cuando la lucha de las clases se ha exacerbado hasta desencadenar la guerra civil, únicamente los mentecatos y los traidores pueden salir del paso con frases sobre la "libertad", la "igualdad" y la "unidad de la democracia del trabajo". En la práctica todo lo decide el desenlace de la lucha del proletariado contra la burguesía, y las clases intermedias, las clases medias (comprendida toda la pequeña burguesía y, por lo tanto, todo el "campesinado") vacilan inevitablemente entre uno y otro bando.

Se trata de la adhesión de esos sectores intermedios a una de las fuerzas principales, al proletariado o a la burguesía. *No puede haber* otra alternativa: quien no lo haya comprendido, al leer *El Capital* de Marx, no ha comprendido nada de Marx, no ha comprendido nada del socialismo y es, de hecho, un filisteo, un mesócrata que sigue ciegamente en pos de la burguesía. Quien lo haya comprendido, no se dejará engañar con frases sobre la "libertad" y la "igualdad", pensará y hablará *de cosas reales,* es decir, de las condiciones concretas *de aproximación* de los campesinos y los obreros, *de la alianza* de unos y otros contra los capitalistas, *del pacto* de unos y otros contra los explotadores, los ricos y los especuladores.

La dictadura del proletariado no es la terminación de la lucha de las clases, sino su continuación en nuevas formas. La dictadura del proletariado es la lucha de la clase proletaria, que ha triunfado y ha tomado en sus manos el poder político, contra la burguesía que ha sido vencida, pero que no ha sido aniquilada, que no ha desaparecido, que no ha dejado de oponer resistencia, contra la burguesía que ha intensificado su resistencia. La dictadura del proletariado es una forma singular de alianza de clase del proletariado, vanguardia de los trabajadores, y los numerosos sectores no proletarios (pequeña burguesía, pequeños propietarios, campesinos, intelectuales, etc.) de trabajadores o la mayoría de ellos, alianza dirigida contra el capital, alianza que persigne el derrocamiento completo del capital, el aplastamiento completo de la resistencia de la burguesía y de sus tentativas de restauración, alianza que se propone la instauración y consolidación definitivas del socialismo. Es una alianza de tipo especial que se concierta en una situación especial, en medio de una furiosa guerra civil; es una alianza de los partidarios resueltos del socialismo con sus aliados vacilantes, y a veces con los "neutrales" (en cuyo caso, de pacto de lucha, la alianza se convierte en pacto de neutralidad); es una alianza entre clases diferentes en los aspectos económico, político, social

y espiritual. Desentenderse del estudio de las formas, condiciones y tareas concretas de esta alianza con frases generales sobre la "libertad", la "igualdad" y la "unidad de la democracia del trabajo", esto es, con retazos del bagaje ideológico de la época de la economía mercantil, pueden únicamente los podridos líderes de la podrida Internacional "de Berna" o amarilla, como Kautsky, Mártov y Cía.

23 de junio de 1919.

N. Lenin.

Publicado en 1919 en el folleto: N. Lenin, "Dos discursos pronunciados en el l Congreso Nacional de Instrucción Extraescolar (6-19 de mayo de 1919)". Moscú.

T. 38, págs. 373-377.

UN SALUDO A LOS OBREROS HÚNGAROS.

Camaradas: Las noticias que recibimos de los dirigentes de los Soviets húngaros nos llenan de entusiasmo y alegría. Hará sólo dos meses y pico que existe el Poder soviético en Hungría, y el proletariado húngaro, por lo visto, ya nos ha dejado atrás en lo que a organización se refiere. Y se comprende, porque en Hungría es más elevado el nivel de cultura general de la población, porque la proporción de obreros industriales es muchísimo mayor en el total de habitantes (Budapest cuenta con tres millones, siendo la población de Hungría de ocho millones) y, por último, porque la transición al régimen soviético, a la dictadura del proletariado, ha sido en Hungría infinitamente más fácil y pacífica.

Esta última circunstancia tiene una importancia singular. La mayoría de los jefes socialistas de Europa -tanto los de la tendencia socialchovinista como los de la kautskiana- se han encenagado tanto en los prejuicios pequeñoburgueses puros, formados por decenas de años de capitalismo relativamente "pacífico" y de parlamentarismo burgués, que son incapaces de comprender el Poder soviético y la dictadura del proletariado. El proletariado no se hallará en condiciones de cumplir su misión emancipadora, de alcance histórico universal, si no aparta de su camino a esos jefes, si no se deshace de ellos. Esos líderes prestaron crédito, total o a medias, a las mentiras difundidas por la burguesía contra el Poder soviético en Rusia, y no supieron distinguir entre la esencia de la democracia nueva, proletaria, la democracia para los trabajadores, la democracia socialista, personificada por el Poder soviético, y la democracia burguesa, ante la que se prosternan servilmente, llamándola "democracia pura" o "democracia" en general.

Esta gente, cegada y ofuscada por los prejuicios burgueses, no ha comprendido el viraje, de trascendencia histórica universal, de la democracia burguesa a la democracia proletaria, de la dictadura burguesa a la dictadura proletaria. Han confundido esta o aquella particularidad del Poder soviético en Rusia, de la historia rusa de su desarrollo, con el Poder soviético en su significarlo internacional.

La revolución proletaria húngara abre los ojos hasta a los ciegos. En Hungría, la forma de la transición a la dictadura del proletariado es totalmente distinta de la de Rusia: dimisión voluntaria del Gobierno burgués, restablecimiento inmediato de la unidad de la clase obrera, de la unidad del socialismo *con un programa comunista.* La esencia del Poder soviético se perfila ahora con mucha más claridad: ningún otro poder, que cuente con el apoyo de los trabajadores, con el proletariado a su frente, es posible hoy en ninguna parte del mundo, fuera del Poder soviético, fuera de la dictadura del proletariado.

Esta dictadura presupone el empleo de la violencia, de implacable rigor, rápida y decidida, para aplastar la resistencia de los explotadores, de los capitalistas, de los terratenientes y sus secuaces. Quien no lo haya comprendido, no es un revolucionario y hay que apartarlo de la dirección o del puesto de consejero del proletariado.

Pero la esencia de la dictadura del proletariado no reside sólo en la violencia, ni principalmente en la violencia. Su esencia fundamental reside en la organización y disciplina del destacamento avanzado de los trabajadores, de su vanguardia, de su único dirigente: el proletariado. Su objetivo es construir el socialismo, suprimir la división de la sociedad en clases, convertir a todos los miembros de la sociedad en trabajadores, quitar el terreno a toda la explotación del hombre por el hombre. Este objetivo no puede alcanzarse de golpe; ello exige un período de transición bastante largo del capitalismo al socialismo, tanto porque reorganizar la producción es empresa difícil como porque se necesita tiempo para introducir cambios radicales en todos los dominios de la vida y porque la inmensa fuerza de la costumbre de dirigir de modo pequeñoburgués y burgués la economía sólo puede superarse en una lucha larga y tenaz. Precisamente por eso habla Marx de todo un período de dictadura del proletariado como período de transición del capitalismo al socialismo.

Durante todo ese período de transición opondrán una resistencia consciente a la revolución los capitalistas y sus numerosos secuaces en el seno de la intelectualidad burguesa, y vastas masas de trabajadores, entre ellos los campesinos, que, demasiado ofuscadas por las costumbres y tradiciones pequeñoburguesas, ofrecen las más de las

veces una resistencia inconsciente. Las vacilaciones, en estos sectores, son inevitables. El campesino, como trabajador, tiende al socialismo, prefiriendo la dictadura de los obreros a la dictadura de la burguesía. Pero, como vendedor de su trigo, el campesino propende a la burguesía, al comercio libro, es decir, vuelve la vista hacia atrás, hacia el capitalismo "habitual", hacia el viejo capitalismo "tradicional".

Hace falta la dictadura del proletariado, el poder de una sola clase, su fuerza de organización y disciplina, su potencia centralizada, que se apoya en todas las conquistas de la cultura, de la ciencia y de la técnica del capitalismo, su afinidad proletaria a la sicología de todo trabajador, su autoridad ante los trabajadores del campo o los pequeños productores, dispersos, menos desarrollados y menos firmes en política, a fin de que el proletariado pueda *llevar tras de sí* a los campesinos y a todos los sectores de la pequeña burguesía en general. Y de nada valen aquí las frases sobre "democracia" en general, sobre "unidad" o sobre "la unidad de la democracia del trabajo", sobre la "igualdad" de todos los "hombres del trabajo" y otras por el estilo, tan del agrado de los socialchovinistas y kautskianos aburguesados. La fraseología no hace más que nublar la vista, ofuscar la conciencia, dar un nuevo aliento al secular atraso, a la inercia y a la rutina del capitalismo, del parlamentarismo, de la democracia burguesa.

La abolición de las clases es obra de una larga, difícil y tenaz *lucha de las clases* que *no desaparece* (como se lo imaginan los vulgares personajes del viejo socialismo y de la vieja socialdemocracia) *después* del derrocamiento del poder del capital, *después* de la destrucción del Estado burgués, *después* de la implantación de la dictadura del proletariado, sino que se limita a cambiar de forma, haciéndose en muchos aspectos más encarnizada todavía.

Mediante la lucha de clase contra la resistencia de la burguesía, contra la inercia, la rutina, la indecisión y las vacilaciones de la pequeña burguesía debe el proletariado defender su poder, fortalecer su influencia organizadora, lograr la "neutralización" de los sectores que temen separarse de la burguesía y lo siguen a él con muy poca firmeza; debe consolidar la nueva disciplina, la disciplina fraternal de los trabajadores, los lazos estrechos de éstos con el proletariado, su agrupación en torno al proletariado; debe consolidar esta nueva disciplina, nueva base de las relaciones sociales, en lugar de la disciplina feudal de la Edad Media, en lugar de la disciplina del hambre, de la disciplina de la "libre" esclavitud asalariada en el capitalismo.

Para suprimir las clases hace falta un período de dictadura de una sola clase, precisamente de la clase oprimida que no sólo sea capaz de derribar a los explotadores y aplastar sin piedad su resistencia, sino también de romper ideológicamente con todas las concepciones democráticas burguesas, con toda la charlatanería pequeñoburguesa de la libertad e igualdad en general (en el fondo, según demostró Marx hace ya tiempo, esas frases significan "libertad e igualdad" *de los poseedores de mercancías,* "libertad e igualdad" *del capitalista y del obrero).*

Pero eso no es todo. De las clases oprimidas, sólo es capaz de suprimir las clases, por medio de su dictadura, la que está aleccionada, unida, educada, fogueada por decenas de años de luchas políticas y de huelgas contra el capital; la que ha asimilado la cultura de las ciudades, de la industria, del gran capitalismo y tiene decisión y capacidad para defenderla, para conservar y desarrollar todas sus conquistas, para ponerlas al alcance de todo el pueblo, de todos los trabajadores; la clase que sabe soportar todas las cargas, todas las pruebas, todas las adversidades, todos los grandes sacrificios que la historia impone de manera inevitable a quien rompe con el pasado y se abre audazmente paso hacia un porvenir nuevo; sólo la clase cuyos mejores hijos rezuman odio y desprecio por todo lo mediocre y filisteo, cualidades que tanto prosperan entre la pequeña burguesía, los pequeños empleados y la "intelectualidad"; sólo la clase que se ha "templado en la escuela del trabajo" y sabe infundir respeto por su capacidad de trabajo a todo trabajador, a todo hombre honrado.

¡Camaradas obreros húngaros! El ejemplo que habéis ofrecido al mundo es todavía mejor que el de la Rusia Soviética, porque habéis sabido unir en seguida a todos los socialistas sobre la plataforma de una verdadera dictadura del proletariado. Ahora tenéis la más grata y dificilísima tarea de sostener vuestras posiciones en la dura guerra contra la Entente. ¡Manteneos firmes! Si entre los socialistas que acaban de unirse a vosotros, a la dictadura del proletariado, o entre la pequeña burguesía surgiesen vacilaciones, aplastadlas sin piedad. El paredón es lo que merecen los cobardes en la guerra.

Vosotros hacéis la única guerra legítima, justa, verdaderamente revolucionaria, la guerra de los oprimidos contra los opresores, la guerra de los trabajadores contra los explotadores, la guerra por la victoria del socialismo. Todos los elementos honrados de la clase obrera mundial están a vuestro lado. Cada mes está más próxima la revolución proletaria mundial.

¡Manteneos firmes! ¡La victoria será vuestra!

27 de mayo de 1919.

Lenin.

Publicado el 29 de marzo de 1919 en el núm. 115 de "Pravda".

T. 38, págs. 384-388.

LOS PROHOMBRES DE LA INTERNACIONAL DE BERNA.

En el artículo *La Tercera Internacional y su lugar en la historia*[*], (publicado en el número 1 de *La Internacional Comunista*[138], 1-V-1919, pág. 38 de la edición en ruso) señalé una de las manifestaciones más notables de la bancarrota ideológica de los representantes de la vieja y podrida Internacional de Berlín. Esta bancarrota de los teóricos del socialismo reaccionario, que no comprende la dictadura del proletariado, se ha expresado en la propuesta de los socialdemócratas "independientes" alemanes de combinar, de unir, de hacer compatibles el Parlamento burgués con el Poder soviético.

Los teóricos más destacados de la vieja Internacional -Kautsky, Hilferding, Otto Bauer y Cía.- ¡no han comprendido que proponen unir la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado! Hombres que han cobrado renombre y se han granjeado las simpatías de los obreros con la prédica de la lucha de clase de los mismos y la explicación de que esta lucha es necesaria no han comprendido -en el momento más decisivo de la batalla por el socialismo- que abandonan íntegramente toda la doctrina de la lucha de las clases, que abjuran por completo de ella y, de hecho, se pasan al campo de la burguesía, intentando hacer compatible la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado. Parece increíble, pero es un hecho.

A título de rarísima excepción, hemos conseguido recibir ahora en Moscú bastantes periódicos extranjeros, aunque por números sueltos, que nos permiten restablecer algo más detalladamente -si bien, como es natural, no por completo, ni mucho menos- la historia de las vacilaciones de los señores "independientes" en el problema teórico y práctico más importante de nuestro tiempo. Es el problema de la actitud de la dictadura *(proletaria)* respecto a la democracia *(burguesa)* o del Poder soviético respecto al parlamentarismo burgués.

En su folleto *La dictadura del proletariado* (Viena, 1918), el señor Kautsky decía que "la organización soviética es uno de los fenómenos más importantes de nuestra época. Promete adquirir una importancia decisiva en los grandes combates decisivos que se avecinan entre el capital y el trabajo" (pág. 33 del folleto de Kautsky). Y agregaba que los bolcheviques habían cometido el error de convertir los Soviets de *"organización de combate* de una *clase"* en "una *organización estatal",* con lo cual "han suprimido la democracia" (loc. cit.).

En mi folleto *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* (Petrogrado y Moscú, 1918) analicé circunstanciadamente esta opinión de Kautsky y mostré que en ella se relegan por completo al olvido las bases mismas de la doctrina del marxismo acerca del Estado[*]. Porque el Estado (cualquier Estado, incluso la república más democrática) no es otra cosa que una máquina para la opresión de una clase por otra. Denominar a los Soviets organización de combate de una *clase* y negarles el derecho a convertirse en "una organización estatal" significa, *de hecho,* abjurar del abecé del socialismo , proclamar o defender la intangibilidad de *la máquina burguesa de opresión del proletariado (es decir,* la república democrática burguesa, el Estado burgués); significa, de hecho, desertar al campo de la burguesía.

Lo absurdo de la posición de Kautsky es tan patente, y el embate de las masas obreras, que exigen el Poder soviético, tan fuerte que Kautsky y los kautskianos han tenido que retroceder vergonzosamente, haciéndose un lío, pues han sido incapaces de reconocer con honradez su error.

El 9 de febrero de 1919, el periódico *La Libertad (Freiheit)*, órgano de los socialdemócratas "independientes" (independientes del marxismo, pero muy dependientes de la democracia pequeñoburguesa) de Alemania publica un artículo del señor Hilferding, el cual exige *ya* la conversión de los Soviets en organizaciones estatales, pero *a la par* con el Parlamento burgués, con la "Asamblea Nacional", al lado de ella. El 11 de febrero de 1919, en un llamamiento al proletariado de Alemania, *todo* el partido "independiente" adopta esta consigna (por tanto, también la adopta el señor Kautsky, que rebate las declaraciones que él mismo hizo en el otoño de 1918).

Estas tentativas de hacer compatible la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado significan abjurar por completo del marxismo y del

[*] Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

[*] Véase el presente volumen. *(N. de la Edit.)*

socialismo en general, olvidar la experiencia de los mencheviques y "socialistas-revolucionarios" rusos, que desde el 6 de mayo de 1917 hasta el 25 de octubre de 1917 (según el viejo calendario) hicieron la "experiencia" de combinar los Soviets como "organización estatal" con el sistema estatal *burgués* y fracasaron vergonzosamente en esta experiencia.

En el congreso del partido de los "independientes" (a comienzos de marzo de 1919), todo el partido adopta esta postura de unión sapientísima de los Soviets con el parlamentarismo burgués. Pero el número 178 de *La Libertad,* del 13 de abril de 1919 *(Anexo),* informa que el grupo de los "independientes" ha presentado al II Congreso de los Soviets una moción:

> "El II Congreso de los Soviets hace suya la idea del sistema soviético. De acuerdo con ello, la estructura política y económica de Alemania deberá basarse en la organización de los Soviets. Los Soviets de diputados obreros están llamados a representar a la población trabajadora en todos los ámbitos de la vida política y económica".

Y al lado de eso, el mismo grupo ha propuesto al congreso un proyecto de "directrices" *(Richtlinien),* en las que leemos:

> "Todo el poder político pertenece al congreso de los Soviets... Tienen derecho a elegir y ser elegidos a los Soviets, sin distinción de sexo, quienes realicen un trabajo útil y necesario para la sociedad sin explotar mano de obra ajena..."

Vemos, por consiguiente, que los jefes "independientes" han resultado ser unos pequeños burgueses dignos de compasión, dependientes por entero de los prejuicios filisteos de la parte más atrasada del proletariado. En el otoño de 1918, estos jefes abjuran, por boca de Kautsky, de toda transformación de los Soviets en organizaciones estatales. En marzo de 1919 entregan esta posición y se colocan a la zaga de la masa obrera. En abril de 1919 rechazan el acuerdo de su congreso y se suman por entero a la posición de los comunistas: "¡Todo el poder a los Soviets!"

Jefes así no valen mucho. Para reflejar el estado de ánimo de la parte más atrasada del proletariado, que marcha detrás, y no delante, de la vanguardia, no hacen falta jefes. Y dado el apocamiento con que cambian sus consignas, esos jefes no valen nada. No se puede confiar en ellos. Serán *siempre* un lastre, una magnitud negativa en el movimiento obrero.

El más "izquierdista" de ellos, un tal señor Däumig, razonaba en el congreso del partido (véase *La Libertad,* del 9 de marzo) de la siguiente forma:

> "...Däumig declara que no le separa nada de la reivindicación de los comunistas: "Todo el Poder a los Soviets de diputados obreros". Pero él debe pronunciarse contra el putchismo que el partido de los comunistas aplica en la práctica y contra el bizantinismo que éstos muestran con las masas, en vez de educarlas. La acción putchísta, dispersa, no puede llevar a delante..."

Los alemanes denominan putchísmo a lo que los viejos revolucionarios llamaban en Rusia, hace cincuenta años, "fogonazos", "fuegos artificiales", organización de pequeñas conspiraciones, atentados, levantamientos, etc.

Al acusar de "putchismo" a los comunistas, el señor Däumig lo único que demuestra es su "bizantinismo", su servilismo lacayuno ante los prejuicios filisteos de la pequeña burguesía. El "izquierdismo" de un señor así, que repite una consigna "de moda" por cobardía ante las masas, *sin comprender el movimiento revolucionario de masas,* no vale un comino.

En Alemania se ha levantado una potente ola de huelgas espontáneas. Un auge y un crecimiento inauditos de la lucha proletaria, que supera, evidentemente, lo que hubo en Rusia en 1905, cuando el movimiento huelguístico alcanzó proporciones nunca vistas. Hablar de "fuegos artificiales" ante un movimiento como ése significa ser una persona trivial sin remedio y un lacayo de los prejuicios filisteos.

Los señores filisteos, con Däumig al frente, sueñan, por lo visto, con una revolución (si es que albergan en su cabeza alguna idea, aunque sea pequeña, de la revolución) en la que las masas se alcen *de golpe* y *organizados por completo.*

Las revoluciones de ese tipo no han existido ni pueden existir. El capitalismo dejaría de ser capitalismo si no mantuviera a millones de trabajadores, a la inmensa mayoría de los trabajadores, en la opresión, el embrutecimiento, la pobreza y la ignorancia. El capitalismo sólo puede derrumbarse mediante una revolución que ponga en pie en el curso de la lucha a masas antes intactas. Los estallidos espontáneos durante el crecimiento de la revolución son inevitables. Sin ellos no ha habido, ni puede haber, ninguna revolución.

Que los comunistas favorecen la espontaneidad es una mentira del señor Däumig, absolutamente de la misma índole que la mentira que hemos oído muchas veces decir a los mencheviques y eseristas. Los comunistas *no* favorecen la espontaneidad, *no* son partidarios de los estallidos aislados. Los comunistas enseñan a las masas la acción organizada, cabal, unánime, oportuna y madura. Los señores Däumig, Kautsky y Cía. no podrán refutar con calumnias filisteas este hecho.

Pero los filisteos son incapaces de comprender que los comunistas consideran -y muy justamente- un deber suyo *estar con las masas combatientes* de los oprimidos, y no con los prohombres de la mesocracia que permanecen al margen y esperan cobardemente. Cuando las masas luchan, los errores en la lucha son inevitables. Y los comunistas, que ven esos errores, que se los explican a las masas y se esfuerzan por

que los corrijan, que defienden con firmeza la victoria de la conciencia sobre la espontaneidad, *siguen con las masas.* Vale más estar con las masas combatientes, que en el curso de la lucha se libran paulatinamente de los errores, que con los intelectualillos, filisteos y kautskianos, que esperan la "victoria completa" desde su retiro: tal es la verdad que los señores Däumig no pueden comprender.

Peor para ellos. Han entrado ya en la historia de la revolución proletaria mundial como pequeños burgueses cobardes, como jeremías reaccionarios, criados ayer de los Scheidemann y predicadores hoy de la "paz social", tanto da que esta prédica se encubra con la unión de la Constituyente y los Soviets como tras la sesuda condena del "putchismo".

El señor Kautsky ha batido la marca de sustituir el marxismo con lamentaciones pequeñoburguesas y reaccionarias. Repite la misma cantilena: ¡deplora lo que ocurre, se lamenta, llora, se horroriza y predica la reconciliación! Este caballero de la triste figura *ha escrito* toda su vida sobre la lucha de las clases y el socialismo; pero cuando las cosas han llegado a la máxima exacerbación de la lucha de las clases y a la víspera del socialismo, nuestro sabio se desconcierta, suelta el llanto y resulta ser un filisteo adocenado. En el número 98 del órgano de los traidores vieneses al socialismo, de los Austerlitz, los Henner y los Bauer *(Periódico Obrero,* 9 de abril de 1919, Viena, edición matutina), Kautsky reúne por centésima, si no por milésima vez, sus lamentaciones.

> "...El pensamiento económico y la visión económica -lloriqueaban sido desalojados de la cabeza de todas las clases... La larga guerra ha enseñado a vastos sectores del proletariado a despreciar por completo las condiciones económicas y a confiar firmemente en la omnipotencia de la violencia..."

¡Son dos "manías" de nuestro "muy docto" varón! El "culto a la violencia" y la bancarrota de la producción: a eso se debe que, en vez de analizar las condiciones *reales* de la lucha de las clases, haya caído en el acostumbrado gimoteo pequeñoburgués, viejo y tradicional. "Esperábamos -escribe- que la revolución viniera como un producto de la lucha de la clase proletaria '" pero la revolución ha venido como consecuencia de la bancarrota militar del sistema dominante tanto en Rusia como en Alemania..."

Dicho con otras palabras: ¡este "sabio" esperaba una revolución pacífica! ¡Es admirable!

Pero el señor Kautsky se ha desconcertado hasta el punto de olvidar que él mismo escribió antes, cuando era marxista, que la guerra sería, muy probablemente, el motivo de la revolución. Ahora, en vez de analizar con serenidad y sin temor qué cambios de las formas de la revolución son *inevitables* como consecuencia de la guerra, ¡nuestro "teórico" deplora sus "esperanzas" frustradas!

¡“...Desprecio de las condiciones económicas por vastos sectores del proletariado"!

¡Qué miserable estupidez! ¡Qué bien conocemos, por los periódicos mencheviques de la época de Kerenski, esta copla pequeñoburguesa!

El economista Kautsky ha olvidado que cuando el país está arruinado por la guerra y se encuentra al borde de la catástrofe, la "condición económica" principal, fundamental, cardinal, es *salvar al obrero.* Si se salva a la clase obrera de la muerte por hambre, del perecimiento seguro, entonces se podrá restablecer la economía destruida. Y para salvar a la clase obrera hace falta la dictadura del proletariado, único medio de impedir que se cargue sobre las espaldas de los obreros el peso y las consecuencias de la guerra.

El economista Kautsky "ha olvidado" que el reparto del peso de la derrota es un problema que se resuelve por medio de *la lucha de las clases,* y que la lucha de las clases en las condiciones de un país completamente atormentado, arruinado, hambriento y moribundo cambia *inevitablemente* sus formas. No es ya una lucha de una clase por participar en la producción, por dirigir la producción (pues la producción está parada, no hay carbón, los ferrocarriles son inservibles, la guerra ha trastocado las cosas, las máquinas se hallan desgastadas, etc., etc.), sino *por salvarse del hambre.* Sólo unos tontainas, por mucho que hayan "aprendido", pueden "condenar" en semejante situación el comunismo "de consumo, cuartelero" y enseñar con altanería a los obreros la importancia de la producción.

Primero, ante todo y sobre todo, hay que salvar al obrero. La burguesía quiere conservar sus privilegios, endosar al obrero todas las consecuencias de la guerra, y eso significa matar de hambre a los obreros.

La clase obrera quiero salvarse del hambre, y para eso hay que derrotar por completo a la burguesía, asegurar *primero* el consumo, por escaso que sea, pues de otra manera *será imposible ir tirando* medio hambrientos, *será imposible sostenerse* hasta que se pueda poner de nuevo en marcha la producción.

"¡Piensa en la producción!", dice el burgués ahíto al obrero famélico y extenuado por el hambre, y Kautsky, repitiendo estas coplas de los capitalistas disfrazadas de "ciencia económica", se convierte por completo en un lacayo de la burguesía.

Y el obrero dice: que la burguesía viva también a media ración para que los trabajadores puedan reponerse, para que *no perezcan.* El "comunismo de consumo" es la condición para salvar al obrero. ¡No hay que reparar en sacrificios para salvar al obrero! Media libra a los capitalistas y una libra a los obreros: así hay que salir del período de hambre, de la ruina. El consumo del obrero famélico es la base y la condición del restablecimiento de la producción.

Zetkin ha dicho con plena razón a Kautsky que él

"se desliza a la economía política burguesa. La producción para el hombre, y no a la inversa..."

Al deplorar el "culto a la violencia", el independiente señor Kautsky ha evidenciado que depende exactamente igual de los prejuicios pequeñoburgueses. Cuando los bolcheviques señalaban ya en 1914 que la guerra imperialista se transformaría en guerra civil, el señor Kautsky guardaba silencio, siguiendo en las filas del mismo partido que David y Cía., los cuales calificaban de "locura" esta previsión (y esta consigna). ¡Kautsky no comprendió en absoluto que era inevitable la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, y ahora achaca su incomprensión a las dos partes beligerantes en la guerra civil! ¿No es esto un modelo de beotismo pequeñoburgués reaccionario?

Pero si en 1914 era *únicamente* beotismo pequeñoburgués la incomprensión de que la guerra imperialista debía transformarse inevitablemente en guerra civil, ahora, en 1919, es algo peor. Es una traición a la clase obrera. Porque la guerra civil es *un hecho* en Rusia, y en Finlandia, y en Letonia, y en Alemania, y en Hungría. Kautsky ha reconocido centenares y centenares de veces en sus obras anteriores que existen períodos históricos en los que la lucha entre las clases se transforma inevitablemente en guerra civil. Eso ha ocurrido, y Kautsky se ha encontrado en el campo de la pequeña burguesía cobarde y vacilante.

"...El espíritu que anima a Espartaco es, en el fondo, el espíritu de Ludendorf! ... Espartaco consigue no sólo el fracaso de su obra, sino también la intensificación de la política de violencia por parte de los socialistas de la mayoría. Noske es el antípoda de Espartaco..."

Estas palabras de Kautsky (de un artículo suyo publicado en el *Periódico Obrero* de Viena) son de una estupidez, una ruindad y una vileza tan extremas que basta señalarlas con el dedo. Un partido que tolera en su seno a semejantes jefes está podrido. La Internacional de Berna, a la que pertenece el señor Kautsky, debe ser enjuiciada por nosotros como se merece, desde el punto de vista de estas palabras de Kautsky, como una Internacional amarilla.

* * *

Como caso curioso, citaremos también un razonamiento del señor Haase expuesto en el artículo acerca de "la Internacional en Ámsterdam" *(La Libertad,* 4 de mayo de 1919). El señor Haase se jacta de haber propuesto una resolución sobre el problema de las colonias, en la que se dice que "la liga de naciones organizada a propuesta de la Internacional... tiene la tarea, *hasta la realización del socialismo..."* (¡fíjense bien!) "...de gobernar las colonias, en primer lugar, en beneficio de los aborígenes y, después, en el de todos los pueblos agrupados en la liga de naciones..."

¿Verdad que es una joya? *Hasta* la realización del socialismo *gobernará las colonias,* según la resolución de este sabio, no la burguesía, sino una –perdón- ¡¡generosa, justa y meliflua "liga de naciones"!! ¿En qué se diferencia esto, prácticamente, del maquillaje de la más abominable hipocresía capitalista? ¡Y ésos son los miembros "izquierdistas" de la Internacional de Berna!...

* * *

Para que d lector pueda comparar de manera más clara toda la estupidez, ruindad e ignominia de los escritos de Haase, Kautsky y Cía. con la situación real en Alemania, reproduciré otra breve cita.

El conocido capitalista Gualterio Rathenau ha publicado un librejo titulado *El Estado nuevo (Der neue Staat).* El librejo está fechado el 24 de marzo de 1919. Su valor teórico es igual a cero. Pero como persona observadora, Gualterio Ratheuau se ve obligado a reconocer lo siguiente:

"...Nosotros, pueblo de poetas y pensadores, somos, por ocupación accesoria *(im Nevenberuf),* filisteos..."

"...El idealismo existe ahora únicamente entre los monárquicos extremistas y los espartaquistas..."

"La verdad sin aderezos es ésta: vamos hacia una dictadura, proletaria o pretoriana" (págs. 29, 52, 65).

Este burgués se cree, por lo visto, tan "independiente" de la burguesía como los señores Kautsky y Haase se creen "independientes" del espíritu pequeñoburgués y del filisteísmo.

Pero Gualterio Rathenau le lleva dos cabezas a Carlos Kautsky, pues el segundo gimotea, ocultándose cobardemente de "la verdad sin aderezos", mientras que el primero la reconoce al descubierto.

28 de mayo de 1919.

Publicado en junio de 1919 en el núm. 2 de la revista "La Internacional Comunista".

T. 38, págs. 389-398.

NOTAS.

1 *II Internacional*: agrupación internacional de los partidos socialistas fundada en 1889. Cuando empezó la guerra imperialista mundial de 1914-1918, los jefes de la II Internacional hicieron traición a la causa del socialismo, se pasaron al lado de sus gobiernos imperialistas, y la II Internacional se desmoronó.

2 "*Sotsial-Demokrat*" ("El Socialdemócrata"): periódico clandestino, órgano central del POSDR que se publicó desde febrero de 1908 hasta enero de 1917. El número 1 apareció en Rusia; luego el periódico se editó en el extranjero. Desde diciembre de 1911 lo dirigió Lenin.

"*Kommunist*" ("El Comunista"): revista organizada por Lenin y editada por la redacción del periódico *Sotsial-Demokrat*. Apareció sólo un número (doble, en septiembre de 1915).

3 Se alude al folleto *El socialismo y la guerra* (*La actitud de los socialistas ante la guerra*), publicado en ruso y alemán en vísperas de la Conferencia de Zimmerwald, que se celebró en septiembre de 1915, y repartido entre los participantes en la misma. Después de la conferencia, este folleto se publicó en Francia traducido al idioma de este país.

4 El *Manifiesto de Basilea*, sobre la guerra, fue aprobado por el Congreso Extraordinario Socialista Internacional de Basilea, que se celebró el 24 y el 25 de noviembre de 1912. Este manifiesto prevenía a los pueblos contra la guerra imperialista mundial que se avecinaba, denunciaba los fines rapaces de esta guerra y exhortaba a los obreros de todos los países a la lucha enérgica por la paz. En el Manifiesto de Basilea se incluyó el punto de la resolución del Congreso de Stuttgart (1907), formulado por Lenin, acerca de que, en caso de declararse la guerra imperialista, los socialistas debían aprovechar la crisis económica y política provocada por la guerra para luchar por la revolución socialista.

5 Con este título apareció la primera edición del libro de V. I. Lenin *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

6 *Mencheviques*: partidarios de la corriente oportunista de la socialdemocracia rusa. En las elecciones a los organismos centrales del partido, en el II Congreso del POSDR, celebrado en 1903, los socialdemócratas revolucionarios, encabezados por Lenin, obtuvieron la mayoría ("bolshinstvó", y de ahí su denominación de bolcheviques), y los oportunistas, la minoría ("menshinstvó" y de ahí su denominación de "mencheviques"). Durante la revolución de 1905-1907, los mencheviques se pronunciaron contra la hegemonía del proletariado en la revolución y contra la alianza de la clase obrera y los campesinos; exigían el acuerdo con la burguesía liberal, a la que se debía entregar, a juicio de ellos, la dirección de la revolución. Durante la reacción que siguió a la derrota de la revolución de 1905-1907, la mayoría de los mencheviques se hizo liquidadora y reclamó la liquidación del partido revolucionario ilegal de la clase obrera. Después del triunfo de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, los mencheviques entraron en el Gobierno Provisional burgués, apoyaron su política imperialista e impugnaron la revolución socialista que se estaba preparando. Al triunfar la Revolución Socialista de Octubre, los mencheviques se convirtieron en un partido abiertamente contrarrevolucionario, organizador y participante de complots y levantamientos encaminados a derrocar el Poder soviético.

7 *Eseristas* (socialistas-revolucionarios): partido pequeñoburgués formado en Rusia a fines de 1901 y comienzos de 1902 como consecuencia de la unificación de diversos grupos y círculos populistas. Los eseristas se llamaban socialistas, pero su socialismo era utópico y pequeñoburgués. Su método principal de lucha contra el zarismo era el terrorismo individual. Al ser derrotada la primera revolución rusa de 1905-1907, el partido de los eseristas sufrió una crisis: sus dirigentes abjuraron prácticamente de la lucha revolucionaria contra el zarismo. Durante la primera guerra mundial, la mayoría de los eseristas ocupó las posiciones del socialchovinismo. Una vez derrocado el zarismo en febrero de 1917, los líderes de los eseristas formaron parte del Gobierno Provisional burgués, lucharon contra la clase obrera, que preparaba la revolución socialista, y participaron en la represión del movimiento campesino en el verano de 1917. Después de la Revolución Socialista de Octubre lucharon activamente contra el Poder soviético.

8 Esta cita es del trabajo de Carlos *Marx Crítica del Programa de Gotha* (véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. In, pág. 23).

9 Se refiere a la Comuna de París, primera experiencia, conocida en la historia, de dictadura del proletariado, de gobierno revolucionario de la clase obrera. Fue creada por la revolución proletaria en París y existió setenta y dos días, desde el 18 de marzo hasta el 28 de mayo de 1871.

10 Se trata de la primera guerra mundial de 1914-1918.
11 Véase la carta de F. Engels a A. Bebel del 18-28 de marzo de 1875.
12 Esta idea la expresó Engels en la *Introducción* de 1891 a la obra de Carlos Marx *La guerra civil en Francia* (véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, pág. 196).
13 Lenin cita el artículo de F. Engels *De la autoridad* (véase C. Marx F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, pág. 400).
14 Véanse la carta de C. Marx a L. Kugelmann del 12 de abril de 1871, la obra de Carlos Marx *La guerra civil en Francia* y la *Introducción* de Federico Engels, escrita en 1891, para esta obra (C. Marx y F. Engels. *Obras escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, págs. 230-231, 234-236).
15 Se alude al prefacio de C. Marx y F. Engels a la edición alemana de 1872 del *Manifiesto del Partido Comunista* (véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. I, pág. 100).
16 El 4 de agosto de 1914, la minoría socialdemócrata del Reichstag alemán votó en pro de conceder los créditos de guerra al gobierno del káiser, aprobando así la política de Guillermo II.
17 Véase la obra de Federico Engels *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t.III, pág. 346).
18 C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, pág. 199).
19 Véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres t
20 Véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, págs. 233, 235).
21 *Whigs y tories*: partidos políticos ingleses fundados e anglicana, defendía las tradiciones del pasado feudal y combatía las reivindicaciones liberales y progresistas; posteriormente puso comienzo al Partido Conservador. Los partidos de los whigs y de los tories se alternaban en el poder.
22 Lenin se refiere al proceso provocador urdido en 1894 por los círculos reaccionarios monárquicos de la camarilla militar francesa contra el hebreo Dreyfus, oficial del Estado Mayor Central, acusado falsamente de espionaje y alta traición. La condena de Dreyfus a cadena perpetua, inspirada por la soldadesca reaccionaria, fue aprovechada por los círculos reaccionarios de Francia para instigar el antisemitismo y la ofensiva contra el régimen republicano y las libertades democráticas. Bajo la presión de la opinión pública, Dreyfus fue indultado en 1899; y en 1906 fue reconocido inocente y reincorporado a filas por fallo del tribunal de casación.
23 Se alude a la cruel represión de la sublevación irlandesa de 1916 desencadenada con el fin de liberar la isla de la dominación inglesa: "En Europa... se ha insurreccionado Irlanda, a la que los ingleses "amantes de la libertad" han apaciguado por medio de ejecuciones...", escribió Lenin en 1916 (véase su artículo *Balance de la discusión sobre la autodeterminación*).
Ulster: parte nororiental de Irlanda, poblada en su mayor parte por ingleses; las tropas de Ulster participaron con las inglesas en el aplastamiento de la sublevación del pueblo irlandés.
24 *Duma, Duma de Estado*: institución representativa convocada en la Rusia zarista como consecuencia de la revolución de 1905-1907. Formalmente, la Duma de Estado era un órgano legislativo; pero, en la práctica, no tenía ningún poder real. Las elecciones a la Duma de Estado eran indirectas, desiguales y restringidas. Los derechos electorales de las clases trabajadoras, así como de las naciones alógenas que poblaban Rusia, estaban muy limitados, y gran parte de obreros y campesinos carecían totalmente del derecho a voto. Las elecciones a la Duma de Estado se hacían por curias, que sumaban cuatro: la obrera, la urbana, la propietaria de tierras y la campesina.
25 *Shylock*: personaje de la comedia de G. Shakespeare *El mercader de Venecia*, usurero cruel y duro de corazón que exigió sin piedad, en cumplimiento de las cláusulas de un contrato, que se cortara una libra de carne a su deudor insolvente.
26 Véase el artículo de Carlos Marx *El indiferentismo en materia política*.
27 Véase el artículo de F. Engels *De la autoridad*.
28 Véase la carta de F. Engels a A. Bebel del 18-28 de marzo de 1875.
29 El 14(27) de junio de 1917, el Gobierno Provisional adoptó la disposición de convocar las elecciones a la Asamblea Constituyente para el 17 (30) de septiembre de 1917. En agosto del mismo las aplazó para el 12 (25) de noviembre. Las elecciones se celebraron después de la victoria de la Revolución Socialista de Octubre, en la fecha fijada del 12 (25) de noviembre. Las listas de electores habían sido compuestas antes aún de la Revolución de Octubre, y la composición de la Asamblea Constituyente reflejaba la vieja correlación de fuerzas de los tiempos en que la burguesía se encontraba en el poder. Se produjo un acusado divorcio entre la voluntad de la inmensa mayoría del pueblo, que estaba en pro del poder soviético, y la política aplicada por la mayoría eserista y menchevique de la Asamblea Constituyente, que expresaba los intereses de la burguesía y los terratenientes. En vista de que la Asamblea Constituyente se negó a discutir la *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado* y ratificar los decretos de la paz y de la tierra, así como del paso del poder a los Soviets, fue disuelta por decisión del CEC de toda Rusia el 6 (19) de enero de 1918.
30 Se trata de las tesis de abril.
31 Véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. I, págs. 129-130.
32 Lenin alude a la *Introducción* de F. Engels a la obra d
33 El folleto de Lenin *Los partidos políticos en Rusia y las tareas del proletariado* se publicó en inglés en el periódico burgués norteamericano *The Evening Post* el 15 de enero de 1918 y en el número 4, de noviembre-diciembre de 1917, de la revista del ala izquierda del Partido Socialista de Norteamérica *The Class Struggle*; apareció también en separata.
34 Lenin se refiere a la resolución sobre la revisión del programa del partido, adoptada en la VII

Conferencia Nacional (de Abril) del POSD(b) de Rusia. El texto de la misma lo escribió Lenin.

35 *Democonstitucionalistas*: miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, partido principal de la burguesía liberal monárquica de Rusia; se formó en octubre de 1905. Después de la victoria de la Revolución Socialista de Octubre, los democonstitucionalistas organizaron complots contrarrevolucionarios e insurrecciones contra la República Soviética.

36 La Conferencia Democrática de toda Rusia fue convocada por el CEC menchevique y eserista de los Soviets en septiembre de 1917 en Petrogrado. Los líderes de los mencheviques y de los eseristas adoptaron todas las medidas necesarias para debilitar la representación de los Soviets de Diputados Obreros y Campesinos en ella y ampliar el número de delegados de las diversas organizaciones pequeñoburguesas y burguesas, asegurándose así la mayoría en la conferencia. La Conferencia Democrática tomó el acuerdo de organizar el Anteparlamento (Consejo Provisional de la República), tentativa de dar la impresión de que en Rusia se había establecido un régimen parlamentario. Lenin insistió de manera categórica en que se boicotease el Anteparlamento, ya que el permanecer en él hubiera significado sembrar ilusiones de que esta institución era capaz de cumplir las tareas de la revolución. El Comité Central del partido discutió la propuesta de Lenin y dictaminó que los bolcheviques se retirasen del Anteparlamento, cosa que hicieron el 7 (20) de octubre, día de su apertura, tras de dar lectura a una declaración.

37 Se alude al complot contrarrevolucionario del general Kornílov en agosto de 1917.

38 *Versalleses*: partidarios del gobierno contrarrevolucionario burgués de Francia, encabezado por Thiers e instalado en Versalles después de haber triunfado la Comuna de París. Concertaron una alianza militar con las tropas prusianas para aplastar la insurrección de los obreros parisienses.

39 *Petrushka*: siervo doméstico, personaje de la novela de Nicolás Gógol *Almas muertas*; leía los libros deletreando, pero sin calar en el contenido, interesándose únicamente por el proceso mecánico de la lectura.

40 Se trata de la sublevación contrarrevolucionaria del cuerpo de ejército checoslovaco, que había sido formado en Rusia, antes aún de triunfar la Revolución Socialista de Octubre, con prisioneros de guerra checos y eslovacos. La sublevación estuvo organizada por los imperialistas de la Entente y estalló en mayo de 1918. Actuando en estrecho contacto con los guardias blancos y los kulaks, el cuerpo de ejército checoslovaco ocupó gran parte de la región del Volga, de los Urales y Siberia, restableciendo en todas partes el poder de la burguesía. La región del Volga fue liberada por el Ejército Rojo en el otoño de 1918, y la contrarrevolución de Siberia derrotada definitivamente a fines de 1919.

41 Lenin se refiere a su artículo *Las tareas inmediatas del Poder soviético*, publicado el 28 de abril de 1918 en los periódicos *Pravda* e *Izvestia del CEC de toda Rusia*; apareció también en separata.

42 *Judas Golovliov*: tipo de terrateniente feudal, hipócrita y santurrón, descrito en la obra de M. Saltykov-Schedrín *Los señores Golovliov*.

43 *Los Liberdán*: apodo irónico que se dio a los líderes mencheviques Líber y Dan y a sus adeptos después de haber aparecido en el número 141 del periódico bolchevique de Moscú *Sotsial-Demokrat*, correspondiente al 25 de agosto (7 de septiembre) de 1917, un folletín de D. Bodni con el título de *Liberdán*.

44 *Mencheviques "activistas"*: corriente, la más derechista, del partido de los mencheviques, que admitía y aplicaba en la práctica los métodos de la lucha armada contra el Poder soviético. Los mencheviques "activistas" participaron en acciones contrarrevolucionarias y en el terror blanco; contaban con la ayuda militar y pecuniaria de los intervencionistas.

45 Lenin alude al discurso de A. Bebel, pronunciado el 20 de septiembre de 1910 en el Congreso de Magdeburgo del Partido Socialdemócrata de Alemania.

46 "*Frankfurter Zeitung*" ("Gaceta de Fráncfort"): órgano diario de los grandes bolsistas alemanes; se editó en Fráncfort del Meno a partir de 1856.

47 Se alude al artículo de fondo ¿Dictadura o democracia?, publicado el 21 de octubre de 1918 en el número 290 del periódico *Vorwärts*.
"*Vorwärts*" ("Adelante"): diario, órgano central del Pa oportunistas. Durante la guerra imperialista mundial, *Vorwärts* mantuvo posiciones socialchovinistas; después de la Gran Revolución Socialista de Octubre desplegó propaganda antisoviética.

48 Se trata del "centrismo", corriente oportunista en el movimiento obrero internacional. Los centristas ocupaban en los partidos de la II Internacional una posición intermedia entre los oportunistas declarados y el ala izquierda, revolucionaria. Uno de los teóricos del centrismo fue Kautsky. Los centristas apoyaban al ala derecha de la socialdemocracia en todos los problemas principales y encubrían este apoyo con frases izquierdistas.

49 *Conferencia de Zimmerwald*: primera conferencia socialista internacional que se celebró en Zimmerwald del 5 al 8 de septiembre de 1915. Lenin la denominó primer paso en el desarrollo del movimiento internacional contra la guerra. Asistieron a ella treinta y ocho delegados de los partidos y organizaciones de once países europeos. La conferencia eligió como órgano dirigente de la agrupación zimmerwaldiana la Comisión Socialista Internacional. En el seno de la agrupación se desplegaba una lucha entre la izquierda de Zimmerwald, encabezada por los bolcheviques, y la mayoría centrista kautskiana (denominada derecha de Zimmerwald). Los centristas procuraban lograr la conciliación con los socialchovinistas y la reconstitución de la II Internacional. La izquierda de Zimmerwald exigía la escisión con los

socialchovinistas, la lucha revolucionaria contra la guerra imperialista y la fundación de una Internacional nueva, revolucionaria y proletaria. La fuerza principal del grupo de izquierda de Zimmerwald la constituían los bolcheviques, que ocupaban la única posición internacionalista y consecuente hasta el fin.

50 Lenin cita la *Introducción* de F. Engels a la obra de C. Marx *La guerra civil en Francia* (véase C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, pág. 190).

51 Véase la obra de C. Marx *La guerra civil en Francia* (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, pág. 233).

52 *Seguidores de Tolstoi*: adeptos de la tendencia utópica y religiosa que se formó en el pensamiento y en el movimiento sociales de Rusia a fines del siglo XIX y comienzos del XX, basada en la doctrina del escritor y filósofo ruso León Tolstoi. Los seguidores de Tolstoi predicaban "el amor universal", la no oposición al mal y el perfeccionamiento religioso moral como medio de transformar la sociedad.

53 *Eseristas de izquierda*: partido que se constituyó orgánicamente en su I Congreso de toda Rusia en noviembre de 1917. Los eseristas de izquierda habían existido antes como ala izquierda del partido de los eseristas que empezó a formarse durante la primera guerra mundial. En el II Congreso de los Soviets de toda Rusia, los eseristas de izquierda tenían la mayoría del grupo eserista que se escindió en el problema de la participación en el congreso: los derechistas abandonaron el congreso, obedeciendo las indicaciones del CC del partido de los eseristas, y los izquierdistas se quedaron en él y votaron con los bolcheviques en los problemas de mayor importancia del orden del día, si bien dando una respuesta negativa a la propuesta de los bolcheviques de entrar en el Gobierno soviético. Tras largas vacilaciones, los eseristas de izquierda aceptaron el acuerdo con los bolcheviques a fin de conservar su influencia en las masas campesinas; fueron incluidos representantes suyos en el Consejo de Comisarios del Pueblo. Aunque aceptaron la colaboración con los bolcheviques, los eseristas de izquierda discrepaban de ellos en los problemas cardinales de la revolución socialista e impugnaban la dictadura del proletariado. En enero-febrero de 1918, el CC del partido de los eseristas de izquierda se opuso a la conclusión del Tratado de Paz de Brest, y cuando éste se hubo firmado, y fue luego ratificado por el IV Congreso de los Soviets en marzo de 1918, los eseristas de izquierda se salieron del Consejo de Comisarios del Pueblo, siguiendo, no obstante, en los cuerpos colegiados de los comisariados del pueblo y en los órganos locales de poder. Conforme se iba desplegando la revolución socialista en el campo, entre los eseristas de izquierda fueron cundiendo los ánimos antisoviéticos.

El 24 de junio de 1918, el CC de los eseristas de izquierda tomó el acuerdo de organizar un alzamiento contra el Poder soviético. Tras de sufrir una derrota en el V Congreso de los Soviets, asesinaron el 6 de julio de 1918, en Moscú, al conde de Mirbach, embajador alemán, con objeto de frustrar el Tratado de Paz de Brest y enzarzar al País Soviético en una guerra con Alemania. A continuación desencadenaron una insurrección armada. Después de haber sido sofocada esta insurrección, denominada de julio, el V Congreso de los Soviets de toda Rusia acordó excluir de los Soviets a los eseristas de izquierda que compartían las opiniones de su cúspide dirigente. Habiendo perdido todo apoyo en las masas, el partido de los eseristas de izquierda emprendió el camino de la lucha armada contra el Poder soviético. La parte de los eseristas de izquierda que estaba en pro de la colaboración con los bolcheviques formó los partidos de los "comunistas populistas" y de los "comunistas revolucionarios". Un número considerable de los militantes de estos partidos fueron admitidos posteriormente en el Partido Comunista.

54 "*Comunistas de izquierda*": grupo oportunista del PC (b) de Rusia encabezado por Bujarin; surgió a comienzos de 1918 con motivo de la conclusión de la paz de Brest. Encubriéndose con frases izquierdistas sobre la guerra revolucionaria, el grupo de los "comunistas de izquierda" propugnaba la política aventurera de llevar a la República Soviética, que aún no tenía ejército, a la guerra con la Alemania imperialista y ponía al Poder soviético en peligro de muerte. Los comunistas de izquierda se pronunciaban también contra la introducción de la dirección unipersonal en las empresas y la disciplina laboral, así como contra el empleo de los especialistas burgueses en la industria. El partido dio, bajo la dirección de Lenin, enérgica réplica a la política de los "comunistas de izquierda".

55 *Espartaquistas*: miembros del grupo Espartaco, organización revolucionaria de los socialdemócratas de izquierda alemanes. La fundaron a comienzos de la primera guerra imperialista mundial Carlos Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring, Clara Zetkin y otros. Los espartaquistas hacían propaganda revolucionaria entre las masas, organizaban acciones antibélicas, dirigían huelgas y denunciaban el carácter imperialista de la guerra mundial y la traición de los líderes oportunistas de la socialdemocracia. No obstante, los espartaquistas cometieron graves errores en problemas de teoría y política. Lenin criticó en varias ocasiones estos errores de los socialdemócratas de izquierda alemanes, ayudándoles a ocupar una posición adecuada.

En abril de 1917, los espartaquistas ingresaron en el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, de tendencia centrista, conservando en él su independencia orgánica. En noviembre de 1918, durante la revolución desencadenada en Alemania, los espartaquistas se constituyeron en Liga Espartaco y, tras de publicar el 14 de diciembre de 1918 su programa, rompieron con los "independientes". En el Congreso constitutivo, celebrado del 30 de diciembre de 1918 al 1 de enero de 1919, los espartaquistas fundaron el Partido Comunista de Alemania.

56 Se alude al artículo de Kautsky *Las fuerzas propulsoras y las perspectivas de la revolución rusa*.

57 Véase el artículo de C. Marx *La burguesía y la contrarrevolución* (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. I, págs. 143-144).

58 Véase la carta de C. Marx a L. Kugelmann del 12 de abril de 1871.

59 *Los comités de campesinos pobres* fueron instituidos en julio de 1918. Se les encomendaban, por decreto, las tareas de sacar la cuenta de las reservas de comestibles en las haciendas campesinas, descubrir los excedentes de comestibles acaparados por los kulaks y ayudar a los organismos soviéticos de abastecimiento a confiscar dichos excedentes, suministrar alimentos a los campesinos pobres a expensas de las haciendas de los kulaks, distribuir los aperos agrícolas y los artículos industriales, etc. Para el otoño de 1918 habían sido creados y funcionaban en los lugares, bajo la dirección del Partido Comunista, más de ochenta mil comités de campesinos pobres. Estos fueron puntales y órganos de la dictadura del proletariado en el campo. Tras de haber cumplido las tareas encomendadas, se fundieron, a fines de 1918, con los Soviets subdistritales y rurales.

60 Con las palabras de "crisis de julio", Lenin se refiere a los levantamientos contrarrevolucionarios de los kulaks en las provincias centrales del país, en la región del Volga, en los Urales y Siberia en el verano de 1918, organizados por los mencheviques y los eseristas con el apoyo de los intervencionistas extranjeros.

61 Se alude a Moscú y Petrogrado.

62 *Blanquismo*: corriente del movimiento socialista francés encabezada por el insigne revolucionario y destacado representante del comunismo utópico francés Luis Augusto Blanqui (1805-1881). Los blanquistas esperaban "que la humanidad se libraría de la esclavitud asalariada no por medio de la lucha de clase del proletariado, sino mediante un complot de una pequeña minoría de intelectuales" (V. I. Lenin). Sustituían la labor del partido revolucionario con acciones de un puñado de conspiradores, no tenían en cuenta la situación concreta necesaria para el triunfo de la insurrección y desdeñaban el contacto con las masas.

63 Lenin alude al proyecto de ley eserista presentado por el ministro de Agricultura S. Máslov al Gobierno Provisional días antes de la Revolución Socialista de Octubre. El proyecto estipulaba la formación de un fondo especial de arrendamiento, adjunto a los comités agrarios, al que se hiciera entrega de las tierras de los monasterios y de realengo. La propiedad de los terratenientes se conservaba. Los terratenientes entregaban a este fondo provisional únicamente las tierras que antes arrendaban, con la particularidad de que los campesinos debían pagarles la renta a ellos. Las detenciones de miembros de comités agrarios fueron practicadas por el Gobierno Provisional en respuesta a las insurrecciones campesinas y a la ocupación de fincas de los terratenientes por los campesinos.

64 "*Mandato*": se refiere al "Mandato campesino acerca de la tierra", basado en 242 mandatos campesinos locales. Pasó a formar parte del "Decreto de la tierra", aprobado por el II Congreso de los Soviets de toda Rusia el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917.

65 Se alude al trabajo de Lenin *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907*.

66 Véase C. Marx. *Teorías de la plusvalía* (IV tomo de *El Capital*), parte II.

67 *Miembros de las comunidades*: campesinos cuyas par

68 *El hombre enfundado*: personaje del cuento homónim

69 Véase la carta de F. Engels a A. Bebel del 18-28 de marzo de 1875.

70 Se alude al libro de M. Ostrogorski *La Démocratie et les Parties Politiques*. La primera edición apareció en 1903 en París. Este libro contiene copiosos datos de la historia de Inglaterra y los EE.UU. que desenmascaran la falsedad y la hipocresía de la democracia burguesa.

71 *La paz de Brest-Litovsk* se concertó entre la Rusia Soviética y los países del bloque alemán (Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía) en Brest-Litovsk, el 3 de marzo de 1918, en condiciones de extraordinaria dureza para la Rusia Soviética. Cuando en Alemania triunfó la revolución que derrocó el régimen monárquico, el CEC de toda Rusia declaró anulado el 13 de noviembre de 1918 el tratado depredador e injusto de Brest-Litovsk.

72 Se refiere a los partidos de los "comunistas populistas" y de los "comunistas revolucionarios" que se desgajaron del de los eseristas de izquierda (véase la nota 53).

73 *Quiñoneros* (en ruso, *otrubniki*): campesinos que, conforme a la ley del presidente del Consejo de Ministros, Stolypin, del 14 de junio de 1910, podían salirse de la comunidad con su parcela en propiedad personal y venderla. La comunidad rural estaba obligada a entregar tierra en un solo lugar (quiñon, caserío) a los campesinos que se salían de ella. La reforma de Stolypin acentuó el proceso de desarrollo del capitalismo en la agricultura y la disociación del campesinado y exacerbó la lucha de las clases en el campo.

74 El *Partido Socialista Francés* se fundó en 1905 como resultado de la fusión del Partido Socialista (guesdistas) y el Partido Socialista Francés (jauresistas). Al frente del partido unificado se pusieron los reformistas. Sus dirigentes se pasaron desde el comienzo de la guerra imperialista mundial a las posiciones socialchovinistas, de apoyo manifiesto a la guerra imperialista y de participación en el gobierno burgués. En este partido existía una tendencia centrista, encabezada por J. Longuet, que sostenía el criterio del socialpacifismo y aplicaba una política de conciliación con los socialchovinistas. En el PSF habla también un ala izquierda, revolucionaria, que ocupaba posiciones internacionalistas y estaba representada principalmente por militantes de la base. Después de la Revolución Socialista de Octubre se desplegó en el partido una enconada

lucha entre los reformistas declarados y los centristas, por un lado, y el ala izquierda, revolucionaria, reforzada merced al ingreso en masa de obreros de filas en el partido, por otro. En el congreso de Tours, celebrado en diciembre de 1920, obtuvo mayoría el ala revolucionaria. El congreso acordó adherir el partido a la Internacional Comunista y fundó el Partido Comunista de Francia. La mayoría reformista y centrista se separó del partido y formó otro independiente, conservando la vieja denominación de Partido Socialista Francés.

75 "*Die Rote Fahne*" ("La Bandera Roja"): periódico fundado por Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo como órgano central de la Liga Espartaco; posteriormente, órgano central del Partido Comunista de Alemania. Apareció en Berlín desde el 9 de noviembre de 1918 y fue reprimido y clausurado en reiteradas ocasiones por las autoridades alemanas.

76 "*Der Weckruf*" ("La Llamada"): diario, órgano central del Partido Comunista de Austria alemana; se publicó en Viena desde noviembre de 1918.

77 Véase C. Marx. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. 1, pág. 283).

78 Se alude a la Entente, bloque de potencias imperialistas (Inglaterra, Francia y Rusia) formado definitivamente en 1907. Recibió su denominación de la Entente Cordiale, acuerdo anglo-francés firmado en 1904. Durante la guerra imperialista mundial (194-1918) se sumaron a la Entente los EE. UU., el Japón y otros países. Después de la Revolución Socialista de Octubre, los principales integrantes de este bloque organizaron la intervención militar contra el País Soviético.

79 El *I Congreso Nacional de los Consejos de Economía* se celebró en Moscú del 26 de mayo al 4 de junio de 1918.

80 *Los Kolupáiev y Razuváiev*: tipos de capitalistas rapac

81 "*Biednotá*" ("Los Pobres"): diario para los campesinos que se publicó en Moscú desde marzo de 1918 hasta enero de 1931. Desplegaba una lucha enérgica por reforzar la alianza de la clase obrera y el campesinado y por organizar y cohesionar a las masas de campesinos medios y pobres en torno al Partido Comunista y el Poder soviético.

82 En 1861 se abolió el régimen de servidumbre en Rusia.

83 Lenin se refiere a las disposiciones del Soviet de Mos en el suministro de alimentos y fue adoptada a título excepcional por disposición del Consejo de Comisarios del Pueblo sobre el monopolio del trigo. Por acuerdo del Consejo de Comisarios del Pueblo, la vigencia de dichas disposiciones caducaba en de octubre de 1918.

84 *Kérenkis*: billetes de banco emitidos por el Gobierno Provisional burgués, encabezado en 1917 por Kerenski.

85 Esta cita es del VI capítulo de la obra de C. Marx y F. Engels *La Sagrada Familia o crítica de la crítica crítica*.

86 "*Die Freiheit*" ("La Libertad"): diario, órgano del Part

87 Lenin alude a la manifestación del 3 y 4 (16 y 17) de julio de 1917 en Petrogrado. El 3 (16) de julio comenzaron unas manifestaciones espontáneas contra el Gobierno Provisional. El partido bolchevique estaba en esos momentos en contra de la acción armada, pues consideraba que la crisis revolucionaria no había madurado aún, pero como la manifestación ya había comenzado, los bolcheviques participaron en ella para imprimirle un carácter pacífico y organizado. En la manifestación del 4 (17) de julio participaron más de quinientas mil personas. Transcurrió bajo la consigna bolchevique fundamental de "¡Todo el poder a los Soviets!" Contra los obreros y los soldados, que desfilaban pacíficamente, fueron lanzados, con el conocimiento y la conformidad del CEC menchevique y eserista, destacamentos de cadetes y oficiales que abrieron fuego sobre los manifestantes. Se trajeron del frente unidades militares contrarrevolucionarias para derrotar el movimiento revolucionario. El CC de los bolcheviques tomó en la noche del 4 (17) do julio el acuerdo de poner fin a la manifestación. Los periódicos bolcheviques *Pravda*, *Soldátskaya Pravda* y otros fueron clausurados por el Gobierno Provisional. Comenzaron las detenciones en masa, los registros y pogromos. Después de las jornadas de julio, el poder pasó en todo el país a manos del Gobierno Provisional contrarrevolucionario.

88 *Shop Stervards Committees* (comités de delegados de fábrica): organizaciones obreras electivas que existieron en varias industrias de la Gran Bretaña y estuvieron muy extendidas durante la primera guerra mundial. Al revés que las tradeuniones conciliadoras, que aplicaban una política de "paz social" y renuncia a la lucha huelguística, los comités de delegados de fábrica asumieron la defensa de los intereses y las reivindicaciones de las masas obreras, dirigían las huelgas de los obreros y hacían propaganda contra la guerra. Después del triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre, en el período de la intervención militar extranjera contra la República Soviética, los comités de delegados de fábrica apoyaron enérgicamente a la Rusia Soviética.

89 Es posible que hubiera alguna inexactitud en el periódico que leyó Lenin. Lo más probable es que aquí se trate del comité de delegados de fábrica de Birmingham, y no del Soviet de diputados obreros de esta ciudad.

90 Denominábase Internacional amarilla o de Berna la II Internacional restablecida en la Conferencia de los partidos socialchovinistas y centristas que se celebro en Berna en febrero de 1919.

91 Véase la *Introducción* de F. Engels a la obra de C. Marx *La guerra civil en Francia* (C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, págs. 199-200).

92 Véase C. Marx. *La guerra civil en Francia* (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, pág. 235).

93 *Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania*: partido centrista que se fundó en abril de 1917 en el Congreso constitutivo de Gotha. Los

"independientes" se enmascaraban con frases centristas y predicaban la unidad con los socialchovinistas, deslizándose a renunciar a la lucha de clase. Durante algún tiempo estuvo incluido en este partido el grupo Espartaco (véase la nota 55). En octubre de 1920 se produjo una escisión del Partido Socialdemócrata Independiente en el Congreso de Halle. Gran parte de los "independientes" se unió al Partido Comunista de Alemania en diciembre de 1920. Los elementos derechistas formaron un partido aparte y adoptaron la vieja denominación de Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, el cual existió hasta 1922.

94 *Conferencia de Berna*: primera conferencia posbélica de los partidos socialchovinistas y centristas, convocada con el fin de restablecer la II Internacional y celebrada del 3 al 10 de febrero de 1919 en Berna. Uno de los problemas principales de la conferencia fue el de la democracia y la dictadura. En el informe dedicado a este problema, el centrista J. Branting quiso demostrar que la revolución socialista y la dictadura del proletariado no conducirían al socialismo. C. Kautsky y E. Bernstein se esforzaron por lograr con sus discursos que la conferencia condenara el bolchevismo y la revolución socialista de Rusia. Branting propuso una resolución en la que, tras de expresar un hipócrita saludo a las revoluciones de Rusia, Austria-Hungría y Alemania, en el fondo se condenaba la dictadura del proletariado y se ensalzaba la democracia burguesa. Esta resolución fue aprobada por mayoría de votos. La conferencia tomó el acuerdo de enviar á la Rusia Soviética una comisión para estudiar su situación económica y política e incluir el problema del bolchevismo en el orden del día del siguiente congreso. Al dar su conformidad al envío de dicha comisión, el Gobierno soviético planteó que los gobiernos de los países que tuviesen a representantes suyos en la comisión de Berna permitieran la entrada de una comisión de la República Soviética en esos países. Esta propuesta quedó sin respuesta. Los "ilustres inspectores de Berna", como Lenin denominó a esa comisión, no llegaron a Rusia.

El I Congreso de la Internacional Comunista adoptó una resolución especial, titulada "Actitud ante las corrientes "socialistas" y ante la Conferencia de Berna", en la que se criticaban los acuerdos de ésta y, entre otras cosas, se condenaban las tentativas de los líderes de los socialistas de derecha de obligar a la Conferencia de Berna a adoptar una resolución con la que la II Internacional pudiera encubrir la intervención armada de los imperialistas contra la Rusia Soviética.

95 Se alude a la resolución adoptada por el VII Congreso del PC (b) de Rusia, celebrado del 6 al 8 de marzo de 1918, sobre el cambio de nombre y del programa del partido.

96 "*Gazeta Pechátnikov*" ("El Periódico de los Tipógrafos"): publicación del Sindicato de Obreros de Artes Gráficas de Moscú, que se encontraba a la sazón bajo la influencia de los mencheviques; empezó a salir el 8 de diciembre de 1918 y fue clausurada en marzo de 1919 por su propaganda antisoviética.

97 A fines de 1918 y comienzos de 1919 hubo una serie de grandes acciones del proletariado húngaro bajo la dirección del Partido Comunista. En el país se creó una situación revolucionaria. El 20 de marzo dimitió el Gobierno de Karolyi. Los comunistas exigieron que se proclamase la República Soviética, se nacionalizara la industria, se confiscaran las tierras de los terratenientes y se concluyera una alianza con la Rusia Soviética. Los trabajadores húngaros apoyaron con vehemencia al Partido Comunista. El 21 de marzo, los obreros de Budapest ocuparon todos los puntos estratégicos y desarmaron a la policía. Hungría fue proclamada República Soviética.

En Suiza hubo en 1917-1919, bajo la influencia de la Revolución Socialista de Octubre, un auge del movimiento obrero. En noviembre de 1918 comenzó allí una huelga política general en apoyo de la Rusia Soviética. Los elementos izquierdistas, revolucionarios, del Partido Socialista Suizo formaron un grupo comunista que exhortó en sus octavillas y folletos a crear los Soviets de diputados obreros y campesinos. En el discurso pronunciado en el I Congreso de la Internacional Comunista, el delegado del grupo comunista suizo habló de la formación del Soviet de diputados obreros de Zúrich, el cual había adoptado "el programa comunista por plataforma suya".

98 Véase la nota 75.

99 "*L'Humanite*" ("La Humanidad"): diario fundado por J. Jaurès en 1904 como órgano del Partido Socialista Francés. Durante la primera guerra mundial estuvo en manos del ala derecha extrema de este partido y ocupó una posición socialchovinista. En 1918 lo encabezó, en calidad de director político, el destacado dirigente del movimiento obrero francés e internacional Mareel Cachin. De 1918 a 1920 *L'Humanité* impugnó la política imperialista del Gobierno francés, que había enviado tropas suyas para combatir a la República Soviética. A partir de diciembre de 1920, después de la escisión del Partido Socialista Francés y de la formación del Partido Comunista de Francia, este periódico pasó a ser el órgano central de los comunistas franceses.

100 "*Avanti!*" ("¡Adelante!"): diario, órgano central del Partido Socialista Italiano; se fundó en diciembre de 1896 en Roma.

101 Véase la nota 94.

102 Se trata de la *Conferencia de Paz de París*, convocada, después de haber acabado la primera guerra mundial (1914-1918), por las potencias vencedoras para redactar los tratados de paz con los países vencidos. Llevaban la voz cantante en la organización y en las labores de la Conferencia de Paz de París Gran Bretaña, EE.UU., Francia, Italia y Japón. Se inauguró el 18 de enero de 1919. Entre los participantes en ella se desplegó una enconada pugna por el reparto del botín saqueado a los países vencidos. Motivó grandes discrepancias el reparto de las colonias que habían pertenecido a Alemania. Hubo una empeñada lucha en torno a la idea de

Wilson de fundar la Liga de las Naciones. La conferencia fue unánime sólo en la propensión a estrangular a la República Soviética y aplastar el movimiento revolucionario internacional.

La Conferencia de Paz de París acabó en la firma de varios tratados: el de Versalles, del 28 de junio, con Alemania; el del 10 de septiembre de 1919 con Austria; el del 27 de noviembre de 1919 con Bulgaria; el del 4 de junio de 1920 con Hungría, y el del 10 de agosto de 1920 con Turquía.

103 "*The Times*" ("Los Tiempos"): diario fundado en 1785 en Londres uno de los periódicos conservadores más importantes de la burguesía inglesa.

104 Se trata de las obras del ferrocarril que uniría la cuenca del Obi con Petrogrado y Múrmansk a través de Kotlas.

105 Se alude al decreto sobre el *Impuesto extraordinario y revolucionario de los diez mil millones de rublos* que se aprobó en la reunión del Consejo Ejecutivo Central de toda Rusia el 30 de octubre de 1918. Este impuesto, a pagar una vez, gravaba principalmente a los kulaks y la burguesía de las ciudades. Eximíanse de su pago los pobres de la ciudad y del campo y los individuos que no tuviesen más ingresos que su salario o pensión tope de 1.500 rubios. El 9 de abril de 1919, el CEC de toda Rusia aprobó un decreto complementario sobre las exenciones del pago de este impuesto extraordinario para los campesinos medios. Según este decreto, se dejó de cobrar el impuesto "a las personas que pagaban bajas cuotas de contribución".

106 *Smolny*: edificio del que fue Instituto Smolny de nobles doncellas de Petrogrado y luego sede del Gobierno soviético hasta su traslado a Moscú en marzo de 1918.

107 *Cosacos*: en un principio, gente libre que se había evadido del yugo feudal (campesinos siervos y pobres de las ciudades) que se establecían en las regiones periféricas del Estado ruso (el Don, el Yaik, Zaporozhie, etc.). En el siglo XVIII eran agricultores privilegiados con la obligación de prestar servicio militar en condiciones especiales. De ellos se formaban a menudo unidades militares especiales que la autocracia empleara para combatir el movimiento revolucionario.

108 La *Conferencia de las Islas de los Príncipes* (mar de Mármara) se proyectó a iniciativa de Lloyd George y Wilson como conferencia de representantes de todos los gobiernos existentes en el territorio de Rusia con objeto de adoptar medidas para poner fin a la guerra civil. El Gobierno soviético expresó el 4 de febrero de 1919 su conformidad con participar en la conferencia. En un radiograma del Comisariado del Pueblo de Relaciones Exteriores de la RSFSR se formularon las concesiones que el Gobierno soviético estaba dispuesto a hacer en aras de la paz. Los imperialistas de la Entente dieron la callada por respuesta. Confiando en que podrían estrangular a la República Soviética con la fuerza de las armas, Denikin, Kolchak y otros gobiernos contrarrevolucionarios se negaron a participar en la conferencia, que no llegó a celebrarse.

109 Véase la nota 37.

110 Véase C. Marx Y. F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. II, págs. 196-197.

111 Sobre los blanquistas véase la nota 62.

Proudhonismo: corriente del socialismo pequeñoburgués hostil al marxismo, a la que se dio el nombre de su ideólogo, el anarquista francés Pedro José Proudhon. Proudhon criticaba duramente el capitalismo, pero no veía la salida en la destrucción del modo capitalista de producción que engendra ineluctablemente la miseria, la desigualdad y la explotación de los trabajadores, sino en "perfeccionar" el capitalismo y eliminar sus defectos y abusos mediante una serie de reformas. Proudhon soñaba con eternizar la pequeña propiedad privada, proponía organizar un "Banco del Pueblo" y un "Banco de Cambio", con ayuda de los cuales podrían los obreros, según él, adquirir medios de producción propios, hacerse artesanos y asegurar la venta "equitativa" de sus productos. No comprendía la misión histórica del proletariado, adoptaba una actitud negativa ante la lucha de las clases, la revolución proletaria y la dictadura del proletariado y negaba con criterio anarquista la necesidad del Estado. Marx y Engels llevaban una lucha consecuente contra las tentativas de Proudhon de imponer sus opiniones a la I Internacional. La enérgica lucha de Marx y Engels y sus partidarios contra el proudhonismo en la I Internacional acabó en la victoria completa del marxismo.

112 En el Congreso de fundación del Partido Comunista de Alemania, celebrado en Berlín del 30 de diciembre de 1918 al 1 de enero de 1919, debido a la política traicionera de los dirigentes derechistas de los sindicatos, Rosa Luxemburgo apoyó los discursos erróneos de varios delegados respecto a la liquidación de los sindicatos. Las tareas de estos, a juicio de ella, debían asumirlas los Soviets de diputados obreros y soldados y los comités fabriles. Esta posición errónea del congreso fundacional fue durante mucho tiempo un obstáculo interpuesto en el camino de los comunistas alemanes para ganarse a las masas.

113 La Federación de Grupos Extranjeros adjunta al CC del PC(b) de Rusia se constituyó en mayo de 1918 como organismo de los comunistas extranjeros para dirigir la labor entre los ex prisioneros de guerra que se encontraban en Rusia. Su primer presidente fue, por elección, Béla Kun. El movimiento revolucionario entre los prisioneros de guerra que se encontraban en Rusia comenzó antes aún de la Revolución Socialista de Octubre; cuando hubo triunfado ésta, los prisioneros de guerra empezaron a crear sus propias organizaciones revolucionarias que, en las primeras fechas de diciembre de 1917, emprendieron la edición de periódicos en las lenguas respectivas. En 1918 se formaron entre los prisioneros de guerra grupos comunistas extranjeros que admitieron íntegramente el programa del PC(b) de Rusia y la lucha por la dictadura del proletariado. En la conferencia de socialistas internacionalistas, que se celebró en marzo de 1918, se creó una Oficina Central de los grupos comunistas

extranjeros que debía dirigir sus labores y entablar relaciones con el CC del PC(b) de Rusia y con las organizaciones comunistas de los países respectivos y se fundaron las secciones extranjeras adjuntas al CC del PC(b) de Rusia. En total, integraron la Federación nueve grupos comunistas: el checoslovaco, el inglés, el francés, el rumano, el alemán, el húngaro, el yugoslavo, el polaco y el búlgaro. La tarea principal de los grupos consistía en hacer propaganda y agitación entre los prisioneros de guerra y entre las tropas intervencionistas que habían agredido a la Rusia Soviética. Los informes de los grupos se publicaban regularmente en el periódico *Pravda*. Esta Federación fue disuelta a comienzos de 1920.

114 La Editorial *Kommunist*, del CC del PC(b) de Rusia, se fundó en 1918 y publicaba principalmente escritos populares para grandes masas. En mayo de 1919, por disposición del CEC de toda Rusia, se fundó la Editorial del Estado, en la que se incluyó la Editorial *Kommunist*.

115 "*Pravda*" ("La Verdad"): primer periódico obrero legal para las masas, fundado por Lenin el 5 de mayo de 1912. Órgano del CC del PCUS.

116 Véase F. Engels. *Prefacio al folleto de Borkheim "En memoria de los patrioteros alemanes de 1806-1807"*.

117 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I, cap. XIL

118 El programa del POSDR, aprobado por el II Congreso del POSDR (1903), constaba de dos partes:

Programa mínimo se denominaba la parte del programa que contenía las reivindicaciones de la revolución democrática burguesa: derrocamiento de la autocracia, proclamación de la república, confiscación de las tierras de los terratenientes e implantación de la jornada laboral de ocho horas.

Programa máximo era la parte del programa en el que se indicaba el objetivo final de la lucha de la clase obrera: revolución socialista, destrucción del capitalismo, implantación de la dictadura del proletariado y transición al socialismo.

119 Se alude a la entrega por Lenin, el 18 (31) de diciembre de 1917, del decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo sobre el reconocimiento de la independencia de Finlandia al jefe del gobierno burgués de este país, P. Svinhufvud, y al secretario de Estado, K. Enckel. El 22 de diciembre de 1917 (4 de enero de 1918), el CEC de toda Rusia ratificó el decreto de reconocimiento de la independencia de Finlandia.

120 Lenin se refiere a las conversaciones sostenidas en marzo de 1919 con una delegación de Bashkiria sobre la constitución de ésta en República Soviética Autónoma. El 20 de marzo se firmó el "Acuerdo del Poder Soviético Central con el Gobierno de los bashkires sobre la formación de la Bashkiria Autónoma Soviética".

121 El *Decreto sobre las comunas de consumo* fue aprobado por el Consejo de Comisarios del Pueblo el 16 de marzo de 1919 y publicado el 20 de marzo de 1919 en el periódico *Izvestia del CEC de toda Rusia*.

122 Los de *Nóvaya Zhizn*: mencheviques internacionalistas agrupados en torno al periódico *Nóvaya Zhizn*.

"*Nóvaya Zhizn*" ("Vida Nueva"): diario que se publicó en Petrogrado desde el 18 de abril (1 de mayo) de 1917 hasta julio de 1918. Los iniciadores de la publicación del periódico fueron los mencheviques internacionalistas. Recibió de uñas la Revolución Socialista de Octubre y el establecimiento del Poder soviético.

123 El *Programa de Erfurt* del Partido Socialdemócrata Alemán fue aprobado en el Congreso de Erfurt, que se celebró en octubre de 1891. Se basaba en la doctrina marxista sobre la inevitabilidad del hundimiento del modo de producción capitalista y la sustitución de éste por el modo de producción socialista; se recalcaba en él la necesidad de que la clase obrera desplegara la lucha política e indicaba el papel del partido como dirigente de esta lucha, etc.; pero en él se hacían también serias concesiones al oportunismo. F. Engels sometió el proyecto de programa de Erfurt a dura crítica en el trabajo *Contribución a la crítica del programa socialdemócrata de 1891*; en el fondo, fue una crítica del oportunismo de toda la II Internacional. Sin embargo, los dirigentes del Partido Socialdemócrata Alemán ocultaron a las masas del partido la crítica de Engels, y sus observaciones más importantes no fueron tomadas en consideración al redactarse el texto definitivo. Lenin opinaba que el defecto principal del programa de Erfurt, concesión cobarde hecha al oportunismo, consistió en que silenciaba la dictadura del proletariado.

124 Véase F. Engels. *El problema campesino en Francia y en Alemania*. (C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. III, págs. 482-502).

125 Respecto al lugar citado del folleto *Instrucciones y reglamento para organizar el trabajo del partido en la provincia de Nizhni Nóvgorod*, los delegados de la organización del partido de esta provincia (hoy de Gorki) entregaron a la presidencia del VIII Congreso del PC(b) de Rusia una nota en la que se indicaba que las palabras "campesinos medios en general" eran una errata enojosa y debía leerse no "en general", sino "parte de los campesinos medios". En la nota se decía: "Declaramos que la organización de la provincia de Nizhni Nóvgorod comparte plenamente el punto de vista expresado por el camarada Lenin en el problema de la actitud ante los campesinos medios y lo aplica en la práctica".

126 "*Vsegdá Vperiod*!" ("¡Siempre Adelante!"): periódico menchevique publicado en Moscú en 1918 y 1919.

127 "*Dielo Naroda*" ("La Causa del Pueblo"): órgano del partido de los eseristas; apareció con interrupciones y diversos títulos desde marzo de 1917 hasta marzo de 1919.

128 "*Le Temps*" ("El tiempo"): diario publicado en París desde 1861 hasta 1942. Reflejaba los intereses de los medios gobernantes de Francia y era de hecho órgano oficial del Ministerio de Negocios Extranjeros.

129 *Cartismo*: movimiento de la clase obrera de Inglaterra en los años 30-40 del siglo XIX. Tras de publicar la Carta del Pueblo (y de ahí la denominación de *cartismo*) los participantes en este movimiento lucharon en defensa de las reivindicaciones que contenía: sufragio universal, abolición de la obligatoriedad de poseer tierra para ser diputado al Parlamento, etc. Durante varios años se celebraron en todo el país mítines y manifestaciones en los que participaron millones de obreros y artesanos.
El Parlamento inglés se negó a aprobar la Carta del Pueblo y rechazó todas las peticiones de los cartistas. El gobierno desencadenó contra ellos crueles represiones y encarceló a sus líderes. El movimiento fue aplastado, pero el cartismo ejerció gran influencia en el desarrollo ulterior del movimiento obrero internacional.

130 Véase la carta de F. Engels a C. Marx del 7 de octubre de 1858.

131 Véase la carta de C. Marx a F. Engels del 16 de abril de 1856.

132 Se refiere al decreto "Sobre la movilización de los instruidos y la organización de la propaganda del régimen soviético", adoptado el 10 de diciembre de 1918 por el Consejo de Comisarios del Pueblo. Este decreto proponía hacer un censo de toda la población instruida, destacando de entre ellos a los que supieran leer bien para organizarlos en grupos que deberían "...primero, dar a conocer todas las medidas del gobierno a la población analfabeta y, segundo, coadyuvar al desarrollo político de toda la población en general...".

133 *Paz de Versalles*: sistema de tratados de paz redactados en la Conferencia de Paz de París en 1919, cuando hubo terminado la guerra imperialista mundial de 1914-1918 entre Alemania y sus enemigos: los EE.UU., el Imperio británico, Francia, Italia, el Japón y los países adheridos a ellos. El Tratado de Paz de Versalles tenía por objeto consolidar el reparto del mundo capitalista a favor de las potencias vencedoras y crear un sistema de relaciones entre los países que estuviera encaminado a estrangular a la Rusia Soviética y derrotar el movimiento revolucionario en todo el mundo.

134 "*Izvestia*" (“Las Noticias"): diario que apareció en febrero de 1917 como órgano del CEC y, a partir de 1922, como órgano del CEC de la URSS y del CEC de toda Rusia. En la actualidad aparece con el título de *Izvestia Soviétov Deputátov Trudiáschijsia* ("Noticias de los Soviets de Diputados de los Trabajadores").

135 "*Riech*" (“La Palabra"): órgano central del partido contrarrevolucionario de los democonstitucionalistas, apareció desde octubre de 1917 hasta agosto de 1918.

136 Véase F. Engels, *Anti-Dühring*, parte primera, capítulo X.

137 *Sújarevka*: mercado que estaba alrededor de la Torre de Sújarev de Moscú, mandada construir por Pedro I en 1692. Este mercado fue un centro de especulación durante la intervención militar extranjera y la guerra civil.

138 *La Internacional Comunista*: revista, órgano del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista; apareció en ruso, alemán, francés, inglés, español y chino desde mayo de 1919 hasta mayo de 1943.